



MARÍA GUDÍN

autora de *La reina sin nombre*

HIJOS
DE UN
REY GODO

se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Tras el éxito de *La reina sin nombre*, María Gudín nos plantea, en este segundo libro, una novela repleta de aventuras acerca del esplendor del reino visigodo: una historia en la que el amor, la camadería, el remordimiento, la venganza y el afán de poder se entrelazan para conformar un rompecabezas en el que todo finalmente encaja.

L≡**LIBROS**

María Gudín

Hijos de un rey godo
El sol del reino godo - 2

A mis hermanos...

Luego, hazte la pregunta: ¿dónde está ahora todo esto? Humo, cenizas, leyenda o, tal vez, ya ni siquiera leyenda.

MARCO AURELIO,
Meditaciones

La amistad es un alma que habita en dos cuerpos; un corazón que late en dos almas.

ARISTÓTELES

PRÓLOGO

El sol se alza sobre Europa. La cúpula de Hagia Sophia brilla en la ciudad de los bizantinos. El palacio de oro de los emperadores centellea con las primeras luces de la mañana. El Bósforo, incandescente de luz, surcado por naves de velas cuadradas, despide a soldados que parten para combatir al este, en Persia, al oeste, en Italia.

El sol camina hacia el Occidente y lame las costas del mar Egeo, el de las mil islas. Más tarde, su luz lava la península itálica desangrada en las guerras góticas. Ilumina la hermosa Rávena de Teodorico y la Roma imperial, llena de ruinas y pasados esplendores. La Roma sagrada de los arcos de triunfo y de las catacumbas agoniza profanada: en el Coliseo, pastan ovejas; en el Palatino, no hay más que devastación, la muralla ha caído derruida por las tropas de Belisario; en la colina vaticana, el papado intenta imponerse en un mundo en guerra.

El astro del día sigue su curso y despierta luces iridiscentes en las aguas del mar que es el centro de todas las tierras; el Mediterráneo reluce en la costa africana, la tierra antes cartaginesa, luego romana, después vándala y ahora bizantina. La decadencia de sus ciudades, la sabiduría de sus eruditos, la fertilidad de sus campos esperan únicamente una revelación en Oriente para ser sometidas al poder del Dios de Mahoma.

El gran peñón, que llegará a ser la roca de Tarik, se torna rosáceo por el sol de levante. Cartago Spatharia, Assidonia y Malacca, ciudades imperiales, se desperezan, protegidas por murallas ciclópeas, siempre amenazadas por el poderoso reino de Toledo.

La luz clara de la mañana ilumina ahora el territorio de la antigua provincia romana de Hispania, un mar de trigo dorado interrumpido por vides y olivos, rodeado de montañas. La Hispania visigoda se debate convulsa, herida por luchas entre clanes nobiliarios. Ha pasado ya la época de esplendor de Leovigildo, el reinado en paz de Recaredo, el breve interregno de Liuva, la época del traidor Witerico y la del fiel Gundemaro. Ahora reina Sisebut, un monarca erudito.

El dios sol, pintor de luz, deshace la noche en las montañas cántabras. Al este, los picos del Pirineo cubiertos de nieve brillan iluminados por la luz de la

alborada, albergan a los vascones fieles a un idioma ancestral y a costumbres milenarias. Al oeste, los godos han sometido a los rebeldes cántabros, a los valientes astures, han aniquilado el reino de los suevos.

Más al norte, el sol calienta las antiguas Galias, ahora las tierras de los francos, donde los descendientes de Meroveo, siempre en discordia unos con otros, hacen y deshacen reinos.

Al fin, el amanecer borra las brumas de las costas britanas, de los acantilados a los que asoman los pueblos celtas sometidos ahora por anglos y sajones. Una tormenta retoza en el golfo de Vizcaya, la marejada brilla espuma en la aurora temprana.

Yo soy un Espíritu de Sabiduría, aquel a quienes los romanos nombraron como Hado o la diosa Fortuna, y los cristianos, Providencia, y abarco un mundo quebrado que reclama la sanación; por ello, mi mirada busca a través de las tierras del Occidente de Europa a los hijos del rey godo; los que han de cumplir su destino. Ellos o los hijos de sus hijos han de realizar el voto que les ligó a una misión y un destino. Las fuerzas del mal han desatado su poder y se agolpan en los corazones de los hombres. No habrá descanso en el cosmos hasta que el ciclo haya concluido, hasta que la copa regrese a los pueblos del norte, hasta que sea custodiada en un lugar de paz y escape de las manos de los que buscan el poder injusto. Mi visión persigue desde hace tiempo a los hijos del rey godo, mi oído los escucha gimiendo, todo mi ser va tras ellos, sufre con ellos y en ellos descansa.

Algunos murieron.

Son los que descansan en paz o sufren, quizá purgando sus culpas.

Otros viven todavía.

Son los que se esfuerzan en la brega de la vida sin conocer aún su destino.

Mi mirada rastrea tras el hombre que ansia el poder, el hijo del rey godo Recaredo, un guerrero que observa clarear el alba desde lo alto de las montañas cántabras.

Su nombre es Swinthila.

Corre el año 620 de la era cristiana, el hombre se enfrenta a su pasado y su pensamiento es altivo.

I

EL HOMBRE ALADO

En la era DCXXXVIII, en el año diecisiete del imperio de Mauricio, después del rey Recaredo, reina su hijo Liuva durante dos años, hijo de madre innoble, pero ciertamente notable por la calidad de sus virtudes. A Liuva, en plena flor de su juventud, siendo inocente, le expulsó del trono Witerico, después de usurparle el poder y habiéndole cortado la diestra.

ISIDORO DE SEVILLA,

De origine Gothorum, Historia Wandalorum, Historia Sueborum.

En el desfiladero

Swinthila detiene el caballo y mira hacia atrás; los bosques descienden tapando de verdor oscuro la sierra; más allá, el camino se estrecha y sus hombres han de compactarse para formar una fina hilera de guerreros y caballos. El cielo, cubierto, clarea de vez en cuando. Al asomar el sol, brillan las armas de los jinetes. De nuevo, el general godo se pone en marcha; su paso hace temblar las hojas de los árboles que dejan caer el rocío de la mañana mojando sus ropas. Acebos y espinos les entorpecen el paso. Ascienden por un camino estrecho que, poco a poco, se aleja de la vegetación, y se introduce entre rocas calcáreas. Más abajo, comienza a abrirse un precipicio que se va haciendo muy pronunciado al ascender la cuesta. El sol se abre por completo entre las nubes y rebota en el fondo del barranco, sobre las aguas mansas del riacho. Una avecilla alza el vuelo al paso de la comitiva armada.

Swinthila es un guerrero fornido, de anchas espaldas y rostro aquilino, decidido. Herido por un pasado doloroso, no sonríe nunca. Una arruga suele cruzar su entrecejo, y sus ojos, de color acerado, no han sido iluminados por la alegría desde mucho tiempo atrás. Marca el paso con decisión. Nada le arredra, nada le retrasa, nada le hace retroceder. Algunos de sus hombres jadean, pero él no aminora el ritmo.

Han dejado la angostura a sus espaldas y se distancian del despeñadero. Ahora, el camino se abre en un pequeño valle, circundado por farallones de piedra. Algún roble joven crece a la vera de la senda, y los matorrales trepan hacia la quebrada entre las rocas. En la planicie, los guerreros comienzan a galopar algo más deprisa. Al alejarse de los precipicios, Swinthila se muestra preocupado y la arruga del entrecejo se le hunde más profundamente. Otea insistentemente la altura que les rodea, intranquilo.

Entonces, se escucha el silbar de una flecha lanzada desde lo alto. Un grito. Un hombre cae al suelo herido.

Swinthila ordena:

—¡A cubierto...!

Pero no hay dónde. Desmontan de los caballos y se escucha el quejido de las espadas al salir de las vainas. Los hombres se cubren con los escudos y apartan a

los caballos contra la pared de piedra. De las rocas comienzan a descender hombres vestidos con tela de sagun.

—¡Los cántabros! ¡Los montañeses...! —grita uno de los atacados.

—¡No lo creo...! —exclama en voz muy alta Swinthila.

Al enfrentarse con ellos, puede adivinar una cota de malla posiblemente realizada por los orfebres de Toledo que resplandece bajo las túnicas pardas de sus adversarios. El general godo reconoce quiénes son:

—¡Son hombres de Sisenando...!

La batalla se recrudece. Desde la pendiente descienden más y más atacantes. Los godos están cercados. Entonces, Swinthila, de un salto, se sube a uno de los caballos, un rocín de patas fuertes que, guiado por la mano enérgica del godo, de un impulso se alza sobre los combatientes, sobrepasándolos y dejando atrás la pelea.

—¡A mí...! ¡Mis hombres, defendedme...! —grita al dar el salto, ordenando que le cubran la retirada.

Alguno de los asaltantes sale en su persecución, pero los soldados lanzan flechas que protegen a su general, derribando a los enemigos que han salido tras él; Swinthila huye de la refriega, conoce bien el camino y sabe adonde quiere ir. El caballo espoleado con fuerza corre veloz. De nuevo, se encuentra con la ruta que pende sobre el abismo. El corazón del godo late con fuerza, ha perdido a sus hombres pero él sabrá vengarse, es un guerrero poderoso, desciende de una casta ilustre y en su vida nada le ha sido fácil. No tiene tiempo de compadecerse de sí mismo, ni llorar por los compañeros perdidos, quizá muchos de ellos ya muertos.

El sol se ha despejado por completo, y reverbera sobre la ruta caliza. El general godo se acalora con la galopada, embutido en una coraza de hierro, le parece que va a derretirse bajo los rayos del sol de otoño.

Escucha a lo lejos el galopar de un caballo; es posible que todavía vengan tras él, por lo que decide dejar el camino e internarse en la serranía. Espinos y abrojos le dificultan la marcha. Se introduce en un bosque y al final llega a un lugar despejado, rodeado de robles. En ese momento, se escucha el tono agudo de un silbido humano. En el claro del bosque, comienzan a aparecer montañeses armados con lanzas, palos y estacas. Una flecha atraviesa la panza de su caballo. El guerrero cae al suelo y es rodeado por los cántabros, que hablan en un latín torpe. A Swinthila le cuesta entender lo que dicen. El godo es maniatado por los montañeses que le conducen al que parece el capitán. Swinthila se expresa ante él con orgullo:

—Soy general del ejército visigodo. No podéis matarme, os pagarán un buen rescate.

—No lo haremos, os llevamos preso...

—¿Adónde me lleváis? —pregunta.

—A la fortaleza de Amaya. Os entregaremos a nuestro señor, Nícer.

—¿Nicer...?

—Conocido por vosotros como Pedro.

Al escuchar aquel nombre el rostro de Swinthila se tranquiliza.

—Sí. Conducidme al duque Pedro.

—A él os entregaremos, pero aún no es el tiempo. Nuestro señor... está en la guerra con los roccones —le explica uno de los montañeses con su lenguaje basto.

Después el jefe del grupo de atacantes, observándole detenidamente, le dice:

—Nuestro señor querrá saber qué hace lejos del ejército un oficial godo.
¿Sois un desertor?

—No. No lo soy.

—¿Sois un espía?

—Si lo fuera, no lo confesaría... —habla sin inmutarse el godo—. Quiero ver al duque Pedro. Él me reconocerá.

—Ya lo veremos.

Los rústicos lo empujan. Son una partida que ha salido a explorar los pasos de las montañas, celosamente guardados por su duque y señor. Dejan la cordillera atrás y emprenden el camino hacia el sur, cruzando bosques de pinos y robles entre grandes campos de trigo, aún verde. El cielo se cubre de nuevo y comienza a lloviznar, el agua se introduce en las ropas del godo, empapándolas. Los astures no parecen sentir la lluvia. Las plantas del borde del camino toman una tonalidad más viva y el ambiente se colma de la fragancia de la tierra mojada. Swinthila se tranquiliza. El llamado por los cántabros Nicer, duque de Cantabria, señor de la Peña Amaya, guarda con el general godo un cercano parentesco.

Tras varias horas de camino divisan la roca sobre la que se alza el antiguo castro ahora convertido en fortaleza sometida al poder de los godos.

Un camino suavemente ascendente rodea al baluarte que, al fin, abre sus puertas ante ellos. Swinthila recuerda que su padre había luchado en Amaya y que su abuelo la conquistó, no hace tanto tiempo. Atraviesan calles muy estrechas en las que casas de poca altura parecen casi tocarse. Lo conducen a la parte más alta de la fortaleza, la morada del duque Nicer. Allí, a través de un túnel húmedo y oscuro, lo encierran en un calabozo, un lugar lóbrego, lleno de olor a podredumbre, donde por el techo de madera pasean las ratas impunemente. No acude a él el desánimo. Sabe que ha llegado adonde él quería, a encontrarse con Pedro, el ahora poderoso duque de Cantabria. El tiempo transcurre lentamente en aquel lugar, la comida es escasa y el espacio, angosto. Durante días, se mueve de un lado a otro incapaz de permanecer inactivo. En la espera, su mente recorre el pasado, aflorando en su espíritu el odio y el afán de venganza.

Transcurrido un tiempo indefinible, no puede decir si días o semanas, se abren las puertas de las mazmorras, le empujan hacia fuera donde un viento

fresco le azota la cara, la llovizna le alivia y lava su piel. Tarda en acostumbrarse a la luz del día. Rodeando el alcázar, alcanzan la entrada principal, custodiada por guardias armados. De nuevo, se introducen en la semipenumbra de corredores de piedra, iluminados por grandes hachones. En la sala de ceremonias, le espera el señor de Amaya.

Pedro, duque de los cántabros, es un hombre de elevada estatura, de cuerpo fuerte que comienza a encorvarse. El pelo encanecido, en algunas zonas conserva el tono amarillo propio del hombre rubio. Los ojos de color claro, traslúcidos, hacen daño cuando se clavan con fuerza en el visitante, pero son amables cuando él quiere. Se sienta en una jamuga de madera labrada y cuero, en un sitio un tanto más elevado que el resto.

Al llegar a la presencia del duque de Cantabria, Swinthila realiza un leve movimiento de inclinación de cabeza.

—¿Quién sois?

—Mi nombre es Swinthila.

El duque le observa atentamente:

—He oído hablar de vos. Sois un renombrado general de los godos. Sé que habéis vencido a los orientales, pero también sé que ahora habéis caído en desgracia y se os ha retirado el mando. Hoy he llegado del frente en el que mis tropas apoyan a los godos contra los rocones. He recibido noticias de que se os busca como traidor.

Swinthila se defiende de esta acusación contestando con tono digno y ofendido:

—Lejos de mí traicionar al legítimo gobierno de las Hispanias, al gran rey Sisebuto. La envidia y la inquina me persiguen. Desde tiempo atrás deseaba hablar con vos... pero los hombres de Sisenando lo han impedido...

Después se detiene unos segundos y con voz firme a la vez que suplicante le dice:

—Mi señor duque Pedro, tenéis la llave de mi destino en vuestras manos. Debéis ayudarme.

Pedro le escucha sorprendido, aquel hombre, un prisionero, no solicita clemencia, se muestra ante él con dignidad y firmeza como exigiendo el favor. Swinthila prosigue:

—Soy hijo del gran rey Recaredo; el mismo que os nombró duque de Cantabria, en pago a vuestros servicios; pero también porque entre él y vos hay una relación que no todo el mundo conoce...

Swinthila se detiene, pero después prosigue con voz enfática:

—Vos sois medio hermano de mi padre.

Nicer tarda un tiempo en asimilar lo que ha dicho el godo:

—¿Sois hijo de Recaredo?

—Sí. Lo soy. Yo y mi hermano Gelia fuimos salvados en los tiempos de la

persecución a nuestra familia. En los años en los que el usurpador Witerico barrió del trono a la noble familia baltinga.

El duque interrumpe sus palabras, dudando:

—¿Cómo puedo saber que lo que decís es verdad?

—Nadie en sus cabales intentaría engañaros con una historia así. Os juro que mi padre es el difunto rey Recaredo, y mi madre, Baddo, es también vuestra medio hermana. Me debéis ayuda porque soy sangre de vuestra sangre.

El duque de los cántabros escruta detenidamente el rostro del godo, encontrando en él los rasgos de Recaredo, pero más aún los de su abuelo Leovigildo, a quien Pedro, llamado Nicer entre los cántabros, no estima. Mueve la cabeza a un lado y a otro, después habla en un tono bajo, casi para sí.

—Pensé que ninguno de los otros hijos de Recaredo y Baddo habría sobrevivido... —susurra, y después prosigue en voz baja—. Que solo Liuva vivía.

—¿Vive...? ¿Sabéis dónde está mi hermano Liuva? —pregunta Swinthila con impaciencia.

—Liuva, el hombre al que sus enemigos cortaron la mano y cegaron, está a mi cuidado, bajo mi protección.

—Es a él a quien busco. No he desertado del ejército visigodo; simplemente he venido al norte desde la corte de Toledo, a buscar a aquel en quien se cebaron todas las desgracias... A mi hermano Liuva —exclama, mientras piensa para sí: «El que conoce todos los secretos».

Swinthila se ha detenido al hablar porque no quiere revelar cuáles son los secretos que le interesan, tras una breve vacilación continúa.

—Me hicieron saber que el depuesto rey Liuva, mi hermano, vivía escondido en estas montañas, en el santuario de Ongar. Allí me dirigía cuando vuestros hombres me detuvieron. Necesito verle.

Nicer sonríe suavemente, sus ojos claros chispean.

—El viejo, el fiel Liuva está retirado, alejado del mundo. Ahora ya no habita en el santuario de Ongar sino un lugar cercano al cenobio, pero escondido de las conjuras de los godos...

—No lo sabía... Mis noticias eran que se hallaba entre los monjes.

—Sí, al principio estuvo en Ongar, pero la insania del rey Witerico, su verdugo, le persiguió hasta allí, por eso le ocultamos en otro lugar.

—Quisiera verle... Es mi hermano. Me dirigía hacia él, pero unos hombres me atacaron, sé que eran los hombres de Sisenando.

—Sisenando es ahora el general godo que dirige las tropas del norte... ¿Por qué iba a atacaros a vos, el hijo del noble Recaredo?

Swinthila le contesta con una cierta ironía, a la par que se defiende, diciendo:

—¿Por qué iba a hacerlo? Le sobran motivos. ¿No los adivináis? El primero de todos, porque Sisenando es del partido nobiliario, opuesto al de la casa baltinga, a la que Liuva y yo pertenecemos. Después, porque me odia, como odia todo lo

que proceda de la casa real de los godos. Por último, porque soy un firme candidato al trono, envidia mi posición en la corte y mi destreza militar... No quiere competidores. Ha propalado que estoy aliado con los rocones y que soy un traidor...

—¿No lo sois? —le pregunta simplemente Nicer, calibrando la respuesta del otro.

Swinthila se muestra aún más ofendido.

—No. Yo protejo mis intereses... No obedezco las órdenes de un hombre que es un incapaz y que me ha alejado del puesto que me corresponde por medio de la intriga... Vos sois hermano de Recaredo, mi padre, él os nombró duque de Cantabria, sois respetado en estas montañas y conocéis los pasos. Necesito vuestra ayuda.

Nicer lo examina detenidamente; se adivina en él a un hombre de empuje, tan distinto de Liuva. Algo en Swinthila le resulta atractivo a Nicer, pero algo le repele y le parece sospechoso. A su mente acude, como un fogonazo, la antigua historia de Hermenegildo y de Recaredo, dos hermanos unidos y después enfrentados por cuestiones de raza, de religión y de lealtades. Él, Nicer, ayudó a Hermenegildo en la guerra civil fratricida, tantos años atrás, y se opuso a Recaredo. Ahora ambos han muerto, jóvenes, como mueren los valientes. Nicer les recuerda bien y una herida de tristeza vuelve a abrirse en el corazón del duque de los cántabros, quien había amado a Recaredo, pero aún más a su verdadero hermano Hermenegildo, al que nunca podrá olvidar. Él, Hermenegildo, años atrás le había salvado del deshonor y de una muerte segura, siendo para Nicer mucho más que un hermano, la reencarnación viva del padre de ambos, Aster.

Ante Nicer se presenta un hijo de Recaredo, el que había llegado a ser poderoso rey de los godos, un hijo que se le parece enormemente en su fuerza y capacidad de mando; pero que quizá no posee las virtudes preclaras de quien ha llegado a ser el más grande rey de los godos. Un hijo también de Baddo, su medio hermana. Las cejas oscuras y las pestañas así como la actitud desafiante de su mirada son las mismas que las de aquella que siempre se le había enfrentado.

En cualquier caso, aquel hombre fuerte es sangre de su sangre, el legado de un pasado no tan lejano. Se siente en el deber de ayudarlo.

—Tendréis mi colaboración... —dice al fin Nicer.

Swinthila se muestra complacido, a la vez que solicita de nuevo:

—Deseo hablar con Liuva.

—El problema es que no sé si Liuva querrá hablar con vos. No desea recordar nada de lo acaecido en el sur. Años atrás. Liuva lo perdió todo, está envejecido, ciego y enfermo; pero lo que más le pesa es la herida del alma, el desprecio y la traición de los suyos. No quiere saber nada del ayer. —Nicer se

detiene como hablando para sí—. A menudo pienso que le convendría tratar con gentes de su condición y no estar siempre entre rústicos, viviendo como un ermitaño, alejado de todo. Allí, lejos del mundo, se reconcome por dentro.

—Debo encontrarle y hablar con él... —insiste el godo.

Nicer se muestra de acuerdo y, pensativo, le contesta:

—Siento compasión por Liuva, es un hombre herido por la desgracia, le conozco desde niño y su situación me entristece; nunca he podido ayudarlo porque no consigue liberarse del pasado. Quizá vos podáis hacerle hablar. Yo no lo he conseguido. No sé por qué, él no confía en mí. En realidad, no confía en nadie.

Nicer se detiene un instante, pensando en aquel a quien cuidó de niño y que regresó a las montañas enfermo, melancólico, disminuido en su cuerpo y en su espíritu, por fin decide:

—Os dejaré marchar, uno de mis hombres os guiará hacia Liuva. No es fácil encontrarle...

—Os agradezco lo que hacéis por mí.

—No lo hagáis, se lo debéis a vuestro padre, mi medio hermano Recaredo, con quien al final me reconcilié. Se lo debéis a vuestra madre, mi medio hermana, Baddo. Se lo debéis ante todo a Hermenegildo; el mejor de los hombres que yo nunca he conocido.

Antes de dejarle marchar, Pedro de Cantabria habla profunda y detenidamente con el godo. Le interroga sobre la corte de Toledo, sobre detalles de su niñez y juventud. Desea asegurarse de que no va a introducir en sus montañas al enemigo. Al fin, convencido de la verdad de sus palabras y la rectitud de sus intenciones permite que se vaya, proporcionándole ropa y un caballo. Un criado le acompaña un trecho hasta las montañas y le indica la senda que conduce a la ermita oculta bajo las cumbres de la cordillera cántabra. Después Swinthila continúa, solo, entre montañas umbrías y picos nevados. El águila, rey de los cielos, describe círculos a su paso.

El hombre de la mano cortada

El hombre de la mano cortada mira al frente con expresión vacía, más que muerto, defenestrado, alejado de todo lo que pudiera suponer pompa u honor o incluso la vida ordinaria de una persona vulgar. Sí. Aquel ante quien todos se inclinaron largo tiempo atrás se arrodilla marchito, doblándose hacia la luz. Su perfil suave, casi femenino, se recorta ante el haz de sol que desde el estrecho tragaluz, como una lanza, corta el ambiente oscuro, iluminando una cruz tosca de madera.

La sombría ermita de piedra respira paz. La penumbra, rasgada por el rayo de luminosidad oblicua y tenue, impide vislumbrar detalles. La cruz, sin crucifijo, se recorta en las sombras, y él se dobla hacia ella; quizás intuyéndola, deseando poder volver a ver.

El hombre de la mano cortada viste hábito pardo y se cubre con capa de raída lana oscura. Sus brazos, fuera de las amplias vestiduras, dejan ver el muñón donde antes había una mano fuerte, que un día empuñó una espada. De la capucha se escapan mechones grises, prematuramente encanecidos, entremezclados con pelo oscuro.

La puerta de la ermita gira sobre sus goznes chirriando, Swinthila irrumpe con paso fuerte en el interior, se detiene acostumbrándose a la penumbra. Al fin, distingue al monje. Sabe que aquel hombre, de hinojos ante la luz, esconde los vínculos que le atan con el ayer, los rastros ocultos del pasado que explican toda su vida los secretos que le posibilitarán reinar sobre el pueblo de los godos, unificar todos los territorios al sur de los Pirineos en un nuevo reino que se recordará siglo tras siglo. Swinthila, el guerrero poderoso, atraviesa la capilla de piedra con pasos fuertes y arrogantes. Se sitúa junto al hombre arrodillado. Liuva, en su ensimismamiento, parece no oírle; quizá piensa que quien turba la paz de la ermita es un leñador de los que acuden a traerle subsistencias por orden del duque de los cántabros. Entonces, cuando está junto a él, Swinthila le roza levemente el hombro con la mano. El monje se desprende de la capucha hacia atrás y, al girar la cabeza, muestra una frente amplia, cruzada por las arrugas que ha forjado el dolor, las mejillas flácidas y unos ojos en los que ya no hay luz. Las pupilas cegadas por el castigo injusto están turbias y un halo rojizo rodea las

cuencias. La mirada, dilatada e invidente, en la que aún hay miedo se fija en el hombre fuerte, junto a él. Liuva, en el bulto, intenta reconocer al extraño, sin adivinar de quién se trata; al fin se sobresalta y con miedo, exclama:

—¿Quién eres?

Swinthila no contesta sino que le aprieta el hombro. Receloso, Liuva repite:

—¿Quién eres?

—Liuva, hermano... —le dice Swinthila aparentando una suavidad que no es propia de él.

—Hace años que nadie me llama así, Liuva ha muerto para los hombres. Ahora solo soy un ermitaño.

El monje se levanta con esfuerzo y le indica que han de salir afuera.

—¿Quién eres...?

—Soy Swinthila...

—Swinthila, el legítimo...

La expresión de su rostro se entristece por una antigua y oculta rivalidad. Entonces, Liuva, el hombre de la mano cortada, se queda absorto, todo un universo de recuerdos le domina y su cara pálida y enflaquecida se va transformando, al tiempo que las memorias acuden a su mente. Tras un breve silencio, Liuva habla de nuevo, en su voz se adivina una amargura irónica con la que prosigue:

—Al fin has llegado, tú, el legítimo hijo de Recaredo. Supe siempre que vendrías. ¿Qué quieres de mí? Yo no soy nadie... ¿Qué deseas de mí? Nada soy sino aquel que reinó lo suficiente como para ser traicionado.

Swinthila observa al ermitaño con desdén, no le gustan los lamentos del otro. Pensa que su hora ha llegado y que él, el legítimo hijo de Recaredo, conseguirá el poder, recuperar el lugar injustamente arrebatado a la estirpe baltíng. Liuva camina con dificultad, el tiempo ha destrozado a aquel que una vez fue un hombre fuerte. Los años del monje no superan los cuarenta, pero es ya un hombre decrepito, enfermo, y cansado. Sus ropas pardas le hacen parecer más descarnado, su rostro enflaquecido recuerda vagamente al de su padre Recaredo, pero el de Liuva es un rostro torturado, y el del gran rey Recaredo fue siempre un semblante vigoroso.

Fuera, la luz de la mañana se cuela entre los olmos junto al río, haciendo que sus hojas brillen verdinegras. En el fondo del valle, un poblado de casas dispersas de piedra y adobe se muestran vivas por el humo que se escapa de ellas hasta el cielo. Cerca se escucha la cascada golpeando las rocas de forma interminable. Él no ve nada, quizás únicamente la claridad de la mañana y alguna sombra emergiendo en la fría oscuridad que le rodea.

Lejos ya del recinto sagrado, el monje abraza al recién llegado, diciendo:

—Mi pequeño hermano, el que pensé perdido, es ahora un fuerte guerrero.

Swinthila nota su cuerpo junto a él y, al estrecharle, aprecia nada más que

huesos y pellejo. Su coraza dura choca contra la túnica del monje y, sin saber por qué, siente asco ante aquel gesto afectuoso.

En los alrededores de la ermita en la que Liuva ha vivido refugiado hay unas piedras cuadradas que podrían formar un lugar para sentarse. Los dos hermanos se dirigen allí y se sientan, hombro con hombro, rodeados por picos nevados y rocas calcáreas, divisando al frente las grandiosas montañas del norte. Desde allí se distingue el camino que conduce al antiguo castro de Ongar, ahora una fortaleza. Liuva calla, Swinthila aguarda nervioso, impaciente por conocer lo que le interesa.

—¿Cómo has podido pasar? ¿Cómo te han dejado los montañeses cruzar la cordillera, a ti, a un godo?

—Me capturaron, pero Nicer me reconoció y me permitió el paso. Él quiso que hablases conmigo, que me ayudases.

Liuva suspira y, de algún modo, se puede entender lo que piensa. El recién llegado le explica:

—He venido a que me ayudes a recuperar lo que me corresponde. El partido de nuestra casa debe volver al poder, humillando a los nobles que se nos oponen.

Liuva le interrumpe:

—Las peleas entre los nobles godos no me interesan, me dan igual, no deseo volver al pasado... Aquí estoy en paz, estoy enfermo y cansado, soy el eremita, el que rezo por la paz del valle; los paisanos me respetan, me traen comida, vivo una vida de soledad penitente... ¿Quién eres tú para perturbarla? No quiero nada del mundo, estoy desencantado de él y de sus grandezas, sin ganas de buscar nada más.

Swinthila de nuevo se impacienta y le interrumpe:

—Tienes una obligación y un deber...

—Un deber... ¿a qué te refieres?

—Si eres hombre, tienes el deber de la venganza y la obligación de reponer a tu familia en el trono que perdiste.

Liuva sonríe hoscamente, calla un tiempo y después se dirige a Swinthila, como dándole una lección, con una aparente seguridad.

—He perdonado tiempo atrás. Nada de eso merece la pena... No quiero que el odio, otra vez, se apodere de mí... ¡He vencido al odio! A pesar de todo lo ocurrido... ahora estoy en paz.

Saca su brazo de la túnica, mostrando de nuevo el muñón del miembro que un día cortaron.

—He aprendido a olvidar, a manejarme sin esta mano. A borrar de la memoria la luz y a trabajar sin ella... ¿Conseguiría algo lamentándome porque mi mano no existe? ¿Conseguiría algo quejándome porque ya no veo? Hubo un tiempo en que estaba ciego aunque mis ojos veían, ahora no veo con los ojos del cuerpo, pero los de mi espíritu ven más allá. He encontrado la paz en este lugar

retirado y no quiero que esa paz se vea enturbiada por nada.

Al hablar, roza a Swinthila con el muñón, este retrocede alejándose de él, siente asco al notarlo cerca. El monje lo percibe.

—Tú también huyes de mi brazo amputado...

—Los que te hicieron eso aún viven, son los tiranos que han destrozado el reino... Hemos de intentar derrotarlos.

Se ríe de manera sardónica, llena de ironía.

—¿Te crees superior a ellos? No, el poder corrompe; es un veneno que poco a poco penetra en el cuerpo y nos hace desear siempre más, no tolera competidores, busca siempre dominar.

—No todos los que quieren el poder lo hacen torpemente. Hay reyes justos, nuestro padre lo fue. Nuestro padre, el gran rey Recaredo, ungido como rey por la gracia de Dios.

Liuva calla. Una sonrisa triste cruza su cara. Deja que el silencio corte el ambiente, después prosigue.

—Nadie hay limpio delante de Dios, nadie es enteramente bueno; en el hombre siempre hay corrupción... Nadie conoce todos los arcanos de la vida. ¿Quién puede juzgar a quién?

Después de aquellas palabras proferidas con un gran esfuerzo, Liuva cierra los ojos rodeados de arrugas y habla de nuevo:

—Nuestro padre trató de ser justo, y fue traicionado muchas veces incluso por mí. Mis ojos ciegos se deben a que un día no vi la verdad, cegado por las palabras arteras de mis enemigos. Mi mano cortada es un justo castigo a mi infamia.

—¿Infamia...?

—Yo traicioné a Recaredo... ¡Lo oyes bien! —Se excita mucho y sus ojos ciegos parecen revivir en las órbitas. Lo hice, y lo hice con su enemigo más acerbo. El mismo ser brutal, Witerico, que después me traicionó a mí...

Swinthila conoce algo de aquella antigua historia e intenta removerla sacándola a la luz, la historia guardada en el fondo del alma de aquel ser enfermizo, dolido por el pasado.

—Has pagado con tu mutilación y con tu reino, no debes atormentarte con culpas que ya han prescrito y por las que ya te has redimido... Tu enemigo murió...

—¡Fue asesinado...!

—Sí, pero la venganza pasa de una generación a otra. Ahora reina alguien peor que él, un hipócrita que dice ser afín a Recaredo y que en el fondo es igual que Witerico, el rey Sisebuto. Debes ayudarme.

—Yo únicamente quiero olvidar el pasado. Un pasado horrible que tú desconoces.

—Conozco la historia... —afirma Swinthila con altanería.

—Tú... —Liuva grita enloquecido—. ¡Tú no sabes nada...!

Lágrimas acerbas, que no puede controlar, le corren por las mejillas; después inclina la cabeza, aún sollozando.

Pocas veces ha visto Swinthila llorar así a un hombre y se avergüenza de él, sintiéndose incómodo. Se pone en pie para despejar esa penosa sensación. Al levantarse divisa el valle, a lo lejos un rebaño de vacas pace tranquilamente, son de color pardo y se desdibujan en el paisaje. Distribuidas por las laderas hay casas de piedra gris, techadas con ramas; alguna de ellas, más fortificada. Se escucha el trinar de un pájaro, el ambiente es pacífico, pero Swinthila no tiene tiempo que perder, así que se dirige de nuevo a Liuva, que parece algo más recompuesto, apoyando su brazo sobre el hombro del depuesto rey godo.

Él dirige su rostro hacia Swinthila sin verle y habla con esa serenidad dolorida que le caracteriza.

—Desde siempre supe que vendrías... Sabía que no habías muerto ni tú, ni Gelia. Tú... sobrevives a todo. Eres el guerrero fuerte, capaz de superar las conjuras. Supe que levantarías los fantasmas dormidos en el fondo de mi alma. Yo había alcanzado la paz y ahora de nuevo la he perdido. —Liuva se calla durante un instante y después, como para sí, prosigue indeciso—. Sí, sé que tengo un deber. Sí, lo tengo. Debo cumplir mi obligación y abrir los secretos del pasado... debo transmitirte el legado de nuestra madre.

Swinthila guarda silencio para no interrumpirle, han llegado al punto que él buscaba; después Liuva prosigue:

—Te envía Pedro de Cantabria. ¿No es así?

—Lo es.

—Quizás él podría haberte aclarado muchas cuestiones...

—Lo hizo, pero él no conoce todo lo ocurrido en tiempos de nuestro padre. Además quiere que te desahogues, que hables de lo que te atormenta y no te deja vivir.

Liuva, conmovido, exclama:

—El bueno, generoso y fiel Nícer...

—¿Por qué le llamáis Nícer...?

—Es el nombre que los montañeses dan a Pedro, ¿no lo sabías? Él es solamente medio godo, al nacer le dieron un nombre celta: Nícer, que después fue cambiado por Pedro al recibir el bautismo.

Cuando Recaredo llegó al trono, le nombró duque de Cantabria, queriendo recompensarle. Los magnates godos se opusieron, pero Recaredo le apoyó. Ha sido un baluarte para los godos poniendo orden entre las tribus del norte, nunca enteramente pacificadas. Además, Nícer ahora es invencible... posee algo que le protege.

Swinthila se muestra cada vez más interesado, no quiere interrumpirlo, y le anima con un gesto apretándole el hombro a que continúe.

—Tú no sabes muchas cosas. Yo me crié entre los cántabros y los astures en la época en la que mi madre no había sido reconocida aún como la legítima mujer de Recaredo. Ella misma te contará toda la historia. Existe una carta que ella te dirige, en la que se explican muchas cosas que nadie conoce.

El godo se estremece de excitación, al fin su hermano llega al punto que durante largo tiempo ha indagado, lo que le ha conducido al norte.

—¡Quiero esa carta! Es por ella por lo que he venido. Adalberto me habló de ella.

Al oír hablar de Adalberto, una sonrisa dolorida se dibuja en el rostro del hombre de la mano cortada.

—Adalberto, el hombre al que yo amé, que me traicionó y al fin me salvó la vida.

Swinthila no se conmueve ante la expresión melancólica y nostálgica de Liuva, solo quiere una cosa.

—¡Dame la carta...! ¡Es mía...! Tú mismo dices que me ha sido dirigida.

—Tengo la carta, nunca he podido leer su contenido, llegó a mí cuando la luz ya había huido de mis ojos. Dudo que estés preparado para aceptar todo lo que hay en ella, pero has venido y debo dártela. Allí, Baddo, nuestra madre, explica los secretos de poder... Me da miedo confiártelos... —Liuva calla unos segundos para continuar después en un tono de voz más bajo—. Se necesita un corazón recto y compasivo que no posee...

—¡Tú... monje, anacoreta, ermitaño...! —El guerrero godo le insulta con desprecio—. ¿De qué conoces los corazones de los hombres?

—Los hombres del valle me respetan y me escuchan, se dirigen a mí buscando guía y consuelo, conozco los pensamientos de los corazones. En el tuyo solo existe una desmedida ambición... eso te perderá...

—No eres tú el adecuado para echarme nada en cara. Tú causaste la ruina de nuestra casa con tu traición. ¿Lo sabes?

Liuva, ante aquel ataque, intenta contestar, temblando de vergüenza e indignación; las palabras no fluyen de su boca, pero al cabo de poco tiempo se recompone y prosigue gritando:

—El gran Recaredo, como tú le llamas, nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo tenía meses. En aquel tiempo, mi padre buscaba como tú el poder y no le convenía reconocermé a mí, al fruto de un concubinato. Mi tío Nicer, a quien conoces como Pedro, nos protegió aunque hubo de alejarnos del poblado. No pudo refugiarnos en la aldea porque mi madre había sido deshonrada —en su voz latía la repulsa— por ese al que tú llamas el gran rey Recaredo. Ella y yo vivimos aquí, solos, ayudados únicamente por las familias de los montañeses del valle; moramos aquí todos los años de mi niñez. Recaredo, tiempo después, recordó que tenía una esposa, una concubina regia, a la que había abandonado. El gran rey Recaredo, como tú le llamas, me quitó a mi madre enviándome a las

escuelas palatinas de Toledo, que fueron mi perdición.

La historia de Liuva

« Lo que ahora ves como una ermita no siempre fue de este modo, antes había sido una casa de piedra con techo de madera y paja. Aquí, aislados del mundo godo, rechazados por los montañeses y al mismo tiempo protegidos por ellos, vivimos Baddo y yo, cuando era niño. Mi madre conseguía comida en los caseríos de los alrededores y cuidaba ovejas, de las que extraíamos leche para alimentarnos y lana para vestirnos. Nuestra madre era una mujer singular que dominaba la lanza y el arco; de ella aprendí muchas cosas. Estábamos muy unidos y no solíamos relacionarnos con casi nadie. Baddo no acostumbraba hablar de mi padre, pero la nostalgia de él se traslucía en sus ojos cuando desde lo alto del valle observaba el camino que conduce hacia el sur. Las montañas cántabras estaban en paz; mi tío Nícer, a quien tú llamas Pedro, guardaba el valle en donde nadie podía entrar sin su beneplácito.

» Una noche de un invierno muy frío, no tendría yo más que cuatro o cinco años, un hombre se acercó a nuestra cabaña, un hombre que a mí me pareció enorme, como un gigante, un hombre que abrazó a mi madre y a mí me acarició el pelo. Supe que él era mi padre; pasó la noche en la cabaña. Desde el pajar donde yo dormía, oí voces que me llegaron como lamentos y susurros entrecortados. Mis padres hablaban de alguien a quien ambos amaban y que había muerto. Me dormí oyendo aquellos sonidos. Por la mañana, él se había ido.

» Pasaron dos o tres años repletos de una rutina que todo lo impregnaba, unos años en los que crecí sin tratar prácticamente a nadie, unos años que se han borrado de mi mente por su vacuidad. Recuerdo como si fuese hoy, el día en el que en ese camino que cruza el valle apareció un emisario, un hombre que parecía un montañés y no lo era. Las nubes, blancas y velludas como la lana recién esquilada, se deslizaban suavemente en el cielo límpido de una tarde de verano, sombreando a retazos el camino por donde avanzaba aquel hombre. Desde la altura, lo vi acercarse.

» Fui yo quien le recibí en casa, dejé mis juegos y con curiosidad me acerqué hasta el borde de la planicie, que después baja hacia el valle. El extranjero ascendía con esfuerzo la loma; al llegar junto a mí, se inclinó hasta mi altura y, con el acento de los hombres del sur, me preguntó por la dama Baddo.

Ella estaba en el arroyo y le guie hasta allí. El mensajero depositó en sus bellas manos dañadas por el trabajo en el campo un pergamino con un sello de gran tamaño. Noté que el rostro de mi madre enrojecía. Me dijo que me fuera y, a regañadientes, lo hice; un extranjero era siempre una novedad. Los dejé solos y hablaron largo rato; después el hombre se fue.

» Vi al emisario alejarse bajando hacia el valle, y supe que mi destino había cambiado. Cuando él se fue, mi madre me llamó junto a sí; en su rostro había restos de lágrimas que no eran de tristeza. Ella se situó tal como tú y yo estamos ahora, mirando hacia ese valle, que ahora yo no soy capaz de ver. Entonces me habló de él, de nuestro padre.

» —Querido Liuva, iremos al sur. Tu padre nos reclama...

» —¿Mi padre...?

» —El más grande de los reyes godos, aquel que ha conseguido la paz. El hombre nuevo. Él ha cumplido sus promesas para conmigo.

» Inexplicablemente, sentí celos, unos celos rabiosos de alguien que podía separarme de la mujer a la que estaba tan unido y, al mismo tiempo, una gran esperanza de que todo fuera a cambiar y a ser distinto, a mejorar en un futuro no muy lejano.

» Solamente algunos labriegos vinieron a despedirnos. No teníamos muchas cosas, pero mi madre quiso dejar todo colocado y limpio.

» Fue en esos días en los que preparábamos la marcha, cuando mi tío Nicer se hizo presente una noche. Él nos había protegido contraviniendo las órdenes del senado cántabro y, de cuando en cuando, se acercaba a vernos; nos traía algún presente o provisiones.

» Aquella noche yo ya estaba acostado arriba en el pajar; era muy tarde pero no me vencía el sueño, mi madre junto al hogar cantaba suavemente una balada antigua mientras removía el fuego. Veía el resplandor de las llamas y brillos rojizos en su cabello ondulado y oscuro. Llamaron a la puerta. Transcurrió un tiempo entre susurros; entonces oí a mi madre gritar enfadada y a mi tío decir:

» —Ese hombre no es de fiar, te traicionará una vez más, siempre lo ha hecho, no debes abandonar a tu raza.

» —Querido Nicer, mi raza ya me ha abandonado. ¿Qué futuro nos aguarda aquí a mí y a mi hijo? Rechazados como leprosos por todo el valle. Solo tú vienes a vernos y, cuando lo haces, es para reconvenirme; para que abandone a mi hijo y contraiga matrimonio con algún jefe de los valles. Vuelvo a quien debo fidelidad.

» —No podrás ir sola hacia el sur.

» —Eso lo veremos... —respondió ella con firme determinación.

» —Impediré que os vayáis de aquí... Desde mañana tendrás un guarda en tu puerta.

» Ante esas palabras mi madre se volvió hacia él, desafiándole con ira.

» —¿Cómo puedes ser así de obtuso? ¿Cómo puedes no entender nada? Desde niña me has controlado de una manera absurda.

» —Y dime... ¿Para qué ha servido? —gritó él. Has hecho siempre lo que has querido... Has sido la deshonra de la familia. Te uniste con alguien fuera del clan familiar, que te abandonó.

» —Él no está fuera de tu clan familiar, sabes perfectamente que Recaredo es tan hermano tuyo como lo soy yo.

» No entendí aquellas extrañas palabras, ¿cómo podía ser mi padre, hermano de mi tío Nícer?, por ello agucé aún más el oído.

» —Él robó la copa que nos pertenece... y después la perdió —decía mi tío—. Colaboré en la muerte de Hermenegildo, ¿no lo sabías? ¿No lo recuerdas? Hermenegildo te salvó la vida y a mí me restauró en mi lugar al frente de los pueblos cántabros... Después yo luché apoyando a Hermenegildo en el sur, que se rindió gracias a las arteras palabras de ese hombre. Tu amado Recaredo se ha aprovechado de su muerte y se ha hecho con el trono...

» —Retuerces de mala manera la verdad de lo que ha ocurrido. No quiero oírte, siempre he confiado en Recaredo.

» —¿Siempre? ¿Incluso cuando te abandonó? Es un hombre que nunca te ha convenido, ha labrado tu desgracia. Y tú, ahora, vas tras él como una meretriz de las que andan en los cruces de los caminos...

» En ese punto no pude aguantar más, salté de mi lecho y bajé por las escaleras del pajar hecho una furia y me abalancé sobre mi tío provocando que se tambalease:

» —¡Tú...! ¡Tú no insultas a mi madre! —le grité.

» Ella sollozaba, mientras decía con voz suave.

» —¡Déjale, Liuva, déjale! Eres pequeño, no entiendes las cosas... Quizá tenga razón...

» Nícer me rechazó con firmeza pero sin hacerme daño, ordenándome:

» —¡Calla, muchacho! No sabes nada de lo que está ocurriendo. Eres un niño.

» Nunca había visto a mi tío Nícer de aquella manera, iracundo pero a la vez emocionado y triste.

» —No me ofende lo que me dices —habló entonces con dulzura mi madre—. Quizás en parte tienes razón, quizás he deshonrado a la familia... pero ¿qué sentido tiene que siga aquí? Debo ir adonde mi destino me reclama y tú debes dejarme marchar.

» Mi madre se abrazó a su hermano, y lloró sobre su pecho. Advertí la expresión de Nícer, conmovida.

» —Siempre consigues lo que quieres... Tengo miedo por ti, temo que Recaredo te haga desgraciada una vez más. El mundo de los godos es tan diverso al nuestro... quizá se burlen de ti y te crean una montañesa. Aquí, si hubieras

querido, habrías sido la reina de todos estos contornos.

» —Pero no he querido, y tenía muy buenas razones para no quererlo.

» Nicer se separó de Baddo, se quedó callado unos instantes, pensando que quizás aquello no tenía remedio.

» —Si vas al sur, tienes que conseguir que regrese la copa sagrada. Recuerda que ese era el deseo de nuestro padre... Tenemos una obligación en ello. El bien y el mal están en esa copa.

» —La tuviste y la desperdiciaste... —le recordó mi madre.

» —Sí, pero ahora he aprendido y sabría hacer buen uso de ella.

» —Juro que conseguiré la copa para los habitantes de estas montañas si me dejas marchar —aseguró Baddo con decisión.

» Nicer calló un momento, se le veía luchar dentro de sí.

» —Puedes irte... —dijo al fin—, pero la copa debe volver y, por Nuestro Señor Jesucristo te lo pido, cuídate...

» —Yo cuidaré de ella —exclamé con voz fuerte cogido a sus faldas.

» Al día siguiente, partimos hacia el lejano reino de los godos. Al descender la ladera, en el valle, nos encontramos con un emisario de Nicer, que nos traía una montura y provisiones para el camino. El hombre era Efrén, uno de los pocos campesinos que nos hablaba y que era muy querido por mi madre.

» —Iré con vosotros —dijo.

» —Es un viaje arriesgado... Tú no conoces los caminos del sur.

» —Vengo obligado —dijo con una sonrisa—. Si no hubiese venido yo, mi padre, Fusco, te habría escoltado hasta el mismísimo infierno y él ya no tiene edad para recorrer caminos. Además, Nicer me lo ha ordenado.

» —Eres libre de irte, o libre de venir conmigo —dijo Baddo.

» —Ya lo sé, soy libre como todos los hombres de estas montañas, gracias a tu padre y a tu hermano.

» —Gracias a mi padre —afirmó ella muy secamente; mi hermano tiene poco que ver en la libertad de estos valles...

» —Nunca aceptarás del todo a tu hermano..., ¿no?

» —No —respondió mi madre.

» —Desde niños habéis sido como el perro y el gato, y eso no ha sido bueno para ninguno de los dos.

» Baddo no le respondió y con destreza montó en el caballo a mujeriegas. Después Efrén me ayudó a subir encajándome en el rocín por delante de ella.

» El recorrido en el valle fue agradable. Las gentes sencillas nos miraban con desconcierto; se había corrido la voz de que mi madre y yo partíamos hacia el lejano reino de los godos. La mayoría de los habitantes de los valles se despedía de nosotros amablemente; sin embargo, los más ancianos movían la cabeza con pesar mirando en dirección a mi madre como reconviniéndola. Ella no hacía caso de nada, era feliz. Su rostro, siempre lo había sido, estaba todavía más

hermoso, en él se dibujaba una sonrisa de felicidad, una sensación de seguridad que lograba transmitirme. El día era azul, extrañamente azul para aquellas tierras húmedas, y la luz del sol de otoño parecía acompañarnos en nuestro camino.

» No te cansaré con detalles del viaje, aunque todo se ha quedado en mi mente. A menudo, Baddo cantaba y su voz suave se difundía por los caminos. A mí me gustaba bajar de la montura caminando junto a ella, cerca de Efrén. Nadie nos detuvo en la tierra de los montañeses, la autoridad benévola de mi tío Nicer nos defendía. Noté que mi madre y Efrén se preocupaban al salir de aquellas tierras seguras.

» Mirando a nuestras espaldas, los agrestes picos de la cordillera de Vindión se mostraban amenazadores en la distancia, parecían oscurecer el camino. Creo que mi madre y yo, al volver la vista atrás, a las montañas, teníamos la misma impresión que el reo que ha huido de su cautiverio cuando mira tras de sí, a los muros que un día le guardaron preso.

» Nos dirigimos a Astúrica^[1], donde una guarnición goda nos acogió. Fuimos recibidos por un hombre que se nombró a sí mismo como Fanto, conde de las Languiciones.

» —Os esperaba, señora...

» Besó su mano haciéndole honor ante todos. Ella bajó la cabeza como avergonzada. Yo observaba la reverencia que se hacía a mi madre con cara de pasmo, pero me alegraba por ella, que sonreía ruborizándose. Escoltados por las tropas de Fanto nos guiaron a través de callejuelas húmedas. Quizá por las guerras cántabras la ciudad estaba parcialmente destruida, y muchas de las casas, en ruinas, se habían convertido en huertos en donde pastaban ovejas o se cultivaban hortalizas. Al final de una calle estrecha llegamos a una edificación con columnas romanas y jambas en las que se adivinaban motivos vegetales, la morada de Fanto. El hombre era grueso, de pelo cano y mirada amable, en la que se adivinaba un espíritu fuerte a la vez que práctico. El conde de las Languiciones quería hablar a solas con mi madre, por lo que intentaron alejarme de ella; sin embargo, pude escuchar algo de lo que se decían: que él sería como un padre para ella y que confiase en él.

» No nos demoramos mucho en aquella ciudad y pronto reemprendimos el camino hacia el sur» .

Recópolis

«El viaje fue largo y penoso. Muchas leguas de caminar con soldados, compartiendo la ruda vida de la tropa. A mí me gustaba acercarme a ellos y preguntarles, pero con frecuencia captaba un deje de sarcasmo en sus respuestas que me dejaba confuso, se mofaban de mi latín tosco y vulgar, se reían de que fuese un niño poco fuerte, dependiente aún de su madre; pero de ella, de Baddo, de mi madre, no se atrevían a burlarse. Fanto la protegía y, además, un rumor se extendía por la soldadesca, el rumor de que ella estaba relacionada con el rey. A veces, cuando mi madre no estaba presente, yo pude escuchar conversaciones de los soldados muy bastas e innobles. La soldadesca no lograba entender cómo el gran Recaredo había escogido a aquella montañesa de cabellos oscuros. Sin embargo, la respetaban porque de ella fluía una fuerza interna difícil de explicar.

» Mi único desahogo era entonces Efrén. Él tampoco había salido nunca del norte. A los dos nos sorprendían las millas de paisaje plano en donde el trigo había sido cortado pocos meses atrás. Entre campos cosechados se veían pinares, bosques espesos y tierras baldías. Hacía frío y una niebla helada cubría la estepa, el frío se había adelantado aquel año. El cielo se tornó blanco y un cierzo helado soplaba del norte. Yo me arrebujaba en las pieles, y el calor del mulo me aliviaba. Efrén, que ocupaba la misma cabalgadura, estaba pendiente de mí.

» —¿Adónde nos dirigimos...?

» —No lo sé muy bien —me dijo—, en un principio se pensó que a Toledo, pero he hablado con el capitán y nos han llegado órdenes de quedarnos en la ciudad de Recaredo, junto al Tajo. Una ciudad que tu abuelo Leovigildo construyó para tu padre. Allí le esperaremos y allí se decidirá nuestro destino.

» Como ahora, el viaje a través de la meseta no era seguro, bandidos y salteadores atacaban a las caravanas de viajeros pero, custodiados por una tropa fuerte, no tuvimos especiales contratiempos.

» Recuerdo la luz de la meseta, los campos inmensos, vacíos de gentes, los atardeceres rojizos y fríos, el amanecer rosado que nos enfrentaba a un nuevo día de marcha. Los detalles de aquel viaje se han quedado grabados en mi memoria.

» Poco antes de alcanzar nuestro destino, hicimos un alto junto a un río ancho

y rebosante por las lluvias del otoño. Nos detuvimos en un molino de agua, una edificación de mampostería de baja calidad, de planta alargada y con techo a dos aguas. Dentro había una especie de taberna donde se servía vino y comidas a los viajeros.

» En aquel lugar, se paraban los campesinos a moler y los viandantes descansaban antes de entrar en la ciudad de Recaredo. Desde tiempo atrás, se hablaba de la próxima llegada de una mujer al palacio, la futura esposa del rey. La molinera ardía de curiosidad y comenzó a interrogar a mi madre. Mientras tanto, yo me escabullí y por la parte de atrás salí hacia el río. Los peces cantaban en aquel lugar, puedo asegurarlo. Me detuve a escucharlos, sus voces se entremezclaban con el rumor de la corriente. Parecía como si hablasen entre ellos, y creí notar en los peces una risa compasiva dirigida hacia mi persona. Me acerqué al lugar donde el molinero trabajaba, arreglando la rueda hidráulica que se había atascado. El hombre había puesto un gran palo que contenía al rodezno e investigaba lo que había atascado el funcionamiento de la maquinaria. Ante mi mirada insistente, se puso nervioso y me increpó:

» —¡Niño! ¿Qué miras?

» —Esa rueda, me gustaría saber cómo funciona...

» El molinero, sorprendido de que un niño de pocos años se interesase por el funcionamiento del artefacto, respondió:

» —El agua hace girar el rodezno y transmite hacia atrás su fuerza; después esa fuerza hace girar la prensa que muele el cereal... pero ahora se ha atascado.

» —¿Le puedo ayudar? —dije suavemente.

» —Esa no es tarea de nobles...

» —No lo soy.

» —Sí lo eres... aquí se sabe tu historia.

» Se volvió a arreglar la pieza y no me hizo más caso. Entré de nuevo en la posada, donde mi madre aguardaba. Baddo se había puesto muy seria, parecía no escuchar los mil chismes que la molinera le iba contando. Al fin se despidió cortésmente de ella y salió hacia la luz, tras ella fue Efrén. Les seguí a ambos hacia el lugar donde un sauce volcaba las ramas en el río.

» —Dice que el gran rey Recaredo está a punto de casarse con una princesa franca... No puedo creerlo... ¡No! ¡Otra vez no! —exclamó Baddo con tristeza.

» —Son chismes de comadres, él nunca te hubiera hecho venir sin ofrecerte un futuro digno. —Intentó calmarla Efrén.

» —Entonces, dime..., ¿por qué no me lleva a Toledo? ¿Por qué me esconde? —continuó ella irritada—. Sí. No me mires de esa manera, me esconde en este lugar lejos de la corte. Quizá Nícer, en último término, tenía razón.

» —No es así y tú lo sabes —le animó él.

Callaron, en aquel lugar los soldados cepillaban los caballos mojándolos con agua, la conversación podría ser escuchada. Ella se alejó de Efrén y tornó

caminando hacia el río con su faz entristecida. Poco después, el capitán de la tropa informó a mi madre que reemprendíamos el camino, no quedaba mucho hasta llegar al fin de nuestro viaje. Ella se recompuso los cabellos, se alisó la ropa y cambió la expresión de su cara.

» El camino transitaba a lo largo del río, vimos algún pato nadando. Al fin torcimos a la izquierda y nos separamos del cauce. Ascendimos una loma y se abrió a nuestros ojos Recópolis, la ciudad de Recaredo. Situada entre campos de olivos y cereal, flanqueada por un gran acueducto, la ciudad estaba emplazada en un montículo, rodeada por una muralla que nunca había visto la guerra, y circundada por un meandro del Tajo. Al cruzar las puertas sonó el himno de la monarquía de Leovigildo y se cuadraron los centinelas. Mucha gente salió a las calles para ver llegar la comitiva del norte.

» Nada más atravesar la muralla, nos encontramos con la ciudad artesana y sencilla, con tiendas de orfebrería y vidrio y casas de una sola altura encaladas de blanco. Al frente, al final de la calle principal, un gran arco separaba la ciudad populosa y menestrala de la parte noble. Rebasamos las puertas del arco, llegando a una plaza en la que se situaba el palacio de Recaredo, una mole de piedra con dos plantas, ventanas con celosía y columnas de corte romano. Al frente del edificio se abría entre columnas una gran portalada a la que se accedía subiendo unas amplias escaleras. A la derecha de la explanada, la iglesia palatina abría sus puertas, con planta de cruz latina y el baptisterio. A los lados, otros edificios oficiales en piedra arenisca cerraban la plaza.

» Atravesamos el dintel y se abrieron ante nosotros unas estancias guarnecidas por tapices; la escasa luz penetraba por ventanas cerradas por teselas de vidrio verdoso y grandes hachones humeando en las paredes. La servidumbre nos condujo hacia unas habitaciones en la parte superior del palacio desde las que se divisaba el río.

» Baddo se encontraba en un estado de gran nerviosismo y agitación continuas que no conseguía calmar. Nos prepararon un baño y nos hicieron cambiar las vestiduras del viaje. Al fin se sirvió la comida. Después recorrimos nuestra nueva morada, las estancias inmensas en el palacio sobre el Tagus^[2]. Mi madre desde las terrazas miraba insistentemente el camino que conducía a Toledo. Caía la tarde tiñendo de tonos rojizos el río.

» Aquella noche llegó Recaredo.

» Bajo la luz de las antorchas reconocí a mi padre, el hombre corpulento que años atrás había estado en las montañas. Parecía un enorme buey con ojos sombreados por pestañas rubias y de un color verde tan claro que se hacía transparente. Entró con paso firme en la estancia. La larga capa del rey se balanceaba a su paso, y las botas hacían un ruido fuerte sobre el suelo de madera. Al ver a mi madre en el fondo del aposento, se dirigió corriendo hacia ella, que le acogió con ansia. Después vi cómo se separaban y mi padre bebía del

rostro de mi madre besándola por doquier sin importarle que alguien estuviese cerca, sin notar que yo estaba allí, observándolos. Le decía, con el acento fuerte y el latín puro del sur, que la amaba; ella lloraba y se cogía a él. Pasó un largo rato que a mí se me hizo eterno, en el que me sentí postergado por ambos. Al fin, mi madre, liberándose de su abrazo, dirigió a mi padre hacia mí.

» —Mira, aquí está Liuva.

» Escuché la voz bronca de mi padre que decía:

» —Ha crecido.

» Recaredo se dirigió hacia mí, revolviéndome el cabello y dándome un cachete cariñoso en la mejilla. Me encontraba confundido por mis sentimientos, por un lado estaba orgulloso de ser su hijo, de descender de aquel a quien todos alababan como el forjador de la paz, el que había conseguido la unidad del reino pero, por otro, unos celos absurdos me llenaban el alma porque intuía que él me quitaría a mi madre.

» Enseguida, mis padres se retiraron y me quedé solo. Los criados me condujeron a un aposento donde un calentador ahuyentaba el frío del invierno. Me mantuve despierto mucho tiempo ante la luz rojiza de las brasas, percibiendo cómo todo cambiaba.

» Mi padre moraba en Toledo, pero nos visitaba con frecuencia; ordenó que un preceptor se ocupase de mí. Yo aprendía sin aplicarme demasiado porque en aquel tiempo no me atraían las letras griegas ni las latinas; así que, con frecuencia, me escapaba de mi maestro y huía hacia el río, donde me gustaba oír a los peces hablar; donde recogía cantos rodados, plantas y flores. A menudo andaba las leguas que me separaban del molino y observaba al molinero, que nunca fue excesivamente afectuoso conmigo, pero que me dejaba estar allí. En aquella época yo estaba obsesionado con la maquinaria, me fijaba en el rodezno, en las ruedas que encajaban entre sí, me gustaba pasar el tiempo viéndolas girar, insertándose la una en la otra.

» No tenía relación con otros chicos, creía que me evitaban por mi alta alcurnia. No me importaba, yo también huía de ellos.

» Un día, en la iglesia palatina, unos hombres de origen posiblemente griego estaban pintando frescos guiándose por un pergamino donde figuraban grecas y motivos florales. Por la noche, mientras ellos dormían, me dirigí a la iglesia y pinté uno de los laterales siguiendo un modelo tomado del libro, pero modificado a mi gusto. A la mañana siguiente los orientales se enfadaron porque alguien les había deshecho su trabajo. Finalmente, se descubrió que yo había sido el culpable porque parte de la pintura se me había quedado en la ropa. Esto llegó a oídos de mi padre y no le agradó. No entendía que me gustase inventar cosas, dibujar y que estuviese al margen de todo lo que atraía a otros chicos de mi edad. En la ciudad se corrió la voz de que yo era un poco lunático.

» Pasado un tiempo de esta vida un tanto independiente, mi padre me hizo

llamar.

» —Me han llegado noticias de tu comportamiento y estoy preocupado —me dijo muy serio—. No puedes pasarte horas y horas junto al Tajo, contemplando el río y las nubes... No debes ir con los tejedores a verlos trabajar, ni con el molinero a interrumpir su tarea. Ellos son de otra clase. Es inadmisibile que te entrometas en los dibujos de los griegos...

» A cada una de estas reconvenções, yo reconocía que era así y asentía con la cabeza, ruborizándome.

» —Quizá sobre ti algún día recaiga la corona real, que llevó tu abuelo Leovigildo y tu tío Liuva, de quien has heredado el nombre. La corona de la que yo ahora soy dueño.

» Guardé silencio ante la reprimenda.

» —¿Callas?

» —No tengo nada que decir —le contesté hoscamente.

» —Irás a las escuelas palatinas de Toledo. Allí recibirás la formación como soldado que, posiblemente, necesitarás algún día para guiar ejércitos. Les diré que te traten con dureza y que olviden que eres el hijo del rey. Chindasvinto te domará.

» Mi expresión debió de ser abatida y noté que el color de mi cara desaparecía. Él, entonces, habló con menos dureza inclinándose hacia mí y apoyando sus fuertes brazos sobre mis hombros.

» —El día de mañana es posible que lleves una pesada carga, debes estar preparado para ello. Solo un buen guerrero puede llevar la corona con honor.

» No hablé, no sabía qué contestarle, él ambicionaba que su hijo llegase al trono de los godos; pero todo lo que él me decía me causaba temor. Desvié la mirada hacia el techo, después él siguió diciendo unas frases que me hicieron daño.

» —Pronto tu madre y yo contraeremos matrimonio ante los hombres, aunque hace ya mucho tiempo que ella es mi esposa; sin embargo, no deberás mencionar que Baddo es tu madre, sería un deshonor para ella haber tenido un hijo antes del enlace oficial. Me he encargado de que anuncien que, aunque su linaje no es alto, sus virtudes sí lo son. El conde de las Languiciones la ha adoptado como hija.

» Enrojecí de ira ante estas palabras. Yo, un deshonor para mi madre. ¿Qué pretendía decir con eso? Él continuó.

» —No la aceptarán porque no es de estirpe real, ni siquiera descende de la nobleza goda, pero todo eso puede subsanarse. Así que no quiero que además le cuelgue el peso de un hijo habido fuera del matrimonio. Te he reconocido como hijo, pero no es preciso decir quién es tu madre.

» De nuevo no proferí ni una sola palabra, no le miré y en mi corazón cruzó un sentimiento en el que se combinaba el desencanto con el odio y la vergüenza.

Él no supo, o no quiso, entenderme. Me abrazó y musitó alguna palabra aparentemente afectuosa y se fue» .

Las escuelas palatinas

« Toledo.

» Solo decir esa palabra y todo mi cuerpo tiembla, Toledo fue mi tormento, mi triunfo y al fin mi ruina. El lugar donde encontré mi destino, donde perdí la honra, la salud y la corona.

» Al decir esto, Liuva extiende su brazo amputado, como queriendo ver la mano que ya no existe; se adivina en sus ojos un rescoldo de vida. Se abren aún más, ciegos pero vivos. Las escuelas palatinas marcaron su destino» .

» Toledo.

» A lo lejos me pareció una isla, rodeada por un brazo de río, el Tagus, que la envolvía; más allá, la muralla, enhiesta y recortada por torres, ceñía la ciudad como una corona de piedra. Al fondo se entremezclaban las agujas y cúpulas de las iglesias, Santa María la Blanca, San Miguel y Santa Leocadia. Hacia el este, el gran alcázar de los reyes godos elevaba su mole hacia el cielo, flanqueado de cuatro torres, en las que vibraban gallardetes y banderas en el aire de otoño. El ruido de campanas tocando a vísperas inundaba el valle. El sol del atardecer doraba los campos de la Sagra y las piedras de la muralla de la urbe regia.

» Tras franquear el puente romano y subir una cuesta empinada, alcanzamos la muralla. Después, lentamente, ascendimos a lomos de cabalgaduras por la pendiente que conducía al palacio. La ciudad se abrió ante nosotros, colmada de ruido y algarabía, de gentes de cabelleras oscuras entre las que se entrecruzaba algún soldado godo de pelo más claro, un comerciante bizantino, un judío con su vestimenta parda, siervos de la gleba que vendían productos del campo para sus amos, orfebres y tejedores, mujeres de torpe condición o de aspecto libre. La ciudad emitía, me parece oírlo aún, un ruido orgulloso y a la vez cínico. Bañada en un olor ácido y dulzón a la vez, en el que se confundía el aroma de vinagre y miel tostada, con el efluvo de los orines y el estiércol de los caballos. En lo alto de la calle, una vez pasada la gran plaza de piedra donde se reunían los comerciantes, apareció ante nosotros la soberbia mole del gran palacio de los reyes godos. Un enorme portón abierto daba paso a una oquedad semejante a un

túnel que conducía al patio central de la fortaleza. La cámara de entrada me recordó las profundas cuevas del norte. Todo me pareció inmenso, quizá porque yo era un niño.

» En el patio, la guardia se cuadró ante el conde Fanto y las tropas que nos acompañaban. Oí, como si fuera en sueños, voces que susurraban preguntando quiénes éramos y de dónde veníamos, el conde les enseñó una cédula real y les explicó quién era yo; entonces escuché: “Salud al hijo de nuestro señor el rey Recaredo”. Ante el nombre de mi padre enrojecí por fuera y temblé por dentro. Desmontamos de las cabalgaduras que nos habían traído desde Recópolis. Fanto y sus hombres se despidieron de mí con un abrazo frío, entregándome a los cortesanos. Me quedé solo, asustado por las novedades, me estremecía ante tantos desconocidos, avergonzado por mi condición de hijo del monarca, temiendo siempre no estar a la altura. Para no posar la mirada en nadie, mi vista se dirigió hacia el cielo límpido de Toledo, sin una nube, donde cruzaban las aves migratorias del otoño.

» Un caballero grueso, con calzas oscuras y una tripa prominente que colgaba por encima de un grueso cinturón, nos saludó protocolariamente, diciendo:

» —Soy Ibbas, jefe de las escuelas palatinas por la venia de vuestro padre, el gran rey Recaredo, guárdele Dios muchos años.

» Respondí a su ampulosa reverencia con una leve inclinación de cabeza. Él me examinó de arriba abajo, quizá pensando que yo era un muchacho canijo de aspecto poco militar.

» Por corredores estrechos y poco iluminados me condujo a un patio porticado en la parte trasera del palacio; los arcos rodeaban una amplia palestra. Al frente de ella vimos una basílica con la cruz sobre el friso de la puerta de entrada. De los laterales del pórtico salían voces en lengua latina repitiendo una cantinela, como una salmodia. Me encontraba en las escuelas palatinas. Más tarde supe que en aquel lugar se entrenaban y educaban los hijos de los nobles de mayor abolengo, los más ligados a la corona; los futuros componentes del Aula Regia.

» En el centro, sobre una arena fina, se adiestraban en el arte de la lucha unos jóvenes altos, que combatían con el torso desnudo y velludo en una lucha cuerpo a cuerpo; escuché sus gritos rítmicos. Más allá, dos hombres se batían manejando dos palos de gran tamaño, entrecruzándolos con gestos ágiles y rápidos. Me quedé parado observándolos con admiración; los músculos firmes, perfectamente delineados bajo la piel sudorosa, se tensaban con los continuos movimientos. Al fondo de la arena, unos chicos entrenaban el tiro con arco, mientras otros charlaban a un lado. La mayoría eran guerreros jóvenes, unos y a barbados; en otros, el vello de la cara no era más que una sombra, muchos mostraban la cara picada por granos. Había adolescentes fornidos que se contoneaban como jóvenes gallos de pelea; muchachos altos de aspecto duro que

lanzaban flechas y jabalinas, hombres y a adultos que los guiaban. Yo, en cambio, era un niño imberbe y asustado entre tanto guerrero musculoso. Mi padre había querido acelerar mi formación como soldado y me envió allí para que la dura vida semicuartería de aquel lugar me curtiese. Me sentía solo, pequeño y aislado. Nadie dio señal de querer saludarme o dirigirse a mí, estaban demasiado ocupados entrenándose o charlando.

» —Espera ahí —me dijo Ibbas, y se fue a buscar a alguien.

» Sin él, la única persona conocida, todavía me sentí más indefenso; comencé a mordirme las uñas con nerviosismo. Me situé detrás de una columna, un poco retirado del resto, esperando a que alguien me indicase lo que debía hacer.

» El tiempo se me hizo eterno. Para aliviar la espera, me centré en los dos jóvenes que luchaban con palos a un lado del recinto, escuché cómo entrecocaban las maderas cadenciosamente; eran muy hábiles, paraban los golpes arriba, abajo, a los lados, con una frecuencia medida y acompasada; parecía un baile, un baile impetuoso. Uno era fuerte, de cabellos rizados, casi negros, la barba corta parecía oriental. El otro era un joven esbelto, de piel clara casi albina, que había tomado un tinte rosáceo con el sol de primavera, casi no tenía vello en la cara, su nariz era recta, los labios firmes y decididos. Recordándolo me pareció evocar la estatua de un dios romano que había visto en mi estancia en casa de Fanto.

» Ambos contrincantes estaban bañados por el sudor y su piel brillaba al sol. El hombre rubio giró bruscamente sobre un pie apartándose para evitar un bastonazo, con el palo golpeó los pies de su contrincante, que cayó al suelo con estrépito. Sonriendo, con unos dientes alineados y blanquísimos, le dio la mano al caído para que se levantara.

» —Siempre me vences, Adalberto —afirmó el muchacho de oscuros cabellos.

» —No, Búlgar, siempre no, hoy ha habido suerte. —La sonrisa iluminó el rostro del llamado Adalberto al pronunciar estas palabras.

» Tocó una campana y cesó la salmodia que provenía de las aulas a ambos lados de la palestra. De ellas salieron, gritando, gran cantidad de adolescentes aún imberbes. Corrían persiguiéndose unos a otros entre las grandes columnas del pórtico, pero no se atrevían a pasar a la arena central, se detenían viendo el entrenamiento de los mayores.

» Detrás de los niños aparecieron Ibbas y un monje de unos cuarenta años con aspecto cansado, ambos se dirigieron hacia mí:

» —Maestro Eterio, a vuestros cuidados encomiendo a mi señor Liuva... —dijo Ibbas con un tono ceremonioso.

» Me sentí avergonzado ante el trato protocolario; sin apreciarlo, él continuó con voz estridente:

» —Es hijo del muy grande rey Recaredo, que Dios Nuestro Señor guarde

muchos años. —Ante esas palabras yo bajé la cabeza confuso—. Ha crecido entre siervos pero es portador de un muy alto destino, debéis enseñarle las letras y también convertirle en el gran guerrero que es su padre.

» —Las letras se las enseñaré, sí, pero el arte de la lucha sabéis que lo hará Chindasvinto.

» El monje me observó detenidamente haciéndose cargo de mi aspecto físico. Ibbas continuó:

» —Es un muchacho enclenque y enjuto, no sé si Chindasvinto logrará convertirlo en un verdadero luchador. El rey no quiere trato de favor con su hijo, desea que se le enseñe todo lo necesario; si es preciso tratarle con mano dura, ha de hacerse así.

» Eterio llamó a uno de los chicos y le habló al oído, el muchacho salió corriendo. Al fondo de la palestra, a un lado del pórtico, se abría un pasaje entre las aulas, por allí se iba hacia las caballerizas. Ibbas y Eterio continuaron hablando. Al parecer, Ibbas había estado fuera un tiempo y no conocía las novedades que se habían producido en su ausencia. Le preguntó, entre otros, por el obispo Eufemio. Eterio le dio cumplida cuenta de todo. Esperaban al capitán Chindasvinto. Al cabo de poco tiempo, del hueco de las caballerizas apareció un hombre altísimo, con anchas espaldas y de aire germánico. El cabello de color rubio ceniza se desparramaba sobre los hombros, peinado con trenzas en la parte anterior, la barba de color más oscuro era también rizada. Su aspecto era el de un gran oso, con las piernas arqueadas por el mucho cabalgar; sus pasos eran firmes, haciendo retumbar el suelo. Cuando le vi entrar, un estremecimiento de angustia me recorrió el espinazo. La expresión de su rostro me atemorizó aún más, sus ojos de un color acerado se hundían tras unas cejas espesas, y observaban al interlocutor de una forma dominante y gélida. Los otros dos maestros de la escuela, de espaldas a él, se giraron al notar el ruido de sus pasos.

» Ibbas le tendió la mano:

» —Chindasvinto... ¡Ha llegado quien te anuncie!

» De nuevo el capitán fijó los ojos en mí, con una expresión de desprecio y superioridad.

» —Se llama Liuva, el hijo de nuestro señor el rey Recaredo... Se nos ha confiado para su educación. Nos han dicho que no debe dispensársele ningún trato de favor.

» Chindasvinto me atravesó con una mirada tan dura que hacía daño, aquellos ojos hundidos en las cuencas me amedrentaron. Al percibir mi turbación se agachó y me tomó por los hombros, noté dolor a la altura de las clavículas.

» —No eres fuerte, muchacho, yo te enreicraré.

» Entonces se volvió hacia Ibbas y dijo:

» —Irà al pabellón de los medios, allí se curtarà con Sisenando y Frogga.

» —Es muy pequeño todavía para ir con ese grupo... —protestó Ibbas.

» —No hay lugar en ningún otro lado; además, es mejor que al hijo de rey —dijo con cierta sorna— se le trate como se merece desde un principio.

» Chindasvinto gritó:

» —Sinticio, conduce a Liuva al pabellón de los medios» .

» El que había ido a por Chindasvinto, un chicuelo un tanto mayor que yo, de cabello oscuro, grandes ojos castaños y nariz recta, se acercó a nosotros. Me observó compasivamente, después me condujo por unas escaleras hacia una especie de cripta. Bajamos un piso; allí, en el semisótano, se situaban las habitaciones de los preceptores. Sinticio me explicó que en aquel lugar dormían Chindasvinto, Eterio e Ibbas. Más abajo, en el sótano, se abría un pasillo que se dividía entorno a tres grandes pabellones iluminados por hachones de cera. Eran una especie de dormitorios con catres de paja y madera, alineados a ambos lados de la pared.

» Los alumnos de las escuelas palatinas estaban distribuidos en tres grupos que se alojaban en pabellones independientes: el de los menores o infantes, ocupado por los alumnos más pequeños; el de los medios o mediocres, donde residían los adolescentes, y el de los mayores o primates, ocupado por los que estaban a punto de licenciarse y formaban ya parte del cuerpo de espatarios de la guardia real. Sinticio me condujo al pabellón del medio. Arrastré el saco con mis pertenencias al lugar que Sinticio me indicó.

» —¿Eres nuevo? —me preguntó por hablar algo.

» —Sí.

» —No te veo muy alto para estar aquí con los medios. Ten cuidado, son un poco... bueno, no sé cómo decirlo..., ¿duros? ¿Mal encarados? Mejor estarías con nosotros los pequeños.

» —¿Por qué no hay nadie aquí...? —le pregunté.

» Nuestras voces retumbaban bajo el techo abovedado.

» —Han salido a cabalgar, hoy se instruyen en saltos. Vendrán pronto.

» Sinticio me sonrió. Era la primera vez, desde que había salido de Recópolis, que alguien me trataba con familiaridad, como de igual a igual. Sentí un cierto alivio.

» —¿De dónde eres?

» —Vengo del norte... —comencé a decir, pero ahora he llegado directamente desde Recópolis.

» —Yo soy de Córdoba, mi padre es de la orden romana senatorial. Antes no nos dejaban educarnos aquí, ¿sabes? Todos tenían que ser godos como tú. Con el rey Recaredo eso ha cambiado; mi padre ha pagado para que yo asista a las escuelas palatinas. A mí me da igual, pero mi padre considera un gran honor que yo esté aquí. ¿Quién es tu padre?

» Enrojecí al decirle:

» —Mí... mi padre es el rey Recaredo, y me llamo Liuva...

» Los ojos de Sinticio se abrieron con asombro.

» —¿Eres hijo del rey?

» —Sí, lo soy...

» —Hace días que se corrió el rumor... de que había un hijo de Recaredo de madre innoble que vendría aquí...

» Me turbó la admiración que se despertó en Sinticio al conocer quién era mi padre, al tiempo que me sentía un tanto incómodo al oír decir que mi madre era innoble.

» —¿Cómo es tu padre?

» —Le conozco muy poco... ya te dije que vengo del norte.

» —Yo quisiera ser espartario real, y pertenecer a la guardia. ¿Me ayudarás?

» Me reí ante la rápida confianza que Sinticio mostraba en mí.

» —Yo no tengo influencia en mi padre, quiere que sea recio y no lo soy.

» En el rostro del chico apareció una cierta desilusión.

» —Yo de mi padre lo consigo casi todo —dijo petulante.

» —Pues yo no. Mi padre no me aprecia...

» Se oían ruidos fuera y Sinticio no entendió lo que yo le estaba diciendo.

» —Me voy, como vengan los medios y me pillen en su pabellón me van a cascar...

» —¿Podré verte otra vez? —le pregunté ingenuamente.

» —Sí, aquí nos veremos mucho. Vas a entrenarte con los medios... pero me imagino que las clases de gramática y retórica las darás con nosotros... ¿Nunca has estudiado nada? ¿No es así?

» —Tuve un preceptor en Recópolis, pero no me gustaban las letras.

» —Ya puedes espabilar, Eterio te palmeará en la cabeza al primer error.

» Las voces que habíamos oído antes se acercaban. Como una anguila, Sinticio se deslizó a la estancia que ocupaban los pequeños; temía a los medios.

» Entraron en tromba, unos veinte adolescentes de distintos tamaños y voces. Había algunos que eran casi tan altos como Chindasvinto, pero sus espaldas no se hallaban tan desarrolladas como las del capitán. Otros eran algo mayores que yo pero parecían niños. Se empujaban entre sí y hablaban a gritos. Estaban cansados del adiestramiento y algunos se tiraron a los lechos de golpe. Los que se acostaban más cerca de mí me descubrieron:

» —Mira, es un renacuajo...

» —Renacuajo, ¿qué haces aquí?

» Yo balbuceé.

» —Me ha enviado aquí el capitán Chindasvinto... —Mi voz salió defensiva, aludiendo a aquel a quien pensé tendrían respeto.

» —¡Oh! ¡Ohoo! ¡Ojó...! —se oyó la voz burlona de unos y otros—. Ha sido el capitán Chindasvinto...

» Comenzaron a burlarse de mí.

» —El famoso capitán Chindasvinto... —dijo uno inclinándose.

» —El enorme capitán Chindasvinto... —gritó otro saltando sobre un lecho.

» —No, Frogga, es el noble capitán Chindasvinto.

» Un muchacho alto hizo una reverencia y habló con el tono estridente del adolescente que aún no ha cambiado plenamente la voz:

» —El elegante capitán Chindasvinto...

» Sus ademanes resultaron graciosos. Las risotadas llenaron la estancia, mientras los muchachos rodeaban mi catre. Yo era una novedad para ellos, quienes estaban en esa edad en la que los muchachos tienen la agresividad a flor de piel y tienden a ejercitarla con el más débil.

» —Dinos, ricura, ¿cómo te llamas y cuál es tu estirpe?

» —Soy Liuva, hijo de Recaredo... —dije para defenderme.

» —Ah... —dijo otro con voz burlona—, es hijo del gran Recaredo, de estirpe real, y le han ascendido nada más llegar al grupo de los medios... pero para estar aquí se necesita hacer méritos...

» —Muy bien, vas a estar aquí muy contento... guapo... ¿A que es guapo el chiquitín?

» —Le gustará al muy noble capitán Chindasvinto.

» Me fastidiaba que me dijese aquello.

» —Sí, es guapo, tan guapo como una nena...

» —¿Eres una nena?

» Entonces todos comenzaron a cantar a la vez:

» —Liuva es una nena... Liuva es una nena...

» —¡Dejadme en paz!

» Cambiaron la letra de la canción, pero siguieron con el mismo soniquete:

» —Hay que dejarle en paz, hay que dejarle en paz.

» Se acercaban cada vez más a mí, yo me encogía en el catre; entonces ellos, tomando la manta de mi cama, la sacudieron. Comenzaron a mantearme. Me estremecí al verme por los aires y comencé a gritar.

» Mi tortura no duró mucho tiempo, porque ante el griterío, entraron en el pabellón de los medios varios muchachos fuertes y mayores. Uno de ellos era Adalberto, el que había estado entrenando con Búlgar aquella tarde en el patio.

» —¿Qué está pasando aquí?

» Contemplé a Adalberto con profunda admiración, como un perro apaleado mira a quien se enfrenta al que le está pegando. De nuevo me pareció la viva imagen de un dios revivido. Bruscamente soltaron la manta y yo caí al suelo, lastimándome ligeramente.

» —No nos dejáis dormir... Sois unos hijos de mala madre... solo os atrevéis con los más pequeños...

» Prosiguió increpándoles con dureza mientras levantaba sus músculos poderosos doblando el brazo hacia ellos con ademán amenazador.

» —No os atreveríais conmigo, ni con Búlgar..., ¿verdad?

» Uno de los cabecillas, un chico de mediano tamaño y aspecto insolente, pretendió disculparse.

» —Le estamos dando su merecido...

» —¿Merecido? ¿A qué te refieres, Sisenando?

» —Es que es un mentiroso... Dice que le ha enviado aquí Chindasvinto y que es hijo del rey Recaredo.

» Adalberto volvió hacia mí sus hermosos ojos claros.

» —¿Has mentido en eso?

» —No, mi señor —contesté con un temblor en la voz—, soy Liuva, hijo de Recaredo...

» Una voz clara se oyó detrás de Adalberto; era Sinticio.

» —Sí, lo es...

» Los medios lo miraron enfurecidos, agradecí en el alma al pequeño Sinticio esa muestra de valor, había vencido el pavor que le causaban mis compañeros de clase para defenderme. Adalberto le preguntó al niño:

» —¿Le envió aquí Chindasvinto?

» —Sí, lo hizo...

» Entonces Adalberto se giró a los medios y comenzó a gritarles invectivas en un latín barriobajero, lleno de tacos y palabras malsonantes. Después, seguido por Búlgar, se fue. Sinticio se esfumó sin que nadie se diera cuenta.

» Cuando se hubieron marchado, Sisenando se volvió contra mí.

» —Hoy ... hoy no, pero pronto, muy pronto, nos las pagarás.

» No se atrevieron a más, cada uno se acostó en su catre. Yo no podía dormir, oía a Sisenando cuchichear con alguien que estaba a su lado, escuché sus risas contenidas, e intuí que se burlaban de mí. Rígido de temor, me revolví en el lecho. Estaba famélico porque hacía tiempo que no había comido y nadie se había acordado de proporcionarme alimento. La estancia se quedó en silencio, un sirvo apagó las luces de las antorchas y fuera quedó únicamente la luz de candiles de aceite en la escalera. No podía conciliar el sueño, y a medianoche me levanté a orinar, subí por las escaleras a la palestra y tras una columna hice mis necesidades. Entonces lo vi.

» Chindasvinto abusaba de un chico pequeño.

» Era Sinticio.

» Él lloraba.

» Temblando regresé al pabellón de los medios. Estuve insomne prácticamente toda la noche, insomne y asustado. En un momento dado pude dormir y mi sueño fue intranquilo, veía a Chindasvinto avanzar hacia mí ante la mirada complaciente de Ibbas, Fanto y mi padre. Cuando él se encontraba cerca, grité. Entonces noté dolor, abrí los ojos y me di cuenta de que junto a mí estaba Sisenando, que me había golpeado en la cara.

» —No dejas dormir... Deja ya de hablar en sueños..., ¡necio!

» Las primeras luces de la mañana me sorprendieron aún despierto. Sonó una trompeta y los criados nos levantaron entre protestas; mis compañeros se dirigían corriendo a las escaleras y al llegar arriba varios siervos nos tenían preparada agua para lavarnos. Seguí al grupo como uno más sin preguntar nada. Se dirigieron a la iglesia, donde rezaron unas oraciones y el monje Eterio habló acerca de algo que no entendí. Después avanzamos al refectorio, había leche y pan oscuro con manteca. Comimos con hambre; a lo lejos, en una mesa larga, el pequeño Sinticio gritaba con los demás peleándose por algún chusco de pan. Pensé que lo que había visto en la noche habría sido quizás algún sueño. Más al fondo, busqué con la mirada a Adalberto, que se sentaba con otros chicos mayores. Hablaban animadamente discutiendo con seriedad algún tema que les preocupaba. Oí algo del rey franco Gontram y de las campañas contra Neustria, intuí que hablaban de política. La conversación era muy viva y de vez en cuando se oían risas estentóreas, los unos insultándose a los otros, desternillándose divertidos por alguna ocurrencia.

» Hecho el silencio, salimos del refectorio en orden. Un criado nos dividió por grupos. Con alivio noté que me enviaban con el grupo de los pequeños hacia una gran aula al lado de la palestra. Nos sentamos en bancos corridos, los criados nos proporcionaron unas pizarras con un punzón. Busqué con la mirada a Sinticio, y procuré sentarme cerca de él. Eterio repetía unos versos en latín clásico y después hacía que alguno explicase con las palabras que usábamos habitualmente lo que querían decir los versos.

» Los chicos estaban distraídos, por los arcos de la clase penetraba la luz y el sol de Toledo se colaba por los ventanales. El olor a un verano tardío y el volar de un moscardón nos producía una cierta somnolencia, más acentuada en mí, que no había pegado ojo en toda la noche. Al fin, el sopor me rindió, entonces noté un golpe fuerte en el cogote, Eterio me hablaba.

» —¡A ver, dormilón! ¡Despierta!

» Abrí los ojos, asustado.

» —¿De qué estábamos hablando?

» Una voz suave me susurró por detrás.

» —No hace falta que nadie le sope, ya me doy cuenta de que no estás en estos muros. Levántate, muchacho, ahora a la esquina con los brazos en cruz.

» Ante la mirada seria de los demás, el maestro Eterio me situó en una esquina, me extendió los brazos y colocó en las palmas dos o tres pizarras. Pronto me comenzaron a doler los hombros, y bajaba de vez en cuando la posición, entonces Eterio me palmeaba. En la clase se logró el silencio; yo oía a mis compañeros leer a Virgilio en un latín muy diferente al que normalmente utilizábamos. Al fin terminó la lección. Me retiraron las pizarras y me dejaron ir.

» Todos los chicos salieron del aula excepto Sinticio, quien se quedó conmigo.

»—¿Cómo se te ocurre dormirte en clase del maestro Eterio? —me dijo Sinticio de modo displicente.

—No he dormido en toda la noche... a media noche salí a orinar. Te vi...

» Sinticio se quedó blanco.

»—¿Qué viste?

»—A ti... con... con... el capitán...

»—No digas nada... ¡Por los clavos de Cristo te lo pido...!

»—¿Lo hace con todos?

»—Abusa de los que no son nobles godos y de los pequeños... Es un castigo...

»—No se cómo lo aguantas...

»—Chindasvinto puede echarme de aquí con deshonor y mi padre se mataría si eso ocurriese. Algún día me vengaré.

» Salimos a la palestra, todavía no había llegado nuestro preceptor de lucha. Los otros chicos haraganeaban por el patio y comenzaron a jugar al burro. Unos apoyados en otros hicieron una larga fila con las cabezas metidas entre las piernas del anterior. Eran dos equipos, primero saltaba uno de los grupos tratando de llegar lo más lejos posible sobre la fila de muchachos agachados. Se trataba de ver quién tiraba a la fila de los oponentes. Varios de los medios saltaron con gran fuerza machacando las espaldas de los chicos que estaban debajo. Sinticio y yo, que habíamos subido más tarde, nos situamos al margen, pero pronto nos vimos envueltos por una marea de chicos que nos obligó a participar en el juego. Los de nuestro equipo eran medios en su mayoría, les tocaba ahora situarse debajo para que el otro equipo saltase sobre ellos. Oíamos las carreras y el impulso de los contrincantes, que después caían con fuerza sobre nosotros. Yo apoyaba la cabeza entre las piernas de Sinticio y me sujetaba a sus muslos. Un salto. El muchacho cayó sobre el chico que estaba más allá de Sinticio. Toda la fila se tambaleó. Después otro, debía de ser un muchacho grande que se precipitó sobre mi amigo, no teníamos fuerza para sostenernos, después saltó otro y otro más. Un joven grueso cayó sobre mí; el golpe fue descomunal, pensé que me había roto la espalda, caí a tierra y, conmigo, todos los demás.

» Los de nuestro equipo estaban furiosos.

»—Sois unos mierdas, no tenéis resistencia para nada, unos gallinas. No me extraña que andéis juntos...

Iban ya a pegarnos cuando apareció Chindasvinto. Se hizo silencio en la palestra. Nadie se atrevía a hablar.

»—¡A formar! —gritó.

» Todos los pequeños nos situamos en una fila alargada delante del pórtico; detrás de nosotros se dispusieron los medios. Chindasvinto recorrió el grupo de chicos que se situaba junto a él con la mirada, una mirada de hierro, escrutadora, que helaba la sangre y hacía detener la respiración.

» Se paseó entre las filas balanceándose sobre sus piernas de oso.

» —El valor, el valor del soldado es lo único importante... el valor y su resistencia al dolor en la batalla. Veo que habéis aguantado poco en ese juego de niños. ¿Dónde se ha roto la fila?

» Todos callaron.

» —Un paso atrás el que no haya caído —gritó.

» Todos dieron aquel paso atrás menos Sinticio y yo; que quedamos frente al capitán.

» —Bien, hoy no comeréis. El ayuno fortalece el espíritu y os hará espabilar. Ahora, a correr en torno al patio.

» Comenzamos a correr rápido. Con un látigo Chindasvinto golpeaba bajo nuestros pies para hacernos ir más deprisa. Una vez y otra y otra me sentí fatigado, pero no podía dejar de trotar. Al fin, la marcha se detuvo. Chindasvinto gritó:

» —¡Grupos de dos! Frente a frente, vence el primero que tire a su oponente a tierra.

» Quizá porque él buscó aquel lugar, quizá por casualidad, mi oponente resultó ser Sisenando. Con cara de alegría, deseando pagarme la humillación de la noche pasada, se lanzó contra mí y me hizo caer al suelo bruscamente; luego me abofeteó. Me sentí magullado y ridículo.

» —¡Tiro con jabalina! —gritó el capitán.

» Unos siervos situaron una piel enorme al otro lado de la palestra extendida entre dos palos clavados al suelo; en su centro había un blanco. Los criados acercaron lanzas y jabalinas a los jóvenes participantes en la lid. Aquello me gustaba más que los ejercicios anteriores. Procuré atinar en el objetivo, recordando los consejos que solía darme mi madre para el lanzamiento. Atravesé la piel extendida justo en el medio y a la primera intentona. Me llené de orgullo pensando que aquello se lo debía a mi madre. Chindasvinto no apreció mi acierto.

» Se oyó una campana, la hora de la comida. Los chicos salieron corriendo hacia el refectorio. Sinticio y yo nos alejamos de los demás evitando que nos mirasen.

» —¡Has dado en el centro! Tiras muy bien...

» —Lo aprendí... —entonces recordé que no debía mencionar a mi madre y concluí apresuradamente... en el norte.

» —Vámonos de aquí, sé dónde puedo conseguir comida. A lo mejor salimos ganando...

» Le seguí, él se dirigió a las caballerizas; pasamos entre los cuartos traseros de los caballos; llegamos a la salida posterior, alcanzando un patio al que daban las cocinas y las dependencias de los espatarios del palacio, una especie de cantina donde almorzaban los oficiales. A través de una ventana Eterio, Ibbas y

Chindasvinto comían con fruición regando las viandas de abundante vino. Los sirvientes trajinaban con bandejas.

» —Se van a dar cuenta de que estamos aquí —susurré.

» —No te preocupes, andan templados por el vino.

» Nos sentamos debajo de la ventana oyendo sus risotadas. Por la puerta de atrás, un sirviente tiró agua sucia a la calle. Después entró por una puerta lateral. Sinticio se agachó y se introdujo en el interior procurando no hacer ruido; contuve la respiración. Al cabo de muy poco tiempo salió con una hogaza de pan tierno y con un lomo de carne de cerdo curada. Le seguí entre los vericuetos del palacio real, a través de las callejuelas que formaban las distintas dependencias de la fortaleza. Por un portillo, salimos de la muralla y pegados a ella nos sentamos, casi colgados sobre el precipicio, divisoando cómo más abajo discurrían las mansas aguas del Tajo. Sinticio sacó un cuchillo pequeño y ambos comenzamos a morder con hambre el pan y el lomo.

» —Esto está mejor que la bazofia que nos dan en el refectorio —dijo.

» Comimos hasta hartarnos. Después, él se desahogó:

» —¿Sabes? Los otros no me hablan. Saben lo que me hace el capitán y procuran evitarme. Tú también vas a tener problemas con él. A Chindasvinto no le gusta ocuparse del adiestramiento de los jóvenes. Es un buen guerrero y considera que instruir a los hijos de los nobles es algo inferior a su valer. Nos machaca siempre que puede. A mí porque no soy godo y contigo lo hará porque eres de una estirpe superior a la suya.

» —¿De dónde proviene?

» —Él es un noble cuya familia no tiene relación con la estirpe baltinga a la que desprecia, procede de uno de los linajes más antiguos y nobles del reino. Creo que se le relaciona con el rey Atanagildo. Está en contra de la monarquía hereditaria que ha iniciado tu abuelo Leovigildo y que continúa tu padre. Cree que es apestoso que alguien pueda reinar sin una competencia pública, solo por el hecho de pertenecer a la familia real.

» —Debe de ser un tipo muy ambicioso... —dije.

» —¡No sabes bien cuánto! Se siente con dotes suficientes como para ser rey.

» Sinticio calló, pensando en el causante de su tortura.

» —Le detesto, no te imaginas cuánto, le aborrezco tanto que a veces sueño con matarlo...

» Le pasé un brazo por el hombro, él se turbó y me sonrió.

» Comenzamos a tirar piedras hacia el río, saltaban por la ladera antes de hundirse en el cauce. Alguna de ellas rebotó en el agua. Entonces los guardias de la muralla nos vieron y comenzaron a gritarnos. Rápidamente guardamos los restos de la comida entre las ropas y huimos de allí.

» Al llegar al patio de las escuelas, nadie percibió que entrábamos. Los medios y los infantes estaban sentados en torno al pórtico, mientras que los

mayores peleaban en un combate con espadas. Sin embargo, lo que hacía que todo el mundo estuviese pendiente de la contienda era que Chindasvinto luchaba con ellos. Parecía una enorme fiera de fuerza descomunal. Había desarmado ya a dos contrincantes y ahora se enfrentaba a un tercero al que nuevamente dominó y tiró al suelo poniendo su pie sobre el pecho mientras reía. Tras este combate, Chindasvinto se dirigió hacia uno que nunca había sido vencido en las luchas con sus compañeros, Adalberto. Se situaron en el centro del campo, todos los demás dejaron de combatir y se hizo un silencio. Los dos adversarios, separados por unos pasos, comenzaron a girar midiendo las fuerzas y posibilidades del contrario. Adalberto sudaba, un tanto asustado pero firme. La mirada del capitán era cruel. Sinticio me susurró al oído.

»—Chindasvinto hace tiempo que va detrás de Adalberto, es el único que nunca le ha bailado el agua, y que nunca se ha dejado someter. Quiere saldar cuentas... con él.

» Al decirlo, noté un tinte de emoción en su voz; y vi cómo Sinticio enrojecía. Me giré para ver a mis compañeros; se notaba que había tensión entre ellos. Unos animaban al capitán, pero la mayoría, los más pequeños, los de menor linaje, los que habían sufrido abusos por parte del capitán, estaban a favor de Adalberto, aunque no lo demostraban. Intuimos que aquello no era un combate corriente, que habría sangre y algo más que un simple entrecruzarse de las espadas. Fue Chindasvinto, seguro de su poderío, el primero que se tiró a fondo contra Adalberto. Pero este, dotado de una rara serenidad, sostuvo el envite, torciendo el cuerpo a un lado sin mover los pies del suelo, para después avanzar dando golpes de espada a diestro y siniestro con agilidad felina. Adalberto era menos corpulento, pero su ligereza contrarrestaba el impulso y la fortaleza del otro. Los que iban a favor de Chindasvinto comenzaron a animarle; nosotros, los que deseábamos con todas nuestras fuerzas que perdiese, no nos atrevíamos, por miedo, a animar a Adalberto, pero cruzábamos los dedos para deseárselo suerte. Uno de los golpes del joven primate rozó las vestiduras del capitán; la ira asomó a sus ojos. Entonces Chindasvinto se concentró especialmente y comenzó a dar mandobles hacia delante con una fuerza inusitada, gritando enardecido. Adalberto retrocedió, parando los golpes como pudo. Finalmente tropezó y cayó al suelo. Un grito de horror salió de todas las gargantas, vimos que Chindasvinto se disponía a atravesar a nuestro compañero. De entre el público salió Ibbas, el jefe de la escuela palatina, avisado por Búlgar, y detuvo el combate. Chindasvinto, como un gallo de pelea se giró a los que ocupábamos la palestra.

»—Le perdono, pero podía haberle matado... Nadie..., ¡lo escucháis bien!... Nadie se me va a oponer... A partir de ahora, en las escuelas palatinas, mando yo.

» Ibbas no dijo nada y nos miró a todos un tanto avergonzado.

» Por la noche todo eran discusiones por la pelea. Sisenando y Frogga

alababan la forma de luchar de Chindasvinto. Yo pensaba que había sido el ataque de ira final lo que había conseguido su victoria; sin embargo, aquello no sería siempre adecuado para vencer en la batalla. La técnica de Adalberto era mejor, y podía haberle tumbado, pero yo no sabía muy bien por qué razón se había dejado ganar.

» A partir de la escapada a las murallas, Sinticio y yo nos hicimos inseparables, nos protegíamos mutuamente. Los mediocres, sobre todo Sisenando y Frogga, se burlaban de nosotros llamándonos “la parejita”. Nunca había tenido un amigo así, con el que pudiera compartir las pequeñas vicisitudes cotidianas, mis preocupaciones y esperanzas. Por las tardes, cuando no había clases ni entrenamientos, nos escapábamos a Toledo, vagabundeábamos por las callejas estrechas y umbrías de la ciudad. Nos gustaba acercarnos a los artesanos para ver su trabajo. Detrás de Santa María la Blanca, existía en aquella época una pequeña tienda de orfebres. Fabricaban en bronce y metales preciosos, fibulas y hebillas de cinturones en los que incrustaban pasta vítrea. Cerca de la pequeña fragua, nos sentábamos, viendo cómo el metal se tornaba líquido. Los operarios nos dejaban permanecer allí, junto a ellos, sin meterse con nosotros. Sabían que procedíamos de las escuelas palatinas y nos respetaban.

» Recuerdo el aspecto brillante de la pasta de vidrio, cómo caía vertiéndose en los moldes, el ruido de los plateros golpeando el metal. Sinticio y yo disfrutábamos con el espectáculo. Y es que, tanto a él como a mí, nos gustaban los objetos hermosos.

» Había también cerca del palacio un lugar donde se copiaban códices para la biblioteca real y para su uso en la liturgia. Estaba regentado por monjes, algunos de ellos ancianos, de pelo encanecido y espaldas encorvadas sobre los tableros. Solían ser amables con nosotros. Sabían que éramos de noble condición, por ello quizá nos permitían leer alguno de aquellos maravillosos códices de piel fina de cabrito o cordero, que olían a ese aroma suave e intenso que emana de la piel recién curtida. Allí, y no con los palos de Eterio o con las persecuciones de mi preceptor de Recópolis, fue donde me aficioné a la lectura. Encontré un manuscrito de astrología. En las noches tórridas de verano, Sinticio y yo subíamos hasta lo más alto de la fortaleza, las hogueras y hachones iluminaban la ciudad; después, mirando hacia el cielo, descubríamos el curso de las estrellas que habíamos leído en aquel antiguo legajo.

» Gracias a Sinticio, mis condiciones de vida en las escuelas palatinas se dulcificaron, pero yo sufría por la dureza de la instrucción y la agresividad de mis compañeros. Me acordaba mucho de mi madre y la echaba constantemente de menos. En cambio, el tiempo de mi infancia, transcurrido en el norte, se me iba desdibujando en la mente y no lo añoraba.

» No había pasado un año desde mi llegada a Toledo, cuando comenzaron a circular rumores de que el rey contraría matrimonio con una mujer llamada

Baddo de origen innoble. Me alegré por ella y porque volvería a verla. Se nos anunció que el domingo, al toque de las campanas de mediodía, la novia haría su entrada solemne en las calles de la urbe regia. Se nos permitió acudir a las celebraciones. Aquel día, las casas de la ciudad se engalanaron. Se escuchaba por doquier el son de la música y el ruido de volatineros. Desde una calle estrecha vimos avanzar un palanquín rodeado por una fuerte escolta, que anunciaba su paso con toques de trompeta. Me oculté tras una esquina para ver pasar a mi madre. Ella saludaba desde su carruaje rodeada por la servidumbre. A través de las colgaduras del carruaje, su rostro, tan hermoso, enrojecía de felicidad.

» Las gentes hablaban:

» —Es la futura esposa de nuestro señor el rey Recaredo. Dicen que no tiene ilustre linaje pero sí posee nobles prendas...

» Las dueñas comadreaban inventándose mil historias con respecto a ella.

» —Dicen que la ha adoptado Fanto, conde de las Languicones.

» Los hombres gritaban piropos bastos, que me sublevaban. No quise seguir escuchando la algarabía y me retiré a la zona de la guardia.

» —Es hermosa la mujer de tu padre —me dijo Sinticio.

» —Sí, lo es.

» Él sospechaba quizá los lazos que me unían con ella, pero no quise decirle nada. Mi padre me había ordenado que guardase el secreto para no deshonrarla, me callé».

«Regresamos al palacio. En aquel tiempo habíamos crecido, y comenzábamos a entrenarnos en el uso de las armas. Nos hacían cargar con la pesada armadura para el combate, así nuestros músculos se acostumbraban a ella. Mientras me la ponía, un servidor entró en la sala de armas y se dirigió hacia mí.

» —La reina Baddo quiere veros, hijo de rey...

» Dejé la coraza a un lado, y me fui tras él, cubierto tan solo con una larga camisola y el cinturón. Caminaba en un estado febril, deseoso de ver a aquella con quien había compartido toda mi niñez.

» Al entrar, mi madre hizo salir a sus damas, me arrodillé a sus pies y me abrazó, noté sus caricias cálidas, el perfume dulce y a la vez penetrante que emanaba su cuerpo suave y caliente. Ella, besándome una y otra vez los cabellos, repetía mi nombre sin cesar. Parece que aún lo recuerdo. Después me dijo:

» —Mi niño, mi hijito... ¡Cuánto has crecido! Tus músculos están fuertes, eres ya un joven guerrero...

» Yo escondí la cara junto a su pecho, la angustia me atenazaba el corazón;

quisiera haberle dicho: “¡Madre! Yo no quiero ser un guerrero... No sé luchar, no soy fuerte... Se burlan de mí...”, pero las palabras se negaron a salir de mi boca. Sabía bien que mi desahogo no hubiera servido para nada, sino para entristecerla en aquellos momento de felicidad, el tiempo de su boda con el rey.

» Yo debía seguir solo.

» La boda se realizó siguiendo el rito católico, lo cual era un desafío por parte de mi padre a la nobleza arriana y un símbolo de lo que sería después su reinado. Ante el obispo de la urbe, Eufemio, se unieron mis padres en una ceremonia solemne y ritual. Mi madre estaba abstraída. De vez en cuando dirigía su mirada hacia mí. Yo estaba serio, como si en vez de unirse a mi padre, ella se casase con un padraastro lejano y desconocido. Cómo odiaba en aquel momento al apuesto rey Recaredo que me la había quitado. Sin embargo, creo que tampoco hubiese vuelto atrás, a los tiempos del norte, al tiempo de mi infancia; una nueva etapa se abría ante mí» .

Tiempos de aprendizaje

« No veía casi a mi padre. En los primeros años de su reinado, los francos nos habían declarado la guerra. Al parecer, todo guardaba relación con la muerte de Ingundis, una princesa merovingia que había estado casada con el hermano de mi padre, Hermenegildo, a quien no conocí y que se rebeló en una guerra fratricida contra el poder establecido. De Hermenegildo se decía únicamente que había sido un traidor, un renegado, y, sin embargo, la figura de aquel a quien se había condenado a muerte por delitos de lesa majestad me resultaba misteriosa y atrayente. Nuestra madre, Baddo, lo había conocido; le consideraba su hermano y a ella nunca le había oído sino alabanzas con respecto a él; decía que le había salvado la vida y que todo hubiese sido diferente si Hermenegildo hubiese vivido. Mi tío Nicer lo admiraba. Sin embargo, en la corte de Toledo hablar de Hermenegildo constituía un tema vedado, el silencio había cubierto su memoria. Ahora, el rey Gontram de Borgoña nos había declarado la guerra para vengar la muerte de la esposa de aquel hombre olvidado. En realidad, los francos, más que la venganza, buscaban una excusa para atacar al reino godo y, de este modo, lograr la preeminencia entre los nuevos reinos germánicos de Occidente.

» Los nobles marcharon una vez más a la guerra. Algunos de los mayores de las escuelas palatinas emprendieron el camino hacia el Pirineo. Hubo mucho movimiento y excitación entre mis condiscípulos; a todos les hubiera gustado partir hacia el frente, por ello se asomaban a la parte de la muralla que daba al río, viendo salir a las compañías de soldados. Al fin, para acrecentar nuestro espíritu militar nos permitieron despedir a las tropas; bajamos hasta la muralla exterior de la ciudad. Vi al duque Claudio, como un hermano para el rey Recaredo, a los otros nobles godos, Segga —padre de mi enemigo Frogga—, a Witerico y a muchos otros con sus mesnadas, rezumantes de fuerza y orgullo. La guerra era parte de la vida, algún día saldríamos también nosotros a batallar contra los enemigos del reino, a conseguir gloria y poder. Yo pensaba que quizá muchos de los que veíamos partir, la flor y nata del reino, ya no volverían más; me estremecí. A todos nos conmocionaba ver salir al glorioso ejército godo.

» Recuerdo que el día antes de la partida de las tropas, Recaredo, mi padre, me mandó llamar. Siguiendo a un espartario de la corte recorrí el complicado

laberinto palaciego, corredores sin fin a través de los cuales alcanzamos las estancias reales. Mi padre estaba de pie, delante del trono, investido con los atributos de rey, el manto y la tiara, serio y orgulloso. Había sido mi abuelo Leovigildo el que había adoptado los emblemas reales similares a los de la corte bizantina. Mi padre los había conservado para imponer su autoridad sobre los nobles, siempre rebeldes y levantiscos. El espartario que me acompañaba dobló la rodilla ante él y yo le imité, inclinando también la cabeza. Al levantarla me encontré con el rostro de mi padre; su expresión era serena y amable. No le había visto desde hacía tiempo. Se dirigió hacia mí hablándome con voz cordial, me preguntó por mis progresos. Me sentí turbado y me costaba responderle. Entonces él comenzó a contarme del tiempo en el que había estado como yo en las escuelas palatinas, de sus compañeros de aquella época, de los instructores, de las técnicas de batalla... Yo le oía encantado. Mi padre tenía para todo el mundo un atractivo especial que hacía amarle a todos los que le conocían.

» Finalmente me dijo:

«—Aprovecha el tiempo allí. El próximo año vendrás conmigo a las campañas militares, no basta la formación que recibes en palacio con tus preceptores, tienes que aprender en el campo de batalla.

» Pensé, aunque no era capaz de decírselo, que no me gustaba la guerra. Me daba asco la sangre y miedo enfrentarme con el enemigo.

» Lo de menos es lo que te enseñan en las escuelas palatinas. Tu tío... tu tío Hermenegildo nunca fue allí. Él..., él era un buen soldado... De pronto me di cuenta que al hablar de Hermenegildo, en las palabras de mi padre había una gran añoranza; en voz baja continuó: El mejor que yo nunca he conocido... — Después se detuvo y prosiguió—: No pienses que todo se aprende de un maestro. El arte de la guerra es un don que no a todos se les concede, pero donde mejor se aprende es en el campo de batalla. Se necesita un corazón firme para aguantar la pelea.

» Cuando pronunció estas últimas palabras me miró fijamente a los ojos, quizás intentando adivinar el tipo de guerrero que iba a ser yo. En ese instante palidecí, sintiendo un vahído de angustia, que mi padre advirtió. Me palmeó la espalda para animarme, quizá preocupado por su heredero» .

« Los días comenzaron a sucederse unos iguales a otros, temía a las clases de Eterio, pero aún más los juegos con los otros chicos y los entrenamientos con Chindasvinto. No veíamos mucho a los mayores, me refiero a Adalberto y Búlgar, quienes me habían protegido en un principio; ellos se adiestraban fuera del recinto palatino, realizaban guardias con los soldados de la muralla o hacían salidas fuera de la corte. Sus estudios de letras habían finalizado y lo que les restaba era aprender bien el manejo de las armas. Alguna vez me crucé con

Adalberto y siempre mi corazón latía de prisa al verle; él me trataba con cordialidad.

» Sisenando continuó odiándome y haciéndome la vida imposible con la aquiescencia de Chindasvinto. Por Sinticio supe que mi enemigo pertenecía a la nobleza más antigua del reino, los que consideraban que mi familia había usurpado el trono y no acataban la elección real. Nada de lo que yo hacía les parecía bien, y por todos los medios buscaban excluirme de la vida social, haciéndome quedar en ridículo.

» Sisenando solía decirme que yo nunca sería rey, que cualquiera de los que se adiestraban en las escuelas palatinas tenía más valía que yo. Yo no era capaz de responderle, y me atormentaba a mí mismo sintiéndome sin méritos para estar allí. Alguna vez hablé con Sinticio de ello, que intentaba animarme diciendo:

» —No sé qué se cree ese vanidoso... Lucha mal, al menos tú tiras bien con la jabalina... Tu sangre es real y él ha llegado aquí gracias a los caudales heredados de su abuela, una dama hispanorromana de la Bética; por lo tanto, no es godo de pura cepa. Así que deja de quejarte... Tú serás rey, te lo digo yo. La nobleza no está en los puños, y creo que tampoco en la sangre, está en el dominio de uno mismo y en la grandeza de corazón.

» Me sorprendió escuchar aquello en labios de Sinticio. Mi amigo era un hombre acomplejado, herido por los desprecios y burlas a los que le habían sometido; sin embargo, poseía un espíritu abierto y siempre me fue leal, sí, lo fue hasta el fin; mientras que yo no siempre correspondí a su afecto desinteresado. Y es que, cuando crecimos, algunos comenzaron a adularme; pensaban que más adelante quizá yo sería el sucesor de mi padre y consideraban que era bueno tenerme de aliado; me fui uniendo a ellos y alejándome de Sinticio; me daba vergüenza que me viesen con él por su fama de haber sido usado por los capitanes como mujer. Al principio, yo me encontraba a gusto con las nuevas compañías pero, en el fondo, reconocía que no eran realmente mis amigos. No podía contarles mis cuitas y problemas, ya que debían pensar que yo era fuerte y que nada me afectaba. Llegué a sentirme solo porque no podía desahogarme con mis nuevos camaradas, a quienes yo quería impresionar y, al mismo tiempo, evitaba a Sinticio, mi verdadero amigo. Como los problemas con Sisenando y Chindasvinto continuaron, pensé en mi madre. Yo confiaba ciegamente en ella, pero las normas de las escuelas palatinas nos prohibían a los más pequeños el acceso a las estancias reales.

» Al fin, un día, a pesar de los impedimentos pude llegarme hasta ella, que me recibió con un tierno afecto, haciéndome sentir confuso ante sus expresiones de cariño.

» Baddo me echaba de menos, se sentía sola dado que el rey Recaredo se había ausentado por la guerra. Esperaba un hijo, a ti, Swinthila, y las curvas de la maternidad la hacían parecer más hermosa; se encontraba débil con la flaqueza

que muestran algunas mujeres durante el embarazo; un aura de suave melancolía la impregnaba. Recostada en un triclinio, no se levantó al verme dado su avanzado estado de gestación, y yo me senté en el suelo junto a ella; entonces mi madre, Baddo, me cogió la cara con sus manos examinándome con detenimiento.

» —¡Has cambiado tanto! ¡Eres casi un hombre! ¡Cuánto tiempo ha pasado desde que vivíamos en el norte! ¿Recuerdas?

» Sonreí tristemente. Ella continuó:

» —Era una vida libre... Ahora estamos apresados por el protocolo de la corte, casi no puedo verte, hijo mío.

» Yo permanecí callado y mi madre se dio cuenta de que algo ocurría. Poco a poco logré ir articulando algunas palabras:

» —Estoy en una jaula...

» —¿No eres feliz?

» No pude reprimirme y exclamé:

» —No, madre, no lo soy.

» Ella clavó sus hermosos ojos oscuros, dulces y comprensivos en mí, preguntándome:

» —¿Por qué?

» —En las escuelas palatinas hay miedo...

» —¿Miedo?

» —Un capitán nos trata tiránicamente y ha realizado... —me detuve—... cosas... cosas inconfesables.

» Avergonzado, le relaté lo que ocurría con Chindasvinto: cómo había abusado de Sinticio y de otros, y cómo maltrataba a los mejores alumnos de las escuelas.

» —¿Tienes pruebas?

» —No, no hay pruebas más que mi palabra y la de algún otro chico contra la suya, el capitán Chindasvinto es muy poderoso.

» Ella calló y después prosiguió como hablando consigo misma.

» —Esas cosas son difíciles de probar.

» Entonces una luz se abrió en mi mente, quizás ella sí pudiese hacer algo, ella era la reina, la esposa del todopoderoso Recaredo.

» —Todo mejoraría si él abandonase las escuelas palatinas. ¿No podrían ascenderlo y enviarlo a alguna campaña militar lo más lejos posible de Toledo?

» —Poco puedo hacer, tu padre está en la Septimania... Dices que él es un buen guerrero..., ¿no? —Bajando la voz, como dudando, prosiguió—. Quizá podría hablar con el conde de los espatarios...

» Se hacía tarde, yo debía volver; pero ella no quiso separarse de mí y me acompañó tapada con una capa, de color oscuro. Se fatigaba y se apoyaba en mí. Antes de llegar a la zona de las escuelas palatinas, en las sombras de un pasadizo, me abrazó. Ahora ella era más pequeña que yo, besé sus cabellos

olorosos y brillantes. Parecíamos una pareja de enamorados. Permanecí un tiempo en sus brazos; después ella se fue. Noté que alguien nos estaba espiando» .

«Entre los alumnos de la escuela comenzó a difundirse que yo tenía una amante. Fue el siempre fiel Sinticio quien me contó estos rumores. Se sentía celoso de que hubiese una mujer en mi vida. Yo no di importancia a los chismes riéndome por dentro sin explicar nada. Empecé a tener fama de libertino. Mis enemigos hicieron correr el rumor de que me daban igual los hombres que las mujeres.

» Poco tiempo después, Chindasvinto anunció que abandonaba las escuelas palatinas, con gran alegría de todos los que habíamos soportado su despotismo. Fue sustituido por Adalberto, quien había terminado ya su período de adiestramiento. A Chindasvinto se le envió a la campaña con los francos y se fue, orgulloso y altivo, al frente de una decuria. Sinticio y yo le vimos marchar con alivio.

» Desde aquel momento, los entrenamientos fueron diferentes, dejaron de ser una tortura y, para muchos de nosotros, aquel período se volvió uno de los más alegres y tranquilos de nuestras vidas. Adalberto apreció mi habilidad con el arco y la lanza, animándome a entrenarme más en estas disciplinas. Las letras, que tanto me habían costado en un principio, gracias a los libros de astronomía se me habían hecho amenas. Ahora disfrutaba leyendo códices y manuscritos, tanto griegos como latinos, de la biblioteca palatina. Dejé de aburrirme en las clases y de tener problemas con Eterio. En aquel tiempo, devoré de Virgilio a Homero y a Lucano. La adolescencia que brotaba con fuerza por todos los poros de mi piel me hacía soñar. En mis sueños estaba Adalberto presente. ¡Cuánto deseaba serle agradable! ¡Le admiraba tanto! Era el ideal de guerrero, me hubiera gustado ser tal y como él era. Una reprensión suya en la instrucción bastaba para tenerme todo el día mustio y cariacontecido; una alabanza, para que el corazón se me llenase de felicidad.

» Una mañana el capitán Adalberto me llamó. Temí una reconvención, pero al entrar en sus aposentos vi su rostro amable y sonriente. No iba a ser amonestado. Me dijo:

» —Liuva, te odian mucho. Tendrás que contar con ello. No es por ti, son sus padres los que les instigan. Sus padres, que detestan a la dinastía baltinga y que te odian porque tu origen es ilustre.

» Yo asentí y él prosiguió.

» —Tienes que ser un buen soldado. Te he visto entrenar, eres algo torpe en la lucha cuerpo a cuerpo; pero posees una vista de águila y dominas la lanza y las flechas. Sé que no te gustan los adiestramientos; aun así, debes poner más empeño por tu parte. Quiero entrenarte yo personalmente. Fue un error que te

alistasen con el grupo de Sisenando y Frogga, son mayores que tú y siempre perderás; ahora ellos son los primates y dominan a las escuelas palatinas. He pensado hacer un grupo con los de la clase de Sinticio y encaminarnos a las montañas para que aprendáis una serie de cosas que nunca practicaríais aquí. Búlgar vendrá con nosotros.

» Enrojé de alegría. Dejar la corte, aprender cosas en los montes, con los amigos, lejos de Sisenando y su cuadrilla... ¿Qué más podía pedir? Antes de acostarnos, me acerqué a Sinticio y le conté lo que se proponía Adalberto. En el fondo, las alegrías y las penas quería seguir compartiéndolas con Sinticio. Él se puso muy contento.

» Dos días más tarde, al amanecer, salimos de Toledo. En el grupo íbamos Sinticio, la mayoría de los que cuando yo comencé en las escuelas palatinas eran de la clase de los pequeños —aunque ahora eran medios— y yo. Nos aproximamos a aquellos montes, coronados por crestones de mediana altura, con caminos de tierra roja y vegetación rala. Después, dejando el camino atrás, cruzamos un canchal de cantos que aparecían desnudos, como grandes manchas blancas entre la vegetación. Sobre ellos crecían líquenes y musgos que los salpicaban de multitud de colores.

» Nos guarecimos por la noche en cuevas, y Adalberto nos sometió a una formación muy estricta. Nos hacía correr durante horas al sol. No consintió que trajéramos víveres, así que tuvimos que cazar. Mi habilidad con el arco me cosechó muchos éxitos. Lejos del acoso de Sisenando y Frogga, desarrollaba mis aptitudes naturales, las que mi madre de niño me había enseñado.

» Por las noches entonábamos himnos de guerra. Eran cantos de marcha y libertad, en los que el glorioso pasado godo se cantaba en baladas. La canción de Fritigerno, el noble campeón de Adrianópolis, o el paso de los mares del Norte, o baladas de la estepa. Me agradaba escuchar la voz bien modulada de Adalberto.

» Una fuerte camaradería se forjó entre nosotros. Me di cuenta de que Búlgar, Adalberto y Sinticio me profesaban una devoción que no era fingimiento. Los dos mayores querían que yo fuese un rey de grandes cualidades y servir en la corte como primates del reino.

» Nada después fue así.

» Mis músculos se fortalecieron al sol, la piel se me tornó más oscura, parecía ya un soldado godo, pero yo seguía odiando la sangre y cuando cazaba alguna perdiz o un conejo dejaba que fueran Sinticio y los otros los que recogiesen la presa herida.

» Tras aquellos días de campo, regresamos a la urbe regia. Comencé a ganar combates sobre todo a alumnos no demasiado aventajados; eso me dio una cierta seguridad. Ya no era el último, pero en el fondo de mí ser continuaba sintiéndome inferior a los demás» .

El Concilio Tercero de Toledo

« Mi padre Recaredo venció a los francos en las tierras de la Narbonense. A su regreso tuvo lugar uno de los acontecimientos más importantes de su reinado: el Concilio Tercero de Toledo. El rey quería asimilarse a los emperadores bizantinos, no solo en el ceremonial de la corte sino, ante todo, por su dominio del reino, de lo temporal y lo espiritual; por eso convocó el concilio. Recuerdo las palabras que recogen^[3] el inicio de la magna reunión:

» En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo el año cuarto del reinado del gloriosísimo y piadosísimo y a Dios fidelísimo, señor rey Recaredo, el día octavo de los idus de mayo, era seiscientos veintisiete, celebróse en la regia ciudad de Toledo este santo concilio por los obispos de la Hispania y de la Galia...

» En la primera hora del día, antes de que saliese el sol, sonaron las trompetas convocando a los padres conciliares; después se echó a la gente de la iglesia de Santa Leocadia y se cerraron las puertas. Los guardianes se situaron en las puertas por donde debían entrar los obispos, que accedieron según su preeminencia y ordenación. Después entraron los presbíteros y los diáconos. Por último, los nobles pertenecientes al Aula Regia. Presidía la magna reunión: Leandro, obispo de Sevilla, y Eutropio, abad de Servitano. Cuando todo estuvo dispuesto hicieron su solemne entrada el rey Recaredo y la reina Baddo.

» La iglesia refulgía oro, grandes tapices colgaban de las paredes y lámparas votivas iluminaban tenue y cálidamente la basílica. Del techo colgaban coronas áureas con incrustaciones de piedras preciosas. El olor a incienso impregnaba el ambiente.

» Oí las palabras de mi padre sin entender nada de lo que iba diciendo:

» Conviene a saber que confesemos que el Padre eterno engendró de su misma sustancia al Hijo, igual a sí y coeterno; pero que no sea el mismo el Hijo que el Padre sino que siendo el Padre que engendró persona distinta que el Hijo que fue engendrado, subsisten uno y otro con la misma divinidad de sustancia. Del Padre procede el Hijo, pero el Padre no procede de otro alguno y el Hijo procede del Padre eternamente pero sin disminución alguna. Confesamos también y creemos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo^[4].

» El silencio cubría los hábitos de los monjes, las casullas de los obispos, las armaduras de los nobles. Mi madre contemplaba a mi padre con una mirada seria y emocionada. Pensé en cuáles serían sus sentimientos.

» Al fin, todos cayeron de rodillas ante el misterio sagrado, y el rey Recaredo, mi padre, continuó leyendo las palabras que ponían fin a varios siglos de disputas teológicas.

» A mí, hijo del rey, y a algunos más de las escuelas palatinas se nos había permitido escuchar la reunión del concilio, ocultos tras unos tapices detrás del presbiterio. Ajenos a las disputas teológicas, sin embargo, fuimos capaces de percibir cómo el mundo hispano-godo cambiaba; cómo el reino parecía más unido y justo. El cambio no había sido a través de la lucha, sino a través del convencimiento y de la razón.

» Esos días, en las escuelas hubo celebraciones y se escanció vino y sidra. Muchos se emborracharon y bajaron a la ciudad que ardía en fiestas. Para celebrar el éxito del concilio se repartió pan y vino entre los más pobres. Había bufones y espectáculos callejeros. El rey dispuso unos juegos de lanzas en una palestra de la vega del Tajo, en los que participaban los nobles.

» En aquellos torneos vimos de nuevo a Chindasvinto. Percibí la marejada de horror que se producía en el rostro de Sinticio al distinguir a su torturador. Chindasvinto machacó a sus adversarios y finalmente fue a recoger el premio de manos de mi madre, a quien le hizo una reverencia tributándole honor. También hubo lanzamiento de flechas, en una especie de concurso. Adalberto quiso que yo participase para que mi padre viese mis progresos; no gané, pero hice un buen papel y noté que Recaredo me miraba con afecto, lo que me llenó de orgullo.

» Pasado el concilio, corrieron rumores de levantamientos y disconformidad entre los nobles. En las escuelas palatinas se advertía la expresión de ira y odio en Sisenando y Frogga. A partir de aquel momento se unieron en una cuadrilla ajena al resto, reuniéndose en conciliábulos en los que era evidente que se tramaba algo. Comenzaron a tratarme peor. Ya no me dirigían jamás la palabra y si lo hacían, era de modo insultante.

» Lo que sucedía es que las diferencias entre los distintos bandos de muchachos se acentuaban porque, sin duda, eran un reflejo de lo que estaba ocurriendo en las familias nobles del reino. En definitiva, aunque entre los alumnos había numerosos grupúsculos, se distinguieron claramente dos partidos. El primero se reunía en torno a Sisenando y Frogga; a él pertenecían prácticamente todos los medios, exceptuándome por supuesto a mí. Sostenían que la corona debería alcanzarse por méritos y no hereditariamente, profesaban un nacionalismo godo a ultranza que se concretaba en un arrianismo fanático y rabioso. El otro grupo, liderado por Adalberto, era fiel al rey Recaredo, por lo tanto, me consideraban como su muy posible sucesor, me guardaban fidelidad y procuraban ayudarme. Entre ellos estaban los que, como Sinticio, provenían del

orden senatorial de la población hispanorromana y nobles godos que por su menor nivel no optaban a la corona.

» Una mañana llegó un correo. Los medianos y los pequeños estábamos reunidos en la palestra haciendo diversos ejercicios físicos, cuando se nos aproximó Ibbas con cara de preocupación. Hizo detener el entrenamiento y se dirigió a Frogga. Le sacó de la arena y fuera comenzó a hablar con él. Adalberto quiso que continuásemos con un ejercicio de pesas mientras se resolvía lo que fuese con Frogga.

» A la hora del almuerzo, Frogga se había ido. Sisenando estaba blanco como el papel. Pronto entre las mesas se extendió el rumor de lo ocurrido.

» Se había descubierto una conjura en Mérida, una conjura arriana que quería devolver al pueblo godo a su primitiva religión, deponiendo al rey Recaredo. En ella participaba Segga, padre de Frogga; por ello, este último había sido expulsado de las escuelas palatinas. En la conjura de Mérida se asociaron Sunna, el obispo arriano de la ciudad, y los condes Segga y Viagrila; pretendían dar un gran golpe eliminando al obispo católico Mássona y al duque de la Lusitania, Claudio, mano derecha de Recaredo. La conjura fue descubierta gracias a uno de los implicados, Witerico, que con ello consiguió el perdón. Segga fue defenestrado, se le cortaron las manos, su familia perdió todas las prerrogativas de su rango y fue deportado a la Gallaecia. Por ello Frogga hubo de abandonar el palacio y las escuelas» .

Los preparativos para la guerra

« Pronto Sisenando y el grupo de los medios se fueron también de las escuelas palatinas. Llegaron chicos más jóvenes y menos experimentados en el arte de fastidiar a los demás. Por fin, me encontraba realmente a gusto en el palacio de los reyes godos donde mi instrucción iba lentamente progresando. Acababa de cumplir dieciséis años. El reino no estaba en paz y se rumoreaba que pronto se iniciaría una nueva campaña contra los bizantinos.

» Con la edad, se nos habían concedido más prerrogativas y podía ir a visitar con frecuencia a mi madre y a mis hermanos. Envidiaba la vida hogareña y pacífica que teniais de pequeños tú y Gelia. Recuerdo cómo madre se sentaba junto al fuego y jugaba con vosotros. A esos momentos de solaz se sumaba a veces nuestro padre. Noté pronto el afecto intenso que te profesaba. Eras un niño hábil y fuerte, sin la timidez casi enfermiza que siempre me había caracterizado a mí y que enervaba a mi padre. Me sentí a menudo celoso.

» Una vez oí a Recaredo decir a mi madre:

» —¡Cuánto hubiese deseado que el mayor fuera Swinthila! Él tiene decisión y firmeza... ¡Mira que es pequeño...! Liuva está siempre asustado y como pidiendo perdón.

» —No digas eso —replicó ella—, Liuva es un muchacho sensible e inteligente.

» —La sensibilidad no va a serle de gran provecho como gobernante. En cuanto a la inteligencia es una inteligencia quizá poco práctica. Temo por él.

» En aquel momento entré en la sala y ambos guardaron silencio. Tú, Swinthila, te lanzaste hacia mí, buscando mis armas. Tenías poco más de tres o cuatro años y eras un chico fuerte. Gelia permanecía aún en el regazo de nuestra madre.

» Recuerdo que el fuego calentaba la estancia pero, al oír todo aquello, mi corazón se tornó frío; el rey, sin darse cuenta de ello, se dirigió hacia mí:

» —En poco tiempo se iniciará la campaña contra las tropas imperiales. Será tu primera campaña, Liuva, deseo que participes en ella. Estarás al frente de una decuria de espatarios a caballo. Puedes escogerlos tú mismo de entre los nobles que han estudiado en las escuelas palatinas. Irás en la compañía de Witerico, un

hombre que ha sabido demostrar su lealtad.

» Yo asentí, pero el nombre de Witerico no me gustó. Había participado en el complot de Mérida y alguna vez había oído hablar positivamente de él al grupo de Sisenando.

» De vuelta al cuartel lo comenté todo con Adalberto, Búlgar y Sinticio. Les dije que quería que viniesen conmigo a la campaña del sur contra los imperiales. Ellos aceptaron. Escogimos un grupo de jóvenes que me habían sido siempre fieles. Después en un aparte, Sinticio, siempre al corriente de todo, me dijo:

»—En estas noticias hay dos partes: una buena, que iremos juntos a la guerra, y otra peor. No sé si sabrás quién está en la compañía de Witerico.

»—¿Quién?

»—Mi viejo amigo Chindasvinto, a quien yo no quisiera volver a ver en la vida.

»—No tenemos por qué estar con el resto de la compañía de Witerico, podemos mantenernos al margen.

» Sinticio me interrumpió, estaba muy preocupado:

»—Además, no me gusta Witerico...

»—¿Por qué?

»—Es un arriano convencido... muy fanático. No creo que haya perdonado la afrenta que supuso el concilio de Toledo. Conspiró contra tu padre.

»—Sí, pero denunció a los conspiradores...

»—Por eso mismo, es un traidor de quien no conviene fiarse. Tu padre hace mal en confiar en él. Habla con él.

»—Tengo pocas oportunidades, no le veo casi nunca» .

« El día antes de la partida, el rey compareció en las escuelas palatinas. Nos hicieron formar para que pasase revista a las tropas. Fuimos desfilando batallón tras batallón agrupados por edades. Junto al rey estaba Claudio, duque de la Lusitania, y varios nobles godos. Escondido entre mis compañeros, yo miraba al frente sin desatender la formación y pensaba en lo que me había dicho Sinticio, por eso observé a Witerico. En aquella época era un hombre alto, musculoso, con calvicie importante y cabellos largos, de color castaño, en los que se le entremezclaban las canas. Mi padre le decía algo en voz baja, y él aparentemente sonreía, pero mientras sus labios mostraban una expresión complaciente, la mirada de sus ojos era dura.

» Al son de la marcha militar desfiló una compañía y otra, me fijé en Adalberto; nuestro joven capitán quería que todo el mundo lo hiciese bien y estaba nervioso.

» Al acabar el desfile, Recaredo nos arengó.

»—Habéis sido adiestrados para ser guerreros del reino godo para destruir a

sus enemigos, para conquistar esta tierra de Hispania que pertenece a los godos por derecho. Sois los herederos de Baltha y Fritigerno, los vencedores de los romanos y de los hunos, los conquistadores de Europa. Habéis sido llamados a un singular destino, vuestra nación, vuestro rey, os convoca; dejaos guiar por él... Sois los vencedores...

» En ese momento el discurso del rey, inflamado de ardor, fue interrumpido por los gritos de alabanza de los soldados.

» —Todos los que podáis empuñar un arma iréis a la campaña contra el imperio a recobrar lo que nos arrebataron injustamente los orientales. Será una guerra sin cuartel en la que Hispania será unificada por el poder de vuestras armas. El sol del reino godo asciende sobre vosotros y toda la tierra de Hispania, al fin, tendrá un único rey y un único Dios.

» Observé los ojos de mis camaradas fijos en mi padre; la fuerza de sus palabras hacía vibrar a las gentes. Me fijé especialmente en los ojos de mi amigo Sinticio; estaban llenos de lágrimas, pero no eran de cobardía sino de ganas de lucha, de emoción por la batalla. Reparé en Adalberto; el capitán de las escuelas palatinas atendía sin pestañear a la arenga; también nos miraba a nosotros, inexpertos y novatos en esas lides guerreras. Él ya había participado en la guerra; quizá pensaba que muchos de los que aclamaban a su rey no volverían jamás. Él, Adalberto, nos había entrenado durante años desde que éramos unos imberbes. Había soportado los castigos de Chindasvinto, y había puesto paz entre las distintas facciones. Ahora nos enviaba a la guerra conociendo bien nuestro destino. En la batalla morían los bisoños en el arte de la guerra y nosotros lo éramos, y mucho.

» Sisenando y su grupo, enfebrecidos, también querían luchar para alcanzar gloria y honor ante los demás. Ya no les importaba que aquel rey que les estaba arengando fuese el enemigo político de sus padres; solo les afectaba ya una cosa: la guerra. Una guerra para la que habían sido educados, que iba a suponer la oportunidad de ganar prestigio y conseguir botín.

» Yo nunca podré olvidar aquella proclama de mi padre, llena de brío y de vigor. Veo aún en mi mente el rostro de Recaredo inflamado por la pasión y el afán de someter al enemigo. Mi padre era un hombre carismático capaz de arrastrar masas. Al mismo tiempo era mi padre, un hombre cercano a mí, pero por su poder, muy lejano. Le admiraba, le temía, le quería y a la vez le odiaba. Sí, yo quería y odiaba a aquel padre que buscaba algo en mí que yo no le podía dar. Yo nunca estaba a su altura; él anhelaba un heredero capaz, un sucesor que continuase al frente del reino, que completase su obra de unificación, que fuese el continuador de la gloriosa estirpe de los baltos. Sin embargo, yo no era, no podría ser nunca, el que él deseaba. Por eso, le temía y le detestaba.

» Aquel discurso había sido pronunciado para que yo lo escuchase, para suscitar en mí una reacción y un cambio. Mis amigos, incluso mis adversarios, Sisenando y los otros, estaban hambrientos de lucha, de ganas de combatir. Yo no

lo estaba. Unos lagrimones grandes rodaron por mis mejillas. Nadie los vio, solo Sinticio.

» Sonaron las trompas mientras el rey se retiraba a debatir con los capitanes. Se rompió la formación, vi la mirada comprensiva de mi único amigo, Sinticio. Me dirigía hacia él cuando un soldado se me acercó para comunicarme que el rey reclamaba mi presencia.

» En medio de los oficiales, le vi sonriente, conociendo el efecto que sus palabras habían causado en las tropas. Bebía un vino fuerte y aromático; al llegar yo, me pasó una copa. Entonces levantó la suya en alto para brindar conmigo:

» —¡Por la victoria...!

» —Por la victoria —musité y yo sin ningún ímpetu, mientras entrechocábamos las copas.

» Él no pareció advertir mi azoramiento.

» —El capitán Adalberto me ha dado muy buenas referencias tuyas. Dice que eres decidido y un buen luchador. Que eres rápido en el combate.

» Me ruboricé y aquello pareció no gustar a mi padre. Sin embargo, aquel día Recaredo estaba eufórico, seguro de su triunfo. Cambió rápidamente de tema y, hablándome en un tono más bajo y confidencial, me dijo:

» —Eres mi heredero, tengo puestas en ti grandes esperanzas... —Me examinó entonces con desaprobación, y prosiguió—: Tu aspecto ha de ser marcial y no lo es.

» Al oír el reproche me sentí todavía más torpe y envarado.

» —¿Has decidido ya quién te acompañará en el frente?

» Aborrecía mandar a los soldados, solo tenía una esperanza para poder desempeñar con dignidad el papel que mi padre me confiaba.

» —Padre, permite que Adalberto venga conmigo. Él es más experimentado que yo... con él estaré seguro.

» No le agradó mi respuesta, que mostraba una vez más mi carácter apocado.

» —No quiero dudas ni indecisiones. Tu inseguridad me asusta. Sí, puedes ir con Adalberto, será lo mejor. Al parecer necesitas todavía un preceptor —me dijo con dureza e ironía.

» Con voz trémula, le pedí que viniesen conmigo el resto de los compañeros que yo consideraba fieles. Él aceptó sin querer entrar en más detalles. Después hizo llamar a un criado y le dio una serie de indicaciones. Poco más tarde el sirviente apareció con un bulto alargado envuelto en una tela adamascada. Al desenvolverlo apareció una espada de grandes dimensiones, poco manejable.

» —Esta espada perteneció a los baltos durante generaciones, es un arma poderosa, pero hay que manejarla con pericia y fuerza.

» Me miró dubitativo como pensando para sí: “¿Podrás hacerlo?”. Me sobrepuse a mis miedos y le contesté:

» —Espero ser digno de ese honor.

» Recaredo pareció complacido con mi respuesta, desenvainó la espada y me la entregó. El arma era muy pesada y casi estuve a punto de dejarla caer. La agarré con dificultad y de una forma un tanto desgarrada. Noté que mi padre se ponía nervioso con mis ademanes torpes. Entonces me la arrancó de las manos y con fuerza dio unos mandobles en el aire. Después me la devolvió y me dijo secamente que podía retirarme.

» Al salir me encontré a Sinticio.

» —¿Qué tal...?

» —Como siempre, no estoy a la altura de nada.

» Le expliqué lo sucedido.

» —No sirvo, no valgo para rey ni para guerrero. ¿Sabes qué te digo? Me gustaría encerrarme en una cueva a leer pergaminos, y pasear como cuando era niño. Odio la corte, la guerra, el honor militar y todo ese conjunto de patrañas que a todos os gustan tanto.

» Yo estaba a punto de llorar. Sinticio me entendió.

» —Eso sería de cobardes. ¿Recuerdas lo que Chindasvinto me hacía de niño? Yo quería morirme o desaparecer; sobre todo cuando los medios se metían conmigo. Hay que enfrentarse a lo que uno es, sin miedos. Tú serás rey, te lo digo yo, y serás un rey humano, cercano a la gente.

» —¿Un rey que no sabe manejar la espada de su familia?

» —¡A ver...! Enséñame esa espada...

» La saqué de la vaina y brilló ante nosotros un arma bien templada con hoja de un acero bruñido. En la empuñadura había varias piedras preciosas. Sinticio la tomó con su mano derecha. A él le costaba también empuñarla al dar algunos mandobles al aire, la espada parecía dirigir a mi amigo y no que él la llevase a ella.

» —¡Lo ves...! No es tan fácil... Hay que practicar... Salgamos de aquí y vayamos al lugar que está detrás de la muralla, donde no nos ve nadie. Allí probaremos...

» Cesaron mis lágrimas al darme cuenta de que no era tan fácil el uso del arma, a Sinticio también le costaba manejarla. Nos fuimos tras la muralla, donde había un pino viejo y de tronco robusto. Divirtiéndose, Sinticio comenzó a hacer como si se estuviese batiendo con el árbol. Saltaban trozos de madera del tronco. Ya más tranquilos empezamos a reírnos. Después me devolvió la espada e iniciamos un combate frente a frente, él con la suya vieja y yo con la maravillosa arma que me había regalado mi padre. Recuerdo cómo al final acabamos los dos rodando por el suelo, riéndonos con carcajadas nerviosas como si estuviésemos borrachos.

» En aquel momento, vivíamos en la inconsciencia. No imaginábamos hasta qué punto el frente de batalla cambiaría nuestras vidas» .

El asedio a Cartago Spatharia

« Más allá la batalla se estaba recrudeciendo. Hacía calor, un calor infernal con un viento húmedo y bochornoso proveniente del interior que pegaba las ropas a la piel. El sol hería las lorigas y los cascos arrancando brillos, todo estaba bañado en polvo y sangre. El olor a mi propio sudor, a descomposición y a muerte me provocaba náuseas. Salté por encima de un cadáver horriblemente descuartizado, con un brazo desprendido prácticamente de la axila, la cara magullada y lívida, totalmente desfigurada, una mosca volaba sobre su boca. Aparté rápidamente la vista sintiendo que iba a vomitar. A un lado luchaba Adalberto, su rubio cabello se había vuelto oscuro por el sudor, peleaba a la vez con dos guerreros orientales: uno de ellos, más bajo, intentaba herirle en las piernas con una espada larga, pero mi amigo y capitán saltaba sin dejarse intimidar. El otro le atacaba por un lado. Con un mandoble rápido de su espada, Adalberto se libró del guerrero más bajo, enfrentándose entonces al más peligroso. Ambos cruzaron sus hojas, me di cuenta de que el joven godo medía a su oponente, y lo había visto muchas veces así en las escuelas palatinas, calculando nuestros puntos débiles, el lugar menos protegido o nuestros vicios en la lucha. El oriental era zurdo, por lo que, en un cierto sentido, estaba en ventaja; pero, por otro, su zurdera hacía que no fuese capaz de protegerse bien el lado derecho, sobre todo en el cuello. En un momento dado, Adalberto se tiró a fondo dirigiendo su espada hacia el cuello desguarnecido, fue un movimiento rápido, muy ágil y natural. El oponente cayó herido de muerte, echando sangre por la boca.

» Al ver aquello me descompose y sentí ganas de vomitar, me agaché detrás del cuerpo muerto de un caballo para esconderme. Allí me encontró Adalberto, quien me pinchó con la punta de su espada todavía manchada en sangre.

» —¡Vamos, arriba! ¡No te entrené para que fueses un cobarde!

» Yo pensé que realmente lo era, desesperadamente cobarde. Comencé a llorar, al ver por todas partes desolación y sufrimiento. No pude contestarle, así que mi capitán se me enfrentó, y me amenazó obligándome a que me levantase. Después, con la espada me empujó hacia la batalla. Intenté retroceder, pero un oriental me cortó el paso, dirigiéndose hacia mí espada en alto. El miedo me paralizaba el cuerpo y deseé morir.

» Adalberto hubo de abandonarme ante el ataque de varios orientales, su arma poderosa se elevó cercenando las carnes de sus adversarios.

» El soldado bizantino que se dirigía hacia mí era un hombre moreno de fuertes hombros y aspecto basto con dientes oscuros e incompletos. Me amenazaba con un hacha de guerra de enormes proporciones, caí al suelo, arrodillado y llorando. Iba a morir. Entonces, al sentir el silbido del hacha descendiendo, el propio terror me hizo reaccionar y me tiré hacia un lado. El hacha volvió a elevarse y de nuevo bajó hacia mí. Salté una vez y luego otra. La lucha no era marcial; un sabueso persiguiendo a una liebre. El hacha cargó de nuevo rozándome en el hombro y desgarrándome las ropas. Me dolió, una sensación punzante e intensa. Algo entonces se me despertó dentro, algo visceral y profundo, instintivo e irracional. No iba a dejarme matar. Comencé a rodar, perseguido por el hacha mientras el pensamiento se me hacía más claro. En un instante recordé las palabras que se habían dicho de mí delante de mi padre: “es ágil y tiene certera puntería”. Conseguí sacarme el puñal del cinto y me puse súbitamente de pie, al tiempo que lanzaba el cuchillo contra mi agresor. El arma ligera atravesó el aire y se clavó en el pecho de mi oponente, hiriéndolo de muerte. El hacha cayó a su lado. Sorprendido de mí mismo me levanté del suelo; entonces me acerqué al hombre caído, un fornido campesino bastante mayor que yo, curtido por la brega en el campo. Al acercarme, sus ojos se abrieron espantados y, al fin, dejó de ver. Delante de mí se transformó en un cadáver rígido y sin alma, tan distinto del rústico que había luchado conmigo pocos instantes atrás. Posiblemente habría sido levado por los imperiales de las fértiles huertas del Levante, quizá se habría alistado para conseguir botín y la paga, pero su destino estaba allí en la batalla: morir frente a un novato en el arte de la guerra, como era yo. Seguramente me habría atacado al ver mis hermosas armas, sin ningún odio, ni tampoco por lealtad al ejército imperial.

» Al recuperar mi cuchillo, sentí cómo salía del interior de lo que ya era un cadáver, y aquello me asqueó. Después, busqué mi espada entre los muertos que le rodeaban. La pulida espada familiar que me había entregado mi padre, la encontré a un lado. Pronto llegaron más enemigos, me vi rodeado por los bizantinos, comencé a luchar mejor, no por valentía sino por un instinto básico de supervivencia, no quería morir. Me debatía como un gato: mi agilidad y juventud, la puntería certera desarrollada en mis años de entrenamiento constituyeron mi mejor defensa. Decidí quitarme la lorica que me restaba agilidad. A lo lejos vi a Búlgar, sus cabellos oscuros se movían debajo de un yelmo plateado y dorado. Deseé estar al lado de alguien conocido, y fui luchando hasta situarme cerca de él, me defendí bien de los que me iban acorralando. A lo lejos vi luchar a Adalberto.

» Entonces se oyó el sonido de un cuerno. Llamaba a retirada, por lo que retrocedimos hacia nuestras líneas; todos excepto un hombre de gran porte y ojos

claros. Era Chindasvinto, mi antiguo preceptor y el torturador de Sinticio; él seguía luchando, machacando a sus rivales, se defendía bien contra dos grandes guerreros. Con un golpe de su espada degolló a uno y después golpeó la cabeza del otro que cayó a tierra inconsciente. Chindasvinto no volvió atrás sino que se detuvo a despojar a los caídos de sus pertenencias.

» Por la noche Adalberto me llamó a su tienda. Observé su rostro enfadado, encendido de enojo.

» —Te has puesto en peligro y has hecho peligrar la vida de muchos. No tienes control sobre ti mismo.

» —Lo sé, soy un cobarde...

» —Eso no basta, eso no me basta en absoluto. Eres el hijo del gran rey Recaredo. ¿Qué crees que hubiera ocurrido si en vez de estar yo a tu lado, que soy como una nodriza para ti, hubiera estado Witerico o Chindasvinto?

» —No lo sé...

» —Habrías perdido fama y honor o estarías muerto. Un hombre tiene que saber dominarse a sí mismo en el combate.

» —Yo, yo... —baluceé—... no puedo.

» —Sí puedes. Siempre se puede... Al final luchaste y te defendiste bien. Mira, Liuva, es tu primera batalla, todos hemos sentido miedo, pero hay que saber dominarlo...

» —Detesto la guerra, aborrezco la sangre... Pude luchar porque me atacaban, pero soy incapaz de iniciar un combate. No quiero ser un guerrero. Me gustaría ser un monje o algo así...

» —Pues ese no es tu destino. Si tú no te comportas como un hombre sino como una mujercilla o un alfeñique, todo lo que tu padre ha conseguido caerá por tierra y habrá sufrimiento y muerte.

» —Déjame en paz, no quiero nada... —grité—. ¡Déjame en paz!

» Adalberto se fue enfadado. No pude dormir aquella noche, las escenas de la batalla reaparecían una y otra vez en mi mente. La cara de la muerte de los caídos en la lid se manifestaba de nuevo ante mí y cuando lograba caer en un ligero duermevela, los sueños eran terroríficos: hombres muertos que nunca más serán ya conocidos entre los vivos, cadáveres que se descomponían ante mis ojos. A todo ello, se unía un profundo desasosiego por no haber estado a la altura de las expectativas de Adalberto.

» Desde el campamento veíamos a lo lejos brillar el Mediterráneo, y a Cartago Spatharia rodeada por una bahía rocosa con los barcos de velas orientales balanceándose en el muelle. En la distancia, nos parecía una hermosa ciudad; los hombres soñaban con el botín que se obtendría al conquistarla. Había sido embellecida por los imperiales y en algunas de las cúpulas de las iglesias brillaba el oro. Más allá de todo, dominaba la ciudad una fortaleza, el palacio del legado imperial» .

«Llevábamos varias semanas atacando a la capital de la Spania^[5] bizantina, que no se rendía y parecía ser invencible. El resto de la campaña, como siempre, había resultado victoriosa para las tropas de Recaredo que habían conquistado algunas ciudades cercanas. Sin embargo, yo padecí mucho en aquella guerra. Lo que en las escuelas palatinas y en los montes de Toledo era un juego que había llegado a divertirme ahora se había convertido en un enorme suplicio.

» Sin embargo, sobreviví y evité ser herido. Mi buena puntería me protegía muchas veces en la batalla. Además, Adalberto, Búlgar y los otros me protegían y me guardaban fidelidad. No ocurría así con el resto de los hombres de Witerico. Él, por su parte, me trataba con una aparente deferencia, que le llevaba incluso a consultarme planes de ataque y de batalla. Yo me sentía honrado con la actitud servil y oficiosa del magnate. Muchas noches me invitaba a cenar a su tienda con otros oficiales. Fue a él a quien oí hablar por primera vez de la copa de poder.

» —Esa copa existe —decía Witerico—, Hermenegildo murió porque no quiso beber de ella y luego la copa desapareció.

» —Dicen que Ingundis la llevó hasta Bizancio, otros dicen que está escondida en algún lugar del norte. —Aquella era la voz de Chindasvinto.

» —¿Cómo era? —pregunté.

» —Una copa ritual de medio palmo de altura, exquisitamente repujada con base curva y amplias asas unidas con remaches con arandelas en forma de rombo, su interior es de ónice.

» La copa le importaba mucho a Witerico, pensaba que alcanzaría el poder si la encontraba y que yo, hijo del rey goda, podría ayudarle a hacerlo; pero al comprender que yo no sabía nada de ella, pronto dejó de nombrarla.

» Pocos días más tarde, asistí a una reunión con los capitanes, se me permitió acudir en concepto de hijo del rey. En ella estaban Witerico, Chindasvinto y el bravo capitán Gundemaro, conocido por su valor. Este último era un hombre de prestigio reconocido y fiel a Recaredo. Había sido nombrado duque de la Septimania. Junto a ellos, otros muchos oficiales, allí se discutió el ataque definitivo a la ciudad.

» —No debemos prolongar más el cerco. Nuestras tropas están cansadas y está resultando difícil el aprovisionamiento. —La voz de Witerico se oyó expresando impaciencia—. Hay que forzar una salida y luchar cuerpo a cuerpo.

» —No querrán, tienen víveres que les llegan por mar; podrían mantener esta situación durante años.

» —Hay que buscar un reducto, algún punto flaco de la muralla.

» —Mis informadores me han dicho que en el sur hay un punto en el que las fuerzas flaquean —dijo Gundemaro—. Yo opino que habría que forzar una

salida por la puerta norte, quizá por la noche y, mientras tanto, un grupo voluminoso y oculto por la nocturnidad, podría atacar la zona débil del sur.

» Siguieron hablando y trazando planes de guerra. Entonces entró un emisario, que se inclinó ante el rey, comunicándole graves noticias. Habían desembarcado al norte contingentes bizantinos, tropas que, procedentes de África, habían llegado para reforzar la ciudad; avanzaban rápidamente hacia Cartago Nova. De cercadores podríamos pasar a ser cercados.

» Después de sopesar las noticias, el rey decidió dejar un grupo fuerte defendiendo las posiciones godas ante la ciudad, mientras que él con el resto del ejército se desplazaría hacia el norte para hacer frente en campo abierto a los refuerzos bizantinos. Salimos del cerco de Cartago con un grueso número de hombres entre los que se encontraban Witerico y Gundemaro. Galopamos de prisa hacia el norte porque el factor sorpresa era esencial. Nos encontramos con los bizantinos en una amplia explanada frente al mar. Al punto, las tropas se dispusieron en orden de batalla» .

« Vi guerrear a mi padre con esa habilidad férrea que siempre le había caracterizado. Le gustaba la lucha y era fuerte, muy fuerte, atacaba de frente, con decisión, sin dudar un momento, como un toro salvaje, con una potencia sin límites. Manejaba una espada de gran envergadura que había heredado de su abuelo Amalarico y que antes había pertenecido a su hermano Hermenegildo. Se introducía entre las filas bizantinas seguido de sus hombres, que le idolatraban, y que eran incapaces de separarse de él.

» Le seguí desde lejos con la vista, incapaz de introducirme en la batalla.

» En un determinado momento el rey Recaredo comenzó a luchar con un guerrero joven, muy alto, que llevaba un casco con triple cimera, calado y una armadura clásica bizantina. Parecían un toro y un león. Uno combatía arremetiendo hacia delante, con embestidas feroces; el otro era un luchador de elegancia exquisita, suave en sus formas, cortante en sus ademanes, algo etéreo había en sus gestos. Mi padre estaba desconcertado y eso le restaba potencia. El desconocido aprovechó este momento para descargar un tajo sobre él, quien pudo evitarlo parcialmente; manó sangre de su armadura. Aquello irritó al rey godo. Se lanzó hacia delante y abatió al bizantino, haciéndole caer al suelo.

» Mi padre levantó el arma para rematarlo, pero entonces se oyó una voz:

» —Recaredo...

» —¿Quién eres...?

» —La voz del destino, la voz de alguien que viene más allá de la tumba a saldar cuentas con la injusticia.

» El hombre levantó su cimera, unas greñas oscuras y unos ojos claros casi transparentes. Oí un grito de desesperación de la boca de mi padre.

» —¡Hermano, hermano...!

» El rey retrocedió y el desconocido huyó. La batalla finalizaba, los hombres de Cartago Spatharia dejaban el campo, retirándose a su plaza. En medio de campo de batalla, mi padre, arrodillado en el suelo, mostraba un rostro demudado. Una sombra de tristeza lo envolvió y el pasado regresó a él. Lo condujeron a su tienda, herido, enfermo, a un lecho en el que fue trasladado a Toledo.

» Habíamos ganado la batalla, pero la guerra contra los bizantinos no había terminado, el cerco de Cartago Spatharia se levantó. El rey Recaredo estaba muy enfermo» .

En la corte

« La lluvia caía con un crepitar continuo sobre las piedras del palacio de Toledo; el agua se acumulaba en las oquedades y después rebosaba para formar pequeños ríos que avanzaban desde el palacio hasta las calles. Desde una barbacana en la muralla se podía ver el Tajo lanzando sus aguas contra las riberas y las piedras del cauce, como un dios antiguo enfadado. Cerca de la muralla un pequeño árbol doblaba sus ramas por el agua de la lluvia, y de él pendían regueros que acariciaban el suelo suavemente. Unos siervos cruzaron corriendo hacia la gran puerta de la muralla, se cubrían con unas capas que sostenían sobre sus cabezas para no mojarse.

» Habíamos regresado del Levante pocas semanas atrás, hubiéramos podido ganar la guerra de no haber sido por la extraña enfermedad de nuestro señor y mi padre, el gran rey Recaredo. Ahora yo, espartario real y capitán de espartarios, no era el niño imberbe de las escuelas palatinas sino que había ocupado ya mi lugar en la corte. Había pasado la guerra y no quería recordarla. Noté un brazo que me sostenía por detrás, giré bruscamente llevando la mano a la empuñadura de mi espada. El otro río; era Adalberto.

» —¿Has acabado ya de mojarte?

» —Me gusta ver caer el agua... Parece que limpia los campos y a mí me limpia el corazón...

» Adalberto torció el ceño, no le gustaban las palabras sensibles o demasiado tiernas.

» —Witerico quiere hablar contigo.

» —¿Sí?

» —Está preocupado por la salud del rey.

» Nos protegíamos por el saliente de la muralla que cubría la barbacana, como un tejadillo que impedía que nos mojásemos. Adalberto se hallaba muy cerca de mí. Me examinaba con esa mirada inteligente y traslúcida, característica de él. Continuó hablando de modo persuasivo y suave, de esa manera con la que era capaz de convencerme de casi todo.

» —Todos lo estamos... No han pasado muchos años desde que tu padre, el gran rey Recaredo, que Dios guarde, unificó el reino. Si tu padre fallece

necesitarás apoyos. Creo que deberías hablar con Witerico.

» —Me gustaría que vinieses conmigo —le dije—, Witerico me impone. No estoy seguro de que sea de fiar.

» —Antes pensaba como tú, pero creo que no es tan ambicioso como parece, que busca únicamente el bien del reino.

» —Participó en la conjura de Mérida junto a Frogga y a Sunna.

» —Recuerda que los denunció. Es leal a tu padre.

» Había dejado de llover. El ambiente era luminoso, y se escuchaba a los gorriones trinar, los pájaros de la lluvia anunciando que pronto escamparía. Un rayo de sol brilló sobre la loriga de Adalberto, poco a poco las nubes se abrieron y la luz del sol rodeó a mi amigo. Yo estaba en la sombra debajo de la barbacana; al salir, unas gotas de agua cayeron del tejadillo, me mojaron la cabeza, resbalándome por la frente. De un gesto brusco me las quité. Seguí a Adalberto a través de los vericuetos del baluarte. Conocíamos aquella zona del castillo como la palma de nuestra mano; para acortar subimos hasta el adarve y cruzamos varias almenas. Desde allí se divisaba el Tajo rugiente, casi desbordado por las últimas lluvias. Me distraje mirando el río mientras Adalberto hablaba con entusiasmo de Witerico, duque de la Bética, uno de los adelantados del reino. Según mi capitán, Witerico era un hombre inteligente y bien informado. Él quería a toda costa que yo fuese rey. Entre los dos íbamos a cambiar el reino y dominar el mundo, conquistaríamos las tierras francas donde Witerico había luchado y también los territorios bizantinos. El reino goda sería de nuevo, como en tiempos de Teodorico, la gran potencia del Occidente. Yo escuchaba a Adalberto con arrobamiento; en aquella época todo lo que él dijese era incontestable.

» —Los godos somos los verdaderos continuadores del gran Imperio romano, los que vencimos a Atila, los más civilizados dentro de los pueblos germanos y ahora, por la gracia de Dios, convertidos de la pestilencia arriana somos el pueblo llamado a cantar y a alabar las glorias de Cristo.

» Cuando hablaba lo hacía con un rostro de iluminado.

» —Los francos son pueblos aún salvajes. Mira a sus reyes, reparten las tierras, que gloriosamente conquistó Clodoveo, entre sus hijos, como si fuesen una finca familiar. Los godos hemos matado reyes, pero la gloria de nuestro destino ha hecho que el territorio conquistado permanezca unido. Volveremos a ocupar la totalidad de la tierra hispana que nos pertenece...

» Nunca le había oído hablar de aquella manera; me di cuenta que quizá Witerico influía en su modo de pensar. Con orgullo continuó describiendo las tierras del reino goda:

» —Todas las provincias de la Hispania, el África Tingitana y las Galias. Tú serás el rey que lo lleve a cabo, tú, acompañado de tus generales: Witerico, Búlgar y yo mismo.

» Aquellas palabras me enardecieron. Sin embargo, en el fondo de mi alma sabía que no eran verdad; yo nunca sería ese rey que soñaba Adalberto. Entonces pensé: “Quizá yo no llegue a ser todo eso que desea Adalberto, pero lo que sí es posible es que ellos sean los generales que quieren llegar a ser”.

» —Necesitarás la ayuda de Witerico si deseas llegar al trono y, sobre todo, si piensas permanecer en él. En la corte se te conoce como un bastardo...

» —No lo soy.

» Él me miró asombrado de mi confidencia, que era la verdad. No quiso entrar en aquella materia espinosa y me dijo:

» —Si ahora no consigues el trono, estoy seguro que habrá una guerra civil. Es posible que más adelante tu padre o los nobles prefieran a tu hermano Swinthila antes que a ti.

» Dejamos el adarve al llegar a un paredón por un portillo que se abría ante nosotros. Nos metimos por los vericuetos que formaban el palacio del rey y llegamos a las estancias que ocupaba Witerico; duque de la Bética y general del ejército de Recaredo.

» Nos abrieron paso dos sayones apostados delante de la puerta. Al entrar Adalberto realizó el saludo militar y yo le imité.

» Witerico era un hombre entrado en años, con el rostro marcado por cicatrices que le atravesaban uno de los pómulos, con calvicie prominente de la que partía un escaso pelo entrecano y ralo, largo sobre los hombros. Su mirada era inquisitiva e inquietante, los ojos en su juventud debieron de ser claros, pero ahora mostraban las huellas de la vejez. Era un hombre muy fuerte, poderoso con su armadura brillante y bien troquelada, en la que lucía un águila dorada con la cabeza vuelta hacia la izquierda. Incluso a Adalberto, que era un hombre ya maduro, le imponía respeto, así que me situé detrás de mi capitán y antiguo preceptor, intentando que no se me viese, pero él se apartó. Me quedé frente al magnate.

» —Me alegro de que hayáis venido pronto. Hay graves asuntos que debemos dirimir que atañen a vuestro futuro y al de todo el reino.

» —Vos diréis... —balbuceé con voz insegura.

» —Vuestro padre está gravemente enfermo.

» —Lo sé —dije.

» —El fin se avecina inminente. He hablado con el obispo y vuestro padre recibirá los sacramentos y será decalvado. Eso significará que vos seréis su sucesor...

» —Me siento indigno de tal honor —respondí con voz débil.

» —Vos sois la esperanza de la regeneración goda. Vuestro padre ha sido mal aconsejado por algunos, ha dictado normas en detrimento del antiguo clero, formado por nobles godos. Aconsejado por Leandro e Isidoro ha desestimado a los que durante años eran cabezas de las sedes metropolitanas...

» —¿No querréis volver a la herejía arriana...?

» —¡Lejos de mí! —protestó Witerico—. Acato las nobles y justas decisiones tomadas en el Sacro Concilio. Sin embargo, la aplicación práctica del mismo ha resultado en desdoro de la nación goda. Vuestro padre se ha apoyado en nobles hispanorromanos, como Claudio, duque de la Lusitania, o nobles sin abolengo, como Gundemaro, de la Narbonense; ha desoído buenos consejos. De nuevo os digo, mi señor Liuva, vos sois la esperanza de la regeneración goda.

» Adalberto asentía a estas palabras y yo me sentí orgulloso de ellas. Tomé confianza y el duque de la Bética lo notó.

» —El Consejo Real ha sido convocado para proclamar el nuevo rey. Tendréis todo mi apoyo, pero solo si desestimáis a los nobles que nombró vuestro padre, sobre todo a Claudio y a Gundemaro. Si reponéis en las sedes metropolitanas al antiguo clero goda. Si escogéis como vuestros generales a hombres de talla y valía como vuestro amigo Adalberto y yo mismo.

» Les miré asombrado. Ellos habían desarrollado una jugada en la que yo no era nada más que una pieza que habían colocado en medio de la compleja trama de la política palatina. No me quedaba más remedio que aceptar; con Witerico en contra, y yo no tendría opción al trono.

» Sonreí torpemente mientras declaraba:

» —Necesitaré vuestra ayuda y acepto el noble ofrecimiento de ponerlos al mando del ejército.

» Entonces Witerico y Adalberto se inclinaron ante mí.

» —Mañana se reunirá el Sacro Concilio en Santa Leocadia. Seréis proclamado rey de los godos —dijo Witerico.

» De pronto me sentí orgulloso de mí mismo. Iba a ser proclamado sucesor de mi padre, ayudado a llegar al trono por algunos de los mismos que se le habían opuesto. Pensé que podría dominar a los nobles levantiscos y ajenos a la casa de los baltos. Tendría dos buenos generales y no debería ir a la guerra. Los mismos que se me habían enfrentado desde niño ahora deberían rendirme pleitesía y honor.

» El tiempo de mi padre había pasado, ahora llegaba mi momento. El momento de Liuva; Liuva, rey de los godos. El despreciado iba a ser ahora coronado rey.

» De nuevo, fuera tras las murallas, comenzó a llover. Una lluvia que rebotaba contra las piedras de la fortaleza y las limpiaba. A través de una ventana entreabierta entró el frescor de aquella agua de primavera. Esa lluvia me purificaba interiormente y yo me sentía seguro y poderoso. Aquel noble de ilustre cuna me estimaba y apoyaba mi elección. Como todos los inseguros, la cercanía al poder hacía que desapareciesen mis miedos y el halago de los que antes me habían despreciado me confortaba.

» No me entristecía la muerte de mi padre. Por un lado, era ley de vida que

él tuviese que morir. Por otro, siempre me había sentido exigido por él y, en el fondo de mi alma, detestaba a aquel que me había separado de mi madre, le aborrecía con un odio mezclado con unos celos atroces.

» Mi destino sería ser rey, fuera dudas y vacilaciones, todos los obstáculos se allanaban ante mí. Mi origen indigno se había olvidado, y yo, Liuva, sería el rey que todos recordarían, el que, como Adalberto me había augurado, conduciría a nuestra noble nación a la gloria y al poder.

» Después Witerico me explicó los entresijos de la conjura; él había convocado a los nobles de todo el reino, de modo que llegasen primero los que estaban de acuerdo con mi coronación. Había sido muy rápido y sagaz. También había convocado al clero, los conversos arrianos estaban al tanto, los católicos habían sido postergados.

» Él mismo me adoctrinó sobre la tradición escrita en el *Breviario de Alarico* y el *Codex Revisus* del gran rey Leovigildo, en lo que se refiere a la elección real y a la coronación. El rey tenía que ser aclamado por la nobleza y yo iba a serlo.

» Después de la reunión con Witerico, Adalberto y yo bajamos a la ciudad y nos emborrachamos. Recuerdo que regresamos al palacio después del toque de queda; nos detuvieron en la puerta de entrada, pero al reconocernos nos dejaron pasar.

» A la mañana siguiente busqué a Sinticio. Él, que había sido un amigo fiel en los tiempos difíciles, debía ser partícipe también de los momentos de triunfo.

» Su cara se transformó, en lugar de la alegría que yo hubiera esperado, su rostro se vio velado por una sombra.

» —Tu padre aún no ha muerto... —me dijo—, tú no puedes proclamarte rey.

» —¿No puedo? —me enfadé yo—, pues voy a hacerlo...

» —Creo que cometes un error fiándote de Witerico.

» —Adalberto está de su lado.

» —Me da igual —dijo Sinticio—, últimamente veo muy raro a Adalberto.

» No le hice caso y proseguí intentando convencerle.

» —Mira, Sinticio, hay que aprovechar las buenas oportunidades. Mi padre va a morir, soy joven y soy ilegítimo. ¡Necesito apoyos! Yo no tengo realmente fuerza, pero si los del partido de Witerico me secundan no habrá obstáculos para que llegue al trono, se evitará una nueva guerra civil.

» Sinticio guardó silencio. Me di cuenta de que no estaba convencido por mis argumentos.

» —Witerico te está utilizando...

» —Entonces Adalberto y Búlgar también lo hacen y ellos siempre me han sido fieles. Lo han sido desde los tiempos de Chindasvinto y Sisenando. Podría dudar de Witerico pero no de Adalberto.

» Sinticio no se conformaba.

» —¿Has hablado con la reina?

» —¿Por qué debería hacerlo? ¡No soy un niño!

» —Ella es tu madre.

» —¿Cómo lo sabes...?

» —No estoy ciego. Ese rumor corre por la corte hace tiempo. La reina Baddo ha sido siempre muy influyente y respetada, conoce muy bien a tu padre y también el reino.

» —Mira, Sinticio, a mí me han despreciado siempre. Según todos soy el ilegítimo, pocos saben que mi madre es la reina. ¿Por qué me han condenado a ser un bastardo? ¡Solo para protegerla! Cuando sea rey diré la verdad, desharé las supercherías que mi padre montó.

» —La condenarás a la deshonra...

» —¡No es así!

» —Yo no quiero tu mal. Siempre te he apoyado, pero ¿no crees que Gundemaro y Claudio te apoyarían?

» —Estoy seguro de que no, ellos apoyarían al que mi padre designe como rey. Ese sería siempre Swinthila.

» —Swinthila es un niño. No nombrarán rey a un infante manejable por toda la camarilla de la corte. Tu madre te apoyará... ¡Habla con ella!

» Me enfadé con él, estaba harto de sus críticas y sermones. Le grité:

» —¡Tú qué sabes! Ella prefiere a Swinthila y mi padre también.

» —Eso no es así. Yo he visto cómo te quiere tu madre. ¿Recuerdas cuando estaba escamado porque pensaba que tenías una amante? Era tu madre que embozada venía a visitarte...

» —¡Tú no sabes nada! Además, desde que mi padre ha enfermado mi madre no se separa de su lado, no puedo hablar con ella. Y... aunque pudiese, te digo que protege a Swinthila. Si mi padre sobrevive, lo nombrarán a él como sucesor al trono. Yo no valgo nada para ellos. ¡Ahora es mi momento! Es nuestro momento, viejo amigo, o te subes al carro o te quedas atrás. Tú eliges.

» —Siempre te apoyaré, a ti y a Adalberto. ¡Estás ciego! Te veo lleno de ambición. Antes no eras así.

» —Me he vuelto realista. Sé a quién tengo que escuchar.

» Sinticio se fue dando un portazo, yo no razonaba, no quería ver lo que era evidente, lo que mi amigo, mi único y verdadero amigo me quiso mostrar» .

La conjura de Santa Leocadia

« La basilica refulgía oro, el olor a incienso se diseminaba gracias a recipientes de plata y bronce que atravesaban la nave. Entre las columnas, lámparas votivas de gran tamaño; en el presbiterio, coronas que los reyes godos habían ofrecido durante años a Dios. Junto al altar, un palio bajo el cual yo, Liuva, futuro rey de los godos, observaba encogido y azorado la ceremonia. Se había convocado a toda prisa a los próceres del reino; antiguos obispos arrianos ahora católicos, obispos católicos pero de tendencia afin a Witerico; nobles de la Bética y la Lusitania, de la Narbonense y del convento astur; de la Tarraconense y la Tingitana.

» Como en un sueño oía invocar a los santos y a los ángeles, según el rito visigodo que no había adoptado la reforma del papa Gregorio y era afin al bizantino en suntuosidad y refinamiento.

» Se hizo un gran silencio en las oscuras naves de la basilica, todos volvían sus miradas hacia mí, que estaba sentado en un trono a la derecha del altar. De pie a mi izquierda, Witerico elevó la voz:

» —¡Gloria al gran rey Recaredo!

» —¡Gloria! —contestaron todos.

» —Ante la hora de la muerte del gran rey Recaredo convoco a todo el reino, clérigos, obispos, nobles y soldados a tomar una determinación. La sucesión no debe demorarse al último momento. Hemos de asociar al trono a aquel que va a ser un digno heredero de tan gran rey. ¡Gloria al gran rey Recaredo!

» —¡Gloria! —repetieron todos.

» —Nuestro amado rey se enfrenta al Último Viaje, el viaje del que no hay regreso, va a ser preparado mediante los santos óleos y será decalvado. Nunca más podrá reinar. El noble rey Recaredo, piadoso por la fe, preclaro para la paz, tendrá un digno sucesor en su hijo, Liuva, noble príncipe al que Dios guarde muchos años.

» La camarilla de Witerico se levantó y desenvainó las espadas en lo alto, al tiempo que daban grandes voces de alabanza. Chindasvinto, junto a ellos, no se movió; permanecía quieto con el rostro impenetrable y endurecido. Junto a los de Witerico se levantaron Adalberto y Búlgar, con muchos de mis antiguos

condiscípulos de las escuelas palatinas. El resto de los nobles finalmente también se alzaron, sorprendidos de la actitud de Witerico. Ninguno habría pensado que pudieran apoyarme en mi camino al trono.

» De distintos puntos de la nave se escuchó:

» —¡Unción! ¡Unción!

» Witerico había organizado aquello, sus adláteres comenzaron a corear aquellas palabras que me conducirían hacia el trono. Isidoro y los nobles Claudio y Gundemaro no entendían el cambio de postura del partido de Witerico. Sin embargo, no se oponían porque ellos eran fieles a Recaredo y, al fin y al cabo, yo era su hijo.

» Los gritos continuaron escuchándose por la sala; entonces, empujado por Witerico, me levanté y tomé la palabra.

» —Llevaré la corona que me ofrecéis con la misma dignidad que la llevó mi padre. Como adjunto al trono, nombraré al noble Witerico, que será jefe del Aula Regia, y comandante general de todos los ejércitos de Hispania.

» Entonces, Gundemaro y Claudio entendieron al fin la maniobra. Witerico había decidido que yo fuese rey, de momento, pero él se reservaba el poder ejecutivo, es decir, el Aula Regia y el poder militar, el ejército.

» Se hizo un silencio entre los partidarios de Claudio y Gundemaro, los que habían sido fieles a mi padre. Los otros continuaron gritando. La cara de Leandro se ensombreció. La tensión se palpaba en el ambiente.

» En aquel momento, se escuchó el toque de una trompeta, y la puerta del templo se abrió. Quizá yo, que estaba de frente a la puerta principal de la iglesia, fui el primero en ver quién era el que interrumpía de aquella manera el concilio. De pie, de espaldas al sol que alumbraba la puerta de Santa Leocadia, un hombre, medio doblado, apoyado en una mujer y en un siervo, entraba en la basílica: era mi padre, el rey Recaredo, enfermo pero no muerto.

» Un susurro se extendió entre los asistentes al concilio. Después, un silencio expectante y doloroso recorrió las naves del templo, el silencio de la traición descubierta, el silencio de la culpabilidad. En la quietud del templo, solo se oían los pasos de mi padre, arrastrándose con dificultad por el pasillo central. A su paso, los hombres doblaban la cabeza. Llegó al presbiterio, junto a la reja que separaba el lugar sagrado de la nave, bajo un baldaquino; después, ascendió unos peldaños y, por último, apoyado ya únicamente en mi madre, se volvió y habló al pueblo:

» —Durante dieciséis años he regido por la gracia de Dios la Hispania y la Gallaecia. He vencido a los francos, he pacificado a los astures, he empujado a los imperiales hasta arrojarles casi al mar. Estos años he mantenido con la fuerza de la razón lo que mi padre, el rey Leovigildo, ganó con las armas. Durante mi gobierno la pestilencia arriana ha desaparecido y el reino está unido. ¿Por cuál de estos hechos queréis defenestrarme y alejarme del trono?

» Nadie respondió. La vergüenza llenaba los corazones. Al fin, el noble obispo de Hispalis, Leandro, se levantó:

» —Por ninguno de vuestros gloriosísimos hechos, mi señor. Se nos ha dicho que se convocaba este concilio porque no gozabais de buena salud para escoger un sucesor vuestro. El duque Witerico ha propuesto a vuestro noble hijo Liuva.

» El rostro de mi padre se tiñó del color de la ira; me miró a mí, duramente, y después a Witerico.

» —Pues como bien podéis ver... ¡No estoy muerto! El rey sigo siendo yo y, por gracia de Dios, elijo al que será mi continuador, mi hijo Liuva.

» Me apoyé en el trono donde me hallaba sentado para no caer, la vergüenza recorrió mis venas. Mi padre me nombraba su heredero. A pesar de los rumores que se me habían hecho llegar, yo iba a ser el heredero del trono godo.

» Mi padre siguió hablando:

» —A él le digo que aún no es tiempo. —Y fijó su mirada en mí, atravesándome con su decepción—. A él le digo que aún estoy vivo, y también le digo que todavía no está maduro para reinar. Mi hijo es joven y manipulable. Hay algunos que quieren controlar el reino... ¿No es así, mi noble amigo Witerico?

» —Yo, mi señor, quise salvaguardar a vuestro heredero...

» —Sí, y le mentisteis... porque no estoy muerto. ¡Hijo mío! —El grito de mi padre llegó a lo más profundo de mi corazón—. ¿Piensas que estoy acabado?

» —No, padre —dije yo en un susurro.

» —No estoy acabado, pero no me queda mucho tiempo. Después, Liuva, mi heredero, necesitará apoyo por parte de los nobles del reino. Nombro al fiel Gundemaro, lugarteniente y custodio del reino y de mi noble hijo, Liuva, y jefe del Aula Regia. Nombro a Claudio, el de las mil victorias, comandante supremo de todos los ejércitos del reino.

» La cara de Witerico se tornó terrosa y gris. Mi padre había tirado por tierra todos sus proyectos. Toda la basílica se llenó de gritos de alabanza al glorioso rey Recaredo; unos eran sinceros, de aquellos que se alegraron de librarse del control de Witerico, y de aquellos que realmente amaban a mi padre. Otros fueron de adulación, para congraciarse con aquel rey, Recaredo, mi padre, el mejor rey que nunca tuvo el reino godo.

» Mi padre parecía no escuchar los gritos y las alabanzas, su rostro estaba deformado por el sufrimiento moral de la traición que acababa de descubrir y por el dolor físico que le producía la enfermedad. Mi madre, junto a él, le sujetaba para que no cayese. Ambos salieron de Santa Leocadia escoltados por una multitud que les acompañaba en silencio expectante, intuyendo que su rey se moría» .

La reina Baddo

«Durante los siguientes días, no intenté acercarme a nuestra madre, aunque sabía que solo en ella iba a encontrar consuelo. De cualquier modo, no era fácil entrar en la cámara real, la reina había limitado el acceso al lecho de muerte de Recaredo; quería estar a solas con él, con el que había sido su compañero desde que era apenas una adolescente. La reina Baddo, derrumbada por el dolor, parecía haber envejecido de pronto. Nuestro padre agonizaba. Yo no quería ver su final, porque me sentía de algún modo culpable.

» Me escapaba del palacio, a campo abierto, a galopar con Adalberto y Búlgar.

» Uno de esos días, mi madre me mandó llamar recibiéndome en la antesala de la cámara mortuoria de su esposo:

» —Tu padre va a morir con el alma destrozada por su propio hijo. Debes hablar con él, debes pedirle perdón. Ya no me conoce y delira llamando a su hermano Hermenegildo; a menudo me dice que lo ve por las noches cuando yo no estoy, por eso no quiere que me aleje de su lecho. También te llama a ti, sé que le dolió profundamente que te unieras a sus enemigos. Dime, Liuva..., ¿cómo has podido aliarte con el partido que siempre ha rechazado a tu padre? ¿Con el partido de los fanáticos nacionalistas?

» No quería reconocer que había obrado mal, traicionando las expectativas de mi padre, por eso le contesté con frialdad.

» —Witerico y Adalberto han sido mis valedores. Creí que obraba bien.

» —Debiste haber confiado en tu padre.

» Entonces me enfurecí y hablé con tono resentido:

» —¿Tú crees...? ¡Mi padre siempre me ha rechazado! Desde los tiempos en que vivíamos en las montañas, él me ocultó y me convirtió en un bastardo. Mi padre habría nombrado a Swinthila su heredero. ¡Nunca me hubiera nombrado a mí! Me ha relegado siempre, me ha corregido continuamente, me desprecia...

» —Eso no es así, lo ves todo retorcido... Conocía tus debilidades y quería ayudarte, de algún modo sabía que eres presa fácil de los aduladores. —Después Baddo dijo en voz más baja—: Como así ha sido. Él te quiere...

» —No. Él quiere a Swinthila, siempre lo ha dicho. Yo se lo he oído decir, le oí

decir que él era el mejor dotado... Si hubiera sido mayor, le habría nombrado su heredero. Estoy seguro de que si no se hubiese convocado el consejo, teniéndome que rechazar delante de tanta gente habría nombrado su heredero a Swinthila...

» Baddo, nuestra madre, me miró compasiva como a un niño pequeño que no parece entender.

» —Tu padre quería lo mejor para ti. Verás, Liuva, soy tu madre, te he llevado dentro de mí nueve meses y después estuvimos unidos en aquella época en la que solo nos teníamos el uno al otro, cuando me rechazaron en las montañas cántabras...

» No me gustaba que ella se pusiese tan tierna, no sabía qué se proponía hablándome así.

» —¿Qué me quieres decir?

» —Escucha, Liuva, sé que no serás feliz en el trono. Lo sé, lo veo en tus ojos, tú no eres un guerrero. Eres un hombre de paz. Un rey en estos tiempos duros tiene que ser un hombre de guerra y tú no lo eres...

» No quería escuchar aquello; me defendí con las mismas palabras que usaba el que después me destronó.

» —Witerico dice que un rey no tiene por qué ir a la guerra, que a la guerra irán sus capitanes, que un rey tiene que ser dominador de hombres y que yo podré serlo...

» —Witerico te adula porque quiere el control del ejército. ¡Hijo mío! ¡Temo por tí!

» Entonces yo le grité:

» —¡No necesitas temer nada...! Yo sé lo que me hago. No soy un necio, ni un insensato.

» Se abrió la puerta de la cámara del rey, que estaba en su última agonía, respirando ya con mucho esfuerzo. Gritaba el nombre de Baddo. Fue ella quien me obligó a acercarme al lecho de Recaredo, aquella amarga noche. Yo no quería porque siempre he temido a la muerte. En los aposentos del enfermo olía a cerrado, a ungüentos y alcanfor, se escuchaban salmodias en latín. Mi padre deliraba, solo hablaba de una copa y de su hermano Hermenegildo. “Le he visto... —decía—. Ayer estuvo aquí. Detrás de esos cortinajes, me mira”.

» Baddo gritó:

» —No. No hay nadie. Hermenegildo murió.

» Después se abrazó a él, llorando, y le dijo:

» —No te atormentes... Él murió, pero tú no has tenido la culpa...

» —Sí... Está ahí... Le he visto, me reprocha que le traicioné, que no salvé a Ingunda, que no cuidé a su hijo. Todos los días viene. Viene cuando tú no estás...

» —¡No...! ¡No...! —lloraba ella—. No hay nadie.

» Al lado del lecho de mi padre estaba el físico, un judío llamado Samuel. La

reina Baddo confiaba mucho en aquel hombre, así que le insistió.

» —Habladle vos...

» —Es un delirio... —dijo el judío.

» —¡No...! No lo es —negó desafortado Recaredo, y después le dijo al judío —: vos le habéis visto también.

» El judío no respondió y le administró un brebaje de adormidera, por lo que el rey cayó en un estado en que alternaba la obnubilación con la agitación. Después pronunció nuestros nombres, el de Gelia, el tuyo, Swinthila, el mío... Me situé a su lado; en un momento dado abrió los ojos y los fijó en mí, como queriendo decirme algo. Algo así como: “Búscale... busca al hombre que me atormenta”. Sin embargo, las palabras murieron en él, su naturaleza fuerte se rendía. Comenzó a respirar rápidamente con una gran angustia, al cabo de un tiempo el jadeo se detuvo y parecía que ya había fallecido, pero su espíritu obstinado, aún joven, hacía que volviese de nuevo a respirar. En uno de aquellos momentos, la pausa de la respiración se hizo más prolongada, de tal modo que parecía que no iba a volver, boqueó una o dos veces más y su aliento cesó.

» Escuché el grito de mi madre, y vi que con los ojos llenos de lágrimas se abrazaba al cuerpo inmóvil de nuestro padre, besándole las manos, los labios yertos y la frente. Intenté separarla de él pero no me dejó. Permaneció allí largo rato, abrazada al cadáver. Al fin, notando que el frío de la muerte lo envolvía, con gran amor, le cerró los ojos y se separó de él» .

Al llegar a este punto de la historia de Liuva, Swinthila, que no había interrumpido la larga y prolija narración, exclama:

—Yo estaba allí...

—¿Tú...? —pregunta Liuva.

—Sí. Estaba junto a los cortinajes. Madre quiso que Gelia y yo estuviésemos con él, en aquel último momento. Gelia era pequeño y no llegó a entrar, le dio miedo la cámara oscura que olía a ungüentos. Yo no quise separarme de mi padre, estuve allí todo el tiempo. Vi tu actitud altanera ante el más grande de los reyes godos. Vi su mirada entristecida...

Liuva cierra los ojos, aquellos ojos ciegos, y se reconcentra en sí mismo, parece no escuchar lo que su hermano Swinthila le reprocha. La cara de Liuva se ha desfigurado por el dolor que le produce el recuerdo de aquellos luctuosos sucesos. No contesta nada. Swinthila se reconcentra en sí mismo y prosigue:

—... pero él ya había hablado conmigo. Él me previno contra ti y me dijo que buscara la copa y al hombre... porque había un hombre. Hubo un momento en que me pareció que efectivamente tras los cortinajes había alguien, alguien real, no un delirio causado por la fiebre. ¿No te diste cuenta de que había algo allí..., algo que escapaba a nuestro control?

—Eso es imposible —dice el ciego—. La cámara estaba vigilada por la Guardia Real, no había otro acceso a la misma. Yo no recuerdo muchas cosas de aquel día, ni siquiera recuerdo que tú estuvieses allí. Yo estaba lleno de odio y de desprecio. Solo me importaba mi futuro como rey...

Swinthila meneaba la cabeza, intentado recordar algo que se le escapa continuamente.

—No lo sé... —habla Swinthila—. Muchas veces he recordado esos últimos momentos de nuestro padre y siempre he pensado, he intuido que había algo maligno allí. Sigue hablando, necesito saber todo, todo hasta el final de tu traición. Quiero saber por qué nos enviaste a un destino injusto.

» Desde el momento de la muerte del rey, las campanas de la ciudad de Toledo doblaron a difunto durante dos días hasta que fue enterrado. El agua de una lluvia incesante corría por las calles empinadas de la ciudad, lavando las piedras de las casas y de las calles, despertando en los huertos de la ciudad un olor intenso a tierra recién mojada, a camposanto. La ciudad de Toledo lloraba a su rey, al hombre nuevo que había unido los pueblos y las razas, las leyes y la religión. Durante muchos años, cuando ya había perdido mi corona, el sonido de las campanas a difunto de la capital del reino, el día de la muerte de mi padre, siguió resonando en mi cabeza y en mi corazón. Un ruido lento y sonoro que partía el alma.

» El día de las exequias, madre casi no podía sostenerse de pie por el sufrimiento. Gelia parecía no haberse enterado de lo que había ocurrido, pero su cara se volvió triste e inquieta. Tú estabas furioso y desafiante, me mirabas con superioridad.

» Unos días después; Gundemaro, jefe del Aula Regia, gran chambelán de la corte, reunió a los nobles en el consejo que, entre aclamaciones y gritos de dolor por el rey perdido, acataron las últimas decisiones del rey Recaredo: yo, su hijo, sería el nuevo rey de los godos, Gundemaro controlaría el Aula Regia y Claudio, el ejército.

» Recuerdo el día de mi coronación, la luz de un sol brillante después de varios días de lluvia iluminó mis aposentos. Durante unos momentos, dejé que el esplendor de la mañana me acariciase los párpados cerrados, al fin abrí los ojos. Aquel sería el gran día. Yo, Liuva II, sería coronado rey de los visigodos, rey de todas las tierras que van desde el Atlántico al Mediterráneo, más al sur de los Pirineos.

» Saqué los brazos debajo del cobertor, miré al dosel y después con pereza me incorporé sentándome en la cama. Entraron los criados y comenzaron a vestirme con gran cuidado y deferencia. Todo lo que ocurrió aquel día permanece aún en mi cabeza como un sueño. Las calles de Toledo abarrotadas

de gente en el camino que baja desde el Alcázar de los Reyes Godos hasta la Basílica Pretoriense de San Pedro y San Pablo. El ambiente del templo, turbio por el incienso, se hacía a veces irrespirable; se escuchaban las palabras de un salmo que decían: “No toquéis a mi Ungido”, y aquellas otras: “¿Quién extenderá la mano contra el Ungido del Señor y será inocente?”.

» Después, de pie ante el altar, leí el juramento en el que me comprometía a gobernar con justicia, proteger la religión católica y a combatir la perfidia de los herejes y los judíos. Prestado el juramento me postré de rodillas ante el obispo toledano Eusebio, quien derramó el sagrado óleo sobre mi cabeza.

» No recuerdo el resto del ritual, pero sí se han quedado grabadas en mi cabeza las palabras del himno:

*Dispón un reino fiel
para la gloria del príncipe.
Haz que este reluzca con el sagrado crisma,
que florezca en santidad,
que resplandezca con la corona de la vida,
que domine por la clemencia,
que desborde de gozo con su pueblo
y todo el pueblo se goce con el príncipe.*^[6]

» Estas palabras..., ¡qué poco se cumplieron después en mi vida!, pero en aquel momento me enorgullecía de ellas, y me sentía en el centro del mundo: yo era el Ungido, el Elegido de Dios, a quien debían respetar, temer y amar. Se cumplió el complejo ceremonial compuesto en el tiempo de mi padre en el que se mezclaban ritos que aludían a los emperadores romanos, con tradiciones de los antiguos reyes de Israel, los investidos por la gracia de Dios. Yo, Liuva II, entraba en las líneas de los reyes godos, los descendientes de Fritigerno y de Alarico.

» A un lado y bajo palio, nuestra madre y vosotros dos: Swinthila y Gelia contemplabais en silencio la ceremonia. El hermoso rostro de ella, la reina Baddo, estaba cubierto por un velo de tristeza y de preocupación. Tristeza por la añoranza de Recaredo, preocupación por mí. Ella quizás intuía mucho más que yo mi gran debilidad y las traiciones que me aguardaban. Su vista se perdía en el infinito, y en el entrecejo se le marcaba una arruga de inquietud.

» Poco tiempo después de la coronación, convoqué al Aula Regia. Se reunieron los notables del reino: el conde de los Notarios, el de las Caballerizas, el del Tesoro. Allí estaba Gundemaro, con Claudio y junto a ellos Witerico y Adalberto; así como muchos otros que ya no están entre los vivos. Mi única preocupación era ganarme la fidelidad de Witerico, para ello le concedí títulos y prebendas, que no fueron bien vistas por el resto de los nobles, y que no eran

suficientes para calmar su ambición: él quería más, siempre más. Por eso apetecía la guerra; la guerra suponía botín y dominio sobre otros hombres. Propuso atacar a los francos, pero Gundemaro y Claudio se negaron alegando que mi padre, el rey Recaredo, había conseguido la paz y que no era el momento de reiniciar las hostilidades. Witerico actuaba dejando traslucir una enorme rivalidad hacia Gundemaro, pero esto era aún más acusado con Claudio. Witerico abanderaba el partido godo nacionalista, el que deseaba una preeminencia de los godos sobre todos los demás pueblos, especialmente sobre los hispanorromanos; por eso odiaba a Claudio que, a pesar de ser romano, había tomado el mando del ejército. Gundemaro y Claudio, muy leales a mi padre, se alineaban en el partido de la unión entre romanos y godos, y apoyaban a la casa baltinga. Aquel día en el Aula Regia se elevaron voces airadas, algunos incluso llevaron sus manos a la empuñadura de la espada.

» Mientras escuchaba las discusiones de modo displicente, me sentí orgulloso de ser el rey, de poder callar y manejar a mi antojo a quien yo quisiera. Les dejé hablar y mientras tanto pensé en lo que haría los próximos meses. Nombraría al noble Witerico jefe del ejército, con él venceríamos a los francos y a los bizantinos y me aseguraría la gloria del reino. A Gundemaro, que me hartaba por su superioridad, le enviaría a la provincia más alejada del reino, a la Septimania. ¡A ver si así me libraba de él y de sus ínfulas! Devolvería a Claudio de regreso a la Lusitania. A mi buen amigo Adalberto le nombraría jefe de los espartarios de palacio. Todo se haría a mi gusto. Fue en aquel momento cuando decidí alejaros a ti y a Gelia de la corte, no quería intrigantes. Es verdad que erais pequeños, pero para muchos representabais la continuidad legítima de la casa baltinga, mientras que yo era poco más que un bastardo del glorioso rey, mi padre.

» La decisión de exiliaros de la corte —que yo tomé por rivalidad, por envidia y para evitar que nada ensombreciese mi supuestamente glorioso reinado— quiso la Providencia o el Destino que fuese acertada. Estáis vivos, mientras que muy pocos de los miembros de nuestra familia sobrevivieron después a la crueldad de Witerico. Encargué al hombre en quien más confiaba, Adalberto, que buscara un lugar seguro y alejado para que mis hermanos fuesen educados de forma vulgar, entre campesinos. Al final, tras la reunión del Aula Regia, le pedí que lo hiciera. Él me miró sorprendido.

» —¿Adónde quieres que los conduzca?

» —A algún lugar donde estén lejos del ambiente palatino. No deseo saber adónde van...

» —¿Y vuestra madre...?

» —No debe saber que se han ido hasta que no estén muy lejos de aquí.

» Adalberto, que me era fiel, obedeció.

En aquel momento, Swinthila no puede contenerse e interrumpe de nuevo la larga perorata de Liuva. Le dice que les ha condenado a Gelia y a él a una vida de penurias inimaginables, al servicio del noble godo Sisebuto, donde fueron criados sin honor siendo durante muchos años poco más que unos siervos. Aquí Liuva suspira y con la misma voz dolida continúa su historia.

«Witerico me adulaba continuamente y yo me sentía atraído por él. Me encantaba su prestigio en la corte, su palabra fácil y agradable. Era una personalidad dominante, que se imponía allí donde estuviese. A la par tenía un don de gentes inigualable. La corte se llenó de bufones y hombres serviles. Pocas semanas más tarde de la coronación, Witerico se presentó en las estancias reales.

» —Una conjura ha sido descubierta. Os traicionan los que para vos son más queridos...

» Sentí una opresión en el pecho.

» —¿A quién acusas? Supongo que tendrás pruebas...

» —Las tengo e irrefutables...

» —La reina y el duque Claudio intentarán que vuestros hermanos no salgan de la corte. Los quieren tener aquí para poder utilizarlos contra vos en cualquier momento.

» —¿Lo podéis probar?

» —Tengo un testigo...

» Su voz sonaba triunfante, en aquel tiempo yo me fiaba de muy pocas personas, de Sinticio, Adalberto y pocos más.

» —¿Quién...?

» —Vuestro fiel amigo y compañero, Adalberto.

» De Adalberto me fiaba porque me había cuidado y protegido desde los años de las escuelas palatinas; sin embargo, conocer que había personas que se me oponían me producía una gran intranquilidad; la angustia, ese sentimiento que con mucha frecuencia me atenazaba, volvió a surgir. Con voz grave, llena de preocupación, le dije:

» —Hacedle llamar.

» Me levanté del pequeño trono donde estaba sentado. Recuerdo que me acerqué al vano de una ventana. Desde allí, se veían las aguas del Tajo discurrir con fuerza. Witerico estaba a mis espaldas. Cuando escuché la puerta girar y el soldado de la guardia cuadrarse, me di la vuelta, encontrándome con el rostro amable y hermoso de Adalberto, aquel en quien yo siempre había confiado; su faz estaba seria.

» —El noble Witerico me ha dicho que hay noticias graves que debes comunicarme... —le dije.

» —Sí.

» —¿Y bien...?

» —Los nobles Claudio y Gundemaro me atacaron cuando conducía a vuestros hermanos a su destino... Han raptado a los niños...

» La ira se agolpó con fuerza dentro de mí y me golpeó con latidos fuertes en las sienas. Solamente podía pensar una cosa: que aquellos, los fieles a Recaredo, al igual que mi propio padre, no me querían como rey. Estaban buscando proteger a mis hermanos para derrocar me y poner a otro en mi lugar.

» —¡Los haré empalar...! Morirán como perros. Se han hecho culpables de un crimen de lesa majestad... Me han traicionado... ¿Dónde están mis hermanos?

» —No lo sé. Pudimos escapar a duras penas.

» Por todo el país salieron mensajeros buscándoos a ti y a Gelia. Decreté pena de muerte contra Claudio y Gundemaro, por traición. Nuestra madre no me hablaba. Ella sabía que los niños habían salido de la corte a un destino innoble debido a mis órdenes, por eso ella misma había pedido a Claudio que os salvase.

» Al fin, Claudio fue arrestado en sus posesiones en Emérita. No se rindió tan fácilmente, se refugió en sus tierras de la Lusitania y se defendió de las tropas reales comandadas por Witerico. Fue apresado y conducido encadenado a Toledo. De Gundemaro no hubo trazas. Al parecer había huido al reino franco.

» Torturé a Claudio, el noble amigo de mi padre, para saber dónde estaban mis hermanos, pero él, que era un hombre valiente, no habló.

» Bajé a las mazmorras del palacio de Toledo. Atado a una pared, golpeado hasta la saciedad, con la cara deformada, se hallaba Claudio.

» —¿Dónde has conducido a mis hermanos...?

» —A un lugar seguro... Donde nada les pueda pasar, donde conserven la herencia de Recaredo que tú has malbaratado.

» A estas palabras, bajé la cabeza y un sayón le golpeó. Intenté congraciarme con él.

» —Yo no quiero más que el bien de mis hermanos...

» —Sí —afirmó Claudio amargamente—, por eso los alejabas de la corte. Los separabas de su madre... Te he conocido desde niño. Lluva, tu corazón está siempre lleno de inseguridad, tu orgullo te ciega. No consentiré que hagas daño a tus hermanos... o que pierdas lo que tu padre consiguió de forma pacífica para todos los hispanos.

» —Eres reo de alta traición. Vas a morir.

» —Perderás a alguien que te ha sido siempre fiel... —exclamó Claudio con dolor.

» —¿Fiel? ¿Como ahora?

» —Sí, como ahora.

» Me encolericé más ante su respuesta. Mis celos y mi odio se agrandaron. Claudio había tenido toda la confianza de mi padre, una confianza de la que yo

nunca había gozado. Le odiaba, le odiaba intensamente y deseé verle muerto.

» A la salida de la mazmorra, me encaminé a mis habitaciones, tenía hambre, quizás el estómago se me había revuelto con la conversación con Claudio. Comí en compañía de varios cortesanos que me lisonjearon con lo que yo quería oír.

» La reina se dirigió a mi cámara. Había envejecido en los últimos meses más que en todos los años anteriores, su hermoso cabello castaño peinaba canas por doquier.

» Como si fuera un muchacho me tomó por el brazo y me dijo:

» —¡No puedes ejecutar y torturar a Claudio! Él es uno de los mejores generales del reino... Un hombre fiel a tu padre y a tu abuelo Leovigildo.

» —Es un traidor. Ha secuestrado a mis hermanos...

» —No. No los ha secuestrado, les ha liberado del destino indigno que tú pensabas darles...

» —¿Cómo sabes esto?

» —Lo sé. Yo le pedí que lo hiciera...

» —¿Tú? ¡Mi madre! También me traicionas...

» —No. Eres tú mismo el que te hundes en tus propias conspiraciones. Nadie conspira contra ti. Yo no te traiciono, Claudio no lo hace, ni mucho menos Gundemaro.

» Me puse a gritar:

» —¡No os creo! ¡No os creo! ¡A mí la guardia...!

» Entraron varios guardias en la sala:

» —¡Detened a mi madre! ¡Confinad a la reina en sus habitaciones!

» Ella se echó a llorar.

» —¡Estás loco! ¡Estás loco!

» Los guardias la escoltaron fuera de la sala. Aprovechando la salida de mi madre entró Witerico, quien me animó viéndome decaído.

» —¡Estáis obrando muy cuerdamente! Debéis imponeros y no dejar que os influyan llantos de mujeres.

» De nuevo, me sentí fuerte, capaz de dominar el reino. Witerico me halagó, consiguiendo que ese día firmase la condena a muerte del duque Claudio, quien al día siguiente fue ejecutado.

» Pocos días después, nombré a Witerico general de las tropas godas en la campaña contra los francos. El ejército salió de la ciudad con las fanfarrias sonando y los pendones al viento. Me rindieron pleitesía. Al frente de todos, orgulloso y altivo, cabalgaba Witerico. El mismo que, nada más llegar a Cesaraugusta, unificó a todo el ejército godo, las tropas procedentes del norte, de la Septimania, con las que él traía de Toledo. Después consumó la traición.

» El renegado hizo que el ejército regresase a Toledo. Cruzó el Tajo sin avisar,

y en pocas horas tomó la ciudad, que se rindió sin derramamiento de sangre. Solo Sinticio, con unos pocos hombres, me defendió. Se apostaron en la puerta de mi cámara y lucharon. Recuerdo el combate en la antecámara de las estancias reales. Ni Sinticio, ni yo, ni los que me acompañaban habíamos sido nunca duchos en el arte de la espada. Nos redujeron enseguida, y nos encerraron en las mazmorras del palacio. Las mismas mazmorras en donde poco tiempo atrás había estado Claudio.

» Como sabrás, culparon a nuestra madre acusándola de traición y de adulterio; según Witerico, sus hijos no eran los de Recaredo, sino los de un hombre servil. Aquello era absurdo y las gentes lo sabían, pero muchos dieron crédito a las patrañas. Vertieron carretadas de cieno sobre ella, y la condenaron a muerte.

» Me incriminaron delante del pueblo por incesto y sodomía. Sinticio fue condenado a muerte por sodomía, el mismo crimen que se me atribuyó a mí. Sinticio, el fiel, el mejor amigo que nunca he tenido, el hombre a quien muchos despreciaban y, a pesar de todo, de limpio corazón, fue ajusticiado. Nunca lo he llorado lo bastante. Después me tocó el turno. Yo era la esperanza, el heredero de Recaredo, aquel a quien el reino debía la paz y la unidad. Me cortaron la mano; pero no contentos con eso sacaron las pruebas que me acusaban de haber traicionado a mi padre y me quemaron los ojos con un hierro candente tal y como los ves ahora. Desde entonces, todo se volvió turbio ante mis ojos. Witerico se rio de mí, me dijo que se me aplicaba el mismo suplicio con el que mi padre había castigado a su compañero de la revuelta de Mérida, el rebelde Segga» .

« Permanecí en un calabozo casi un año, sobreviví a la mutilación y mis llagas se curaron; pero transcurrió el tiempo y llegué a pensar que moriría en la prisión. Un hombre me rescató, un hombre que quería el poder, y se había pasado al bando de Witerico, pero a quien, en el fondo de su alma, en lo más profundo de su conciencia, quedaban restos de lealtad; ese hombre fue Adalberto. Adalberto me salvó, él y Búlgar se jugaron la vida y me rescataron. No sé qué fue de ellos después. Logré escapar hacia el norte; Efrén, el criado que había sido fiel a mi madre durante todos sus años de destierro de la corte de Toledo, me condujo junto a los monjes de Ongar. Después debí abandonarles y ocultarme en este lugar, el lugar donde yo había pasado mi niñez. Convertimos la casa en una pequeña ermita, e hice una vida de anacoreta. Durante todos estos años he vivido aquí, lejos de la corte, de las luchas entre los godos. Meditando sobre mi pasado. Arrepentido de todo lo que hice en mis años de poder. Entonces, cuando todo lo había perdido, la luz de Dios llegó a mi alma y se abrieron los ojos de mi espíritu» .

La historia de Swinthila

Durante todo aquel largo relato, Swinthila no ha cesado de moverse en su asiento de piedra; unas veces, nervioso; otras, agitado por la ira; a menudo, cansado de oír un desahogo en tono lastimero que le resulta fastidioso. En todo momento, impaciente por conocer las claves ocultas en su pasado.

La luz del día ha crecido en aquellas horas sacando esplendor a la mañana. Al tiempo que escucha a su hermano, en la mente de Swinthila se despiertan fogonazos del pasado, de su ya lejana infancia. La infancia que aquel hombre débil, sentado junto a él, le desposeyó por su envidia, por su negligencia, por su torpeza e inseguridad.

De niño, Swinthila había vivido en un mundo seco y hostil, tan opuesto a las tierras que divisaban ahora, húmedas y verdes. Se crió entre labradores, en la casa de los siervos del noble Sisebuta, el lugar donde Claudio, el fiel servidor de Recaredo, los condujo a Gelia y a él. Claudio y Gundemaro los rescataron de las manos de Adalberto, pero no tuvieron mucho tiempo para ocultar a los hijos del rey godo; los hombres de Witerico y de Liuva podían aparecer de nuevo. Entonces los partidarios de Recaredo escogieron la casa de un noble en la región de la Oretania, que parecía ser fiel a la casa de los baltos. El azar o el destino los condujo a la morada del noble magnate Sisebuta.

Allí, los jóvenes príncipes godos perdieron todo contacto con la corte y se convirtieron en rústicos patanes. Siempre que llegaban los soldados del rey, los enviaban al campo; advirtiéndoles que se ocultasen. Gelia lo consideraba un juego, Swinthila, no, y le humillaba.

La ropa de estameña, de tela basta, tan diferente a la que habían usado en la corte de Recaredo, se amalgamaba con el color pardo de los campos y el verdigris de los olivos haciendo que ambos muchachos desapareciesen ocultos por la tierra. Desde lejos, al ver los uniformes de los espatarios de palacio, Swinthila no podía evitar recordar la vida en la corte, las risas con su madre, Baddo, la fuerza de su padre. No entendía cómo las circunstancias podían haberle arrastrado hacia allí y, en el interior de su alma de niño, el rencor y el resentimiento crecieron como plantas dañinas. Gelia no sufría como Swinthila. No, él casi no recordaba los tiempos de sus padres, era aún muy pequeño cuando

Claudio les salvó de las manos de Witerico conduciéndoles a aquel lugar, a las tierras del noble Sisebuto; quien parecía haber olvidado que albergaba a los auténticos descendientes de los baltos, a los herederos del trono goda, a los hijos del gran rey Recaredo.

En aquellos primeros años de ostracismo, Gelia, por ser niño aún, jugaba con los hijos de los siervos del magnate mientras era criado por las mujeres; pero Swinthila era mayor y si quería comer debía trabajar en el campo. Nunca olvidará ya los días de septiembre en los que la espalda le dolía al haber estado durante horas recogiendo la uva; o el frío de enero, cuando vareaban los olivos y en los nudillos de las manos se formaban sabañones. Se hizo un muchacho hosco y callado, mientras sus músculos se fortalecían con el trabajo del campo. A veces, cuando nadie le veía, blandía una horca como si fuese una lanza o fabricaba un arco con una rama tierna de olivo. Y es que Swinthila era un guerrero, un goda, al que habían convertido en campesino. ¡Cómo odiaba a los siervos! Se sabía superior a ellos, un noble, y se sentía constantemente humillado por aquella gente baja e innoble.

Swinthila no podía soportar que Gelia riese con los labriegos, que actuase con naturalidad ante ellos, que intentase ganárselos a cualquier precio. Por todos los medios, Swinthila no cesaba en hacerle recordar su origen, pero Gelia no quería escuchar, bromeaba y sabía escabullirse de los trabajos más penosos del campo. Al principio, porque era niño, se libró de las tareas más duras, más adelante supo hacerse con el capataz y se le excusaba de lo que supusiese demasiado esfuerzo. Gelia siempre fue un hombre capaz de transigir con todo. Swinthila, no. Él no toleraba que un siervo le mandase, o que se le reprendiese delante de otros. Continuamente se rebelaba y por ello era castigado una y otra vez. Las espaldas de Swinthila muestran aún las cicatrices del látigo.

Cuando los hombros se le cuadraron, la voz tomó el tono grave del adulto y la barba comenzó a crecerle, ya nadie podía reconocer en aquel rústico en el que se había convertido, en aquel patán, al hijo de Recaredo. Entonces, el noble Sisebuto, señor de aquellas tierras, le hizo llamar a la villa. Lo apartaron de Gelia, que crecía adaptado a su condición. Lo alojaron en la villa del magnate goda junto a las cuadras y se convirtió en uno más de los criados. Después de haber sido domado por el trabajo del campo, querían que se rebajase aún más. El odio fue creciendo en su interior espoleado por palos y castigos, refrenado únicamente por el afán de supervivencia y de venganza. Le obligaron a limpiar las letrinas, a cepillar caballos, a barrer los patios, a cargar con leña. Sin embargo, él siempre recordaba su pasado y soñaba en el día de su desquite.

Los otros criados le consideraban un lunático, pensaban que estaba loco por sus bruscos ataques de cólera. Logró dominarse y servir a los nobles pero, aunque su actitud era aparentemente servil, muchos de sus ademanes eran altaneros, y un odio infinito se le escapaba por los ojos. Algunos sospecharon la

verdad y entre los siervos se propagaron rumores de que él no era quien parecía ser.

El noble Sisebuto era padre de varios hijos de corta edad y de dos adolescentes, Teodosinda y Ermenberga. Había servido a Recaredo aparentemente con fidelidad y había sido recompensado con largueza; por ello, al mayor de sus hijos le dio el nombre del gran rey de los godos, Recaredo. Swinthila aborrecía muy especialmente al hijo de Sisebuto, que se llamaba como la única persona a quien él había querido hasta la adoración. No lo soportaba. A veces, cuando veía al joven Recaredo entrenarse, blandiendo torpemente una espada que, en las manos de Swinthila, hubiese sido poderosa, le daban ganas de golpearlo con el instrumento de trabajo que tuviese a mano y retirarle el arma. En aquel tiempo de servidumbre en la casa del magnate, Swinthila llegó a echar de menos el trabajo de peón de campo, en el que al menos se podía liberar de la rabia interior a través de un trabajo corporal extenuante.

Sin embargo, dentro de la mansión de Sisebuto, había algo que a Swinthila le gustaba más que nada: la posibilidad de conocer noticias provenientes de la corte. En la villa del magnate, no tan lejana a Toledo, se sucedían con frecuencia convites y reuniones en los que se discutían las novedades de palacio. Aunque Sisebuto no buscaba más que su propio interés, él era mucho más afín al partido baltingo, que apoyaba a la depuesta familia real, que al partido aristocrático, que sostenía al rey Witerico. Y es que Sisebuto era ambicioso. Utilizaba a Gelia y a Swinthila como una pieza más del complejo juego político en el que estaba embebido. No habría guardado ninguna consideración a los hijos de Recaredo, si no fuese porque pensaba que en un futuro podría utilizarlos. En el reino abundaban aún partidarios de la casa de Leovigildo y, ante ellos, a él le interesaba hacerse pasar como el valedor de los derechos de la casa real. Por otro lado, no se atrevía tampoco a mostrar abiertamente a los hijos de Recaredo; en aquellos tiempos, en los que Witerico tiranizaba al reino.

Swinthila recordaba con tedio las veladas del magnate, a las que acudían nobles de la corte y se tramaban conspiraciones. Sisebuto tenía la costumbre de leer poesías que él mismo había creado; se mostraba ante sus invitados como un culto pedante; ellos, su clientela, fingían sentirse deleitados con los versos, aunque después se riesen de él. Swinthila, desde su puesto como criado, veía a los invitados bostezar quedamente. Uno de los temas con los que Sisebuto deleitaba a la audiencia era la astronomía. Compuso Witerico, el ahora rey, un poema de cincuenta y cinco versos en hexámetros latinos, llamándolo « Astronomicum ». En él se describían los eclipses.

Fue entonces, en uno de aquellos convites que se prolongaban hasta bien entrada la noche, en una de aquellas veladas, cuando achispados por el vino y contentos con la buena comida, se habló del secreto de la copa sagrada. Algunos de los presentes habían pertenecido al Aula Regia y hablaron de la leyenda de un

cáliz misterioso que era el que había proporcionado el poder a Leovigildo.

Se oyó la voz de Sisebuto gritando:

—¡Quiero esa copa...!

—Muchos la han buscado, pero Recaredo no reveló el secreto a nadie. Ni siquiera a su hijo Liuva... La única persona que puede saber dónde está la copa está muerta: la reina Baddo...

—De todas formas, esa copa es peligrosa; según cómo se utilice puede llenar de poder o destruir al que beba de ella. No conocemos bien su secreto y por ello es peligroso utilizarla.

Aquello que se decía interesó a Swinthila hasta tal punto que se quedó parado con una bandeja; sin casi poder hablar, el nombre de su madre abría de nuevo la herida de odio sembrada en su corazón. Uno de los invitados se quedó observando con atención extrema a aquel sirviente joven cuyo rostro le resultó familiar, el nombre del invitado era Chindasvinto.

Después, Sisebuto, con el tono pedante de alguien que se cree culto, habló de nuevo del eclipse, y relacionó el eclipse y la copa.

—Algo tan sagrado como la copa de poder multiplicaría sus efectos si se utilizase en el tiempo de la confluencia de los astros...

Se hizo el silencio durante unos minutos y se escanció de nuevo el vino; los invitados empezaron a vocear, soltando palabras blasfemas o soeces. Swinthila escuchaba atentamente todo lo que se estaba diciendo. Al mismo tiempo, aquel hombre, Chindasvinto, no dejaba de observarle, mientras relataba con voz muy alta y de modo insultante lo ocurrido el día de la muerte de la reina Baddo. Él había comandado la ejecución. Al final exclamó con la voz templada por el vino:

—... la puta gritaba como un cerdo...

Sin poder contenerse, Swinthila se abalanzó sobre él, con sus fuertes manos de campesino le apretó el gaznate y el rostro del oficial godo se tornó amoratado. Al instante, los fieles a Sisebuto saltaron sobre el joven hijo de Recaredo, le golpearon y patearon hasta que perdió el conocimiento. Al volver en sí, totalmente dolorido, se encontró en un calabozo de los sótanos de la mansión. Recordó lo ocurrido y no le importaron los golpes; volvía a ver ante sí la cara de aquel cerdo que había afrentado a su madre, llena de angustia y terror, y deseó haberle matado. Ansias infinitas de vengarse, de machacar a todos aquellos que habían traicionado a su padre y habían asesinado a su madre, le llenaron el corazón.

Sisebuto le encerró varias semanas, sin proporcionarle alimento, de tal modo que Swinthila llegó a pensar que iban a dejarle morir de hambre. Así hubiera sido en aquellos días, si alguien no le hubiese socorrido de modo encubierto. Unas manos blancas y suaves introducían comida por una escotilla de la puerta. Un día Swinthila intentó atraparlas, pero ella no se dejó.

Cuando ya había perdido cualquier esperanza de regresar a una vida normal,

Sisebuto bajó a la prisión y le habló con total claridad:

—Eres un siervo, ¿lo entiendes...? Podrías estar muerto y yo también si el rey Witerico llegase a saber que escondo a los hijos de Recaredo... Chindasvinto, que es del partido de los enemigos de tu padre, dijo todo aquello para probarte. Ahora tus enemigos y los de tu familia sabrán que estás aquí, pero ya no importa...

Swinthila lo observó desafiante, sin mostrar miedo, dándose cuenta de que Sisebuto quería imponerse porque estaba asustado, se tocaba nerviosamente las barbas y se frotaba una mano contra la otra.

—Yo... no quiero hacerte daño...

Después continuó hablando, como disculpándose. Un hombre pusilánime y a la vez calculador. Swinthila le miró rabioso sin decir nada. Lo que afirmaba era absurdo: ¡qué quería proteger a los hijos de Recaredo y siempre se había mostrado benigno hacia ellos...! Swinthila pensó que era un hipócrita y que, de haber estado en otra situación, le hubiese matado: ¿cómo era posible que dijese aquello el hombre que le había torturado con el dolor, la humillación y el hambre...?

De cualquier modo, Swinthila no entendía el cambio de actitud de su amo, no comprendía por qué, de pronto, Sisebuto se había dirigido a la prisión preocupándose por él y cuál era el motivo por el que estaba tan nervioso.

Después de la visita de Sisebuto a la prisión, los sirvientes lo curaron y le dieron de comer, le sacaron del calabozo conduciéndole a un aposento que no estaba ni en la zona de la familia ni en la de los criados. Allí, Swinthila pudo encontrarse con su hermano Gelia. Él fue quien le dio las nuevas:

—Han asesinado a Witerico... Se ha elegido un nuevo rey... dicen que es leal a nuestro padre Recaredo...

En aquel momento, Swinthila entendió mejor el nerviosismo de Sisebuto y su cambio de actitud. Les proporcionaron ropas nuevas y permitieron que se entrenaran como soldados con los hombres de la casa de Sisebuto. Ahora eran guerreros, bucelarios^[7] del magnate. Swinthila se había convertido en un hombre muy alto y forzado debido al trabajo de los últimos años. Desde niño había tenido el don de manejar la espada y no había podido desarrollarlo. En cuanto tuvo un arma en sus manos, una gran excitación le dominó. Al principio se encontró torpe e inseguro, pero poco a poco fue enseñoreándose del arma. Un día, Recaredo, el hijo de Sisebuto, quiso medirse con él. La victoria de Swinthila fue total, acorraló a su enemigo en el suelo y disfrutó viendo cómo le pedía clemencia. Le hubiera matado si unas manos blancas no se hubieran interpuesto, las manos de alguien que le había llevado comida a la prisión. Las manos de Teodosinda, la hija de Sisebuto y hermana de su rival.

Ella había sido la que le había salvado en la prisión de morir de hambre. Una mujer sencilla, en quien Swinthila nunca se había fijado, tímida y suave, que le

observaba con ojos bovinos. Una mujer dulce y débil, a quien ni siquiera había mirado alguna vez. Teodosinda era mayor que Swinthila y nunca fue hermosa. De mediana estatura, tez clara y lechosa, nariz algo ganchuda y ojos grandes de mirar claro. Ligeramente gruesa y de carnes prietas, no sobresalía por nada. Su hermana Ermenberga era una hermosa muchacha, soberbia y mal encarada, a la que muchos pretendían. Teodosinda era la antítesis de su hermana. Swinthila nunca hubiera podido sospechar que ella hubiese puesto los ojos en él. Le parecía absurdo y pensó que la muchacha no era alguien inteligente. A partir de aquel momento, Swinthila se dio cuenta de que ella le seguía constantemente los pasos. El hijo de Recaredo la despreció, hasta el momento en que le fue útil.

El nuevo rey Gundemaro, sucesor de Witerico, mandó llamar a la corte a los hijos de Recaredo. Les vino a buscar aquel noble gardingo. Adalberto, el mismo que años atrás les había raptado de la corte de Toledo, siguiendo las órdenes de Liuva. Adalberto había sido capaz de mantenerse en pie a pesar de todos los cambios políticos; sirviendo a unos y a otros según le había convenido. Poco tenía que ver aquel hombre con el que Liuva había descrito, el hombre apuesto y buen guerrero. Ahora era un sujeto grueso, de abdomen prominente, con una calvicie importante y que se adornaba de anillos en las manos. Su forma de andar era bamboleante, sin la agilidad y la elegancia que le habían caracterizado en su juventud. Pese a ello, Adalberto continuaba mostrando un don especial para relacionarse con la gente, hiciera lo que hiciese suscitaba simpatías. Swinthila le miró siempre con recelo; recordaba cómo les había conducido al destierro y cómo habían sido liberados por Claudio y Gundemaro, quienes les habían entregado a Sisebuto.

Adalberto se había amoldado aquellos años a la corte de Witerico, quizá para sobrevivir, en un período en el que entre los godos reinó el terror. Sin embargo, en el fondo de su alma quizá continuaba siendo fiel a la familia de los baltos, o quizá buscaba el bando que más le beneficiase, por ello colaboró con Gundemaro en la conjura que derrocó a Witerico.

En la corte de Toledo, el rey Gundemaro, sucesor del tirano Witerico, les otorgó a Swinthila y a Gelia muchas mercedes y les devolvió las posesiones de su familia. Gelia fue admitido en las escuelas palatinas. Su rostro se tornó ilusionado y lleno de admiración ante los muros enormes del gran palacio, sus ojos recorrieron las almenas, observaron atentamente los uniformes de la guardia, las capas de color pardo y las armas eficaces en manos de los oficiales. Las puertas de madera oscura remachadas en hierro se abrieron ante él y desde fuera divisó en la palestra central a los jóvenes nobles godos entrenándose. Gelia entró con paso seguro en las escuelas palatinas.

Swinthila debía incorporarse directamente a la Guardia Real, por ello retrocedió por un corredor oscuro hasta una sala grande de piedra, donde le esperaba Adalberto, jefe de la Guardia.

—No has sido adiestrado en las lides de la guerra, pero eres demasiado mayor para acceder a las escuelas palatinas. El rey Gundemaro te ha otorgado la merced de nombrarte espartario real. Servirás a mis órdenes.

Si hubo una época de tranquilidad en la vida de Swinthila, fueron los años que sirvió al rey Gundemaro. El rey muchas veces le hizo llamar. Solía hablarle de su padre, Recaredo, y también de aquel hombre, el hermano de su padre, su tío Hermenegildo. A pesar de considerarlo como un traidor, Gundemaro lo recordaba con admiración, una admiración no exenta de añoranza; pero nadie en el reino, ni siquiera los clérigos católicos que le habían acompañado en la revuelta, hablaban de Hermenegildo.

La tranquilidad no duró mucho tiempo, Gundemaro murió al cabo de cuatro años de un reinado pacífico. El rey no tuvo hijos de su esposa Hildoara. Swinthila siempre se había considerado a sí mismo como su sucesor, por linaje y valía; pero un hombre se interpuso en su camino hacia el trono: Sisebuto, el mismo que esclavizó su infancia. Por ello Swinthila le odiaba todavía más; aborrecía a un hombre que había llegado al trono a través de la intriga y el soborno, no por sus dotes personales.

Muchos auténticos godos no estuvieron de acuerdo con la elección de Sisebuto. Para los que pertenecían al partido de los baltos, Sisebuto no tenía sangre real. Pero tampoco para los que pertenecían al partido nobiliario Sisebuto era el candidato idóneo. El rey debía ser un buen soldado, un hombre que dominase el arte de la espada, elegido entre los mejores guerreros del reino. Sisebuto no lo era; era un intrigante, un pedante al que le gustaba la poesía, arte que se consideraba poco viril.

La torpeza de Sisebuto y su falta de ardor guerrero le hicieron ganarse muchos enemigos. Mientras tanto, Swinthila comenzó a ascender en las filas del ejército godo, la suerte le acompañaba porque era un militar nato. Había algo en él, que procedía de Leovigildo y Recaredo, que le conducía a la gloria, a guiar a los hombres que le seguían de modo natural, a dominar el arte de las armas y el combate cuerpo a cuerpo. Por sus méritos y valor, Swinthila llegó a ser uno de los mejores generales del rey Sisebuto. Condujo a las tropas del rey a la victoria contra los bizantinos, conquistando Malacca y asediando Cartago Nova. Hubieran expulsado del reino a los bizantinos si el timorato afán de dinero del rey no lo hubiera detenido. Sisebuto prefirió seguir cobrando un tributo a los bizantinos, en lugar de cumplir lo que muchos consideraban como su deber, arrojar a los imperiales, enemigos de los godos, al mar. Muchos nobles, y en particular los del partido baltingo, se mostraron en desacuerdo con su política. Protestaron, tanto abiertamente, como en las camarillas de la corte.

Los rivales a Swinthila, los nobles Sisenando y Chindasvinto, antiguos colegas de Liuva, no querían que el hijo de Recaredo consiguiese la gloria de la destrucción y desalojo de los orientales de la península. Aprovechando el hecho

de que Swinthila había protestado ante el fin de la campaña contra los bizantinos, lograron que se le alejara del lugar preeminente que ocupaba en el ejército. Una conspiración le relevó del mando de las tropas godas. Convencieron al rey de la necesidad de una campaña en el norte. Se decidió atacar de nuevo a los roccones poniendo al mando del ejército a Sisenando. Los enemigos del partido nobiliario no estuvieron de acuerdo con ese nombramiento; una designación que confiaba el poder militar al clan de sus adversarios. El noble Adalberto, jefe de la Guardia Palatina —que en tiempos había sido de la facción favorable a Witerico, y ahora se había comprometido con el partido de los baltos—, inició una conspiración contra aquel estado de cosas. Movi6 a la Guardia Palatina a favor de Swinthila y de modo subrepticio fue dando consignas al ejército para evitar una victoria de Sisenando en las montañas astures.

Adalberto era ambicioso y sabía que su futuro no estaba, en aquella ocasión, ligado a Sisenando sino al linaje de Recaredo. Años atrás había liberado a Liuva. Le había ayudado a llegar junto con Efrén hasta el cenobio en Ongar. En el viaje hasta las lejanas montañas de Vindi6n, Efrén le revel6 la existencia de la copa de poder y de la carta, una carta de la reina Baddo, en la que se ocultaban las claves del pasado, una carta dirigida a Swinthila y que Efrén entreg6 al invidente Liuva. En aquel tiempo, en el que se huía de la tiranía de Witerico, Adalberto no le había dado demasiada importancia a lo que Efrén le contaba. Años más tarde, en tiempos de Sisebuto, el rey erudito, salieron a la luz muchas antiguas leyendas, se volvió a hablar de la copa de poder. Adalberto at6 cabos y lleg6 a la conclusión de que en la carta de Baddo podría estar la clave del misterio del poder de los baltos. Así que, en el momento en que Swinthila parecía condenado al ostracismo, Adalberto le revel6 que Liuva seguía vivo; también le habl6 sobre una legendaria copa de poder, y de la existencia de una carta de la reina Baddo. Le cont6 que el secreto de sus orígenes estaba en el norte y le habl6 de Pedro, el medio hermano de Recaredo, duque de Cantabria, quien luchaba también contra los roccones. Con alguno de los hombres de la casa baltinga Swinthila form6 un pequeño ejército y se incorpor6 a la campaña del norte buscando a Liuva. Fue entonces cuando los montañeses apresaron a Swinthila y le condujeron a Nicer, quien le gui6 hasta Liuva.

Desde aquel mundo de recuerdos, Swinthila regresa a su ser y mira con desprecio a su hermano Liuva, un deprecio que aquel no percibe por la ceguera, pero que intuye de una manera física casi instintiva.

Liuva se dirige a Swinthila. Tras haber confesado el pasado ha sufrido una purificación interior. Desea ser exculpado de una vida de fracasos y equivocaciones:

—Te pido perd6n por todo el mal que te hice. En aquella 6poca, tras mi

coronación estaba ciego. Siempre me había sentido celoso de ti. Sin embargo, si hubieras permanecido en la corte estarías muerto, la ira del usurpador alcanzó después a todos los que habían pertenecido a la familia de Recaredo. Hubieras muerto.

—Mejor haber muerto con honor que haber sido criado con deshonor como yo y Gelia lo fuimos —respondió duramente Swinthila.

—¡Estoy arrepentido del pasado! Me duele aún la muerte de Sinticio, y sobre todo la de Claudio, que yo mismo ordené. Lamento no haberos protegido. He intentado purgar mi pasado aquí aislado de todo. Ahora solo quiero ayudarte...

—Hazo... —dijo Swinthila—... puedes hacerlo. Enséñame esa carta de la que me has hablado, la carta en la que está el pasado.

Liuva suspiró:

—Efrén, tiempo atrás, me entregó una carta para que la guardase, era de la reina Baddo: nunca la he podido leer; sé que eso es lo que buscas. Cuando ella, nuestra madre, la escribió pensaba que yo habría muerto; creo que está dirigida a ti, Swinthila; quiera Dios que hagas buen uso de ella.

Liuva calla, agotado y lentamente se levanta hacia el altar; moviendo una piedra, se abre un hueco en el interior y de allí extrae un pergamino, guardado en un envoltorio de piel.

—Yo nunca he podido leerla —repite Liuva.

Lo acaricia y lo huele, mil veces lo ha hecho en aquellos años de soledad y aislamiento de un mundo en el que él había brillado y que ya no existía para él.

—Dámelo... —ordena Swinthila amenazador.

—No sé si eres digno...

—Lo soy —grita el godó—, mucho más de lo que tú nunca lo has sido...

—Posiblemente... —responde el ermitaño mientras baja la cabeza con humildad—; solo te pido una cosa...

—¿Cuál...?

—Que leas la carta ante mí, quiero volver al pasado, quiero saber qué estaba en la cabeza de nuestra madre poco antes de ser ejecutada. Quiero la verdad.

Liuva extiende la mano para darle el pergamino, y Swinthila se lo arrebata bruscamente. Es la carta de la reina Baddo la que Swinthila ha buscado con denuevo. El godó rompe los sellos y la abre. Entonces la lee lentamente en voz alta. Ante ellos, la figura de la reina, la esposa de Recaredo, se alza desde el pasado.

II

EL TORO Y EL LEÓN

En la era DCVIII, en el año segundo de Justino el Menor, Leovigildo, una vez que alcanzó el reino de Hispania y de la Galia, decidió ampliar este reino con la guerra... pues, antes, la nación de los godos se reducía a unos límites estrechos. Pero el error de la impiedad ensombreció en él la gloria de tan grandes virtudes.

ISIDORO DE SEVILLA,

De origine Gothorum, Historia Wandalorum, Historia Sueborum

La carta

Yo, Baddo, reina de los godos, a ti, hijo mío, Swinthila, te revelo el secreto tanto tiempo guardado.

Yo, Baddo, reina de los godos, de las tierras que se extienden de la Septimania a la Bética, de la Gallaecia a la Cartaginense, de la Lusitania al Levante imperial, culpo a los nobles, los obispos, los clérigos y magnates de este reino de sedición y perfidia.

Yo, Baddo, reina de los godos, pondré al descubierto las intrigas, las maquinaciones, los crímenes y las mentiras del renegado, el que juró vengarse. El secreto ligado a un hombre, un hombre marcado que buscó la desgracia de la noble sangre baltinga que late en tus venas. Los hechos unidos a una conjura que deshizo nuestra familia, en la que muchos traidores intervinieron y una sombra tejió los hilos, una sombra que yo no fui capaz de reconocer. Busca al hombre de las manos manchadas de sangre, el que aparenta compasión y nobleza pero es pérfido e infame. Búscales, Swinthila, hijo mío, cumple la última voluntad de la que te llevó en sus entrañas.

El hombre que retuerce las palabras para que digan la mentira. Búscales. Te conmino desde la tumba a que lo hagas.

Te revelaré el secreto de la copa sagrada, encuéntrala y utilízala para el bien.

Tú vengarás el honor de nuestra familia y protegerás a tu hermano Gelia. Es por ello por lo que te revelo el pasado, ante ti se abrirá el mundo de mi niñez y mi juventud, el mundo de mi madurez y el mundo de mi sufrimiento.

Las palabras de la carta se van desgranando una tras otra, delante de Liuva y de Swinthila, de tal modo que el manuscrito se hace vivido a sus ojos, mostrando una historia de guerra y pasiones. La historia de un tiempo ya pasado, de unos hechos que les han marcado a ambos.

La historia de la reina Baddo

La reina Baddo procedía de las tierras del norte, de las tierras sagradas de Ongar, del valle junto al Sella, rodeado de montañas. En aquel lugar, desde los altos picachos, en los días claros, se divisaba a lo lejos el mar cántabro, a veces punteado por la espuma de la marejada, otras veces gris y muchas, blanquecino, un mar sin horizonte en el que el cielo y el océano no marcaban sus límites. El mar que exploraron los astures hasta las islas del norte, ignotas y heladas.

El padre de Baddo era Aster, príncipe de la caída ciudad de Albión. Cuando Baddo era niña, su padre un día partió hacia el sur a buscar a su amada, una Jana de los bosques, y a encontrar una copa sagrada. Aster no volvió nunca más y, en la memoria de Baddo, él se iba esfumando como una leyenda, como una sombra, como unas manos que la habían acariciado. La madre de Baddo se llamaba Urna y era una mujer trastornada, que no hablaba casi nunca pero, cuando lo hacía, se expresaba de un modo cuerdo. Baddo tenía un medio hermano, Nicer, el hijo del hada, el amado de los dioses y de los hombres. De niña, a Baddo la había cuidado un ama, Ulge, que conoció la ciudad bajo las aguas y le habló de ella, la ciudad del palacio y el templo; la más bella ciudad de las tierras cántabras. La ciudad a la que su padre, Aster, no mencionaba jamás, a la que y a solo las baladas evocaban.

En lo alto, antes de salir del valle sagrado, hay aún una cueva, la cueva de Ongar, y una cascada. De niña, a Baddo le gustaba ver desde allí todo el valle: los bosques de robles y acebos, las praderas verdeando al sol y, en el centro del valle, la fortaleza, resto de un antiguo castro. En los días de niebla, la fortaleza de Ongar semejava un lugar mágico, rodeada de las brumas del río, y parecía no estar sujeta al suelo. Más allá, en la ladera, se diseminaban otras casas rodeadas por cercas que parecían murallas.

Tras la cascada y la cueva, el cenobio de Ongar, el lugar donde moraban los monjes. De todos ellos, Mailoc, el abad, era su amigo y protector. Aster quiso que Baddo, su hija, aprendiese las letras con él. Nadie entendió su decisión; ¿para qué educar a una mujer? Pero él no respondió, y quizá pensó en el hada, la Jana que encontró junto a un arroyo, una mujer bruja que sabía leer; por eso quiso que su hija Baddo conociese los signos de los pergaminos.

Mailoc... Cuando Baddo recordaba su nombre veía una sonrisa suave y una luz en la mirada, una expresión bondadosa a la vez que firme y un rostro anciano, más allá del tiempo. El cenobio era lo último habitado en las tierras de Ongar; más allá estaba lo prohibido, lo que los niños de Ongar no podían traspasar y, por eso mismo, les atraía tanto. Solo salían del valle los guerreros armados; para los demás se había vedado cualquier tipo de escapatoria. Fue Nícer quien proscribió las salidas. El valle estaba en paz, pero fuera de él, en el mundo había guerra. Nícer quería alejar aquel lugar hermoso y sagrado de las pugnas fratricidas de los pueblos de la montaña, de los saqueos de los suevos, de la lucha frente al godo. En tiempos de Aster, el padre de Nícer, los mercaderes, escoltados por la guardia, aún alcanzaban el poblado, pero ahora desviaban su paso a través de las montañas, obviando la entrada a Ongar. Llegó un tiempo en que, para los hombres ajenos a él, el valle de Ongar se convirtió en un lugar mítico que hundía sus raíces en la leyenda.

En el tiempo en que Baddo comienza su historia, ella era muy joven, y estaba sometida a la autoridad de su hermano Nícer, pero no lo respetaba y se rebelaba contra él. Nícer quería que se hubiese comportado como una mujer y renegaba de ella cuando se batía con los muchachos de Ongar. Fue Fusco, un viejo amigo de su padre, quien le enseñó a manejar el arco y la espada, aunque nadie en su sano juicio le hubiera enseñado jamás a una mujer el arte de las armas. Sin embargo, Fusco, al mirar a Baddo, decía que veía en sus ojos negros a Aster, su señor, a quien él había amado y servido en sus años mozos.

La morada de Fusco estaba alejada de la fortaleza, era una casona grande de piedra que Aster le había regalado, tiempo atrás, cuando Fusco se desposó con Brigetia. Habían tenido muchos hijos, y cuando Aster abrazó la fe cristiana, Fusco y Brigetia, siguiendo a su señor, los bautizaron a todos y se cambiaron de nombre, Brigetia se convirtió en Brígida y Fusco en Nicéforo, pero nadie se acostumbró a ese nombre tan largo y Fusco siguió siendo Fusco en todo el valle de Ongar.

La casa de Fusco fue el segundo hogar de Baddo, un techado de paja con paredes de piedra irregular, rodeada de corrales para el ganado y llena del desorden y de la algarabía de los hijos. Muy a su pesar, porque él se consideraba un guerrero, para dar de comer a su numerosa prole labraba los campos de alrededor. Sin embargo, con el tiempo, consiguió algún siervo y empleó a sus muchos hijos en las tierras. Entonces pudo dedicarse a la caza y a guerrear. Él fue uno de los que quiso ir a buscar a la Jana cuando Aster, el príncipe de la caída ciudad de Albión, partió hacia las tierras del sur; pero Aster, que quizás adivinaba su propio destino, se lo prohibió para que no descuidase a sus hijos. Cuando su príncipe no volvió del reino godo, dicen que Fusco envejeció, su pelo se tornó gris y, a menudo, se dirigía hacia lo alto de Ongar, al lugar tras la cascada, esperando que su señor volviese; allí dejaba transcurrir el tiempo. De los hombres que

partieron con Aster solo regresaron dos: Mehiar y Tilego; pero el más querido para el corazón de Fusco, Lesso, el amigo de la infancia, no regresó.

Fusco no obedecía a Nicer; tampoco le desafiaba abiertamente, pero cuestionaba continuamente muchas de sus órdenes. Sin querer, comparaba el genio militar de Aster con los talentos más modestos de su hijo. Él había idolatrado a Aster, por eso nunca nadie estaría a su altura. Fue por ello por lo que, contraviniendo las órdenes de Nicer, le gustaba entrenar a Baddo para ser una mujer guerrera y le hablaba de otra mujer, Boadicea, reina de una tribu de las islas, que luchaba como un hombre y que siglos atrás derrotó a los romanos. También le hablaba de Brígida, la abadesa, la mujer santa que gobernó a mujeres y hombres en la gran isla de Hibernia.

La senda que conducía a la casa de Fusco estaba rodeada de tejos y robles. En el tiempo en el que comienza esta historia, Baddo caminaba muy deprimida recogiendo las faldas de lana para no tropezar con ellas, mirando a un lado y a otro por si alguien la seguía. Al llegar a la casa, Brígida estaba limpiando a uno de sus hijos pequeños. Cuando vio a Baddo, la saludó con aspavientos de alegría y después la abrazó, hundiéndola en aquel pecho voluminoso de campesina.

—¿Dónde están tus chicos? —dijo Baddo al fin, cuando se libró del estrujón.

—¿Dónde van a estar? —respondió—. En el prado del castaño matándose a golpes...

Baddo se despidió de ella agitando la mano, rodeó la casa y enfiló un sendero empinado, hacia el lugar donde sabía que iba a encontrar a los mayores con Fusco. Los hijos habían heredado del padre el pelo fosco y greñudo que caracterizaba a la familia; todos eran alegres y abiertos.

Desde el borde del camino, cruzó un prado tapizado por hierba en la que lucían, blancas, unas pequeñas margaritas de primavera. En el centro, aislado del resto del bosque, un gran castaño extendía sus ramas robustas; arriba relucían tiernas las primeras hojas de primavera. Fusco, a un lado del prado, les enseñaba a los niños el arte de la lucha. Estaban cortando unos palos largos, posiblemente ramas de roble, y cada uno construía una lanza a su medida, con la punta muy afilada. De la cintura de Fusco colgaba una vaina y en ella una espada de gran tamaño; esa espada le había sido regalada por el príncipe de Albión cuando conquistaron la ciudad que ahora yace bajo las aguas.

—¡Vamos, pequeños guerreros de Ongar, a matar al enemigo! ¿Quién será capaz de atravesar la rama del castaño?

—¿Cuál? —dijo uno de los niños, que no levantaría más de una cuarta del suelo.

—La de la copa, la situada a la derecha...

La rama parecía muy elevada y difícil de alcanzar. Los niños arrojaban los palitroques con forma de lanza de uno en uno; la mayoría de las veces no llegaban al blanco y entonces los palos caían al suelo. Fusco insultaba a sus hijos

cuando erraban el tiro, o los ensalzaba y abrazaba cuando se acercaban al mismo; todos reían mucho.

Tras un rato en el que mantuvieron el juego, Fusco se percató de que Baddo estaba allí. Atravesó el prado mientras sus hijos seguían ejercitándose y se acercó a ella.

—¡Salud a la hija de Aster...!

—¿Cómo estás, Fusco?

—Ya ves, enseñando a estos hijos míos cómo se maneja una lanza. ¡Ven para aquí, niña!

La cara de Fusco era la de un niño grande, todavía pecoso y con hoyuelos en los carrillos, cubierta parcialmente por una barba poco espesa y mal cortada. Sonrió y sus hoyuelos se hicieron más profundos, después desafió a sus hijos.

—¡Ya veréis cómo la hija de Aster es mejor que todos vosotros juntos!

Ella enrojeció.

—Toma, Baddo, esta lanza y alcanza el objetivo: la rama de la derecha del castaño.

—¿Cómo...?

Fusco se situó detrás de Baddo, le colocó correctamente los pies para que disparase bien, al tiempo que le ponía una lanza entre los brazos.

—Ves, debes hacerlo así, balanceando el cuerpo con los pies separados. Ahora tienes que coger impulso y correr, cuando tus ojos noten que el blanco está a la altura de la punta de la lanza, impúlsala hacia delante. Suéltala ni muy cerca ni muy lejos de aquella marca en el prado.

Baddo comenzó a correr, y sus cinco sentidos se dirigieron al castaño. De modo inusual en ellos, los hijos de Fusco se callaron. Cuando la chica comprobó que la punta de la lanza enfilaba el blanco, la impulsó con fuerza hacia delante. La lanza hizo una curva en el aire y golpeó la base de la rama de la copa del castaño, sin llegar a clavarse en ella; al fin cayó hacia el suelo rebotando.

Se oyeron gritos, entre otros los de Fusco.

—Lo has hecho muy bien, tu puntería es excelente, pero te falta la fuerza para atravesar la rama.

La cara de Fusco expresaba asombro, Baddo se puso muy contenta.

—Tu arma es el arco... —le dijo Fusco—, con un arco serías capaz de atravesar la rama.

Entonces se volvió a uno de sus hijos, un mozalbete dos o tres años mayor que Baddo.

—¡Efrén! Acércate al arcón de madera que hay junto al hogar... Trae el arco y las flechas que hay dentro.

El chico miró sonriente a Baddo, quería saber hasta dónde era capaz de llegar; se habían conocido desde niños y siempre habían sido amigos. Salí corriendo y desapareció al bajar la cuesta.

Mientras regresaba Efrén, Fusco no paró de hablar, estaba encantado con la habilidad de Baddo. Para hacer tiempo, se sentó en el suelo y el resto de sus hijos junto a él, siete chicos fuertes de todos los tamaños. Se subieron a las espaldas del padre, riendo, y él los levantó por encima de la cabeza para tumbarlos después en el suelo.

—Ya está bien, todos quietos... A ver, ahora que está Baddo aquí, le vamos a contar todo lo que sabéis.

Baddo le observó divertida, adivinando adonde se iba a dirigir su arenga.

—Decidme, niños, ¿quiénes fueron los príncipes de Albión?

A coro, los niños respondieron:

—Los príncipes de Albión, hasta su caída, fueron: Aster, que vino del norte, Verol, su hijo, Vecir, hijo de Verol, Nicer, hijo de Vecir, y Aster.

—¿De dónde vino el linaje de los príncipes de Albión?

Los niños callaron, pero uno de ellos, de unos ocho años de edad, con pecas en la cara y una sonrisa tímida, le dijo:

—Los príncipes de Albión vinieron de las islas del norte, de las tierras de los britos...

—¿Quién fue el más grande de los príncipes de los albiones?

Nadie respondió, aquella pregunta había sido hecha para ser respondida por el propio Fusco, entonces el antiguo guerrero se expresó de modo épico y grandilocuente:

—El más grande de los príncipes de los albiones fue Aster, que unió a los pueblos cántabros, astures y galaicos, que venció en la batalla de Amaya, que fortificó las montañas y las hizo inexpugnables; en su reinado se perdió la ciudad de Albión.

Se detuvo unos instantes y, cambiando de tono, dijo:

—Ahora os toca a vosotros contestar. ¿Dónde está Albión?

Los niños siguieron callados. En voz baja y un tanto velada por la tristeza, Fusco dijo:

—Albión está al Occidente, bajo las aguas del mar y del río Eo...

Entonces Baddo preguntó algo que ya conocía:

—¿Por qué se hundió Albión?

—Por la perfidia de los nobles y por la traición de un hechicero llamado Enol o Alvio.

Fusco miró fijamente a Baddo por encima de las cabezas de todos sus hijos.

—Aquí en Ongar no hay nobles, en este valle todos somos hombres libres excepto algún siervo que hemos atrapado en la guerra... Nunca más consentiré que haya nobles que opriman a hombres libres, ¿lo entiendes, Baddo?

—Sí —dijo.

—Pues tu hermano Nicer no lo tiene tan claro y es ahora el príncipe de los albiones, de los hombres de Ongar, y de muchas tribus de las montañas que le

rinden vasallaje. Está creando privilegios de unos sobre otros, por eso yo y no estoy de acuerdo con él... Esto, por supuesto, no hace falta que se lo digas a tu hermano, quien, de cualquier modo, sabe cómo pienso.

Baddo conocía de sobra que Fusco se volvía melancólico cuando hablaba de aquellos temas, y últimamente descargaba su furia en Nícer. Los niños estaban serios, al ver que su padre se entristecía. Él quiso cambiar el cariz que iba tomando la conversación y gritó alto:

—¿Dónde estará Efrén...? ¿Habrán ido a fabricar el arco?

Al poco tiempo, el chico asomó por la cuesta, lo vieron llegar corriendo con algunas flechas y un viejo arco en la mano.

—Este es el arco que yo utilicé para cazar el lobo cuya piel está en el suelo de la casa. Era un arma potente pero está ya muy viejo, necesita ser engrasado.

Los niños se abalanzaron a coger el arco.

—Yo quiero, yo quiero...

—No, es para que pruebe Baddo.

Fusco cogió el arco y, apoyando un extremo en el suelo, lo dobló; después, del interior de su ropa, extrajo una tripa de oveja curtida para este menester, formando una cuerda un tanto elástica. Ató la tripa a un extremo del arco y tiró con fuerza. La cuerda quedó tensa. Después, con los dos pulgares la hizo vibrar. Entonces le pidió a Efrén una flecha, la apoyó sobre el arco y con energía la disparó. La flecha atravesó la rama del castaño por su parte más fina.

—Ahora tú, Baddo —le dijo.

Cogió el arco y guiada por Fusco estiró la cuerda; entonces él la soltó para que lo hiciese ella sola. Él le indicó:

—Apunta al centro del tronco, es muy fácil, quiero ver si llegas hasta allí.

Dirigió el arco hacia donde se le sugería, la flecha se clavó cerca del centro.

—¡Hummm...! —dijo Fusco—. Debes practicar...

De sus ojos castaños y expresivos salía de nuevo la luz del recuerdo.

—Tu padre me regaló esta espada...

Fusco desenvainó el arma y la elevó con fuerza hacia el sol, la hoja refulgió a la luz de la tarde en el aire. Bajó la espada y Baddo la tocó suavemente; después ella levantó los ojos y su mirada se cruzó con la del antiguo servidor de su padre. En la expresión del buen hombre había algo especial:

—Tienes los mismos ojos que tu padre; me asusta tu forma de mirar. Esos ojos oscuros, con cejas arqueadas.

No quiso seguir hablando de Aster y continuó con otro tema.

—En cambio ese pelo castaño y rizado es el de Urna. ¿Cómo está tu madre?

—Ya sabes, vaga como un alma en pena; la mayoría de las veces no entiendo lo que me dice. Mira a Nícer con adoración pero a mí casi no me reconoce... Me confunde con alguna amiga de su infancia; me llama Lera o a veces Vereca...

Fusco meneó la cabeza, comprensivo, y dijo:

—Ten paciencia, alguna vez volverá a su ser. No has tenido suerte, tu padre desaparecido y tu madre que no está en sus cabales...

Baddo detestaba que la compadeciesen porque entonces se enternecía, y la ternura en aquella época le daba vergüenza.

—No te apenes por mí; tengo a Ulge, que me regaña constantemente pero que es buena, te tengo a ti, me cuida Mailoc; también la gente del valle se compadece de mí y a su modo me protege...

—¿Y Nícer?

—Ya sabes que no nos entendemos. Es un pesado, todo el día sermoneándome, que no haga, que no diga, que no me mueva...

Fusco rio de nuevo. Algunos de sus dientes se habían caído ya y su boca era oscura. El sol comenzaba a bajar en el horizonte. Todos se dirigieron hacia la casa de donde salía un olor a garbanzo cocido con alguna col.

Baddo se despidió besando a los pequeños; iba a emprender la bajada hacia la fortaleza, cuando Fusco la tomó del hombro y, de modo que nadie más lo oyera, le dijo:

—Este arco es viejo; pero, si lo engrasas y practicas con él, serás una buena tiradora.

Baddo ya se iba a negar a tomar el regalo, cuando él insistió:

—Le regalo un arma a la hija de quien me enseñó a mí a luchar y me regaló una espada.

Ella le dio las gracias, entendiendo lo que él quería decir. Se hacía tarde, por lo que bajó corriendo la cuesta; por el camino escondió el arco entre las ropas, bajo su capa.

Aquel verano, sola o con Fusco, Baddo comenzó a entrenarse en el manejo del arma. Con los hijos de Fusco aprendió la lucha cuerpo a cuerpo, impensable para una mujer de la aldea, a batirse con espadas de madera y a pelear según se lucha en las tierras del norte.

El oso

Al final de los meses cálidos, cuando los días comenzaban a acortarse, una mañana sonaron a rebato las tubas de los vigías de uno de los pasos en las montañas. Mucha gente salió al camino. Unos hombres traían un herido en parihuelas. Al llegar a la explanada frente al castro, los monjes del cenobio de Ongar bajaron a atenderle; poco pudieron hacer y el hombre falleció ante sus ojos.

Baddo se situó detrás del corro que rodeaba al muerto y tocó a uno de los del poblado por la espalda.

—¿Qué ha ocurrido?

—El oso de los montes de Ongar le atacó y ha muerto.

El hombre era un labriego con bastante familia. Los compañeros del difunto le condujeron hasta el cenobio y lo dejaron en el centro de la iglesia para que se hiciera un funeral por él.

En la explanada se reunieron los hombres, estaban furiosos. Se oyeron primero murmullos y después algunos gritos:

—El oso ya ha asesinado a varios hombres y ha matado a muchos animales.
¡Hay que acabar con él!

Nicer salió de la fortaleza y les dijo:

—¿Quién quiere perseguir al oso?

Muchas manos se elevaron.

—Está bien, tú, Fusco, tú, Mehiar, tú y tú.

Nicer escogió una partida de veinte hombres. Baddo les vio marchar armados con espadas, hachas y lanzas, entonaban un canto guerrero y estaban ufanos, mirando a las mujeres con un aire protector. Baddo sintió envidia al verlos salir tan alegres, en camaradería viril y fraterna. Se palmoteaban entre sí las espaldas mientras hablaban de cacerías anteriores. Entonces una idea indebida atravesó la mente de Baddo. Sin que Ulge la viese, Baddo se acercó al lugar donde había escondido el arco, lo friccionó con grasa de caballo y se colgó a la espalda algunas flechas. Se le ocurrió que si lograba matar al oso, quizá su hermano tomaría en serio sus afanes guerreros.

Los hombres habían avanzado mucho cuando Baddo los alcanzó en su

marcha a través de los riscos. El día era cálido pero, a lo lejos, provenientes del Cantábrico, algunas nubes oscuras preludivan la proximidad del mal tiempo. Baddo procuró no acercarse mucho a los hombres ni alejarse demasiado de ellos. Llevaban perros que olisqueaban el rastro del oso. A veces se sentía atemorizada pensando en la fiera, pero aún más pensando en ser descubierta por su hermano, que la castigaría. Para alejar el miedo, Baddo agitaba su pelo castaño al viento.

Nícer iba delante con la lanza en la mano y la espada al cinto. Los hombres lo seguían de cerca. Caminaban a pie porque aquellos peñascos no eran los adecuados para una cabalgadura.

—El cubil del oso está muy cerca de donde atacó al hombre que ha muerto —gritaron los hombres de Ongar.

Los cazadores señalaron unas trazas en los árboles, las marcas que encuadran el territorio en el que mora un oso. Más allá encontraron un venado, muerto, tapado con ramas. Los hombres comentaron que había sido el propio oso quien lo había cubierto para después poder alimentarse. Los guerreros de Ongar sentían un temor reverencial a la fiera; sus antepasados lo habían adorado como un espíritu del bosque y ellos aún lo respetaban y lo temían.

Los del poblado se encaminaron hacia el arroyo en el centro del bosque. Baddo los adelantó por un vericuetto, corrió entre olmos y algún roble, a la par que las zarzas del bosque le desgarraban un poco la larga falda de lana. Al fin, entre los olmos refulgió el agua del manantial; sorprendida, Baddo vio un curioso espectáculo: un oso de pelaje marrón oscuro de gran tamaño se bañaba en el río jugando con los peces. La hermana de Nícer estaba situada en contra del viento, por lo que el oso no podía percibirla; pero cuando los hombres se aproximaron por el otro lado del regato, el gran macho se puso alerta. Al incorporarse, Baddo se percató de que su envergadura superaba a la de los hombres del poblado. Entonces, los guerreros le rodearon dirigiendo las lanzas hacia él.

Baddo comprendió que aquel era su momento; sacó una flecha de la cintura, la estiró en el arco, y la flecha impulsada hacia delante describió una línea en el cielo, escuchándose un silbido al cruzar el aire. En ese segundo el oso se detuvo. La flecha atravesó limpiamente el pecho de la bestia y dio en el blanco. La fiera, herida de muerte, se abalanzó contra los que le rodeaban y comenzó a dar zarpazos en el aire. Los hombres no entendían lo que había ocurrido, pero arrojaron sus lanzas y atravesaron al oso. Baddo saltaba de contento al ver cómo el animal caía muerto. Entonces notó detrás de sí una persona. Se giró y, al ver quién era, dejó escapar un pequeño grito de susto. Se trataba de Nícer, su rostro denotaba un gran enfado.

—¡De todas las responsabilidades que me ha dejado mi padre, la más gravosa eres tú! —gritó.

—He matado al oso.

—No, le has herido...

—De muerte.

—Nunca cazamos al oso con flechas, porque a menudo las flechas hieren al oso sin matarlo y un oso herido es mucho más peligroso. Has de ser tú, la hermana del príncipe de Ongar, la que contravenga todas las normas. Y ese arco, ¿quién te lo ha conseguido?

Fusco se adelantó.

—Yo, mi señor.

—Devolverás a mi hermana al poblado. No comentarás nada a nadie de lo sucedido. El arco será requisado y mi hermana no saldrá de la fortaleza en los días que dure la próxima luna.

Nicer, enfadado, se dio la vuelta.

Fusco devolvió a Baddo a la gran fortaleza de Ongar. Por el camino, que ambos hicieron de modo independiente al resto del grupo, no hablaron; pero Baddo percibió que su viejo amigo Fusco se hallaba contento; su cara mostraba la expresión de pillería que le caracterizaba. Al llegar al poblado olvidó requisarle el arco.

El castigo

El castigo de Baddo duró todos los días del ciclo lunar y se le hizo cuesta arriba, no podía salir de la fortaleza. Se moría de aburrimiento con su madre, que no hablaba, o desvariaba por las estancias de la fortaleza, y con Ulge, que la obligaba a tejer y a devanar lana. Por las noches, Baddo miraba las fases de la luna y le parecía que esta no cambiaba.

Nicer permitió que algunas jóvenes del poblado, con fama de virtuosas y aburridas, se acercasen a ver a Baddo: Munia, de cabellos castaños; la dulce Liena, y Tajere, de lengua vivaz. Les gustaba estar cerca de Baddo pues, por su linaje, ella sería la transmisora de los derechos paternos; sus madres consideraban que les daría buena reputación estar con la hija de Aster. En el poblado nada se supo de la hazaña de Baddo con el oso. Se corrió el rumor de que el mártir san Eustaquio había intervenido desde el cielo con sus flechas. Ella reía al oír aquella historia. Odió a Nicer por no dejarle lucirse con su proeza y dejó de dirigirle la palabra. Él, al entrar en las estancias de la fortaleza, le hablaba, pero Baddo torcía la cabeza y no contestaba a sus preguntas.

A mitad del ciclo lunar, Baddo y sus compañeras tejían junto al hogar en una tarde lluviosa; fuera se escuchaba el rumor de los árboles golpeados por la brisa y el viento. Ellas hablaban de los jóvenes de la aldea, de los partos y de las muertes; Baddo escuchaba malhumorada.

Liena habló de los tiempos de Aster, cuando se permitía que los mercaderes llegasen hasta Ongar.

—Tu padre, Baddo, era fuerte y bondadoso, consideraba que el paso de mercaderes a través de las montañas no suponía un peligro para Ongar. Tu hermano es... —Liena dudó— más... digámoslo así, prudente.

Baddo se animó al escuchar una crítica al todopoderoso Nicer.

—Sí. No arriesga nada.

Munia se sonrojó, Baddo sabía bien que ella amaba a Nicer.

—Desde que él rige Ongar no ha habido guerra y estamos en paz—le excusó Munia.

—¿Tú crees que realmente estamos en paz? Estamos aconejados metidos en una madriguera que en cualquier momento puede ser descubierta... Los mismos

que comerciaban hace unos años pueden revelar los pasos de las montañas a los godos o a los suevos, y nuestros vecinos, los luggones, siguen tan belicosos como hace unos años...

Unas palabras secas, detrás de la que así hablaba, vinieron a cortar la conversación.

—¡Cuánto sabes, Baddo, de los asuntos de gobierno!

Baddo escuchó la voz de Ulge con temor. Ella quería que Baddo fuese la dama de Ongar, una mujer sumisa, a la vez que fuerte. Por desgracia Baddo no era nada de lo que Ulge quería para Ongar. Ulge había amado a la primera esposa de Aster y consideraba que la unión de Aster con la madre de Baddo había sido algo indecoroso: el jefe de las tribus de las montañas unido a un ser que no podía casi hablar... En las tierras cántabras, la herencia pasaba por línea femenina, Aster había llegado a la jefatura de Ongar por su madre, y ahora Baddo, la hija de la loca, sería la nueva señora de Ongar: Ulge no la apreciaba. Adoraba a Nicer, se admiraba de su fortaleza, de su rostro similar al del hada, la de rubios cabellos, a quien Ulge había amado. Así que el ama insistió agriamente:

—Es tu hermano el que lleva el gobierno de Ongar, y no eres quién para contrariar sus decisiones.

—No contrarió nada, pero este aislamiento no me parece oportuno...

—¿Sí? Indícame entonces qué es lo que consideras oportuno... ¿Que los hombres del poblado sean exterminados por los luggones? ¿Que nos invadan los godos? ¡No sabes de lo que estás hablando! Si hubieses vivido la guerra... el hundimiento de Ongar... si hubieses visto a los hombres de Amaya llegar aquí huyendo tras el asedio y la casi destrucción de su castro...

Ulge siguió hablando de los tiempos pasados, y ahora, pensó Baddo, continuaría hablando de la peste, de la primera mujer de Aster, de los godos a los que odiaba... Baddo había oído mil veces esa misma cantinela y fingió escucharla con una media sonrisa. Mientras tanto se preguntaba por qué le gustaba tan poco a Ulge. Quizá sería por su origen deshonesto, o porque ella era morena con ojos oscuros como los de su padre y con cabellos rizos como su madre. Ulge no aceptaba que Baddo fuese una descendiente de las antiguas razas de las montañas, que producen hijos de aspecto oscuro. Para ella ser de piel clara era un don que señalaba la predestinación y un origen noble.

Munia, bondadosa y sensata, intentó cambiar el tema de la conversación, interrumpiendo al ama:

—Señora Ulge, ese broche con el que sujetáis vuestro manto es muy hermoso; ¿de dónde procede?

Baddo sonrió para sus adentros, conociendo la habilidad de Munia para cambiar el tema de conversación. Ulge, a pesar de sus años, seguía siendo vanidosa.

—Fue realizado en Astúrica Augusta, una ciudad muy hermosa que

construyeron los romanos pero que ahora está dominada por la mala gente goda. Es de oro y de pasta vítrea. La trajo un buhonero cuando aún Albión estaba oprimida por Lubbo.

—¿Astúrica...? —preguntó Baddo—. ¿Está muy lejos de aquí?

En aquellos momentos le interesaba cualquier cosa que pudiera existir en el mundo exterior.

—En Astúrica hay un mercado grande donde los ganaderos de la zona se reúnen a cambiar reses, y donde los comerciantes de lana venden buen paño. Me han contado que existen antiguas iglesias y algún palacio edificado por los romanos. Las murallas son fuertes y se cierran al anochecer.

Las jóvenes callaron pensando en la gran ciudad al sur, sus ruelas hacían un ruido armónico. Baddo se dio cuenta de que Tajere pensaba en la ciudad. Al cabo de un tiempo pronunció unas palabras que no parecían concordar con lo que hasta el momento se estaba diciendo.

—No queda mucho para la fiesta de las hogueras —dijo Tajere.

La fiesta de las hogueras era una antigua fiesta celta, Beltene, en el solsticio de verano. Ahora se llamaba la noche de San Juan y se invocaba a este santo, pero todavía en el poblado la celebraban según el rito antiguo; la diferencia era que Mailoc y sus monjes bendecían al poblado cuando se iniciaban las fiestas.

—Ya no es como antes... —dijo Ulge—, los ritos cristianos han empobrecido la fiesta.

Repentinamente calló, en el interior de Ulge se producía una pugna entre su lealtad a las tradiciones antiguas y la obediencia que debía a Aster y ahora a Nicer. Ella no era cristiana de corazón como el resto de la aldea; en realidad, allí seguían existiendo muchas gentes así, divididas entre su devoción al pasado y su fidelidad a los príncipes de Albión que ahora eran cristianos. A Ulge no le gustaban los monjes.

—En los tiempos antiguos, para la fiesta de Beltene nos acicalábamos con unos afeites que nos hacían parecer más hermosas... Creo que aún se venden en el sur, llevábamos ajorcas y colgantes en las cinturas... Recuerdo aún cómo bailábamos en mi juventud...

—Ahora también hay bailes... y más de una boda ha salido de la fiesta de San Juan.

Liena y Tajere comenzaron a hablar sobre cómo se vestirían para la fiesta; al poco tiempo estaban cuchicheando entre sí. Repasaban uno a uno los mozos de la aldea. Munia, más seria, callaba.

Aquella noche Baddo soñó con Astúrica; se ilusionó imaginando a gentes distintas a las de aquel mundo cerrado de Ongar; le pareció escuchar dialectos de otras tierras; en sus sueños contempló unas murallas fuertes con soldados que las protegían. Algo en Baddo era inquieto, algo de sí misma quería llegar más allá; no podía limitarse a ser la buena esposa del primer guerrero con quien su

hermano Nicer decidiese casarla. Sabía que Ulge y su hermano estaban ya pensando en un matrimonio conveniente, había oído que ni siquiera sería alguien conocido en la aldea, sería desposada con algún jefe de los luggones o de los orgenomescos para estrechar lazos de amistad entre las tribus, y ella se rebelaba ante tal idea.

Tenía una dote y sabía bien dónde estaba guardada, mantas y ropa de casa que Ulge había tejido en el invierno. ¡Cuánto habría deseado ser hombre! Poder labrar su propio destino y no vivir a cuenta del que otros le procurasen.

Sí, aquella noche Baddo se durmió soñando en una ciudad de piedra en la meseta y, en sus sueños, escuchó los sonos de una gaita celta.

El plan

Dos días más tarde, cesó el castigo, y por fin Baddo pudo salir de su encierro. Hacía fresco y una llovizna caía sobre los campos; a retazos brillaba el sol. Al salir del antiguo castro de Ongar donde ahora se situaba la fortaleza, Baddo pudo divisar el hermoso panorama y a hombres libres encaminándose a sus faenas: labriegos que se dirigían cantando a los campos; a lo lejos, un pastor que conducía a sus vacas hacia lugares de pasto, y más allá un lugareño cubierto por una capa encerada se alejaba. Posiblemente iría a las colmenas, a conseguir miel, el don máspreciado en la aldea.

Las familias vivían apartadas de la pequeña fortaleza, rodeadas de campos que les pertenecían; periódicamente, los hombres debían prestar servicio de armas para su señor, Nícer, principal en Ongar. En aquel tiempo, las que labraban los campos eran las mujeres, mientras los varones guerreaban al servicio de su príncipe.

A los pies de la fortaleza se extendía una gran planicie; allí, a los que les correspondía el servicio de armas practicaban maniobras relacionadas con el arte de la guerra y entrenaban a los más jóvenes. Baddo se encaminó hacia aquel lugar; vio a Cipriano, a Cosme y a Efrén; los dos últimos, los hijos mayores de Fusco que se dirigieron hacia ella con una sonrisa abierta. Sin embargo, el gesto de respuesta de Baddo se le quedó helado en los labios cuando alguien apareció detrás de ellos, su hermano Nícer.

—¿Se puede saber adónde te diriges?

—Quiero ver combatir a los hombres...

—Te he dicho repetidamente que te mantengas fuera de aquí, este no es lugar para una mujer.

Baddo miró a su hermano y no pudo responderle nada. Él le imponía. Nícer era un hombre de fuertes espaldas y cabello rubio ceniza, con unas facciones agradables que infundían respeto; un rostro amable de nariz aguileña, con pómulos altos, mandíbula fuerte y unas narinas de león que se abrían cuando estaba enfadado. Su fortaleza era legendaria, era capaz de levantar más peso que ningún otro en el valle.

Baddo entendió que iba a continuar riñéndola, por lo que se alegró al ver, a lo

lejos, a Munia y a Liena.

—¿Podré ir entonces con Munia y con Liena? —La voz de Baddo se tornó aparentemente dulce y complaciente.

—Mira, Baddo, quiero que te comportes como lo que eres, la futura dama de Ongar. No puedes participar en los combates de los hombres, es indigno de una hija de Aster.

—Lo indigno de una hija de Aster sería luchar mal y yo he batido ya a muchos...

—¡No quiero seguir hablando o te encierro hasta el próximo invierno...! ¡Vete con las mujeres!

—Lo haré, pero tú recuerda a Boadicea...

Nicer se rio, rio muy fuerte, y a Baddo no le hizo gracia su risa. Se burlaba de que Baddo, casi una niña, se comparase con la gran reina de los britos. Los hombres que le acompañaban corearon sus carcajadas. Baddo no tenía parecido alguno con la célebre reina guerrera que, según la leyenda, era alta, rubia y muy fuerte, mientras que Baddo era de estatura moderada, delgada y de ojos y cabello oscuro.

Baddo avanzó por en medio de los guerreros, con el rostro enrojecido por la vergüenza y el enfado, hacia donde se situaban Munia y Liena, quienes habían escuchado la reconvención de Nicer. Pronto se acercó Tajere. Los hombres seguían combatiendo. Cosme atacaba a otro hombre fornido; este era de la edad de Baddo y el guerrero al que se enfrentaba mucho mayor que él. Cosme fallaba por la izquierda, el contrincante le atacaba por aquel lado. Sin poderlo evitar Baddo le gritó:

—Cosme, cubre tu izquierda...

Rápidamente le hizo caso, con lo que el combate se hizo más igualado. Baddo y sus compañeras se dieron cuenta de la mirada enfadada de Nicer ante una intervención que se consideraba impropia de una mujer.

Tajere le dijo:

—Baddo, como sigas provocando a tu hermano, vas a estar encerrada hasta que las hojas del roble se vuelvan azules.

Baddo no le contestó, sentía predilección por aquel pequeño guerrero y se alegró mucho al verlo vencer.

Cuando terminó el combate, las tres jóvenes rodearon a Baddo y la censuraron:

—Baddo, ¿qué es lo que te pasa? Antes no le contestabas así a tu hermano; es absurdo que una mujer quiera pelear como un hombre.

Por un momento, Baddo se angustió, quizás ellas estaban en lo cierto, quizás había algo caprichoso en su comportamiento, quizá la inseguridad se producía al verse mayor. Hasta hacía poco tiempo, Baddo era un chicote más en el pueblo; pero desde su primera menstruación, Nicer le había parado los pies, ya que

pronto debería desposarse y se hacía necesario que se comportase como una mujer de su rango.

Por otro lado, había algo más que le dolía profundamente, las palabras suaves y comprensivas de sus amigas lo sacaron fuera.

—Es... —dijo al fin Baddo, llorando—... mi padre... Mi padre me quería y estaba pendiente de mí. Le dejaron partir hacia el sur con una pequeña tropa y luego no volvió más... Mehiar y Rondal dicen que le detuvieron los godos y no sabemos más de él. Mi hermano no se atreve a ir al sur y rescatarle...

—Tu padre murió...

—Sí, eso dicen —balbuceó Baddo entre lágrimas.

—No estás sola; tienes a tu madre y tu hermano Nicer te cuida... y se preocupa por ti.

—Me da igual...

Las dos jóvenes, en un primer momento, se quedaron desconcertadas al verla llorar, y se compadecieron ante las lágrimas de Baddo.

—Dinos si podemos ayudarte en algo —le ofreció Liena.

—Quizá sí. Es... es muy simple. Me he enterado a través de Cosme que detrás de la cascada existe un camino por donde a veces transitan los buhoneros que van hacia el otro lado de las montañas. Podríamos intentar ir hacia allí, y preguntar por noticias de mi padre. Los buhoneros saben de estas cosas, transmiten las noticias de un lado a otro...

Las otras la observaron con una cierta aprensión; lo que Baddo proponía era muy peligroso y estaba prohibido por las leyes de Nicer. Ella se dio cuenta de que no las convencía e intentó otro argumento:

—Sé que venden afeites que te vuelven más hermosa y collares y ajorcas, los mismos de los que habla Ulge. Podríamos ir muy de mañana, y explorar esa zona. Nadie se enterará...

Tajere y Liena se miraron entre sí, pronto sería la fiesta del solsticio y ellas, vanidosas y jóvenes, querían tener algo con lo que no contasen las otras doncellas del poblado.

—No, nadie se enterará... —repitió Baddo—, no diremos nada. Será un secreto...

Sin embargo, Munia, más sensata, les dijo:

—Un capricho que os puede costar caro...

—Si no queréis venir, iré sola. Quiero buscar a mi padre.

Se miraron, eran mayores que Baddo y se sentían responsables con respecto a ella. Por otro lado, la idea de conseguir afeites y joyas para la fiesta les atraía.

—De acuerdo, te acompañaremos fuera de Ongar; pero prométenos que no iremos muy lejos.

Ella afirmó con la cabeza, gozosa.

—Yo no iré, no pienso contravenir las órdenes de Nicer... —Se expresó

Munia con calma y dignidad.

Las tres se separaron de Munia, y continuaron planeando la escapada.

Por la noche, Baddo intentó complacer en todo a Ulge, que se mostró contenta, pero un tanto extrañada de tan buen comportamiento. Al acostarse, Baddo no podía contener el nerviosismo y tardó en quedarse dormida. Aquella noche ocurrió algo extraño. Su madre, la mujer que apenas la reconocía, que desvariaba continuamente, se acercó a su lecho y la besó en la frente. Baddo sintió las manos huesudas de su madre acariciándola y su pelo gris y ondulado derramándose sobre ella. Después de aquella extraña muestra de afecto, Uma se fue y Baddo se quedó dormida.

El primer rayo de luz se coló por las rendijas de la ventana de madera, que cerraba el habitáculo donde Baddo dormía; ella, presa de la excitación, se levantó. La mañana era fresca y se abrigó con una capa oscura que cubría la vestimenta clara y más fácilmente distinguible desde lejos. Baddo se ató el arco a la espalda y amarró flechas en la cintura, después cogió un palo de monte que Ulge utilizaba para cuando quería realizar caminatas largas. Abrió la puerta que la separaba del exterior con cuidado.

Los rayos del sol naciente iluminaban la parte alta de la fortaleza, abajo la niebla cubría el valle. Bajó saltando por la cuesta de la fortificación y después ascendió la empinada senda hacia la cascada. Al llegar al monasterio de los monjes se encontró con Tajere y Liena. Las dos reían presas de una gran excitación, les hizo guardar silencio. Miraron hacia atrás, la fortaleza de Ongar se elevaba en un pequeño montículo, rodeada de una neblina que la hacía parecer irreal, un lugar elevado por encima de la tierra, entre las nubes. Llegaron a la cascada y se pegaron a la pared para no mojarse. Arrimado a la roca discurría el camino en la piedra. Una cueva natural se abrió ante ellas, en el techo brillaban las estalactitas húmedas y de color azulado. El sol del amanecer se colaba desde la parte posterior de la cueva atravesando la cascada y produciendo reflejos iridiscentes, y un arco iris se abrió a su paso. Continuaron descendiendo. El río se enfurecía al llegar a la garganta, las voces de las ninfas de las aguas cantaban entre las piedras. Se deslizaron lentamente entre las rocas y al llegar al fondo del cauce divisaron robles jóvenes que se inclinaban sobre la ribera. Más allá una espuma blanca rebotó en las piedras. Estaba nublado pero la luz era clara y se introducía en el agua haciendo que resplandeciese. Las prófugas excitadas, llenas de vida, disfrutaban ante aquella salida tan poco habitual. Distinguieron que, al lado del arroyo, las piedras formaban algo similar a un camino, estaban ya más seguras y avanzaban sin detenerse. Ahora y les daba igual encontrar o no a los buhoneros; las jóvenes de Ongar respiraban un aire de libertad como nunca antes lo habían sentido.

Avanzaron en dirección contraria a la corriente. El río se despeñaba hacia abajo, hacia la cascada en Ongar, pero más arriba se había bifurcado

previamente en un arroyo que descendía hacia la vertiente opuesta. El día se anunciaba cálido, un viento fresco movía las ramas de los árboles sobre sus cabezas. Descendieron entre las piedras saltando ágiles, el arroyo se iba ensanchando conforme descendía y al otro lado del cauce divisaron algo parecido a una senda más ancha, que se alejaba entre los bosques.

Baddo les dijo:

—Tenemos que cruzar el cauce para alcanzar la otra orilla, allí está el camino del que me habló Cosme.

—Más adelante...

—No, ahora —murmuró—, más adelante el río se ensancha todavía más.

Descendieron hacia la orilla, agachándose entre las rocas. Estaban ya fuera de Ongar; con risas excitadas, contentas, saltaron entre los cantos del río, adelantándose un buen trecho.

Fue entonces cuando se escuchó un sonido similar al de un caballo. Las compañeras de Baddo se pusieron pálidas, alguien se acercaba por el camino. «¿Serían los buhoneros?», pensó Baddo, pero enseguida se dio cuenta de que ellos solían ir en carretas y mulas, no a caballo. Intentaron esconderse entre las rocas. Liena y Tajere se agacharon, pero Baddo se mantuvo un tiempo de pie antes de hacerlo. En aquel momento pudo verlos: guerreros a caballo con armaduras que eran distintas a las de los montañeses, y cascos de cuero y plata, puntiagudos, con un penacho de crines de rocín; dos aletas salían del casco y les tapaban parcialmente la región de la mandíbula. Todos se cubrían con armadura y una capa de diversos colores a su espalda. Alguno de ellos blandía una lanza, y a la espalda, el carcaj lleno de flechas. Otros llevaban la lanza sujeta a la silla de montar. Excepto uno, que era más joven, e iba al frente de los demás, todos mostraban barbas que les cubrían la cara; aquel guerrero no llevaba casco. Baddo se dio cuenta de que eran godos; el miedo le paralizó el corazón. Había oído hablar de su crueldad, y se sospechaba que su padre había muerto a sus manos.

Los godos siguieron avanzando en contra de la corriente, se oían sus voces pero, de lejos, no podía entenderse bien lo que decían. Entre el ramaje, Baddo pudo divisar mejor sus caras.

Las muchachas cántabras no eran capaces de respirar. Desde su escondrijo veían las herraduras de los caballos, levantando espuma en la corriente.

De nuevo, Baddo se atrevió a asomar la cabeza entre las ramas y pudo ver más de cerca al que comandaba el grupo de enemigos, un guerrero robusto de mirada afable. Era muy joven, posiblemente de la misma edad que Baddo o ligeramente mayor; no tenía perfil de ave de presa, sino más bien de animal doméstico. Era chato, de nariz ligeramente respingona, boca algo sumida y barbilla remangada. Los ojos grandes y claros. La frente, más corta, abombada, no se adornaba con un casco, sino con una banda guerrera que no le sujetaba los

cabellos, demasiado cortos, más bien los acompañaba con resignación. Llevaba el casco pendiente en la espalda.

Las compañeras de Baddo no se atrevían ni a mirar. Ella, en cambio, fascinada por los godos, guardaba cada vez menos precauciones. El corazón de la hermana de Nicer comenzó a latir deprisa y una idea absurda le vino a la mente: le hubiera gustado hablar con aquel joven. Liena le tiró de la ropa para que se agachase. Baddo lo hizo de mala gana.

Los godos, al llegar a la parte alta del sendero, viendo que la cascada cortaba su paso, recularon. Los cuartos traseros de los animales se alejaban de ellas. Baddo casi se entristeció viendo cómo aquel joven de pelo claro y casi barbilampiño se alejaba.

Sus compañeras comenzaron a escabullirse entre las peñas. Ante aquel movimiento se levantaron algunas avecillas; uno de los guerreros de la retaguardia notó cómo las aves se movían y gritó algo a los otros.

Entonces las descubrieron.

Baddo escuchó las risas soeces de los godos que se alegraban al ver mujeres; hombres largo tiempo fuera de sus hogares que echaban de menos a sus esposas y amantes.

Lanzaron los caballos a galope en el agua.

—¡Huid...! —gritó Baddo a Liena y a Tajere.

Rápidamente sacó el arco y apuntó hacia ellos; sus flechas atravesaron al caballo del que venía delante, derribándole a tierra. Liena se escapó hacia la cascada por donde habían venido. Tajere se quedó paralizada de miedo, y se escondió a un lado, tras una peña. Baddo permaneció de pie, protegiendo a las otras con flechas. Se sentía responsable de haberlas conducido al peligro. No tardó mucho en cargar una nueva flecha y la lanzó sin dar en ningún blanco. Mientras cargaba la siguiente, ellos cruzaron el río levantado espuma del agua, y al llegar al otro extremo del cauce, desmontaron.

El guerrero de la banda en la frente se dirigió directamente hacia Baddo. Se había bajado del caballo, trepando por las peñas, y pronto llegó junto a ella. Baddo dejó a un lado el arco y las flechas, tomó una larga vara de fresno, para defenderse. Él, asombrado por lo inconcebible de una mujer con flechas y armada, no se defendía bien. Baddo le atizó con su vara de fresno, entonces él se acercó aún más a ella.

Tras recibir un golpe, gritó a sus compañeros, riendo:

—Dejadme, y yo puedo con ella.

—Ya veremos —respondió Baddo.

El combate era desigual, él era mucho más fuerte y mejor adiestrado que ella; pronto la venció. Baddo cayó a tierra, él clavó la lanza junto a su cuello, atravesándole la capucha que le cubría el pelo. Baddo le miró fijamente y comprobó que sus rasgos no eran los de un hombre sanguinario, pero sintió un

miedo atroz; cerró los ojos pidiendo clemencia al Altísimo. Prometió que si se salvaba, no volvería a desobedecer más a Nícer. En aquel momento de lucidez reconoció lo absurdo de su testarudez y rebeldía; percibió cómo había puesto en peligro a toda la aldea. La entrada oculta a Ongar se hallaba muy cerca; si la encontraban los godos, la guerra habría llegado al lugar que Baddo más amaba.

Los guerreros la rodearon. Les oyó que se dirigían hacia el que la había doblegado:

—¡Recaredo...! Hay más mujeres por aquí, busquémoslas, no te quedes con esa para ti solo.

Él la miró fijamente, era arrogante y decidido, en su rostro algo le resultó familiar a Baddo. Su mirada dibujó el cuerpo de la mujer caída, centrándose sobre todo en los ojos. Su boca se iluminó con una sonrisa y soltó ligeramente la ropa de ella de la presión de la lanza, mientras decía:

—No la tocaréis: yo la he conseguido, es mía.

Los godos comenzaron a trepar entre las rocas buscando a Liena y a Tajere. Baddo se quedó sola con el joven que la cogió por las muñecas y la ató con una cuerda. Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de la doncella; al verla llorar, el llamado Recaredo se conmovió. Era muy joven y parecía inexperto aún con las mujeres.

—Déjame ir... —le suplicó Baddo.

—No, vosotras venís de algún sitio, por aquí hay un paso entre las rocas y vais a mostrármelo. Además, eres muy bonita, ¿lo sabías?

Baddo se ruborizó, nadie en el poblado le había hablado así; él la miró una vez más a los ojos; aquella mirada clara le recordó a Baddo la de su hermano Nícer.

En ese momento, se escucharon gritos que procedían de lo alto, el ruido de hombres batiéndose, junto a las voces de Liena y Tajere suplicando socorro. Con alivio, Baddo entendió que llegaban refuerzos; de las rocas comenzaron a bajar hombres de Ongar, eran unos diez al frente de los cuales se hallaba Nícer.

Los godos intentaron escapar, bajando hacia el río. Baddo se defendía de su captor, que no la soltaba y quería arrastrarla hacia su caballo en el cauce. Nícer vio a su hermana a lo lejos, y se dirigió hacia ella, enfrentándose al joven que la había apresado. El godo tuvo que dejarla ir.

Los dos, Nícer y el godo, lucharon frente a frente. El joven godo se puso el casco que pendía a su espalda, bajándose la celada. Nícer se movía ágilmente, mientras que su contrincante era fuerte y duro; cada mandoble de su espada levantaba chispas al rozar la de Nícer. La lucha se prolongó, pero ante la superioridad de Nícer, el godo retrocedió hasta su caballo, saltó sobre él, viendo a sus gentes vencidas les hizo un gesto, y gritó retirada.

Los cántabros no persiguieron a aquellos hombres a caballo, se quedaron con Baddo y sus compañeras, atendiéndolas. Baddo pensó que Nícer la castigaría delante de todos sus hombres; sin embargo, hizo algo sorprendente: la cogió por

los hombros, la levantó y, de repente, se abrazó a ella. Hacía años que Nicer no le había hecho un gesto cariñoso.

Baddo lloró en sus brazos.

—Te prometo que nunca, nunca más desobedeceré tus órdenes —dijo, realmente arrepentida.

—Eso espero... Has puesto a Ongar en peligro... Debes tu vida a Munia, quien me contó tus planes; temí por ti y decidimos ir a buscaros...

—Haré lo que tú quieras...

—Debes hacerme caso y dejar de querer ser un hombre. Eres la dama de Ongar...

—Os he puesto a todos en peligro... los godos sabrán que aquí hay una entrada.

—No te preocupes —sonrió suavemente Nicer, aparentando seguridad en sí mismo—, reforzaré esta entrada para que nadie más pueda entrar ni salir.

El acuerdo

A partir de aquel momento, algo cambió en la vida de Baddo. Algo en ella quiso ser femenino, y algo en ella maduró. Advirtió el peligro al que había expuesto al poblado. Dejó de ir con tanta frecuencia a la casa de Fusco; cuando iba, ayudaba a Brigetia en las múltiples tareas de su complicado hogar. Fusco se sorprendió por el cambio, pero estaba contento al verla al lado de su esposa.

Los días comenzaron a crecer, Baddo pasó largas tardes con Mailoc. Las letras picudas le desvelaban sus secretos, Mailoc poseía mapas, a través de los cuales Baddo se acercó al mundo conocido. En el sur de la gran península de Hispania se situaba el reino de los godos; ella miraba allí y el tiempo transcurría con su mirada perdida hacia aquel lugar.

Muchas veces pensaba en el joven godo que la había intentado atrapar, recordaba que había dicho que era bonita. Ahora, con frecuencia, Baddo se contemplaba reflejada en el cauce del río o en la laguna junto a los monjes. Así, descubrió a alguien que dejaba de ser niña, alguien con el pelo ondulado y oscuro que escapaba de cualquier tocado y unos ojos negros que brillaban en el agua. No era muy alta, pero era fuerte, con fina cintura, las piernas largas y esbeltas; el torso firme y bien definido.

Se volvió más meditabunda, con frecuencia se situaba en la capilla de los monjes mirando al altar, donde una vela chispeaba en las sombras. Muchas veces pensaba en cuál, sería su destino. Ulge estaba más contenta con ella. Más a menudo, se reunía con Munia, con Tajere y con Liena a tejer y a realizar las tareas propias de una mujer.

En la fiesta de las hogueras habían esperado que los hombres se dirigiesen hacia ellas y las invitasen a bailar aquellas danzas en las que las parejas se entrecruzaban entre sí al son de las gaitas. Baddo bailó con Cosme, su antiguo compañero de luchas, que era torpe en el baile; se rieron mucho juntos. Munia danzaba con Nicer y en la cara de ambos brillaba la felicidad.

Se decía que en el próximo verano Liena contraería matrimonio con un hijo de un tío de Baddo llamado Mehiar, de nombre Damián. Ella estaba contenta.

Alguna noche, ya acostada, Baddo oía a su hermano conversando con los hombres de más prestigio en Ongar. Hablaban de las tribus de la montaña.

—No podemos con tantos enemigos... —decía Nicer—. Tenemos que atraernos de nuevo a los luggones...

—Son peligrosos... Hay algo maligno en ellos, recuerdan la más mínima ofensa, y no agradecen nunca lo que se ha hecho por ellos. Gracias a tu padre, Nicer, los luggones siguen existiendo como tribu independiente, y no han sido masacrados por los godos. Luchamos para salvarlos y ahora, ¿cómo nos lo devuelven? Robándonos ganado, pidiéndonos peaje por pasar por sus tierras, lanzándonos a los godos...

—Quizás exageras, Mehiar.

Mehiar, un hombre mayor cubierto de cicatrices, se enfadó.

—No exagero lo más mínimo, son crueles y mentirosos, no han abandonado el culto a Lug... continúan ofreciéndole víctimas humanas.

—Pero los necesitamos...

Era cierto, los de Ongar precisaban la ayuda de aquellos salvajes que constituían la frontera en el sur contra el reino godo. Nicer habló de nuevo:

—La única manera de conseguir un cierto acuerdo con los luggones y frenarlos un poco sería a través del senado. Cuando se abran los pasos deberíamos convocarlo.

—No se convoca desde los tiempos de tu padre —dijo Fusco.

—Por eso creo yo que ha llegado el momento de volvernos a reunir para diseñar una estrategia común, al menos frente a los godos y a los suevos; para intentar llegar a un pacto y limar asperezas.

—¿De verdad crees que con esos salvajes se pueden limar «asperezas»...? —terció Fusco, muy enfadado—. ¿Con los que nos roban las vacas...? Creo, Nicer, que eres un ingenuo.

—Mi padre llegó a un acuerdo con ellos...

Fusco pensó para sus adentros: «Tu padre poseía un prestigio que tú no tienes», pero no dijo nada aunque la expresión de su cara lo revelaba todo.

—Lo cierto es que hay un gran campamento godo al sur, en la meseta, no muy lejos de Amaya. Justo en el lugar en el que comienzan a elevarse las montañas; hace poco encontramos una partida de godos cerca de la entrada de la cascada. Esos no iban de paseo sino que buscaban algo más.

—¿Y qué podemos ofertar a los luggones para unirnos a ellos?

—Quizá se podría concertar una política de matrimonios.

—¡Estás loco! No pretenderás casarte con una de las mujeres de los luggones.

Nicer calló muy serio y pensativo.

Fusco habló de nuevo.

—¿No pretenderás...?

—Sí.

—¿A tu hermana Baddo...? Es demasiado joven...

—No tanto, a su edad vuestras madres estaban ya casadas.

—Me parece un plan inicuo y descabellado...

—Yo también contraería matrimonio con una mujer de las tuyas, ese será mi destino.

Al decir esto, la piel de Nicer, fina y blanca, se tornó rojiza.

Pero las palabras de Nicer fueron expresadas con demasiada ligereza. Muchos factores influyen en la vida de los hombres, muchos elementos que inciden en su destino. Algunos de ellos están lejos, muy lejos de donde causarán su efecto final.

El campamento de los godos

Un enorme círculo de carros rodeaba las tiendas de los jefes godos; entre estos y las tiendas, bultos de avituallamiento, forraje para animales y pabellones más amplios para la soldadesca. El fortín se levantaba en la planicie, al lado de un riachuelo, donde el ejército se surtía de agua. Más a lo lejos, en los picos rocosos, se derretía ya la nieve. La cordillera añadía una muralla más al reducto.

Recaredo regresaba confuso al acuartelamiento godo; aquella era su primera salida, habían perdido un caballo y uno de sus hombres estaba malherido. Meditaba sobre lo acaecido mientras en su mente vibraba aún una mirada femenina rodeada de pestañas oscuras, una mirada brillante que atravesaba cualquier corazón colmándolo de luz; le parecía verla abrir y cerrar los ojos como una pequeña presa cogida en una trampa; sus labios, pequeños y rojos, los dientes blanquísimos, la nariz recta y fina, un tanto respingada. En fin, le parecía ver aún su pecho pequeño y firme moviéndose deprisa al ritmo de la respiración acelerada. Sin embargo, Recaredo había sido adiestrado para la guerra y no dejaba de hacerse algunas preguntas: por su aspecto y atuendo, la muchacha no parecía una simple labradora, disparaba bien el arco, uno de los caballos había muerto a causa de su certera puntería. Los que les habían atacado eran guerreros bien pertrechados, duchos en el arte de la guerra. Y aquel lugar entre rocas, agua y árboles, le parecía algo misterioso; habría que regresar a aquel bado e investigar, pudiera ser que no lejos de allí se encontrase la entrada del misterioso enclave de Ongar.

Oía tras de sí los cascos de los caballos sobre los que montaban los sayones^[8] y bucelarios de la casa baltinga. En el regreso no habían dejado de hablar preguntándose las mismas cuestiones que a él le intrigaban. Le habían embromado sobre la montañesa, contándole la leyenda de aquellas tierras sobre una hermosa mujer, Lamia, la devoradora de hombres. Él, que nunca se molestaba ante las bromas, se había sentido incómodo; por eso cabalgaba un tanto alejado del resto. « Si por lo menos Hermenegildo estuviese conmigo », pensó.

En aquella primera salida militar, Recaredo había confiado en ir con su hermano mayor, pero hacía más de dos meses que se habían separado y no

sabía nada de él. Con Hermenegildo se había quedado Lesso, el criado de su madre; aquel que conocía las tierras cántabras y podría ser su guía. ¡Cómo le habría gustado contarles su aventura junto al río! Lesso, que conocía aquellas gentes, le hubiera podido dar alguna pista sobre el significado de aquella mujer, porque él nunca había oído hablar de guerreras cántabras.

Pocos meses atrás, cuando aún no había finalizado el invierno, salieron de la corte toledana. El aire frío les cortaba los rostros, pero la ilusión de una nueva campaña les animaba, se escuchaban cantos guerreros entre las escuadras. El camino hasta el norte era largo y Leovigildo decidió que las huestes marcharan cuanto antes para poder atacar a los cántabros en primavera.

En el patio del palacio cuadraron sus armas ante la reina Goswintha. Recaredo no pudo evitar un fuerte sentimiento de animadversión al ver a aquella mujer. Goswintha, una mujer ambiciosa a quien solo le interesaba el poder, había aprovechado la reciente viudedad de su padre para volver al trono al que se apegaba como una sanguijuela a la piel; pero Recaredo sabía que no debía ofenderla y él era por naturaleza amable, poco dado a las trifulcas. Hermenegildo no era así, no era capaz de saludarla con normalidad, por eso no había acudido a la presentación de armas, sino que se había incorporado cuando la reina se había ido ya. Recaredo sabía que aquel desplante de su hermano mayor no iba a gustar al rey.

La formación del patio de armas del palacio se rompió y los hombres descendieron en grupos de dos o tres por las callejas de la ciudad de Toledo; al fin, se abrió ante ellos la planicie y el cortado que une la urbe con el río; más abajo, a través del puente romano, cruzaron el cauce. Las armaduras centelleaban bajo el sol del invierno reflejándose en las aguas oscuras del río, los caballos se dispusieron en filas de a tres; al frente los jinetes y más atrás la infantería. A Recaredo le había correspondido enarbolar el pendón; un poco más adelante cabalgaba Hermenegildo, con las insignias de tiufado^[9] seguro de sí mismo. Al verle de lejos, Recaredo se sintió protegido en aquella primera salida guerrera, los cabellos lisos y negros de su hermano asomaban por el casco.

A muchos les extrañaba el aspecto de Hermenegildo, muy delgado y alto, más alto que Recaredo, de cuerpo musculoso y flexible, con unos ojos azules casi transparentes rodeados de pestañas oscuras. Todos concordaban en que no se parecía a su padre sino a la bella dama que fue la primera esposa de Leovigildo.

Lesso cabalgaba un poco más atrás de Recaredo. Se metía con él y le llamaba el pequeño godo, el godín.

—Oye, godín, enderézate sobre el caballo y pon el estandarte más recto. ¡Tu postura no es muy marcial!

Sin enfadarse, Recaredo adoptó una actitud más castrense y levantó el estandarte. Lesso sonrió para sí, le gustaba aquel chico tan sereno y dócil. Algunas veces le parecía un enorme buey capaz de sacar adelante cualquier

empresa. Es verdad que su favorito era Hermenegildo, pero Lesso tenía muchos motivos para ello.

Junto a Recaredo cabalgaban también Segga, Claudio y Wallamir; todos eran jóvenes de Emérita Augusta que conocían desde niños a los hijos de Leovigildo. Segga miró con desprecio a Lesso, no era capaz de entender cómo su amigo consentía tantas confianzas a un siervo siendo Recaredo el hijo del rey y descendiente de la estirpe baltinga. Así que acercó el caballo a su altura e increpándole le dijo:

—¡No permitas que ese criado te corrija en público!

Recaredo contestó.

—¡Va! No tiene importancia, es solo una indicación, nada más. Más vale que te digan lo que piensan de ti..., ¿no crees?

—No lo sé, pero desde luego no con burlas y delante de las tropas.

Recaredo puso cara de circunstancias y se adelantó con su pendón, alejándose del criado y del amigo. Uno de los tiufados mayores le hizo una señal para que mantuviese sus posiciones y no perdiese el ritmo militar, así que debió regresar atrás.

La camaradería y el ambiente cordial se palpaba entre ellos. Se oyeron bromas procaces referentes a mujeres. Sin embargo, el hijo pequeño de Leovigildo no se unió a ellas. En el fondo de su alma latía un punto de tristeza. No era capaz de olvidar la muerte de su madre, una muerte extraña e imprevista en una mujer todavía joven. Recordaba con un deje de melancolía la hermosura de aquella dama que su padre ganó en las montañas cántabras.

De pronto, sonaron las trompas y los capitanes ordenaron marchar en fila de a cuatro; Recaredo cedió el pendón a otro soldado situándose en la misma fila que Wallamir, Segga y Claudio. Se adentraron en la calzada romana que avanzaba hacia el norte. El día transcurrió monótono, pero a Recaredo todo le parecía nuevo; en aquella primera salida no hubo lugar para el aburrimiento.

Cuando transcurrieron unas horas de marcha y ya estaban lejos de Toledo, la formación se relajó; entonces, Hermenegildo se acercó a su hermano indicándole que avanzase ligeramente. El resto permaneció un tanto más atrás.

Recaredo observó a Hermenegildo con sus ojos grandes de mirar bovino; posiblemente quería decirle algo importante cuando Hermenegildo había roto la posición.

—Hay novedades...

—¿Sí...?

—Esta noche he de dejaros porque debo ir a Emérita. El rey ha revisado el cupo de las tropas, le parecen insuficientes para la campaña que se avecina, quiere que se leven más soldados en la Lusitania. Ha ordenado a Braulio que reúna más gente; nos enfrentamos a un enemigo complejo que se esconde en las montañas. Necesitamos más hombres si queremos la victoria. Además, es

posible que después ataquemos el reino suevo. Partiré hacia Emérita mañana.

—Siento que te vayas, pero quizás así podrás cumplir lo que nos pidió; bueno... ya sabes...

—¿La copa...?

—Sí, la copa al cuidado de Mássona...

—Fue una petición extraña y angustiosa, no la he olvidado; hablaré con Mássona, creo que madre nos ocultaba algo. Sí, es la oportunidad de recoger la copa y llevarla hacia el norte. Lesso se viene conmigo.

—Así que me dejáis solo... —advirtió apesadumbrado Recaredo—. Es mi primera salida a la guerra, me gustaría que vinieseis conmigo.

Hermenegildo sonrió, su dentadura era blanca, sin melladuras.

—¿Solo? Te dejamos con Claudio y Wallamir y con los otros de Emérita; además de con un ejército de miles de hombres. Intenté que vinieses conmigo, pero padre se ha negado, dice que no podemos ser tan dependientes el uno del otro. No estás solo. Además, Recaredo, tienes que valerte por ti mismo...

La cara juvenil de Recaredo mostraba una cierta pesadumbre, entonces Hermenegildo le aseguró amablemente:

—No será más de un par de semanas.

A él tampoco le hacía gracia dejar a su hermano menor. En las semanas antes de la partida se habían entrenado juntos y habían hablado muchas veces del camino hacia el norte, que Hermenegildo conocía bien; el mayor se hallaba deseoso de mostrar al menor todo lo que había descubierto en la última campaña unos meses atrás.

Acamparon cerca de una ciudad llamada Albura^[10], allí se dividía el camino, las tropas se dirigirían hacia el norte, hacia la Vía de la Plata, a través de una ciudad llamada Capera^[11]. Hermenegildo y Lesso saldrían hacia el sur en dirección a Emérita.

Antes de que despertase el alba, Hermenegildo se había levantado ya. En el cielo sin nubes, aún oscuro, titilaban las estrellas de la mañana; pertrechó su caballo, un jaco de buen tamaño y de color pardo. Al ir a subirse a él, notó a alguien a su lado, era Recaredo que venía a despedirse. Los hermanos se abrazaron palmeándose la espalda. Ambos sintieron la tristeza de la separación, aún estaba reciente la muerte de la madre. Recaredo vio partir a Hermenegildo y a Lesso bajo la luz rosada del amanecer. El camino se alejaba entre encinares en una planicie. Los siguió con la vista largo tiempo hasta verlos desaparecer tras una colina.

En el campamento, los hombres se desperpezaban. Encontró a varios, con el torso desnudo, lavándose en un gran balde de madera donde unos siervos habían vertido agua. Claudio y Wallamir comenzaron a lanzarse agua fría, tenían ganas de pelea; al final, acabaron enzarzados por el suelo. No había motivo, ni ninguno de ellos estaba enfadado con el otro: eran jóvenes, y la fuerza fluía por sus venas.

Al fin se separaron riendo. Recaredo veía a sus amigos disfrutar, mientras su cara era de pesadumbre. Al fin Claudio se le aproximó.

—¿Dónde andas tan cariacontecido?

—Me he ido a despedir de Hermenegildo.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

Claudio era un noble patricio de Emérita, sus padres, senadores de la ciudad, descendían del emperador Teodosio. Poseía un rostro de facciones rectas con pelo castaño oscuro y una cara que se afeitaba cuidadosamente al gusto romano. Por familia, era inmensamente rico, pero él amaba la guerra y una gran amistad le unía a los hijos de Leovigildo.

—Hermenegildo ha partido hacia Emérita; mi padre le encargó llevar tropas allí, además hay algunos asuntos pendientes relacionados con mi ma... —de repente Recaredo tartamudeó—... con mi madre.

Claudio se sintió incómodo al recordar a la que nadie nombraba ya. Corrían muchos rumores sobre la muerte de la madre de Recaredo, ocurrida al tiempo de la coronación de Leovigildo.

—Tu madre era hermosa, siento su fallecimiento.

—Gracias —dijo Recaredo—. Nunca la entendí del todo. Ella era extraña, no hablaba mucho, vivía lejos de la realidad, no era como las demás damas que yo he conocido. Poseía el don de la sanación. Hermenegildo lo ha heredado, ¿sabes? Hermenegildo sabe curar muchas enfermedades, ella le enseñó desde niño. Hermenegildo dice que hay algo tras ella, algún misterio que no conocemos. Creo que Lesso sabe lo que es, quizás algún día nos lo revele. Hermenegildo se parece a ella, más que en lo físico en sus ademanes y forma de actuar. A veces me parece que la estoy viendo cuando él está cerca.

—Hermenegildo es especial... —dice Claudio—, he conocido pocos guerreros como él, es como si adivinase lo que va a realizar el contrario y se le adelanta.

—Sí. Hermenegildo ve más allá, siempre ve más allá, no se queda en la superficie de las cosas, busca lo que hay detrás. A veces me asusta.

Se quedaron callados, a ninguno de los dos les agradaba que Hermenegildo no estuviese con ellos. Al poco, Claudio retomó la conversación:

—¿Cómo murió tu madre? Yo la vi hace poco más de un mes y estaba sana.

Recaredo se puso muy serio, guardó silencio unos instantes y después le contestó:

—Te ruego que por tu honor no reveles nada de lo que voy a decirte. ¿Recuerdas que al regresar del norte trajeron un cautivo, un jefe de los pueblos cántabros...?

—Sí. Lo recuerdo, fue ejecutado en el patio del palacio. Hermenegildo lo capturó en el norte, yo estaba con él. Fue justa su condena, era un hombre peligroso.

Recaredo bajó el tono y habló de modo confidencial.

—Bien. Mi hermano me contó que ella poco antes de morir fue a ver a ese caudillo cántabro.

—¿Al que trajimos del norte...?

—Sí. Ella fue a verle a la prisión poco antes de ser ejecutado. Esos días, ella no se encontraba bien, a menudo tenía vómitos y había adelgazado; pues bien, cuando volvió de la prisión entró en un trance, decía palabras extrañas y hablaba del norte. Pienso que aquel bárbaro le echó el mal de ojo o algo así. Hermenegildo piensa también eso. Desde que entró en aquel trance final, solo recuperó la conciencia una tarde y nos mandó llamar para pedirnos algo de lo que ahora se está encargando Hermenegildo.

De Toledo a Emérita

Las colinas de aquella tierra rojiza, plagada de vides y de mieses aún verdes, subían y bajaban al ritmo de los caballos. Los dos hombres no eran de muchas palabras, por lo que pasaban largo tiempo callados. Un joven alto y delgado, con cabello oscuro y ojos claros que se perdían melancólicamente en el paisaje; a su lado cabalgaba un hombre rechoncho de estatura y de cejas juntas, cascado por la vida, con cabello hirsuto, plagado de canas, su rostro serio, quizás algo triste, parecía fijarse únicamente en el camino; sin embargo, sus ojos mostraban una mirada amigable.

En un momento del viaje, Hermenegildo, el hombre joven y alto, habló a su compañero.

—Lesso, viejo amigo, sé que guardas fidelidad a mi madre aún más allá de la muerte y eso te honra. Necesito saber más... Sospecho que ocultaba ciertas cosas en su pasado. Cuando iba a morir quiso decirme algo, pero ese algo era tan terrible que no se atrevió. ¿Quién era el jefe cántabro al que ejecutamos?

El semblante de Lesso se demudó al ser interrogado sobre aquel tema. Hermenegildo advirtió su apuro. Al cabo de unos instantes de titubear, Lesso le respondió:

—Ella te lo dijo, fue su primer esposo, el más grande de los príncipes de las tribus cántabras. Un hombre justo, un hombre fiel a su destino... Un hombre que no buscaba el poder por sí mismo sino como una misión que le había sido impuesta buscando el bien de su pueblo...

El joven godo se percató de que la melancolía impregnaba los ojos y la faz de su compañero. Pensó en cómo sería aquel hombre justo que suscitaba tanto afecto en el corazón noble de Lesso. Recordaba que el cántabro, en el trayecto desde que fue apresado hasta llegar a la corte de Toledo, no había hablado nunca, no se había quejado. La nobleza se percibía en todos sus gestos.

Hermenegildo no sintió remordimiento por su ejecución; él había cumplido con su deber y aquel rebelde era un enemigo del reino godo. Recordó los últimos momentos de su madre, sus palabras llenas de misterio; siguió interrogando a Lesso:

—Ella, mi madre, habló de que tengo un hermano. ¿Quién es...?

—Le conoces...

—¿Le conozco? —se sorprendió el godo.

—En el cerco de Amaya, luchaste con él; te venció.

—¿¡Qué me estás diciendo...!? ¿Mi hermano era aquel hombre del caballo asturcón?

—Sí. Lo era, y lo peor de todo es que volveréis a enfrentaros en esta guerra absurda que él, Leovigildo, ha iniciado.

Hermenegildo se enfadó al oír nombrar despreciativamente al rey.

—Mi padre, Leovigildo, es el más grande guerrero de los pueblos godos, similar a Alarico en fuerza y poder. Es lógico que quiera ampliar su reino; los suevos son el enemigo, no los cántabros, pero para ello tenemos que tener asegurada la retaguardia, y en la retaguardia de los suevos están los pueblos cántabros...

—Hermenegildo, contéstame a un asunto que me preocupa... ¿Confías mucho en tu padre, mi señor el rey Leovigildo?

Hermenegildo se sintió dolido. Su padre siempre le había postergado un tanto, pero él desde niño le había admirado, era un guerrero del que todos propalaban hazañas. Pensó que Lesso le preguntaba aquello porque quería recordarle que Leovigildo no se había portado bien con él, pero él, Hermenegildo, hijo del rey godo, no quería recordarlo.

—Sí, es mi padre —dijo secamente este último—. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Lesso solamente repitió casi para sí mismo: «¿Por qué no habrías de hacerlo?». Entonces azuzó su caballo hacia delante y no habló más, evitando las preguntas de Hermenegildo. En la cara de Lesso, cincelada por una vida de luchas, se formó una arruga más de dolor.

Desde aquel momento se mantuvieron en silencio, solamente se oía el resollar de las cabalgaduras al subir las cuestas. A lo lejos, la sierra del Rocigalgo y el Chorito, no muy elevadas, cercaban el paisaje en un horizonte desigual. En aquella época del año el campo estaba desbordante de retamas y jaras en flor. A ambos lados de la vereda, encinas milenarias sombreaban prados de aulagas y lirios salvajes; más adelante, el trigo, como una manta verde, se extendía ante ellos, y las amapolas comenzaban a brotar. Los días anteriores había llovido y lagos de agua barrosa, esparcidos por el camino, se levantaban en marejadas al paso de los caballos. El campo verde brillante bajo la luz del sol amarilleaba a retazos por las flores de primavera; pequeñas margaritas y jara pegajosa y esteparia en su sazón. Más adelante, un río rodeado de árboles, con el cauce oculto por los matorrales llenaba de ruidos de agua el paisaje. Hermenegildo y Lesso se dirigieron hacia él para abreviar las cabalgaduras.

Después continuaron por un sendero que atravesaba un encinar que parecía flotar sobre un mar de flores lilas y blancas y, aún más allá, subieron atravesando

un bosque de robles y pinos. Desde lo alto de la sierra, divisaron la llanura, llena de flores; la primavera se extendía ante ellos con todo su colorido.

La brisa les golpeaba en la cara y les traía el olor a la retama florecida. Hermenegildo se olvidó de la muerte de su madre y se llenó de paz, había algo divino, escondido a la mirada del hombre corriente, en aquel paisaje primaveral; como si los antiguos dioses de los romanos hubiesen descendido a la tierra para proveerla de sus dones y así celebrar una orgía de luz y color.

La paz del ambiente se vio de pronto truncada. Subían una colina, cuando a lo lejos oyeron gritos y el ruido de espadas entrechocando entre sí. Hermenegildo y Lesso se miraron preguntándose qué ocurría al otro lado del cerro; sin hablar desmontaron, muy despacio, sin hacer ruido, subieron la cuesta. Detrás de una encina, contemplaron lo que estaba sucediendo allí abajo: en el centro de la calzada un carromato se había detenido y estaba rodeado por unos bandoleros; del vehículo asomaban dos rubias cabezas de niño y una mujer de mediana edad que intentaba por todos los medios protegerlos junto a su pecho.

Delante del carromato, un hombre maduro con larga barba castaña y una mujer joven luchaban contra los bandoleros. Ella empuñaba algo parecido a una horca de levantar heno y él estaba armado con una espada.

Los bandoleros eran cinco, tres atacaban a los jóvenes y dos se acercaban peligrosamente por detrás hacia donde estaban la mujer y los niños.

Hermenegildo y Lesso se subieron a los caballos y, sin dudarle un instante, se lanzaron gritando contra los bandoleros.

El hijo del rey godo se fijó en la muchacha, que luchaba con valentía, pero no era ducha en el arte de las armas, por lo que eludía con dificultad los golpes del contrincante. El hombre de la barba castaña gritó:

—Florentina, tienes a uno detrás de ti.

En ese momento se escucharon los gritos de Hermenegildo y Lesso, los atacantes abandonaron a sus presas para defenderse de lo que se les venía encima. De un par de mandobles de espada, Lesso desarmó a dos de los hombres, que huyeron; de los otros se hizo cargo Hermenegildo. Pronto el campo estuvo limpio, la batalla había terminado con la huida de los bandoleros.

La familia se deshizo en agradecimiento a sus salvadores.

El hombre de la barba castaña se adelantó.

—Mi nombre es Leandro —se presentó—; esta es mi hermana Florentina y mi madre Teodora, los niños son Fulgencio e Isidoro. Procedemos de Cartagena, donde mi padre estuvo asentado hasta la conquista bizantina. Hace poco que él falleció y vamos hacia Mérida, donde tenemos familia. No sabemos cómo agradeceremos vuestra ayuda, nos gustaría conocer el nombre de nuestros salvadores.

—Me llamo Hermenegildo y este es mi compañero Lesso, estamos destinados en la campaña del norte, pero ahora cumplimos una misión en

Mérida; estaríamos encantados de acompañarles hasta allí.

La madre elevó las manos hacia el cielo y dijo:

—Demos gracias a Dios, que nos ha puesto tan buena compañía para el camino.

Florentina sonrió, era una mujer alta y esbelta, de cintura fina y caderas anchas, su cara cuadrada resultaba atractiva con una nariz grande y una boca de dientes perfectos. Los ojos de color castaño verdoso estaban rodeados por unas cejas espesas y unas pestañas largas y oscuras. Había algo en ella que emanaba dignidad y elegancia.

Los niños bajaron del carro acercándose a los dos guerreros, para tocar sus armas. Hermenegildo rio al ver a los niños palpando con sus deditos la espada; la desenvainó e hizo como que daba unos mandobles a lo alto; el mayor de los dos niños se la pidió, casi no podía sostenerla.

Reemprendieron el camino hacia Emérita. Los niños dentro del carro con la madre, Leandro y Florentina en el pescante.

En algún momento, Florentina, cansada del bamboleo del carro, bajó y se puso a caminar detrás. Hermenegildo descabalgó y se situó junto a ella, se sentía un poco tímido al lado de la joven. Él no estaba acostumbrado a tratar con otras mujeres que las damas de su madre y aquella desconocida, de algún modo, le intimidaba; por eso inició la conversación con algo obvio:

—Así que... ¿sois de Cartago Spatharia?

—Sí, allí nacimos los cuatro, mi padre era senador romano. Nuestra familia es de una antigua estirpe romana que descende del emperador Trajano. En tiempos de Teudis, mi padre llegó a ser gobernador de la ciudad. Era un hombre muy justo. En la guerra civil entre Atanagildo y Agila se situó de parte de Agila, por una cuestión de honor, él consideraba que Agila era el rey legítimo. Luchó contra los imperiales que acudían a socorrer a Atanagildo. Al fin fue expulsado de la ciudad por los bizantinos. En aquel tiempo, huimos hacia Córdoba, pero Agila ya había perdido la guerra y nos vimos excluidos en nuestra propia esfera social; no podíamos regresar a Cartagena; y en el reino godo no se nos ofrecía ningún destino porque habíamos apoyado al rival de Atanagildo. Durante una temporada moramos en Hispalis; allí falleció mi padre. Ahora estamos sin nadie que nos proteja. Leandro ha estudiado a los clásicos y es un hombre culto. Hemos decidido acudir a Mérida; el obispo de allí, Mássona, es pariente de mi madre, ella es goda. Quizá pueda ayudarnos y darle algún oficio a mi hermano.

—Yo conozco a Mássona, es un hombre capaz; la Iglesia católica de allí posee un buen patrimonio gracias a las donaciones de los fieles.

—¿No eres católico?

—Sí y no... —sonrió Hermenegildo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Fui bautizado en ambas confesiones. Mi madre era católica, por cierto muy

afecta a ese Mássona al que buscáis... Intentó educarme en el catolicismo y creo que de niño me bautizó en esa fe; pero yo soy godo...

—¿Y...? Mássona también lo es.

—Pero no es... —aquí Hermenegildo se detuvo un tanto azorado, no sabía por qué motivo no quería mencionar a Leovigildo—... el hijo de uno de los próceres más importantes del reino. Yo, antes que nada, soy godo. Los godos somos arrianos. La fe de Arrio es más inteligible que esa fe católica vuestra que afirma que Cristo es a la vez un Dios y un hombre. La fe arriana nos permite establecer diferencias entre los gobernantes y la clase común.

Leandro, que escuchaba la conversación, se acercó a ellos.

—Cristo no es un Dios: es el único Dios.

—Pues más difícil de comprender me lo pones... —rió de nuevo Hermenegildo.

—No se trata de comprender, se trata de creer —explicó Leandro—, la fe es... luminosa oscuridad.

A Hermenegildo las palabras de Leandro le parecieron un tanto exaltadas y grandilocuentes, así que, con calma, le dijo:

—Escucha, amigo, yo no soy hombre de letras, soy un soldado y no quiero entrar en esas disquisiciones teológicas. Se nota que habéis estado en contacto con los orientales. Los bizantinos siempre discuten de esos temas, yo no quiero discutir. Acepto lo que hay: soy godo, hijo de godos, de estirpe baltinga; por tanto, mi credo ha de ser el arriano.

Leandro y Florentina cruzaron las miradas y no quisieron proseguir la discusión. Florentina se embargó del olor del campo, tan hermoso en aquella época del año, plagado de flores: mantas de margaritas y asfodelos.

—El campo está magnífico... —exclamó ella, cambiando de conversación.

—Sí, en esta época del año, cuando ha llovido en invierno, el campo de este lugar se pone así.

Hermenegildo observó a Florentina, su cabello castaño brillaba surcado por hebras doradas al sol primaveral. Algo sutil había en ella, algo fuera de este mundo. Hermenegildo se retrasó a atarse las tiras de cuero que sujetaban sus botas, pudo ver su figura alta y garbosa. Leandro caminaba a su lado, había entre ellos una gran complicidad, eran hermanos y también amigos, pensó Hermenegildo. Recordó a Recaredo, también ellos tenían esa amigable intimidad; le hubiera gustado tener una hermana así.

Cuando de nuevo se acercó a ellos, discutían sobre unos versos de Lucano. Los oyó de lejos:

—*Aléjese de los palacios el que quiera ser justo. La virtud y el poder no se hermanan bien.*

—De acuerdo, Leandro, está bien lo que dice el poeta... —decía Florentina—, pero si no nos acercamos a los poderosos..., ¿adónde iremos? ¿Cómo vamos a

comer?

Hermenegildo se acercó a ellos y les preguntó:

—¿De qué habláis?

—Mi hermano está recitando unos versos de Lucano que hablan de los peligros de estar cerca del poder... pero yo intento explicarle que bien usado, el poder, como la espada, puede ser algo bueno.

—Los movimientos de la espada dependen de la mano y el corazón que la maneja. Eso me lo enseñó...

—¿Lucano...? —rió ella.

—No. Este hombre que tan callado viene conmigo... —Y señaló a Lesso—. Él fue quien me enseñó a luchar... proviene del norte... Él no sabe leer pero sus ideas quizá son como las vuestras... Dice que se las enseñó un caudillo del norte, un jefe de los cántabros que buscó el bien...

—¿Qué ocurrió con aquel hombre?

—Yo le atrapé y fue ejecutado... Desde entonces Lesso ha cambiado y está reconcentrado en sí mismo. Nunca ha sido muy hablador, pero ahora escasamente logro que articule alguna palabra...

Del carromato descendió Isidoro. El chico tendría unos ocho o nueve años, con un color de piel claro y el pelo oscuro; en su cara relucían unos ojos centelleantes de color verdipardo como los de Florentina.

Desde dentro del carruaje se escuchó una voz, era la madre llamando al chico. Los dos hermanos mayores sonrieron.

—¿Isidoro...! —le ordenó Leandro—, haz el favor de obedecer a tu madre...

—No quiero... —protestó el chico.

—¿Qué es lo que no quieres?

—Comer ese pan con manteca rancia, está asqueroso.

—Si no comes te quedarás bajito.

—No me importa... —insistió con testarudez el niño.

—O sea, ¿que quieres quedarte bajito?

—Me da igual...

El chico salió corriendo por delante del carromato y se situó con Lesso, pensando que este le defendería del acoso de la madre.

A Lesso le hizo gracia el muchacho, muy espabilado y curioso.

—¿Tú también eres goda como Hermenegildo?

—No, yo soy cántabro, de una tribu celta del norte.

—¿Cómo vas con él? Los cántabros luchan contra los godos... ¿No es así?

—Muchacho, es una larga historia, yo soy un siervo; primero serví a su madre y ahora le sirvo a él. Vamos a Mérida a reclutar hombres para la guerra del norte, después regresaré con él hacia la frontera y lucharemos. Nosotros somos guerreros...

—Os vi pelear contra los bandidos y lo hacéis muy bien —dijo el chico—,

pueden asegurarlo los ladrones a los que molisteis a palos.

Lesso sonrió divertido; después, Isidoro continuó hablando.

—A mí me gustaría ser un buen guerrero, mi padre lo fue, y conseguir victorias, y derrotar a los malos.

El chico cogió un palo del suelo y comenzó a dar mandobles a diestro y siniestro. Lesso sacó su corta espada y de un certero lance lo desarmó.

Anocheecía, estaban en campo raso. Durante un tiempo siguieron caminando mientras las estrellas se encendían una a una en el cielo, y los colores rojizos del atardecer se desdibujaban en el horizonte. Florentina y Hermenegildo miraban las luces del hermoso crepúsculo sin hablar.

Dentro del carromato se escuchó la voz de la madre:

—¡Hijos...! Se hace de noche, debemos buscar algún lugar para guarecernos.

—¡Hace calor, madre...! Dormiremos al raso.

Se detuvieron a un lado del camino, una pradera de pasto alto llena de flores amarillas y lilas, era un encinar, con árboles a uno y otro lado; encinas centenarias que extendían sus brazos bajo la luz de las estrellas. La madre y Florentina durmieron en el carro, tapadas por el toldo, los demás se tumbaron en distintos lugares al raso. El más pequeño de los chicos buscó acomodo junto a su madre, Isidoro y Leandro bajo el carromato. Hermenegildo y Lesso, más allá, junto a una encina y al lado de los caballos. El relente de la noche hizo que Hermenegildo sintiese frío, no podía dormir. Pensaba en Florentina, nunca había conocido una mujer igual, culta, femenina, amable. Le recordaba a su madre; aquella mujer que por arte y parte de Goswintha, la mujer actual de su padre, no se nombraba ya en ningún lugar. El joven godo comenzó a recapacitar una vez más sobre la petición de su madre: buscar una copa en Emérita Augusta, una copa sagrada celta en una iglesia católica bajo la custodia del obispo del lugar. Era extraño. ¿Qué tendría aquella copa? ¿Cuál sería su misterio? Había jurado llevarla al norte y no podía volverse atrás. No conseguía dormirse; en su duermevela se hizo presente el cautivo, aquel cautivo rebelde que había apresado en el norte. Era un buen guerrero, un hombre avezado en las lides de la guerra; podía haberle matado. Se hizo una luz en su mente. Recordó cómo a aquel a quien después cautivó lo había mirado a los ojos, antes de asestarle el golpe final. Entonces Hermenegildo había abierto más los ojos con horror, esperando el golpe final. Una voz sonó detrás de ellos: « No le matéis, mi señor, ese joven es... es hijo del duque Leovigildo. Hacedlo por su madre» .

La voz había sido la de Lesso. ¿Qué relación podía haber habido entre aquel hombre y su madre? Lesso y ella le habían informado que aquel hombre había sido su primer esposo. ¿Por qué se habrían separado? ¿Cómo podía ser posible que su madre amase más al harapiento caudillo del norte que al gran Leovigildo, duque de los godos y ahora rey? ¿Qué sentido tenía en todo aquello la copa? Al

fin, el cansancio venció al joven godo, y en su sueño se presentó su madre; había desaparecido de aquel amado rostro el rictus de tristeza que le había acompañado en los últimos tiempos. Se dio cuenta de que su madre ahora era feliz y, tiempo después, al recordar aquel sueño, se sintió en paz.

Mérida

Entraron en Mérida por la Puerta de Toledo. Callejearon y cruzaron bajo el gran arco del emperador Trajano, un arco romano al que le empezaban a faltar las placas de mármol que lo habían decorado no tanto tiempo atrás. Hermenegildo y Lesso escoltaron a los de Cartagena, cruzando la ciudad y la muralla hasta la iglesia de Santa Eulalia, junto a la que vivía Mássona. Avisaron al obispo que salió a recibirlos a la puerta de la basílica. Su rostro amable se emocionó al ver a Teodora, revolvió el cabello de los niños.

—Podéis alojaros en la sede episcopal, que bien modesta es...

Entonces se volvió hacia Hermenegildo.

—¿Qué hace el hijo del rey de los godos en mi casa?

Florentina fijó su mirada en él, asombrada por las palabras de Mássona. Hermenegildo se sintió incómodo.

—Tengo un encargo de mi madre, vos la conocisteis mucho. Falleció hace poco más de un mes.

—Lo sé, las noticias vuelan por estos lugares, y más las que incumben a la casa real. Me imagino cuál es el encargo. Debemos hablar con calma, pero estos días estaré muy ocupado. Acercaos por la basílica dentro de dos o tres días después del oficio divino, y responderás a mis preguntas a la vez que yo lo haré a las tuyas.

Mássona hablaba con amabilidad no carente de una cierta firmeza, sus ojos chispeantes debajo de unas cejas pobladas y oscuras escrutaban a Hermenegildo; parecían enorgullecerse al ver a aquel joven que había conocido de niño convertido en un adulto fuerte y decidido.

—Mi madre me aseguró que no me negaríais lo que os pido; tengo prisa, me esperan en la campaña del norte y hay muchos asuntos que debo resolver en Mérida...

—Cada cosa a su tiempo. Hay hechos que no conoces y deberías saber acerca de lo que te interesa... Ahora no tengo tiempo de explicarte más. Debo alojar a toda esta familia, que estará cansada. Y vos, señor hijo de rey, quizá debáis también descansar.

Estas últimas palabras fueron tan amigables y comprensivas que

Hermenegildo no tuvo otro remedio que asentir y retirarse.

Con Lesso atravesó de nuevo la ciudad, henchida de gentes que le señalaban al pasar. Aquel había sido el lugar de su infancia y juventud, muchos le reconocían y le saludaban con la admiración que se profesa en los lugares de provincias a la persona que ha triunfado en la capital. Ahora Hermenegildo, hijo de Leovigildo, era un tiufado, capitán de los ejércitos godos, triunfador en las últimas campañas guerreras de su padre, captor de los enemigos de los godos, y posiblemente el heredero del trono.

El palacio de los baltos asomaba sus celosías hacia el gran río que los iberos llamaron Anás^[12]. Un río de aguas caudalosas que se desparramaban en un cauce abierto. Un puente romano lo atravesaba de lado a lado haciendo un alto en una alargada isleta central. Cerca del puente estaban las puertas del palacio que daban al río, aquellas que Hermenegildo había atravesado de niño para jugar con sus amigos junto a la corriente del Anás, en la época en la que aprendían las artes de la guerra en la ciudad de Mérida.

Hermenegildo sintió una punzada de dolor, recordando a su madre. ¡Cuántas veces la había acompañado hasta el río, o a la hospedería que el obispo Mássona había fundado a las afueras de la ciudad! Allí atendían a los enfermos. Su madre había sido alguien singular, irrepetible y él se había sentido muy cercano a ella.

La pared principal de la gran casa de los baltos se situaba al lado de la muralla y circundada por ella. En el muro de la casa se abría una puerta de madera claveteada, en la que se distinguía un gran llamador de bronce. Lesso lo golpeó con fuerza mientras Hermenegildo aguardaba. Las puertas se abrieron y dentro se escuchó un gran revuelo, la servidumbre se avisaba entre sí para recibir al amo. Penetraron en el patio en el que se recogía el agua de las lluvias, estaba lleno de gentes. Un viejo criado se adelantó, era Braulio. Estaba envejecido, había sido el hombre de confianza de su madre y criado del joven rey Amalarico, abuelo de Hermenegildo.

Braulio se le abrazó. No lo veía desde que varios años atrás habían partido de Mérida hacia la corte de Toledo. El anciano le observaba con sus ojos ya descoloridos por la edad y rodeados de arrugas finas que habían marcado el sufrimiento y el paso del tiempo.

—Joven amo, ¡qué alegría el veros...! Conocemos vuestras hazañas en el norte. Sois la viva imagen de vuestro abuelo Amalarico.

—No me has olvidado, buen amigo. Vengo con un recado de mi padre —respondió Hermenegildo a su saludo.

La sonrisa de Braulio se heló, él no era particularmente adicto a Leovigildo.

—Necesitamos más hombres para las campañas del norte.

Braulio se azoró ante aquella petición.

—Los aparceros ya han sido levados, quedan pocos siervos en las tierras de labor... Si os los lleváis, ¿quién labrará los campos?

—Son órdenes de mi padre, no puedo desobedecerlas. Debo llevar quinientos hombres fuertes conmigo.

—Despoblaréis las tierras... Solo podré levar trescientos, y eso a riesgo de conseguir una revuelta.

—Iré con vos, les prometeré botín de guerra y nos seguirán.

—¡Ya veremos...! —masculló Braulio.

Hermenegildo no dijo nada ante la reticencia de Braulio, pero pensó que aquellas eran órdenes de su padre y debía cumplirlas. No quería enfrentarse al escarnio de Leovigildo si no llevaba a buen fin el encargo que le había realizado. Su padre le golpeaba a menudo con una indiferencia gélida o con la ironía y el sarcasmo. Aquello le había ocurrido desde niño. Recordaba cuántas veces le había esperado fuera de la ciudad más allá del puente junto al Guadiana, y cómo su padre había pasado de largo junto a él, o saludado únicamente a Recaredo; sin embargo, Hermenegildo no sentía rivalidad frente a su hermano, lo quería demasiado como para estar celoso de él.

Por la tarde, Hermenegildo revisó la casa, los graneros, las cocinas, las cuadras, la armería. Cada rincón le traía recuerdos de la infancia, de los años transcurridos allí con Recaredo y su madre. La melancolía comenzó a hacer mella en su espíritu y él, hombre práctico al fin, decidió rechazarla. Estaba cansado tras los días de camino, cenó pronto y decidió acostarse. Antes de hacerlo, se asomó a la balconada. Los últimos rayos del sol tocaban levemente el río, el agua fluía rápidamente bajo los arcos del puente; el puente más largo que nunca se hubiera construido en el mundo conocido. Le gustaba aquel lugar, ya de niño se refugiaba allí, y veía pasar los bajeles bizantinos, las naves griegas, las galeras romanas y barcos godos de negras velas. Él pensaba que un día dominaría el mundo, que todo estaría a sus pies, y ahora aquel sueño se iba a convertir en realidad.

Su padre ostentaba ya la dignidad real; Recaredo y él le sucederían. ¿No corrían rumores de que Leovigildo los iba a asociar al trono? Reinaría al lado de su hermano, quizá partirían en dos el reino y los dos gobernarían en paz. No se imaginaba el mundo sin Recaredo: no, los dos eran más que hermanos. Y eran jóvenes, todo un futuro prometedor se les abría por delante. ¿No había vencido él al enemigo de su padre? ¿No lo había traído a Toledo preso como un trofeo de guerra? Cuando Leovigildo lo vio con el cántabro se mostró complacido y Hermenegildo percibió por primera vez cómo el rey se enorgullecía de ser su padre.

Vinieron a su mente las palabras de Lesso, sobre un hermano en el norte y el caudillo cántabro ya ejecutado; se sintió turbado. Quizá Lesso se había hecho mayor y desvariaba. A él, Hermenegildo, hijo del rey godo, le parecía inconcebible que su madre hubiera compartido su lecho con alguien que no fuese Leovigildo. Ella era virtuosa y jamás había dado nada que hablar..., ¿nada...?

Bueno, estaba todo el tema de las curaciones y las pócimas; y su trato irregular con la gente del campo.

Quizá su madre le había dado demasiados vuelos a Lesso, quien se permitía hacer algunas afirmaciones poco apropiadas. Tendría que hacer caso a Wallamir; él decía que los godos constituían una raza superior y no debían mezclarse con la chusma hispanorromana; por eso su religión debía ser siempre diferente de la de la población del país y, por eso, para Wallamir era inconcebible que un godo de rancia estirpe contrajese matrimonio con alguien perteneciente a la plebe.

El sueño se iba apoderando de él, se acostó. En su duermevela vio la copa, aquella copa con la que Mászona celebraba. No entendía la petición de su madre, devolver la copa a los pueblos del norte: ¿no era un absurdo? Pero Recaredo y él habían jurado por su honor devolver la copa a los pueblos cántabros, y lo harían porque era su deber. La noche cubrió a Hermenegildo, sus sueños fueron confusos, una copa enorme le engullía, y en ella aparecían los ojos oscuros de aquel misterioso guerrero del norte, aquel al que había amado su madre.

Los siervos de la gleba

Muy de mañana, antes de que los primeros haces de luz rompiesen la negrura de la noche, Hermenegildo, Lesso y Braulio partieron hacia las afueras de Mérida, a los poblados donde moraban siervos de la casa baltinga; los acompañaban algunos hombres armados. Las callejas de la ciudad aún oscuras se iluminaban tenuemente por antorchas situadas en las esquinas de las casas más pudientes. Al cruzar la muralla, la primera luz de la mañana tiñó el horizonte de un color violáceo y después rosado. Amenazaba un día caluroso en aquellas tierras extremas, pero aún los albores de una primavera tardía ornaban el campo. El trigo verdeaba y sobre él mantas de amapolas rojizas teñían en sangre la tierra. Las murallas de la ciudad quedaron atrás y con ellas la algarabía y el ruido de la urbe. Una brisa suave refrescaba el ambiente en el que unas golondrinas realizaban vuelcos y cabriolas en el cielo sin nubes de la mañana.

Braulio, serio y preocupado, había protestado una vez más por las órdenes de Leovigildo. Bien sabía el príncipe goda que aquel hombre y su padre no simpatizaban. Braulio era un siervo que había pertenecido a la casa real de los baltos durante más de cuatro generaciones, a Alarico, a Amalarico, a su madre y ahora les servía a ellos. El antiguo criado había amado a su madre, quien le había curado de una grave dolencia. Aunque nunca se lo hubiese dicho expresamente, el siervo no confiaba en el rey de los godos, Leovigildo, lo consideraba un advenedizo que se había unido a la casa baltinga para acceder a la corona.

Hermenegildo se dio cuenta de que la espalda del siervo se arqueaba hacia delante, y de que, en su boca, los dientes se contaban ya con los dedos de las manos.

—¿Cómo andas de salud?

—Los años no pasan en balde —dijo Braulio—, además ya no tengo la poción que tu madre solía prepararme. Mezclaba algunas hierbas en un cazo de cobre, ¿lo recuerdas?

—Sí. Después lo dejaba secar y todos los días te servías algo de los residuos que quedaban en el fondo. Creo que recuerdo de qué estaba hecho aquello, muchas veces le ayudé. Cuando volvamos intentaré buscar las hierbas y te lo prepararé.

Braulio se admiró de que retuviese aquello. Hermenegildo, sonriendo, le dijo:

—No he olvidado las enseñanzas de mi madre...

—Espero que sea así, que las recuerdes, y no solo las pociones. Tu madre era una dama hermosa, buena y discreta. En la ciudad muchos no la olvidan.

—No piensan de ella así la reina Goswintha y otras nobles damas de Toledo.

—¡Mal rayo le parta a Goswintha! ¡Ni me la mientes!

—¿Por qué no te gusta la esposa de mi padre?

—Tengo mis razones...

No hubo forma de sacarle más palabras.

El camino se empinaba ligeramente, a ambos lados encinares; más allá y tras una tapia, un ciprés se elevaba cortando el cielo. Le dieron algo más de marcha a las cabalgaduras, que remontaron la cuesta. La cohorte de soldados los seguía; amo y siervo se situaban por delante, pero a cierta distancia de los demás, para poder hablar tranquilamente. Lesso les seguía detrás, quizá recordaba los años en los que él también fue siervo de la gleba, unido a la tierra de un noble en la Lusitania.

Hacía calor, la luz del sol rebotaba contra las armas de los dos hombres. El cuero de la coraza se calentaba, Hermenegildo notó el sudor cayéndole desde la frente. Mieses sin fin les rodeaban, muy a lo lejos, unos pinares ceñían el horizonte.

Por fin llegaron al villar, unas cuantas casas pequeñas y rectangulares de paredes de adobe y techos de paja. Los niños salieron a recibir a la comitiva de soldados, señalando con gritos alegres las armaduras. Pronto los bordes del camino se llenaron de gentes que veían pasar a los soldados. Varias casas de barro cocido con el techo de paja les mostraron, en su desnudez, la pobreza de sus habitantes.

Braulio tocó su cuerno de caza para reunir a los hombres. Uno a uno fueron llegando los labriegos, se situaron en torno al aljibe en el centro de la plaza. Callaban, alguno que llevaba sombrero se descubrió ante los de la ciudad. Sus caras quemadas por el sol destilaban sudor.

Entonces se oyó la voz de Hermenegildo, clara, fuerte, nítida.

—Hombres del Villar del Rey Godo. Hay guerra en el norte, los cántabros intentan destruir la paz que los valientes godos han logrado sobre la meseta y las tierras del sur. Estáis obligados a defender a vuestro señor. Todo aquel capaz de empuñar un arma que avance un paso al frente.

El corro de hombres no se movió, en sus rostros no había ninguna expresión.

—Conseguiréis botín de guerra y una recompensa por parte de vuestro amo el buen rey Leovigildo.

Uno se adelantó un paso, diciendo:

—¿Y si morimos quién cuidará de nuestras mujeres? ¿Quién sembrará los campos?

—Moriréis por una buena causa... No tenéis elección...

Una mujer salió de las casas y gritó:

—¡No...! ¡No os llevéis a mi marido...!

Braulio bajó de la jaca.

—Todos volverán y volverán con bien. Debéis obedecer las órdenes de vuestro señor.

Se disculparon con algo que no era enteramente cierto:

—Quedamos los mayores y los de corta edad. Si vamos a la guerra, el campo lo sembrarán las mujeres...

—¡Y qué mayor gloria para un hombre sino combatir!

Un hombre fuerte y joven se acercó al caballo de Hermenegildo.

—Señor, os ruego no me obliguéis a partir, mis padres son muy ancianos, y están impedidos, mis hijos son muy pequeños. No quiero dejarlos... Os lo ruego, sed clemente.

Hermenegildo le observó con atención; en su mirada lúcida y clara adivinó el dolor de aquel hombre, la conmiseración llenó su alma.

—Puedes quedarte. Nos llevaremos al jefe del poblado, tú serás el nuevo capataz. —Estas últimas palabras las pronunció en voz baja y después continuó con un tono más alto—. Iremos al norte a conseguir la gloria, volveréis cargados de botín y de riquezas o no volveréis... La vida del hombre es corta y conviene gastarla con honor.

De nuevo Hermenegildo los arengó:

—Un paso al frente los hombres que amen el combate. ¡Los cobardes que se abstengan!

La voz del hijo de Leovigildo se escuchó resonante entre las cabezas de aquellos siervos ligados al campo. Muchas mujeres se encogieron, abrazándose los costados como si el frío las atravesase. En los ojos de algunos jóvenes brilló una luz, la luz de la aventura y la lucha. ¿Qué les esperaba ligados a la tierra? En cambio, en la guerra habría posibilidad de conseguir botín. Los hombres casados y mayores sintieron el temor natural de abandonar a sus familias; si ellos morían, ¿quiénes iban a cuidar de las mujeres y los niños?

Un hombre joven de piel oscura y cabello casi negro, vestido con una corta saya, dio un paso al frente. Se oyó un grito detrás:

—Román, no te vayas... piensa que espero una criatura..., ¿qué será de mí?

—Volveré con dineros y rico... —respondió Román, y en la expresión de su cara se traslucía un ánimo decidido.

Poco a poco fueron reuniendo hombres en la plazoleta central del poblado. Se oían los lloros de las mujeres. La joven mujer de Román desapareció dentro de una de las chozas. Él la vio marchar con pena pero no salió tras ella.

Hermenegildo dispuso a los hombres en una fila de a dos, y salieron del poblado. Detrás se oyeron gritos lastimeros.

Una escena similar se repitió en el siguiente poblado. Braulio comprobó cómo Hermenegildo imponía respeto y era capaz de convencer a las gentes. La leva se organizaba ordenadamente, el discurso de Hermenegildo enfebrecía a los hombres, con la esperanza del combate. Lo que para los siervos era una obligación y en ocasiones se había realizado a la fuerza, Hermenegildo había conseguido que fuese algo menos oneroso. Sin embargo, las mujeres se quedaban llorando.

Al ver las lágrimas de las plebeyas, Hermenegildo recordó a su madre, ella hubiera protegido a los siervos; pero él, Hermenegildo, no era una damisela de la corte. Era noble y godo, de rancia estirpe y no podía entretenerse con tonterías de mujercillas. Conocía bien sus responsabilidades, seguro de sí mismo estiró las riendas y su caballo relincho suavemente. El penco, al notar la recia mano de su dueño, le obedeció dócilmente. Reemprendieron el camino, atravesaron varios villorrios más, los hombres que acompañaban a Hermenegildo y a los de Emérita eran ya una buena tropa. Soplaban un viento fresco que doblaba las mieses aún verdes haciéndolas ondear.

Lesso observó al joven guerrero que cabalgaba unos palmos delante de sí, palpaba su altivez, su dureza de buen luchador. Pensó que estaría orgulloso de su destino, y que nada podía turbar la seguridad de su ímpetu juvenil. Lesso divisaba delante de sí el casco de Hermenegildo, del que se escapaban algunos cabellos oscuros. De pronto, Hermenegildo torció la cabeza y le miró con un rostro decidido, con una mirada limpia y una expresión autoritaria a la vez que amable; sus finos labios esbozaron una sonrisa. Las narinas se le abrieron y Lesso pensó en él como un joven león dispuesto a devorar alguna presa. ¡Qué distinto a Recaredo! Ambos eran animales de lucha, pero si en el mayor predominaba una fuerza leonina, aguerrida y ágil, el pequeño era un toro, potente y dominador.

Él, Lesso, los quería a los dos, los había educado y les había enseñado a guerrear. Los recordaba aún niños peleándose, pero al mismo tiempo dependientes el uno del otro, inseparables. Ella, la sin nombre, le había dejado una pesada carga: cuidar de los dos cachorros que se convertían, a paso rápido, en animales de guerra.

La senda se hizo más anchurosa, convirtiéndose en calzada. Detrás de ellos venían los siervos, hombres sin armas, y, el último, Braulio, con los bucelarios de la casa baltina. Al doblar un repecho divisaron las murallas de la ciudad y el puente sobre el río. Hermenegildo ordenó acampar cerca del cauce. Dejando a los hombres de la leva allí, él se dirigió a su casa, dentro de la muralla, para pasar allí la noche.

Los días siguientes Hermenegildo dispuso el entrenamiento de los que iban a constituir las tropas de ataque de la casa real. Dirigía las maniobras con seguridad y eficacia, los hombres respetaban a Hermenegildo que, amable y enérgico a la vez, sabía lo que quería mostrándose justo tanto en sus alabanzas como en sus

castigos. Lesso se situaba siempre junto a él. Les enseñó a desfilar militarmente, a usar la espada y el arco. Consiguió hacer de aquellos rústicos gañanes hombres de aspecto militar. A cambio, los alimentaba con abundancia, y muchos de ellos, que nunca habían probado la carne y el buen vino de la tierra, lo hicieron por primera vez.

También adiestró a los soldados de la casa baltinga para que aprendiesen a dirigir hombres. Cuando ya parecían un ejército bien organizado, Hermenegildo dejó al cargo de ellos a Lesso y a los capitanes. Varios asuntos pendientes le reclamaban. De entre todos, la familia proveniente de Cartago Spatharia no se le borraba de la mente y del corazón.

La copa

Un nerviosismo íntimo le reconcomía las entrañas cuando se iba acercando a la iglesia de Santa Eulalia. ¡Cuántos recuerdos guardaba aquel lugar para él! De niño había ido con su madre a la vieja basílica de la virgen mártir para escuchar la predicación de los prestes católicos. Ahora, Hermenegildo no pensaba ya en esos asuntos y la religión de su madre le parecía ajena a sí mismo, un noble godo. Más atrás de la iglesia, se alzaba el antiguo edificio fundado por Mássona, donde se albergaban enfermos. No hacía tanto tiempo, su madre había desempeñado allí su cometido como sanadora. El príncipe godo debía cumplir la misión jurada ante ella en el momento de su agonía. Aún le parecía ver el delicado rostro de su madre, contraído por el dolor, pidiéndoles que recobraran la copa para los del norte.

Desmontó a la puerta de la basílica dejando el caballo al cuidado de Román. Después atravesó el templo; en un rincón, un lego limpiaba con una escoba de ramas. Le tocó en el hombro y, al volverse, le indicó:

—Debo ver a tu obispo. Anúnciale que Hermenegildo, hijo de Leovigildo, desea verle.

El lego, humildemente, se inclinó ante él. Hermenegildo se apoyó en una columna, contemplando la basílica. A los lados, en las naves laterales, la penumbra se veía surcada por múltiples haces de luz que provenían de sendas ventanas entre cada uno de los arcos. Hermenegildo sintió la paz de aquel lugar, como la había sentido de niño cuando había rezado, quizás en el mismo sitio, con su madre. Le pareció entreverla aún entre los rayos de luminosidad oblicua, pero hubo de ahuyentar aquella visión que le entristecía. Se quedó ensimismado, hasta que unos pasos que se acercaban le sacaron de su estado de abstracción. Era Mássona. El obispo le abrazó afectuosamente y le condujo a una pequeña estancia lateral que hacía las veces de sacristía; allí había un enorme armario de roble, y dos asientos de madera de pino. Al frente, una mesa con una cruz donde se solían revestir los sacerdotes para el oficio. La escasa luz entraba por un ventanuco fino y alargado, dotando a la habitación de un aspecto sombrío.

Mássona comenzó a hablar. Su voz, profunda y sonora, era la misma que él recordaba, el cabello del obispo se había tornado enteramente blanco, pero no

mostraba calvicie, la nariz recta y voluminosa le marcaba la expresión de la cara. Sin embargo, en su rostro había un cierto desasosiego, una intranquilidad, que Hermenegildo no recordaba haber visto cuando de niño lo visitaba con su madre.

—Sé a qué vienes.

Hermenegildo sonrió.

—Sabéis más de lo que yo mismo sé.

—Vienes a por la copa y sé que debo dártela. Yo mismo le indiqué a tu madre lo que habría que hacerse con ella pero, ahora, me cuesta mucho entregártela. Durante estos años he celebrado los misterios con el cáliz sagrado y, al poner mis ojos sobre él, la luz de su interior me llenaba el corazón. Ahora mi corazón se quedará un tanto más vacío; pero no es bueno apearse a lo material. —Suspiró—. Al final acabamos esclavos de las cosas...

Hermenegildo pensó que Mássona decía todo esto para convencerse a sí mismo porque le costaba mucho desprenderse de la copa. Apreció una gran resistencia en el anciano a hacerlo. Este se levantó con esfuerzo y se dirigió al armario. De su cintura extrajo una enorme llave que introdujo en la cerradura. En una balda encima de un paño bordado y con encaje estaba la copa, nada más que un bulto en la profundidad del armario.

Entonces Mássona se arrodilló, apoyándose en la balda donde se hallaba el cáliz, y reclinó la cabeza concentrado en sí mismo. Pesadamente se levantó, tomando la copa entre sus manos. La acercó a la luz del estrecho ventanuco y el haz de sol brilló sobre ella. Hermenegildo se aproximó, las manos del obispo temblaban al sujetarla.

—Mírala —dijo—, es muy hermosa. La ves con sus incrustaciones de ámbar y coral, toda ella de oro. Mira el interior, una pieza única de un material precioso, quizás ónice, un ónice oscuro y con brillos rojizos. Nunca he visto nada igual en mi vida. El vaso de ónice está incrustado en esta base de oro.

Mássona giró la copa y el color rojo oscuro del ónice se hizo más patente.

—He descubierto que, en realidad, en la copa hay dos. La externa, que es de oro con incrustaciones en ámbar, y la interna, que es un vaso sencillo pero labrado en esta piedra semipreciosa de gran valor. Pueden desprenderse la una de la otra.

—Es muy hermosa.

—Son muy hermosas las dos.

El obispo giró el cáliz y de la parte interior se desprendió un vaso muy simple, de color rojizo oscuro, que con la luz solar brillaba intensamente.

—La copa de ónice es la que tocaron las manos de Cristo, y el vino que después sería su sangre. La otra copa fue añadida posteriormente.

Mássona se detuvo, acarició el vaso sagrado y, tras un corto silencio, comenzó de nuevo a hablar. La voz le temblaba cuando, al fin, suplicó al hijo del rey godó:

—Hijo mío, Hermenegildo, no puedo vivir sin esta copa. Llévate la copa de oro y déjame la interior.

—No sé si debo hacer eso. No es lo que mi madre me pidió.

—Si tu madre hubiera conocido que había dos copas, estoy seguro de que hubiera querido que la de los celtas volviese a su pueblo pero la copa cristiana se quedase en las manos del obispo católico, ella era católica.

Hermenegildo dudó. Ambos callaron contemplando las copas.

—Las dos copas unidas dan la salud corporal, yo mismo he podido comprobarlo. Cualquier pócima, elaborada en las dos unidas, es infinitamente más eficaz —siguió Mássona—, sin embargo, la parte interior resplandece en el oficio divino cuando pronuncio las palabras de la consagración de una manera que es sobrenatural.

Admiraron la belleza de ambos vasos sagrados. Mássona se hallaba profundamente conmovido; después el prelado continuó hablando:

—Poco antes de que abandonaseis Mérida, yo tuve una visión. Una noche me desperté intranquilo. Dios me llamaba, acudí a la iglesia. Algo me condujo hacia este lugar donde dormía la copa de los celtas, la antigua copa que tu madre me entregó. Entonces, junto a ella, no lo creerás quizá, me pareció ver a un hombre que había muerto, el antiguo preceptor de tu madre, Juan de Besson, y oí su voz: «La copa pertenece a los pueblos de las montañas del norte y debe volver a ellos, nunca habrá paz si la copa no regresa a los pueblos cántabros». Entonces desapareció de mi vista. Hablé de la visión con tu madre y ella me juró que se devolvería adonde pertenecía.

Mássona calló un instante, su cara se volvió más pálida, casi blanca.

—Después de la visión comencé a examinarla con detenimiento, no podía separarme de ella, la acariciaba en mis noches de insomnio; fue así cuando descubrí que eran dos copas unidas. Entonces se me reveló que nuestro humilde maestro, el buen Jesús, no utilizaría una copa de oro y piedras preciosas sino el vaso de ónice, una copa sencilla que podría haber salido de algún lugar de Galilea. Devuelve la copa de los celtas al norte y deja este vaso conmigo.

—Podíais no haberme dicho nada y haber retenido lo que os pareciese.

—No puedo mentirte, además recuerda que debo fidelidad a tu madre... Tuve miedo de incumplir la promesa. La copa es peligrosa. Tu madre me relató que un hombre que bebió de ella sangre humana, buscando el poder, murió de una muerte espantosa... En cambio usada rectamente proporciona la salud y la felicidad a quien la utiliza. El pueblo que la posea será vencedor en toda batalla. Los godos la poseímos y dominamos Hispania.

—Mi madre quería que se la diese a los pueblos de las montañas cántabras. Esa copa les dará la victoria, ¿creéis que debo hacer eso en contra de mi propio pueblo, el godo, y de mi propia raza?

—No lo sé, quizá podrías devolverles lo que es de ellos y dejar para nosotros

la copa de ónice.

—Debo pensarlo. Hablaré con Lesso, él es quien conoce mejor los deseos de mi madre. Sé que él arriesgó su vida por la copa.

Hermenegildo saludó a Mászona con una inclinación de cabeza y se fue pensativo. El encargo era más complejo de lo que pensaba cuando prometió a su madre que llevaría al norte una copa. En aquel tiempo, no podía ni imaginar lo que esta significaba.

En la puerta de la iglesia, sentado en el escalón de la entrada, Román sujetaba con cara de aburrimiento las riendas de los caballos.

—Vamos, ¿qué haces, descansando?

Sus palabras eran bruscas y Román se levantó de un salto. Se fueron de allí y recorrieron las calles de Mérida. Andando hacia la casa de los baltos, Hermenegildo guardaba silencio, un silencio hosco, tenso y preocupado, que extrañó a Román. El hijo del rey goda dudaba qué era lo que debía hacer; percibía el enorme valor de aquella copa, intuía que su decisión no era banal. Él solo quería cumplir la voluntad de su madre.

El banquete

Desde la bodega del sótano, Braulio subía fatigosamente el vino especial que se guardaba para las grandes celebraciones. Al llegar al final de la escalera, su respiración se tornó muy fatigosa. Los magnates de la ciudad habían sido convocados a una cena en la casa de los baltos. Toda la servidumbre estaba alborotada por la fiesta. Más que ninguno de ellos, el anciano criado deseaba que su joven amo desempeñase bien su cometido de anfitrión de los nobles emeritenses, por eso trataba de que no faltase el menor detalle. Había guardado personalmente aquel vino que era de una buena cosecha, de unos dos años atrás, de olor suave y sabor penetrante. Le pesaban las ánforas en las manos. «Ya no soy joven —pensó—. He servido a su abuelo, a su madre y ahora le sirvo a él y a su hermano». Braulio amaba a la familia, sobre todo a sus últimos vástagos, a quienes había criado. Deseaba verlos en el trono de Toledo, pero en el fondo de su ser dudaba de poder llegar a contemplar ese momento, porque su cuerpo se doblaba cada vez más con las enfermedades y fatigas.

Al llegar a los últimos peldaños, se encontró con Hermenegildo, pero como subía mirando al suelo no se dio cuenta de su presencia hasta que vio delante de sí las sandalias claveteadas del hijo del dueño de la casa y, elevando la mirada, sus recias piernas velludas, la túnica de color claro, el cinto guarnecido por una hebilla con incrustaciones doradas y, al fin, el tahalí^[13] y la capa; sobre ella el pelo oscuro del joven godo y su rostro amigable con ojos claros y afables. Se dio cuenta de lo alto que era.

—Amigo mío —le dijo Hermenegildo—, no estás bien.

El anciano habló lenta y pausadamente, un deje de tristeza latía en su voz.

—Son los años, nunca he estado bueno... si estuviese aquí tu madre...

Los ojos de Braulio se humedecieron al hablar de la que fue su señora.

—¿La recuerdas?

—¡No pasa un día...! Ella ha sido lo mejor que ha pasado por esta casa. Trataba a la servidumbre como si fuesen hijos suyos...

Hermenegildo se conmovió al oír hablar así de su madre, tan recientemente fallecida, y le dijo.

—Todos la querían.

—No. Todos no.

El príncipe godo no quiso indagar en quién no quería a su madre, pero lo supuso; él conocía muy bien aquella casa donde había nacido y se había criado, a todas y cada una de sus gentes, no ignoraba las envidias y las intrigas.

La cara de Braulio, recia, tallada por la enfermedad, mostraba unas chapetas rojas en los pómulos, un signo más de la poca fuerza con la que el corazón del anciano bombeaba la sangre, su espalda se combaba por el peso de la edad. «Está anciano y debilitado», pensó Hermenegildo, y le sostuvo por los hombros, conduciéndole a las cocinas. Las sirvientas revolotearon alrededor, haciendo zalemas al heredero de la casa. Él sonrió, pero no les hizo mucho caso, pidió agua hirviendo y en ella vertió las hierbas de las que había hecho acopio días atrás en el campo; todo ello lo hizo cocer un tiempo en un cuenco de cobre. Se recordaba a sí mismo, aún niño, preparando las hierbas para Braulio con su madre. Mientras hervía la poción, Braulio le comentó:

—Esta mañana, mientras estabais fuera, vinieron un hombre joven y una dama; tenían acento del sur.

—¿Ella tenía el pelo castaño y los ojos de color verdoso?

Braulio lo miró con curiosidad, contestando:

—Sí. Era hermosa..., ¿quiénes son?

—Me imagino que serán los hijos del antiguo gobernador de Cartago Nova, Leandro y Florentina. Los conocí en el viaje desde Toledo.

Braulio, cuyo origen era también romano, recordó quiénes eran.

—Son de una antigua familia senatorial de la ciudad, gente de bien, muy educada. Descienden de Materno, un familiar del emperador Teodosio, el que poseyó una hermosa villa al norte de Toledo, en Carranque. Su padre, Severiano, fue duque de la Cartaginense. Creo que han venido a menos después de la llegada de los imperiales.

—Buscan ayuda...

—No sé si la encontrarán. Los senadores de la ciudad no quieren enfrentarse a los godos; y los godos no olvidan tan fácilmente que Severiano, durante la guerra civil frente a Atanagildo, apoyó a Agila. Los imperiales respaldaban a Atanagildo. Pero Severiano, que era un hombre de honor, luchó contra los invasores de su tierra, y por ello indirectamente se enfrentó a Atanagildo, quien, al fin, ganó la guerra. Después él fue degradado, nadie en el orden senatorial ayuda a la familia. Viven prácticamente de limosnas cuando podrían nadar en abundancia porque pertenecían a la nobleza romana.

Hermenegildo escuchó la historia de los de Cartago Nova. Entendió ahora algo mejor algunas palabras de Florentina que le habían resultado oscuras. Después, meditando lo que Braulio le había dicho, le confió:

—No entiendo por qué los hijos tienen que cargar con los errores de los padres. Me he dado cuenta de que esos jóvenes son gente instruida, podrían hacer

un gran bien al reino.

—En este país nuestro ya no importan las prendas intelectuales o humanas que uno posea sino, ante todo, el partido político al que se pertenezca. Su padre se equivocó y ellos pagan el error.

—Yo podría ayudarles...

—¿Cómo?

—No lo sé, quizá podría hablar con el conde de los Notarios, se podría obtener algún cargo en palacio para el hermano mayor. Se necesitan amanuenses y escribanos...

Braulio sonrió para sí, sabía que la desgracia de los hijos de Severiano había movido a compasión a Hermenegildo; pensó: « Es como su madre », pero no dijo nada más. La familia de Braulio, también venida a menos muchos años atrás, guardaba alguna relación de parentesco con los de Cartago Nova.

Sin hablar, Braulio dio vueltas a la tisana, recordó que el ama solía dejarla secar y que él tomaba solo del barro de lo hondo del pocillo, donde la cocción se había mezclado con el cobre. El viejo servidor se encontraba realmente mal y se fue a acostar un rato.

Desde las cocinas, Hermenegildo salió al patio posterior donde se asomaban los dormitorios y el triclinio. Con el pie enfundado en la sandalia acarició los mosaicos del suelo de la estancia, donde algunas de las piezas habían saltado, otras estaban muy gastadas por el paso de los años. El mosaico representaba el mito de Orfeo y Eurídice; las paredes del triclinio de color terracota, pintadas con un fresco ya deslucido, mostraban escenas de caza en las que se veía a Diana persiguiendo a un ciervo. Todo era muy familiar para él, pero después de aquellos años fuera se le hacía novedoso. Pasó al patio central, recordaba cómo él y Recaredo habían jugado allí de niños. Le echaba de menos... ¡Ojalá le fuese bien en el norte! Era su primera campaña en la guerra; le hubiera gustado mucho haber estado con él desde el principio para ayudarle, pero Recaredo era fuerte, sabría defenderse solo.

El patio porticado rodeaba un jardín con una fuente de la que manaba continuamente agua, produciendo un sonido armonioso. Se sentó junto al borde y metió la mano en el chorro; el frescor del agua le relajaba y su ruido monótono le serenó. Meditó sobre la copa. ¡Qué poco sabía de ella! Debía cumplir una promesa hecha a su madre, pero dudaba del camino correcto. El único que quizá podía darle alguna información era Lesso. Se levantó para ir a buscarlo; quería hablar con él. Lo encontró en las caballerizas cepillando con fuerza uno de los caballos; la piel del rocín brillaba, y el montañés hablaba con el animal como si fuese una persona.

—¡Vaya, Lesso! No sabía que te gustase hablar con los animales...

—A menudo contestan mejor que las personas —se rio él—. Y, te lo aseguro, dan bastantes menos coces.

Hermenegildo sonrió con la contestación, pero enseguida se quedó serio y le dijo.

—He estado con Mássona, por el asunto de la copa...

—¿Y...?

—Mássona dice que la copa tiene dos partes. Una que proviene de las islas del norte, una copa bruñida de oro y con esmaltes de coral y ámbar, eso es lo que forma el cuello y la base; pero la copa en sí se puede desmontar para extraer un cuenco de ónice, similar a un vaso de cristal pero de mayor valor. Me propone que lleve al norte la parte de oro, que es la celta, y que le deje el vaso de ónice aquí en la basílica cristiana. Me gustaría actuar como mi madre hubiera querido que lo hiciese. No sé qué determinación tomar; entiendo que Mássona ama ese cáliz y que en sus manos está seguro. Dime, amigo..., ¿tú qué piensas?

Lesso calló, sin saber muy bien qué contestarle, y durante unos minutos continuó cepillando al bruto, como pensando la respuesta.

—Solo he visto la copa una vez. El viejo Enol, el curandero, la utilizaba para sanar a nuestra gente cuando aún existía la ciudad de la que te he hablado, la que está bajo las aguas.

El cántabro de nuevo guardó silencio durante un tiempo, intentando olvidar dolorosos recuerdos, después siguió:

—Tu madre decía siempre que la copa debía ser usada para un fin sagrado, que no podía utilizarse para la vida vulgar del hombre común, que había algo puro en ella. Creo que ella quería que estuviese en un sitio seguro, por eso la envía a Ongar, a la cueva de Mailoc; pero ahora me da miedo que esté allí. Ella no conocía, como yo sé, lo divididos que están los pueblos de la montaña, muchas tribus diversas, aún sometidas a cultos brutales y paganos. La copa necesita el hombre que la proteja; el hombre recto y honrado, ese era Aster, ahora él falta...

Al oír hablar de Aster, Hermenegildo recordó de nuevo al guerrero del norte, ejecutado poco antes de la muerte de su madre. Lesso prosiguió hablando con la voz velada por una emoción oculta.

—Sí, Aster, el que fue esposo de tu madre, el que fue capaz de aunar a todas las tribus montañosas. Ahora le habrá sucedido su hijo Nicer, un joven que tendrá que demostrar su valía. Con Aster y la copa se habría conseguido la unidad de los pueblos del norte. Ahora no lo sé. Quizá si no nos llevamos la copa entera, ahorráramos males mayores. Estoy seguro de que, sin la copa de ónice, su poder disminuirá. Hará menos bien, pero también hará menos mal a esos pueblos, si cae en manos perversas.

—¿Crees entonces que la parte cristiana de la copa podría permanecer en Mérida sin faltar al juramento hecho a mi madre?

—Posiblemente sí.

Siguieron hablando un rato. Lesso volvió a narrarle la caída de Albión, la

hermosa ciudad sepultada bajo las aguas después de la guerra contra los godos. Allí había estado el país de Lesso; quien hablaba de la ciudad con una gran añoranza, como si la estuviese viendo ante sí. Le explicó que fue después de la caída de Albión cuando su madre se vino al sur. Hermenegildo siempre había pensado que ella era un botín de guerra de su padre, pero Lesso le contó que no, que su madre había venido voluntariamente al sur para que cesasen las guerras. No lo había conseguido. Quizá su insistencia en devolver la copa era tanta porque quería que reinase la paz en los valles del norte y pensaba que solo algo milagroso, como la vieja copa de los celtas, podía hacerlo.

Comenzó a disminuir la luz en el establo, atardecía. Los próceres de Mérida y la gente más linajuda de la ciudad estaban a punto de llegar, Hermenegildo debía cambiarse el vestido sudoroso del día por una túnica apropiada y peinarse el desordenado cabello.

Un criado arregló su barba corta y de color oscuro, que todavía le clareaba en las mejillas por su juventud. Después se vistió; cuando estaba acabando le avisaron que unos desconocidos le estaban esperando en el atrio; era pronto aún para que llegasen los convidados, pero quizás alguno se había adelantado.

Al llegar a la entrada se encontró a Leandro y a Florentina. La joven cubría su cabellera castaña con un largo manto. Hermenegildo se sintió turbado al encontrársela de nuevo. Había en ella algo que le atraía.

Leandro hablaba, pero él, no sabía bien por qué, no era capaz de atenderle, se distraía mirando a la hermana. Al cabo de un rato entendió lo que pretendían decirle, estaban preocupados por Isidoro. El hermano menor era inquieto y con frecuencia se escapaba, pero en esa ocasión no había acudido en toda la noche y temían que algo le hubiese sucedido. La última vez que le vieron fue el día anterior por la mañana, cuando salió de su casa a las clases de la escuela monacal de Santa Eulalia. No había regresado a almorzar tal y como acostumbraba. Averiguaron que tampoco había llegado a las clases. Leandro y Florentina llevaban todo el día y toda la noche buscándole, no tenían confianza en nadie más que en él y en Mássona, y solicitaban su ayuda.

Llamó a Braulio, el anciano acudió con signos de haberse levantado hacia poco de su reposo vespertino. Escuchó atentamente la historia, después les informó de que en la ciudad había bandas armadas que se reunían en determinadas tascas junto a los viejos foros. Silvano, uno de los criados, había participado en aquellas bandas, le localizaron y le pidieron que buscara a Isidoro entre sus antiguos compañeros de armas. Por otro lado, Hermenegildo daría parte al gobernador de la ciudad, que aquella noche acudiría a la cena, para que se buscara al muchacho.

—No puedo acompañaros yo mismo, pero mis criados se encargarán: el chico aparecerá pronto. Anochece y es peligroso pasear por la ciudad; Lesso y Silvano os guiarán. ¿No deseáis tomar algo?

No quisieron demorarse más y, escoltados por varios criados de la casa, se fueron a buscar al extraviado.

En la puerta, los dos hermanos se cruzaron con Sunna, el obispo arriano de la ciudad. En la cara del prelado se produjo un gesto de desagrado.

—¿Les conocéis? —preguntó Hermenegildo cuando ellos se habían ido ya.

—Medio godos, medio romanos, traidores a la causa de los godos, pájaros de cuenta, no os conviene relacionaros con ellos.

El hijo del rey godo no contestó; detestaba aquellos prejuicios de raza y de religión. No pudieron seguir hablando porque llegaba más gente. Uno de los primeros fue el padre de su amigo Claudio, un viejo senador de la ciudad; descendiente de Dídimo, quien en tiempos de las primeras oleadas bárbaras había defendido Hispania de la entrada de los bárbaros, levando un ejército para bloquear los Pirineos. Pertenecía a la gens Claudia, por lo que padre e hijo se apellidaban Claudio, pero el padre se llamaba Publio Claudio, y el hijo era Lucio Claudio. Los Claudios eran profundamente respetados en Emérita Augusta y la familia era muy rica. Lucio Claudio se había criado con Hermenegildo y Recaredo. El padre le recordó mucho al hijo, pues ambos se afeitaban al estilo romano.

Después se presentó Frogga, el padre de Segga, uno de sus camaradas de la campaña del norte. Frogga era un hombre de cara adusta, con expresión de superioridad, lucía una hermosa espada al cinto, y apoyaba con fuerza la mano sobre la empuñadura.

Precedido por una escolta, entró en el banquete Argebaldo, duque de la Lusitania y gobernador de la ciudad. Saludó a Hermenegildo al estilo godo posando sus brazos en los hombros del joven y dándole un fuerte apretón. Argebaldo nunca había apoyado a Leovigildo, le consideraba un advenedizo. Por ello, en la última campaña no había enviado las tropas que se le habían pedido para las guerras del norte. Hermenegildo sabía que uno de sus cometidos era conseguir que el duque colaborase en las campañas de su padre.

Las fuerzas vivas de Emérita Augusta, senadores romanos del orden ecuestre y nobles de la ciudad, fueron llegando a la casa de los baltos. Braulio se situó a su lado presentándole a cada uno de los que entraban, diciéndole su nombre en alto; así como algún comentario sobre su lealtad a la casa de los baltos, en voz más baja. Él los fue saludando. Los nobles godos, en su mayoría, no eran partidarios de Leovigildo, juzgaban que la elección del rey no había sido justa sino mediada por las intrigas de la reina Goswintha; la cual, para afianzar su menguante poder, había organizado la coronación de su amante Leovigildo y el hermano de este, Liuva. Muchos de ellos se consideraban con tanto derecho al trono como Leovigildo y Liuva. No querían ni oír hablar de una monarquía hereditaria y él, Hermenegildo, podría ser en un futuro un fuerte competidor al trono ya que descendía de la casa baltunga y era hijo del monarca actualmente reinante. No

deseaban facilitarle las cosas.

El banquete tendría lugar en la parte noble de la domus; en la zona del peristilo, un gran patio porticado con un jardín y una fuente central que daba paso a la exedra, la sala de banquetes y reuniones. La cena dio comienzo, los criados trajeron una gran cantidad de platos sabrosos: liebres asadas, aceitunas, puerros y hortalizas preparadas al estilo romano, que fueron distribuidos entre las mesas. Corría un buen vino, añejo, de excepcional calidad y pronto los nobles se fueron achispando. Transcurrida la primera parte del banquete, Hermenegildo se levantó para conversar con unos y otros. En primer lugar, se dirigió al duque de la Lusitania, Argebaldo.

—Necesitamos hombres, más hombres... Habrá un buen botín... —le dijo el príncipe godo—. Hay que erradicar a los enemigos del reino...

—No puedo dejar las villas sin siervos... —arguyó Argebaldo—, ya hemos colaborado con la corona en otras ocasiones, dando más de lo que, en justicia, debemos...

Hermenegildo intentó ser conciliador:

—Esta campaña es especialmente importante... Tenemos que pacificar las tierras cántabras...

Argebaldo lo interrumpió bruscamente:

—Los del norte no son más que unos asnos subidos a las montañas... ¿Qué botín se espera de una tierra inhóspita y montañosa?

El joven príncipe no hizo caso a la interrupción y prosiguió:

—Bien sabéis que el objetivo de nuestro señor el rey Leovigildo no se detiene ahí. La meta final es el reino suevo. Todo el oro y la plata que se produce en Hispania procede de la corte de Bracea. Necesitamos las minas para no depender de nadie. Los suevos son invasores de una tierra que nos corresponde gobernar...

Aquí intervino Sunna, quien escuchaba la conversación deseando intervenir para dar su opinión.

—El territorio hispano pertenece a los godos por derecho; el Imperio romano se ha visto sucedido por el glorioso reino godo. La primera nación del Occidente, Hispania, corresponde a los godos como un huerto corresponde a su amo, para su solaz y cuidado. Los godos somos el pueblo ilustre que se ha dignado defender a las Hispanias frente a sus enemigos.

Ante el tono grandilocuente del obispo Sunna, Argebaldo sonrió con desprecio. Hermenegildo prosiguió:

—Los suevos nos atacan constantemente y se alían con los francos. La misión de mi padre es aunar a todos los pueblos de la península bajo un único mando. En la campaña del norte hay mucho que ganar. Podéis uniros a las tropas del rey o negaros. Si hacéis esto último, temo que mi padre no se halle contento y algún tipo de sanción os corresponderá por haberos negado a cargar con los deberes

que os incumben. Creo que tenéis mucho más que ganar asociándoos al plan de mi señor, el rey mi padre, que si os rebeláis.

Las palabras del joven príncipe sonaron duras y al mismo tiempo amistosas.

—¡Lejos de mi rebelarme a las órdenes del rey!

—Si es así, decidme cuántos hombres aportaréis a la campaña.

Hermenegildo y Argebaldo iniciaron una puja en la que el joven godo le proponía una determinada cantidad de tropas mientras que el otro la disminuía. La lucha verbal entre ambos finalmente acabó en menos soldados de los que Hermenegildo pretendía y muchos más de los que el duque hubiera nunca enviado.

Entre los invitados había una gran curiosidad por el joven hijo de Leovigildo, aquel que un día posiblemente sería un fuerte candidato al trono. Todas las miradas se dirigían hacia él enjuiciándole, unos con benevolencia, la mayoría duramente.

—Es como su padre —decía Frogga, un noble godo—, le gusta el poder, pero no se lo pondremos fácil.

—A los hombres hay que conocerlos por sus obras y él es un noble campeón. Se ve la nobleza de su sangre en cada uno de sus movimientos —le respondió el senador Publio Claudio.

Los dos hombres callaron, pues Hermenegildo se dirigía hacia ellos. Cuando estuvo cerca, el noble Publio Claudio le abrazó amistosamente.

—¡Nunca habría pensado que aquel que jugaba de niño con mi hijo llegaría a ser el heredero del trono de los godos! —le dijo mientras le palmeaba la espalda.

A estas palabras la faz de Frogga se vio cruzada por una expresión no disimulada de odio. Hermenegildo lo percibió. Frogga y Publio Claudio iniciaron una discusión aparentemente amigable, pero en la que se cruzaban burlas e ironías. El ambiente entre ambos se crispaba y Hermenegildo consideró más conveniente no intervenir. Aprovechó que Sunna se acercaba al grupo para alejarse de ellos. El obispo arriano deseaba hablar con Hermenegildo en privado.

—Sé que habéis visitado a Mássona... No es adecuado que el hijo de nuestro noble rey Leovigildo visite a un obispo católico.

Hermenegildo lo observó con una expresión indescifrable, sin responderle. Aquel hombre no tenía derecho a inmiscuirse en sus asuntos.

—No es conveniente que visitéis a un enemigo de vuestro padre y de vuestro pueblo —prosiguió Sunna.

—Ese es un asunto que no os incumbe —respondió Hermenegildo fríamente—, cumplo un deber filial con mi madre, recientemente fallecida.

A esas palabras, Sunna contestó con sarcasmo:

—¡Deber filial, deber filial! Le visitáis porque deseáis la copa... Esa copa debía estar custodiada en la noble sede arriana y no en la católica. Fue vuestra madre la que se la entregó y, sin embargo, pertenecía al tesoro de los baltos.

—La copa fue regalada muchos años atrás por mi padre al noble Juan de Besson, preceptor de mi madre, y después ella la heredó.

—Leovigildo fue engañado. Esa es la copa del poder. Muchas veces le he pedido a vuestro padre la basílica de Santa Eulalia para el culto arriano, pero no me la ha querido conceder. Ya tiene bastantes enemigos entre los godos como para enfrentarse a los hispanorromanos. Entregarme Santa Eulalia significaría una ofensa a los sentimientos de los católicos. Sin embargo, toda la basílica de Santa Eulalia con todas sus riquezas es nada en comparación con la copa. Yo sé muy bien que Massona os la daría a vos si se la pedís; al fin y al cabo, fue vuestra madre la que la entregó a la iglesia de Santa Eulalia... —En los ojos del obispo arriano se expresó la codicia—. No sé qué haréis con ella, pero la copa tendría que estar en la noble sede arriana de Mérida. Decidme, ¿qué pensáis?

—Sigo diciéndoos que no os incumbe...

En aquel momento se escuchó una música suave, el ambiente se volvió más distendido, unos músicos con liras, flautas y timbales comenzaron a tocar en el peristilo. El mismo obispo Sunna se distrajo del tema que le ocupaba. Hermenegildo apreció la belleza de la música; y sin saber por qué, recordó a Florentina. Cerró los ojos apoyado en la columna para evocar mejor a la joven mientras sonaba la melodía. Entonces notó que le llamaban por detrás, era Lesso.

—Joven amo, hemos encontrado al chico, se encuentra herido.

—¿Dónde está...?

—¿Podéis dejar a vuestros invitados un momento?

Hermenegildo miró en torno a sí; la mayoría de los invitados estaban templados por el vino y distraídos con los músicos. Asintió con la cabeza siguiendo a Lesso.

Pasaron a la zona del impluvio; en una de las habitaciones encontró a Isidoro, con marcas de haber sido apaleado.

—No sabemos lo que ha ocurrido, pero le han dado una paliza... Lo abandonaron inconsciente cerca del antiguo anfiteatro.

El hijo del rey godó le levantó los párpados al chico, Isidoro se opuso a ello con un reflejo de defensa y comenzó a volver en sí. Hermenegildo observó que las pupilas no estaban dilatadas y reaccionaban a la luz.

—Se recuperará —dijo—. ¿Habéis avisado a sus hermanos?

—Sí, ya vienen hacia aquí.

Efectivamente, poco después se oyó abrirse la puerta de entrada de la casa, y varias personas irrumpieron rápidamente en la estancia. Eran Leandro, Florentina y la madre de ambos. Las mujeres se aproximaron al lecho donde reposaba Isidoro. Leandro, que observaba todo de pie, se volvió hacia Hermenegildo.

—Os agradecemos enormemente el interés que os habéis tomado en encontrar a nuestro hermano. ¿Dónde estaba?

—Al parecer lo encontraron inconsciente en la zona del antiguo anfiteatro, en una de las jaulas para las fieras... Alguien debió de conducirlo hasta allí, después de golpearle.

Isidoro gimió de dolor, poco a poco se despezó en el lecho, abriendo los ojos.

—¿Dónde estoy...?

—Estás en la mansión de los baltos —le dijo Florentina—, en casa de amigos. ¿Qué te ha ocurrido?

Isidoro se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos, exhalando un grito de dolor. Después, todavía sujetándose la cabeza con las manos; se incorporó en la cama y, al fin, bajó los brazos, reposando la cabeza contra la pared. Hablando muy despacio y con esfuerzo, les refirió lo siguiente:

—Ayer fui a la escuela monacal, llegué más temprano que en otras ocasiones, todavía no había amanecido. La puerta principal estaba cerrada, así que rodeé la basílica para entrar por la puerta de los monjes. Entonces oí ruidos en un patio posterior. Pensé dirigirme allí para que me abrieran. En el patio vi a unos encapuchados que intentaban entrar en la iglesia a través de una ventana. Me di cuenta de que querían robar algo en la iglesia. Retrocedí para buscar ayuda, pero se percataron de mi presencia, me rodearon y comenzaron a pegarme entre todos. No pude defenderme. Al verme malherido, debieron de pensar que estaba muerto, les dio miedo que me encontrasen allí y me montaron en un carro. Por el camino oí algo sobre una copa; creo que eso era lo que estaban buscando en la iglesia. Me arrojaron a la cisterna del circo y al caer perdí el conocimiento. Es un milagro que me hayáis encontrado.

—¿Estás seguro de que hablaban de una copa?

—Sí, lo estoy.

—No entiendo cómo no te han matado.

—Yo no era lo que querían...

—Fue Silvano el que adivinó dónde podía estar —dijo Lesso—. Él sabe bien que cuando estas bandas quieren tapar un crimen a veces esconden al cadáver en el antiguo anfiteatro, por eso decidió buscarle allí. Ha sido una gran suerte que lo encontrásemos vivo.

Isidoro se había incorporado en el lecho; intentó levantarse pero le fallaron las fuerzas. Su hermano Leandro le sostuvo, tuvo que volver a tumbarse.

—Nos lo llevamos a casa —dijo Leandro.

—Deberíais dejarle aquí unos días. Aquí estará mejor cuidado, llamaremos al físico.

—Sí. Deberíais dejarlo aquí —les aconsejó Braulio—, esta es una casa amiga para vosotros. No necesitamos al físico, mi amo conoce bien los remedios de la

curación.

Florentina observó a Hermenegildo extrañada de que él supiese curar. Él notó un nudo en la garganta ante aquellas pestañas castañas, largas y sombreantes que lo acariciaban.

—Mi madre me enseñó...

—No dudamos de vuestra pericia, ni tampoco de que aquí estaría atendido —dijo la joven—, pero no queremos dejarle solo.

—Vos o vuestra madre podéis permanecer aquí con él.

—No queremos molestaros —respondió ella.

—Para mí es un honor que los hijos de Severiano, el defensor de Cartago Nova, moren en mi casa.

Ella enrojeció, hacía mucho tiempo que nadie había reconocido la nobleza de su padre. Con un gesto interrogó a Leandro, quien le hizo un ademán de asentimiento; después le dijo:

—Mi madre es mayor y está enferma, quizás haya que velarle por las noches. Me quedaré con él.

Hermenegildo se sintió de pronto profundamente alegre. Vinieron a su mente los días en el camino a Mérida, sus conversaciones con ella, lo mucho que había disfrutado estando a su lado; ella le recordaba un poco a su madre, la reina olvidada.

Braulio se hizo cargo de acomodar al herido y a su hermana en dos cubículos que se comunicaban entre sí, junto al impluvio.

Mientras tanto, Hermenegildo fue llamado al banquete y se retiró llevando en su retina la cabeza de Florentina tapada por un manto fino, e inclinada cuidando a su hermano.

Al llegar a la fiesta, percibió que la buena comida y, sobre todo, el vino habían hecho su efecto sobre los invitados. Muchos estaban borrachos, Sunna sonreía bobaliconamente. Algunos sirvientes sacaron frutas y Hermenegildo tomó unas ciruelas, hablando distraídamente con Publio Claudio, que era uno de los pocos hombres sobrios de la fiesta. La música procedente de flautas y timbales llenaba aún la sala.

Los concurrentes fueron lentamente dejando sus sitios. Hermenegildo se despidió de unos y de otros. Sunna fue tropezando hacia la puerta, estaba algo achispado; quizá por ello el obispo arriano insistió sobre lo que le preocupaba.

—Mi señor, mi señor, la copa, la copa debe ser mía, de la iglesia arriana de Emérita.

—¿Habéis tratado de robarla...?

—¿Cómo podéis decir eso...? —De pronto todo su torpor mental pareció desaparecer, pero su voz continuaba temblando por efecto del alcohol—. La copa me pertenece y la quiero para mayor gloria del reino goda.

Hermenegildo hubo de sostener al obispo, que se caía hacia los lados, y le fue

acompañando hasta la puerta.

—Me he enterado que hoy han asaltado la basílica de Santa Eulalia, que buscaban la copa y no la han conseguido. ¿Sabéis algo?

—¿Cómo me podéis hacer semejante pregunta? A mí... Yo no sé nada.

—Sí, sí —le tranquilizó Hermenegildo, dándose cuenta de que mentía.

Llegaron los carruajes y les recogieron. Sunna entró tambaleándose en el vehículo que le conduciría a su domicilio. La fiesta había terminado. Junto a la puerta principal de la casa, Hermenegildo despidió a los convidados; Braulio, a su lado, los veía salir satisfecho por el resultado de la recepción.

—Mañana se comentará en la ciudad este banquete, y el poder de vuestro padre.

—Creo que hemos conseguido lo que buscábamos. Argebaldo me ha prometido más hombres y otros nobles también.

—Tendréis que ir a visitarlos uno a uno para que se atengan a sus compromisos.

Hermenegildo asintió, se encontraba cansado. Al ir hacia sus aposentos pasó por delante de la habitación que ocupaban Florentina y su hermano. Aún había luz. Sintió el deseo de acercarse y entrar. Se acercó hasta la puerta, pero allí se detuvo con indecisión. Siguió adelante y cruzó el patio porticado donde los criados recogían los restos de la cena, saludando a unos y a otros. Antes de llegar a su aposento, se encontró a Lesso.

—Debemos llevarnos la copa al norte cuanto antes... —le dijo Hermenegildo.

Después le resumió lo que había relatado Isidoro y lo que pudo sonsacar a Sunna.

—La copa no debe caer en manos arrianas y menos aún en las de algunos nobles godos que buscan el poder a toda costa. Si debemos llevarnos la copa de oro —le previno Lesso—. Anunciad que os la lleváis. La de ónice podría quedarse en Mérida. Decidle a Mássona que la oculte, que no la muestre al pueblo.

—De acuerdo, así nadie poseerá por entero el poder de las dos copas. Mañana iré a ver a Mássona, en el curso de esta semana nos marcharemos al norte.

Los hispanos

Aquella noche, Yo, Espíritu de Sabiduría y de Fortuna, me introduje en los sueños de Hermenegildo: en la mente del príncipe godo apareció su madre, más joven que cuando murió, con el aspecto que tenía ella cuando Hermenegildo era aún muy niño, el pelo dorado le caía sobre la espalda. La sin nombre esbozaba una sonrisa suave. Detrás de ella, de modo difuso pudo divisar el rostro de aquel hombre moreno, al que llamaban Aster, a quien había aprisionado en el norte y a quien ajusticiaron apenas unos meses atrás. Le sorprendió la mirada de él, con una expresión de profunda serenidad y de afecto. Se despertó varias veces recordando la mirada de aquel hombre.

La luz del sol le iluminó la cara; todo había sido un sueño, pero en Hermenegildo persistió una inquietud vaga. Se levantó del lecho, se aseó, recorrió los patios buscando a Braulio; el viejo criado se ocupaba estudiando algunos legajos. Le preguntó por los hispanos. Braulio sonrió con sorna y le indicó que estaban bien. Entonces, Hermenegildo se dirigió a los aposentos de los dos hermanos, Isidoro mostraba muy buen aspecto. Se había despertado y ya no le dolía tanto la cabeza, estaba desayunando en la cama un tazón de leche con pan. Florentina, sentada a su lado, lo vigilaba.

—¿Ya estás mejor?

—Sí. He dormido bien...

Hermenegildo le palpó la cabeza con cuidado con sus largos y finos dedos. Las heridas estaban cicatrizando.

—Hoy y mañana deberás guardar reposo, no puedes moverte de la cama ni hacer esfuerzos. En tres o cuatro días estarás bien.

Florentina alzó los ojos para hablar con él; su piel nacarada enrojeció ligeramente mientras le decía:

—¿Cómo podremos agradecer vuestras atenciones...?

—De ninguna manera... He hecho lo que estaba en mi mano...

Ella tomó las manos de Hermenegildo y las besó en señal de gratitud. Isidoro esbozó una sonrisa disimulada, mientras Hermenegildo decía sin apartar los ojos

de la dama:

—Debo irme, me esperan en la ciudad.

Después, cuando el príncipe godo recorría las estrechas callejas de la urbe, notaba todavía los labios suaves y húmedos de ella sobre sus manos. Aquella impresión no se le borró en todo el día.

Uno a uno, fue visitando a los próceres con los que había hablado la noche anterior. Almorzó en casa del gobernador. Menos excitado por el alcohol que en la fiesta, Argebaldo no rebajó el número de hombres pero intentó posponer su envío. Hermenegildo no cedió; le instó para que, antes de finalizar la semana, tuviese las tropas dispuestas.

Por la tarde, visitó a otros nobles que también intentaron retrasar o disminuir el envío de tropas; él se negó a aceptar. Convenció a unos, tentó con promesas a otros, al final prácticamente todos le prestaron su colaboración.

Bajando una pequeña cuesta fuera de los muros de la ciudad, llegó a Santa Eulalia. Mássona le recibió con un semblante que expresaba preocupación.

—Sabrás que han intentado asaltar la basílica.

Hermenegildo asintió y le contó brevemente su diálogo con Sunna.

—Los arrianos buscan la copa.

Mássona estuvo de acuerdo y Hermenegildo le apremió:

—No debemos posponer ya más el encargo de mi madre. Lo intentarán de nuevo de una manera o de otra.

La expresión de Mássona al asumir que iba a perder la copa fue de tristeza y un cierto resentimiento le asomó a los ojos. Hermenegildo prosiguió:

—He decidido que conservéis la copa de ónice. Me preocupa enviar las dos al norte. En realidad, no sabemos bien qué nos aguarda allí y si ambas unidas son tan poderosas, podría resultar arriesgado llevarlas a un lugar desconocido. Es evidente que la copa de oro pertenece a los pueblos cántabros, pero no lo veo tan claro con la de ónice. Ese cáliz es sagrado, debe dedicarse al culto divino, estará mejor con vos.

Entonces la actitud de Mássona cambió, su rostro se relajó y una sonrisa asomó en su cara.

—Os agradezco la confianza que depositáis en mí —dijo Mássona...

—Solamente os pido una cosa. Es importante que no la uséis públicamente; decid que no tenéis ninguna de las dos. Tanto vos como la copa estaréis más seguros.

El obispo le juró que la ocultaría. Después ambos cruzaron la basílica, alcanzando la pequeña sacristía cercana a la nave central. Al abrir el armario donde la copa estaba guardada, tanto Hermenegildo como Mássona se inclinaron en una actitud reverente. Hermenegildo notó cómo el obispo católico oraba con gran intensidad en dirección a la reliquia. Al fin, la sacó y desprendió una copa de la otra. Devolvió la de ónice al interior del armario y envolvió la de oro en una

pieza de lana, para introducirla en un cofre tachonado en hierro. Hermenegildo recibió el cofre de manos del obispo y lo ocultó bajo su capa. Después se despidió de Mássona.

Anochecía cuando llegó a la casa de los baltos, llamó a Lesso y le encargó que protegiese la copa. Lesso advirtió que su príncipe estaba nervioso, pensó que era por el asunto de Mássona, pero no era aquello lo que le producía inquietud. Hermenegildo paseó un par de veces por delante de los aposentos de los hispanos, pero se hallaban cerrados y no se atrevió a entrar.

Durante la noche, los sueños de Hermenegildo fueron inquietos. Se vio a sí mismo en una ciudad del sur luchando contra Recaredo. Había muerte y destrucción por doquier. Se despertó. Fuera cantaba un gallo, era la madrugada. Después de cierto tiempo de dar vueltas en el lecho, se quedó de nuevo dormido.

En los días siguientes, antes de salir a inspeccionar al ejército, se acercaba a ver a Isidoro. Las heridas cicatrizaban bien. Le administraba adormidera para que descansase y el chico pasaba la mayor parte del tiempo dormido. El hijo del rey godo disfrutaba hablando con la hermana; entre ellos se desarrolló un clima de confianza.

Una mañana se encaminó a los aposentos de los jóvenes de Cartago Nova. Al atravesar la puerta, se sintió más inquieto que de costumbre, quería hablar con ella. Dentro se encontró a Isidoro durmiendo aún, mientras su hermana le velaba cosiendo algo de ropa.

Hermenegildo se acercó al lecho. Le abrió los ojos suavemente y comprobó que todo estaba bien. El chico se despertó, pero se volvió a quedar dormido enseguida.

—Vuestro hermano está bien, os ruego que vengáis conmigo, lo podéis dejar solo un tiempo.

Ella sonrió con aquella expresión que a Hermenegildo le turbaba tanto y lo observó sin miedo. Después se levantó grácilmente y se colocó los pliegues del vestido. Su cintura era estrecha y sus hombros, más anchos; desde ellos caía la túnica que se recogía sobre el pecho marcando sus formas delicadas. Hermenegildo se fijó en cada detalle de su figura, particularmente en el rostro. Había recogido su hermoso pelo castaño en una trenza que le colgaba a la espalda. Salieron al atrio, Isidoro no se movió de su lecho.

Hermenegildo se sintió feliz, le agradaba oír la hablar ya que la conversación de Florentina era inteligente y discreta. La belleza de Florentina iba ligada a su forma de ser, se ocultaba a la vista de los hombres, pero cuando se la trataba, afloraba a la luz. Él se la comía con los ojos, y apreció todos aquellos detalles que sabe ver alguien que ama: un hoyuelo en sus mejillas; las cejas curvadas en un arco perfecto y elevado; los ojos grandes, castaños o verdes según la luz; la dentadura perfecta que le iluminaba la cara al sonreír.

Hablaron de naderías mientras él le iba enseñando las estancias de la casa.

Subieron al solárium; desde allí se veía toda la estructura del viejo palacio que había sido fortificado en los últimos años, los patios interiores, las antiguas termas, los establos y cobertizos para el ganado. Los criados trajinaban de un lado a otro. Desde aquel terrado, a lo lejos, se podía divisar una amplia extensión de terreno y el río. Un día claro, sin nubes, como acostumbran ser en aquella tierra. Una brisa muy suave movía el pelo de ella, desligándolo de la trenza formando como un halo. A lo lejos, viñedos y olivos, una tierra plana, pero a Hermenegildo le pareció distinguir las montañas cántabras en la distancia, como en un espejismo.

—Debo volver al norte para continuar la guerra, servir a mi padre y cumplir una vieja promesa. Cuando regrese quisiera veros de nuevo...

—No me encontraréis aquí.

—¿Os vais?

—Nadie nos ha ayudado en esta ciudad...

—¿Mássona...?

—Él no puede hacer nada. No es noble y la riqueza que administra no es suya, no puede ayudarnos. Mi hermano quiere intentar que vayamos a Toledo, quizás allí...

—Yo puedo proporcionaros cartas para el conde de los Notarios, quizás él pueda conseguir un empleo para vuestro hermano.

Ella le agradeció sus atenciones y le dijo conmovida:

—Desde que nos hemos encontrado, no habéis dejado de ayudarnos... ¿Qué queréis de nosotros? ¿Cómo podemos agradecerlos?

Hermenegildo calló avergonzado, algo cálido cruzó su corazón. La vio muy hermosa, de pie con la luz del sol brillando sobre su pelo castaño, con sus grandes ojos color de oliva mirándole parpadeantes y luminosos. Su boca suave se abría hacia él. Él se inclinó hacia ella.

—Sois muy hermosa...

Florentina se estremeció y habló envarada.

—No digáis eso.

—Es la verdad. Yo quisiera...

—Vos sois el hijo del rey y yo, una dama de origen romano... Hay una prohibición expresa...

Ella se detuvo sin querer continuar, enrojeciendo como avergonzada.

—Algún día eso cambiará.

—No. Hay cosas que no cambiarán nunca.

Él prosiguió en un tono muy alto.

—¡Yo haré que el mundo cambie!

—¿Estáis loco? —rio la dama.

Entonces se alejó del hijo del rey godo, retrocediendo hacia la oscuridad, a las escaleras que conducían al piso inferior. Para Hermenegildo, el sol dejó de brillar. Se detuvo un instante pensando que no había sabido expresar bien lo que

sentía. Al fin salió tras ella, a tiempo de ver cómo su vestido claro se ocultaba tras las sombras de la casa.

Al llegar al peristilo, la joven ya no estaba, cruzaba la entrada al atrio; allí la alcanzó y puso la mano sobre su hombro.

—¿Por qué huyes de mí, Florentina?

La joven se sonrojó al oírle, dirigiéndose con tanta familiaridad. El rostro de la hispana estaba serio y grave cuando le contestó:

—No huyo... He dejado mucho tiempo solo a mi hermano. Dejadme ir, señor.

—Me gustaría estar contigo, hablar contigo como en el camino a Mérida. ¿Te acuerdas?

—Allí estaba mi familia, no es decoroso para una dama estar a solas con vos. ¿Qué pretendéis?

Hermenegildo calló. «¿Qué pretendo?» , se preguntó a sí mismo, y no pudo darse una respuesta. Al fin cayó en la cuenta de que la quería, pero no era lícito para un hombre godo dirigirse a una hispana de su clase. Se sintió frustrado cuando Florentina entró en la habitación de Isidoro y cerró la puerta.

La soledad de aquella casa le abrumó; no una soledad física, estaban los criados, Lesso y Braulio; más que criados, amigos; se trataba de la soledad de quien echa de menos un tiempo perdido; faltaba su madre, su hermano Recaredo, el ambiente feliz que habían vivido allí de niños. En un instante, se vio en la vieja casona de Mérida, con el cabello lleno de canas, cuando las guerras hubiesen acabado ya, en un tiempo de paz, rodeado de gritos y juegos de niños.

Aquel nunca sería su destino.

Él siguió pensando. Florentina encajaba en todo aquello, pero ella nunca se dirigiría a él sin una proposición de matrimonio; lo cual era imposible: las leyes actuales lo prohibían. Es verdad que el rey Teudis había contraído matrimonio con una ricahembra hispanorromana, pero Teudis era ostrogodo y un general de prestigio. Hermenegildo se sabía en una posición delicada; conocía bien que en la corte se hablaba ya de su posible unión con una princesa franca. Él no podría desobedecer a su padre, toda su vida había estado marcada por la falta de afecto y confianza de Leovigildo, el todopoderoso rey de los godos, su padre. Nunca podría desposarse con una mujer de quizá noble ascendencia, pero hispana, y sin ningún patrimonio. Les separaba más la diferencia de linaje y posición social que el credo o la nación.

Miró al cielo desde el atrio del impluvio; el sol estaba en su cénit y su luz se introducía por todas las esquinas de la casa. El reloj solar de la pared marcaba el mediodía. Debía finalizar muchas tareas en el día de hoy si quería irse al norte a finales de semana. Llamó a Lesso y a Román; por la tarde salieron de la ciudad a caballo hacia el campamento de los sayones y siervos de la gleba. Las tiendas se extendían en una llanura cercana al pantano de Proserpina, aquel que abastecía

de agua a la urbe. Las tropas de los Claudios estaban ya acampadas allí y también las de otros muchos nobles de Emérita. Mañana llegarían las del gobernador y las de Frogga. Se sintió satisfecho, había reunido un buen ejército. Esperaba que, al menos por una vez, su padre se mostrase contento con él.

Con Braulio y Lesso comenzó a examinar la destreza de aquellos hombres que nunca habían usado una espada, desafió a alguno de ellos y lo venció, pero se defendieron bien. Se sintió contento. Después hizo disparar a los arqueros; una nube de flechas oscureció el cielo límpido de la Lusitania.

Al llegar a casa, rendido por los entrenamientos con los hombres del campamento, alguien le estaba esperando: era Leandro.

—Isidoro está mejor. Mi hermana quiere llevárselo a nuestra casa.

—Habéis venido libremente, podéis ir de aquí cuando queráis.

—Quiero decirlo que mi hermana y yo os estamos muy agradecidos.

—Precio la amistad que me brindáis.

—No os olvidaremos. Tenemos que irnos de esta ciudad que no se ha portado bien con nosotros... ¿Creéis que Isidoro podría emprender un viaje?

—Sí, Isidoro se ha recuperado muy bien. A finales de semana parto hacia la campaña contra los cántabros. Vuestra hermana me ha confiado que queréis ir a la corte de Toledo. Podrías hacer parte del camino conmigo y con el ejército que se dirige al norte, iríais más seguros.

Leandro aceptó complacido.

—De nuevo os agradezco vuestra ayuda.

—También creo que pretendéis conseguir un oficio en la corte como escribiente. Os podría enviar con cartas para el conde de los Notarios, hace tiempo que le conozco...

Leandro le interrumpió, expresando de nuevo su gratitud.

—Nadie nos ha ayudado en esta ciudad como vos... A nosotros, una familia sin fortuna.

A Hermenegildo le abrumaban las muestras de reconocimiento del romano, por lo que habló con timidez, como intentando disculparse de lo que estaba haciendo:

—Hace dos meses falleció mi madre. Ella era una dama a la que conmovían las necesidades ajenas; era católica como lo sois vos, creo que si hubiera estado en vida habría querido que yo os ayudase. Os ruego que no me deis las gracias, hago lo que está en mi mano.

—Espero poder corresponder a vuestra generosidad de algún modo.

Hermenegildo se detuvo un momento, para después continuar diciendo:

—Quizás algún día vos tengáis también que ayudarme, y entonces os tomaré la palabra.

Eso se iba a cumplir. De algún modo que ambos no conocían, aquello se iba a cumplir pasado el tiempo.

El regreso a Toledo

La larga caravana de tropas y útiles para la campaña del norte avanzaba renqueante por la calzada romana. Los caballos de guerra, acostumbrados a galopar, resoplaban como indicando a sus amos que tenían prisa por llegar a la guerra. La marcha era lenta porque a las tropas se sumaba una intendencia de algunas mujeres y carromatos con víveres.

Hermenegildo cabalgaba despacio rodeado de su guardia personal; Lesso y Román formaban parte de ella. Detrás de él, avanzaban las tropas de la casa de los baltos; más atrás, las del gobernador y, aún más atrás, las de otras casas nobles de Mérida; por último, los carromatos. En uno de ellos, Leandro guiaba con mano fuerte los caballos que la generosidad de Hermenegildo había puesto a su disposición; su madre hablaba animadamente con él. Fulgencio, subido a uno de los pencos, jugaba.

En el interior del carromato, Florentina cuidaba a un Isidoro aún no totalmente repuesto de la brutal paliza que le habían dado. Los ojos castaños del chico, llenos de viveza, captaban que algo le ocurría a su hermana. En los días pasados en la casa de los baltos, ella había sido feliz y desgraciada a la vez y, aunque no hablaba, poco se podía escapar a la aguda sensibilidad del muchacho. Ahora estaba meditabunda, había escondido la cabeza entre las manos y su hermoso cabello castaño le colgaba a los lados movido por el vaivén de la carreta. En un momento dado, levantó los ojos, mostraban signos de haber llorado.

—¿Te ocurre algo?

—No. Nada... no pasa nada.

—Tus ojos están enrojecidos.

—Sí —dijo ella—, es el polvo que levanta la carreta.

Él, que estaba muy unido a ella y que la conocía bien, no se rindió ante la respuesta.

—Yo soy más joven y quizá no tengo experiencia, pero entiendo que te sucede algo de lo que no quieres hablarme.

Florentina no pudo más y comenzó a desahogarse:

—Piensa que hubieras deseado algo... y que ese algo se te brindase pero que

fuese totalmente inalcanzable y quisieras retirarlo de tu mente... que ese algo fuese más valioso que tu vida, que tu misma vida... que estar cerca de ello fuese un tormento y que estar alejada de él, una profunda agonía... Así me siento y o.

—¿Es Hermenegildo...?

No le contestó y ocultó la cabeza entre las manos; después la levantó y habló lentamente.

—Siempre he pensado que mi camino no era el de ser madre y esposa. Hace años y o me sentí llamada a ser una virgen retirada del mundo. Lo he hablado a veces con Leandro; él me animaba en mi decisión, pero me decía que debía esperar; vosotros, Fulgencio y tú, erais pequeños y no era el momento de dejar a madre sola. Pasado el tiempo, la idea de irme a un lugar apartado para orar y alejarme de todo se reafirmó. Sería sabia e instruida y devota. Me parecía vulgar el destino de otras mujeres abocadas a criar hijos y a la rutina de un hogar. Todo era así, claro y diáfano. Pasarais los años, os haríais mayores y yo me retiraría a un convento, a vivir en paz. Todo estaba muy claro. Lo estuvo siempre hasta que el hombre más bueno que nunca he conocido, un hombre valiente y justo, apareció en nuestras vidas... y ese hombre me ama y yo sé que no puedo, que no debo corresponder.

Isidoro no contestó a su hermana, era pequeño aún, tendría unos doce años, pero entendió que ella sufría. Se incorporó ligeramente y le acarició el cabello. Ella comenzó a llorar, las lágrimas caían lentamente sobre su rostro y ella las dejó manar.

Llegó la noche, la comitiva acampó junto a un pequeño río. Se montaron hogueras, un olor a sebo quemado y a frituras se extendió por el campamento.

Los hijos de Severiano comieron sus modestas viandas. Cuando acabaron, Florentina se acercó al arroyo para limpiar en el agua los utensilios que se habían manchado en la cena. Al regresar, la luz de la hoguera era solo rescoldo, todos se habían acostado y ella se sintió también cansada. Entonces notó la presencia de alguien junto a ella. Era el hijo del rey godo.

Ella se volvió y la luz de las brasas le iluminaron la cara, sus ojos color de aceituna.

—Quisiera hablar con vos.

—Ya lo estáis haciendo —respondió ella con una cierta brusquedad.

—En mi casa os hice una pregunta que no llegasteis a contestar...

—No recuerdo de qué me estáis hablando.

Él se acercó a ella, puso las manos sobre sus hombros, ella tembló al sentir el contacto para después envararse, rígida, como asustada.

—No os voy a hacer daño —le dijo él.

Los ojos de Florentina se llenaron de lágrimas.

—Mañana nos separaremos, nuestros caminos se dividen. Antes de ir a la guerra, a un lugar de donde no sé si regresaré, necesito saber si me amáis, y si es

así, si me esperaríais.

Ella tomó las manos de él e intentó retirarlas de sus hombros.

—¿Qué es el amor? La emoción de un día que se va y no regresa. ¿Qué es el amor? Una fuerza que nos arrastra y deshace. ¿Qué es el amor? Una luz que arde un segundo y se apaga. Nada de eso es el amor. No, el amor es construir algo juntos, es hacernos el uno al otro, compartir dos vidas, no compartir dos lechos. Buscar el bien del amado, eso es el amor. Vos y yo no podremos hacer eso, hay barreras legales...

—Las cambiaré...

—Hay destinos separados...

—Los uniré...

—Hay barreras de linaje y de raza...

—No me importa.

Florentina se estremeció al notarle a él, palpitando a su lado, aprisionándola con sus brazos. Hizo acopio de todas sus fuerzas y se retiró de él, diciendo:

—Y yo tengo un compromiso previo que no puedo obviar.

Ante aquello, Hermenegildo enrojeció de celos.

—¿Quién es él? Le retaré y me batiré por vos...

Ella sonrió suavemente.

—No podéis hacer eso. Vuestro rival es mucho más poderoso de lo que vos nunca lo seréis.

Él la asió de nuevo por los hombros y la zarandéo suavemente.

—¿Quién es?

—Aquel de quien nos vienen todas las gracias, el Creador y Redentor del género humano.

Él la soltó y ella continuó hablando.

—Hace años que me he sentido llamada a ingresar en un convento. Cuando mi familia ya no me necesite, me iré.

—Ante ese rival no puedo competir —protestó él—, soy arriano por imposición, no entiendo de cuestiones religiosas; pero os respeto. Solo decidme una cosa, si no existiese esa llamada que decís, ¿me querriais?

Entonces Florentina respondió con una frase que Hermenegildo en aquel momento no entendió.

—Sin esa llamada yo no sería yo y no me amaríais, es algo constitutivo a mi forma de ser; por tanto, vuestra cuestión no tiene respuesta.

—Sois de recia condición...

—Os digo la verdad.

Se separaron el uno del otro, él besó su mano y se retiró. Ella sintió largo tiempo aquel beso húmedo y cálido sobre su piel. Sus ojos no pudieron conciliar el sueño durante la noche. Desde las mantas en las que estaba rebujada, en la carreta, ella vio el amanecer. La luz rosada de la mañana surgió gradualmente,

iluminando la fogata ya apagada y los carromatos vecinos. El campamento se puso de pie y se inició otro día de camino.

Hacia el este se extendían los montes de Toledo, serrezuelas bajas cubiertas de retama, jara y encinas. Una posada marcaba el cruce de caminos, allí se despidieron. Hermenegildo abrazó a Leandro, después al pequeño Fulgencio y, por último, a Isidoro. Saludó caballerosamente a la madre; al fin se dirigió a Florentina. Los ojos de ambos se cruzaron, en los de él había un reproche que no asomó a los labios. Los ojos de ella eran inescrutables, mostraban un dolor profundo muy difícil de expresar en palabras.

Aquella no sería la última vez que se verían. Sus destinos estaban ligados hasta más allá de la muerte, de algún modo que ellos no podían adivinar.

El encuentro

El ejército godo cabalgaba entre mares verdes de trigo y bosques de coníferas, atravesaron colinas suavemente onduladas que ascendían y descendían al ritmo de los caballos. Desembocaron en las estribaciones de las montañas cántabras. Muy a lo lejos, podía vislumbrarse, como una atalaya sobre la meseta, la Peña Amaya: farallones de piedra y descomunales peñascos en donde se encubría un castro fortificado de grandes dimensiones. Los hombres de Hermenegildo, cubiertos por el polvo del camino, deseaban llegar al campamento godo cuanto antes, allí los esperaba el resto del ejército.

El camino bajó una colina, remontó otra y por último, a unos cientos de pasos, se despejó en una explanada en la que se abrían las puertas del fortín. El campamento estaba rodeado de una empalizada de troncos en la que se apoyaban los carros y, en el centro, las distintas tiendas con los pendones de los nobles o de la casa real. Sonó una trompa y se abrieron las puertas del recinto. Prácticamente toda la población del campamento salió a recibirles, entre ellos muchos viejos amigos. Hermenegildo pudo identificar entre la multitud a Wallamir y a Claudio; este último se acercó a saludarlo, el hijo del rey godo, desde lo alto del caballo, le mostró las tropas que provenían de la casa de los Claudios en Emérita Augusta; el romano se alegró al distinguir a muchos conocidos de la clientela paterna.

Hermenegildo estaba deseoso de ver a Recaredo, pero no le reconoció entre la multitud. Siguió cabalgando entre gritos de bienvenida y de alegría, encaminándose a los pabellones del rey. La tienda real, grande y con múltiples pendones, se abría al exterior por un toldo clavado en el suelo con unas guías, guarnecido por revoques de oro. Allí, alto, autoritario, severo, el rey Leovigildo recibía a las tropas procedentes de Mérida en un lugar ligeramente elevado. Hermenegildo desmontó y se acercó al sitio del rey. Al llegar junto a él, dobló la rodilla haciendo una inclinación respetuosa a su padre, el rey de los godos. Leovigildo, de pie, con las piernas entreabiertas y una mano apoyada en la espada, en actitud de dominio, imponía respeto a todos.

—Hace más de una semana que te esperábamos —habló Leovigildo sin permitir que su hijo mayor se levantase de su posición inclinada.

Hermenegildo se sintió incómodo ante aquellas palabras que parecían un reproche, por ello miró a su padre como diciéndole: «Padre, no me juzgues mal». Y, al mismo tiempo, pensó: «He hecho todo lo que he podido para cumplir tus órdenes»; por último, habló con serenidad.

—He levado tropas en Emérita y en otras poblaciones de la Lusitania. Los nobles han rendido pleitesía a su señor, el rey Leovigildo, y se han sumado a esta, que será una gloriosa campaña. Vienen conmigo quinientos jinetes y más de dos mil hombres de a pie.

—Una buena cantidad de hombres... Puedes levantarte. Sin embargo, he de decirte que no has cumplido lo que se te indicó. Tus órdenes eran llegar aquí lo antes posible...

—Y con la máxima cantidad de tropas. Eso lo he cumplido.

—Lo has hecho con lentitud. No me eres de utilidad si no sabes obedecerme. Necesito una sumisión ciega, total, por parte de mis hijos, adelantándose incluso a lo que yo pienso... ¿Lo entiendes?

El tono del rey era despectivo y no admitía réplica, por lo que Hermenegildo le contestó:

—Sí, padre...

Los ojos del hijo del rey expresaron una gran decepción al ver cómo su padre le daba la espalda y se introducía en la tienda. Dentro de ella, se oyeron las risas de Sigeberto y otros capitanes. Prefirió pensar que las risas eran por algún otro motivo; sin embargo, la furia y la frustración lo embargaron. De la tienda salió uno de los oficiales godos de alto rango que le explicó cómo debía disponer en el fortín los refuerzos que llegaban del sur. Hermenegildo supervisó la distribución de sus hombres dando órdenes a los capitanes. Cuando terminó se encontró con Wallamir y Claudio. Hermenegildo estaba serio y les preguntó:

—¿Qué le ocurre...?

Ellos entendieron que se refería al rey.

—Quería haber atacado Amaya hace dos semanas, estaba esperando tus tropas —dijo Wallamir—. Ya sabes que tiene un carácter muy fuerte y es impaciente. Le consume esperar...

—Has traído muchos hombres... —le alabó Claudio.

—Una gran parte de los efectivos pertenece a la casa de los Claudios —se dirigió a su amigo—. Tu padre ha colaborado con gran parte de ellos... Tú estarás al mando de los soldados de tu casa.

Claudio, quien años después llegaría a ser duque de la Lusitania, el hombre fuerte de Recaredo, sonrió encantado de poder comandar sus propias tropas.

Hermenegildo continuó hablando con una cierta amargura, diciendo:

—Sí. Creo que la mitad de Emérita Augusta se ha venido conmigo pero, haga lo que haga, mi padre nunca estará contento...

Claudio le animó, diciendo:

—Un ejército tan grande cuesta movilizarlo...

—Eso el rey no lo entiende... o no quiere entenderlo.

Los otros callaron, no querían criticar al rey, pero no les gustaba cómo trataba a su amigo. Hermenegildo les miró con afecto, eran dos buenos amigos y estaba contento de haber regresado junto a ellos. Los embromó golpeándoles suavemente con los puños en el hombro de uno y otro.

—¡Estáis curtidos y con barbas pobladas!

Los otros respondieron a sus bromas y comenzaron a pelearse como jugando entre ellos.

—A ti, en cambio, se te ve elegante y fino como siempre.

—¡No fastidies...! Llevo más de mil millas de galopada. Muy fino no puedo estar. ¿Dónde anda Recaredo?

—¡Ah! ¡Recaredo! Tu hermano está desconocido...

—¿Qué le sucede...?

Los dos se miraron con guasa y comenzaron a reír.

—Está enamorado.

—¿Enamorado? ¡Si es un crío! ¿De quién?

—De una cántabra que se encontró en un arroyo con la que peleó, una mujer guerrera...

—¿Una mujer guerrera...? ¿Qué es eso de una mujer guerrera?

Entonces, interrumpiéndose el uno al otro, Claudio y Wallamir le contaron la historia que corría por el campamento, convenientemente aderezada de múltiples invenciones y detalles picantes, desarrollados por la imaginación calenturienta de hombres sin mujeres. En aquel lugar, eminentemente masculino, se echaban en falta mujeres; solo alguna barragana acompañaba a los soldados. Había alguna más que se encargaba del abastecimiento; mujeres mayores, poco agraciadas y, sobre todo, con marido.

—Bueno... —preguntó Hermenegildo—, ¿dónde se ha metido?

—Desde que conoció a la cántabra, sale todos los días en las patrullas de vigilancia a ver si la vuelve a ver...

—¿Y...?

Los dos rieron, exclamando a la par:

—¡No ha habido suerte...!

Después continuó Wallamir.

—A veces está mustio y se enfada mucho cuando tocamos el tema... A nosotros nos gusta provocarle.

Claudio, que entendía las ganas de ver a su hermano que tenía Hermenegildo, le anunció:

—Al anochecer lo verás.

Después los tres amigos se fueron hacia la zona del campamento donde estaba la tienda de Hermenegildo y Recaredo, príncipes de la casa baltínga.

Claudio y Wallamir, contentos de reencontrarse con Hermenegildo, se explayaron comunicándole las novedades. Estaban cubriendo la zona, bloqueando las montañas para impedir que los cántabros atacasen los poblados de la meseta, pero los más de los días debían permanecer en el recinto, con lo que las ganas de hacer algo, aunque fuese combatir, les reconcomían. Por otro lado, una parte de las tropas había ido hacia el este a luchar contra los suevos. Les preguntó por Segga; Wallamir, Claudio, Segga y los dos hijos de Leovigildo habían sido inseparables desde niños. Le extrañaba que no estuviese con ellos. Los dos amigos de Hermenegildo se pusieron serios.

—No nos habla...

—¿Que no os habla...? —preguntó Hermenegildo.

—Un día, sin saber por qué, comenzó a insultar a Claudio —dijo Wallamir—, le llamó cerdo romano...

—Te puedes imaginar que no me contuve...

—Sí. Yo me puse de su parte. Claudio luchó contra Segga y le venció... delante de todo el mundo... Ya sabes lo soberbio que es. Desde entonces no se habla con nosotros y se relaciona con nobles de Toledo de la más «rancia estirpe visigoda» —prosiguió Wallamir, remarcando las últimas palabras.

—Él se lo pierde... —Al decir esto, Hermenegildo le dio un leve empujón a Claudio, con lo que se cortó la tensión que se había producido al nombrar a Segga.

Eran jóvenes. Estaban deseosos de entrar en la batalla para la que se habían entrenado durante años. Continuaron el camino hasta la tienda de Hermenegildo golpeándose mutuamente con los puños y saltando o corriendo para liberarse del nerviosismo, la impulsividad y la fuerza de sus miembros mozos.

Por la tarde, Hermenegildo revisó las tropas que habían llegado de la Lusitania, las consideraba algo suyo. Comprobó cómo estaban acomodadas. Nunca había tenido tantos hombres a su mando, aquellas semanas de marcha le habían obedecido. De entre ellos, los siervos de la gleba de la casa de los baltos, los que provenían de las tierras de labor, le eran particularmente queridos. Sentado junto a un fogón en lo más alto del acuartelamiento y limpiando unas aves, se encontró con Román. El mozo, de cuando en cuando, miraba hacia el norte impresionado tal vez con las cumbres de las montañas cántabras, cubiertas por nieves perpetuas; al tiempo que observaba con recelo y un cierto temor la Peña Amaya y el castro fortificado que debían conquistar. Quizás en aquella fortaleza se hallase su destino.

Durante el viaje habían corrido rumores de que en aquel lugar se ocultaban grandes tesoros. Se decía que la batalla que se avecinaba iba a ser cruenta, por eso Román pensó que quizás allí, en la fortaleza de Amaya, era posible que en lugar de la riqueza encontrase la muerte.

Hermenegildo se acercó al siervo, él dejó las aves y se puso en pie para

saludar a su señor, quien le palmeó el hombro.

—¿Cómo andas, Román?

—¡Deseoso de entrar en combate! Mi señor... —dijo el siervo nerviosamente.

Hermenegildo sonrió:

—No queda mucho. Ahora eres un buen guerrero.

Era así, todos aquellos labriegos habían aprendido a combatir gracias al adiestramiento de los últimos meses. Román le contestó, sonriendo:

—Un buen guerrero que limpia pollos, mi señor.

El joven príncipe godo se rio ante la contestación. Continuó inspeccionando a sus soldados, vio a Claudio al frente de los hombres de su casa. Este último y los capitanes que le habían acompañado desde Emérita se fueron reuniendo junto a él; los condujo fuera de la empalizada para inspeccionar el terreno y para que viesen lo que les aguardaba. Como en la campaña de dos años atrás, la Peña Amaya parecía inexpugnable; inexpugnable y sombría. El sol se guarecía tras los riscos, estaba anocheciendo. Bromearon, pero en el fondo de sus corazones imperaba el temor. Tres años atrás, allí habían combatido y muerto varios de sus compañeros de armas. Temían la forma de luchar de los cántabros, salvaje, llena de un furor guerrero. Hermenegildo no, él luchaba así, Lesso le había entrenado. Desde lejos Hermenegildo pudo ver el lugar donde había derrotado a Larus, jefe de los orgenomescos, y le había hecho morder el polvo en la campaña pasada. Su enemigo, un hombre gigantesco, había muerto. Hubieran tomado Peña Amaya de no mediar un ataque de los cántabros de las montañas.

Más allá, junto a un bosque, recordó que había luchado con un guerrero de rubios cabellos y ojos claros; prácticamente hubiera sido aniquilado por él si Claudio y Wallamir no lo hubieran rescatado. Lesso afirmaba que aquel hombre era su hermano, él no podía creer semejante historia. Hermenegildo se sentía godo, de linaje real, nunca podría estar relacionado con un cántabro o un astur.

Se retiró a cenar con los llegados de Emérita, a los que se unieron Claudio y Wallamir. El día se le hizo largo, le parecía que tardaba en anochecer porque esperaba a su hermano con ilusión. El resto de los hombres estaban alegres por el vino, hablaban de la pasada campaña, exagerando lances. Después, elevaron sus voces en canciones guerreras, baladas germanas de los tiempos pasados, en los que los godos habían devastado la Grecia, la Iliria y el Ponto. A aquellas trovas siguió un canto melancólico de un guerrero que había perdido a su amada. Hermenegildo calló, sobre el fuego se elevó el rostro bello y sereno de Florentina.

Las estrellas titilaban en la bóveda del cielo, cuando se escuchó el ruido de las trompas a la entrada del acuartelamiento. Regresaban algunos exploradores. Al abrirles las puertas, se precipitaron unos doce o trece hombres entre las tiendas, uno de ellos se separó del resto, preguntó algo y se dirigió hacia donde estaba

Hermenegildo. Recaredo llegó como una tromba, bajó del caballo y se tiró hacia su hermano, dando gritos de alegría. El resto de los compañeros les miraron divertidos, poco acostumbrados a actos tan efusivos.

Recaredo llegaba muerto de hambre y se sentó a comer con apetito en el suelo junto a su hermano. Los otros continuaron con las conversaciones y los cantos mientras ellos, los dos hermanos, hablaban.

—He conseguido muchos hombres en el sur —le dijo Hermenegildo—. Estuve en Mérida y vi a Mássona y a Braulio, ambos me dan recuerdos para ti. He traído casi tres mil hombres, pero padre no está contento.

—Está nervioso y deseando atacar; aquí todos lo estamos, por eso yo salgo a explorar. No resisto el encierro y el ambiente del campamento; solo se escuchan quejas, críticas y murmuraciones. Hoy he estado en Sasandon y en una villa romana más al sur. Todos están asustados por los cántabros, sobre todo por los rocones, ellos les llaman luggones.

—¿Por...?

—Son muy salvajes. Roban doncellas y practican sacrificios humanos. Quieren librarse de ellos a toda costa...

—Hablando de doncellas... me han dicho que has encontrado una mujer en las montañas.

Recaredo enrojeció. Estaba harto de las bromas que se habían producido en el campamento con aquella historia. Le contó resumidamente a su hermano lo ocurrido.

—¿Cómo era? —preguntó Hermenegildo.

—Muy hermosa...

Ante la mirada de guasa de su hermano, Recaredo prosiguió:

—Pero lo que realmente me llamó la atención fue que llevase un arco de gran tamaño y disparase tan bien. Sus ropas eran de buena calidad, no era una bagauda, ni alguien así. He vuelto varias veces porque creo que por allí debe existir alguna entrada hacia Ongar, el santuario fortificado de los cántabros. No he encontrado nada. Aquí todos creen que voy por la chica...

—¿No es así...?

—Bueno —admitió él—, en parte sí y en parte no.

Hermenegildo se dio cuenta de que aquel encuentro en las montañas había trastornado a su hermano. Se divirtió viéndole confuso.

—¿Traes la copa? —dijo Recaredo.

—Sí. Me costó convencer a Mássona, esa copa domina los corazones. Después tuve un problema con el obispo arriano Sunna, decía que la copa pertenecía a los godos... pero debemos cumplir el juramento hecho a nuestra madre...

—No sé cómo... Nosotros, los godos..., ¿penetrar en Ongar?

—Lo he hablado con Lesso, él conoce la entrada y nos acompañaría...

—¿Lesso conoce la entrada a Ongar?

—Sí. Él es de allí. Me ha dicho que nos conducirá hasta Ongar. Me ha hecho jurarle que no revelaremos los pasos.

—¿Cuándo iremos?

—Cuando Amaya sea conquistada. Antes será imposible ausentarse.

—¿Y si no cae?

—Caerá, tengo alguna idea de cómo atacaríais *batalla de Amaya*.

A la mañana siguiente, Leovigildo convocó a todos los capitanes, entre los que se hallaban sus hijos, en una gran tienda llena de tapices bordados en oro y objetos de lujo. Incluso en el frente, el rey gustaba de rodearse de boato como los emperadores bizantinos. Mostrábase con una corona de oro y piedras preciosas, con barba bien peinada y bastón de mando, sentado sobre una silla de cuero de amplias proporciones.

—Señores, la campaña comienza. Destruir la ciudad de los cántabros ha de ser nuestro primer objetivo. Los cántabros son alimañas, peores que animales salvajes, seres que no tienen conciencia ni honor. No dejaremos piedra sobre piedra. Dios está de nuestro lado, del lado de los pueblos que le sirven. —Su voz se tornó vehemente y exaltada—. No podemos permitir que ataquen constantemente las villas y ciudades de la meseta, que roben nuestras mujeres y que las sacrifiquen a sus dioses crueles. Amaya es además la llave de la conquista del reino de los suevos. Así, Hispania será una sola nación bajo un solo poder. ¡El poder del reino godo!

Se oyeron aclamaciones. Hermenegildo admiró a su padre, la fuerza del rey se transmitía a los que lo rodeaban y él, Hermenegildo, deseaba agradarle y contribuir al grandioso proyecto del rey Leovigildo.

—Ahora hemos conseguido un numeroso ejército. Parte del mismo ha sido levado por mi hijo Hermenegildo, príncipe de los godos.

Este último se sintió orgulloso por la alabanza del rey.

—Saldremos mañana al alba, la sorpresa será nuestro mejor aliado. Atacaremos la ciudad por el flanco de la meseta. Un gran contingente de hombres se encaminará hacia allí y desafiará a los hombres de Amaya.

Los duques del ejército godo aceptaron la propuesta del rey, discutiendo los detalles de la salida. Sin embargo, Hermenegildo propuso otro plan de batalla.

—Perdonad mi atrevimiento, padre mío, mi rey y señor. Hace dos años, en estas mismas puertas de Amaya, los godos fuimos vencidos. La fortaleza es difícil de rendir por el hambre y por la sed. La sorpresa puede jugar un buen papel a nuestro favor, pero los habitantes se replegarán a su interior y poco podremos hacer. Me han informado de que, a menudo, los cántabros se refugian en la ciudad y nos acibillan a flechas. Pienso que debiéramos usar máquinas de guerra que lanzasen piedras contra las murallas y las derruyesen.

Leovigildo preguntó a uno de los oficiales, el que se encargaba de los

perrechos de guerra y de la intendencia.

—¿Cuántas catapultas tenemos?

—Solo seis...

—Necesitaríamos más del doble.

Intervino entonces uno de los capitanes más experimentados.

—Al sur de Sasemón sé que hay una villa rodeada por grandes bosques de madera, su dueño tiene siervos expertos en carpintería... Podrían construirse más.

—Eso haría que se retrasase la campaña... No. Saldremos mañana, las catapultas se concentrarán al sureste de la fortaleza de los cántabros. Serán protegidas por mi hijo Hermenegildo, quien tanto defiende su uso.

Al primogénito del rey no le gustó lo que le encomendaba su padre, supondría un trabajo de ingeniero y constructor, en lugar de lo que él estaba acostumbrado, que era a guerrear.

—Pero, padre...

—¡No me contradigas! —exclamó Leovigildo imperiosamente. Después, con voz queda y seca, le susurró—: Bastante has retrasado la campaña. Con las catapultas debes demoler la zona sureste de la muralla e introducir a las tropas que has conducido desde Emérita.

Hermenegildo no habló más, le dolió el tono empleado por el rey. El encargo de las catapultas le pareció poco honroso, pero no protestó ante las palabras de su padre. Él llegaría más tarde a la contienda a si debía ir con las catapultas. Le parecía que era un error el orden de la batalla, sus tropas eran hombres de refresco bien entrenados, pero su padre los trataba como si fuesen hombres novatos sin fuste para la guerra. Hermenegildo sabía que no era así y se lo demostraría. La única ventaja de lo que su padre proponía era que todos los hombres que habían llegado con él desde Emérita irían juntos a la batalla. Él sabría conducirlos a la gloria, pensó.

Por otro lado, Recaredo iría en la vanguardia; aquello tampoco le gustaba a Hermenegildo. Sabía que, aunque valiente, Recaredo era bisoño en el arte de la guerra. Le hubiera gustado acompañarle para poder protegerle, pero como no podía ser así, le pidió a Wallamir que se mantuviese cerca de Recaredo en la batalla, aquella que iba a ser la primera ofensiva de guerra para su hermano.

Al conocerse las nuevas, durante el resto del día, un nerviosismo incesante atravesó el fortín de un lado a otro.

Hermenegildo se hizo acompañar por Román, que conocía algo del arte de la carpintería, algunos de los capitanes de Emérita y por Claudio. Comprobó el estado de las vigas de las catapultas. En algunos lugares estaban carcomidas, por lo que ordenó repararlas. Las transportarían en carros hasta cerca de Amaya, para montarlas en unos bosques cercanos a la fortaleza.

Emprendieron la marcha por la mañana; un largo reguero de soldados

avanzaba por el camino que conducía al castro.

Recaredo se entretuvo atrás con su hermano. Por la noche ya habían hablado de algunas cosas, pero todavía quedaban otras muchas pendientes.

—¿Qué es lo que ocurre con Segga? No le he visto desde que he llegado aquí... Me han hablado de una pelea con Claudio. Siempre han sido amigos.

Recaredo sonrió medio divertido, medio preocupado.

—Se ha vuelto un nacionalista goda. Según él, los godos debemos dominar el universo... Se une a unos cuantos del ejército de Toledo, entre otros Witerico y gentes afines a nuestra madrastra Goswintha. Presionan a nuestro padre para que les conceda privilegios y disminuya a los de los hispanorromanos.

—¿Qué dice nuestro señor padre, el rey Leovigildo?

—No se fia. Nuestro padre quiere que recaiga más poder sobre la corona, no desea que el rey sea un títere de los nobles godos. Se apoya más en los hispanorromanos, buscando la unidad de los pueblos de la península. Se dice que nuestro padre va a abolir la ley de los matrimonios mixtos.

A Hermenegildo se le vino a la cabeza Florentina, eso sería un obstáculo menos entre ambos. Aunque, en apariencia, indiferente y esquiva, él sospechaba que ella le amaba y que todas esas teorías de una llamada divina se vendrían abajo en el momento en que él pudiera proponerle matrimonio. Si la ley de matrimonios mixtos se derogaba, ella podría ser su esposa. Ante aquellas perspectivas se alegró internamente. Recaredo continuó hablando:

—Desde el día que Claudio le venció, Segga no se habla con él ni con Willamir. Para mí, son mucho más importantes estos dos que ese majadero que se cree salido de la pata de Fritigerno.

Hermenegildo se rio con la comparación; Fritigerno había sido el vencedor de Adrianópolis, la gran victoria goda contra los romanos, un mito entre los godos. Siguieron hablando de los nobles.

—Estamos en un momento de desunión... —dijo Hermenegildo—. A mí tampoco me gusta la actitud de Segga. Él es uno más del movimiento nacionalista y nobiliario que se opone al rey.

Entonces Recaredo habló, lleno de admiración hacia su padre:

—Nuestro padre busca la unidad y estoy de acuerdo con él. Es mejor unir el reino que dejarse doblegar por los intereses partidistas de los nobles.

También Hermenegildo compartía esas ideas:

—Estoy de acuerdo en que el rey debe apoyarse en los hispanos para fortalecer su poder. Entre ellos hay gente muy cultivada. En el viaje a Mérida conocí una familia que me impresionó, la familia del duque Severiano de Cartagena. Fueron expulsados por los imperiales, están arruinados y buscan un empleo. Envié al hermano mayor al conde de los Notarios. Su hermana es una mujer muy bella.

—¿Tú también tienes tu montañesa?

Hermenegildo no le contestó, le avergonzaba hablar de ella. Al notar su silencio, Recaredo se volvió buscando a Lesso. El montañés siempre les había acompañado y no lo veía por ningún sitio.

—¿Y Lesso...?

—Me ha pedido permanecer en el campamento. Él no quiere atacar Amaya...

Cabalaron juntos un corto trecho más; después, Wallamir se acercó para llevarse con él a Recaredo. Los hermanos se despidieron y el menor se encaminó hacia la vanguardia. La fila del ejército godos se estiraba hacia delante, caminaban rodeados de campos de trigo alto y verde. La fortaleza de Amaya se iba haciendo más cercana a ellos; al principio como un pequeño punto en el horizonte, después con sus torres, y al fin vieron los hombres sobre la muralla. Más atrás, mucho más atrás, quedaba la retaguardia del ejército godos. Al final de las huestes godas, avanzaba más lentamente el cuerpo de ingeniería militar con las catapultas. Recaredo pensó que le hubiera gustado participar en aquella primera batalla junto a su hermano mayor, pero Hermenegildo estaba atrás con las máquinas de guerra, y él, Recaredo, debía incorporarse a su puesto en la cabecera del ejército, se sentía asustado ante la inminente batalla.

La vanguardia, al fin, alcanzó la ciudad, desplegándose ante sus muros en un largo arco. Se escucharon trompas de desafío y respuestas desde la muralla. Después, salieron algunos guerreros cántabros y se entabló una lucha en la explanada que precedía al castro. Recaredo se dirigió hacia los enemigos en la parte central del frente, Claudio y Wallamir con él. Segga, por su parte, también avanzó con otros nobles godos en el lado más oeste. La parte oriental quedaría para Hermenegildo con las catapultas. La idea de Leovigildo era concentrar las tropas en un lado de la muralla para que en el otro, más desguarnecido, se pudiese llevar a cabo la operación de destrucción y toma de la fortaleza con las máquinas de guerra.

De la Peña Amaya salieron unas señales de humo, que los godos no tomaron en cuenta. Esas señales originaron otras en un lugar alejado y alto de las montañas y más allá otras que llegaron hasta Ongar. El sistema de atalayas diseñado en tiempos de Aster, príncipe de Albión, se puso en movimiento. Pronto llegaron noticias a la fortaleza de Ongar: Amaya había sido atacada de nuevo, como tres años atrás en tiempos de Aster. El castro era el baluarte, la entrada a las tierras cántabras y, aunque Ongar, santuario escondido en la cordillera, permanecería a salvo, la posición de los montañeses se debilitaría si la Peña Amaya era tomada.

De nuevo, Baddo sintió celos al ver salir a las tropas. Le hubiera gustado ir con ellos, luchar en la batalla. Se sabía ducha en el arte de disparar el arco. Habló

con Nicer, le suplicó que la dejara ir en la retaguardia con su arco, le recordó la historia de la reina celta Boadicea. Él se negó, primero, riéndose y después, con enfado. La hija de Aster se llenó de ira. Cuando Munia intentó consolarla haciendo que recapacitase, Baddo se indignó con todo el mundo y se escapó. Buscó ropa de hombre, una túnica vieja de Nicer y una capa, asió el arco y las flechas. Sin que nadie se diese cuenta, en la anarquía de la salida de las tropas, Baddo se unió a la retaguardia de los hombres que salían a luchar. Caía una llovizna suave, así que, tapada con la capucha, nadie la reconoció. Caminó confundida entre los hombres de otro poblado que se había unido a la batalla, sin hablar.

Al abandonar la cordillera, desde lo alto de una montaña, Baddo divisó el enfrentamiento y, de pronto, se asustó. Los visigodos luchaban contra los habitantes de la ciudad en las faldas de la Peña Amaya. Una multitud de guerreros, como hormigas, avanzaba por las tierras colindantes al castro, destrozando el trigo verde. Cuando llegaron las tropas de Ongar, entre las que se encontraba Baddo, el combate se había convertido en una carnicería. El terreno hedía a sangre y a muerte.

Nicer, de una ojeada, se hizo cargo de lo que estaba ocurriendo, los hombres de Amaya estaban siendo destrozados por el todopoderoso ejército godo; en lugar de retirarse a la fortaleza y guarecerse allí esperando que llegasen refuerzos, los de Amaya, rabiosos de ira, seguían saliendo del interior del fortín a una muerte segura. La única posibilidad que Nicer tenía de ayudarles era atacar por detrás con flechas para cercar a los godos entre dos frentes.

El príncipe de Ongar ordenó a los hombres que avanzasen sin hacer ruido rodeando el campo de batalla. Cuando se situaron detrás de ellos, ordenó que los arqueros disparasen. Baddo tensó el arco y comenzó a apuntar a los godos, una flecha y otra se hundían en las carnes del enemigo. La hija de Aster sentía un placer irracional. Allí soltaba toda la amargura que le había hecho soportar Nicer en los días de reclusión en el castro. Sin embargo, los ojos de la montañesa intentaban distinguir a alguien entre la masa de enemigos.

Los godos comenzaron a replegarse, intentando guarecerse de las flechas que los acosaban por detrás y de los de Amaya que les atacaban por delante. Los cercadores se habían convertido en cercados.

Un hombre godo tuvo, en ese momento, la llave de la batalla, era Hermenegildo. Cuando avanzaba con los carros arrastrados pesadamente por bueyes, se dio cuenta de la masacre y de lo que estaba ocurriendo. Al punto, congregó a sus tropas a caballo y dejó los carros con los soldados de a pie. Ordenó que los hombres a caballo atacasen a los guerreros cántabros en una carga; mientras tanto, los de a pie, tirando de los carros, deberían continuar hacia el lado sureste que se hallaba desprotegido para destrozarse la muralla con las catapultas.

Los jinetes de Hermenegildo irrumpieron como una tempestad sobre sus enemigos. El hijo del rey goda se cubrió el casco con la cimera y agarró con fuerza la lanza. Baddo escuchó los gritos de los godos tras de sí y los cascos de los caballos rebotando contra la tierra. Hasta aquel momento, Baddo no había entrado realmente en la batalla, jugaba a lanzar flechas; pero ahora la muerte se hallaba tras ella, en aquellos guerreros que avanzaban gritando, hiriendo, matando. De nuevo, como aquel día junto al cauce del río, se sintió pequeña y estúpida, como una niña que se ha metido en los asuntos de los mayores y ya no sabe salir. Se atemorizó de tal modo que soltó el arco y se tiró al suelo. Aquello le salvó posiblemente la vida. A su lado pasaron los jinetes godos, las pisadas de los caballos casi rozándole.

La pelea continuaba más adelante de la hija de Aster, quien desde el suelo percibía cómo la batalla invertía sus términos. Los capitanes godos, al verse ayudados, recuperaron fuerzas y los de Amaya comenzaron a retroceder hacia el castro. En aquel momento, las catapultas, montadas durante la batalla, al otro lado del campo de combate, comenzaron su labor destructiva, deshaciendo, pulverizando la muralla de piedra y adobe del glorioso castro de Amaya.

Nicer, viendo la batalla perdida, tocó retirada. Ahora los godos estaban en la ciudad. Reptando, Baddo retrocedió y se ocultó entre unos matorrales. Fusco pasaba a caballo. Al distinguirlo, Baddo se levantó, se descubrió la cabeza bajándose la capucha y él la recogió del camino, sin preguntarle nada; sabía que la chica había incumplido las órdenes de su hermano Nicer, pero Fusco estaba descontento, no entendía cómo Nicer podía tocar a retirada ahora que el castro se hundía. De nuevo pensó que Aster nunca lo hubiera consentido.

Los de Ongar volvieron a su refugio en las montañas, derrotados. Muchos de ellos habían caído y ahora, con la pérdida de Amaya, las defensas de Ongar se habían debilitado. Detrás, una larga hilera de fugitivos emprendía la retirada.

En Amaya, Leovigildo ordenó pasar a cuchillo a todos los hombres en edad de guerrear, tomando prisioneros a mujeres y niños. La bandera goda ondeó en la fortaleza al caer la noche.

Amaya era goda, y lo sería así, nunca volvería a estar bajo el poder de los cántabros.

El fin de Amaya

Dentro del castro, Leovigildo ordenó la masacre. Las órdenes fueron terminantes: destrucción del enemigo. Así, los godos se ensañaron con los habitantes de Amaya. Fueron asaltando casa por casa buscando oro, joyas y dinero. Mucho no pudieron encontrar. Entonces los godos, sedientos de botín, pagaron sus ansias con hombres, mujeres y niños. Se oían los gritos de las mujeres al ser violadas, el ruido del fuego que devoraba las casas junto a las imprecaciones y voces de los soldados. Particularmente crueles fueron los que adornaban sus vestiduras con la cruz gamada, el grupo de nacionalistas godos, entre los que se encontraba Segga.

Hermenegildo se horrorizó por la saña de sus correligionarios pero, ante las órdenes del rey, no cabía oposición. De todos modos, intentando poner algo de orden, llevó a sus tropas a la fortaleza. Ya dentro del recinto amurallado se encontró con Recaredo y Wallamir, borrachos y riendo, cantaban una canción absurda, mezcla de un himno militar y una canción de taberna. Ebrios de sangre después de la batalla, sedientos y cansados, habían entrado en una bodega del castro donde habían bebido vino hasta perder el juicio.

Hermenegildo se enfadó con ellos. No era el momento de borracheras.

—Muy responsable... hermano —habló Recaredo en una media lengua—, eres muy responsable... El hijo mayor del gran rey Leovigildo, el heredero del trono, el hombre de hierro...

Después gritó canturreando:

—Quiero vivir la vida y encontrar a mi hermosa cántabra... ¿Dónde te has metido, mujer guerrera...? Llevo buscándote toda la guerra. Amigo Wallamir... ¡busquemos a la cántabra!

—Sí. Busquemos a la mujer de la montaña, quizá tenga una compañera para mí...

De repente, Hermenegildo se echó a reír viéndolos, a los dos, tan fuera de lugar. Ellos también rieron desafortadamente sin ningún motivo. Llamó a Román, su joven escudero; con su ayuda pudo conducir a los dos borrachos a la acrópolis.

Dentro de la fortaleza, se amontonaban los heridos de la batalla, Hermenegildo llamó al físico y procedió a asistirle, distribuyendo a los heridos

según la gravedad. Los cortes banales, las contusiones, las piernas y los brazos rotos fueron vendados e inmovilizados convenientemente. Sin embargo, había lesionados de mucha gravedad, compañeros de campaña que iban a morir. La guerra era así. Suerte había tenido su hermano de haber salido ileso. Ahora él y Wallamir dormían la mona en un lugar de la fortaleza.

Fuera, en un patio, se amontonaban los prisioneros. Hermenegildo se enteró de que alguno se había suicidado al ser atrapado por los godos. Aquellos hombres serían enviados al sur y convertidos en siervos. Eran de diversas tribus cántabras, fundamentalmente orgenomescos y blendios.

Desde la gran conquista del lado occidental de las montañas de Vindión, las diversas gentilidades de las razas cántabras se habían mezclado y los castros habían ido perdiendo su fuerza. Solo Amaya sobrevivía, el gran castro de la meseta, encaramado a los crestones de las montañas, protegida por un pueblo de enorme fuerza, había resistido el empuje del reino godo. Sí, solamente Amaya y el santuario escondido de Ongar, que cerraba las puertas a los invasores del sur.

Amaya fue pacificándose y, al caer el sol, se oyeron trompetas. Leovigildo se aproximaba a la fortaleza a tomar posesión de lo que había conquistado, comprobaba satisfecho la ruina de lo que había sido el baluarte de sus enemigos.

El rey ascendió por la cuesta que permitía el acceso al castro. De lejos, observó la muralla caída en la parte más oriental, gracias a las máquinas godas. Los hombres formaron a los lados del camino, lanzas en alto, doblando la cabeza al paso del rey. La faz del monarca godo revelaba su naturaleza agresiva y dominante, sus ojos escudriñaban hasta los últimos rincones.

En las puertas del castro, abiertas de par en par, los capitanes godos rindieron pleitesía a su rey y señor. Leovigildo les dijo con voz tonante:

—Guerreros del reino de Toledo, capitanes godos, hemos rendido la fortaleza inexpugnable, Amaya ha caído en nuestras manos y con ella toda la región cántabra pronto será nuestra.

Sisberto gritó:

—¡Gloria al rey de los godos! ¡Alabanza al nobilísimo rey Leovigildo!

El grito fue coreado por miles de gargantas. Leovigildo, exultante de gozo, se dirigió a su hijo, exclamando:

—¡Has luchado bien!

Hermenegildo enrojeció de satisfacción.

—¿Dónde está tu hermano?

El hijo del rey godo tragó saliva, antes de contestar:

—Recuperándose en la fortaleza...

Entonces el soberano, volviéndose a todos los que le rodeaban, anunció:

—Mis hijos, Hermenegildo y Recaredo, son buenos soldados y en sus venas circula la sangre de los reyes que han llevado al reino godo a la gloria. ¡Sabedlo todos! Desde este momento han sido asociados al trono del reino de Toledo.

Se oyeron gritos de sorpresa y aclamaciones. Desde el grupo de Segga salió un murmullo casi inaudible de disconformidad. Sisberto mostró una faz inescrutable, en el fondo de sus ojos latía el rechazo a las nuevas decisiones del rey godo.

Hermenegildo se sintió confundido. Muchas veces había pensado que su padre le tenía en menos, pero ahora le nombraba heredero y príncipe asociado al trono.

—Debemos dar gracias por la designación de estos príncipes que serán gloria de los reinos hispanos.

Leovigildo se bajó del caballo y abrazó a su hijo. Después, volvió a montar y fue cabalgando suavemente por las calles de la ciudad seguido por los demás guerreros. La fortaleza había sido cubierta de tapices además se acondicionó un trono para el rey en la estancia principal.

Hermenegildo fue a buscar a su hermano, que se despertaba de la borrachera, con mala cara y un fuerte dolor de cabeza. Junto a él estaba Wallamir todavía dormido.

—Recaredo, nuestro padre nos ha asociado al trono...

—¿Qué dices?

—Ante la victoria, nuestro padre ha decidido que seamos sus herederos. Quiere verte...

Recaredo se cogió la cabeza con ambas manos, algo le estallaba dentro.

—No puedo... Me va a estallar la cabeza.

Hermenegildo le acercó una tisana:

—Bebe esto.

El otro bebió lentamente un líquido que le quemó la garganta, era asqueroso. Entonces comenzó a vomitar. Con cada vómito el dolor de cabeza era más fuerte, le parecía que su cabeza iba a explotar en cualquier momento. Después de los vómitos persistió una sensación nauseabunda, pero el dolor de cabeza comenzó a ceder.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Acabamos la batalla machacados, Wallamir me salvó varias veces y yo también a él. Estábamos cubiertos de sangre. Entonces miré atrás en el campamento y me pareció ver...

Recaredo se detuvo confuso, pero ante la mirada inquisitiva de su hermano no tuvo más remedio que decir:

—Creo que pude ver a lo lejos una mujer con un arco... Intenté llegarme a ese lado de la batalla, pero un hombre a caballo se la llevó. Después continuamos luchando, fuimos liquidando enemigos hasta entrar en la fortaleza. Al llegar aquí me horroricé ante la matanza. Todo me daba vueltas, estaba borracho de sangre. En una antigua bodega abandonada encontramos un gran odre lleno de una bebida fermentada. Teníamos sed, nos lanzamos sobre ella y bebimos hasta que

perdimos el juicio.

—¡Estáis locos...!

—La batalla me trastornó...

—Ha sido tu primera batalla, siempre ocurre así. En cambio, Wallamir podía haber tenido más cuidado... ¿Estás mejor...?

—Creo que sí.

—Ven conmigo.

Estaba inclinado hacia delante y con mala cara. Al ver el aspecto poco marcial de su hermano, Hermenegildo le enderezó la espalda y le estiró la ropa. Tambaleándose, Recaredo siguió a Hermenegildo. Durante el trayecto hasta la sala real, fue recomponiéndose. Al llegar, tenía el aspecto de estar cansado de la batalla, no de haber bebido.

Al entrar en la sala, los dos hermanos se detuvieron en el umbral. La voz de su padre, Leovigildo, tronaba arengando a sus capitanes:

—¡Hombres del ejército goda! ¡Bucelarios y sayones! ¡Tiufados y espatarios reales! Hemos vencido, los salvajes cántabros han sido liquidados. Dios ha estado grande con nosotros, ha eliminado al pueblo idólatra, los dioses de los cántabros han muerto. En el nombre de Dios Padre Todopoderoso, en el de Jesucristo, inferior en poder al Padre, en el del Espíritu Santo creado por el Hijo, como nuestra santa doctrina arriana enseña, afirmo que la Trinidad está de nuestro lado. Yo, Leovigildo, rey de los godos, llevaré a nuestro pueblo a la gloria y fundaré una dinastía que pervivirá por los siglos. Un solo pueblo bajo una sola guía...

Se escucharon gritos en el exterior y dentro de la sala, gritos de adhesión a las palabras de Leovigildo. El rey buscó con la mirada a sus hijos y ordenó:

—Que se acerquen mis hijos Hermenegildo y Recaredo...

Se hizo un silencio, los hombres se apartaron dejando un espacio para que pasasen los hijos del monarca.

—En la batalla mis hijos han combatido con coraje. Gracias a vuestro príncipe Hermenegildo la muralla ha sido destruida; Recaredo ha luchado con denuedo y valor. Son dignos hijos de la estirpe de la que proceden. Desde ahora, ellos serán parte de mí mismo. Lo que ellos hagan será como si yo lo hiciese. Debéis respetarlos y servirlos con la devoción con que lo habéis hecho conmigo.

Mientras los capitanes aclamaban, Recaredo percibió que muchos nobles estaban descontentos aunque no se atrevían a hablar abiertamente, cuchicheaban por lo bajo unos con otros. Entre ellos, Witerico —el eterno enemigo de su padre—, Sisberto —capitán de las tropas del norte— y el grupo de los nacionalistas, entre los que se encontraba Segga.

Hermenegildo no veía a los hombres de la estancia del trono, solo tenía ojos para su padre. Estaba abrumado. Por primera vez desde que era niño, su progenitor reconocía en público sus méritos. Se sintió conmovido y decidió servir

a su padre aún con más fidelidad y esfuerzo de lo que lo había hecho anteriormente. Pero Leovigildo tomó primero a Recaredo por el brazo y lo puso a su derecha; después, acercó a Hermenegildo al trono colocándolo a su izquierda. Hermenegildo no captó que el sitio preeminente era para su hermano; posiblemente, aunque lo hubiese notado, no lo habría tenido en cuenta porque Hermenegildo era insensible a la envidia y a la vanidad. Además, amaba a Recaredo mucho más que a un hermano; para él, Recaredo era parte de sí mismo.

Claudio y Wallamir, así como otros compañeros de armas, rodearon a los hermanos, felicitándolos. Muchos querían congraciarse con los afortunados hijos del rey, adulándolos; sin embargo, los viejos amigos de Mérida se alegraban sinceramente.

Después de aquello, se sirvió una cena en la que se asaron carnes. Los hombres, desfallecidos por la lucha, comían con hambre; el olor de los corderos asados, la caza, y las especias llenó la sala. Corría el buen vino del valle del río Durius^[14].

Un juglar sacó un instrumento de cuerda, y otros le acompañaron con flautas. Hermenegildo sintió de pronto todo el cansancio acumulado durante aquellos días de lucha. Iba a retirarse cuando fue requerido por su padre.

—¡Has luchado bien, hijo mío! Mañana partiré hacia Leggio^[15], debo poner en marcha la segunda parte de la campaña. Ahora nuestros enemigos serán los suevos. Los cántabros deberán ser aniquilados o asumidos mediante pactos. Dejaré en Amaya una fuerte guarnición. Tú deberás mover las tropas al oeste, a lo largo de la cordillera. Tu misión será bloquear a los cántabros para que no puedan salir de las montañas. Tú y Recaredo montaréis un campamento en el Deva, e intentaréis seguir controlando las tribus de las montañas. El objetivo último sería destruir Ongar. ¿Has entendido lo que te ordeno?

—Sí, mi señor.

—Pronto os haré llamar a mi lado para que compartáis lo que os he prometido. Quiero de ti la fidelidad más absoluta, que cumplas todas mis órdenes como si fueses un cadáver que se le lleva donde uno quiere.

—Os serviré fielmente.

Las palabras del rey eran recias y no había afecto en ellas. «Destruir Ongar... —pensó para sí Hermenegildo—... el lugar donde viven los monjes que deben guardar la copa. Debo conducir la copa cuanto antes a ese lugar. Sin embargo, no traiciono a mi padre; luchamos contra guerreros, no contra los monjes. El campamento en el Deva está casi en el corazón del valle sagrado, desde allí será fácil cumplir nuestra promesa» .

El camino a Ongar

Hacía frío, un viento helador corría por aquellas tierras norteñas. El cielo se cubrió de nubes anaranjadas. A lo lejos podían ver cómo en la meseta se formaba una tormenta y un velo de agua caía desde el cielo hacia la tierra rojiza. Un viento gélido movía sus ropajes. La tormenta se desplazaba hacia ellos y pronto la tuvieron encima. La lluvia les caló las túnicas y las armas. Llevaban horas galopando desde que habían salido del campamento en el Deva. Las montañas aún estaban lejos, pero se vislumbraban ya en la lejanía. Un arco iris completo cubrió el horizonte desde el este al oeste. Quizás aquel arco de luz era la puerta a las montañas, que les recibían de modo amigable.

Tres hombres de muy distinta complejión: Hermenegildo, delgado y alto; Recaredo, muy fuerte y musculoso; Lesso, un hombre de baja estatura y recia constitución, caminaban hacia Ongar. Debían cumplir una promesa, Hermenegildo cargaba en las alforjas con la copa. Lesso los guiaba. Los dos hermanos calzaban botas de pieles de animales, una túnica hasta las rodillas y se cubrían con la capa de los montañeses. Sobre todo Hermenegildo parecía uno de ellos.

El sol se metió entre las montañas y el arco de luz fue desvaneciéndose. El ocaso tiñó las montañas y la luminosidad del ambiente fue en decremento. Entonces, cuando ya era casi de noche y estaban ya cerca de los picos nevados de Vindión, Lesso desmontó y ordenó a los otros que también lo hiciesen. Condujeron a los caballos tirándoles de las riendas. Una luna más que mediada les iluminaba el camino. Las estrellas fueron saliendo una a una. Lesso les señaló la dirección a Ongar. Después, los guio a una cueva, donde pasarían allí la noche. Al alba se pondrían de nuevo en camino.

Soñaron con visiones diversas: Hermenegildo notaba la copa dentro de las alforjas que utilizaba como almohada, quizá por eso sus sueños se referían a la copa; Lesso vio a Aster y a su esposa, la hermosa dama de nombre olvidado; Recaredo soñó con una guerrera cántabra de cabellos oscuros.

Antes del primer rayo de luz, se despertaron. Emprendieron la marcha y los haces de un sol naciente les iluminaron el camino. En los tejos y hayas, el rocío matutino formó diamantes y joyas sobre las hojas. Todo brillaba por la humedad.

Dejaron los caballos cerca de la cueva y junto a un arroyo de montaña, atados con una larga cuerda que les permitiría comer pasto y beber en el río.

En lo alto de un bosque, cubierto de pinos, se iniciaba una senda; más allá, multitud de montañas que con sus picos rozaban el cielo, ornadas de un blanco níveo, refulgente en el sol de la mañana. La senda en un principio era ancha y con signos de que por allí circulaban carros, después torcía hacia el Occidente, pero Lesso dejó el camino frente a un talud algo escarpado; bajaron por él. Al avanzar resbalaban y las piedras se deslizaban rodando hacia la hondonada. En un momento dado, para no caerse, Hermenegildo debió apoyarse en su espada, utilizándola como un bastón. En lo profundo del precipicio circulaba un río de mediano caudal, que se despeñaba desde las alturas entre las piedras. Saltando entre una y otra, lo cruzaron, y se encontraron frente a una gran pradera con vacas, no se veía señal del pastor. Siguieron el cauce del río, más allá se encontraron con unas casas de piedra semiderruidas, posiblemente los restos de un castro de los tiempos antiguos. Ahora, después de las guerras con los godos, no había castros. Las poblaciones se habían dispersado en las montañas, protegidas por los ejércitos de uno y otro señor. Aquel lugar estaba deshabitado, pero Lesso extremó las precauciones para que nadie les siguiese. El rumor del arroyo serenaba el alma de Hermenegildo; después de los días pasados de batallas y dificultades, le parecía que se entretenían con algún juego de niños, o bien que se entrenaban en las escuelas palatinas con sus compañeros de armas.

La luz se colaba entre las hojas de los árboles que sombreaban el río y reborbotaba en sus aguas. A lo largo de la cañada muchos otros arroyos con aguas del deshielo desembocaban en el caudal principal. Siguiendo el cauce de uno de ellos, ascendiendo por un repecho con robles y hayas, en un campo atravesaron un camino que nadie nunca había hollado. Al llegar a la parte más alta, Lesso se separó de ellos y les pidió que no lo siguiesen. Cruzó el pequeño regato y trepó hasta unas rocas peladas. Ascendiendo sobre ellas, miró el horizonte, recordó los tiempos de su infancia y juventud. Al oeste estaba Ongar; más allá de Ongar, en las aguas del mar cántabro la hundida ciudad de Albión, y entre medias los restos del castro de Arán donde había vivido de niño.

Desde aquella altura divisó las aguas del río precipitándose en una cascada y los bosques centenarios que cubrían espacios inmensos, entre ellos prados con pasto y algún animal. El ruido de la catarata era ensordecedor. Al ver desde lo alto las tierras que le rodeaban, Lesso se orientó. Después bajó donde le esperaban los dos hermanos. No se habían movido; algo fatigados por la subida de la cuesta, observaban el espectáculo del río, despeñándose entre las rocas.

Recaredo intentó formarse un mapa en su cabeza. De algún modo se dio cuenta de que no estaban tan lejos de donde él había visto unos meses atrás a las montañas; quizás Ongar estaría más arriba, en la cuenca de uno de los afluentes que desembocaban en el río; pero le costaba organizar en su mente los

lugares; todas aquellas montañas le parecían un enorme laberinto. Solo los hombres de Ongar, como Lesso, las conocían bien. Le vieron acercarse y en la cara del montañés se adivinó una sonrisa:

—Al atardecer llegaremos a la parte más alta de la montaña; después comenzaremos a bajar. Entraremos en Ongar de noche y nos acercaremos sin hacer ruido al lugar de los monjes. Debéis permanecer en silencio. Nadie debe conocer que dos godos han llegado a Ongar. Moriríamos todos, vosotros y yo. Revelar el secreto de Ongar está penado con la muerte. Todo extranjero que penetra sin haber sido llamado será ajusticiado según las leyes del senado cántabro.

Ellos asintieron. Ninguno de los dos hermanos experimentó el miedo porque el afán de aventura y el deber de cumplir lo prometido a su madre los animaba. Recaredo y Hermenegildo se miraron el uno al otro sonrientes; quizá la inconsciencia de sus años mozos les impedía intuir el peligro al que se iban acercando.

La mujer cántabra

Tras la derrota de Amaya, el regreso a Ongar de Baddo y los otros fue doloroso. El gran castro de Amaya, una fortaleza y un símbolo de libertad para los pueblos cántabros, había sido destruido. Con ellos regresaron muchos hombres, mujeres y niños de Amaya, escapados de la masacre que los godos habían decretado. En la vuelta hasta Ongar, Fusco intentó ocultar a Baddo tapándola con su capa, pero muchos la reconocieron y la noticia de que la hermana de Nicer había participado en la batalla de Amaya se difundió.

La visión de la guerra no se alejaba, ni un momento, de la mente de Baddo: los heridos y los muertos, el olor a sangre y a carne quemada. Tampoco se fue de su recuerdo la figura de un guerrero godo joven y de cabellos como el trigo maduro que pudo ver a lo lejos, matando y destruyendo. Baddo pensaba obsesivamente en él, como si alguna de las flechas que había lanzado, matando a guerreros godos, hubieran dado la vuelta en el aire y la hubieran atravesado a sí misma.

Nicer no dejó de recibir emisarios de un lugar y de otro. En un primer momento, estuvo muy ocupado organizando las defensas de Ongar. Ahora que Amaya había caído, Ongar era la primera línea de choque frente a las tropas godas. Nicer envió mensajeros a todos los pueblos cántabros y astures, a lo que quedaba de las antiguas gentilidades para reunir de nuevo al senado y tomar una decisión conjunta. Al valle de Ongar llegaron representantes de todos los clanes y de algún señor de estirpe romana de la zona costera con sus mesnadas. Solo un pueblo se mantuvo al margen, los luggones, los que los godos llamaban roccones, aquellos que adoraban al dios Lug y despreciaban al resto de los pueblos que habían abrazado el cristianismo, abjurando de los dioses antiguos. Ellos no querían ser dominados ni ponerse de acuerdo con el resto de los pueblos cántabros. No habían combatido en la batalla de la Peña Amaya.

La reunión tuvo lugar en Onís, cerca del río con el antiguo puente de piedra, a la entrada de los pasos que conducían al santuario de Ongar, el lugar perdido donde nadie tenía entrada sino los descendientes de Aster y el antiguo pueblo de las montañas que lo había habitado.

—Hermanos de las montañas —dijo tomando la palabra Rondal, uno de los

más ancianos—, queremos seguir nuestro estilo de vida; el modo de vivir que ha sido el de nuestros padres y el de nuestros abuelos, no queremos estar sometidos al yugo de los godos. No queremos que nuestras casas sean saqueadas por el invasor, ni servir en el sur en sus ejércitos o en sus campos. Cada vez somos menos y estamos arrinconados en unas montañas y una pequeña franja de terreno en la costa. Los pueblos transmontanos, los de la meseta, han caído. Amaya ha sido destruida como años atrás Albión. Solo las montañas serán nuestra defensa. Como nuestro bienamado príncipe Aster pronosticó, el tiempo de los castros ha muerto, nuestras murallas son únicamente los montes inaccesibles de la cordillera de Vindión.

—¡Hablas bien, anciano Rondal! ¡Tus canas han nacido de una buena cabeza! —exclamó un hombre llegado del Occidente—. Solo hay un punto débil en la cordillera: los luggones, los salvajes enemigos de todo el que se les oponga. Atacan a los godos sin consultar al senado de pueblos cántabros y después permiten su paso para que destruyan aldeas que no son las suyas.

—Debemos aislarles.

—No —se oyó la voz aguerrida de Fusco—. Debemos combatirles como si fueran tan enemigos como los godos, destruirles.

—Eso es imposible —habló prudentemente Nicer—. Tenemos ya bastante con un fuerte enemigo como son los godos, no podemos atacar a dos a la par.

—No estoy de acuerdo contigo... Los rocones son nuestro mayor enemigo.

Se hizo el silencio; quien hablaba era Cayo Cornelio; un hombre proveniente de una stirpe romana, no céltica. Poseía tierras en las inmediaciones de la desembocadura del Sella, era comerciante y muy poderoso en la zona. Desde hacía más de un siglo, su familia se había hecho fuerte en la costa. Despreciaba a los montañeses, pero ahora los necesitaba. Su negocio era comerciar con las islas británicas y vender a los francos los productos. Los godos querían destruir todo comercio con las antiguas Galias. Desde hacía varias generaciones los francos, conquistadores de las Galias, y también los pueblos germánicos, habían sido rivales de los godos, tanto en el comercio como en el control de las vías marítimas y terrestres. La campaña actual del ejército godo tenía dos fines: el primero, destruir a los suevos y alzarse con las minas de oro de las tierras galaicas; el segundo, dominar el golfo de Vizcaya y todos los puertos de la costa cantábrica.

—Los godos están hundiendo nuestros negocios y destruyendo las haciendas. Los rocones arrasan las cosechas. Yo os ofrezco hombres y caudales para que controléis los pasos de las montañas y atacéis tanto a godos como a luggones.

—Tú solo buscas tu dinero...

—¡Bien que os conviene a todos!

—Pensaremos en tu propuesta, Cayo Cornelio —intervino juiciosamente Nicer.

De aquella reunión no salió más acuerdo que reforzar los pasos de las montañas. « Ser todavía más conejos —le decía Fusco a Baddo—. Escondidos en la madriguera hasta que la comadreja se meta dentro y nos destruya a todos, o hasta que la serpiente nos envenene». La comadreja eran los godos, la serpiente, los hijos de Lug.

Al regreso de Onis, Nícer llamó a Baddo a su presencia. Ella sabía bien cuál era el motivo: la batalla de Amaya. Mientras tuvo lugar la reunión del senado, se corrió entre los asistentes que la hermana de Nícer había participado en la batalla y que su certera puntería había abatido gran cantidad de godos. Con sorna, muchos le felicitaron por tener una hermana semejante a Boadicea. Nícer estaba furioso con Baddo, se sentía responsable de ella y se daba cuenta de que había corrido un gran peligro.

—¿Hasta cuándo vas a desobedecer mis órdenes? ¿Hasta cuándo vas a seguir comportándote como un muchacho? ¡Eres una mujer...! Las mujeres no combaten.

Después, cambiando de tono e intentando ser conciliador, le puso la mano sobre los hombros:

—Podías haber muerto, o lo que es aún peor, haber sido tomada prisionera y ahora estar en el lecho de uno de esos bárbaros... ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Sí, hermano.

—¿Te das cuenta de que las guerras de los montañeses no son un juego de niños?

—Sí, hermano.

—Te irás con los monjes de Ongar, en el cenobio de las mujeres aprenderás disciplina y saldrás de allí para contraer matrimonio con quien y como se te diga.

—Entonces no saldré jamás de allí.

Nícer indignado, le gritó:

—¡Tú misma has escogido tu propio destino!

Aquella tarde, Ulge la acompañó al monasterio de las mujeres, situado cerca de la cueva de los monjes. Era un lugar solitario, alejado de los caminos de los hombres. En él vivían ancianas, la mayoría de ellas viudas, que lloraban su pasado y se preparaban para la muerte. Además, habitaba en el convento alguna joven que había sentido la llamada a una vida cercana a Dios, o que quería escapar de algún matrimonio forzado. Pronto a Baddo le pesó el encierro.

Hilaban, rezaban y limpiaban. Maitines, laudes, vísperas... todo se repetía monótonamente. Baddo no podía creer que aquello fuese su destino. Por un lado, el espíritu de la hija de Aster se serenó; pero en lo más profundo de su corazón una figura de cabellos claros blandiendo una espada junto a la fortaleza de Amaya se le hacía cercana. Era extraño, pero Baddo, en aquella época, confiaba volver a ver al joven godo que alteraba su aparente paz.

Conforme fueron pasando los días, la desesperación de Baddo se tornó mayor al sentir el encierro; ella que siempre había sido libre de ir adonde le apeteciese. Su única salida ocurría al amanecer cuando las monjas se encaminaban a la cueva de Ongar a asistir al oficio divino.

La restitución de la copa

Descendieron resbalando entre rocas de pizarra, espinos y matojos que los arañaban. La noche era muy oscura, unas nubes de lluvia tapaban los cielos. A lo lejos aulló un lobo. Al aproximarse a las luces de Ongar, apagaron la antorcha que les había iluminado en la bajada. Conforme se iban acercando al lugar poblado, los perros de las cabañas ladraban intranquilos, y se escuchaban los ruidos de los animales domésticos. De una pequeña choza de piedra salió un hombre y, con el fuerte acento de Ongar, exclamó:

—¿Quién va ahí?

Ellos se pegaron a un árbol, conteniendo el aliento.

—¿Quién va ahí?—repitió.

Del interior de la cabaña se escuchó la voz de Brigetia:

—Déjalo, Fusco, será algún animal.

A Lesso le latió el corazón de prisa. A pocos metros de él estaba su viejo y querido camarada Fusco. Hubiera querido salir de detrás del roble, donde se escondía, para darle un abrazo, pero aquel no era el momento oportuno.

—De acuerdo, de acuerdo —rezongó Fusco, con una voz que pudieron escuchar claramente—, pero yo creo que alguien con dos patas ronda por ahí fuera...

La puerta se cerró y el perro continuó ladrando. Con alivio, Lesso pensó que, al menos, Fusco no lo había soltado.

Los tres intrusos, una vez que Fusco se hubo marchado, saltaron al camino desde la cuesta de la montaña. Al girar un repecho, el ruido de la cascada junto a la cueva de Ongar se hizo atronador. Lesso percibió que habían llegado a su destino. Más abajo podía divisar oscuramente la fortaleza, la que se elevaba entre las nieblas y que ahora se perfilaba en la ennegrecida oscuridad de la noche.

De prisa, casi corriendo, subieron la última cuesta que los separaba del lugar de los monjes.

Lesso aporreó la puerta de madera haciendo un ruido fuerte pero sordo.

—¿Quién va?

—¡Amigos...! ¡Queremos ver al abad Mailoc!

La puerta del cenobio se dividía en dos de modo horizontal; se corrió la parte

superior asomando la cara de un monje de rasgos gordezuelos, con cejas negras y cabello cano. Su nariz era grande y ganchuda. Manifestó una enorme sorpresa al ver desconocidos en Ongar, pero antes de que hablase demasiado alto o fuese a gritar, Lesso lo agarró por el cuello con una mano mientras que con la otra le tapaba la boca.

Después indicó a Hermenegildo que abriese la puerta, desenganchando el portalón inferior. Los tres entraron con el monje todavía aprisionado y cerraron. Lesso le soltó, al tiempo que le indicaba:

—No te haremos nada; busca a Mailoc.

El monje, asustado, inclinó la cabeza y se coló dentro del cenobio. Los tres se quedaron en una estancia pequeña y de techo bajo que debía hacer las veces de zaguán y refectorio. En el centro había una larga mesa donde comerían los frailes y una cruz colgada sobre la pared de piedra. Al cabo de unos minutos entraron varios monjes armados con palos protegiendo al prior.

Al ver a Mailoc, Lesso se tiró a sus pies. El abad era un hombre anciano pero fornido, en su cara los sufrimientos y la vida de un intenso ascetismo habían labrado arrugas de surcos profundos.

Inmediatamente, Mailoc levantó a Lesso abrazándole:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Pensé que nunca más volvería a verte...

Lesso se levantó y, con el rostro desfigurado por la emoción, le dijo:

—Vuelvo a Ongar a cumplir la misión a la que fui destinado por mi señor Aster, que en gloria de Dios se encuentre, traigo la copa...

—Dos noticias me confías... —exclamó el abad con voz temblona y bondadosa—. Temíamos la primera, pero nunca hubiéramos supuesto la última. Cuéntame..., ¿qué le sucedió al señor de estas montañas?

—Fue hecho prisionero y ejecutado hace más de un año...

—Eso son noticias terribles que se rumoreaban desde hace tiempo...

Un silencio se hizo entre los monjes, un silencio que afectó a Hermenegildo y a Recaredo. Una vez más, Hermenegildo recordó al caudillo cántabro al que habían ejecutado tiempo atrás por orden de su padre. Recordó que aquel hombre había sido visitado por su madre antes de morir, y que del encuentro había salido la misión que su madre, en el lecho de muerte, les había encomendado. Entonces Hermenegildo terció:

—Ese hombre del que habláis, la noche anterior a ser ejecutado, se comunicó con mi madre...

La mirada de todos los asistentes se volvió hacia Hermenegildo. Al fijarse en él, Mailoc se sobresaltó profundamente. Le pareció ver a Aster redivivo delante de sí, pero los ojos del que le hablaba eran claros, tan claros como lo habían sido los de la mujer sin nombre, aquella que había sido la primera esposa de Aster, príncipe de los albiones. En las sombras, los ojos de Hermenegildo parecían oscuros como los de su padre. El parecido para los que habían conocido a Aster

era asombroso. Ante la actitud de todos los presentes, Hermenegildo se calló, percibiendo que algo raro ocurría. Mientras tanto, continuó hablando Recaredo:

—Ella también ha muerto, en su agonía nos pidió que trajésemos una copa que guardaba un santo hombre en Mérida a estas tierras del norte, al cenobio en Ongar.

Hermenegildo soltó la alforja que pendía sobre su hombro y la abrió. De su interior salió una copa labrada, un cáliz ritual de medio palmo de altura, exquisitamente repujada con base curva y amplias asas unidas con remaches con arandelas en forma de rombo.

Mailoc se arrodilló al ver la copa y con él todos los presentes.

—¡Dios sea loado! La copa sagrada está de nuevo entre nosotros.

Desde su lugar arrodillado en el suelo, Mailoc alzó las manos y Hermenegildo, delicadamente, la depositó en ellas. El monje la besó con unción. Después, poniéndose en pie, bendijo con ella a todos los presentes. A continuación, se levantaron y la copa pasó de mano en mano. Después, el abad la recuperó y se dirigieron al templo de Ongar, aquel labrado en la roca. Allí detrás del altar, en una oquedad del muro, depositaron el cáliz sagrado. Mailoc ordenó que se velara día y noche la copa y los monjes se quedaron allí adorando la preciosa reliquia, que parecía refulgir oro, ámbar y coral.

Lesso, los dos hermanos y el monje se retiraron a la celda del prior, pues tenían mucho de qué hablar y mucho que contarse mutuamente. El monje abrazó a los dos jóvenes pero de modo más intenso a Hermenegildo, diciendo:

—Debo agradeceros que la copa vuelva al lugar donde siempre ha debido estar; este cenobio en las montañas, donde los monjes la protegeremos.

Los hermanos, contentos de haber cumplido el encargo, sonrieron, serenos. Les parecía entender algo más el pensamiento de su madre y, de algún modo, sentirla cerca.

En ese momento, Lesso intervino:

—Debemos regresar cuanto antes. Nadie debe saber que hemos estado aquí, si alguien te pregunta, monje, di que la copa ha llegado de modo milagroso conducida por dos arcángeles y por el espíritu de Aster.

—Es muy tarde, el camino está oscuro en esta noche sin luna. Yo quisiera que mañana asistiese al oficio divino que se celebrará antes de amanecer.

—Podemos ser descubiertos...

—Los monjes no dirán nada, me deben obediencia.

—Pero es que a ese oficio vienen más gentes.

—Las cosas están revueltas en el poblado desde la caída de Amaya. Ahora no sube nadie, exceptuando las hermanas. El sacrificio divino os dará gracia y fuerza para el regreso. Además, debéis dormir y descansar...

A estas palabras, el abad llamó a un hermano lego e hizo que les preparase un lecho para cada uno y se les diese de cenar. Tras una rápida y frugal colación se

acostaron. Hermenegildo no podía quedarse dormido. En sus sueños apareció el príncipe cántabro, aquel al que había hecho prisionero. Recordaba cómo en el combate, el que todos llamaban Aster, se había dejado ganar por él a una palabra de Lesso. A su lado, asomando por el cobertor su cabello de color claro, dormía Recaredo con una respiración acompasada. Él dormía tranquilo.

Antes del alba los despertaron y a ambos les pareció que no había pasado ni una hora. Les costó espabilarse. Conducidos por los monjes se dirigieron al templo en la roca. La copa seguía allí, los monjes la habían venerado toda la noche.

Comenzó el oficio divino, tan distinto de los ritos arrianos a los que Hermenegildo y Recaredo habían asistido muchas veces. En un momento dado Mailoc levantó la copa diciendo las palabras en un latín clásico, tan distinto del burdo latín que utilizaban habitualmente: *Hic est enim calix sanguinis mei*^[16]. Recaredo y Hermenegildo, que habían observado la ceremonia desde el fondo de la iglesia en pie, en ese momento se sintieron forzados a arrodillarse.

Al incorporarse, Recaredo examinó lo que le rodeaba con curiosidad. Fue entonces cuando se dio cuenta de que a un lado del templo se arrodillaban varias mujeres, algunas de ellas de mucha edad. Vestían los ropajes pardos de las monjas y se cubrían la cabeza con un manto oscuro. Solamente una de ellas parecía una montañesa, cubierta con un manto más claro, una mujer particularmente esbelta, a quien al levantarse se le escapó un mechón castaño de debajo de la toca. Él escrutó su perfil. Al reconocerla, estuvo a punto de gritar. La mujer era la misma que había ocupado sus sueños los últimos meses.

Baddo no le vio. Concentrada en el oficio, rezaba. Le pedía al Dios de Mailoc que la sacase de aquella situación. No podía resistir ya más la vida de enclaustramiento a la que la había castigado su hermano.

Al finalizar la liturgia, Hermenegildo, Lesso y Recaredo salieron de la cueva de Ongar. Este último miraba continuamente hacia atrás, queriendo distinguir a aquella mujer entre sus compañeras, quedándose algo retrasado.

El cielo cubierto y oscuro amenazaba de nuevo lluvia; corría un viento helador. Mailoc se despidió de los tres hombres. De nuevo abrazó de un modo intenso a Hermenegildo. Recaredo, distraído, no prestaba atención a la afectuosa despedida del monje. Y es que en aquel momento las mujeres comenzaron a salir del santuario, enfilando, de una en una, la cuesta que torcía hacia abajo y a la derecha. Recaredo no podía dejar de observarlas. Al salir, Baddo se arrebujó en el manto, pues hacía frío, y buscó en el pórtico de la entrada unas madreñas de madera que solían usar para evitar el barro. De pronto, sintió que alguien la vigilaba, una sensación de cosquilleo en la nuca hizo que se girase. Su corazón dejó casi de latir. Los ojos de Recaredo estaban fijos en ella. ¿Qué estaba haciendo en la cueva de Ongar, el lugar más sagrado de los pueblos celtas, un godo? Quiso gritar, pero él la avisó con tal mirada de complicidad y de petición

de ayuda que se vio impelida a permanecer en silencio.

Al bajar la cuesta, Baddo giraba constantemente la cabeza hacia atrás. La mirada del godo quedó dentro de ella, una mirada tan amorosa, tan tierna y a la vez tan penetrante que la hacía temblar.

La lluvia comenzó a caer mezclada con nieve, hacía un frío muy intenso. Al cabo de poco tiempo dejó de llover y los copos de nieve se hicieron más gruesos. Los hijos del rey godo y Lesso se hallaban ya en un bosque trepando entre las rocas. Una fina capa blanca lo cubría todo al tiempo que la luz se multiplicaba por el resplandor de la nieve.

El ascenso se hizo más penoso y Recaredo resbaló al meter el pie en un hoyo. Al sacarlo, notó que le dolía el tobillo, Hermenegildo lo examinó y comprobó que no estaba roto. Llevaban ya varias horas entre la nieve y el ascenso se hacía más y más dificultoso, por lo que Lesso se vio obligado a parar.

—¡Debemos encontrar un refugio hasta que cese la nevada...! —les gritó.

—¿Dónde...?

—Hay una cabaña de leñadores un poco más hacia arriba... podemos refugiarnos allí hasta que cese la tormenta.

Los dos hermanos lo siguieron; para ir al refugio tenían que regresar sobre sus pasos. De nuevo se hallaban relativamente cerca de Ongar. Nevó toda la mañana y toda la tarde. Por la noche, la nieve se convirtió en hielo. Hacía un frío atroz, no querían encender fuego para no ser descubiertos. En las alforjas llevaban algo de pan, ya duro, y queso, con lo que pudieron calmar algo el hambre que les comenzaba a atenazar. Lesso decidió que pasarían otro día allí antes de recomenzar la marcha.

Por la noche, Recaredo le comunicó en voz baja a Hermenegildo:

—La he visto...

—¿A quién? —contestó el otro que estaba ya medio dormido.

—A la montañesa con la que luché, no es una alucinación ni una Jana. Es una mujer y existe...

Hermenegildo se dio cuenta de que su hermano enrojecía.

—No es para ti —le advirtió y, en aquel momento, pensó en Florentina—. Los hijos del rey godo debemos unirnos con quien nuestro padre ordene. No es para ti, olvídale, a no ser que sea una barragana. —A estas palabras, Recaredo se enfadó muchísimo:

—Estaba con los monjes, asistiendo al oficio divino, rezaba con gran devoción. ¡No es una barragana...!

—Pues si es una mujer decente, olvídate de ella...

Recaredo pensó para sí: « No pienso hacerlo », pero nunca solía oponerse a su hermano, quien las más de las veces solía tener razón.

Hermenegildo se durmió soñando con su madre y echando de menos el peso de la copa que había llevado a sus espaldas. Recaredo era incapaz de conciliar el

sueño. Una y otra vez se le venía a la cabeza los ojos enormes y rodeados de unas pestañas largas y negras que sombreaban las mejillas, la boca pequeña con un labio inferior más gordezuolo, la cara ovalada, la esbelta figura de aquella que no sabía si iba a volver a ver. Fueron pasando las horas de la noche; Hermenegildo y Lesso dormían.

Recaredo salió de la cabaña, la luna había amanecido y multiplicaba su luz en la nieve; se abrigó con la capa y comenzó a descender con cuidado iluminado por la luz de la luna, saltando entre riscos. No estaban lejos del santuario de Ongar.

Pasó por delante de la cueva de Mailoc, y continuó bajando por la cuesta por la que se habían alejado las mujeres. Torció como ellas a la derecha y encontró el cenobio. Tocaban a maitines. La puerta estaba abierta; nada temían las hermanas en la seguridad del valle sagrado. Sin hacer ruido, pudo observarlas ocultándose en la entrada. Las mujeres, intentando entrar en calor, daban vueltas a un modesto patio con columnas que no llegaba a ser un claustro mientras musitaban una salmodia. Entre ellas, descubrió a Baddo. Muy despacio, sin hacer ruido, se escondió tras una columna cercana a la entrada; amanecía. Entonces, cuando Baddo pasaba cerca de él, la agarró de la mano y la arrastró fuera. Baddo hizo ademán de gritar, pero las palabras no llegaron a salir de su boca al ver a Recaredo, que le hacía gestos pidiéndole que no hiciese ruido. Ella se sobresaltó, pero algo le decía que no debía temer de aquel que había poblado sus sueños los últimos meses.

Se alejaron corriendo del cenobio, cuesta arriba, detrás de un roble cubierto por la nieve; hablaron:

—¿Quién eres...?

—Soy un soldado godo...

—Eso ya lo sé...

—Mi nombre es Recaredo...

—Eso también lo sé. Tus compañeros te llamaron así cuando luchamos junto al río. ¿Recuerdas? ¿Qué quieres de mí?

—Decirte que no te olvido...

—¿Y para eso te has sometido a semejante peligro...? Mi hermano te mataría si sabe que has llegado hasta aquí...

Al darse cuenta de la expresión asustada de Baddo al nombrar a su hermano, Recaredo le preguntó:

—¿Tu hermano...? ¿Quién es tu hermano?

—Mi hermano Nícer, príncipe de los cántabros desde la muerte de mi padre Aster...

Recaredo, inquieto, siguió interrogándola:

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Baddo, soy hija del príncipe de los albioses y señor de estas

montañas; él desapareció porque fue al sur buscando una copa y un hada. Le apresaron los godos. ¿Sabes algo de él?

—Murió ejecutado hace un año.

Al oír la noticia, Baddo comenzó a llorar, unas lágrimas incontenibles bajaron por sus mejillas. Recaredo pasó la mano por su cabello castaño como acariciándola. No sabía qué hacer al verla llorar, por eso le susurró quedamente:

—No llores.

Ella levantó sus ojos oscuros, en los que aún había lágrimas, y le contestó:

—En el fondo lo sospechaba. Le he pedido muchas veces al Dios de Mailoc que mi padre volviese. Mi padre no hubiera consentido lo que quiere Nicer para mí. Mi padre era sabio. Nicer me tiene aquí encerrada, por eso me he escapado en multitud de ocasiones. La primera fue cuando te vi junto al río. Quiere que me despose con algún caudillo cántabro, pero yo no quiero.

Recaredo se horrorizó ante el destino de Baddo y exclamó:

—¡No será así, vente conmigo!

Baddo se acobardó al verle tan joven, tan inexperto. Recaredo no tendría más de dieciséis años, ella acababa de cumplir quince. Pero, súbitamente, Baddo pensó que la oración de aquella mañana había sido escuchada. Se dio cuenta también de que no podía vivir encerrada allí, en aquel convento, levantándose al alba, aburrida en una rutina interminable.

Les rodeaba una naturaleza blanca, y ella vio los ojos de él, sonrientes y animosos. Baddo recordó las palabras de Nicer, que habían sido muy claras: el convento o un horrible jefe cántabro, pestilente y oliendo a alcohol, que la utilizaría como una vaca que le diese hijos. En cambio, junto a ella estaba la juventud y el amor. Era una locura, pero todo sería mejor que el convento.

—¡De acuerdo! —le dijo Baddo—. Iré adonde me llesves.

Él le agarró con fuerza de la mano, empujándola hacia arriba a la montaña. Hacía mucho frío, pero al principio ninguno de los dos lo sentía, por el calor de la subida y por otro ardor que ambos llevaban dentro. Sin embargo, al cabo de algún tiempo, Baddo comenzó a temblar. Recaredo se quitó su capa y la cubrió. Caminaron unas dos o tres horas. El sol estaba ya alto sobre las montañas cuando alcanzaron la cabaña de los leñadores.

Encontraron a Hermenegildo, alarmado, dando vueltas en torno al refugio y oteando a lo lejos. Lesso había salido a buscar al desaparecido.

Baddo, que iba detrás de Recaredo, escuchó cómo Hermenegildo le gritaba:

—¿Dónde te has metido? Estábamos muy preocupados por tu ausencia. ¿Dónde...?

Se detuvo, viendo aparecer a Baddo detrás de su hermano cubierta por la capa de él y, todavía más enfadado, le dijo:

—¡Estás completamente loco! ¿Cómo te has atrevido a traértela...? ¡Es una niña...!

—¡No soy una niña...! —repuso Baddo.

En aquel momento, atraído quizá por las voces, regresó Lesso.

Se detuvo al ver una mujer entre ellos y preguntó como reconociéndola:

—¿Baddo...?

—Se la ha traído mi hermano Recaredo.

—A la hija de Aster y Urna... Dentro de menos de lo que te piensas tendremos aquí a todo el poblado de Ongar detrás de ella. No puede venir con nosotros... El camino es muy difícil... Está todo helado y frío. Debe volver...

Ella protestó:

—No. No quiero. Nunca volveré, mi hermano me ha encerrado en el convento de las monjas y me casará con algún horrible jefe cántabro. No lo haré.

Lesso la observó entre divertido y exasperado.

—Mira, niña... ¡No puedes venir con nosotros! Tu padre no querría eso. Yo conocí a tu padre, fui su escudero y su amigo. No puedes venir al reino de los godos.

Ella se echó a llorar, con lo que Recaredo se enterneció nuevamente.

—Se vendrá con nosotros... Le he prometido que la protegería...

—¡De ninguna manera...! —protestó Lesso firmemente—. Yo la devolveré a Ongar. Vosotros debéis continuar el camino. Si me encuentran a mí no ocurrirá nada, yo soy uno de Ongar. Si os encuentran a vosotros, moriremos los tres.

Hermenegildo tomó del brazo a Recaredo, mientras que Lesso sujetó fuertemente a Baddo. Ambos se miraron a los ojos sin querer separarse, comprendieron que su corta escapada había llegado a su fin.

—¡Volveré a verte!

—¡Vendré a por ti! Conquistaré estas montañas y serás la reina de todo.

—Estáis locos —interrumpió Lesso, riéndose.

Le quitaron a Baddo la capa de Recaredo, sustituyéndola por la de Lesso, quien la arrastró como se hace con un niño pequeño que se ha portado mal. Ella se dejó llevar, desandando el camino que la había llevado hasta allí.

Hermenegildo discutió algún tiempo más con Recaredo antes de proseguir; finalmente, este último hubo de rendirse, era absurdo llevarse a la hermana del príncipe de los cántabros y pretender salir con vida de aquel lugar. Los hijos del rey godo reemprendieron el camino, en solitario, en un ambiente helador. Intentaron orientarse según las indicaciones que les había dado Lesso. Pronto se perdieron en una niebla que fue descendiendo lentamente sobre los árboles. El bosque bajo la bruma adoptaba formas fantasmagóricas. La niebla se convirtió en esa lluvia fina, típica del norte, que atraviesa las ropas. Caminaron varias horas y, al fin, comprobaron que habían hecho un recorrido circular, volviendo a sitios ya pisados por ellos.

Hermenegildo tuvo una idea, buscar un arroyo y seguir su curso. Aquello los

llevaría a la parte más elevada de la cordillera y, desde algún alto, podrían orientarse mejor. Recordaron que un poco a la izquierda y arriba habían encontrado un pequeño río.

Subieron de nuevo buscando la corriente y al fin encontraron un riachuelo de cauce estrecho. Entonces comenzaron a ascender de nuevo por las márgenes. Tardaron varias horas en llegar a la parte más alta, desde donde se divisaban los valles de la cordillera de Vindión y, al frente, las montañas nevadas de las que no se podía ver su final, pues estaban cubiertas de niebla. Se miraron descorazonados: ¿hacia dónde tirar? Hermenegildo no hablaba, se daba cuenta de que si Lesso hubiese estado con ellos no se habrían perdido. Estaba tan irritado con Recaredo que le hubiera golpeado, pero enfadándose con su hermano no iba a conseguir nada; así que marchaba serio y decidido, sin hablarle. Recaredo oscilaba entre admitir lo insensato que había sido al traerse a Baddo y un sentimiento de felicidad al haber comprobado que, de algún modo, ella había pensado en él y no le rechazaba.

La vista desde la parte más alta de la montaña era muy hermosa, el sol se ocultaba hacia el oeste en la cordillera; roquedos inmensos de una altura inimaginable para ellos que habían sido moradores de la meseta, la nieve cubriendo los picos y gran parte del valle.

—Quizá podamos dirigirnos hacia el este y el sur. La meseta tiene que estar en dirección opuesta a la costa y creo que el mar está allí. —Hermenegildo señaló un punto entre las montañas.

Recaredo, algo avergonzado, afirmó con la cabeza y siguió las indicaciones de su hermano. De nuevo comenzaron a andar, ahora descendieron la montaña en la dirección que habían visto desde la cima. Al bajar tropezaron en multitud de ocasiones. El terreno resbaladizo por la última nevada no era propicio para correrías. Se iba haciendo de noche. En ese momento encontraron un camino. Pensaron que tenían que seguirlo en la dirección que habían divisado desde la cumbre. Por el camino avanzaban más deprisa, pero pronto se encontraron con un destacamento de soldados cántabros que volvían de hacer una guardia en las atalayas de la cordillera.

—¡Alto...!

Recaredo y Hermenegildo desenvainaron sus espadas; aquello quizás era lo peor que hubieran podido hacer. Los soldados tocaron una trompa, los hijos del rey godo se vieron rodeados por una multitud de enemigos y hubieron de rendirse.

Atados, los condujeron a la fortaleza de Ongar. Era de noche cuando penetraron en el castro iluminado por cientos de antorchas. Su ropa estaba deshecha por la larga caminata del día, heridos por los espinos y zarzales del camino, con golpes por la refriega con sus captores.

La noticia de que unos hombres godos habían entrado en Ongar se corrió

rápidamente por todo el poblado.

Mientras tanto, Lesso condujo a Baddo al cenobio donde las hermanas ya habían dado la voz de alarma, avisando a Nicer. Lesso acompañó a Baddo hasta muy cerca del monasterio de las hermanas; después se fue, temía que Hermenegildo y Recaredo se hubiesen perdido. Se encaminó a casa de Fusco, su antiguo compañero de armas; quizás él podría ayudarle. Confiaba que nada malo les hubiese sucedido a los dos hermanos.

Nicer se hallaba ya en el convento cuando Baddo llegó, estaba muy enfadado:

—¿Dónde has estado?

—Me escapé... —lloró ella.

—No haces nada de lo que te ordeno.

Baddo gimió de nuevo.

—No aguanto más en el convento, por eso me he escapado. Permíteme volver a Ongar, haré lo que tú quieras...

De una esquina surgió Uma, la loca; se abalanzó hacia Baddo abrazándola y besándola repetidamente, mientras farfullaba un lenguaje ininteligible. De pronto, se volvió a Nicer y en una verborrea imparable se insolentó con él, golpeándole al final con la mano abierta.

—Veo que tu madre te echa de menos... y nosotros también. Puedes quedarte en la fortaleza, pero quiero que estés siempre con Munia. Ella, que es más sensata que tú, te vigilará.

Aquello era lo mejor que había oído Baddo de labios de su hermano en meses. No solamente no la sermoneaba sino que le permitía regresar a Ongar.

—Gracias, gracias... hermano.

Baddo retornó a la fortaleza, escoltada por Nicer y por su madre, que iba saltando a su lado. Pensó una vez más en Recaredo. Temía que algo pudiese haberle ocurrido, Lesso le había confiado en el camino de vuelta que los godos habían venido a Ongar con una misión de paz que ya habían cumplido. Después la había amonestado diciéndole que con sus locuras les había puesto en peligro a los tres, y que ahora los godos estarían perdidos en la montaña.

A medianoche, Baddo escuchó ruidos en el castro. Habían entrado muchos hombres en la fortaleza; gritaban algo como que los godos les atacaban. La hermana de Nicer se cubrió con una capa y salió al patio, adivinando lo que se iba a encontrar.

En el centro del patio de armas localizó a Hermenegildo y a Recaredo atados a unos postes. Nicer se estaba informando de lo ocurrido. Baddo se culpabilizó de la detención de los godos. ¡Cómo podía haber sido tan tonta huyendo con él! Recaredo, que mantenía baja la cabeza, en aquel momento la levantó y divisó a Baddo. Ella se acercó aprovechando que todo el mundo estaba pendiente de lo que contaban los que habían atrapado a los godos. Le hizo un gesto que ella

entendió, Recaredo le pedía que fuese a buscar a Mailoc.

Baddo pensó que no podía abandonar la fortaleza, no podía jugársela de nuevo con su hermano Nicer. Solo imaginar un nuevo encierro en el cenobio le revolvió el estómago. Buscó a Munia y le pidió que fuese rápidamente al monasterio, le contase al abad que habían detenido a los godos y que lo trajese. Munia se apresuró a cumplir el encargo, al ver la expresión de angustia de su amiga.

Nicer comenzó a interrogar a los prisioneros.

—¿Quiénes sois?

Hermenegildo contestó:

—Somos hombres de la meseta... Hombres del sur.

—¿A qué habéis venido a Ongar?

—A cumplir una promesa que hicimos a nuestra madre en su lecho de muerte.

—¿Sabéis que la entrada en Ongar a alguien que no haya autorizado el senado cántabro está penada con la muerte?

—Lo sabemos.

—¿Quién os ha guiado hasta aquí?

—Nadie, hemos entrado solos.

Entonces se escuchó la voz de Lesso, que apareció en las sombras de la noche.

—Yo los he guiado hasta aquí y deberías tener más cuidado, mi señor Nicer, al hablar con tus hermanos...

—¿Hermanos...?

—Esos hombres son hijos, al igual que tú, de Jana, la primera esposa de tu padre Aster.

—¿Tú quién eres?

Entre el público que les rodeaba, se dejó oír otra voz; era la de Fusco.

—Se llama Lesso, fue escudero y amigo de tu padre. Se perdió en el sur y después volvió con noticias de tu madre. Él formó parte de la expedición que iba a buscar a tu madre y a la copa, una copa sagrada. Él quizás ha sido el último que pudo ver con vida a tu padre.

—¿Cómo sé que no es un traidor? ¿Cómo sé que no fue él quien entregó a mi padre a los godos?

Se escucharon murmullos en la gran explanada de Ongar. Después todos se giraron, un carro penetró en la plaza; en él venía Mailoc. Al abad de Ongar le acompañaban Munia y algunos otros monjes.

—¡Paso al abad de la cueva...!

Ante el ruido, el interrogatorio se detuvo.

—¡Nicer! Estos hombres no son enemigos. —Le dijo Mailoc.

—Han violado todas las leyes de nuestro pueblo, han entrado sin ser

convocados y sin salvoconducto. Han puesto en peligro la seguridad de Ongar.

—Estos hombres son tus hermanos, hijos de tu madre... Y sí, han sido llamados, han sido llamados...

—¿Por quién?

—Por Aster, príncipe de los albiones, que encargó a tu madre la devolución de la copa sagrada.

De nuevo se escuchó un murmullo que salía de la gente que abarrotaba ya la explanada.

—¿Cómo sé que eso que dices es verdad?

—Porque tengo la copa sagrada, la que devolverá su verdadero ser a los hombres de las montañas...

Entonces Mailoc, que estaba sentado en el carromato, se puso de pie y levantó la copa, la maravillosa copa de oro con incrustaciones de ámbar y ónice. La visión de la copa calmó los ánimos.

Se produjo un momento de silencio expectante.

Cuando todos callaban, se escuchó un grito.

Era Uma.

La loca corría hacia donde Hermenegildo estaba de pie, amarrado a un poste. Se abrazó a sus rodillas y continuó gritando un quejido de alegría y asombro. En un principio no se entendía lo que la loca estaba diciendo, pero como las palabras eran siempre las mismas, acabaron por entender al fin lo que exclamaba:

—¡Aster! ¡Príncipe de los albiones! ¡Has vuelto!

Repetía estas frases una y otra vez con la misma cadencia. Poco a poco todos fueron mirando a Hermenegildo; allí estaban todos los amigos de Aster y los hombres de su propia familia. En un principio, él miraba hacia abajo a la loca cogida a sus rodillas; pero tras un rato, moviendo su cabello oscuro hacia atrás, dirigió su mirada a los circundantes.

Ante todo el pueblo de Ongar, apareció Aster redivivo, bastante más joven y con unos ojos claros de un azul intenso rodeados por pestañas oscuras. La misma boca pequeña, interrogadora, la misma nariz y la estructura de la cara. La misma estatura.

Baddo pudo ver a su padre reaparecido como por un milagro.

Al ver la reacción de los de Ongar, Lesso se emocionó más que ninguno. Tantos años al lado de Hermenegildo y de su madre, sospechando lo que ahora era evidente. Fusco se le acercó por detrás, poniéndole el brazo sobre el hombro. Ambos se miraron y sonrieron, entendiéndose con la mirada. Para ellos dos, más que para ninguno, la aparición de aquel otro hijo de Aster era un consuelo, un premio y una alegría muy grande. Nadie dijo nada, pero todos entendieron.

La actitud de Nícer fue distinta, quería cumplir con lo establecido y aquella reaparición de su padre en la figura de Hermenegildo pareció no afectarle.

—El caso ha de ser llevado ante el senado cántabro. Estos dos hombres son

prisioneros, y tú —dijo dirigiéndose a Lesso— serás también arrestado, no se puede introducir a enemigos en las tierras de Ongar.

Lesso bajó la cabeza, demasiado cansado para responder.

Entonces, con su voz de adolescente, Baddo gritó:

—¡Han traído la copa! ¿Cómo puedes ser tan injusto?

—¡Cumplo la ley de Ongar! —respondió, y después, en voz más baja, la amenazó—. Una palabra más y te encierro en el cenobio de por vida...

Ante tal advertencia, ella guardó silencio.

Se llevaron a Lesso, Hermenegildo y Recaredo a un cobertizo que hacía las veces de prisión, anejo a la fortaleza. Había sido un antiguo estable. Les ataron las manos y ellos se tumbaron sobre la paja sucia del albergue de animales.

Ulge condujo a Baddo, casi a empujones, dentro de la casa, la antigua fortaleza de los príncipes de Ongar, donde la joven intentó en vano conciliar el sueño.

Durante la noche se corrió por todo Ongar y por las montañas la noticia de que la copa había regresado a las tierras cántabras. A través de hogueras y fumarolas se emplazó al senado de los pueblos cántabros.

Despierta, Baddo vio los fuegos que convocaban a todos los hombres con capacidad de juicio y decisión en Ongar. Aquellas señales de algún modo le indicaban que su mundo iba a cambiar.

Las estrellas de invierno, de un cielo helado, cubrían su cabeza. Baddo pensó en Recaredo, recordó su cara de ojos claros y pestañas rubias; un rostro en el que no había labrado aún arrugas el sufrimiento, el rostro de un niño grande que la amaba, y que la atravesaba con la fuerza de su deseo. ¿Cómo era posible amar así, sin casi conocerse? Y, sin embargo, Baddo se daba cuenta de que aquel amor era real, muy a pesar suyo, lo era. El día anterior, Baddo y Recaredo se hubieran ido juntos al fin del mundo, porque solo existía el momento presente. Todo era una locura. Cuando en la cabaña del leñador les hicieron volver atrás, a la realidad, un sueño murió. Eran niños que comenzaban a vivir, experimentando el delirio de la adolescencia.

Baddo pensó también en Hermenegildo, en su sorprendente parecido con su padre, Aster; adivinó que Hermenegildo era tan hijo del hada como Nicer porque ambos tenían el mismo padre.

Las fogatas en las torres de la cordillera se calmaron. Todo quedó en silencio. El nerviosismo y la ebullición cesó en Ongar y en el resto de los pueblos de las montañas. Las estrellas fueron describiendo su curso en los cielos y entonces Baddo, como una comadreja, se deslizó atravesando un patio y otro del castillo. Salió de la fortaleza por un estable aún abierto, la rodeó y se dirigió al cobertizo.

En la puerta de la prisión de los godos, dos soldados montaban guardia, pero por la parte de atrás aquel viejo estable dejaba huecos en las maderas que permitían vislumbrar débilmente el interior. Se divisaban tres bultos grandes: el

más pequeño acurrucado lejos de la pared intentando dormir, era Lesso; el segundo, un hombre alto que paseaba de un lado a otro nerviosamente, Hermenegildo; por último, muy cercano adonde estaba Baddo y sentado en el suelo con las piernas cruzadas y los codos apoyados en los muslos, se situaba Recaredo.

Desde el exterior, Baddo se acercó a la pared de tablas carcomidas donde se apoyaba Recaredo y le llamó.

Él se volvió y, sorprendido, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo —le susurró—, Baddo.

Hermenegildo se dio cuenta de su presencia y dejó de dar paseos, acercándose a la pared:

—Mañana os juzgarán. Han enviado mensajeros a todos los poblados de las montañas de Vindión.

—Escucha, Baddo, hemos venido en son de paz a cumplir la promesa que nuestra madre hizo al príncipe de estas montañas. No es posible que nos maten por eso.

Baddo continuó en voz muy baja.

—Habéis incumplido la ley de Ongar. Está penado con la muerte cruzar los valles de Ongar sin permiso. Además, mi hermano está en vuestra contra. No sé por qué; quizá quiera hacer valer su autoridad, que algunos han cuestionado últimamente. Mailoc os defenderá, lo sé. Pero aquí el único que realmente tenía fuerza para aunar el valle era mi padre. Él murió. Tu hermano godo parece la reencarnación de mi padre.

—¿Yo...? —dijo Hermenegildo, sorprendido.

—Todos nos dimos cuenta esta noche. Aún ahora me parece que entre las sombras está mi padre. Si no fuese por tus ojos claros y tu acento del sur, creería que eres Aster. Habla tú, di que es Aster quien te envía a devolver la copa, quizás así les calmarás.

—¿Por qué nos dices todo esto? —le preguntó Hermenegildo.

—Fue mi culpa que os detuviesen. Si Lesso no hubiera tenido que llevarme de vuelta al poblado estaríais libres.

Entonces intervino Recaredo:

—Fui yo quien quiso llevarte con nosotros, aún ahora te llevaría con nosotros adonde tú quisieses.

Recaredo introdujo los dedos entre las maderas tratando de rozarla.

—¡Estáis locos! —Se escuchó la voz de Hermenegildo que, de pie, detrás de su hermano les contemplaba.

—¡Ayúdanos a huir! —le pidió Recaredo.

Fue entonces Lesso, despierto por completo ya de su duermevela, quien habló:

—No podemos huir, los valles de Vindión están protegidos por todas partes. No, la única solución es someternos al juicio, y rezar al Dios de Aster que nos ampare y proteja. Baddo tiene razón, hemos cumplido una misión que Aster nos confió, deberían respetarnos por ello.

Escucharon pasos en el exterior, los soldados habían percibido algo extraño y se acercaban rápidamente; Baddo se separó del cobertizo y huyó. Al entrar en los corredores del castillo se encontró a su madre, que vagaba en la noche sin rumbo fijo. Canturreaba contenta. Desde la partida de Aster, Urna nunca había estado así. De pronto, al verla tan fuera de sí, tan vulnerable y sencilla, Baddo se enterneció y la besó.

—¿Qué cantas, madre...?

Ella la abrazó también y recitó algo así como: « Mi amado ha vuelto, nunca más se irá, yo soy para mi amado y él es para mí, Aster está aquí» . Baddo sonrió diciendo:

—No es Aster.

—Lo es —dijo claramente— y, si no es él, es su hijo.

Los locos y los niños dicen las verdades. Ella por loca y Baddo por niña habían adivinado el secreto.

Baddo la condujo hasta su lecho, tapándola con cariño. Después la besó en la frente, inmediatamente ella se quedó dormida como un niño pequeño; Baddo se acurrucó a su lado en el lecho, notando la cercanía de su calor.

Baddo y Recaredo

Tambores y trompas resonaron por los valles de Ongar, despertando a Baddo de sus sueños, en los que galopaba, libre, lejos de allí. Su madre ya no estaba en el lecho, la había arropado cuidadosamente y se había ido a una de esas caminatas interminables que constituían su vida.

A Baddo le vino a la cabeza todo lo ocurrido el día anterior. Hoy sería el juicio. Se levantó, se lavó la cara y con un pequeño peine de madera se atusó el cabello. Rápidamente se dirigió al convento de Mailoc; se culpabilizaba de la detención de los godos, quería hablar con el abad, quien la consoló.

Después del mediodía, las gentes se agolparon en la explanada frente a la acrópolis de Ongar. En el centro se había dispuesto un patíbulo, un estrado elevado con un tronco de árbol cortado en medio y un hacha de grandes dimensiones, el verdugo estaba allí. Baddo se estremeció al verlo. Procuró centrar su atención en los que iban llegando. Hombres de los pueblos de la costa, algunos orgenomescos, el pueblo que había habitado Amaya, antiguos péscicos, restos de albiones. Incluso gentes provenientes de los luggones, que por primera vez en mucho tiempo habían arribado a Ongar al llegarles noticias de que la copa sagrada había retornado.

No eran demasiados, pero eran los restos de los últimos pueblos astures y cántabros. En un pasado reciente, la gran mayoría de los castros habían sido destruidos y aniquilados tras las campañas godas. Los montañeses se agrupaban en torno a algunas familias. Las antiguas gentilidades desaparecían por la presión visigoda, que había conquistado lentamente la costa, la parte más occidental de los montes de Vindión, y después los pueblos transmontanos. Restaban algunos vestigios celtas en la costa más oriental de las tierras cántabras y en los picos porque nadie se atrevía a introducirse hasta allí, a la zona más profunda de los bosques de Vindión.

Mailoc, el anciano abad de Ongar, se acomodó a la derecha del estrado rodeado de sus monjes. Nicer se situó en la presidencia, más alto que los demás, cerca del patíbulo.

Baddo, resguardada entre las gentes, con Ulge y su madre al lado, seguía atentamente lo que allí se iba diciendo.

Se escuchó una trompa con un sonido intenso y penetrante. Salieron los prisioneros conducidos por un piquete de soldados.

Entró primero Lesso, después muy alto y con aspecto digno Hermenegildo y, por último, Recaredo. Su rostro no mostraba la despreocupación habitual en él; un tanto cohibido, miraba a todas partes, buscando a Baddo.

—¡Hermanos de las montañas! Hemos sido convocados aquí al juicio de Dios. Ayer apresamos a estos tres hombres. Dos de ellos son extranjeros, al parecer godos, y el tercero les facilitó el paso a través de las montañas. No habían sido convocados ni llamados. Según nuestras leyes deben morir.

—Oigamos su defensa, si alguna hay —dijo Rondal.

Rondal era un jefe cántabro, tío de Nicer y un hombre bien considerado en Ongar. A sus palabras Hermenegildo dio un paso al frente, se escuchó su voz, una voz en la que sonaba el acento fuerte del sur, de las tierras godas; pero en el tono de su lenguaje, un latín vulgar que todos podían comprender, les pareció percibir la voz de Aster.

—Somos extranjeros en estas tierras, nos introdujimos sin permiso de los actuales jefes de Ongar. Sin embargo, si hemos sido convocados. Hemos sido convocados por aquel a quien debéis sumisión y respeto.

—¿Por quién? —preguntó Rondal.

—Por vuestro señor Aster.

Al pronunciar aquel nombre, algo vibró en el ambiente, pero Rondal no se dejó convencer.

—¿Cómo puedes probar eso?

Entonces se adelantó Lesso:

—En la primavera de dos años atrás, Aster, Mehiar, Tilego y yo partimos hacia el sur. Nuestra misión era recuperar una mujer y una copa. La mujer era tu madre, Nicer. La copa era la copa de poder.

—Esa historia la sé.

—Aster fue apresado, y logró salvar a Mehiar y Tilego.

—Eso fue así... —dijo Mehiar.

—Fue conducido a Emérita y allí ajusticiado. Antes de morir se encontró a la mujer, a la que llamamos Jana, el hada, la madre de nuestro actual soberano Nicer. Aster le pidió que devolviera la copa al norte. Al poco tiempo, ella también falleció, pero en su lecho de muerte pidió a sus hijos que cumplieren la promesa. Estos dos hombres son hijos de la esposa de Aster. ¿La recordáis? Fue la mujer que, a muchos de vosotros, os cuidó en la peste. La que abandonó a su hijo Nicer y a su esposo Aster para defenderos del ataque de los godos. Ella os los envía, obedeciendo la petición que Aster le hizo antes de morir. Es injusto que se diga que estos hombres, Hermenegildo y Recaredo, han venido sin ser convocados. Ellos han devuelto la copa al cenobio de Mailoc, al lugar donde Aster quiso que estuviese.

Se hizo un silencio entre los hombres de Ongar. Todos conocían la antigua historia de la esposa perdida de Aster, a la que siempre había amado, y entre todo el pueblo corría la leyenda de una copa de poder que traería la paz y la prosperidad a las tierras del norte.

Entonces habló de nuevo Hermenegildo:

—¡Hermano! —Y miró a Nícer—. Por la memoria de nuestra madre, por el nombre de Aster, tu padre... ¡Déjanos marchar! No corra la sangre entre nosotros.

—¡Que hable el consejo! No puedo mancharme con la sangre de mis hermanos.

—Si lo que decís es verdad... —habló uno de los más ancianos del consejo— ... todos los valles de la cordillera de Vindión estaremos agradecidos por siempre a estos hombres godos. Sois libres pero..., ¡queremos ver la copa!

En aquel momento, Nícer desenvainó la espada y cortó las ataduras de sus hermanos; después, les abrazó. Todos gritaron solicitando el perdón de los cautivos. Por último, el anciano Mailoc fue ayudado a llegar al lugar que se elevaba sobre la explanada, donde se situaba el patíbulo. Sacó de una alforja la copa y bendijo con ella al pueblo haciendo una señal de la cruz en el aire.

Los hombres de Ongar doblaron la rodilla ante la copa; sin embargo, del lugar que ocupaban orgenomescos y luggones se escucharon abucheos y protestas. Abneo, el jefe de la caída Amaya, vociferaba muy excitado al ver la copa:

—¡Esa es la copa de los pueblos celtas! ¡La copa del poder! ¡No es una copa cristiana! Estamos ahogados por los godos y a punto de morir, esa copa nos pertenece, la necesitamos para sobrevivir.

Entonces los orgenomescos y los luggones desenvainaron las espadas y comenzaron a luchar, intentando acercarse a la copa. Nícer la tomó de las manos de Mailoc protegiéndola con su espada. De modo sorprendente, los luggones y los orgenomescos, al aproximarse a Nícer, notaron que sus fuerzas fallaban y al cabo de poco tiempo de lucha debieron rendirse.

—¡Realmente es la copa sagrada! ¡La que hace vencer en las batallas! La que serena los espíritus —musitó Nícer.

Apresaron a todos los agitadores y los expulsaron del valle. La alegría llenó Ongar, una alegría quizás enturbiada por la lucha entre pueblos hermanos.

Pusieron a Hermenegildo, a Lesso y a Recaredo en libertad. Esa noche tuvo lugar una gran fiesta. Bailes y cánticos llenaron el valle. Hacía frío, pero cerca de las hogueras la gente reía y bailaba para entrar en calor. Uma no dejó un momento a Hermenegildo, a él le hacía gracia la loca y la atendía con deferencia, con la misma actitud con la que Aster la había tratado años atrás.

Aquella noche Baddo no se separó de Recaredo, bailaron al pie de las hogueras aquellas danzas que él desconocía. Reían cuando él se equivocaba en los pasos; eran felices. Se retiraron de la luz de la hoguera, seguidos por la mirada

siempre vigilante de Ulge. Sin embargo, el ama estaba contenta y lo consentía. ¿No era acaso Recaredo, hijo de Jana y hermano de Nicer?

La nieve cerró los pasos de la cordillera; Recaredo y Hermenegildo debieron permanecer en Ongar. Allí, durante un tiempo, compartieron la vida de los hombres de las montañas.

Hermenegildo exploró el valle. Todo le resultaba familiar aunque nunca antes hubiese estado allí. ¡Tantas veces había hablado de aquel lugar con Lesso! Visitó a muchos enfermos y habló con los que habían conocido a su madre. Muchos, al verle, le hablaban de Aster, pero nadie se atrevió nunca a revelarle la sospecha que todos compartían. El godo parecía no caer en la cuenta de nada. Con frecuencia se acercaba a la cascada, y a la cueva de Ongar. El valle le parecía un lugar mágico. Siguió el curso del río, descubrió que desembocaba en el Deva y que, avanzando en contra de la corriente, río arriba desde la costa se podría llegar a Ongar. Uno a uno fue desvelando los pasos ocultos en las montañas.

Recaredo y Baddo se encontraron repetidamente. Acudían a casa de Fusco, donde se sentían más libres que bajo los muros de la fortaleza. Ella le mostró sus habilidades con el arco. Luchaban con los hijos de Fusco, como jugando. Rodaban, riendo, en la nieve. Después, acudían a la casona, donde Brigetia les daba leche caliente y pan moreno y se sentaban junto al hogar. Allí, Fusco les relató las antiguas historias de tiempos ya casi olvidados. Lo hacía con pasión y orgullo, en tono épico, rodeado de la algarabía de sus hijos, la mirada brillante de Baddo y la expresión sorprendida de Recaredo. El príncipe godo no retiraba sus ojos de la hija de Aster.

El tiempo mejoró, se abrieron los pasos de la cordillera. Recaredo y Hermenegildo tendrían que volver al sur. Lesso no quiso regresar a la meseta con los godos. Había cumplido su cometido, lo que años atrás jurara a Aster, devolver la copa. Decidió quedarse en la cueva, con Mailoc, entre los monjes.

La noche antes de la partida, tuvo lugar una fiesta en el valle. Se reunió mucha gente agradecida a los hombres que habían devuelto la copa y la seguridad a Ongar.

Un tanto retirados del barullo, Baddo y Recaredo iniciaron una larga conversación.

Recaredo le habló de la corte de Toledo; de su padre, el gran rey Leovigildo, a quien él adoraba; del oro y la munificencia que se había introducido en el palacio de los reyes godos, similar al de las cortes de Oriente. El hijo del rey godo le pidió que fuera su esposa y que se marchase con él al sur. Baddo le miró inquieta y le aseguró que Nicer nunca lo consentiría.

—Mañana hablaré con tu hermano... —habló Recaredo con determinación.

La mañana en la que los godos iban a abandonar Ongar, Recaredo se inclinó ante Nicer y solicitó entrevistarse a solas con él. Al verlos retirarse juntos, Baddo sintió angustia y un cierto temor. Hablaron mucho tiempo; entonces Nicer mandó

llamar a Hermenegildo. De nuevo tardaron un tiempo en salir. Después, Baddo fue convocada.

—Recaredo quiere desposarse contigo —le dijo Nicer.

—Sí, hermano —se sonrojó ella.

—Es muy joven y tú también. Debéis esperar. Ya sabes que existen compromisos previos que habría que anular. Sois de pueblos rivales. No puedo daros mi consentimiento. Hermenegildo también cree que debéis esperar, por lo menos a que acabe la guerra.

Recaredo y Baddo se miraron con desolación. Para ellos, aquello significaba una negativa cerrada. No había esperanza, la guerra entre godos y cántabros no parecía tener fin. Después, cuando los dos jóvenes godos hubieron salido, Nicer le dijo con tristeza a Baddo.

—No puedo entregar a mi única hermana al hijo de mi mayor enemigo.

Llegó el momento de la partida. Hermenegildo y Recaredo montaron en unos hermosos caballos asturcones regalo de Nicer. Los guiaba Fusco hasta la salida de Ongar, quien disfrutaba estando cerca de Hermenegildo, con aquel sorprendente parecido a Aster.

Antes de salir, les hicieron jurar que no revelarían a nadie lo que hubieran conocido de los pasos de Ongar.

Al montar en el caballo, mirándola a los ojos, Recaredo le juró a Baddo:

—Nos volveremos a ver. Te juro que volveré a por ti y yo siempre cumplo mis promesas. Te quiero.

Baddo se echó a llorar y él le acarició la cabeza desde lo alto del caballo. Durante largo tiempo, Baddo les acompañó hasta la salida del valle, desde lo alto del camino les siguió con la mirada, mientras ellos se iban transformando en unos bultos en el camino, en unos pequeños puntos; hasta que no les pudo divisar más.

En el campamento godo les daban por muertos. Los dos hermanos habían salido con la excusa de un reconocimiento de campo y habían pasado los días sin que se hubiese tenido noticias de ellos. Los caballos que habían dejado atados se habían escapado y habían regresado al campamento sin alforjas. Sisberto, el capitán de la campaña del norte, había enviado exploradores a buscarles, pero volvieron sin noticias. Solo Claudio y Wallamir intuían algo de lo que estaba ocurriendo.

Un día, inopinadamente, los hijos del rey godo reaparecieron, con buen aspecto y en unos caballos asturcones de buena envergadura. Sisberto les interrogó, pero ellos no le dieron demasiadas explicaciones de lo que les había sucedido y de dónde habían estado. Cuando les preguntaron por Lesso, dijeron que había sido apresado por los cántabros y, cuando les interrogaron sobre los caballos asturcones que montaban, respondieron que los habían requisado.

Sisberto comprendió que ocultaban algo pero, al fin y al cabo, eran los hijos de Leovigildo y no le interesaba enfrentarse con el rey.

El encargo de Leovigildo

Un mensajero llegó al campamento con un escrito del rey Leovigildo para el capitán de la campaña del norte: el muy noble Sisberto. Sisberto leyó la carta y llamó a Recaredo.

—Nuestro señor por la gracia de Dios, el rey Leovigildo, desea ver a su amado hijo Recaredo. Nos encontraremos con el rey, en Leggio. Desea que su noble hijo Hermenegildo asuma el mando de las tropas del norte.

Los hermanos cruzaron sus miradas. Recaredo pensó en Hermenegildo: « ¡Así que te quedas al frente de esto... buena te ha caído! ». Por su parte, Hermenegildo se preguntó: « ¿Qué querrá mi padre de Recaredo? ». Ambos se entendieron sin hablar y sonrieron. El viaje era largo y Recaredo escogió una buena montura, un caballo de patas fuertes y crines oscuras, no había postas hasta Leggio.

El camino atravesaba montes espesos, llanuras con ganado y aldeas de diverso tipo; algunas eran villas romanas divididas entre sus ocupantes que constituían cúmulos aislados de población; otras, asentamientos de campesinos de origen godo. Cruzaron un río de aguas caudalosas, levantando espuma con los caballos. El sol llameaba y, con el trote del caballo, Recaredo sintió calor, aunque el tiempo aún era frío.

En el sofoco de la marcha, Recaredo pensó que hacía tiempo que no veía a su padre. Siempre le había admirado; recordaba cuando él era aún muy pequeño y le esperaban cerca del puente en Mérida para verle pasar al frente de sus tropas. Se había sentido orgulloso al divisarle, galopando rodeado de sayones y bucelarios. Después, Leovigildo arribaba al palacio junto al río Anás. Su presencia lo cambiaba todo. Nada podía fallar cuando el duque godo llegaba al palacio. Los criados temblaban ante su presencia. Desde pequeño, Recaredo pudo notar cómo su padre trataba a su madre imperiosamente, con frialdad y con una cierta indiferencia. Él creía que su padre era un hombre noble, que guardaba distancias con las mujeres, sabiéndose imponer ante ellas. Su madre le temía, siempre se la veía asustada ante él. Recaredo intuía oscuramente que su madre no amaba a su padre. Nunca les decía nada en contra de él; pero el joven godo se daba cuenta de que cuando su padre desaparecía de Mérida debido a sus

ocupaciones políticas y militares, su madre descansaba y su expresión se volvía más alegre. Ella temblaba siempre ante la presencia del muy noble Leovigildo y, en alguna ocasión, se rebeló contra él. Más de una noche, oyó los sollozos de ella y la voz de su padre, insultante. Recaredo no podía entender la actitud de su madre; que ella se rebelase y no acatase todas las órdenes del noble Leovigildo. ¿Acaso no era su padre el hombre más gallardo y poderoso del reino? Cualquiera mujer se hubiese sentido honrada al ser su esposa.

Tras muchas horas de cabalgada avistaron Leggio, sus murallas, sus calles cruzándose de modo perpendicular, una ciudad recia, creada para albergar la Legión VII Gemina, en la que quinientos años después de su fundación persistía aún un cierto aspecto militar. La muralla ancha, formada por grandes cubos, estaba flanqueada por dos ríos: el Bernesga y el Torio. Varios puentes de origen romano los cruzaban. Fuera de los muros de la urbe, bajo su sombra protectora, tiendas y chabolas formaban un barrio de gente modesta. Entraron por la puerta del norte y atravesaron la ciudad hasta la calle ancha.

El rey Leovigildo se alojaba en la mansión de uno de los patricios de la ciudad, donde se había formado una pequeña corte. Recaredo, acompañado de Sisberto, cruzó los patios y corredores.

La guardia anunció su presencia y entraron en el interior de una sala con colgaduras y unos ventanales velados por vidrios de colores que dejaban pasar una luz fría y azulada. El rey Leovigildo, sentado sobre un escabel, en una silla amplia con aspecto de trono, alzó la cabeza cuando entró su hijo. A Recaredo le pareció que estaba abatido; sin embargo, sus ojos, enmarcados por ojeras profundas, chispeaban con la luz que siempre les había distinguido, la luz de la firmeza, de la seguridad en sí mismo y de una ambición desmedida. Aquella mirada había asustado a Recaredo muchas veces cuando era niño, y ahora continuaba siendo imperativa y turbadora. Su padre vestía con lujo, una larga capa recamada con cenefas doradas, se ceñía la frente con una diadema de oro, en sus manos lucían varios anillos en los que brillaban piedras preciosas, y de su pecho colgaba una cadena de oro muy gruesa terminada en una cruz de ágatas y topacios. Los cabellos y la barba peinados cuidadosamente con aceites caían suavemente sobre los hombros y sobre el pecho. Calzaba unas botas altas cubiertas por una túnica que le llegaba por debajo de las rodillas.

Junto a él, un obispo arriano y varios caballeros de la guardia palatina le prestaban acompañamiento.

Recaredo dobló la rodilla delante de su padre, se llevó la mano al pecho e inclinó la cabeza. Leovigildo se levantó del trono, acercándose a su hijo, al que abrazó y besó en ambas mejillas, ceremoniosamente, alzándole del suelo.

—La campaña del norte se prolonga y hacía tiempo que deseaba veros a ti y a tu hermano. Como ves he ascendido a tu hermano Hermenegildo a capitán del ejército del norte —dijo Leovigildo mirando a Sisberto, quien palideció al sentirse

postergado—, y a es hora de que esa campaña llegue a su fin.

—Hemos hecho avances —dijo Sisberto—. Los rocones han sido prácticamente derrotados.

—Solo queda el nido de víboras de Ongar... —entonces el rey se detuvo y, mirando muy fijamente a su hijo, continuó—... con el que me parece que tú y tu hermano habéis tenido contacto.

Recaredo se puso serio, tragó saliva y recordó Ongar, a todos aquellos a quienes había aprendido a amar: a Nicer, su medio hermano, a su hermosa Baddo y a Mailoc, el monje santo.

—¿Callas...? Sé que habéis estado en Ongar.

—Cumplimos una promesa, una promesa que hicimos a nuestra madre en su lecho de muerte.

—A tu madre, la montañesa, la hija de Amalarico... tu madre... Sí, ya veo...

Leovigildo calló unos instantes y después, dirigiéndose a su corte, ordenó:

—¡Fuera todos, quiero quedarme a solas con mi hijo, el príncipe Recaredo!

La sala se despejó de gente. El rey se sentó de nuevo en el trono, marcando las distancias con su hijo. Permanecieron a solas en el salón enorme, la voz parecía hacerles eco cuando hablaban. El padre sentado, muy erguido, dominaba desde su solio al hijo. Este se asustó, temía a su padre y, más aún, quedarse a solas con él. El ambiente de la sala se tornó todavía más frío.

—Dime, hijo mío... ¿Cuál es el encargo de tu madre en sus últimos momentos? ¿Por qué yo no supe nunca nada de ello?

Los ojos del rey godo se inyectaron de ira, su faz águilina se pareció aún más a la de un águila que se dispone a atacar. Recaredo recapacitó, él y su hermano habían hecho cosas a espaldas de su padre que podían no gustarle, así que respondió con voz poco firme.

—El encargo... el encargo fue rescatar una copa de manos del obispo católico de Emérita Augusta y conducirla a un monasterio en Ongar, donde vive un monje santo llamado Mailoc. No os dijimos nada porque tenéis muchas ocupaciones y no queríamos añadir una más. Además... además —balbuceó Recaredo—, temíamos...

—Temáis que yo no lo aprobase, porque ese encargo guarda relación con la visita de tu madre a un prisionero del norte, unos días antes de que ella falleciese. ¿No es así?

—Sí, padre.

—De todo esto, lo que más me desagrada es vuestra poca franqueza para conmigo. Yo hubiese entregado la copa a ese monje santo.

—¿Sí...? —preguntó esperanzado Recaredo.

—Lo que nunca hubiera hecho es entregar la copa —aquí Leovigildo levantó el tono—... la copa de poder en manos de los mayores enemigos del reino godo: los cántabros de Ongar. Esa gente está poseída por los demonios. No hay manera

de vencerles y ahora poseen la copa sagrada, gracias a mis adorados hijos. ¿Sabes lo que esa copa significa?

Leovigildo se detuvo para continuar hablando en voz más queda como quien confiesa algo que nadie más debe saber:

—Yo tampoco lo sabía plenamente, solamente lo intuía. El viejo Juan de Besson me engañó una vez más. Me engañó más allá de la muerte... y tu madre, la noble y dulce hija de Amalarico, también. El obispo Sunna me ha relatado el secreto de la copa de poder. He descubierto que el pueblo que posea la copa vencerá todas las batallas. ¿Lo entiendes...? Los romanos vencieron porque la poseían, los godos vencieron a Atila y cruzaron Europa victoriosamente porque la poseían. Ahora está en manos de nuestros enemigos los cántabros, porque mis hijos tenían que cumplir una promesa. ¿Entiendes mi enfado...?

—Sí, padre.

—¿Por qué no me consultaste? De ti nunca lo hubiera esperado. Hermenegildo es distinto, ha estado siempre demasiado cercano a su madre, es independiente... pero tú, mi querido hijo Recaredo, debiste tener más sentido común.

A estas palabras, Recaredo agachó la cabeza, pensativo. Le conmovían las palabras de su padre, se sentía preferido ante su hermano y aquello le llegaba al corazón.

—Yo solo luché por dejaros a vosotros, mis hijos, un reino fuerte, pero necesito que me ayudéis y no lo estáis haciendo.

—Haríamos cualquier cosa por vos y por el reino godo.

—¿Lo harías? ¿Harías cualquier cosa?

—Sí, padre, lo que queráis.

—Recupera entonces para mí la copa de Ongar.

Recaredo guardó silencio y su piel blanca se tornó rosada en las mejillas.

—¿No me contestas?

—No veo cómo puedo llegar hasta donde está ahora.

—Mira, hijo mío. Tú eres mi esperanza. Te contaré los anhelos que el corazón de tu viejo padre guarda dentro. Quiero fundar una dinastía, una dinastía fuerte que dure generaciones, que perpetúe durante siglos el nombre de mi familia, el nombre de Leovigildo y Liuva, el de Recaredo y Hermenegildo. La dinastía que ha unido la noble sangre de los míos con la sangre real baltinga. Mucho se ha conseguido ya. He logrado unir a las dos grandes facciones del reino, la de los nobles y la de aquellos que apoyan el poder real. He hecho retroceder a los bizantinos a la franja costera. Gracias a tu tío Liuva, he conseguido contener a los francos, evitando que invadan la Septimania. Las nuevas leyes lograrán que los hispanorromanos, que proceden de emperadores, se unan a la raza goda. Voy a alejar la unidad religiosa, todo el país pronto será arriano. ¿No te das cuenta de que todo eso va a ser así? ¿Que va a ocurrir muy pronto? Y vosotros, mis hijos, tú

y Hermenegildo, seréis los continuadores de un reino influyente, rico y en paz.

La mirada de Leovigildo era febril, se hallaba trastornado por la visión de aquel reino poderoso. Recaredo se sintió sobrecogido y contagiado por aquella misma pasión. Pensó: «¿Acaso no soy yo de estirpe real? ¿Acaso no soy godo? ¿Acaso por mis venas no corre la sangre de Alarico, y de Walia, de Turismundo y del gran Teodorico?». Se sintió llamado a una alta misión. Con Hermenegildo, lo conseguiría. Inclino la cabeza y su padre posó su mano sobre el hombro de Recaredo, quien habló:

—Mi señor padre, podéis confiar en mí.

Después, en un tono de voz convincente, Leovigildo continuó:

—¿No entiendes que no podemos dejar la copa de poder en manos de nuestros enemigos? Cuando todos los pueblos del norte hayan sido sometidos, entonces ya cumplirás la promesa que hiciste a tu madre y llevarás la copa o lo que tú quieras al hombre santo de Ongar.

—Conseguiré lo que me pedís.

—Sabía que podía fiarme de ti.

Leovigildo dio unas palmadas y entraron los que habían salido antes. Leovigildo mostraba una faz muy distinta a la del comienzo de la entrevista, había rejuvenecido y en sus ojos brillaba una luz de malicia y de ambición.

—Mis hijos, Hermenegildo y Recaredo, son los portadores de la sangre real baltíng. Debéis amarlos y obedecerlos.

Los nobles y clérigos presentes en la sala aclamaron a Recaredo.

—¡Salve a nuestro príncipe el gran Recaredo!

De nuevo Recaredo enojóse mientras escuchaba las palabras de su padre:

—Volverás al norte y derrotarás a los rocones y a los hombres de Ongar.

Recaredo abandonó la sala, aquella noche hubo una cena copiosa en la que se reunió toda la corte que acompañaba al rey. Bebió mucho, y rio con todos, quizá bebió de más porque en el interior de su alma persistía la duda. En su mente se libraba una batalla, estaba contento de la confianza que su padre había depositado en él; pero pensaba: ¿por qué en él y no en Hermenegildo? El cariño filial por su padre no era superior al afecto profundo que siempre le había unido a Hermenegildo. Los dos sentimientos en este momento tiraban en direcciones contrarias. Sabía que su hermano no iba a consentir que se retirase la copa de Ongar. Además, se acordaba de lo prometido a su madre. Por mucho que se hiciese a la idea de que lo cumpliría más adelante, cuando todo estuviese resuelto y los cántabros vencidos, había algo en él que se resistía a contravenir lo que su madre le había pedido en su lecho de muerte. ¡Oh, cuánto le habría gustado hablar con Lesso! Realmente en él, en el noble y viejo Lesso, era en quien más confiaba su corazón.

Por la noche, en su lecho de la ciudad de Leggio, dando vueltas a todos estos pensamientos, volvieron a su imaginación unos ojos castaños que habían reído de

placer al ver la copa, le habían mirado agradecidos, y le habían salvado de la mano de Nicer. Recaredo se quedó dormido y, en sus sueños, vio aquellos ojos, antes alegres, llorar.

Se demoraron allí varios días, pues Leovigildo quiso organizar unos juegos en su honor. Por las noches corría el vino y los juglares amenizaban las veladas. Leovigildo deseaba mostrar a su hijo toda la riqueza y poderío de los que disponía. Recaredo, por su parte, se sentía halagado, el centro de todas las atenciones. Al fin, el rey le ordenó regresar al norte con una única misión, recuperar la copa perdida.

Ongar en llamas

Una columna de humo espeso que subía de las montañas se comenzó a ver en el campamento godo cercano a Amaya, los hombres se reunían en corros señalando aquel fenómeno que ensombrecía la luz del sol y ascendía hacia el cielo. El humo denso, oscuro, se elevaba como una columna amenazadora. Se corrieron rumores, se decía que un bosque estaba ardiendo. Pero ¿cómo se había incendiado? Todos habían detenido sus quehaceres para observar la señal que se abría en la cordillera. Hermenegildo, lleno de consternación, adivinó lo que podría estar ocurriendo.

—Ongar está ardiendo, lo han atacado.

—Quizá sea un incendio en los bosques... —dijo Wallamir, que le acompañaba.

—No lo creo, tengo la sospecha de que algo grave les está ocurriendo allí.

—Sí, pero..., ¿qué...?

—No lo sé.

Durante todo el día vieron con preocupación la colosal humareda que salía tras los riscos. El humo se elevaba cada vez más alto, cada vez más negro.

Detrás de aquellas montañas no había ya enemigos, sino gente muy querida para Hermenegildo: Nícer, su medio hermano; el sabio Mailoc, el monje; Urna, a quien en su locura había cobrado afecto; la niña mujer, Baddo y, sobre todo, su querido Lesso, el hombre que le había enseñado a luchar. Hermenegildo hubiera deseado que Recaredo estuviese allí, pero este cumplía las últimas órdenes de su padre y estaba ya en Leggio.

Las horas transcurrieron con una inquietud creciente; al atardecer se oyó una trompeta en las torres de los vigías del campamento. Alguien se aproximaba. Vieron llegar a Lesso con un montañés desconocido para ellos. Era Efrén, uno de los hijos de Fusco. Lesso se dirigió hacia Hermenegildo en un estado de excitación muy grande, sus ropas estaban desgarradas por diversos sitios, y en los brazos mostraba las señales de múltiples arañazos. Hermenegildo le cogió por los hombros cuando estaba a punto de caer por el agotamiento:

—Los roccones... —dijo con voz entrecortada— han atacado Ongar, se han llevado la copa de poder; han apresado a muchos, entre otros a Nícer y a la hija

de Aster...

—¡No puede ser! —exclamó Hermenegildo.

El humo de las llamas del incendio parecía menguar en la lejanía. Según Lesso, los roccones se habían hecho con la fortaleza y dominaban Ongar.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —le preguntó Hermenegildo.

—Nícer, ensobrecido con el poder de la copa, atacó una vez y otra a los roccones. Uno de ellos, fingiendo ser un peregrino, entró en Ongar, robó la copa, que después entregó a Abneo. El valle dejó de estar protegido. Después, unos traidores abrieron las entradas al valle y los roccones tomaron venganza cumplida. Mataron a muchos hombres de Ongar. Nícer y los demás se defendieron. Cuando todo estaba perdido pensé que mi única esperanza erais vosotros, los hermanos de Nícer, los hombres del sur. A través de los bosques hui con Efrén, uno de los hijos de Fusco. ¡Ay! Hermenegildo, te lo ruego por lo que más quieras, debemos darnos prisa. Mañana es plenilunio, y celebrarán la victoria con sacrificios humanos. Siempre lo hacen así. Matarán primero a dos doncellas, seguramente una de ellas será Baddo.

Hermenegildo pensó en las gentes de Ongar y también en los que ellos llamaban roccones, y entre los celtas, luggones, un pueblo guerrero de costumbres paganas que acostumbraba reunirse en las noches de luna llena para celebrar los ancestrales ritos de culto.

—Entraremos en Ongar...

Hermenegildo reunió a los camaradas más afectos a él y a la casa baltinga en su tienda. Les explicó brevemente lo que sucedía en Ongar. Se mostraron de acuerdo en ayudarlo y entrar en el valle sagrado de los montañeses.

Él les dijo:

—Esperaremos al plenilunio, y entonces les atacaremos de noche; tomaremos primero la copa cuando estén en la fiesta, alucinados y borrachos.

Todos se mostraron de acuerdo.

—¿Resiste alguien? —le preguntó a Efrén.

—Han dominado la fortaleza, pero la casa de Fusco y otras en el valle no han sido sometidas. Ellos nos ayudarán.

—¿Por dónde entraron? —continuó preguntándole Hermenegildo.

—Pensamos que por el paso del noreste...

—¿No conocen el paso de la cascada ni lo tienen vigilado?

—Pienso que no. No han protegido bien el paso del barranco. Tampoco conocen el paso del río...

—Nos dividiremos en tres grupos —dijo Hermenegildo—. Tú, Lesso, guiarás a Gundemaro y a unos cuantos hombres por la cascada, alertaréis a los que todavía no hayan sido sometidos a los roccones. Después, le abriréis paso al segundo grupo, a Claudio con los hispanos de Emérita, que irán a través del paso del barranco. Wallamir y Efrén con unos cuantos iréis conmigo navegando por el

río Deva, corriente arriba. Tendremos que dar un rodeo circunvalando las montañas. Desembarcaremos muy cerca del valle de Ongar, yo me dirigiré a la fortaleza: hay personas muy afines a mí que corren grave peligro.

Aquí, Hermenegildo se detuvo pensando en Baddo y en Nicer; después prosiguió ordenando la estrategia a seguir.

—Mientras tanto, Efrén y Wallamir con los suyos deberéis ir a la torre de vigía y abrir el paso del barranco, por allí entrará el grueso del ejército godo. Finalmente todos nos dirigiremos a la fortaleza de Ongar, donde se librará la batalla final^[17].

Desde aquel momento, el campamento godo se puso en movimiento, muchos más se unieron a la campaña. Nadie deseaba quedarse, querían luchar, seguir a Hermenegildo.

Los primeros en salir fueron los del grupo de Lesso y Gundemaro. Para ese grupo, Hermenegildo designó a los hombres que habían ido ya previamente con Recaredo en la primera salida al torrente. Marcharon tomando una senda que se adentraba en el bosque, ya oscuro porque el sol se hundía entre las ramas de los árboles. Al anochecer, todo se volvió sombrío y tenebroso. Con una cadencia monótona se oía el ruido repetitivo de un búho. Los compañeros de Lesso y Gundemaro sintieron una gran aprensión, pero continuaron avanzando sobreponiéndose al temor. Llegaron al lugar donde Recaredo, tiempo atrás, había luchado con Baddo y prosiguieron cauce arriba, guiados por Lesso.

—Debemos desmontar. El resto del camino lo haremos a pie —dijo con voz queda.

Ataron los caballos a los árboles, en un lugar cerca del agua, donde los animales pudiesen beber y donde hubiese pasto. Después se pertrecharon con arcos, cuchillos y espadas. Lesso iba al frente, seguido por Gundemaro. Comenzaron a subir, saltando entre las peñas. Con yesca y pedernal, el cántabro encendió una antorcha. Todo estaba lóbrego, la luna aún no había salido y las estrellas fulguraban débilmente entre las hojas de los árboles. No había nubes, el olor a bosque les colmaba la boca y los pulmones.

Treparon entre las rocas hasta llegar a los peldaños que ascendían por la cascada; estaban resbaladizos, por lo que subían lentamente. A lo largo de la caminata, la luna amaneció entre los árboles, una luna llena y redonda en la que se veían las manchas, que parecían amenazadoras. Al llegar a la cumbre sobre la cascada, aquella luna fría de invierno resplandeció iluminando Ongar. Abajo, la fortaleza se erguía rodeada de fogatas; hasta la altura llegaba el ruido de la fiesta. Los rocones celebraban la victoria. Desde tan lejos, Lesso no podía identificar las figuras con precisión, pero advertía el caos ocasionado por los rocones. El cántabro recordó cuando años atrás con Aster, príncipe de Albión, había descubierto Ongar por aquella bajada. Deseó llegar al valle donde muchos de sus compatriotas permanecían presos; sin embargo, su misión era otra: desde donde

se encontraban no se hallaba muy lejos del gran paso del barranco, donde tendrían que someter a los vigías, permitiendo el paso a Claudio con las tropas de Emérita.

Mientras tanto, Hermenegildo y los suyos galopaban rodeando las montañas del valle de Ongar, hasta alcanzar el Deva no muy lejos de su desembocadura. Abordaron el río en las grandes barcazas que se usaban habitualmente para cruzarlo en aquel punto. Dejaron los caballos atrás con algunos hombres. Wallamir, al subirse a la barca, se inquietó porque no era hombre de agua. Los remeros bogaban cautelosos, el agua les salpicaba a menudo y era fría. Los árboles dejaban caer sus ramas sobre la corriente de modo que debían apartarlas para poder avanzar; por otra parte, gracias al ramaje evitaban ser vistos. Su misión no era fácil: aproximarse remando contracorriente varias leguas y encontrar un embarcadero muy cercano a la fortaleza de Ongar. Hermenegildo miró hacia el cielo, las luces del firmamento les alumbraban en aquella noche tan clara, sin una nube. Aún no habían llegado al final del recorrido en la barca, cuando la luna apareció grande y redonda sobre las montañas nevadas. Era una visión majestuosa desde el río, con las montañas al fondo que brillaban blancas en sus cimas. La nieve hacía que el plenilunio multiplicase su esplendor. La luz de la luna resplandecía también sobre el agua del río creando una larga estela.

Al fin, las barcazas atracaron en un lecho de arena. No estaban lejos de Ongar. Hermenegildo saltó a tierra con rapidez, desenvainó la espada y con ella exploró el terreno con cuidado, intentando encontrar el camino. Estaba preocupado por Nicer y Baddo, algo le unía a ellos. Nicer, al fin y al cabo, era su medio hermano. Con Baddo había una relación especial, recordaba bien cómo les había protegido. Se había percatado de que ella lo identificaba con Aster. La noche en la que les detuvieron se sorprendió ante el grito de Urna, su madre, y advirtió que, en el poblado, todos le relacionaban con Aster, el que había sido su señor durante tantos años. Confiaba que Uma, Nicer y Baddo estuviesen vivos. Al pensar en el grito de Uma al verle, algo se volvía confuso en su interior: él procuraba no pensar en ello.

Desde el pequeño camino que salía del embarcadero, alcanzaron la vía más ancha del valle, la que conducía directamente al castro y la fortaleza. Andaban despacio, evitando producir ruido. Tras una revuelta del camino, divisaron la fortaleza de Ongar, iluminada como si fuese de día. Las casas que la rodeaban habían sido quemadas, aquello era lo que había originado el humo oscuro que percibieron por la mañana desde el campamento. El aspecto del poblado era desolador.

En la altura, se comenzó a escuchar un ruido rítmico de tambores. Junto a él, el sonido de voces que de modo acorde entonaban algún tipo de canto ritual.

Los lugones no sospechaban que alguien fuera a atacarlos, habían derrotado a los de Ongar, y nadie más se les oponía en las montañas.

En un calabozo, en la fortaleza, se apiñaban hombres y mujeres. Nicer ocultaba la cabeza entre las manos, hundido. Por primera vez en mucho tiempo Baddo sintió conmiseración por su hermano, se acercó a él, apartando a la gente, y le puso la mano sobre el cabello. «Mi bueno, mi fiel Nicer», le susurró. Él retiró la mano de su hermana, no le gustaba que se compadeciesen de él.

—Tú no tienes la culpa... —le dijo ella.

—Sí. La tengo. No debí utilizar la copa, la guardé en la fortaleza en lugar de dársela a Mailoc. Es una copa ritual que lleva la bendición y la maldición consigo. Los luggones se han vengado; y ahora el pueblo más beligerante y peligroso es el que posee el poder... Tu madre, Uma, ha muerto; Ulge también. Yo debiera haberlas protegido. Los rocones han asesinado a muchos. Nos someterán a todos y nos obligarán a rendir culto a esos dioses inmundos. No hay esperanza.

Baddo permaneció junto a él en silencio, entristecida por la muerte de su madre y del ama. De todo lo ocurrido solo había algo bueno: que ella y Nicer, después de tantos años de rencillas, estaban unidos. Entonces comenzó a oírse el ruido de los tambores y los gritos rítmicos de la multitud. Los presos se echaron a temblar.

Alguien gritó:

—¡Ha llegado el tiempo del sacrificio! ¡Vamos a morir!

Se abrieron las puertas del calabozo, y entraron los hombres de Abneo. Con sus lanzas amenazantes apartaron a los que intentaban hacerles frente o detenerles el paso; después apresaron a Baddo y a Munia.

Nicer se levantó, enfrentándose a ellos:

—¿Qué vais a hacer con mi hermana?

—Concederle un gran honor, ofrecérsela a Lug.

—¡No...! ¡No lo haréis!

Ellos rieron y, golpeándole, lo empujaron hacia atrás.

Condujeron a las dos mujeres al patio principal de la fortaleza.

Allí, medio borracho, derrengado en una especie de trono de cuero y madera, Abneo presidía los ritos a Lug.

—¡A ver...! ¿Qué me traéis?

Al distinguir a Baddo, pronunció torpemente algunas palabras:

—Pero si es la hija de Aster, la que se negó a desposarse conmigo.

Se acercó a ella, que notó su hedor alcohólico cerca de la cara, sintiendo una gran repugnancia.

—¡Lástima que Lug las desee vírgenes!

Después vio a Munia:

—¿Y tú? Eres también muy bella, se rumoreaba que Nicer pensaba contraer matrimonio contigo, hasta que se comprometió con mi hija.

Toqueteó de una manera indecente a Munia, que se estremeció.

—Ninguna de las dos va a hacer nada más... Os conduciremos al reino de Lug. Allí seréis diosas y él aplacará su sed de venganza. Llenaremos la copa de Lug con vuestra sangre, la beberemos y después moriréis.

Munia palideció a punto de caer; finalmente con un gran esfuerzo, pudo sostenerse.

En el centro del patio de la fortaleza, habían construido una pira, a la que se subía por unos escalones. Las hicieron subir y las ataron cada una a un palo en medio de la leña. Cuando la luna apareció en el cielo, se escucharon gritos entre el gentío; entonces se acercó a ellas el sacrificador con una hoz dorada en las manos, pronunciando unas palabras en una jerga antigua. Baddo, al ver cómo se aproximaba la hoja afilada al cuello, pensó que había llegado su fin. El verdugo la hirió con un corte fino del que comenzó a manar sangre, la recogió en la copa sagrada, la mezcló con vino, en el que añadió algunas hierbas, posiblemente alucinógenos. Inmediatamente realizó el mismo gesto en Munia. Juntó también su sangre y mostró la copa al pueblo.

El sacrificador ofreció la copa a Abneo. Primero bebió el jefe y después fue pasándola a todos los que tenían más alcurnia. Cayeron de rodillas al suelo y perdieron el conocimiento, experimentando movimientos convulsos.

Los luggones danzaron en torno a Baddo y a Munia, que sentían una debilidad extraña quizá provocada por la pérdida de sangre, que no cesaba de manar. Durante un corto espacio de tiempo solo se escuchaba la música ritual. Los jefes de los luggones yacían en el suelo, Baddo pensó que parecían muertos.

El sacrificador se aproximó de nuevo a las mujeres, era el fin. Tomó fuego de una antorcha y lentamente lo elevó hacia la luna, hacia el Oriente y hacia el Occidente. Se escuchó un grito y, al fin, aproximó la llama a la pira. Munia estaba ya sin sentido. Las llamas comenzaron a rodear a las dos jóvenes. Baddo no podía respirar, pensó que iba a morir.

Entonces una flecha surcó el aire y se clavó en el vientre del sacrificador y luego otra y otra más. La gente medio borracha o enteramente ebria no sabía lo que estaba ocurriendo, se oyeron gritos. Abneo y los otros jefes estaban caídos sin conocimiento. Después se comprobó que algunos habían muerto y a por haber bebido sangre de la copa.

Desde la muralla de la fortaleza comenzaron a descolgarse unos cuantos guerreros godos. Se oyeron gritos. Pronto Baddo vio a su lado a aquel que se parecía tanto a su padre, el godo Hermenegildo; quien recogió del suelo la copa caída de manos del sacrificador. El godo, ayudado por sus hombres, les cortó las ataduras a Baddo y a Munia. Separaron a las jóvenes de la pira, que continuó ardiendo. Después se dispusieron en círculo en torno a ellas y empuñaron las espadas.

Los roccones que montaban guardia fuera de la fortaleza, ajenos a la fiesta y, por tanto, sobrios, al oír el tumulto entraron para auxiliar a los hombres de Abneo,

y atacaron a los godos de Hermenegildo. Se oyeron cuernos y tubas llamando a todos al combate. La fortaleza se llenó de rocones. Los hombres de Hermenegildo se dispusieron a luchar. Su situación se volvió desesperada, la batalla parecía perdida, a pesar de que Abneo estaba ya muerto.

—Debemos salir de aquí, estamos al alcance de las flechas... —le dijo Lesso.

Los godos se cubrieron con los escudos y comenzaron a retroceder hacia los muros de la fortaleza, arrastrando con ellos a las jóvenes, heridas. Cuando la situación se hacía más insostenible, se escucharon gritos fuera; eran los hombres de Claudio, con ellos Gundemaro y Wallamir, hispanos y godos atacaban la fortaleza de Ongar.

Combatieron palmo a palmo la batalla. Fusco, que se había unido al grupo de Gundemaro, penetró en la fortaleza y se dirigió adonde habían encadenado a Nicer. Lo liberó y con él a muchos de los hombres de Ongar que se sumaron a la lucha.

Al amanecer, la luz del sol hizo brillar la sangre de los caídos en la batalla. Habían muerto muchos rocones, algún godo y bastantes hombres de Ongar.

Se escuchó a Mehiar decir a Hermenegildo:

—¿Vosotros los godos liberáis a vuestros enemigos, los de Ongar?

—Nosotros, los godos, luchamos con nuestros hermanos los hombres de Ongar. —Después, se volvió hacia Nicer y, mirándolo fijamente, le dijo:

—Nunca más reine entre nosotros la desunión y la guerra... A estas palabras dichas en un tono muy alto, contestaron todos con clamores de conformidad y alegría.

La traición

Corría un viento muy fresco que provenía de las montañas. Cuanto más se acercaban al norte, el aire se volvía más helador, les arañaba continuamente el rostro. En el cielo cruzaban nubes grisáceas entreveradas con la luz del sol. El suelo, empapado por las últimas lluvias, había embalsado lagunas de agua clara por doquier. Los caballos levantaban mareas en aquellos charcos enormes, galopaban deprisa. Una vez que se hubo decidido, él, Recaredo, no se detenía; debía cumplir lo encomendado y quería hacerlo cuanto antes; pero le costaba obedecer y recuperar la copa que, poco tiempo atrás, había dejado en las manos de Mailoc. Al cabalgar, observaba de refilón el rostro impasible de Sisberto; no tenían nada en común y era incapaz de hablar con él. Sisberto era un hombre extraño, extremadamente callado y fiel a su padre. Miró la cicatriz que le cruzaba el rostro y su perfil de águila, en donde una mirada fanática y decidida se dirigía siempre adelante. ¿Qué estaría pensando? Sabía que le había molestado que le quitasen el mando, dándoselo al joven Hermenegildo, pero no se había rebelado activamente, ni había protestado. Ahora cabalgaba junto a Recaredo y no decía una sola palabra, ni siquiera un gesto para quejarse del frío que bajaba de las montañas.

Desde un altozano divisaron a lo lejos el campamento junto a la orilla del río, las tiendas agrupadas unas junto a otras en largas hileras. El recinto mostraba un aspecto diferente al de otras veces, de su interior no salían las humaredas de las fogatas. No vieron, como era habitual, a los hombres gritando o armando jaleo. Solo se divisaba algún perro deambulando entre las tiendas, la guardia en la entrada y un siervo que trasladaba leña de un lugar a otro. A Recaredo le pareció extraño tanto silencio y tanta falta de movimiento.

Al llegar, la guardia los saludó y les abrió paso. Solo quedaba un pequeño destacamento en el fortín.

—¿Dónde están?

—En Ongar.

—¿Ongar?

—Hace unos días se vio un extraño fenómeno en las montañas; una columna de humo se elevaba en el horizonte. Averiguamos que los roccones habían

atacado Ongar y habían conseguido entrar prendiéndole fuego. Llegaron unos hombres de allí pidiendo ayuda. Nos explicaron que los rocones pensaban celebrar una fiesta a su dios en el plenilunio y realizar sacrificios humanos, matando a algunas mujeres. Con la ayuda de los propios hombres de Ongar, Hermenegildo descubrió las entradas, organizó el ataque y ahora ha vencido.

—Iremos a Ongar...

El guarda interrumpió, orgulloso de la victoria:

—Podéis ir cuando y como queráis, los pasos están libres gracias a nuestro señor, el príncipe Hermenegildo, que Dios guarde muchos años.

La faz de Sisberto palideció, envidiosa, al oír la victoria del hijo mayor de Leovigildo. Recaredo se alegró. Con Amaya conquistada y los pasos abiertos en las montañas, la campaña del norte tocaba a su fin. El sol del reino godo se elevaba sobre las montañas, y su águila imperecedera dominaba para siempre sus cumbres. Con la paz vendrían tiempos mejores.

Sin detenerse sino para cambiar de caballos, Recaredo y Sisberto salieron del fortín. El sol aún resplandecía alto sobre la cordillera. El camino parecía distinto al de tantas otras veces, se escuchaba el trinar de los pájaros entre los árboles, y el paso de las nubes sombreando el suelo ya no parecía amenazador como antaño. La paz había llegado a las montañas, una paz fruto de la victoria y de los acuerdos alcanzados entre los godos y los hombres de Ongar.

Avanzaban sin precaución, disfrutando del paisaje; los desfiladeros de piedra cubiertos de verdín se abrían a su paso, y el sonido del río a sus pies era armonioso. Al llegar a una curva del camino, donde antaño les hubieran saludado flechas y pedruscos, encontraron un destacamento godo que se dirigía a la base. Se detuvieron; el que iba al frente bajó del caballo.

—No hay peligro ya en estas montañas, hemos hecho prisioneros a los jefes de los rocones, y todos los demás han huido. Los de Ongar están de nuestra parte.

—¿Falta mucho?

—Seguid el camino sin desviaros... llegaréis antes de que haya anochecido.

Efectivamente, el sol se había ocultado ya entre las montañas, pero aún destellaban los últimos rayos del ocaso cuando llegaron a la entrada de Ongar. Desde lo alto vieron el valle, todavía salía humo de algunas casas quemadas por la furia de los rocones; pero la gran fortaleza de los jefes de Ongar se hallaba indemne. En el valle no existían murallas ni cercados. Recaredo se acordó de cómo Nicer le había explicado tiempo atrás que las murallas de Ongar eran los picos siempre enhiestos de la cordillera cantábrica. Entre las casas jugaban los niños, que ya habían olvidado el sufrimiento de la guerra y corrían persiguiéndose unos a otros.

Fue Wallamir el primero de los capitanes que salió a recibirlos.

—Salud, noble hijo de Leovigildo... ¡Hemos vencido! Hermenegildo y el

jefe de este pueblo, un tal Nicer, han firmado un acuerdo de paz.

—¿Dónde está mi hermano?

—Os acompañaré. ¿Tú sabías que tu hermano Hermenegildo era capaz de realizar sanaciones?

—Aprendió con mi madre.

—Ha realizado una curación portentosa. Las mujeres que iban a ser sacrificadas, una de ellas, la hermana del jefe de Ongar...

A estas palabras, Recaredo se estremeció. Wallamir continuó hablando:

—... Habían sido drogadas con unas sustancias alucinógenas y habían perdido mucha sangre. Hermenegildo preparó un tónico con distintas hierbas y lo mezcló todo en una copa, se lo dio y la mujer ha despertado.

Recaredo apenas le oía, acelerando el paso, con rápidas y fuertes zancadas, recorrió los patios siguiendo a Wallamir. Al fin, alcanzó una cámara. En el centro de la estancia había un lecho. Allí yacía Baddo y, sentado junto a ella en el borde de la cama, se encontraba Hermenegildo. En la penumbra, a los lados de la cama, otras figuras que Recaredo no supo identificar. Junto al lecho, en una mesa baja, Recaredo pudo ver una copa de oro con un líquido claro en su interior; de vez en cuando y a pequeños sorbos, Hermenegildo se lo hacía tragar a Baddo.

Al oír los pasos en la habitación, Baddo levantó la vista. Allí estaba Recaredo. Baddo se ruborizó al verse en aquella situación ante él. Entonces ella rompió el silencio y señalando a Hermenegildo le dijo a Recaredo:

—Me ha salvado, vuelvo del mundo de la muerte.

Después, dirigiéndose a su salvador, le dijo:

—¿Cómo podré agradecer lo que has hecho por mí?

A lo que Nicer también preguntó:

—Sí, dinos cómo corresponder a lo que has hecho por este pueblo de Ongar. Nos has defendido contra nuestros enemigos y has salvado a mi hermana.

Confuso, Hermenegildo rechazó el reconocimiento.

—Solo he realizado lo que debía hacer en justicia.

—Te daremos lo que nos pidas.

Sisberto solo tenía ojos para la hermosa copa. Entonces, en la sala se oyó una voz agria con un fuerte acento godo.

—Por orden de nuestro señor el rey Leovigildo procedo a confiscar la copa, ya que esta copa pertenece a Sunna y a la iglesia arriana de Mérida.

Era Sisberto.

—¡No puedes consentir eso! —exclamó Baddo, dirigiéndose a Recaredo.

El hijo menor de Leovigildo, asintiendo a las palabras de Sisberto y con voz algo velada por la vergüenza, corroboró.

—Ha de hacerse así...

Los cántabros se llevaron las manos a las espadas.

—La copa es la copa sagrada de Ongar y no saldrá de estos valles.

Hermenegildo callaba contemplando la escena.

—Nos debéis la libertad —dijo Recaredo.

—Se la debemos a Hermenegildo.

—Sí, pero él es tu fado del ejército godo y capitán. Esta copa es un botín de guerra y en realidad pertenece a la iglesia de Mérida, ahora la requiere nuestro gran rey Leovigildo.

Recaredo se dirigió a Hermenegildo, hablándoles con dureza como nunca antes lo había hecho.

—Son órdenes del rey. Hay que cumplirlas. Esa copa no puede permanecer aquí porque no es seguro. En ella va el destino del pueblo godo. Debes ayudarme. Juro por lo más sagrado que la copa tornará aquí cuando llegue la paz, pero ahora nos es necesaria.

Recaredo tomó el cáliz de las manos de Baddo, en el fondo de la copa quedaba algo de líquido, que vertió al suelo.

Entonces Nícer desenvainó su espada.

—La copa sagrada no saldrá de los valles de Ongar, perteneció a nuestro pueblo durante generaciones, no lo consentiré...

—¡No se vierta la sangre entre nosotros! —gritó Hermenegildo.

De las sombras surgió una figura, era Mailoc.

—La copa sagrada volverá a estos valles, quizás aún no es el tiempo. No corra la sangre de hermanos en el sagrado valle de Ongar.

Entonces Recaredo, conciliador, se dirigió a Nícer.

—Te lo juro por lo más sagrado, por la sangre de la que fue nuestra madre, la copa volverá a Ongar algún día...

—No, no te la llevarás —dijo Baddo.

Recaredo se acercó a ella, con voz tan trémula como abochornada, le prometió:

—Te juro que la copa volverá a ti. Es necesaria para que llegue la paz.

—Los godos os han salvado... —habló Mailoc intentando poner paz—. Tú, Nícer, no supiste hacer buen uso de ella... Algún día, cuando estés preparado, la recuperarás.

—Tu mando, mi señor Hermenegildo, era únicamente momentáneo —dijo Sisberto—. Ahora soy yo quien da las órdenes. La copa volverá al que tiene poder sobre todos nosotros, nuestro señor el rey Leovigildo.

Hermenegildo se mordía los labios y contraía los puños, que se volvieron blancos en los nudillos. Bajó la cabeza. De la estancia salieron Recaredo y Sisberto con la copa. Este último reclutó a muchos de los godos que habían tomado parte en la batalla de Ongar y se los llevó con él. Sin demora, emprendieron el camino hacia el sur. Nadie los siguió. Era ya de noche, una noche sin nubes, con el cielo plagado de estrellas pero en la que no brillaba la luna.

Dentro de la estancia, al salir Recaredo, Baddo lloró, se sentía traicionada. No entendía su cambio de proceder, su actitud prepotente. Le comparó, serio y dominante, con Hermenegildo, el que la había curado, y pensó que quizá la diferencia entre ambos radicaba en que por este último corría la sangre de Aster, su padre. Aunque quizás él no lo supiese.

Los días siguientes, Hermenegildo y Nicer colaboraron juntos en la reconstrucción de Ongar. Los soldados godos, fundamentalmente aquellos que habían venido con Hermenegildo desde Mérida, obedecían las órdenes del que había sido su capitán y los había conducido a la victoria.

Muchas veces, Hermenegildo se retiraba a la cueva con los monjes. Nunca se supo lo que se habló allí o lo que hacía dentro, pero siempre salía confortado.

Cuando en Ongar se hubieron despejado los restos de la batalla y las casas de los moradores comenzaron a reconstruirse, Hermenegildo se despidió de Nicer y de Baddo; se fue al campamento godo en las estribaciones de la cordillera cántabra. Aconsejó a Nicer que rearmara los puestos de vigilancia en las montañas frente a los enemigos que podrían volver. El jefe cántabro, arrodillándose, le rindió pleitesía.

Hermenegildo, rodeado por sus fieles Claudio y Wallamir, reemprendió el camino hacia el campamento en el Deva, en la entrada de las montañas.

Baddo, ya repuesta, le siguió corriendo agitando la mano hasta la salida del poblado. Con ella iban muchos a los que había curado, muchos que le amaban.

Ordenes de Leovigildo

Al regresar al campamento junto al Deva, Hermenegildo fue requerido a la base del ejército godo en Amaya. Con él fue Segga, el nacionalista godo, a quien se le habían dado órdenes de conducir encadenados a los numerosos prisioneros — rocones y orgenomescos— que se habían capturado en la batalla de Ongar. Hermenegildo vio cómo marchaban delante de él, aherrojados y sometidos a golpe de látigo. Aquello no le gustó.

En Amaya, Hermenegildo esperó órdenes. Le llegaron unos días más tarde, de la mano de Recaredo, quien había ido a Leggio a entregar personalmente la copa de poder a su padre.

—Nuestro padre está orgulloso de que hayamos dominado a los cántabros y que la copa sagrada esté de nuevo en manos godas. La entregará a Sunna, el obispo arriano de Mérida.

Hermenegildo no podía dar crédito a lo que estaba oyendo, su hermano se comportaba como si todo lo que habían hablado durante aquellos años, como si la promesa hecha a su madre, le fuese indiferente. Indignado, Hermenegildo le contestó:

—¡Nunca debió haber llegado allí! Has hecho lo contrario a lo que juramos a nuestra madre en su lecho de muerte. ¡Me opongo a tu actitud!

Recaredo enrojeció, su piel blanca y fina se encendió:

—¡Debemos obediencia a nuestro padre y tú no quieres aceptarlo!

—¡También adquirimos un compromiso ante el lecho de muerte de nuestra madre! —le gritó—. Un compromiso que nos obligaba gravemente y que tú parece olvidar. Sabía que nuestro padre te prefería y nunca entendí el motivo, ahora lo veo claro. ¡Tú estás hecho de su misma pasta!

—¿A qué te refieres?

—El gran rey Leovigildo atormentó a nuestra madre en aras de sus intereses. Ella solo nos pidió una cosa y tú has abjurado de tus promesas.

La voz de Recaredo salió sin firmeza, mientras afirmaba:

—Estás equivocado, yo cumpliré lo que prometí, pero no lo haré ahora. Esa copa es la copa de poder y el reino godo la necesita para ser fuerte, dominar a sus enemigos y alcanzar la paz.

Hermenegildo, furioso, no quiso seguir hablando, se sentía alejado de aquel que había sido más un amigo que un hermano. La sed de ambición y de poder le había sido contagiada por su padre y, en eso, los dos hermanos no podían estar de acuerdo. Él, Hermenegildo, buscaba la justicia y, ahora lo advertía bien, había muchas cosas injustas en el reinado de su padre, muchas que no compartía. Recaredo intentó congraciarse con su hermano y prosiguió:

—Nuestro padre está orgulloso de cómo has llevado la campaña del norte; quiere que regreses a Toledo. Mientras tanto, aquí continuaremos la campaña atacando a los suevos. Yo me quedaré algún tiempo más para organizarlo todo según la mente de nuestro padre.

—¿A qué te refieres?

—Nuestro padre quiere que se deje un destacamento que controle a los cántabros...

—Prometí a Nicer que serían libres.

—Por supuesto que lo serán, pero tendrá que haber una guarnición goda a la entrada de los valles y protección para los caminos.

—Ahora ya no son necesarias, ellos tienen su propio sistema de defensa; de hecho ya se han montado de nuevo los puestos de vigilancia en las montañas.

—¿Vigilancia? ¿Contra quién? Nosotros somos sus amigos y protectores. Las otras tribus están dominadas. Haré que desaparezcan esos puestos de vigilancia.

—¡Haz lo que quieras! Tendrás que explicárselo a Nicer y también..., ¿ya no te importa nada?... a Baddo.

Los músculos del rostro de Recaredo se tensaron, bajó la cabeza y confesó:

—Quiere también que se descabece a todos los jefes de los rebeldes.

—Es decir, a Nicer. ¿Serás capaz de atacar a tu propio hermano?

—Yo sabré cómo hacerlo —dijo Recaredo—, sabré contemporizar.

Hermenegildo se acongojó al ver a su hermano tan ofuscado. En aquel momento, Recaredo le pareció la viva imagen de su padre Leovigildo. Era como si hubiese madurado de repente y, al hacerlo, se hubiese convertido en un lacayo de aquel rey tiránico y cruel, al que ahora Hermenegildo comenzaba a odiar. Su hermano parecía otro; un hombre, duro y legalista, obediente a un padre al que admiraba y temía.

—¿Cuándo tengo que irme? —le dijo secamente Hermenegildo.

—Lo antes posible.

—Lo haré. Solo te ruego que no dañes a los cántabros, te lo pido por nuestra madre.

No se despidieron como antaño, una barrera se elevaba sutilmente entre ellos. Hermenegildo, rodeado de muchos capitanes godos, partió hacia el sur.

En las montañas, al desaparecer la copa, los roccones se levantaron de nuevo contra el resto de las tribus cántabras. La cordillera tornó a ser un lugar peligroso y oscuro.

Una mañana, Recaredo abandonó Amaya y se encaminó al campamento godo sobre el Deva, a la entrada de los pasos que conducían a Ongar y que nuevamente se habían cerrado.

Alguien lo había llamado.

La promesa

Recaredo galopaba sin descanso, se alejaba de Ongar. En su montura, delante de él, iba Baddo. Su montañesa le había llamado y él había acudido junto a ella. Baddo había optado por un camino arriesgado depositando su honra y todas sus esperanzas en él. A pesar de todo, a pesar de lo ocurrido con la copa, a pesar de que en Ongar se le consideraba un renegado, Baddo le disculpaba y confiaba en él. Por su parte, Recaredo le juró que nunca más se separarían.

Hermenegildo estaba lejos, jamás hubiera aprobado aquel rapto: le hubiera parecido una locura, porque no se fiaba ya de Recaredo.

Al galopar, Recaredo apoyó su cara en el pelo de la hija de Aster, y guio el caballo con más fuerza, hacia delante. El olor a mujer le llenó el cuerpo y se apretó fuerte contra ella. Con una mano en las riendas guiaba al bruto mientras que con la otra acariciaba el cabello de Baddo, que le caía en rizos oscuros por la espalda. Ante aquel gesto de él, ella se turbó.

Cruzaron un bosque, agachándose para no ser golpeados contra las ramas. Baddo notó el peso del cuerpo amado de Recaredo sobre su espalda. No sabía adónde la conduciría el destino, pero ella no soportaba estar lejos de él, perderle.

Los días en los que habían estado separados, desde aquella noche aciaga en la que él se llevó la copa, se habían tornado grises y monótonos para ella. En aquel tiempo, Nicer ya no la abrumaba para que contrajese matrimonio con uno o con otro. Tampoco la obligó a regresar al convento. Sin embargo, la fortaleza de Ongar, sin su madre y sin Ulge, con Nicer luchando contra los roccones y constantemente fuera, se tornó un lugar agobiante y triste. Entonces regresaron a su mente los días aquellos en los que por la nevada, Hermenegildo y Recaredo hubieron de permanecer en Ongar; los juegos en la casa de Fusco, el baile bajo las hogueras, las palabras ardientes de él. Su futuro, su destino, ella lo intuía, no estaba ya en Ongar. Entonces, habló con Lesso y él, que había amado a los hijos de Jana y Aster, la ayudó e hizo llegar un mensaje al hijo del rey godó. Él acudió a su llamada y escaparon hacia más allá de las montañas del valle del Deva.

En su huida de Ongar, cabalgando junto a Recaredo, Baddo deseaba que aquel momento, aquella galopada que la conducía a la libertad y al amor, durase para siempre.

Desde una loma divisaron el campamento godo. Las tiendas de campaña se agrupaban en hileras, salía humo entre ellas. Baddo había dejado su mundo atrás, el mundo de su niñez, y no sabía a qué se estaba enfrentando. Era una locura, pero Baddo siempre había sido una rebelde, una inconsciente, una loca.

Recaredo no la condujo a su pabellón sino que fue custodiada como si fuese una rehén en otra tienda del campamento, al cuidado de la vieja esposa de uno de los oficiales. Después, él se ausentó unos días. Baddo se sintió sola y prisionera, contaba los minutos para volver a estar con él.

Con la mujer que la custodiaba, Baddo comenzó a coser, a realizar las pequeñas tareas del hogar que siempre había odiado. Quería ser una buena esposa; se acordaba de Brigetia, la mujer de Fusco, y quería ser como ella. Se sentía sola porque Recaredo prohibió que, en su ausencia, nadie entrase allí sino gente de su entera confianza. Quería protegerla de sus hombres y temía que Nicer regresase a buscarla.

Una noche, él apareció en la tienda. Al verlo, Baddo se ruborizó. Recaredo se sentó a su lado, le habló de la copa, le contó cómo su padre la había requisado y enviado al sur. Le juró que algún día la conseguiría y la devolvería a la cueva de Ongar. Después, hablaron de Hermenegildo. Baddo percibió el intenso afecto que Recaredo profesaba a su hermano.

Había algo más que él quería decirle, pero no era capaz.

Al fin, con gran esfuerzo, él masculló:

—Yo... yo... quiero que seas mi esposa... pero...

Ella le miró y tembló, aquello ya lo había hablado en Ongar, tiempo atrás, la noche de su despedida. ¿Qué peros había ahora? ¿Qué le ocurría? ¿Por qué dudaba?

—Mi padre quiere que contraiga matrimonio con una princesa franca, pero yo no puedo vivir sin ti. Tampoco soy capaz de enfrentarme a mi padre.

—¿Entonces...? —le dijo ella.

Recaredo se detuvo contemplando el rostro adorado, los ojos relucientes de ella, su nariz fina, su labio inferior gordezuelo que le pedía que la besase. ¡Cuánto la amaba! Pero por eso mismo debía respetarla, era la hermana de su hermano. No podía ser su concubina y aún menos una barragana. Tampoco quería perderla y que regresase a Ongar para que un día fuese obligada a un matrimonio con algún guerrero cántabro.

Por fin, él se explicó, avergonzándose un tanto de su respuesta, una respuesta en la que intentaba conciliar su amor hacia ella con el temor reverencial a su padre; una respuesta que él sabía era la de un cobarde.

—Serás mi esposa, pero nadie debe saberlo. No puedo enfrentarme con mi padre... ¿Querrás ser mía?

—Ya lo soy, desde el día del torrente lo soy. Te debo la vida...

—No. Se la debes a Hermenegildo.

—Te debo la vida —repitió Baddo—, porque sin ti nada y a tendría sentido.

Se enterneció porque también para él la vida estaba vacía sin ella. Sin embargo, él no se había jugado honra y futuro, lo que sí había hecho ella por él.

—Hablaré con Mailoc. Él nos bendecirá y después te trasladarás a mi tienda.

Unos días más tarde. Mailoc, llegado desde Ongar, les unió en una sencilla ceremonia. Se emocionó durante el rito. Quizá le parecía ver de nuevo a la madre de Recaredo y a Aster. Fue en una mañana clara de frío invierno, los días comenzaban ya a crecer.

La guarnición goda permaneció allí seis meses más. Ambos, Baddo y Recaredo, en medio de una guerra, aislados del mundo, encontraron su dicha.

Después, las huestes godas se movieron hacia el oeste, a atacar el reino suevo. Él le pidió a Baddo que le esperase, le juró que volvería y ella le creyó, como siempre le creyó; le creyó porque le amaba.

Al levantarse vieron el campamento cubierto por varios palmos de nieve. Mientras él se alejaba, a Baddo se le quebraba el alma en dos. Confiaba ciegamente en Recaredo, pero la distancia era tanta, los peligros del viaje, tan diversos, y sus deberes en el sur, de tal naturaleza, que a Baddo le parecía que nunca más le volvería a ver. Sin poderlo demorar más, Recaredo hubo de partir. Ella le siguió saltando en la nieve, y él azuzaba a su caballo, queriendo no verla. Al llegar a lo alto de la colina, Baddo no pudo continuar.

Después advirtió que había alguien a su lado, era Lesso.

—Te conduciré a Ongar. Recaredo me lo ha pedido. Ten confianza en él, volverá.

Juntos regresaron a Ongar. Nícer fue el primero en evidenciar su estado. Rugió de cólera.

—¿Que volverá...? ¿Que esperas un hijo de él? ¿Que eres su esposa...? ¿Que nadie lo sabe? Palabras, palabras y promesas vanas. Un goda no cumple sus promesas y menos con una montañesa que está a millas de distancia. Si tanto te ama, ¿por qué no te ha llevado con él?

No le contestó. Esa misma pregunta se la había hecho ella cien veces. Conocía la respuesta, él tenía miedo de su padre; lo respetaba y no quería contrariarle. Pero aquella respuesta le dolía porque se daba cuenta de que el temor a su padre era superior a cualquier otro afecto en el alma de Recaredo; incluso al amor que le profesaba a ella.

Baddo se mantuvo en silencio, quieta, mirando hacia el suelo, mientras Nícer continuaba expresándose furioso.

—Nos has deshonrado. Si Hermenegildo hubiera estado con él, esto no hubiera sucedido. Ese hombre no sabe lo que es el respeto ni la decencia.

Ella lo escuchó entre lágrimas, mientras Nícer le decía duramente:

—Ya sabes tu destino; te irás fuera del poblado, como van las mujeres de mala vida. ¡Nunca me has respetado, nunca me has hecho caso! Esta es la

conclusión de todo. No quiero que te vean. Vivirás cerca de la casa de Fusco, su familia te protegerá. No quiero que te relaciones con nadie de Ongar. ¿Qué autoridad voy a tener para ellos si mi propia hermana no me respeta?

La historia del hijo del rey godo

Recaredo se había ido muchas lunas atrás, tantas que a Baddo le parecía imposible que nunca hubiese estado con él. Ella solo tenía un consuelo: su hijo pequeño. Por deseo de su padre se llamaba con el nombre de Liuva, que quería decir «el amado» y era el nombre del hermano del gran rey Leovigildo, fundador de la nueva dinastía de la que Recaredo formaba parte.

En los primeros años, Recaredo combatió en las cercanas tierras de los suevos. Desde tiempo atrás, Leovigildo había querido controlar las ricas tierras del noroeste, la antigua Gallaecia de los romanos, las tierras entre el río Sil y el Miño, las tierras llenas de oro, las tierras del fin del mundo. Los suevos se habían defendido de los godos durante más de doscientos años y solían aliarse a los francos, de quienes recibían ayuda y armamento. Habían sido católicos o arrianos según las conveniencias políticas. Ahora, finalmente, eran católicos, quizá para acercarse a los francos y a la población autóctona.

Aquello no les valió de nada. Leovigildo había firmado un tratado de paz con los francos, por eso ahora los suevos no estaban protegidos por su aliado del norte. Además, las últimas campañas de los godos contra los cántabros habían despejado la costa, impidiendo que llegasen ayudas desde las islas del norte a la Gallaecia. Todos sabían que pronto empezaría la contienda. Al rey Leovigildo solo le faltaba un pretexto para atacar a los suevos. El desencadenante de las hostilidades fue algo, como ocurre siempre en las guerras, de poca importancia. Un noble romano de la meseta norte llamado Aspidio se rebeló contra los godos y pidió ayuda a los suevos, quienes se la brindaron. Los godos, al frente de los cuales se encontraba Recaredo, atacaron al noble Aspidio y, a la par, declararon la guerra a los suevos. La campaña duró algo más de un año. Al fin, consiguieron someter a los suevos y su rey Miro accedió a pagar un tributo en oro a la corte de Toledo.

Cuando la lucha contra los suevos acabó, Recaredo fue llamado por su padre al sur. Antes de emprender el viaje a la corte de Toledo, de nuevo regresó junto a Baddo por muy poco tiempo. Le contó a su esposa que Leovigildo le había entregado una ciudad, llamada Recópolis, y que le había nombrado duque. Permaneció poco tiempo junto a ella, escasamente el necesario para conocer a

su hijo recién nacido; después se fue durante muchas, muchas lunas. Entonces llegaron los años de soledad, en los que parecía que el hijo del rey goda nunca había estado en la vida de Baddo. En aquellos años, de cuando en cuando y a través de los medios más insospechados, le llegaba una carta o un presente que le recordaba que Recaredo no había sido un sueño, que Recaredo existía.

Nícer se había desposado con Munia, quien le daba periódicamente hijos, pero Baddo no frecuentaba su compañía porque tenía prohibido el acceso al poblado, como si fuese una mujer perdida. Con frecuencia, Nícer se acercaba a la cabaña en las montañas, fuera del poblado, donde moraba su hermana, la casa cercana a la de Brigetia y Fusco, que la protegían. Nícer le insistía una y otra vez que olvidase a Recaredo y que se desposase con uno o con otro de sus hombres. Nícer nunca entendió a Baddo, intentaba defenderla y ayudarla, pero ella no quería su protección. Baddo amaba a Recaredo.

Pasados los años, un día Nícer se acercó al refugio de su hermana para anunciarle que había guerra en el sur entre Leovigildo y su hijo mayor; que este último había reclamado tanto su ayuda como la de los suevos; que él iría a la guerra con Hermenegildo. Baddo no se atrevió a preguntar por Recaredo, pero ante su mirada inquisitiva, Nícer continuó informándole que su esposo se había enfrentado a Hermenegildo y luchaba contra él, a favor de su padre. Le dijo que Recaredo, como siempre, era un traidor, un renegado ambicioso.

La hija de Aster recordaba el intenso afecto que Recaredo sentía por Hermenegildo, pareciéndole imposible que los dos hermanos pudiesen estar en distintos frentes en aquella guerra civil. Baddo, de modo inexplicable, a pesar de que Hermenegildo le había salvado la vida y lo amaba como a un hermano, a pesar de que Recaredo la había abandonado, siguió confiando en él.

La hermana de Nícer sabía que este hablaría siempre en contra de su esposo, no le había perdonado la usurpación de la copa y mucho menos que se hubiese desposado con ella sin mediar un permiso por su parte.

Pasaron los meses, Nícer volvió derrotado. A su regresó, se supo que Hermenegildo había sido apresado en una ciudad al sur, en Córdoba. Nícer le narró a Baddo una historia de traiciones en las que Recaredo no desempeñaba un papel airoso; también que su esposo planeaba casarse con una dama franca. Baddo no quiso escucharlo; y siguió creyendo, a pesar de los pesares, llena de dudas, en Recaredo.

El tiempo se volvió gris, y con él las nubes del recelo cruzaron por el espíritu de Baddo. Rezaba al Dios de Mailoc, pidiendo que Recaredo volviese, suplicando con todas las fuerzas de su ser que él regresase a por ella y a por su hijo.

Una noche golpearon fuertemente en la puerta. Liuva prorrumpió en llanto, tenía pocos años. Inmediatamente, se escuchó la voz de Fusco, quien, aporreando la puerta, gritaba:

—Abre, hija de Aster...

Baddo recorrió la tranca, surgiendo ante ella la amada faz de Recaredo. Él entró tambaleándose y la abrazó con ansia, como un náufrago a su tabla de salvación, como un hombre rodeado de fuego se tira al agua. Entonces lloró. Aquella fue la única ocasión en la que se vio llorar al gran rey Recaredo. Había cambiado, había dejado de ser el adolescente de barba casi lampiña y se había transformado en un hombre, muy fuerte, barbudo y musculoso. Sus ojos claros eran los que Baddo recordaba, aunque ahora estaban llenos de lágrimas.

—Ha muerto... —le dijo descompuesto.

—¿Quién...?

—Mi hermano... —se detuvo—, tu hermano, Hermenegildo o Juan, como se hacía llamar en los últimos tiempos. Mi padre fue su asesino.

Apoyándose en Baddo, avanzó hacia el interior de la pequeña cabaña en la que ella había vivido todos aquellos años. Estaba profundamente demacrado y cansado de tan largo viaje. Fusco, prudentemente, optó por marcharse. Liuva volvió a dormir. Entonces, en el silencio de la noche, Baddo se sentó junto a la lumbre del hogar y él, el príncipe Recaredo, le contó su pesar y su traición:

« Nunca, te lo juro por lo más sagrado, quise dañar a Hermenegildo, obedecí órdenes del rey, confié ciegamente en él. Desde la muerte de Hermenegildo, el remordimiento y el horror llenan mi vida ».

Baddo se acercó a él, quien sentado junto al fuego hablaba. Su cara, rojiza por el reflejo de las llamas y por la vergüenza y el dolor, se arrugaba en la frente y se contraía en las mejillas bajo el peso del sufrimiento. No parecía la suya sino la de un hombre prematuramente envejecido. Baddo había amado a aquel hombre y, por muy grande que fueran sus culpas, ella le seguiría amando hasta el final del mundo, hasta que las estrellas cayesen del firmamento. Ahora, débil y derrotado, Baddo le quería aún más que en los momentos de felicidad, a la par que comprendía que su amor era sanador para él, que él lo necesitaba. Recaredo agachó la cabeza entre sus manos, la escondió, revolviéndose los cabellos con angustia. Baddo le abrazó para darle ánimos. Tras reponerse un poco, levantó la cabeza comenzando a hablar, a contar la larga historia que le había conducido de vuelta hasta ella:

« A la llamada de mi padre, Hermenegildo volvió al sur. No nos despedimos. Él estaba enfadado por mi actitud con la copa, que le parecía juego sucio. Le molestaba además que mi padre Leovigildo lo llamase con tanta prisa y no entendía para qué se le requería en la capital del reino. Pidió que le acompañasen

sus fieles, Claudio y Wallamir. Con él llevaban a los luggones que habían caído presos en la batalla de Ongar. Regresaban victoriosos, pero él no estaba contento. La copa no se encontraba en el santuario, en el lugar en donde siempre había debido estar, custodiada por los monjes.

» Era invierno. Un tiempo desapacible los acompañó durante todo el viaje, aunque al llegar a la meseta la luz del mediodía se abrió ante ellos, una luz blanca y esplendente que cubría los campos de un color dorado. La luz del sur alegró el alma de Hermenegildo y disipó gran parte de sus pesares. Cabalgaba hacia la corte, allí estaba la mujer que en aquella época llenaba toda la mente y el corazón de Hermenegildo, la hija de Severiano, y la hermana de Leandro, una mujer sabia, bella y prudente, una reina para su corazón y para el trono de Toledo. La amargura por haber perdido la copa cedió el paso a una cierta conformidad. Había hecho todo lo que había podido; estoy seguro de que soñaba pensando en que quizás algún día, cuando él fuese poderoso, podría recuperarla de nuevo y conducirla adonde nuestra madre nos había pedido, a los montes astures y cántabros; a un monasterio lejos de la codicia de los hombres. Mientras tanto, debería obedecer los mandatos del rey.

» Hacía frío, el frío cortante de la meseta. Al llegar a las montañas de la serranía, la nieve con copos finos, volando como plumas, se hizo presente. La calzada romana se llenó de una fina capa de polvo blanco, que se rompía en cada pisada. Miró tras de sí, sus hombres le seguían con dificultad, sobre todo aquellos que no iban a lomo de un caballo. Decidió desmontar e ir más despacio. Fue mirando a sus soldados uno a uno, confiaban en él; de entre ellos distinguió a Román, hacía tiempo que no lo había visto. Caminó junto a él, marcando su mismo paso.

» —Pronto estarás en los campos cerca de Emérita, con tu mujer. Vuelves como un guerrero.

» —Me dirá que no regreso rico.

» —No hay grandes riquezas en los pueblos del norte... pero ¿te hubieras vuelto atrás?

» —El hecho de servir a vuestro lado es ya un premio... Sé luchar, sé defenderme y algo he traído en dineros y botín de la toma de Amaya. No me he sentido esclavo sino un hombre libre luchando a vuestro lado, mi señor.

» Hermenegildo sonrió poniendo su mano sobre el hombro del siervo, con confianza; el uno se apoyaba en el otro porque les costaba avanzar por el aguanieve y la ventisca. Poco a poco dejaron de caer los copos de nieve y llegaron a lo alto de la loma. Desde allí se divisaba un panorama hermoso, el cielo se abría a retazos aunque en otros lugares permanecía gris marengo; el sol, aunque seguía oculto entre las nubes, se colaba entre aquellos claros, iluminando encinas y alcornocales en las laderas suaves de la montaña. Atrás quedaban las altas cumbres llenas de nieve y más abajo, en la llanura, el campo ralo, casi sin

vegetación, del invierno en la meseta.

» De nuevo montó a caballo y lentamente se dirigió a la cabecera de las tropas, donde marchaban Claudio y Wallamir. El primero regresaría a Emérita con las tropas de su padre, pero antes debía presentarse en la corte de Toledo.

» Los tres cabalgaban juntos, al mismo paso. La ventisca había cedido y ya no había nieve en el camino.

» —Se ha tomado Amaya y la cordillera cántabra sin demasiadas pérdidas para nuestro ejército. Tu padre debería estar contento.

» Wallamir había tocado una vez más el asunto que más le dolía a Hermenegildo, por lo que este se puso serio y replicó:

» —Nunca lo está. Nada es suficiente para él.

» Después de estas palabras, Hermenegildo se calló. No quería criticar al rey, su señor y padre, Leovigildo. El rey no había demostrado ni una palabra de encomio por la labor realizada, ni un gesto amigable. Quiso olvidar esa curiosa actitud pensando que su carácter era seco e inflexible, que le exigía como a hijo suyo para que fuese un buen guerrero. Sin embargo, en los últimos tiempos, había recibido más reproches que parabienes de boca de su padre. Movió la cabeza para disipar los malos pensamientos. Al fin y al cabo, durante unos días le había nombrado capitán de las tropas del norte, y ¿no era aquello un reconocimiento implícito a lo que habían luchado? Mi hermano se animó pensando que en aquellos años él había tenido suerte, y no solo suerte, lo consideraban uno de los guerreros más valiosos y valientes en el ejército godo. Saberlo así le animaba sin llenarle de vanidad. A pesar de todo, a veces le hubiera gustado un poco de reconocimiento por parte del rey delante de la gente. Pero, quizás aún más que no se admitiesen sus méritos en la campaña del norte, a Hermenegildo le dolía que la repartición del botín de guerra no se hubiese hecho con justicia ni equidad; esto era aún más doloroso para él, cuando pensaba en Claudio. Su amigo había aportado gran cantidad de tropas de su familia a la campaña y no se le había recompensado como a otros. ¿Por qué no le gustaba a su padre? Era un buen soldado, y había luchado con valor. ¿Sería porque era hispanorromano? Pero ahora más que nunca, Leovigildo se apoyaba en los hispanos. O quizá, sencillamente, mi hermano no quería pensar en ello, Claudio desagrudaba a Leovigildo por la confianza ciega que mostraba hacia el propio Hermenegildo. En cambio, a Segga, quien se había apartado de su amistad, el rey le había recompensado con un buen lote del botín y con el reconocimiento por sus hechos de armas. Unas hazañas que, todos conocíamos, no habían sido demasiado sobresalientes.

» Claudio se dirigió a él, le parecía extraño que el rey los hubiese llamado sin haber finalizado por completo una guerra que avanzaba satisfactoriamente, y con la que estaban familiarizados.

» —¿Tienes idea de por qué te ha convocado tu padre con tanta prisa en

Toledo?

» —No me lo imagino. Creo que quiere empezar otra campaña en el sur. Ha dividido el ejército en dos frentes; el uno combate a los suevos y el otro, en el sur, a los orientales. Parece que voy a ser destinado al frente bizantino.

» —¿No sería lo lógico, ahora que está conquistada Amaya y la costa cántabra desembarazada de enemigos, acabar de una vez por todas con los suevos? —le preguntó Wallamir.

» —Las ideas de mi padre suelen ser lúcidas e inteligentes, pero no las comparto con nadie —le contestó secamente Hermenegildo.

» —Dicen que se ha aliado de nuevo con los francos. Goswintha está en ello.

» —Pues si Goswintha está en ello... Mi padre no atacará a los francos...

» Al notar la acritud de su respuesta, cambiaron de tema.

» —Has conseguido un gran avance sometiendo a los cántabros; ellos confían en ti —dijo Claudio.

» —Me llegó un mensaje de mi padre diciendo que quería que los hubiese eliminado por completo. Una masacre como la de Amaya, pero no lo hice; preferí conseguir un pacto. No creo que mi padre esté contento de no haber acatado sus órdenes.

» —El rey Leovigildo odia a los cántabros —le advirtió Wallamir—. Recuerdo que mi padre sirvió con él, en la primera campaña. En aquella en la que se liberó a tu madre.

» —Ella se entregó, él no tuvo que liberarla de nada. Se casó con ella porque era el camino hacia el trono que le había señalado la propia Goswintha.

» Wallamir y Claudio se dieron cuenta de que cada vez había más amargura en las palabras del hijo del rey goda. Sabían cuán unido estaba a su madre; también que Hermenegildo no congeniaba demasiado bien con la nueva reina.

» —Goswintha es una mujer inteligente y ambiciosa. Domina el reino goda...

» —Quisiera no hablar de la reina —les espetó Hermenegildo en tono amargo—. ¿No sabéis que he de llamarla madre y tratarla con deferencia? Pero..., ¿qué tipo de mujer es esa que acepta casarse con un hombre cuando aún está caliente el cadáver de la anterior esposa?

» Ellos le entendieron. La boda de Leovigildo y Goswintha había suscitado críticas en todo el reino al considerarla una boda movida por el interés. Incluso se decía que Leovigildo y Goswintha se habían entendido antes del fallecimiento de la primera esposa del rey y que ella había sido su amante.

» —Te está esperando en Toledo. Se rumorea que le gustan los hombres jóvenes... y a ti te ha mirado siempre con buenos ojos...

» Hermenegildo se enfadó ante las palabras de Wallamir, no le gustaban aquellas bromas. Se acordó de cómo la reina, cuando aún no se había casado con su padre, le había condecorado al llegar de la primera campaña del norte. En aquella campaña se había sentido gozoso por haber apresado al cabecilla de los

cántabros. Ahora sabía que aquel hombre era el padre de su hermano Nicer. La reina le había besado en ambas mejillas, como era la tradición, y en aquel beso había algo de sensual que le había excitado. En aquel entonces se había sentido ufano por su acción, aunque ahora no era capaz de recordarla con orgullo. Desde que había estado en Ongar muchas de sus ideas habían cambiado. Pensó que le hubiera gustado conocer a aquel hombre, al cabecilla de los cántabros. El hombre que había aunado a las tribus tan dispares que poblaban las montañas. Lesso le había hablado mucho de él, pero ahora Lesso no estaba a su lado sino en Ongar, junto a Nicer. Mi hermano le echaba mucho de menos. Lesso era un amigo y un hombre leal. Ambos confiábamos en él» .

La reina Goswintha

« Llegaron a Toledo tras un largo camino, brillaba un sol de invierno. Las aguas del Tago discurrían entre paredones de piedra cubiertos de hielo. Las laderas del profundo meandro en torno a la urbe relucían parcheadas por restos de nieve. En las torres de las iglesias, la nevada había pintado un halo de claridad. Todo era extraño y fantasmagórico. Pocas veces Hermenegildo había visto la capital del reino godo bañada por la nieve. Los ruidos sonaban de modo apagado, incluso las campanas doblaban de una manera extraña, su tañido llegaba más lejos pero de modo más velado. Cerceaba un aire gélido, que cortaba los rostros. Sin embargo, no sentían frío, quizás era por la galopada, quizá porque habían llegado a su destino.

» Al atravesar el gran puente romano hollaron la nieve aún impoluta; después subieron la cuesta que conducía a la ciudad con dificultad, en algunos momentos los caballos estuvieron a punto de resbalar en la escarcha. En la puerta de la muralla se detuvieron cuando les pidieron que se identificasen. Después pasaron por delante de la plaza del mercado, ahora vacía de vendedores por el mal tiempo. Enfilaron la pendiente hacia el palacio y cruzaron sus murallas. Algunos hombres y mujeres se asomaron a las ventanas para ver llegar al ejército del norte con sus banderas al viento, con los cautivos y, al frente, el hijo del rey godo. Cuando llegaron a la plaza, el temporal arreció de nuevo y las gentes se retiraron al calor del hogar. En el centro del zoco, un gran pilón en el que solían abrevar los caballos o en el que las mujeres recogían agua estaba helado.

» Cruzaron el segundo murallón, el que aislaba las estancias reales del resto de la ciudad. Al llegar al patio de las caballerizas desmontaron. Los cautivos fueron conducidos a la prisión y los soldados de a pie a un gran cobertizo, donde pudieron comer algo. Los capitanes godos, con Hermenegildo al frente, se dirigieron a las estancias reales, allí esperaron a ser recibidos.

» A Claudio, Wallamir y Hermenegildo se les hizo eterna la espera, a causa del agotamiento por el viaje. Fuera, la luz del sol en su ocaso coloreaba los tapices que decoraban la estancia. Tomaron asiento en una gran bancada. Claudio se quedó dormido, los otros callaron. De pronto, el gran portón de madera se abrió, dejándose oír la voz de un paje que anunciaba al rey la llegada de los

hombres de la campaña del norte.

» Sobre un gran trono de madera labrada, ceñido por una corona áurea con incrustaciones de piedras preciosas, escoltado por dos espartarios reales, se hallaban el rey Leovigildo acompañado por la reina Goswintha. Dos lámparas votivas de gran tamaño iluminaban a los reyes. De pie, vestida con una túnica adamsada de color claro y ceñida por una diadema con perlas y oro, la reina dirigió su mirada sobre ellos, unos ojos almendrados, rodeados por finas estrías y con pestañas alargadas por algún afeitte. El cabello, que había sido quizá castaño, mostraba ahora el color rojizo de alguna tintura oriental. Los labios pintados de rojo se abrían en una sonrisa estudiada y quizás un tanto desdeñosa. Su cara era cuadrada, de pómulos elevados, frente amplia y despejada. El busto, poderoso, se dibujaba bajo las líneas de su túnica. Una hermosa figura en una mujer que se iba marchitando, pequeñas arrugas se aglutinaban en los párpados y en los bordes de los labios, seguramente habría pasado tiempo atrás los cuarenta años. Su belleza no era algo natural, sino sumamente estudiada y arreglada con un cuidado exquisito; el atractivo de alguien que quiere sobresalir y seguir siendo hermosa aunque el paso del tiempo va dejando su huella. La mano descansaba sobre el hombro del rey, en una actitud entre seductora y dominante. De cuando en cuando y a lo largo de la conversación, el rey levantaba los ojos buscando la aprobación de su esposa.

» Los tres oficiales inclinaron profundamente la cabeza ante los reyes mientras doblaban las rodillas en señal de sumisión.

» —Habéis regresado de la campaña del norte, victoriosos según creo.

» —Sí, padre.

» —¡Has hecho tu voluntad...! —le gritó Leovigildo.

» —He hecho lo que me ordenasteis —respondió serenamente Hermenegildo—, dominar a los cántabros. Toda la costa del norte, desde el país de los suevos al de los vascos, está expedita y libre...

» El rey le interrumpió.

» —Mis órdenes eran no dejar con vida a ningún jefe cántabro y tú no las has cumplido.

» —¡Nos rinden sumisión!

» —¡Ya no! —gritó Leovigildo—. Me ha llegado un correo del norte diciendo que los pasos se han cerrado de nuevo. Los rocones son de nuevo independientes...

» —¿Los rocones? —preguntó Hermenegildo.

» Se dio cuenta de que su padre, como la mayoría de los hombres del sur, confundía una tribu con otra.

» —Sí. Los rocones y sus aliados. Esas tribus del norte deben ser exterminadas una a una, y liquidados todos los jefes cántabros.

» Hermenegildo no habló, pero pensó para sí mismo: “Entre los jefes

cántabros, mi hermano Nicer... ¿Cómo demonios cree que voy a matar a mi propio hermano? ¡Él lo sabe! ¡Sabe que es mi medio hermano!”. Pero sus palabras no asomaron al exterior, su rostro se tornó como la grana por el esfuerzo de callar.

» La voz suave, profunda y melodiosa de la reina, una voz que predisponía los ánimos en su favor, cruzó la sala.

» —El príncipe Hermenegildo ha luchado con valor. Si bien no cumplió tus órdenes, mi querido esposo, trae rehenes y, al parecer, hay paz en el norte.

» El gran rey Leovigildo pareció tranquilizarse con las palabras de su esposa; ordenó que saliesen del salón regio los acompañantes de su hijo. La reprensión había terminado, él sabía que a mi hermano le dolería más una reconvencción delante de extraños que a solas.

» Una vez que todos hubieron salido, el rey se levantó del trono, como para dar mayor fuerza a lo que iba a decir a su hijo.

» —Te he mandado llamar por un asunto importante para ti y para toda nuestra dinastía.

» Hermenegildo agachó la cabeza, con una cierta inquietud, y se preguntó a sí mismo: “¿Cuál sería aquel asunto tan importante como para hacerle venir desde el norte?”.

» —Como bien dice tu madre Goswintha, has luchado valientemente en la campaña contra los cántabros y mereces una consideración por nuestra parte.

» Ahora, después de la reprimenda que había sufrido delante de sus compañeros; escuchar que iba a recibir un premio le sorprendió; permaneció en silencio, entre confuso y abrumado.

» —Sabes bien que debemos a nuestro amado antecesor Atanagildo, primer esposo de la reina, la corona, que debió pasar a uno de sus hijos varones. Sin embargo, la reina Goswintha solo pudo darle mujeres.

» El príncipe godo levantó la cabeza; no sabiendo adónde iba a conducir aquello, notó que la reina se ponía tensa. El rey prosiguió:

» —A nuestra reina y señora Goswintha, de su matrimonio anterior le sobrevive una única hija, la dulce Brunequilda... reina de Austrasia.

» Leovigildo se detuvo; miró a su esposa, que hacía un gesto de forzada pesadumbre. De todos era conocido que la hermana de Brunequilda, Gailswintha, había sido asesinada por su esposo, instigado por una concubina. También de todos era conocido que Brunequilda era una mujer de carácter fuerte, similar a su madre y ajena a la dulzura. El rey continuó:

» —Brunequilda, reina de Austrasia y esposa de Sigeberto, tiene dos hijas: las princesas Ingunda y Clodosinda. Ingunda acaba de alcanzar la edad núbil, tiene ya trece años.

» Hermenegildo comenzó a entender.

» —Contraerás matrimonio con la princesa franca que se encamina ya hacia

la corte de Toledo. Ese será tu premio por la campaña del norte. Tú y Recaredo os desposaréis con las hijas de Sigeberto. La menor es demasiado joven, pero la mayor será una buena esposa y será reina de estas tierras. Devolveremos la deuda de nuestra familia con el rey Atanagildo y con la reina Goswintha, de quien nos han venido toda clase de bienes.

» Una cólera sorda estalló en el interior de Hermenegildo. Delante de él cruzó la figura de la dama romana, como un espejismo de la felicidad. ¿Cómo no lo había pensado antes? Su matrimonio y el mío eran asuntos de estado. ¿Qué sentido tenía para los hijos de un rey godo el amor? Se casaría con una niña, extranjera y ajena totalmente a él. Por un momento, intentó protestar.

» —Pero... padre...

» —Está todo decidido. Contraerás matrimonio después de la Pascua de la Navidad.

» Goswintha le miró, triunfadora y autoritaria. Sus nietas estarían en el trono godo, y sus bisnietos serían los continuadores de una estirpe poderosa.

» —¿Me entiendes?

» —Sí, padre.

» —Puedes marcharte.

» En las palabras del rey no había ningún aprecio, ningún afecto, solo frialdad. Hermenegildo, sin hablar, apretó los nudillos para no responder a su padre algo inconveniente. Antes de que se fuese, cuando ya estaba saliendo, todavía añadió el monarca:

» —No. No te vayas aún. Antes de irte tengo un encargo para ti: sé que estás cerca de los romanos, de hecho contigo ha combatido en la campaña del norte un joven de la casa de los Claudios en Emerita. El joven Claudio puede regresar a Emérita, no necesitarás, de momento, su asistencia militar aquí. Después es mi deseo que regrese al norte con tu hermana, a quien le será de ayuda, apoyándole con todas las tropas hispanas que pueda aportar.

» Hermenegildo pensó que su padre le retiraba todo aquel que pudiera resultar un apoyo; cada vez más enfurecido se calló ante esta nueva arbitrariedad. Estaba acostumbrado a la disciplina militar, había que acatar siempre las órdenes. Además, estaba tan dolido por el resultado de toda la conversación que solo percibía una gran insensibilidad interior. Todo le daba igual, si su padre, en aquel momento, le hubiera pedido que se tirase de la muralla, él quizá lo habría hecho.

» —Es mi deseo que conozcas la legislación romana y la goda, que te instruyas con el conde de los Notarios, estudiarás a fondo los códigos de Eurico y Alarico y colaborarás en la reforma que pienso plantear en el reino. Sabrás que es mi deseo abolir la ley de matrimonios mixtos...

» —Sí, padre... —contestó Hermenegildo maquinalmente.

» —También es mi deseo reformar la religión arriana para encontrar una vía

común. Deseo que todos mis súbditos tengan un mismo rey, una única religión y una legislación común. Tú trabajarás en ello. ¿Me entiendes?

» Hermenegildo respondió como en un sueño:

» —Yo no sé de leyes ni de dogmas religiosos.

» —Ya es hora de que aprendas.

» Leovigildo no albergaba piedad. Para él, Hermenegildo se había convertido en una pieza más de un magno proyecto que debería cambiar la historia, un instrumento de los planes de aquel rey visionario que fue mi padre.

» No hubo opción al diálogo y Hermenegildo se retiró de la presencia de los reyes con la cabeza caliente y el corazón frío. Al salir no era capaz de distinguir nada, ni los alabarderos que le rendían pleitesía, tampoco los tapices ni las colgaduras. Caminó ensimismado hacia la salida de la fortaleza. Allí, Claudio y Wallamir le esperaban. Se dieron cuenta de que algo le sucedía a su compañero de armas, su rostro cerúleo, la actitud con la espalda inclinada hacia delante, el aspecto derrotado lo mostraba así.

» —¿Qué ocurre?

» —Nada.

» Le conocían bien y era obvio que algo grave le había ocurrido, además tenían curiosidad por saber qué estaba maquinando el rey. Así que Claudio insistió:

» —No. Algo te ocurre.

» Hermenegildo respiró hondo, los miró y sonrió forzosamente.

» —Soy un peón más dentro de la política de los baltos. He de casarme.

» —¿Casarte? ¿Con quién?

» —Una nieta de la reina... princesa franca... trece años.

» Wallamir y Claudio decidieron quitar importancia al asunto; así que el primero le animó:

» —Bueno. Podía ser peor. Crecerá, y dicen que las francas son muy bellas...

» Claudio, con gesto divertido, suspiró:

» —Mujeres francas... Rubias... Blancas...

» —Yo no quiero casarme. No. Desde luego, no ahora.

» —Tendrás que obedecer... —le aconsejó Wallamir.

» De nuevo Hermenegildo esbozó algo parecido a una mueca.

» —Sí. Tendré que obedecer, Recaredo también deberá hacerlo, él se casará también con otra nieta de la reina.

» Fue Claudio, quien te conocía a ti, mi hermosa Baddo, el que preguntó:

» —¿Y su cántabra?

» —¿Crees que un príncipe de la familia de los baltos tiene algo que hacer con una cántabra? —le preguntó Wallamir con orgullo de goda.

» —De momento no tendrá que casarse —le contestó Hermenegildo—. La princesa franca no ha llegado todavía a la pubertad.

» —Entonces aún pueden pasar muchas cosas y Recaredo es muy testarudo —dijo Claudio—. ¿Qué te pasa? ¿Hay otra mujer?

» Hermenegildo guardó silencio. ¿Cómo explicar a Claudio, romano como ella, que él no podría contraer matrimonio con alguien de su raza? Ante la mirada insistente del otro, el príncipe godo no pudo menos que asentir con la cabeza, claro que había otra mujer en su vida.

» —Podrás gozar de ella. Ninguna mujer se resistirá al heredero del trono.

» —Ella no es una cualquiera... Es una dama culta e ilustre, una romana como tú. Una mujer noble, no una fulana...

» Claudio entendió algo.

» —El rey, tu padre, quiere acercarse a los hispanos. Quizá podría entenderlo.

» —¿Con Goswintha enfrente? Esa mujer quiere que sus nietas lleguen al trono del reino godo. ¡Estás loco. Claudio, si piensas que puedo cambiar su manera de pensar o contrariar las expectativas que tiene con sus nietas!

» Habían recorrido la fortaleza y se encaminaron hacia las caballerizas. Al llegar al patio central, se detuvieron.

» —Bueno, querido hermano de armas, ten paciencia con tu padre y con las circunstancias. Seguro que lo de la franca no es tan malo. Antes o después tenía que ocurrir.

» Hermenegildo de nuevo sintió una opresión interior, pero no dijo nada y cambió de tema.

» —El rey ha dado su permiso para que regreses a Mérida. ¿Cuándo quieres irte? —le preguntó Hermenegildo.

» —Lo haré mañana al amanecer, lo antes posible. Ya he cumplido mi cometido. ¡Llámame si hay que descabezar a un cántabro, a un suevo o a un oriental!

» —El rey ha dicho que pronto solicitará que vayas a la campaña del norte... con Recaredo —le anunció Hermenegildo.

» —De momento, descansaré aburrido junto a las riberas del río Anás.

» —No creo, no creo —bromeó Wallamir—. Allí hay hermosas mujeres, mucha caza... No creo que nos eches de menos.

» Al oír aquel plural, Hermenegildo se alegró:

» —¿Tú no te vas?

» —No. Mi sitio está al lado del príncipe de los baltos, el futuro marido de la princesa franca —le aseguró Wallamir sonriendo—. Nada se me ha perdido en Emérita. Allí está únicamente mi padre, que es mayor y se las arregla muy bien sin mí; incluso podría decir que estará contento de no tener que alimentar una boca más bajo su techo.

» Hermenegildo sonrió, lo que Wallamir decía era verdad; su padre no lo iba a recibir con los brazos abiertos; en cambio él, Hermenegildo, estaba encantado de que se quedase. Después, el hijo del rey godo se volvió al hispanorromano.

» —Claudio —habló Hermenegildo—, quiero que te lleves a los hombres de la casa de mi padre contigo a Mérida, que vuelvan con sus esposas, que regresen a su tierra. Han servido bien en la campaña del norte, pero no voy a necesitarlos, ahora que me voy a dedicar al aburrido mundo de las leyes.

» Cenaron juntos como despedida en un figón donde se reunían los oficiales del ejército, dentro de las murallas del alcázar de los reyes godos. Un lugar en el que servían buenos asados donde los alumnos y oficiales de las escuelas palatinas se sentaban en una larga bancada pegada a la pared y se emborrachaban juntos. Les recordó el tiempo de adiestramiento antes de partir a las campañas del norte, cuando aún no conocían la guerra y todavía no habían entrado en las preocupaciones de la edad adulta. Se sentían mayores y lo eran, unos adultos ya barbados. Ninguno de los tres había llegado a los veinte años» .

El conde de los Notarios

« Hermenegildo no volvió a ser convocado por el monarca. Alguna noche, en una cena entre múltiples invitados o cuando era llamado a alguna ceremonia, cruzaba la mirada con la de su padre, quien parecía no verlo. La reina Goswintha, por el contrario, lo trataba con deferencia, ahora que, gracias a él, una de sus nietas podía aspirar al trono de los godos.

» Por las mañanas, el hijo del rey se dirigía hacia las estancias de los notarios. En un ala de la fortaleza había, desde antiguo, una biblioteca con pergaminos envejecidos enrollados; un espacio alargado con ventanas que dejaban pasar la luz a través de vidrieras de cristales oscuros; un lugar con hachones en las paredes y un gran fuego. Allí trabajaban los copistas reales, al mando del conde de los Notarios. Era este un anciano de largas vestiduras, muy sabio y documentado, que dominaba el arameo, el griego y el latín clásico; un buen conocedor de las leyes godas y romanas. De nombre, Laercio; era un hombre de origen godo, aunque por educación, romano. Un hombre que amaba el olor a piel de los libros. Hermenegildo leía los antiguos códices que guardaban las leyes de nuestro pueblo; pero también el derecho romano y lo que sustentaba todo: la filosofía griega. Se aficionó a los diálogos de Platón o los escritos de Aristóteles. Le gustaba pensar sobre lo que planteaban los antiguos sabios, la existencia del alma, o el arjé último que formaba el ser de los vivientes. Hermenegildo, mi hermano, nunca se detenía en la superficie de las cosas; era un hombre que iba más allá, siempre más allá. Cuando después el príncipe godo fue perseguido, Laercio recordaría las conversaciones que sostuvieron en aquel tiempo. Decía que en él, en Hermenegildo, siempre había existido una inquietud que le hacía ser fiel a sí mismo, a lo que él consideraba verdadero, eso le había conducido a la muerte.

» Aquel día, Hermenegildo había tomado un manuscrito antiguo, una reproducción en latín del *Fedro* de Platón.

» —El alma —leyó Hermenegildo— es semejante a un carro alado... Platón habla ya de alma... ¿Qué es el alma?

» —Lo espiritual del hombre —contestó Laercio, distraídamente, mientras revisaba los manuscritos de los copistas. Hermenegildo no se dio por conforme

con esa rápida respuesta, así que prosiguió:

» —Los sabios griegos afirman que el alma es inmortal; sin embargo, el hombre muere y su cuerpo se corrompe. Dicen también que el alma es principio vital y que los animales tienen alma.

» El conde de los Notarios se resignó a ser interrumpido. Cuando Hermenegildo iniciaba un tema, no lo dejaba hasta sacar sus últimas consecuencias.

» —Todo eso es correcto —sonrió Laercio—, ¿qué problema te plantea esa doctrina filosófica?

» El príncipe godo enrolló el manuscrito y prosiguió con su razonamiento:

» —Según los griegos, el alma animal desaparece, el alma humana, no; porque es inmortal...

» Laercio cruzó los brazos sobre el pecho, se incorporó en el asiento y le contestó.

» —Alma quiere decir lo que “anima”, lo que da vida. Los griegos llamaban alma a un principio de operaciones que coordina el funcionamiento de los seres vivos como un todo, que los conforma por dentro, que estructura los órganos y sentidos. Todo sistema que esté vivo, ya sea planta, animal o persona, está dotado de alma, si no fuera así, no existiría como ser vivo.

» —Las plantas mueren... su alma desaparece. A los animales les ocurre lo mismo. Dicen que el hombre pervive más allá de la muerte. ¿A qué se debe esto? ¿No somos los hombres como animales o como plantas?

» —Dime, joven príncipe, ¿para qué sirve una planta? ¿Cuáles son sus operaciones?

» —Crecer, dar frutos —le contestó Hermenegildo.

» —Eso es material. En los animales ocurre algo similar, la vaca nos da leche, un perro ladra o ataca. Todo eso es material. El hombre es diferente. Recuerda, ¿cuáles son las operaciones propias del hombre?

» —Según los clásicos, conocer y amar.

» —Esas operaciones no son materiales. ¿Cuánto pesa un pensamiento? ¿Cuánto mide el amor? Lo espiritual no se puede medir, contar ni pesar. Lo material muere; lo espiritual, no; tiene algo de eterno en sí mismo.

» Hermenegildo, que disfrutaba con aquella conversación, continuó en el mismo sentido profundizando aún más; se había sentado en una bancada, pegada al muro de piedra, uno de sus pies reposaba en ella; todo su cuerpo estaba relajado, escuchaba con gusto a Laercio, quien continuó:

» —Pensemos en Dios. Dios, claro está, es puro espíritu porque no muere. Es Uno, no se puede partir, ni romper.

» —He oído —afirmó Hermenegildo— que Dios piensa una Idea Eterna que es el Verbo; y ama un Amor Eterno que es Espíritu Santo. Todo ello es indivisible.

» —Esas son las ideas católicas... ¿Dónde has oído eso? —dijo Laercio.

» —De niño escuché a Mássona en Emérita Augusta, mi madre me llevaba a oírle. Él fue quien me explicó el dogma católico sobre la Trinidad, era un hombre sabio. Me pareció una doctrina bella y profunda; sí, más elevada que esa de un semidiós que defendemos los arrianos.

» Laercio se mostró parcialmente de acuerdo con Hermenegildo.

» —¿Qué sentido tiene un semidiós?

» —¡Ah! —se rio Hermenegildo—. ¡Claro que lo tiene! El Padre es superior al Hijo, tal y como los nobles y el rey somos superiores al populacho.

» —Un motivo bien poco filosófico; pero veo que te ríes de él...

» —Camino a Emérita Augusta conocí a un hombre y a su hermana, ellos también eran católicos, su cabeza estaba llena de sabiduría. El hombre del que os hablo creo que se llamaba Leandro, me recordó las ideas que mi madre me había explicado de niño y que yo no había podido olvidar.

» Al oír hablar de Leandro, Laercio se acordó de él.

» —¿El hombre del que habláis no sería el que estuvo aquí hace unos meses? Trabajó como copista. Le recuerdo bien; Leandro, hijo de Severiano. Vos mismo me lo recomendasteis.

» —No sabía qué había ocurrido con él; creí que finalmente no habría venido a veros.

» —Lo hizo y permaneció un tiempo entre nosotros. Procedía de Cartagena y había estado en Mérida, era un hombre formado en los clásicos, un romano.

» La expresión de la cara del hijo del rey godo cambió, la imagen de Florentina volvió a él. Deseaba conocer cómo estaba. Lentamente preguntó:

» —¿Qué sabéis de él?

» —Ya os dije que trabajó con nosotros unos meses; era un hombre muy bien dotado, con una amplia cultura, pero que no encajaba bien entre nosotros. Los copistas son amanuenses que únicamente transcriben textos. A él, como a vos, le gustaba filosofar. A menudo se paraba en su escritura y mantenía sabrosas discusiones conmigo. Era católico. Hablamos mucho de la Trinidad y del dogma que defienden los romanos.

» Laercio se detuvo y rio.

» —Casi me convence con sus teorías y creencias, pero yo soy perro viejo.

» —¿Qué ocurrió con él?

» —No estubo mucho tiempo, los primeros meses de verano. Un día dejó de venir. Nos enteramos de que su madre estaba muy enferma y que, después, falleció. Vino a despedirse. Nos dijo que había decidido ingresar en Servitano, el cenobio que los monjes africanos han fundado en Servitum. Se llevaba con él a sus hermanos.

» Entonces Hermenegildo preguntó tímidamente:

» —Tenía una hermana...

» —Sí, creo que ella se fue a Astigis^[18], a ingresar también en un convento.

» El hijo del rey godo se quedó pensativo. Si ella no iba a ser para nadie, si iba a ser para Jesucristo, aquel Dios Hombre, en el que ella creía, su dolor sería menor. Al fin ella había conseguido lo que quería. “En cambio a mí —pensó—, me empujan adonde no quiero”.

» No siguió la conversación con Laercio. Hojeó un libro, la antigua Biblia gótica de Ulfilas, un texto godo. El viejo lenguaje de sus antepasados se olvidaba en su pueblo. Ahora todos hablábamos un latín de sonido recio modificado por germanismos. Nuestros nombres se habían latinizado. Él era *Hermán hilde*, el guerrero fuerte; pero su nombre, latinizado, se había transformado en Hermenegildo. Su padre, *Liuv hilde*, el guerrero amado, se nombraba como Leovigildo, y yo mismo, *Rich red*, el rey famoso, se pronunciaba como Recaredo. Todos habían tomado las declinaciones latinas. Sí, desde hacía más de cien años los nombres godos habían pasado al román paladino, al lenguaje de un bajo latín de finales del imperio y la lengua gótica se perdía. Una nueva época comenzaba, una época en la que lo germano moriría avasallado por el poder de lo romano. Era verdad que los godos desdeñábamos a los romanos, a quienes considerábamos un pueblo servil, degenerado por su excesivo refinamiento. Sin embargo, nosotros, los godos —a pesar de nuestro poder militar y político—, enviábamos la cultura y el saber del antiguo imperio ya muerto. Aquello era lo que todavía conservaban algunos romanos. Y, además, en Hispania, mucho más que en las Galias o en otras regiones del imperio, lo romano no había perdido del todo su pujanza, su poder fáctico. ¿No tenía, por ejemplo, el padre de Claudio hombres y tierras superiores a cualquier predio real? El rey, nuestro señor padre Leovigildo, había entendido que la fuerza del nuevo país que quería construir debía sustentarse tanto en lo hispano como en lo romano; por eso debía unificar el reino. Así, Leovigildo pretendía arrianizar a los hispanos, englobando a godos y a romanos en un nuevo imperio del que él sería el fundador. Mi padre era un visionario, un megalómano. Deseaba construir un futuro grandioso para su stirpe. Leovigildo magnetizaba a sus hombres con la fuerza de sus ideas. Los hacía fieles a él. Los dos, mi hermano y yo, compartíamos aquella devoción, aquel fervor ciego hacia nuestro padre» .

Recaredo calló, los pliegues de su cara se curvaron aún más en una sonrisa amarga, dolorida. Baddo captó que la devoción y afecto, que habían llenado la vida de su esposo y la de su hermano hacia Leovigildo, habían desaparecido hacia ya mucho tiempo. Baddo se acercó a él, le apretó su fuerte antebrazo y él siguió hablando:

« Recordando el pasado puedo decirte, ahora lo entiendo con claridad, que mi

padre detestaba a Hermenegildo; aunque él hiciese todo lo posible para agradarle. Él, mi hermano Hermenegildo, era fuerte de cuerpo y de espíritu. Su nombre *Herman hilde*, el fuerte guerrero, le iba bien. Aunque sufría por los desplantes casi continuos de mi padre, le disculpaba. Pensaba que el problema estaba en sí mismo, que no actuaba correctamente. Además, de vez en cuando, ahora me doy cuenta, el rey le concedía, para atraérselo, algún privilegio, alguna dádiva o presente pequeño que hacían que olvidase cualquier desplante anterior. Por otro lado, Hermenegildo y yo nos teníamos, de alguna manera, el uno al otro. Además, nos rodeaban amigos tan cercanos como Claudio o Wallamir, y criados tan fieles como Braulio, Lesso y más adelante Román. El espíritu de mi hermano nunca estuvo amargado por los desplantes de mi padre, aunque siempre echaba de menos una pequeña alabanza, una palabra de aliento que nunca recibió.

» Los días de aquel invierno, en el palacio del rey godo, pasaron lentamente; como los copos de nieve posándose sobre las cúpulas y las torres de los palacios y de las iglesias de la urbe regia. A pesar del frío, Hermenegildo y Wallamir bajaban a entrenarse al gran patio de la fortaleza, junto a las escuelas palatinas.

» Hermenegildo trabajó con los jurisconsultos y con Laercio en la ley de matrimonios mixtos. Lograron subsanar los problemas que se derivaban de una situación que, desde casi cien años atrás, era ya insostenible. Por todo el reino, los matrimonios de tipo mixto eran una realidad patente. El rey Leovigildo, mi padre, había calado en la necesidad de solucionar el problema. Leovigildo no pudo menos que quedar satisfecho con la solución dada por los notarios a su consulta, en la que había colaborado, en gran medida, el propio Hermenegildo. Una solución que reconocía, incluso con carácter retroactivo, los derechos de los cónyuges así como los de los hijos habidos en aquellos matrimonios.

» Después el rey les encargó que realizaran un estudio para llegar a una síntesis de las dos religiones que se practicaban en el reino. Hermenegildo trabajaba en el nuevo plan de su padre cuando algo sucedió que cambiaría profundamente su vida. La princesa Ingundis, o Ingunda, arribó a Toledo» .

La llegada de Ingunda

« Dicen que la ciudad de Toledo se engalanó ante la llegada de la princesa franca. Banderas y gallardetes cubrían las calles que iba a cruzar la futura desposada, y se habían llenado de alfombras de pétalos de flores y banderolas. La reina Goswintha había supervisado personalmente todos los detalles. Desde el puente sobre el Tagus hasta la fortaleza de los reyes godos, se dispuso un ejército de tiufados, sayones, espatarios, palafreneros, formando una guardia a lo largo de las calles por donde pasaría la princesa.

» Los reyes, con su hijo mayor, esperaban la comitiva, llegada de las Galias, al pie de la cuesta que conducía a la ciudad, junto al puente romano. Al aproximarse el cortejo, los vigías hicieron sonar desde las torres las trompas y timbales.

» El príncipe godo, sereno y al mismo tiempo impaciente, observó cómo el séquito de la princesa enfilaba el puente. Al frente de la comitiva, soldados francos a caballo con golas y armaduras de fabricación muy distinta de las que se usaban en la corte de Toledo. En el centro, una litera portada por palafreneros, y detrás, carromatos para las doncellas de la princesa; por último, soldados a pie. Se fueron aproximando lentamente y, al llegar adonde la comitiva de los reyes godos les esperaba, los jinetes francos se distribuyeron a derecha e izquierda, dejando en medio y un tanto al frente la pequeña litera. Un lacayo depositó un escabel junto al carruaje de la princesa, las cortinillas se abrieron. Del interior asomaron unos borceguíes de cuero labrado teñidos en color claro, después, surgieron unas vestiduras de tela blanca, fina y suave, bordada con hilos dorados. Ágilmente, una joven de mediana estatura descendió del carruaje, ayudada por dos criados. Hermenegildo desmontó de su caballo y se acercó a ella, una adolescente menuda y rosada, de piel nacarada y grandes ojos azules. Era una niña, pero las nacientes formas de mujer se mostraban debajo de aquellas galas que la cubrían.

» Hermenegildo pensó que tenía ante sí un ser frágil y delicado, un jarrón de porcelana fina que se podía romper en cualquier momento, no una mujer con quien compartir el reino, la vida y el lecho. Tomó su mano y, al contacto, se dio cuenta de que de aquella pequeña mujer, tan delicada, fluía una suave fuerza.

Los dos jóvenes se miraron mutuamente con curiosidad. Los ojos de él, con pestañas negras y de color azul intenso, se cruzaron con los de ella, sombreados de pestañas rubias y de un azul más claro, casi transparente. Cada uno adivinó en el otro que la boda era una obligación forzada. Después de aquellos segundos en los que se observaron con timidez y curiosidad, ella bajó la mirada. Entonces la niña se dirigió a su abuela, llamándola madre. La reina Goswintha sonrió con placer, contenta ante el donaire y galanura de su nieta. Al fin, Ingunda saludó al rey, realizando una reverencia, inclinándose hasta tocar con la rodilla el suelo. Leovigildo levantó a su futura nuera y la besó suavemente en ambas mejillas, contemplándola luego con curiosidad y un cierto sobresalto.

» Terminadas las presentaciones, la niña volvió a la litera, se cerraron las cortinillas y toda la comitiva emprendió el ascenso por la cuesta que conducía hacia el palacio.

» Al día siguiente tendría lugar la boda. Por la ciudad, se sucedían las fiestas; habían llegado cómicos, comerciantes y buhoneros de todas partes. El Tajo se había llenado de barcazas con luces y la música rebrotaba por todos los rincones; se escuchaban antiguos romances, música de cítaras y timbales. Al caer la noche, Toledo se iluminó con fogatas y las gentes bailaron alegres por las calles.

» Hermenegildo y Wallamir, vestidos como gente del burgo, se perdieron en el claroscuro de antorchas, entre las muchedumbres que se divertían. Cruzaron puestos de dulces de miel y quesos, pepinillos en vinagre, migas y gachas de almortas. En el cruce de unas calles, un saltimbanqui tragaba fuego. Una anciana buhonera se acercó a Hermenegildo y le leyó la mano. Le habló de una mujer rubia y de que moriría joven. Algo achispado por el vino, él se rio de la vieja. Hacía frío y se hacía tarde, pero no lo parecía porque la noche era clara, iluminada por fuegos y luminarias en honor a las bodas del hijo del rey y de la princesa franca. Cuando ya habían reído y bebido bastante, Wallamir felicitó a Hermenegildo:

» —¡Tienes suerte! Al menos, es hermosa, todo el mundo lo dice...

» En ese momento, Hermenegildo pareció despertar de un sueño; lo que celebraban eran sus bodas con alguien a quien no había escogido y a quien no amaba.

» —Es una niña —le contestó secamente.

» —No tanto, es evidente que no es impúber.

» —Me da miedo hacerle daño. No me siento con fuerzas como para tomarla.

» —Podéis esperar.

» —Sí, esperaré lo que sea necesario —afirmó como sin ganas.

» —¡Hermenegildo...! Nos conocemos desde tiempo atrás. ¿Qué te ocurre?

» —Nada.

» —No. A ti te ocurre algo, tu matrimonio no es una tragedia, tu esposa es o

va a ser una hermosa mujer...

» —Pero yo no quiero casarme con ella.

» —¿Piensas en la otra...?

» —Intento no hacerlo, porque es algo imposible. Déjame, bebamos, Ingunda será tan buena esposa como cualquier otra; además, no tengo otra elección.

» Siguieron bebiendo hasta casi perder el sentido, regresaron casi al filo del amanecer cantando una canción de guerra que les recordaba los tiempos en los que habían luchado contra los cántabros.

» Las bodas francas tuvieron lugar en una mañana fría y azul, con la luz rebotando sobre los restos de nieve que barnizaban la ciudad. Un clérigo arriano los recibió en la iglesia de Santa Leocadia. Hermenegildo esperó la llegada de la novia; le dolía la cabeza por la resaca y le parecía que estaba en otro mundo. La princesa niña avanzó hasta situarse junto a él. Durante la ceremonia ella lo acechaba, de tanto en tanto, con una expresión entre sorprendida, asustada y esperanzada, pero él no miraba a Ingunda.

» El legado del rey cubrió las manos de ambos con una estola, como en un sueño escucharon las palabras del clérigo arriano:

» —¿Quién entrega esta mujer a este hombre?

» Se escuchó la voz del legado de la corte de Austrasia:

» —Sigeberto, rey de los francos y de Austrasia y Neustria, por la gracia de Dios, os la entrega.

» Los novios intercambiaron los anillos y el legado mostró la dote de la novia: jarros de oro y joyas en un cofre que abrió ante el altar.

» El clérigo pronunció las palabras del rito en latín clásico:

» —*Ego vos in matrimonio coniungo.*

» La ceremonia acabó con una bendición final. Esa noche debía consumarse el matrimonio y al día siguiente tendría lugar la ceremonia nupcial en la que durante una misa arriana se daría gracias a Dios por el feliz enlace.

» Todas las campanas de la ciudad doblaron por la felicidad de los novios y ellos salieron del interior del templo sonrientes, cogidos de la mano. Hermenegildo parecía proteger a Ingunda de la multitud que se apiñaba para verlos.

» Aquella noche el rey brindó por la felicidad de los novios, bajo la mirada astuta y sonriente de la reina. La cena duró hasta muy tarde; casi al amanecer se retiraron los últimos convidados.

» Condujeron a la novia a la cámara nupcial. Más tarde, cuando ella ya estaba preparada, accedió el novio. Al entrar él, Ingunda, temblando, sentada en el borde del lecho, de espaldas a su esposo, miraba fijamente por la ventana el resplandor de una luna grande y blanca. Los haces de la luna y los hachones de

madera refulgían en su cabello dorado.

» Hermenegildo se situó detrás de ella, rozó levemente su cabello y notó cómo ella se estremecía aún más.

» —No te haré daño —le dijo él.

» Rodeó la cama y se sentó en el suelo a los pies de ella intentando vislumbrar aquel rostro que había bajado los ojos hacia el suelo, con timidez. La cara de la desposada, iluminada por el fuego de la chimenea que caldeaba la estancia, estaba enrojecida y surcada por un reguero de lágrimas. Era la cara de una niña pequeña y muy asustada.

» Ella no pronunció palabra alguna ni realizó el más mínimo gesto.

» Hermenegildo se enterneció. Le habían dado una esposa que más que una compañera era una niña.

» Entonces fue él quien tomó la palabra:

» —Tranquila...

» Ella bajó aún más la cabeza.

—No te tocaré. Ni ahora ni nunca, si tú no quieres.

» Las lágrimas de ella cesaron.

» —Esta boda me es tan ajena como a ti. Yo no quería tener una esposa, pero alguien ha dispuesto que lo seas. Yo soy tuyo porque se me ha ordenado. Procuraré amarte y respetarte siempre.

» Cuando ella levantó la cabeza, sonriendo entre sus lágrimas, se miraron un segundo. Él besó su mano delicadamente y se levantó. Se retiró a un lugar oscuro de la estancia para desvestirse. Después, se acostó en el mismo lecho donde ella estaba sentada y, al poco tiempo, se durmió.

» Ingunda permaneció largo rato con las manos entrelazadas en casi la misma postura que la había dejado Hermenegildo. Más tarde, a través de la pequeña ventana de cristal oscuro y esmerilado, vio brillar una estrella en el firmamento. Ingunda se sintió desfallecer de sueño. Escuchó la respiración acompasada del joven guerrero, que ya era su esposo, y se quedó dormida. Durante la noche se acurrucó junto a Hermenegildo, y apoyó la cabeza en el fuerte brazo de él. El primer rayo del amanecer los encontró así; él se despertó, pero no osó moverse para no turbar el sueño de ella» .

La solución intermedia

« Tras la boda, nada cambió en la vida de Hermenegildo. Acatando las órdenes de su padre, continuó asistiendo al *scriptorium* donde se debatía la nueva legislación y la unidad religiosa que quería aprobar Leovigildo. Pocos días más tarde, en la sala de los notarios, se escucharon voces de una discusión acalorada.

» —¡Tiene que haberla! Una solución que contente a todos, arrianos y católicos. Solo se trata de que cedamos en algún punto nosotros y en algún otro, ellos.

» Era Hermenegildo el que hablaba, sus ojos claros brillaban. Él y Laercio llevaban mucho tiempo estudiando legajos de una y otra religión.

» —Lo veo muy difícil. ¿Recordáis lo que hablamos ayer? Vos proponíais que cediésemos en el tema de Jesucristo; en cambio, que mantuviésemos que el Espíritu Santo era inferior al Padre... Ayer hablé con los católicos..., ¿sabéis qué me contestaron?

» —No —dijo Hermenegildo.

» —Que la Trinidad no es la hidra de tres cabezas en la que cortando una, se generan dos... Que no se puede quitar nada de lo revelado.

» El príncipe esbozó una sonrisa cansada; habían trabajado mucho en los documentos que iban a entregar a los católicos; les habían presentado dos ofertas distintas, que fueron rechazadas por la autoridad eclesiástica católica.

» —Hace meses les propusimos que, para el paso al arrianismo, no precisarían un nuevo bautismo, que aceptamos el suyo» .

—¿Y...?

» —Algunos, pocos, se convirtieron. Eran los menos convencidos, pero ni los potentados hispanorromanos ni la jerarquía eclesiástica lo hizo.

» El que así hablaba era uno de los hombres más experimentados en leyes, llevaba trabajando con ellos desde un tiempo atrás.

» —No entiendo por qué no ceden. Hemos sido muy generosos.

» Laercio se volvió al jurisconsulto con una mirada crítica y, después, habló:

» —Ellos afirman que en cuestiones de fe se cree al completo, si no, la fe no es tal. Una fe aguada no les convence. Dicen que durante varios siglos los Concilios de Nicea, Calcedonia y Constantinopla discutieron el tema trinitario y

que cuatro jurisperitos y teólogos arrianos no van a saber más que todos los Santos Padres de la Iglesia...

»—En fin... —suspiró Hermenegildo—, que no hemos avanzado nada, señores.

»—La solución quizá sería un sínodo de obispos arrianos y católicos en el que ellos mismos se pusieran de acuerdo en sus diferencias.

»—Sin un control del rey, eso sería como un avispero... Habría tal tumulto que tendríamos que enviar la guardia palatina para que no se matasen. Estoy seguro de que no saldría nada positivo de algo semejante.

» Propusieron una teoría tras otra, analizaron un dogma tras otro y, finalmente, se retiraron cansados de discutir.

» Hermenegildo necesitaba hacer ejercicio físico. Estaba fatigado de estar sentado durante horas en la misma posición, sobre legajos y rollos de piel. Buscó a Wallamir, a quien encontró en las caballerizas, limpiando con fuerza la piel de un caballo. Normalmente aquella tarea la realizaban los siervos, pero Wallamir era un noble de segunda fila que no tenía criados a su servicio, exceptuando en campaña, cuando le proporcionaban una decuria o una centuria. El godo sudaba por todos los poros de su piel. Tan inmerso estaba en su tarea que se sobresaltó al oír llegar a Hermenegildo.

»—Tienes mala cara, compañero... —le dijo Wallamir al verlo.

»—No te imaginas lo que son las discusiones que se sostienen en las salas de los jurisperitos...

»—Prefiero no imaginármelas —rió el otro—. Prefiero descabezar cabezas de vascones o cántabros...

»—¡Vámonos...! Vayamos vega arriba, necesito despejarme la cabeza, que me va a estallar. Quizá podamos cazar algo.

» Salieron cuando el sol lucía aún muy alto en el horizonte, hacía frío pero el cielo no estaba cruzado por ninguna nube. En cuanto cruzaron el río, pusieron los caballos a galope, se desafiaron con la mirada entre sí, emprendiendo una rápida carrera hasta más allá de una colina. Todo el campo se extendía ante ellos, matorrales bajos y bosques de encinas. Una sensación de plenitud, ante la vega abierta, les llenó. Al llegar a la cima de la loma, se detuvieron. Más atrás quedaba la urbe regia. Entonces se dirigieron a un arroyo que desembocaría en el Tajo, para abrevar los caballos. A los lados del riachuelo, terraplenes de tierra y matorrales. Antes de bajar por la pendiente, divisaron unos jabalíes que bajaban a beber a la caída de la tarde. Los dos jóvenes se pusieron en tensión. Junto a su montura, sobresalía una lanza que extrajeron sin hacer ruido. Entonces, lanza en ristre, emprendieron el galope pendiente abajo; los caballos resbalaban por la tierra, el ruido provocó la huida de los jabalíes. Wallamir y Hermenegildo salieron en su persecución. Consiguieron acercarse lo suficiente como para arrojar las lanzas hacia una jabata que corría la última. La hirieron, y el animal

se revolvió. Con su espada y, desde el caballo, de un único tajo, Wallamir la degolló, cargándola después sobre su montura. Contentos, los dos jóvenes reemprendieron el viaje a la ciudad.

» Se hacia tarde y se dieron prisa, pues las puertas de la ciudad se cerraban al atardecer. Antes de llegar al puente, vislumbraron, a lo lejos, en el camino que conducía hacia el oeste, una comitiva. Hermenegildo tuvo un presentimiento, el aspecto de aquellos hombres le era familiar. Cuando estuvieron cerca, reconoció a un siervo de la casa baltinga de Eméríta Augusta. Con un gesto, le indicó a Wallamir que prosiguiese hacia la ciudad con la caza.

» Al verlo, los hombres se apresuraron hacia él. Eran varios de los combatientes que habían luchado en la campaña del norte. Todos procedían del mismo poblado, de las tierras de la Lusitania, de la casa de los baltos.

» —¿Qué ha pasado?

» —Nos atacó un grupo de bandoleros. Destruyeron uno de los poblados, matando a mucha gente... Apresaron a vuestro escudero...

» —¿Román...?

» —Se lo llevaron cautivo; su esposa murió, y también su hijo.

» —¿Quiénes eran?

» —No lo sabemos, mi señor. Braulio nos ha enviado a que os comunicásemos las nuevas.

» —¿Quién se puede atrever a enfrentarse a la casa baltinga? ¿A la casa de Leovigildo?

» —No lo sabemos. Pensamos que vienen del sur. Quizá son gentes que comercian con siervos...

» Los recién llegados prosiguieron hablando mientras Hermenegildo les escuchaba con preocupación. El poblado, donde vivía Román y aquellos hombres, estaba mal defendido. Otros tenían los muros de defensa de una antigua villa romana, o estaban situados en un lugar elevado, o protegidos por un río. Sus habitantes eran colonos sometidos a los baltos en un régimen de clientelismo. El ataque a un poblado de la casa real reinante entre los godos no podía considerarse como un error, sin más. Podría ser que hubiese algo detrás para desacreditar a la corona. También cabía pensar que estaban en tiempos inseguros en los que las agresiones de bandoleros eran frecuentes.

» Se sintió triste por Román, un hombre que le había sido fiel, que había regresado de la campaña del norte con algún botín con el que pensaba mejorar su vida. Recordaba la leva de hombres, cómo su esposa le había pedido que no se fuera. Ahora ella moría en su propio poblado y él no había podido defenderla. Tendría que comunicar las nuevas al rey, quien —como siempre— buscaría la forma de inculparle en el asunto» .

La ira de Goswintha

« Las voces se oían por todo el palacio: gritos destemplados y suaves sollozos. Por los pasillos del gran Alcázar de los Reyes Godos, la servidumbre procuraba no hacer ruido, asustada. Si alguien se acercaba a las estancias reales podría escuchar una voz femenina muy fuerte y otra más suave de una niña, con acento del norte. Goswintha e Ingunda se enfrentaban como un gato furioso y un pequeño pajarito asustado. Dentro de la estancia, las palabras rotundas, terminantes, de Goswintha resonaban contra los tapices, que parecían bambolearse con el aire de su voz.

» —¡No consentiré esto! ¡Eres la esposa del futuro rey godo! ¡Los godos somos arrianos y tú eres arriana! ¡No comulgaste el día de la ceremonia nupcial! Ya hablamos de ello y te mostré la necesidad de ser una arriana devota. No puedo entender que te sigas negando... Todo el mundo se ha dado cuenta y critican. ¿Cómo puedes ser tan terca y obstinada?

» —Yo sigo la fe de mis padres, la que se me ha enseñado. Soy nieta también de Clodoveo y de Clotilde... No comulgaré de ese rito arriano. ¡No! ¡No lo haré!

» Se escuchó el sonido brusco de una bofetada. La reina había golpeado a su nieta. Los dedos de la mano habían dejado una huella en la pálida y delicada faz de Ingunda. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

» Goswintha salió de la habitación, furibunda. A su paso, los criados se pegaban a la pared, dejando espacio a un vuelo de tocas y sayas guiado por la furia de la reina.

» La esposa del rey godo irrumpió en las estancias reales. Era la única persona en el reino que poseía el privilegio de entrar allí, sin ser anunciada.

» Leovigildo levantó la cabeza, trabajaba sobre unos mapas. Como el gran Constantino, quería edificar una ciudad, próxima a Toledo, en el curso del alto Tajo, comunicada con la urbe regia por vía fluvial. Se llamaría con el nombre de su hijo menor, el príncipe Recaredo: Recópolis. La ciudad de Recaredo, una ciudad con una clara influencia bizantina, rodeada por un río, con el más hermoso palacio del Occidente de Europa. Sería un presente para su hijo menor, que había derrotado a los suevos y, a la vez, una muestra del poder y opulencia de la corte de Toledo.

» El ruido de la puerta hizo que levantase la cabeza de los mapas y, al ver la actitud de la reina, los que rodeaban al monarca se retiraron intimidados. Poniendo las manos en jarras, se enfrentó a ella:

» —¿Qué ocurre?

» —Mi nieta. La futura reina de los godos no comulgó el día de la misa nupcial, la he reconvenido una y otra vez, pero continúa negándose. Se obstina en no comulgar de un clérigo arriano. Dice que es católica.

» El rostro de Leovigildo no esbozó ni una mueca.

» —¿Qué importancia tiene una religión u otra?

» —¡Importancia! Toda la del mundo. Mi señor Leovigildo, me parece que estáis cediendo ante los romanos en una cuestión que es altamente importante. Habéis permitido los matrimonios mixtos, de un arriano con una católica y viceversa... No me opuse porque me pareció una cuestión de oportunidad política por vuestra parte. Ahora, consentís que, en esta corte, se admita a una persona de la familia real, católica. Mi nieta será la madre del futuro rey de los godos. ¿Queréis tener un nieto católico que rompa con las tradiciones de nuestros mayores? ¿Lo queréis? Pues... yo no. Los godos han de estar por un lado; los romanos por otro. Cada uno con sus leyes y su religión. Eso es el orden en el reino y vos sembráis el desorden. Dentro de nada, los hispanorromanos ocuparán el trono que, con tanto esfuerzo, los godos...

» Leovigildo escuchaba la reprensión de su esposa con paciencia, hasta que se hartó y, con calma, pero en tono fuerte, con la voz velada por el disgusto, le cortó:

» —Estáis mezclando un tema con otro. Sabéis, señora, perfectamente que la nobleza no nos apoya, que necesitamos el apoyo de los hispanos; que la ley de matrimonios antigua no se cumple y es impopular... También hemos hablado de asimilar el reino al del franco Clodoveo, que unificó la fe de sus súbditos.

» La reina bramó enfurecida y su voz, con un tono cada vez más alto, hizo vibrar las luces de las velas.

» —Clodoveo era pagano y erró convirtiéndose con todo su pueblo a la fe del Papa de Roma. Nosotros creemos en el verdadero cristianismo; el que no mezcla la divinidad de Dios con la humanidad de Cristo. El arrianismo afirma, entre otras cosas, que los reyes, es decir, nosotros, estamos como Jesucristo, a un nivel superior sobre el pueblo... Esa fe es la que nos conviene y la que hay que defender.

» Leovigildo suspiró y trató de hacerla entrar en razón:

» —En todos estos temas hemos estado de acuerdo... Ahora lo mezcláis con el asunto de la religión de vuestra nieta.

» —¡No puedo soportar a los romanos! ¡No aguanto esa religión que nos hace depender del Papa de Roma! ¡Ahora es mi nieta la que se opone a mis deseos, a toda razón y a toda lógica! ¡Una niña recién salida del cascarón...! ¡Se hará arriana quiera o no quiera!

» Los ojos de Leovigildo examinaron detenidamente a su esposa. El rostro de ella estaba deformado por el enfado, sus mejillas enrojecidas habían perdido los afeites con los que habitualmente se acicalaba. La piel se mostraba acartonada y falta de vida, velada por un tinte amarillento. El pelo se le había soltado del habitualmente, pulcro tocado. Los ojos, llenos de ira, adoptaban una expresión poco agradable a la vista. De pronto, Leovigildo recordó como por ensalmo el hermoso rostro de la que había sido su primera esposa: sus ojos grandes, de mirar dulce, siempre doloridos, su boca perfecta, su cabello claro como una nube de oro, su cuerpo de diosa. La expresión del rey se volvió extraña y anhelante. La había maltratado y no era ajeno a su fallecimiento; pero, en la muerte de ella, estaba su propio castigo. Leovigildo la había despreciado y creía que no le importaba; sin embargo, ella, la reina olvidada, era la única mujer que había logrado tocar su corazón, endurecido como el yunque de un herrero. Ella no le había amado. A pesar del paso del tiempo, había guardado una fidelidad absoluta al rebelde del norte y, a menudo, cuando estaba junto a ella, cuando él abusaba de ella, cuando la trataba como a un perro, veía los restos de aquel amor que había llenado toda la vida de la sin nombre, un amor que le daba fortaleza para resistir. Además, su primera esposa le había dejado un hijo, Hermenegildo, con su increíble parecido al hombre del norte, un hijo que él, Leovigildo, el gran rey de los godos, no podía afirmar que fuese suyo. Leovigildo no podía soportar la mirada del que todos nombraban como su hijo, una mirada que era tan clara como la de su primera esposa y tan llena de dignidad como la del jefe cántabro.

» Goswintha siguió despotricando contra su nieta, la princesa franca; él ya no escuchaba sus gritos aunque simulaba atender. Al parecer, la princesa no se doblegaba a los requerimientos de su abuela. Pensó que Ingunda estaba hecha de la misma pasta que su primera esposa, ambas descendían de los francos, ambas eran católicas y, entre ellas, había un cierto parecido físico. La primera vez que vio a la que iba a ser su nuera, Leovigildo se estremeció; le pareció tener delante de sí a la innostrada, a la mujer que había traído del norte. Más tarde, se había dado cuenta de que aquello no era así; quizá los remordimientos y la añoranza por su primera esposa habían hecho que se traicionase a sí mismo.

» El enfado de Goswintha crecía y le pareció más y más desafortado. ¿Qué importancia tenían aquellas cuestiones religiosas? El mundo evolucionaba y él, Leovigildo, iba a crear una religión que fuese una síntesis de las anteriores, que aunase a católicos y arrianos: un compendio perfecto y ecléctico.

» Con buenas palabras, consiguió calmar a Goswintha, sin enfrentarse a ella, y es que él, Leovigildo, temía a su esposa. Había alcanzado el trono gracias a ella y no podía oponerse a la reina, a esa furia desmelenada que tenía enfrente.

» A mi padre, quizá, le hubiera gustado que la vida hubiese discurrido por otros derroteros, que su primera esposa le hubiese amado; que él se hubiese dado cuenta, desde el principio de su matrimonio, de que él la amaba también; pero

solo ahora, cuando ya era tarde, había descubierto que no podía olvidarla.

» Mi padre, el rey Leovigildo, quizás habría deseado que el poder hubiese llegado más fácilmente a sus manos; pero no fue así. Cada día de su vida había sido una lucha continua por el poder; un poder al que amaba con pasión lasciva. El hijo de un noble de segunda fila, procedente de las filas ostrogodas, un advenedizo para los visigodos auténticos, había llegado a ser un rey temido y odiado gracias a su matrimonio con mi madre; pero, sobre todo, gracias al favor de la reina Goswintha. Si el poder le hubiese llegado de una manera más fácil, quizás él no hubiera tenido que eliminarla, a ella, a su primera esposa» .

Recaredo se detuvo, dirigió la mirada hacia Baddo con ojos llenos de agua y ella lo miró a su vez. Lo que contaba con aparente naturalidad era espantoso: el asesinato de su madre, a quien adoraba, por parte de su padre, Leovigildo, el hombre a quien él había admirado y temido. El alma de Recaredo sangraba de dolor, cuando prosiguió diciendo:

« Fue así, años más tarde lo supe. Mi padre había matado a mi madre para hacerse con el poder, para complacer a aquel engendro de maldad que era su esposa Goswintha. Yo conocí esto muchos años más tarde. Desde entonces me alejé de él; pero demasiado tarde. Hermenegildo ha muerto y yo me siento culpable.

» Para mi padre, al igual que para Goswintha, el poder sería, siempre, lo primero. En eso, eran almas gemelas y por eso se entendían. A Goswintha, la hija de un mediocre^[19] de Córdoba que había conseguido hacer una buena boda con un noble de rancio abolengo, Atanagildo, el poder y el afán de mando se le habían subido a la cabeza. Nadie, en los últimos años, se le había opuesto y ella se sentía un ser superior al resto. Por eso no podía tolerar que aquella mocosa de trece años se le enfrentase. En cuanto a mi padre, su ambición no tenía límites y su única meta en la vida era la de ser un rey que cambiase el mundo, que generase una dinastía capaz de perpetuarse durante siglos. Los godos habían recorrido Europa y habían acabado siendo los señores de las tierras más occidentales del continente. El sol del reino godo brillaba ahora en todo su esplendor, sobre las tierras de la antigua Hispania romana, y había sido él, Leovigildo, de una oscura familia de la nobleza, quien estaba consiguiendo hacerse con la hegemonía del mundo occidental, gracias a oscuras alianzas. Mi padre, en aquella época, intentaba convencer a su esposa de sus propósitos. Sin embargo, ella era la única en el reino que se le resistía.

» —Para mantenerme en el trono necesito a los romanos. La nobleza goda me odia y conspira contra mí. Solo puedo confiar en los hispanorromanos.

Señora, os suplico que dejéis las desavenencias con la princesa Ingunda. Las pendencias y trifulcas que ocurren entre las dos están trascendiendo fuera de la corte. Todo eso menoscaba la autoridad real. Los romanos deben pensar que no solo toleramos su religión sino que somos afines a ella. Vos no podéis dejaros llevar por vuestros sentimientos.

» —¡No puedo verla! ¡No puedo aguantar la cara de esa mosquita muerta!

» —Creo que ayer la arrojasteis a un estanque... Eso no es propio de vuestra dignidad. ¡Tiene que acabar!

» —¡La mataría...!

» —¡No digáis cosas necias...!

» —Pues hablad vos con ellos, con Ingunda y con Hermenegildo. Él la apoya.

» Harto de recriminaciones, Leovigildo dio una palmada. Aparecieron dos siervos.

» —Llamad a la princesa Ingunda a mi presencia. Convocad al príncipe Hermenegildo.

» Goswintha pareció conforme. La mirada de Leovigildo seguía perdida. Su esposo no era dado a sentimentalismos, era un hombre duro y rígido que pocas veces se reconcentraba en sí mismo. Goswintha se dio cuenta de que algo raro sucedía.

» —¿Qué os ocurre...?

» —Nada —contestó secamente él.

» A Goswintha le disgustó aquella respuesta. Ambos permanecieron callados. Él se volvió hacia el mapa, mirándolo con detenimiento. Ella se replegó hacia la ventana, desde allí se divisaba el Tagus serpenteando alrededor de la ciudad, bajo la muralla.

» Llamaron a la puerta. Escucharon los pasos jóvenes y fuertes de Hermenegildo, que entró en la estancia. Un lapso de tiempo más tarde, apareció Ingunda; en su rostro había aún rastros del llanto reciente.

» De nuevo, Leovigildo se detuvo en el rostro de la joven. Era diferente al de su primera esposa, pero algo en él se la hacía recordar. La echaba de menos, ¿cómo era posible que recordase, con dolor, a aquella a quien, sin ningún remordimiento, había acosado tanto?

» Después, su mirada se posó en Hermenegildo. Había estado cabalgando, quizá, con aquellos hombres afines a él que había traído del norte. Su rostro estaba acalorado por la galopada, el cabello se disponía, desordenadamente, alrededor de aquella cara, de rasgos rectos, sin apenas barba, en la que los ojos se abrían mirando directamente a su padre, dejando ver su color azul, tan intenso, con las pestañas espesas y las cejas negras, densas, casi juntas. Un rostro, cincelado al modo de un antiguo caudillo del norte, al que Leovigildo había ejecutado. Además en aquellos ojos de mirada clara, al rey le pareció ver la luz que brillaba en los de su primera esposa, a la que él había asesinado. ¡Cómo

odiaba a su hijo! Pero a la vez, era él quien debía contribuir a sus planes de construir una nueva dinastía gloriosa.

» Los jóvenes príncipes doblaron la rodilla ante el rey, después se alzaron.

» —Habéis sido convocados por mí y por mi amada esposa, la reina Goswintha.

» Hermenegildo dobló la cabeza ante la reina; Ingunda se mantuvo serena aunque llorosa.

» —Se te ha otorgado el don del matrimonio con una princesa de alta alcurnia... Tu esposa es una niña que debe ser instruida en la religión de esta corte. Eres el culpable de que tu esposa permanezca en una doctrina afín al Papa de Roma. ¡Educarás a tu esposa en el respeto a sus mayores!

» Hermenegildo intentó hablar, pero el rey no le dejó:

» —Es vergonzoso que una niña se oponga a los deseos de la muy noble reina Goswintha. Como bien sabes, mi objetivo es conseguir la unión religiosa entre los hispanos. Las desavenencias entre la princesa Ingunda y la reina han trascendido y dificultan la política de unión que he propuesto para el reino. Por tanto, he decidido que ambos os vayáis de la corte de Toledo.

» —¿Adónde me destináis?

» —Necesito alguien en el frente bizantino...

» Hermenegildo bajó la cabeza y se alegró; fueran cuales fuesen los planes de su padre, su más íntimo deseo era combatir. No le agradaba la vida entre pliegos y legajos antiguos.

» —Te nombraré duque de la Bética. Partirás para Hispalis, con tu esposa, cuanto antes.

» Hermenegildo levantó la cabeza y su rostro se iluminó; por primera vez, su padre le concedía un encargo de peso que le situaba entre los principales del reino. Goswintha frunció el ceño, enfurecida. No entendía a su esposo; no solamente no castigaba a la rebelde, sino que la alejaba de la corte para que ella, la reina, no pudiese controlarla. A ella y a su joven esposo, aquel guerrero de hermosa presencia, el hijo de la anterior esposa de Leovigildo, le entregaba una de las regiones más cultas, más antiguas del reino. Sin embargo, la designación del príncipe como duque de la Bética suponía que su nieta estuviese más cerca del poder; por ello, calmó su enfado y sonrió a los príncipes mientras ordenaba con su hermosa voz:

» —Es mi deseo que la princesa Ingunda se eduque en la fe arriana, que es la fe de los godos. Es responsabilidad tuya esa educación y ese cambio.

» Hermenegildo observó a Ingunda, quien ahora bajaba la cabeza con las mejillas suavemente enrojecidas. No habían hablado demasiado aquellos últimos tiempos; él, entretenido en mil tareas en la corte, en sus estudios de leyes, en sus entrenamientos con los jóvenes de las escuelas palatinas. Desde aquella primera noche, no había vuelto a hablar con la niña con quien le habían casado. Quizá se

hallaba un poco asustado de tener una esposa y procuraba mantenerse lejos de ella, por eso solía llegar al tálamo cuando ya estaba dormida. Entonces la contemplaba cómo quien mira a un objeto precioso, que no se debe tocar porque se podría llegar a romper. Había escuchado rumores de las peleas por materia religiosa entre la nieta y la abuela; pero a él no le importaba que su esposa fuese católica. Se sentía más afín a las ideas de su madre, a su concepto religioso de la vida que a la fría religión arriana. Una religión a la que se había sometido por deber porque él, Hermenegildo, se sabía godo; un godo de estirpe real, que debía obedecer las tradiciones y servir, fielmente, a su padre y señor.

»—Agradezco a mi padre y soberano el don concedido. Mi esposa y yo iremos adonde indiquéis. Me ocuparé personalmente de la educación de mi esposa, que todavía es una niña que no ha conocido mundo.

» La princesa Ingunda cambió su rostro, en el que aparecían los signos del enfado al escuchar que la llamaban niña y, más aún, al oír que sería educada en la fe arriana. Después Leovigildo continuó:

»—La campaña contra los suevos y los francos ha finalizado. Gracias a tu hermano Recaredo, el reino suevo nos rinde pleitesía. Quiero que tú, mi hijo, uno de mis capitanes más dotados, continúes la expansión del reino godo. Iniciarás la ofensiva contra los bizantinos. Los orientales ocupan las costas frente a la Tingitana; Malacca, Cartago Nova y otras muchas ciudades son tuyas. Debemos expulsarlos del territorio ibérico. Tú, hijo mío, eres un jefe respetado, deseo que me representes en el sur. Los hispanorromanos de la Bética están más cerca de los orientales que de nosotros, lo que hace que sea posible su traición. Debes ganarte a los próceres, senadores y nobles de la ciudad de Hispalis. Una princesa franca de origen católico también será de su agrado, pero quiero que os mantengáis dentro de la ortodoxia arriana. ¿Me puedes entender?

»—Sí, padre.

»—Confío en ti. Deberás actuar en mi nombre, como duque de la Bética, mis órdenes te irán llegando. No desobedecerás a nada de lo que se te indique.

» Leovigildo bajó la cabeza, extendió una mano que los príncipes besaron, después les indicó la salida, ellos doblaron la rodilla, con una reverencia ante el rey, y abandonaron la estancia. La pesada puerta de madera, claveteada en hierro, se cerró tras de ellos aislándoles de los reyes. Dentro continuó oyéndose, de modo alejado, la voz fuerte de Goswintha. Caminaron por un largo corredor de piedra, iluminado débilmente por hachones de cera. De cuando en cuando se cruzaban con piquetes de la Guardia Real, que les saludaban con una inclinación de cabeza. Llegaron al lugar que había sido su cámara nupcial, la cámara nupcial de un matrimonio aún no consumado. Cerraron la puerta tras de sí. En cuanto estuvieron a solas, Ingunda se dirigió a su esposo, entrecortadamente:

»—No soy una niña. Sé bien lo que quiero. He sabido que mi padre, Sigeberto, ha sido asesinado el día en que iba a ser coronado rey de Neustria. Mi

madre, Brunequilda, lucha ahora por mantenerse en el trono y necesita a los godos de su lado. He sido conducida a ti por la política franca. Yo no te he escogido como esposo, te ruego que me dejes practicar la fe que me consuela, me anima y me permite vivir.

» Hermenegildo miró el rostro desafiante de la niña mujer que tenía ante sí. Sus rasgos rectos y definidos que le recordaban un tanto a su propia madre.

» —Mi madre fue una princesa, desconocida para vosotros, de origen franco. Ella también creía en la fe que tú practicas. Me educó en esa misma fe...

» Ella se sorprendió ante aquella respuesta.

» —Entonces... No me obligarás... —se extrañó ella.

» —No. Haz lo que quieras, pero hazlo discretamente, sin llamar la atención. Debo obedecer a mi padre, no puedo enfrentarme a él. Mi padre es un gran rey a quien yo admiro y venero, pero yo no quiero inmismirme en esos temas de fe. Hubo un tiempo en el que yo creía en la fe de mi madre.

» —¿En qué crees ahora...?

» —En nada... —suspiró él—, en lo que mi padre crea. ¿Qué más da una doctrina que otra? ¿Qué importancia tienen esas disquisiciones teológicas que ocupan la mente de todo el mundo?

» Ingunda dudó en la respuesta. Después, como titubeando, le contestó suavemente con una voz temblorosa.

» —Yo no sé nada de teologías... pero me eduqué en la corte de mi bisabuela Clotilde; ella convirtió el reino franco al catolicismo, a través de mi bisabuelo Clodoveo. Dicen que es santa. No puedo traicionar lo que me enseñaron de pequeña. Tampoco puedo darte razones de lo que creo. Lo creo porque sí. Déjame seguir a mi Dios a mi manera. Sé que Jesús es Dios. Lo sé porque me lo enseñaron así, vosotros creéis otra cosa. Jesús es Dios, un Dios cercano, que me consuela cuando me siento sola.

» De nuevo, Hermenegildo se conmovió ante aquella niña que tenía delante de sí, tímida, y a la par, fuerte y obstinada. No entendió o no quiso entender las razones que ella le ofrecía, pero la tranquilizó poniéndose de su lado.

» —Seremos amigos —dijo él—, yo te protegeré, como lo hice con mi madre. Muchas veces le oculté a mi padre lo que ella hacía...

» Ingunda le miró interrogante.

» —En Emérita Augusta curaba a los pobres y se ocupaba de la gente del pueblo. Se relacionaba con el obispo católico, Mássona, un gran hombre, al que yo también estimo. Muchas veces la acompañé y muchas otras oculté sus pasos. Te querré y guardaré tus pasos como guardé los de mi madre.

» —Yo también te querré —dijo ella ingenuamente— porque eres bueno, un hombre bueno.

» Entonces, alzándose de puntillas, depositó un beso sobre la cara de él, en la que asomaba una barba joven» .

Hispalis

« La ciudad que nunca ha cerrado los ojos, alumbrada por la luz del mediodía, se desplegó a su vista: una ciudad ruidosa, radiante, llena de luz y sedienta de placer. Hispalis, nacida íbera, mestiza de fenicios y griegos, desposada por Roma, asolada por los vándalos, restaurada por los godos, alhajada por los bizantinos... En los tiempos de mi padre, Leovigildo, había sido forjada de nuevo, esta vez, visigoda.

» La comitiva, procedente de Toledo, cruzó el puente romano. El río, el Betis de los tartessos, leguas de agua dulce, atraviesa la urbe dividiéndose en afluentes, siempre acariciando la ciudad. Por él navegaban barcos de distinto calado y origen: suevos, bizantinos, francos. La ciudad se abre a la vega feraz del Betis, nunca encerrada en sí misma.

» Allí, Ingunda despertó a un mundo nuevo, resplandeciente, lejos de las brumas de las Galias y de las reseca tierras mesetarias. A la princesa le parecía que siempre había vivido en las tierras hispanas: su acento se había acoplado al de su nuevo país, había crecido en aquellos meses, sus formas eran ya las de una bella joven. Desde su carruaje observó detenidamente lo que ocurría a su alrededor: unos niños se perseguían en un juego infantil, más allá varias mujeres obesas con un cántaro a la cintura charlaban a gritos. Tras una esquina unas niñas bailaban con brazos desnudos y morenos. Se escuchaban voces y cánticos, a lo lejos sonaban las campanas. Hacía calor, un calor húmedo que subía desde el río, un calor al que no estaba acostumbrada.

» Al lado del carruaje cabalgaba su esposo, su cabello oscuro escapaba del casco plateado, sus ojos claros la observaban divertidos al ver su alegría infantil. Alguna vez, Hermenegildo giraba la cabeza y bromeaba señalando el campo o las personas. Aquellas semanas él había sido más un padre o, quizás, un hermano que un marido para ella. La había confortado de la melancolía por haber dejado atrás las tierras francas, había escuchado sus quejas y peticiones. La había consolado de la ira de Goswintha.

» Él se retrasó y ella lo siguió con la mirada, diciéndole adiós con su pequeña mano. Los días del viaje habían sido un descubrimiento mutuo, él aprendió que ella no era tan niña. Ingunda perdió el recelo hacia el príncipe goda que le había

atemorizado los primeros días, al notar la consideración con la que él la trataba.

» Al final de la comitiva, en unos carromatos, viajaban los amanuenses. Hermenegildo había solicitado a su padre que Laercio le acompañase a Hispalis. Necesitaba un hombre, conocedor de las letras y de toda confianza, para lidiar con los próceres hispanos de la ciudad, que siempre retorcerían la ley en su contra.

» Hispalis había sido conquistada por Leovigildo, pocos años antes, del dominio imperial. Durante la época bizantina, la ciudad se había orientalizado, llenándose de iglesias, torres y campanas; se había fortificado mediante gruesas murallas. Su aspecto había cambiado, pero también su forma de ver la vida. Los nobles de la ciudad, senadores y patricios de origen romano, se habían sentido más cercanos a los imperiales, católicos como ellos, que a aquel pueblo de bárbaros herejes, que éramos nosotros, los godos. Con los bizantinos habían llegado ideas nuevas procedentes de Oriente y textos antiguos que había revitalizado su cultura.

» Por todas las esquinas, a todos los rincones, se había difundido la noticia de que un hijo del rey godo gobernaría la ciudad. Las gentes se aglomeraban por las calles; desde las ventanas, algunas mujeres tiraban flores ante el carruaje y, ellos, los jóvenes duques de la Bética, escuchaban el clamor de la multitud.

» Hispalis vibraba al paso de los príncipes, quienes contemplaron una ciudad rica por el comercio de aceite, leguminosas y salazones; una ciudad llena de orfebres que trabajaban las joyas con una delicadeza infinita; una ciudad, en fin, abierta al río, donde su puerto la ponía en contacto con el resto del orbe. Quizás había perdido el esplendor del Bajo Imperio; muchas casas se veían derruidas pero, frente a ellas, se alzaban otras en las que podía apreciarse la riqueza de sus dueños. En las bóvedas de las iglesias, en los capiteles de las columnas, en las jambas de las puertas, se apreciaba la influencia del imperio greco-oriental, lejano apenas unas leguas, en la provincia bizantina de Spaniae.

» Más adelante, en la plaza de los antiguos foros, les esperaba el gobernador. Un hombre barbado con rizados cabellos castaños que sobresalían del casco; una cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda; un hombre que, cuando no sonreía, aparentaba un aspecto siniestro pero, cuando lo hacía, mostraba su fuerte dentadura blanca y los ojos chispeantes de color claro. Hermenegildo lo conocía, pues había luchado junto a él en la campaña del norte, colaborando en el asalto a Ongar. Los romanos le llamaban Gundemaro. Gundemaro era de sangre puramente germánica, de una antigua familia que poseía siervos, sayones y bucelarios; uno de los hombres de confianza de Leovigildo.

» Como símbolo de sumisión, Gundemaro les entregó las llaves de la ciudad. Desde las escaleras que accedían al palacio, Hermenegildo, en buen latín clásico, saludó al pueblo predominantemente romano que abarrotaba la plaza:

» —¡Hispalenses! Yo, Hermenegildo, hijo del muy noble rey Leovigildo, he

llegado a esta ciudad y a las tierras de la Bética. Me comprometo a gobernarla con equidad y justicia. Os pido lealtad a mi padre frente a los invasores imperiales. Los godos hemos sido designados por Dios para gobernar las tierras hispánicas, somos los auténticos sucesores del Imperio romano, al que pertenecisteis. Los bizantinos han aprovechado la debilidad del reino para invadirnos.

» Gundemaro, bajo las barbas, sonrió ante aquellas palabras, que le sonaron ingenuas. Se alzó un murmullo entre las gentes sencillas. Un hombre de entre la multitud gritó de modo espontáneo en un bajo latín, modulado por el suave acento del sur:

» —Libranos de los recaudadores, que nos extorsionan a impuestos. Sávanos de los nobles, que nos despojan de lo nuestro, nos roban y abusan de nuestras mujeres. Haz justicia, pues solo hay jueces corruptos.

» —Eso... Eso... —gritaron—. Tenemos hambre...

» Hermenegildo exploró con la mirada, muy lentamente, a los que alzaban sus manos y se dirigían a él con expectación y esperanza.

» —¡Se hará justicia! —dijo Hermenegildo—. Presentad vuestra causa ante el tribunal y se os escuchará.

» No le creyeron. Sin embargo, apreciaron su buena voluntad. Se escuchó, de nuevo, otro grito; provenía de un hombre con hábito de monje.

» —Permitenos vivir en la fe de nuestros padres.

» Ante aquella súplica, la princesa Ingunda, desde lo alto de su caballo, giró la cabeza hacia quien así hablaba y sonrió levemente. La atención de los hispalenses se volvió hacia ella, sabían que, como ellos, era católica. Hispalis amaba la belleza desde su nacimiento en los tiempos de los tartessos y sabía apreciar una cara bonita.

» —¡Viva la princesa franca! ¡Los ojos más bellos a orillas del Betis! ¡Guapa...!

» Hermenegildo rio abiertamente. Entre los príncipes godos, jóvenes, llenos de vida, y aquel pueblo espontáneo y adulador, se produjo una corriente de simpatía mutua. Los aclamaron. Al llegar al alcázar real desmontaron de los caballos, y desde lo alto de las escaleras volvieron a saludar al pueblo.

» Dentro del palacio, Ingunda se retiró a los aposentos reales, fatigada del viaje; mientras, Hermenegildo se dirigió a la sala de recepción, una estancia de piedra amplia y oscura, con hachones y unas estrechas ventanas, profundas y alargadas, que permitían la ventilación. Se sentó en un pequeño trono de madera labrada, ligeramente elevado con respecto al resto de la sala. Mientras tanto, Gundemaro le iba presentando a los prohombres de la urbe. Apenas había godos entre ellos. La ciudad era romana; en ella habían nacido emperadores y filósofos; de quienes procedían los hombres que dominaban la ciudad. En Mérida, el lugar de su niñez y primera juventud, también había coincidido con hombres

de procedencia romana, su hermano de armas Claudio y sus amigos de la infancia, Antonio y Faustino; todos de noble cuna senatorial. Sin embargo, Hermenegildo nunca había vivido en una provincia netamente romana, como era la Bética. Los godos habíamos penetrado en Hispania como federados del imperio, y nunca había existido una confrontación entre nosotros y los hispanos. Pero ahora, los que en un principio habíamos sido nada más que los pacificadores de suevos, vándalos y alanos, nos habíamos hecho con el poder, legislando y rigiendo a los hispanos, habíamos apartado a la nobleza romana del control efectivo de su propio país. En la Bética se había producido un ambiente general de rechazo hacia los dominadores godos; por ello, Hermenegildo advirtió, de modo mucho más intenso que en Emérita Augusta, la frialdad con la que era recibido por los próceres hispalenses.

» —Cayo Emiliano —le presentó Gundemaro.

» Ante el joven duque se cuadró un hombre de unos cincuenta años, con cara astuta y servil, picada por las viruelas, afeitado al gusto de los romanos y con una calvicie prominente. Vestía una túnica blanca con un manto fino, de color melaza, abrochado en una fibula redondeada. El hombre realizó una profunda reverencia ante el príncipe y habló:

» —Nos sentimos muy honrados por la presencia del hijo del rey godo en estas tierras...

» —Yo también estaré a gusto entre vosotros si me brindáis vuestra confianza y apoyo.

» —La tendréis, mi señor, la tendréis. Necesitaréis buenos consejeros... —dijo obsequiosamente.

» —¿Conocéis a alguno que pueda serlo?

» —Yo mismo podría brindarme a ello.

» —Vuestra ayuda será bien acogida, Cayo Emiliano. Pronto convocaré a los principales de la ciudad, entre los que espero contar con vos.

» Cayo Emiliano aceptó honrado la propuesta. De sus ojos se escapó un brillo de astucia y codicia.

» Después de haber saludado a todos los nobles de origen romano, solo quedaba en la sala un hombre, con dos bucles en la parte anterior de su cabellera, lengua barba, cubierto por una larga túnica de lana fina a rayas y tocado por un pequeño bonete.

» Hermenegildo adivinó, por aquellas trazas, que era un judío. Gundemaro, al verlo, torció ligeramente el ceño.

» —Este es el viejo Solomon ben Yerak, un hombre dotado en el arte de la curación, un potentado, el hombre del que depende toda Hispalis... —en voz más baja, que no pudo escuchar el judío, continuó—... un usurero y un nigromante.

» El judío, que solamente había escuchado la primera parte de la presentación, sonrió diciendo:

»—Yo administro mis bienes con cordura. Soy el único que mantiene liquidez, mientras los demás la pierden...

» Hermenegildo lo examinó atentamente, su espalda encogida, los ojos aceitinados, marcados por las estrías, que señalaban un hombre que se había desgastado con el trabajo y había logrado su fortuna con esfuerzo. Algo en él le resultaba cercano y amable.

»—Amigo, seáis bienvenido al palacio de los duques de la Bética. Me alegro de conocer a un buen sanador. Ese arte no me es ajeno, mi madre lo dominaba y me instruyó en algunos de sus secretos. Me gustaría que, algún día, pudiésemos hablar de vuestras habilidades.

» El judío se sorprendió de ser tratado por un godo, y de tan alta alcurnia, como un igual; de que alguien así quisiera compartir experiencias con él; pensó que se burlaba, pero Hermenegildo hablaba de corazón. Mi hermano siempre había amado la antigua ciencia de Hipócrates y Esculapio. Aún recuerdo cómo, en Mérida, acompañaba a mi madre al gran hospital de beneficencia, que había fundado el obispo Mássona. El arte de la sanación era algo que le atraía, desde la infancia, y su petición no era una simple deferencia hacia el judío. Gundemaro se escandalizó ante aquella propuesta del joven hijo del rey godo.

»—Mi señor, poco sé de este arte —dijo el judío—, pero lo poco que sé, lo compartiré con vos.

» Se inclinó profundamente ante el príncipe, quien sonrió levemente, y una complicidad, por la ciencia que ambos veneraban, se estableció entre ellos. Cuando Solomon hubo salido, Gundemaro, con voz fría, reconvino a Hermenegildo, advirtiéndole que no era oportuno que el hijo del rey de los godos se relacionase con gente como la judía. Tanto la Iglesia católica como la arriana recomendaban una distancia con este tipo de gente, ningún noble tenía trato con ellos. Hermenegildo no le contestó, recordando, una vez más, a su madre, a quien no le había importado tratar con gente notable o humilde, con sabios o con ignorantes.

» La reunión con los romanos había terminado. Gundemaro, entonces, introdujo a los jefes godos, militares de rango intermedio, vestidos con corazas, capas y, algunos de ellos, con casco. Los nobles godos solamente hablaban de un tema: los bizantinos habían reconquistado Sidonia, una plaza fuerte en la frontera que, pocos años antes, había sido tomada por Leovigildo.

»—¡Hay que atacar de nuevo! —propuso el capitán de la plaza—. Reconquistarla y derruir las murallas.

»—Los imperiales no tienen fuerzas suficientes para luchar en campo abierto y se refugian en el interior de las ciudades al amparo de sus murallas, que son muy fuertes. Cartago Nova ha elevado sus muros varios palmos desde que nuestro señor, el rey Leovigildo, comenzó a atacar de nuevo las provincias bizantinas.

» Hermenegildo, desde su asiento un poco más elevado que el resto, los escuchaba:

» —¿Si no tienen fuerzas como para luchar a campo abierto cómo es posible que no consigamos derrotarles y, además, que vayan ganando terreno?

» Entonces, en voz baja, ronca y grave, otro de los capitanes godos le contestó:

» —Mi señor duque Hermenegildo, les apoyan los hispanorromanos, que hacen de su ayuda a los bizantinos una cuestión de fe. Esos mismos que habéis recibido hoy, los que os han rendido pleitesía zalameramente, son los que discuten el gobierno godo. Nos consideran unos herejes arrianos. Los bizantinos son, como ellos, católicos, y obedecen al emperador y al Papa de Roma. Ellos siguen sintiéndose parte del antiguo Imperio Romano, los orgullosos descendientes de Teodosio, de Trajano, de Adriano y de Marco Aurelio.

» Gundemaro terció con tono conciliador:

» —Hay otros pueblos germanos que han cambiado su religión hacia la católica. Clodoveo lo hizo y, ahora, sus descendientes controlan las Galias, indiscutidos por los galorromanos. Nosotros continuamos siendo arrianos, una religión nacional y cerrada en sí misma.

» Las palabras de Gundemaro fueron recibidas con frialdad. Un murmullo de desacuerdo brotó entre los godos y se concretó en las palabras bruscas de uno de ellos:

» —¡Nosotros nunca seremos católicos! La doctrina cristiana correcta es la que se nos predicó... No obedeceremos al Papa de Roma que, en definitiva, está sometido a los bizantinos. No hay unidad posible con los católicos.

» Hermenegildo se sorprendió al escuchar aquella voz tan visceral y enconada; una voz, habitualmente pacífica, pero que vibraba ahora con una gran carga de pasión. Era la de su amigo y compañero de armas, Wallamir.

» Hermenegildo se dirigió a él, con tono suave pero lleno de fuerza.

» —Quizá te equivocas, Wallamir. Mi señor y padre, el rey Leovigildo, está buscando una solución intermedia entre la fe católica y la arriana. Él considera que nuestro deber, como rectores de los destinos de Hispania, es el de unificar el reino. Una sola ley, una sola religión, un solo pueblo; en eso yo estoy enteramente de acuerdo con mi padre.

» Las últimas palabras las dijo en voz más baja, como para sí mismo, pero Wallamir, su propio amigo, lleno de furor godo, habló en tono alto, enfadado, ante lo que consideraba una debilidad de la familia de Leovigildo, con unas palabras que Hermenegildo había escuchado ya en labios de los católicos.

» —A mí no me gustan las medias tintas, en cuestiones de fe, de raza y de honor no hay una postura intermedia...

» Hermenegildo lo miró con cierta tristeza; en aquel punto, nunca se habían entendido. Desde los años en que compartían juegos en Mérida, Wallamir

siempre había sido godo; por apego a mí y a Hermenegildo, se había alejado de Segga y de los que proponían un partido godo acérrimo; pero él seguía siendo un godo nacionalista. En su espíritu había un orgullo de casta que le llevaba a despreciar a los romanos. Orgullo que solo cedía, quizás, ante Claudio por la amistad que les unía, pero que no le permitía llegar a componendas políticas con los que consideraba inferiores. Aquel orgullo se debía, tal vez, a que su estirpe no era de prosapia, sino de una baja nobleza. Para él, ser godo significaba estar en un nivel social por encima de los ricos senadores romanos.

» Hermenegildo se dirigió a los nobles godos exponiendo las ideas que había desarrollado con los jurisperitos y los notarios de Laercio; unas ideas que eran semejantes a las que nuestro propio padre pretendía imponer.

» —Señores, debemos negociar y hablar con los hispanos. Si pretendemos ganar esta guerra, si pretendemos devolver a los bizantinos al mar del que proceden, si pretendemos dominar el occidente de Europa, la única manera es negociar con los hispanos. Obligarles a que no acudan en ayuda de los imperiales porque se sientan honrados de ser hispanos, como lo somos nosotros: una sola población hispana, no godos y romanos; sino hispanos, hombres que habitan en este antiguo país y lo aman. Si a los imperiales les falta el abastecimiento de comida, tendrán que rendirse, pero si los abastecimientos se los proporcionan los ricos terratenientes romanos y los judíos, nunca se rendirán. Hay que impedir la colaboración con los bizantinos; para ello habrá que negociar con los hispanos y los judíos.

» De nuevo, se escuchó un murmullo de desacuerdo. Muchos godos de antigua raigambre, entre ellos amigos tan cercanos como Wallamir, no querían negociar con quienes consideraban inferiores; querían únicamente aplastarlos con el peso de las armas. La discusión continuó unas horas, en las que hicieron un alto para comer, para proseguir, después, sopesando la necesidad de bloquear por mar a la armada bizantina. Las naves orientales asaltaban, con frecuencia, a las godas y, sobre todo, impedían el comercio con el norte de África, con la antigua provincia Tingitana. Salían de Malacca y de Cartago Nova e impedían el tráfico por el antiguo mar de todas las gentes, el Mediterráneo» .

El duque de la Bética

« Después del oficio arriano, como una de sus muchas obligaciones, mi hermano Hermenegildo dedicaba las primeras horas del día a atender las necesidades de sus súbditos y a despachar negocios públicos. Solían pedir audiencia los menesterosos, pero también hombres sedientos de mercedes, que buscaban la ayuda o el favor del príncipe. Muchas veces Gundemaro y los nobles de su séquito en Hispalis se asombraron de la cordura y discreción de su juicio. Era un hombre que sabía penetrar en el interior de las personas, reconociendo las intenciones íntimas en las mentes de los que se dirigían hacia él. Esa misma cualidad la habían poseído su padre, Aster, y su abuelo, Nicer.

» Una de aquellas mañanas, un hombre de avanzada edad consiguió acercarse hasta donde el joven duque godo administraba justicia; le pidió que se castigase el daño que le había sido infligido por un noble. El poderoso había prendido fuego a unas vides secas; era un día de mucho calor, se levantó el aire y las ascuas, arrastradas por el viento, incendiaron la casa del anciano, quien al intentar controlar el fuego se quemó las manos y la cara. El vecino poderoso era un godo y el anciano, un romano. Como sabrás, la ley no protege al romano sino al godo. Los tribunales romanos —generalmente presididos por el obispo católico de la ciudad— estaban constituidos para asuntos entre romanos; los tribunales godos juzgaban los pleitos de los godos. Cuando había un problema de competencias entre godos y romanos, lo dirimían los tribunales godos. Así, los romanos solían hallarse en franca desventaja legal. Hermenegildo se compadeció del anciano, pero no quería saltarse la ley, ni desacreditar a los tribunales.

» En la sala de Audiencias se agolpaban orgullosos nobles godos y algún hispanorromano. Me puedo imaginar a Hermenegildo observádoles a todos, uno por uno, con sus ojos claros, perspicaces e inteligentes. Aquella era una añagaza para desacreditarlo, para que tomase un claro partido. Si fallaba a favor del godo, perdería la escasa confianza que había conseguido con su discurso inicial ante el pueblo de Hispalis. Si fallaba en contra, perdería el prestigio y la autoridad ante los godos, al haber desacatado una de sus leyes. Entonces, tras examinar al noble godo de arriba abajo, comenzó a preguntarle:

» —¿Vos sois noble godo?

» —Lo soy...

» —¿Combatisteis en la campaña contra los cántabros?

» —No, no lo hice.

» —¿Combatisteis, entonces, en la campaña contra los francos, cuando asediaron durante meses la ciudad de Cesaraugusta y nos salvaron las reliquias del santo mártir Vicente?

» —Tampoco lo hice. Ocurrió mucho tiempo atrás.

» —¿Combatisteis con mi padre en Sidonia echando a los bizantinos de nuestras tierras de la Bética?

» El godo tragó saliva. Aquella guerra era muy cercana. Por ley los nobles godos debían acudir a apoyar a su rey. En un hilo de voz, el godo dijo:

» —No...

» —¿Sabéis que nuestras leyes penan al noble que no acude a la llamada de su rey?

» —Estaba muy ocupado... Mi esposa había dado a luz...

» —Entonces, debisteis haber pagado el tributo.

» El hombre bajó la cabeza. Todo su orgullo había desaparecido.

Hermenegildo llamó al escribano de la corte encargado de registrar los tributos y preguntó si aquel godo había pagado lo que debía. Ante la negativa, el joven duque dictaminó:

» —Los godos tenemos preeminencia en este reino y la conservaremos, si cumplimos nuestras obligaciones. Los godos somos el ejército de este país, esta tarea nos fue encomendada por el antiguo Imperio romano. Hemos luchado siempre valientemente y el pueblo hispano nos debe respeto y sometimiento. Ese sometimiento se constata en nuestras leyes. Vos no habéis cumplido vuestras obligaciones. No podéis pensar que conservaréis vuestros privilegios. Pagaréis el tributo y esa cantidad le será dada a este anciano al que habéis perjudicado.

» Se hizo el silencio en la sala. La cantidad que debía pagar el noble godo era superior a la que hubiera debido pagar en indemnización por una casa quemada. El anciano levantó las manos, heridas y tumefactas, y, también, miró al príncipe con un rostro desfigurado por el dolor que le causaban, pero en sus ojos brilló el agradecimiento. Hermenegildo fingió no verlo, pero susurró algo, en voz baja, a uno de los soldados que hacían guardia junto a él.

» El noble godo y el anciano romano se retiraron; el primero, rígido y lleno de cólera; el otro, con su espalda inclinada haciendo reverencias al joven duque de la Bética.

» Continuaron los pleitos y los asuntos de estado. Ante Hermenegildo se presentaron dos hombres vestidos con ropas que indicaban su pertenencia al estamento clerical. El primero llevaba una larga barba y su aspecto era el de un clérigo arriano. El otro era un monje, cuya capucha le cubría la cara. Un lacayo

los anunció, primero señaló al clérigo arriano y gritó en voz alta:

» —Ermanrico, obispo de la Iglesia arriana de Itálica.

» Después, el encapuchado dio un paso al frente descubriéndose la cara; inmediatamente fue reconocido por Hermenegildo, mientras se escuchaban las palabras en voz muy alta del heraldo:

» —Leandro, obispo de la Iglesia católica de Hispalis. —El hijo del rey godo se levantó inmediatamente y se acercó a Leandro tomándole por los hombros. El arriano les observó, sorprendido de que el duque conociese a su rival.

» —Viejo amigo, me habían dicho que estabas en Servitano, en un convento...

» —Y era así; pero desde hace algunos meses; he sido elegido obispo de la ciudad... Y no me han dejado retirarme mucho tiempo...

» —¿Cómo está...? —Hermenegildo se detuvo; de pronto se dio cuenta de que todos los asistentes a la sesión estaban pendientes de sus palabras.

» —¿Mi familia...? —Leandro entendió a quién se refería, pero prefirió desviar la contestación—. Bien, están todos bien.

» No debían hablar allí, delante de un tribunal donde se solventaban asuntos de estado, así que Hermenegildo regresó a su sitial. El chambelán de la corte presentó el pleito entre ambos obispos. Recientemente había fallecido el obispo arriano de Hispalis; según Ermanrico, obispo de Itálica, la sede le correspondía, pero aún no había llegado la designación real. Con la sede de Hispalis, le pertenecían una serie de iglesias que utilizaban los católicos; aquellas iglesias habían sido confiscadas años atrás a los romanos. El prelado fallecido había permitido que las usasen los católicos, más numerosos que los arrianos. A su muerte, Ermanrico quería recuperarlas.

» —Se me ha otorgado poder para nombrar un nuevo obispo arriano en esta ciudad y podría hacerlo. Entonces vos perderíais el control sobre esas iglesias que deseáis obtener.

» —Sí, mi señor.

» —Es mi decisión que no se nombre un nuevo obispo arriano, que vos seáis el obispo de la corte de Hispalis. Podréis celebrar en la iglesia palatina. Pero es también mi decisión que los fieles católicos conserven sus iglesias.

» —En cuanto a vos, obispo Leandro, deberéis respetar a los adeptos a la religión arriana.

» Los dos prelados besaron el anillo real y se inclinaron ante el príncipe. A Hermenegildo le dio tiempo de susurrar al obispo católico:

» —Nos veremos más tarde.

» En aquel momento se escuchó un ruido fuera de la sala, un correo solicitaba ser recibido. Hermenegildo con un gesto despidió a Leandro, y autorizó la entrada del correo, el cual llegó con la cara descompuesta por haber venido galopando, sin detenerse, desde un lugar lejano.

» —Los imperiales han logrado levantar el sitio de Cástulo^[20] —anunció—. La ciudad de Cástulo había sido cercada por nuestras tropas varios meses antes. Pensábamos que estarían desfallecidos por el hambre y a punto de rendirse, pero no ha sido así. Les han ayudado y han salido de la plaza bien armados y pertrechados, con tropas de refresco.

» —¿Los romanos?

» —Ellos han sido... Los nuestros se han retirado al fuerte que hay más allá del río Sannil, y amenazan la fortaleza junto al río. Se ha corrido la frontera.

» —Esos lugares habían sido conquistados por mi padre, el rey Leovigildo; su pérdida sería una gran desgracia.

» —Ya no aguantan más, se necesitan refuerzos.

» —Los tendrán.

» Gundemaro intervino, bruscamente:

» —¿De dónde, mi señor? Nuestros hombres son escasos. El rey no ha enviado, con vos, nada más que una pequeña escolta.

» —Los romanos nos los proporcionarán, al igual que han favorecido la caída de Cástulo, favorecerán su reconquista... si les convencemos.

» El gobernador, de nuevo, observó con escepticismo al príncipe sin parecer convencido en absoluto. A Hermenegildo no le importó, estaba seguro de lo que hacía.

» Condujeron al agotado mensajero a las habitaciones de un cuartel cercano al palacio, para que se recuperase; salió desfallecido apoyado en dos soldados. Ya no había más peticiones de merced. Las audiencias habían terminado aquella mañana. Fuera una turba de soldados godos montaban guardia. Durante la recepción se habían oído sus voces que, en ocasiones, habían sido ruidosas. Hermenegildo se levantó, cansado de escuchar a tanta gente.

» Al salir, Gundemaro le preguntó:

» —¿Cómo habéis sabido que el noble godo no había participado en ninguna de las campañas?

» Hermenegildo se burló:

» —Soy adivino.

» El otro prosiguió sin inmutarse:

» —No lo creo... ¿Le conocíais de antes? En la ciudad se le conoce como un cobarde, un hombre pendenciero y ocioso, que nunca ha participado en ninguna acción militar.

» —No. Es la primera vez que le veo. El godo era un hombre fofo, arrogante, que nada hacía mover a compasión. Un hombre así no ha sufrido ni ha luchado. No es un guerrero.

» Era así. Aquel hombre, con su enorme panza, con su cara flácida y sus brazos sin músculo, era imposible que hubiese empuñado un arma o hubiese realizado una acción guerrera.

» —Ha sido una buena jugada. Habéis abatido el orgullo del godo, y habéis hecho justicia. Los nobles godos se pensarán, muy mucho, no acudir a la llamada del rey, si tienen que pagar el tributo.

» —Lo sé.

» Hermenegildo estaba contento. Gundemaro continuó preguntándole:

» —¿Cómo pensáis aliaros con los hispanorromanos?

» —No lo sé; quizás hablando con ellos, quizá mostrándoles que tienen más que perder, al alejarse de los godos. Nosotros somos los aliados que el Imperio romano ha puesto a su cuidado. Mostrarles que los hombres orientales, los bizantinos, en el fondo están mucho más lejos que nosotros en pensamientos e ideas.

» —¿Así que con la palabra y sin la fuerza?

» —Pienso que sí. Los he convocado a un banquete en el palacio ducal. Me gustaría que vos, buen Gundemaro, jefe de la Guardia Real, estuviésteis presente.

» —Lo estaré, si así lo deseáis.

» —Sé que estáis casado con una dama virtuosa. ¿Cuál es su nombre?

» —Hildoara...

» —Bien. Me gustaría que vuestra esposa asistiese al banquete en el que convocaré a las autoridades romanas de la ciudad. La princesa Ingunda debería presidirlo; me gustaría que vuestra esposa estuviese pendiente de ella; Ingunda es aún muy joven para actuar como anfitriona.

» Gundemaro se sintió halagado por la confianza que el duque depositaba en él, dejando a la princesa franca al cuidado de su propia esposa.

» Franquearon varios patios, dirigiéndose hacia el triclinio, donde comerían algo. Antes de llegar allí, un hombre les estaba aguardando. Era el anciano de la mano herida. Al verlo, Hermenegildo se detuvo. El hombre, de baja estatura, se inclinó profundamente ante el príncipe, quien lo alzó, tomándole por los hombros. Hermenegildo se agachó aún más palpando las manos heridas. Los dedos estaban tumefactos y las uñas había desaparecido. Oía a podredumbre; algunos de los trozos de carne de la mano de color negruzco parecían a punto de caer. El joven duque de la Bética ordenó que le trajesen agua limpia y paños, así como vino y grasa. Delicadamente, lo condujo a un cubículo, al lado del patio, y allí, pronto, llegó lo que había pedido. En un lebrillo vertió agua con un jarro, dejándola correr sobre la mano herida; después, la limpió con un paño de lana fino, frotando con alguna fuerza. Al realizar esta maniobra, se desprendieron trozos de carne podrida y seca; la mano comenzó a sangrar. Después tomó vino, un buen vino blanco de alta graduación, y dejó que corriera sobre la extremidad quemada arrastrando la sangre. Cuando la mano se quedó en carne viva, la envolvió en grasa, cubriéndola con unas vendas limpias. Por último, ordenó que el anciano se quedase en el palacio, en las habitaciones de los siervos, hasta que mejorase.

» Gundemaro se sorprendió de lo que estaba viendo. Un godo, un príncipe godo, había tenido unas atenciones y cuidados hacia un romano impensables en la severa estratificación de la sociedad hispalense. Mi hermano amaba el arte de la curación y, cuando podía, lo practicaba. No curaba solo por compasión sino porque le gustaba ejercer aquel arte, poder comprobar cómo un miembro herido iba cicatrizando.

» Aunque el sol estaba aún alto, la tarde decaía; había refrescado, era el momento del solaz. Seguido de Wallamir y otros nobles de la guardia, Hermenegildo salió de caza. La práctica cinegética los mantenía en forma para el combate y era la afición preferida de los nobles godos. Al alejarse del palacio, los hombres de la ciudad se paraban, viendo pasar a aquellos nobles a caballo. Alguna mujer reconoció al hijo del rey godo y, a gritos, se lo señaló a las vecinas.

» Recorrieron las orillas del Betis entre juncales. Pronto vieron su presa, una manada de patos nadando en las aguas mansas, más arriba de la ciudad. Desmontaron de los caballos, cargaron los arcos y apuntaron a las aves, que salieron en desbandada. Después lanzaron a los perros hacia las aves caídas en el cauce. Regresaron a la ciudad con las presas sobre sus monturas. Se hacía de noche.

» Hermenegildo se acercó a ver a Ingunda. La niña se echó en sus brazos, diciéndole ingenuamente que le había echado de menos. Él le mostró la caza y le contó sus andanzas en los juicios, la historia del noble godo y el anciano. Por último, añadió que Leandro vendría a verla. Ella le miraba con asombro, todo lo que él hacía le parecía bien. Cuando Hermenegildo le habló de la fiesta en el palacio, una gran fiesta de la que ella sería la anfitriona, ella abrió mucho los ojos y, en un momento dado, pareció que se iba a echar a llorar del susto. Después recobró la calma cuando él le prometió que estaría a su lado, y que una dama llamada Hildoara, la esposa del gobernador de la ciudad, la acompañaría.

» Unos días más tarde, al anochecer, el palacio se iluminó con multitud de antorchas y luces flotando sobre los estanques. Los invitados al gran palacio de los duques de la Bética fueron descendiendo de sus carruajes. Fuera, una multitud de ociosos y desocupados iba señalando la identidad de los convidados.

» —Hildoara, la esposa de Gundemaro...

» —El viejo Cayo Emiliano, menudo zorro.

» —El obispo arriano, Ermanrico, mal rayo lo parta, quiere quedarse con todas las iglesias...

» —Nuestro buen obispo Leandro.

» —Los nobles senadores Gaudilio y su esposa, la hermosa Justa...

» —El senador Lucio Espurio... hace tiempo que no viene por la ciudad, suele estar refugiado en su villa junto al Sannil, que es como una fortaleza.

» Los nobles hispalenses competían en joyas y aderezos por parecer más opulentos que los demás. Dentro, en el atrio del gran palacio, Hermenegildo y su

esposa, risueños, iban recibiendo a los asistentes. Ingunda lucía un tocado de perlas que hacía resaltar su pelo dorado. Había crecido en el viaje y, con sus adornos de fiesta, parecía mayor. Hermenegildo la vigilaba, la princesa se comportaba con empaque, siguiendo las normas de la protocolaria y tradicional corte franca.

» Hildoara se inclinó ante la princesa; Ingunda, con un gesto digno a la vez que afectuoso, corrió a levantarla y la besó en ambas mejillas. La mujer de Gundemaro era una dama entrada en carnes, alegre y rosada. Pronto, Ingunda se colgó de su brazo como si fuese una vieja amiga y, a partir de aquel momento, no dejaron de hablar.

» Los invitados se acomodaron en unos divanes largos y cubiertos de cojines; delante había mesas bajas, con manteles púrpureos sobre las que se disponían las viandas. A los godos, aquellos divanes les resultaban incómodos, pues estaban acostumbrados a sentarse en la mesa militar, un tanto más alta y en un banco duro, pero enseguida se habituaron a la postura y lograron situarse confortablemente. La sala estaba dispuesta en una semicircunferencia en torno a un estanque central, detrás del cual se situaba un pequeño escenario, ligeramente más elevado que el resto. Allí tendrían lugar las actuaciones de juglares y danzarinas.

» Una nube de criados atravesó aquel enorme comedor al aire libre, llevando platos de olivas, puerro picado, huevos dispuestos en diversos guisos, cebollas tiernas, atún en vinagre, salchichas en rodajas y lechuga y marisco. La noche era cálida y estrellada, una noche de finales de junio. Sonó una música, de laúd y cítara, muy movida y alegre. Entonces aparecieron unas hermosas mujeres de cabellos oscuros, danzando un baile de ritmo ardoroso. Llevaban ajorcas en los tobillos que hacían sonar; los brazos subían y bajaban grácilmente, al son de la música. Cuando esta cesó, Hermenegildo se levantó para ir saludando uno a uno a los magnates de la ciudad. Ellos se incorporaban del lugar en donde se hallaban recostados para saludar al duque, con quien entrechocaron los vasos de vino, achispados por la bebida.

» Las copas de los invitados se hallaban siempre llenas; un copera estaba pendiente de que así fuese. Cuando la conversación decaía se servía un vino más fuerte; cuando se exaltaba demasiado, el copero mezclaba agua en el vino.

» —Buen Cayo Emiliano, dijisteis que queríais darme sabios consejos...

» —Sí, mi señor —respondió el romano con voz trémula por el alcohol—, yo soy el único que puede salvar al reino.

» Hermenegildo, para sus adentros, se rio de él, se dio cuenta de que fanfarroneaba por el vino.

» —¿Ah sí? Estaré encantado de conocer todo lo que tengáis el gusto de sugerirme.

» —Conmigo, y no con Lucio Espurio... —al decir aquellas palabras arrastró

el nombre del patricio— es con quien tenéis que hablar. Yo soy un hombre siempre leal a la causa goda, pero Lucio se ha vendido a los bizantinos. Él ha sido quien suministró hombres y alimentos a los de Cástulo.

» El rostro de Hermenegildo se tornó grave: no le gustaban las calumnias ni las murmuraciones.

» —¿Cómo sé que me decís la verdad? Eso que afirmáis es una acusación muy seria.

» —Puedo proporcionaros los albaranes de lo que se envió a Cástulo...

» —Entonces deberé preguntaros... ¿Cómo es que los poseéis?

» —Yo colaboré con él.

» —Eso no os deja en buen lugar, y unos albaranes de compra no demuestran nada...

» —Sí, si son de armas y han sido enviados a Cástulo.

» Hermenegildo se impacientó; le parecía todo poco creíble y además no entendía por qué de repente aquel hombre colaboraba de esa manera con él, cuando poco tiempo atrás estaba vendido a los bizantinos.

» —Lo que me estáis diciendo está penado por nuestras leyes como traición; podría encarcelaros.

» El otro sonrió con una mueca astuta.

» —No lo haréis. Me necesitáis demasiado y yo a vos.

» —¿Qué es lo que deseáis?

» —Arruinar a Lucio... Posee una villa cerca de Cástulo que es una auténtica fortaleza. Allí se refugia y es inabordable. Posee miles de siervos y una auténtica fortuna. Si deseáis parar las ayudas a los bizantinos tendréis que enfrentaros a Lucio y destruir su guarida...

» —¡Odiáis a ese hombre!

» —Sí, mucho. También odio a los bizantinos. En la guerra civil en tiempos del rey Atanagildo arrasaron las propiedades rurales de mi familia y me tuve que dedicar al comercio. Los negocios no me han ido mal, pero no perdono ni a los bizantinos ni a un hombre como Lucio Espurio, que se ha vendido a ellos. Yo soy hispano, de origen romano, no me gustan los griegos. Los bizantinos son ajenos a nuestro país y a nuestra cultura.

» —Los godos también somos extranjeros.

» Cayo sonrió, de modo complaciente, y alabó a la raza del príncipe, con quien estaba hablando:

» —Sois los continuadores del muy noble Imperio romano. A vosotros, el emperador os dio el poder. Prefiero a los godos que a las sanguijuelas griegas. ¡Mirad la Tingitana y las provincias africanas! ¡Se derrumban comidas a impuestos por los bizantinos, después de haber sido arrasadas por los vándalos! África era el granero del imperio, el paraíso donde todos los pueblos germanos soñaban llegar y, ahora, todos huyen de allí. ¡Hasta los monjes! No, prefiero a los

herejes godos, herederos de Roma, que a los griegos, orientalizados y medio persas.

» —No sé si muchos de los romanos piensan como vos...

» —Mi señor —dijo Cayo Emiliano con voz servil—, vos sois la esperanza para estas tierras. Estáis cerca de los romanos; habéis juzgado con discreción en los asuntos de ambos pueblos. Los hispanos queremos un rey godo como vos.

» Hermenegildo sabía que nadie da nada por nada; que aquellas lisonjas tenían un precio.

» —¿Qué deseáis, entonces, de mí?

» —Nombradme conde del tesoro en vuestra corte de Hispalis. Yo sabré corresponder a vuestra confianza.

» —Eso nombramientos lo realiza mi padre. Ya hay un conde del tesoro. Quizás en un futuro... Yo recompensaré vuestros servicios generosamente.

» —Bien. Os aconsejo lo siguiente: levad hombres y armas de los terratenientes de la Bética. Algunos se negarán, pero otros os seguirán gustosamente, porque les ocurre como a mí, no les gustan los orientales. Antes de atacar a los bizantinos, alistad un ejército con los hombres de la Bética. Acercaos a los católicos y creaos fama de hombre tolerante.

» La música llenó el ambiente; volatineros, saltimbanquis y acróbatas se introdujeron danzando en la amplia sala, donde tenía lugar la fiesta. Se separó, entonces, de Cayo Emiliano con la cabeza llena de lo que acababa de oír. Consideró que Emiliano tenía razón. Antes de emprender cualquier campaña frente a los bizantinos debía conseguir hombres, dinero y armas de los próceres hispanos de la Bética.

» A lo lejos vio a Leandro. El obispo se sentía ajeno al espectáculo, Hermenegildo se dio cuenta de ello. En cambio, su esposa Ingunda palmeaba feliz, ante los saltos y danzas de los equilibristas, mientras hablaba animadamente con Hildoara y otras mujeres, algunas de ellas romanas.

» Leandro se acercó a Hermenegildo.

» —Quisiera retirarme, noble señor.

» —¿No os gusta esta fiesta...?

» —Me siento fuera de lugar, mi mundo es otro, un mundo de estudio y oración. El vino me marea, la música me saca fuera de mí.

» Hermenegildo lo entendió, pero él deseaba aún otras cosas del obispo.

» —Quisiera hablar detenidamente con vos. Si os place, podríamos ver los libros y pergaminos que se albergan en este antiguo palacio.

» Leandro se animó ante la propuesta, era un amante de los libros y aquello le atraía más que el ruido y el bullicio de la recepción. Ambos hombres se alejaron de la sala porticada y atravesaron distintas estancias. A través de unas escaleras se subía a una sala amplia abierta a una terraza e iluminada por antorchas. En la sala se acumulaban manuscritos. Leandro fue examinándolos uno a uno: Celso,

escritos de Aristóteles y Platón, Plotino, Cicerón; *La guerra de las Galias* de César. Además, las leyes romanas y los códigos de Eurico y Alarico. Los tratados jurídicos reposaban sobre una mesa, con signos de haber sido utilizadas recientemente.

» —¿Estudiais leyes?

» —Mi padre quiere lograr un acuerdo para unir a romanos y a godos. Me ha encargado de que examine, personalmente, las leyes godas y romanas para lograr una postura intermedia; pero yo no encuentro muchas soluciones, no soy hombre de letras.

» —En las leyes, quizás encontraréis una postura intermedia; pero esta no existe en las cosas de Dios, ni en lo que afecta profundamente al espíritu humano. Las leyes, la guerra, la política, son campos para la opinión. Mirad esa alcuza de aceite, si la veis desde abajo la veréis abombada, si la observáis desde arriba, la veréis excavada. Ambas opiniones son verdad. Pero, en lo que afecta a la naturaleza del hombre y a Dios, la media verdad no es la verdad, y el medio error no es una verdad. La verdad es una.

» Hermenegildo escuchó atentamente las palabras de Leandro y después afirmó como hablando consigo mismo:

» —Estoy de acuerdo en lo que decís, los hombres calamos parcialmente en lo que es la verdad de las cosas. La verdad absoluta no existe.

» —Sí, esto es así —continuó Leandro, obispo de Hispalis—. Solo Dios, Verdad plena, capta por entero la verdad que hay en las cosas. Nosotros somos limitados, nos movemos en un mundo de opiniones; pero eso no quiere decir que no podamos llegar a conocimientos verdaderos. Encontramos aquí, en este mundo, porciones de verdad, girones de infinito que nos salpican y nos llenan de júbilo.

» —Pero..., ¿qué es la verdad?

» Leandro se sonrió ante aquella antigua pregunta.

» —Hablas como Pilatos. Él también preguntó lo que era la Verdad, a la Verdad misma, a Jesucristo.

» —Para ti Jesucristo es Dios.

» —Para mí Jesucristo es la Verdad. Él mismo lo dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. La Verdad es Dios. Sí. Lo es; sin esa creencia nada tendría sentido.

» —Para nosotros, los godos, es un profeta más. Un hombre sabio e ilustre que nos comunicó la existencia de un Dios único frente al paganismo idolátrico. Nuestra religión es más sencilla que esos complicados vuelcos filosóficos que realizáis los católicos.

» Mientras Hermenegildo seguía hablando, el obispo se fijó en su rostro: los rasgos se le habían afilado, eran los de un hombre inquieto, que buscaba el conocimiento.

» —Nosotros podemos ceder —dijo Hermenegildo—, buscar una vía intermedia para que el país esté unido. Cristo puede ser el más eximio de los hombres; pero ¿por qué habría de ser Dios?

» Entonces, Leandro cambió el tono; de hablarle como un obispo a su príncipe, pasó a hablarle como un padre habla a un hijo, tuteándole con confianza.

» —Hermenegildo, sé que tu madre fue católica, sé que te educó en nuestra fe... ¿Tú crees que es posible esa vía intermedia? Las cosas son o no son. A ningún romano va a convencer la religión que está montando tu padre.

» —Lo sé.

» —¿Sabes que tu padre, el gran rey Leovigildo, está persiguiendo a mis correligionarios?

» —No. No lo sabía. ¿Qué ha ocurrido?

» —Ha desterrado a Mássona de Emérita Augusta. Ha expulsado a Eusebio de Toledo. Convocó un concilio arriano y católico, en el que no se pusieron de acuerdo... Mejor dicho, los católicos no aceptaron las imposiciones del rey...

» —Lo supongo. ¿Dónde está Mássona ahora?

» —Creo que en Astigis...

» Al oír el nombre de la ciudad, Hermenegildo se sobresaltó y recordó a aquella dama romana, Florentina, que, en un tiempo pasado, había llenado sus pensamientos. Entonces, con voz levemente trémula, le dijo:

» —Allí está tu hermana...

» —¿No la has olvidado?

» —La herida no duele ya tanto. He encontrado a Ingunda y deseo olvidarla; ella, Florentina, no me quiso...

» —¿Lo crees así?

» —Eso me dijo.

» —Yo sé que mi hermana Florentina puso el corazón en ti, pero es una dama y, desde tiempo atrás, tenía otro destino. Yo la oí llorar muchas noches después de haberte conocido. No quiso darte falsas esperanzas y ahora compruebo que ha sido lo mejor.

» Hermenegildo se quedó callado. A su cabeza volvió el rostro sereno y hermoso de Florentina, el rostro de algo imposible para los dos.

» —Sí. Yo también creo que ha sido lo mejor para ambos... pero ha dolido, me ha dolido mucho...

» —Lo imagino.

» Se quedaron callados, el hijo del rey godó no quería seguir hablando de Florentina, un asunto que le pesaba en el corazón. Comenzaron, una vez más, a examinar pergaminos. Hermenegildo se encontraba a gusto con Leandro. Rieron, comentando algunas citas de autores antiguos. Finalmente alguien llamó a la puerta; en el banquete buscaban a Hermenegildo.

»—Puedes demorarte entre los libros el tiempo que quieras; además, tienes mi permiso para acercarte a este lugar y trabajar o leer a tu gusto... De hecho, me gustaría mucho verte por esta mi casa.

Creo que a la princesa le confortaría que te acercases a ella, necesita alguien próximo a su fe, como lo eres tú.

»Tras estas palabras, Hermenegildo regresó a la fiesta. En su mente se debatía la idea de verdad que le había propuesto Leandro. El banquete estaba en su punto álgido. Las mujeres se habían separado de los hombres y estos hablaban, formando diversos grupos. En general, los godos se habían separado de los romanos aunque, en algún lugar, estaban mezclados.

»Hermenegildo se dirigió a un grupo de magnates romanos, entre los que estaba Lucio Espurio. Al acercarse el joven duque, se produjo una situación incómoda. Uno de ellos, un joven con una fina barba pero sin bigote, cuidadosamente arreglado, con cabello oscuro peinado hacia atrás, se dirigió a Hermenegildo. Se llamaba Gaudilio. A primera vista se dejaba ver que era un tipo que nunca había trabajado en nada, ni combatido por nadie.

»—Joven duque, habéis sobrepasado los banquetes de Lucio Espurio... A partir de este momento no habrá hombre o mujer en Hispalis que no desee ser invitado a esta casa...

»—Las bailarinas son hermosas y el espectáculo de acróbatas hacía tiempo no se veía en la ciudad. Hasta ese viejo cascarrabias de Leandro se quedaba mirándolas sin pestañear.

»Todos rieron. Leandro era conocido en la ciudad por sus homilias en las que rechazaba los espectáculos públicos. A los jóvenes patricios les gustaba reírse del nuevo obispo, al que consideraban excesivamente riguroso.

»—Es vuestro obispo —dijo Hermenegildo, a quien en el fondo no le divertían aquellas bromas—, quizá podríais cambiarlo por uno arriano.

»—¿Ermanrico, por ejemplo? —continuó el joven atildado—. No, gracias. A nuestro obispo no le gustan los placeres de la carne, al vuestro le gustan demasiado esos placeres y el vino. Si no me creéis, mirad hacia allí.

»El grupo se volvió hacia el lugar que señalaba el joven; el obispo dormía en una esquina roncando ruidosamente. El grupo se ríe al escuchar los ronquidos. Entre dientes se ríe también Hermenegildo, un tanto molesto por la actitud del prelado. Aquello no era la vía intermedia que quería su madre. Al día siguiente la borrachera del obispo arriano se comentaría por toda la ciudad.

»—Sé que la postura de este clérigo no os gusta. Que despreciáis a los arrianos y que os sentís más cercanos a los imperiales que obedecen al obispo de Roma. Hispalis es romana, los bizantinos son griegos. Los godos hemos sido los primeros aliados del Imperio romano. Ahora hablamos vuestro mismo idioma. En cambio, no compartís la lengua, ni la forma de ver la vida de los orientales... Hispania debe ser una sola nación, regida por nosotros, los godos, pero con la

colaboración de los romanos. Nosotros los godos queremos una nación fuerte, cosa que también a vosotros os conviene.

» Se produjo un silencio en el grupo de nobles hispalenses, un silencio expectante. Hermenegildo continuó:

» —Necesitamos vuestra ayuda, para beneficio mutuo. Sé que muchos comerciáis con los orientales. También, que les habéis prestado ayuda en diversas ocasiones...

» Se elevó un murmullo de desacuerdo, los senadores romanos negaban tal colaboración. Hermenegildo pensó que lo hacían para congraciarse con él.

» —Necesito vuestra ayuda —repetió—. Si colaboráis con hombres y armas en la lucha contra el invasor bizantino, seréis recompensados en botín de guerra y se os disminuirá la carga del fisco.

» —Mi señor —habló uno de los senadores—, nadie nos ha hablado así. Vuestros antecesores han esquilado nuestras tierras, han impuesto sus leyes y prerrogativas. Podéis contar con la ayuda de mi casa.

» Varios nobles más se pronunciaron en el mismo sentido, eran ricos comerciantes y grandes terratenientes. Otros, discretamente, se fueron, sin comprometerse a nada. Hermenegildo reparó en quiénes eran. Uno de los que salían era Lucio Espurio; pensó que, quizá, los informes de Cayo Emiliano podrían ser verosímiles.

» Se hacía tarde y el banquete iba decayendo, los convidados de mayor edad abandonaron la sala del banquete. Poco a poco, los concurrentes fueron saliendo, dejando aquel desorden característico de una fiesta. Los criados limpiaron silenciosamente el lugar, mientras los últimos invitados iban saliendo.

» Hermenegildo estaba contento, la velada había sido fructífera para sus planes. Tras la salida del último invitado, estiró sus músculos, desperezándose. De pronto, advirtió que alguien estaba detrás de él, una mujer menuda; era Ingunda, quien, colgándose de su brazo, se quejó:

» —No os he visto en toda la noche...

» —Pero habéis disfrutado, os vi alegre con Hildoara y las otras mujeres.

» —Sí. Pero no habéis estado conmigo y os he echado de menos...

» —¿Así que ahora me echáis de menos cuando estoy a poco más de unos pasos de vos?

» —Sí. Me gustaría que estuvieseis siempre conmigo. Con vos estoy segura. Tanta gente extraña me asusta.

» Hermenegildo se rio, la veía pequeña y desprotegida. Estaban juntos, pero no solos. Los criados que recogían las salas les espiaban divirtiéndose al ver al guerrero alto y fuerte bajarse hacia la pequeña princesa franca, la de los rubios cabellos.

» Durante los días siguientes, Hermenegildo fue visitando uno a uno a los nobles que habían asistido a la fiesta. De modo sorprendente consiguió ayuda y

tropas incluso de los más reacios a hacerlo. Poco a poco, formó un ejército en una explanada cercana al río. Un ejército integrado, fundamentalmente, por hispanorromanos. Después, se dedicó a entrenarlos. Adquirió caballos y armas. Los bizantinos poseían una caballería famosa en todo el orbe por su disciplina y eficacia. El conde Belisario, uno de los generales del ejército de Justiniano, había desarrollado un grupo de lanceros a caballo de gran potencia militar. Contra aquel tipo de jinetes era difícil competir. Durante algunos meses, Hermenegildo, ayudado por Gundemaro y Wallamir, entrenó a los bisoños soldados hispanos en el arte de la caballería militar. Rebajó el peso de las armaduras; en ellas colocó el ristre para apoyar la lanza. Tornó a aquel equipo de hombres en guerreros expertos en el manejo de las armas. Las gentes de la ciudad acudían al adiestramiento de los soldados, les divertía ver los combates y la habilidad de los soldados. Muchos jóvenes se unieron espontáneamente al ejército de Hermenegildo, jóvenes sedientos de gloria y honor que se sentían unidos con aquel duque, casi de su misma edad, que les enseñaba un modo nuevo de combatir. Algunos eran menestrales de la ciudad pero, pronto, se unieron los hijos de los nobles romanos. Los padres, ante el riesgo que corrían sus hijos, se apresuraban a dotarlos de hombres a su servicio que pasaban a engrosar el ejército de la Bética.

» Hermenegildo necesitaba dinero, cada vez en mayor abundancia, para comprar más caballos y armas. Así, mi hermano intentó sanear la economía de la ciudad, rebajando impuestos; sin que disminuyesen por ello los ingresos a las arcas del estado. Había, entre los oficiales godos dedicados al cobro de impuestos, algunos que son capaces de cobrar para el fisco, engrosaban sus arcas personales. Hermenegildo supervisó las cuentas del estado personalmente. Cambió los recaudadores por gente de su total confianza; muchos de ellos habían combatido en la campaña del norte; y los hizo trabajar al lado de hispanorromanos que dominaban el arte de la contabilidad. Sin embargo, aquello no era suficiente» .

El judío

« La luz de la mañana le despertó. En cuanto recobró enteramente la conciencia, los problemas económicos y de abastecimiento de su ejército le agobiaron una vez más. Hermenegildo había enviado misivas a Toledo en repetidas ocasiones pidiéndole tropas y dinero a su padre, el rey Leovigildo, pero no había obtenido respuesta; solo en una ocasión el rey le había contestado. Prefería no recordar su respuesta. En tono insultante, le informaba de que era al duque de la Bética al que le correspondía llevar tropas en sus dominios, y que el erario real no podía hacerse cargo de ningún gasto más. Ahora que el rey construía ciudades y llenaba de boato la corte de Toledo, quería que le resolviesen la guerra del sur, contra los imperiales, sin dar nada a cambio. No iba a ayudar a aquel que siempre había resuelto las cosas por sí mismo. Hermenegildo se intentó convencer de que debía tener paciencia. Su padre siempre le había pedido imposibles y, ahora, una vez más, le pedía que consiguiese algo de lo que no se veía capaz.

» Se lavó vertiendo agua con una jarra en un lebrillo; al notar el agua fresca sobre la cara se despejó. Después se secó con un paño. Miró hacia el lecho, Ingunda dormitaba, se había revuelto entre los cobertores al oír el ruido del agua al caer, pero no se había despertado. En su cara de niña se dibujó una sonrisa suave. Salió sin despertarla y cruzó los patios. La guardia se cuadró ante él. Ágilmente, subió las escaleras que conducían hacia la biblioteca, el lugar donde Laercio solía trabajar. Allí lo encontró, redactando un escrito con cálamo y tinta. Abstraído en su trabajo, no notó la presencia del príncipe. Hermenegildo apoyó la mano en el hombro del jurisconsulto, quien se sobresaltó.

» —¿Cuadrando cuentas?

» El otro afirmó con la cabeza.

» —¿Cuánto...?

» —No llegamos a cien mil sueldos de oro, necesitaríamos más del doble para equipar un ejército que pueda emprender la campaña contra los bizantinos.

» —¿Qué proponéis?

» —Habría que imponer un nuevo tributo...

» Hermenegildo le apretó el hombro:

» —No puedo hacerlo, los aranceles del comercio están ya altos y es un tributo que debe llegar a la corte; en cuanto a los impuestos directos a la población, solo puedo decir que los hispanos se rebelarán y, a la postre, sería peor...

» —Deberais pedir un préstamo...

» Hermenegildo suspiró.

» —¿Cómo...?

» —Un préstamo, a pagar con el botín de campaña. Debéis hablar con los judíos.

» Ambos estaban preocupados, caer en manos de los prestamistas de la ciudad podría suponer una grave equivocación. Inquietos, salieron de la sala donde debatían estos asuntos, y accedieron al peristilo. En una sala había fruta y leche fresca, se sentaron discutiendo todavía la financiación de la campaña. Mientras estaban comiendo escucharon a una persona que se quejaba; una voz ronca gritaba de dolor. Rápidamente el joven príncipe se incorporó y se dirigió hacia el lugar de donde salía el lamento continuo.

» —¿Quién se queja? —preguntó Laercio.

» —Aquel viejo hispano, al que curé hace unas semanas, ha empeorado. Tiene fiebre y delira. Lo albergo aquí porque se quedó sin casa.

» Hermenegildo se introdujo en el laberinto de pasillos que conducía a la zona de los criados. En un catre, tumbado, se encontró al anciano a quien había curado un tiempo atrás. Estaba temblando de fiebre. Le miró los brazos; una de las manos, deforme por las quemaduras, había cicatrizado. La otra, en cambio, estaba tumefacta y purulenta. La infección posiblemente habría pasado a la sangre.

» —Está muy grave —dijo Hermenegildo—. Yo sé curar heridas sencillas del campo de batalla, pero habría que avisar al físico.

» El príncipe goda envió a buscarlo. Le apenaba ver a aquel anciano, agonizando debido a una injusticia; le preocupaba no haberle podido curar. Durante toda la mañana, siguió trabajando con Laercio. Al mediodía, Ingunda comió con ellos, no paró de contarle cosas que había descubierto con las mujeres de Hispalis. Su joven esposo la escuchaba, distraidamente, entretenido por su parloteo incesante.

» Por la tarde se hizo anunciar el físico. Hermenegildo reconoció enseguida al judío Solomon ben Yerak Entró en el palacio encogidamente, haciendo reverencias a un lado y a otro. Le condujeron a la habitación del herido; allí comenzó a inspeccionar la mano. La que se había curado mostraba las cicatrices, pero la otra, envuelta en paños y grasa, se había gangrenado.

» —¿Qué opináis? —le preguntó Hermenegildo.

» —La única solución que tiene este hombre es amputarle la mano...

» El joven duque asintió. Él también había pensado lo mismo, pero no se

consideraba totalmente capacitado para tomar una decisión tan seria, ni tampoco para realizar la intervención.

» —Sin embargo, puede morir... —dijo el príncipe.

» —No queda más remedio.

» El herido se quejaba continuamente, el roce con las sábanas le molestaba su miembro dolorido. Les miró suplicante.

» Entonces Hermenegildo habló:

» —Debemos cortarte la mano... ¿Me entiendes?

» El anciano negó con la cabeza.

» —Si no, morirás...

» —Soy viejo, ha llegado mi hora. —El anciano se expresaba lentamente—. No quiero entrar en el reino de Dios con un miembro menos. Mi señor príncipe, os agradezco todo lo que habéis hecho por mí.

» A Hermenegildo le conmovieron aquellas palabras.

» —Entonces solo queda una solución... —dijo el físico—, aliviar el dolor.

» De unas alforjas, sacó un líquido, se lo hizo beber al anciano. Este entró en la inconsciencia. Solomon dejó una buena cantidad de calmante para el anciano, y se levantó. Los gritos de dolor habían cesado.

» —¿Qué es?

» —Una solución de adormidera, lúpulo y opio.

» —¿Opio...?

» —Es una planta que mis barcos traen de Oriente.

» —Os agradezco que hayáis calmado el dolor de este hombre.

» —No durará más de un día o dos, tampoco la amputación era una buena solución, posiblemente no la habría resistido...

» —También podría haberlo salvado.

» —Quizá... —dijo dubitativo Solomon.

» Hermenegildo condujo al judío a una sala interior; allí les sirvieron un vino oloroso, que el judío bebió a placer.

» —¿Qué os debo por vuestros servicios?

» —Ya hace tiempo que no vivo de la medicina, que de todas maneras no da para mucho. Nada, mi noble señor, si un médico no cura, no recibe gratificación. Es la ley.

» —Lo sé, pero vos habéis aliviado a este hombre.

» —Para mí, la medicina no es algo que pueda pagarse. Yo no necesito eso para vivir.

» —Me han informado que sois el hombre más rico de toda Hispalis.

» El anciano sonrió.

» —Es así, tengo negocios en ultramar. Joyas, telas y paños venidos de Oriente, muebles de buena factura llegan a través de mis barcos a la ciudad. Ahora no son buenos tiempos. Los barcos godos y los bizantinos a menudo asaltan

mis naves...

» Una idea se abrió paso en la mente del godo.

» —Necesitaría vuestra ayuda para derrotar a los bizantinos y que haya paz.

» —¿Paz? Nunca la habrá.

» El judío hablaba displicentemente, sabía que el príncipe buscaba algo, por lo que le preguntó sin rodeos:

» —Decidme... ¿Qué deseáis de mí?

» —Ayudadme a equipar el ejército que estoy levando frente a los bizantinos.

» —Puedo hablar con los judíos de mi aljama... ¿Cuánto necesitáis?

» —Cien mil sueldos de oro.

» —Hablaré con ellos...

» —Cien mil sueldos a devolver al finalizar la guerra...

» Hermenegildo pensó que si vencía a los bizantinos, no tendría problemas para devolver el crédito. Si era derrotado, es posible que no pudiese nunca más devolver nada.

» —Yo responderé por vos... —le dijo el judío.

» —Me tratáis con benignidad.

» —Conozco a los hombres. Aquí dicen que soy un prestamista y un usurero, pero yo soy ante todo un sanador, un hombre que conoce la humanidad. Vos sois un auténtico noble. Si vencéis, sé que me devolveréis el préstamo. Hay hombres en los que no se puede confiar; en vos, sí. Nunca prestaría nada a vuestro padre...

» A Hermenegildo no le gustó que hablase así del rey.

» —Espero que tengáis éxito en la campaña. Desearía que vinieseis a mi noble casa. Uno de mis hijos os admira y, a menudo, pese a mis prohibiciones, ha ido a ver los adiestramientos de vuestros hombres. Sé que mi hijo Samuel, al final, se irá con vos; lo quiera yo o no.

» De nuevo se escuchó el quejido del anciano, más amortiguado por el opio, y profirió un grito de dolor. Ambos se miraron y Solomon exclamó:

» —Lo quiera o no lo quiera, debemos amputarle la mano... Sufre demasiado.

» El anciano se despertó, su rostro mostraba un dolor desesperado.

» —Debemos cortarte el brazo...

» —Haced lo que queráis... Llamad a Leandro... —dijo el anciano romano —, sé que voy a morir.

Solomon envió al criado que le había acompañado a pedir sus instrumentos a su casa. Durante ese lapso de tiempo los tres hombres, el godo, el judío y el hispano, permanecieron callados en la misma habitación. El godo pensando en la campaña militar que se avecinaba; el judío, en su hijo que deseaba partir a la guerra; el romano, hundido en la semiinconsciencia del dolor, intuyendo, en los momentos de lucidez, que se aproximaba la muerte.

» No regresó el criado de Solomon sino su hijo Samuel. El joven era un

muchacho fuerte que vestía con una túnica corta. Hermenegildo recordó, al punto, a aquel muchacho, que los días anteriores no había quitado ojo del adiestramiento de los soldados.

» Laercio administró de nuevo al anciano una pócima. Entre Hermenegildo y Samuel lo sujetaron. Solomon aplicó un torniquete al brazo, mucho más arriba del lugar donde estaba la gangrena. Pronto se oyó el ruido de una sierra cortando el hueso; Samuel no se inmutó, el joven estaba acostumbrado a aquellas tareas de su padre, al que acompañaba. Hermenegildo, a pesar de hallarse preparado para la intervención, no pudo evitar una sensación de náuseas y hubo de mirar hacia otro lado.

» La mano fétida y de color negruzco reposó al fin sobre el lebrillo. Solomon soltó el torniquete y dejó que sangrase el muñón, después comenzó a presionarlo con paños a los que ató con vendas. Al anciano inconsciente se le relajaron los rasgos de la cara que no eran ya de dolor.

» Le dejaron dormir. Hermenegildo se dirigió a Samuel:

» —En el ejército se necesitan físicos... Tú conoces el arte de la sanación, podrías ir con nosotros...

» —Nada me gustaría más, mi señor...

» Solomon intentó protestar, pero Hermenegildo le tranquilizó:

» —No le ocurrirá nada... Tu hijo aprenderá el arte de la guerra... y nos será muy útil.

» Alguien llamó a la puerta. Era Leandro.

» —¿Me habéis mandado llamar, noble señor?

» —Se ha amputado la mano a este hombre... Está muy grave y puede morir. Ha sido él mismo quien ha solicitado vuestra presencia.

» Leandro se quedó parado al ver a Solomon, se veía que no se encontraba a gusto con el judío.

» —Necesito estar a solas con este hombre —anunció secamente Leandro— para darle las recomendaciones del alma.

» —Nos íbamos ya —afirmó el príncipe saliendo con los judíos de la estancia.

» En la puerta de la casa, se despidió de los judíos afectuosamente. Los dos hombres se inclinaron ante él, en señal de respeto y sumisión. Hermenegildo regresó junto a Leandro, que salía ya de la habitación del enfermo.

» —Duerme plácidamente. Es un buen hombre...

» —Lo sé...

» El obispo y el duque godo se entendieron.

» —A veces, para que alguien se cure del todo es preciso amputar lo dañado. En la guerra ocurre igual, para ganar a veces hay que amputar el tejido dañado...

» —¿Os referís a los bizantinos?

» —Sí, y también algunos godos y romanos que no obedecen a la autoridad del rey.

» —No obstante, yo creo en un Dios que se humilló hasta tomar la forma de siervo. Que se dejó matar y no utilizó la ira. La violencia no es buena consejera...

» —Estamos en un mundo en guerra... —Hermenegildo hablaba enardecido —. A veces creo que mi padre tiene razón cuando dice que los católicos profesan una religión de esclavos. Es imposible que ese Cristo vuestro sea Dios y al mismo tiempo se deje humillar hasta el punto de ser ejecutado como un vulgar ladrón...

» —Tomó sobre sí nuestras culpas y pecados... Solo Dios puede hacer eso...

» —No lo comprendo enteramente.

» —Algún día lo harás.

» Hermenegildo se quedó callado. “Algún día...”, quizá sí, pero ahora debía obediencia a su padre, y su padre era arriano. La religión del rey debería ser la suya.

» —Mi esposa desea que celebréis el rito cristiano en esta casa. No puedo consentir que acuda a la iglesia católica de la ciudad o tendré graves problemas con mi padre.

» —Eso me dará una oportunidad para acercarme a esta casa y consultar los libros que poseéis.

» —¡Seréis siempre bienvenido! Deseo que conozcáis a Laercio. En la corte de Toledo era el conde de los Notarios. Aquí se ocupa de la administración del gobierno de la Bética y es quien cuida de los libros y manuscritos de esta casa.

» Seguido por Leandro recorrieron las estancias y los patios de la casa, al fin subieron por las escaleras a la habitación en el solárium, donde se custodiaban los libros.

» —No os gustan los judíos... —le dijo Hermenegildo.

» —Según los más estrictos de entre nosotros mataron a Cristo...

» —No puedo creer que penséis semejante cosa, Cristo fue judío.

Además, ellos se defienden diciendo que los que mataron a Cristo fueron los judíos de Palestina, que los judíos hispanos han vivido aquí mucho antes de la muerte de Cristo...

» —Me da igual, son una camarilla, un grupo cerrado que solo quiere el poder... Mercachifles y nigromantes... Os aconsejo que no os acerquéis a ellos.

» —Solomon ha curado a este buen anciano. Conozco los corazones de las gentes, es un hombre recto. Además, necesito su ayuda... dinero para la guerra.

» —No luchéis contra los bizantinos... Son poderosos, debierais aliaros con ellos... No os fieis de los judíos, son unos usureros y gente maligna.

» —En todos los pueblos hay personas rectas y otros que lo son menos. No se puede juzgar a todos por el mismo raser. Solomon me ha prometido su ayuda y la de sus hermanos y la voy a aceptar.

» Leandro movió la cabeza en señal de desacuerdo, amaba la paz y recordaba cuando era niño las guerras con los bizantinos. No se fiaba de los judíos, aquello era algo visceral que le había sido transmitido con sus otras creencias religiosas; en el fondo de su alma, había un rechazo profundo hacia aquella raza y no podía describir por qué.

» Leandro permaneció aquel día con el duque de la Bética y su noble esposa, la princesa Ingunda. Durante la cena, Ingunda y el obispo hablaron de la fe católica que ambos profesaban. Hermenegildo no seguía las disquisiciones de ambos; en su cabeza estaba la guerra que se aproximaba y la forma de sufragarla.

» Unos días más tarde la aljama de Hispalis proporcionaba a su noble duque y señor Hermenegildo los caudales suficientes para cubrir los gastos de la larga y sangrienta campaña, que el ejército godo libraría contra el bizantino» .

Entre naranjos

«En el aire se mascaban los rumores de guerra; el ejército ultimaba los preparativos, la tensión se hacía más presente en la ciudad.

» Como cada atardecer, Hermenegildo buscó a Ingunda. Atraído por unas risas alegres, recorrió el patio del estanque central y, después, otras estancias abiertas al cielo límpido de la Bética. En la parte posterior de la casa, se abría un jardín porticado de mediano tamaño, rodeado de habitaciones; en él florecían los naranjos. Oculto detrás de las columnas que rodeaban el patio, observó la escena que formaban Ingunda, riendo, acompañada por las damas que había traído desde Austrasia, algunas jóvenes de la ciudad e Hildoara, la poco agraciada mujer del gobernador Gundemaro. Una de las jóvenes hispalenses empuñaba una cítara oriental con un largo mástil. Ingunda, acompañada de otro instrumento similar, intentaba aprender a tocarlo, pero sus notas salían desafinadas y las demás bromeaban. Ella fingía enfadarse, pero después se unía a las risas del resto. Al fin, cedió el instrumento a otra joven más dotada; una música muy rítmica y alegre salió de él, una cadencia circular con notas que se repetían una vez tras otra. Varias muchachas comenzaron a danzar, arrastrando a Ingunda con ellas, que reía más y más fuerte, con carcajadas contagiosas. Poco a poco se dejaron llevar por la magia de la música. Ingunda parecía haber entrado en un trance. Se sentía como si volase; con el ejercicio sus mejillas adquirieron un color rosado y sus ojos chispearon de alegría.

» Hermenegildo se acercó subrepticamente, intentando no estropear la escena, de tal modo que no lo vieron hasta que no llegó casi junto a ellas. Las bailarinas detuvieron sus danzas, pero las tañedoras de las cítaras continuaron todavía algún tiempo. Ingunda, al verle llegar, enrojeció.

» —Veo que os divertís... —les dijo el príncipe godo.

» Ellas sonrieron con timidez y se dieron algún discreto golpe con los codos, obligándose mutuamente a callar. Hildoara habló rápidamente:

» —Vuestra esposa, señor, es una buena danzarina...

» —Pero toco muy mal el laúd... —replicó ella con un mohín.

» —Lo he visto y lo he oído... —se rio él.

» Una de las jóvenes, la que había bailado con la princesa, exclamó:

» —¡Baila mejor que las gaditanas...!

» El godo y la princesa franca se examinaron mutuamente. Ella había crecido, ya no era una niña. Hermenegildo se había dado cuenta de que sus formas firmes y plenas se dibujaban bajo la túnica y, al danzar, su pecho subía y bajaba acompasadamente. Aún permanecieron así unos segundos, dibujándose el uno al otro con los ojos.

» —Debo irme —se despidió Hildoara.

» Las otras, lentamente, también fueron saliendo entre risas dejándoles solos. Ya no había temor entre ellos. Se sentaron en la acera del pórtico, contemplando caer a lo lejos el agua de la fuente.

» —Vengo a despedirme...

» —¿Os vais? —preguntó ella con pesar.

» —Sí, querida mía, hay guerra. Los bizantinos atacan nuestros puestos fronterizos, y yo he sido enviado aquí para pacificar la zona.

» —Me quedo sola...

» —No lo creo así. Habéis encontrado muy buenas compañeras.

» Ella sonrió tímidamente mientras le confesaba:

» —Con ellas me río, pero solo con vos puedo hablar...

» —¡Ah!, ¿sí?

» —Sí, solo estoy segura a vuestro lado, os echo mucho de menos cuando no estáis.

» —Entonces... ya no estáis aquí por razones políticas, por salvar al reino franco de las perfidias de Chilperico.

» —No.

» —¿Entonces por qué estáis aquí?

» Ella dejó el tono protocolario y le habló con total sencillez.

» —Porque me importas, porque... porque te...

» Hermenegildo no la dejó terminar, la abrazó muy suavemente, besándola tal y como se hace con una hermana querida. En aquel tiempo sus relaciones eran así. Después ella, todavía entre sus brazos, protestó:

» —Quiero que vuelvas, me oyes. No te arriesgues en esa guerra. ¡Quédate detrás! Deja que tus hombres guerreen delante y quédate tú en la retaguardia. Eres el duque, deja que los demás luchen.

» —¡Eso no sería muy valiente por mi parte! No te preocupes tanto, yo sé cuidar de mí mismo... —afirmó él, ufano.

» Eran dos adolescentes unidos por oscuras razones políticas, pero una fuerza de la naturaleza pujaba en ellos.

» —Tú nunca te enfadas conmigo, tienes paciencia infinita y todo te parece bien. Mi madre, la reina Brunequilda, siempre me reprendía: “Esto no lo hace una dama, esto tampoco” o “Debes ser una buena católica”. Ella es sabia y poderosa. Yo siempre me sentía como una hormiga ante su poder. Ella,

Brunequilda, quería que te convirtiese al catolicismo para hacerte un aliado de los francos. Yo no sé hacer eso. Mi madre, Brunequilda, me impone, me da miedo... —Acabó como sollozando.

» La entendió y, al mismo tiempo, delante de él surgió la imagen del poderoso rey Leovigildo, su padre, al que nunca conseguía agradar. Por eso se expresó ante ella, no como el duque de la Bética, ni como su esposo, sino como un adolescente que también necesita comprensión.

» —Tampoco mi padre está contento con lo que hago... Dice que no sé guerrar como un verdadero godo, que actuó como un salvaje del norte y que no obedezco sus órdenes.

» Ella se asombró; para Ingunda, cada vez más y más, Hermenegildo era el prototipo de lo que debe ser un caballero.

» —¡Eso no es así! Todos dicen que eres el mejor guerrero del reino, el más fuerte. Que venciste a los cántabros... No lo escuches. Tú eres el mejor y más valiente.

» —¡Quiera Dios que eso fuese así!

» Se separó un poco de ella para poder verla mejor y, con las manos, le apartó el pelo que le caía por la cara, tras el esfuerzo del baile.

» —¿Cuándo te vas?

» —Mañana al alba.

» Ingunda se entristeció, pero antes de que protestase más, él le anunció:

» —Tengo un encargo para ti.

» —¿Para mí?

» —Deseo que frecuentes la compañía de las hijas de Cayo Emiliano. Quiero que te reúnas a menudo con ellas, que acudas a su casa y te las ganes a ellas y al padre. Intenta averiguar si tienen contacto con los imperiales.

» Ella rio divertida.

» —Eso me gusta. Seré una espía y tendré trabajo en tu ausencia.

» Él movió la cabeza, sonriendo mientras ella le abrazaba. De pronto, comprendió lo mucho que la amaba y cuánto iba a echarla de menos» .

La frontera bizantina

« En el puesto fronterizo, los hombres se alineaban, rindiendo pleitesía al duque de la Bética, el glorioso príncipe Hermenegildo. Él les pasó revista, eran apenas unos cuarenta soldados con tres o cuatro oficiales.

» Con Wallamir, Hermenegildo subió a la torre del baluarte godo para contemplar el frente de guerra. Desde allí se divisaba un paisaje esplendoroso: olivares alineados de los que no se alcanzaba el fin, monte bajo con retamas florecidas y, más a lo lejos, cerros de color pardo, alzándose en la lejanía. El sol calentaba en sus corazas. Al frente y a lo lejos, cerca ya del horizonte, se alzaban las torres de Cástulo, la ciudad invicta de los bizantinos, reducto de los imperiales. Hacia el este, más allá del fuerte godo y de la ciudad sitiada, se divisaba un campamento bizantino, una posición de frontera, hombres que formaban la avanzadilla del ejército de los imperiales y que acosaban a las tropas godas que cercaban la ciudad.

» Junto a ellos, en la atalaya, viendo el frente de combate, se hallaba el capitán del fortín, un hombre barbado, en la cincuentena, poseedor de algunas tierras en el norte pero que, a causa de su comportamiento díscolo e indisciplinado, había sido enviado por el alto mando godo a aquel lugar, perdido en la frontera septentrional del reino. Su nombre era Bessas, un tipo mal encarado, siempre descontento, pero buen luchador.

» En el campamento del enemigo se produjo un movimiento de hombres y armas. Bessas acercándose al príncipe, señaló las líneas enemigas y la lejana silueta de Cástulo:

«—Antes nos atacaban con frecuentes combates mortales, pero ahora apenas hacen alguna incursión. No quieren asaltarnos frontalmente.

» La voz de Bessas sonaba cansada de bregar, era la voz de quien, tras meses de combatir sin conseguir nada, se encuentra desesperanzado. El jefe del reducto continuó explicando:

«—Desde que fuimos derrotados hace unos meses en Cástulo, la frontera se ha fortificado, han construido ese campamento bizantino que nos impide atacar directamente a la ciudad. Sin embargo, ellos tampoco pueden salir. Cástulo, aparentemente, se ha hecho impenetrable. Sin embargo, resiste. Pensamos que

existen túneles subterráneos que unen la ciudad con algún lugar lejano por el que se abastece. Nuestros rastreadores los han buscado repetidamente, pero no los han encontrado. Hay quien dice que acaba directamente en alguna villa romana.

» Al oír hablar de los romanos, el rostro de Wallamir adquirió una expresión dura, mientras su voz dejaba traslucir el desprecio:

» —Es lo más probable, esas sabandijas hispanas no dudan en colaborar con los orientales en cuanto ven la ocasión.

» —Si poseen un lugar por donde entrar y salir, el cerco es ficticio —afirmó el príncipe—. Habría que obligarles a salir a campo abierto.

» Hermenegildo se limitaba a señalar lo evidente, pero a Bessas aquellas palabras le sonaron a un reproche; se ofendió y replicó con una cierta insolencia, no ajena a la ironía:

» —Dinos cómo, y a que eres tan ducho en el arte de la guerra.

» Había desechado el trato protocolario hacia su príncipe; sin embargo, esto no se dio por ofendido con las palabras, un tanto descorteses, del capitán godo.

» —Hay que encontrar el punto débil de la fortaleza...

» —Largo tiempo hemos buscado ese punto débil, pero no lo hay: las puertas son macizas e inquebrantables, rodeadas de torres desde donde arrojan aceite hirviendo —contestó Bessas—. Han sellado los portillos de salida y los han cerrado con piedras.

» Hermenegildo preguntó:

» —¿El agua?

» —Tienen pozos y el río circunda la ciudad con un foso.

» Hermenegildo caminó, rodeando la torre, mientras dirigía su mirada a lo lejos, a todas aquellas tierras, llanas y cubiertas de olivos que, tiempo atrás, habían plantado los romanos. Al este del campamento godo se alzaba el frente, establecido entre el campamento bizantino y la propia ciudad de Cástulo. Cuando rodeó la torre hacia el oeste, pudo ver un espacio cubierto de una arboleda y cercado por una gran muralla. Era la mansión de Lucio Espurio. Al divisar la villa una sospecha se abrió paso en su mente, pero no tenía pruebas de ello y la villa romana se alzaba, como una fortaleza, a lo lejos.

» Continuó su paseo por la atalaya y, al regresar junto a Bessas y los otros, ordenó:

» —Mañana por la noche saldré con algunos hombres de exploración, hay luna llena. Me gustaría que tú, Bessas, vinieses conmigo. Tú conoces bien la zona.

» Al hacerse oscuro, Bessas, Wallamir y Hermenegildo salieron del fuerte godo. Por particular decisión de este último, los acompañaba Samuel, el hijo del judío.

» El motivo de la salida era doble: por una parte, a mi hermano le gustaba reconocer el terreno por sí mismo; pero, por otra, había apreciado el cansancio de Bessas y su espíritu pesimista, lo que le invalidaba para encontrar alguna

entrada o fallo del terreno que les permitiese conquistar la ciudad. Había que demostrar al capitán godo que la ciudad no era invulnerable.

» Al salir del campamento, la luna asomó sobre el horizonte, una luna blanca, redonda y grande, brillando con un tenue y extraño resplandor y permitiéndoles ver el terreno. Se cubrieron con capas de color pardo para no ser reconocidos desde lejos y caminaron con cuidado de no hacer ruido. Hacia el este, dejaron el campamento bizantino que amenazaba los reales godos. Al fin, divisaron la ciudad de Cástulo. El espacio que les separaba de ella durante el día era, apenas, de media hora a caballo; pero, por la noche, al avanzar despacio y sigilosamente, se les hizo interminable. Al aproximarse, les impresionó el aspecto de la urbe con multitud de torres y vigías. Desde abajo, podían divisar a la guardia haciendo la ronda en la muralla. La noche era muy cálida, aunque corría una brisa fresca que la hacía algo más tolerable a los godos, sudorosos por la caminata.

» Se acercaron al río que bañaba la ciudad a través de un foso profundo. Al ver las defensas, a Hermenegildo le pareció inexpugnable. Con semejante foso y con las murallas, las máquinas de guerra podrían únicamente acariciar la urbe. Los proyectiles no serían efectivos. Si realmente existía una fuente de aprovisionamiento de la ciudad, esta nunca se rendiría. Se volvió a Bessas, que seguía detrás, quien le miró con un gesto expresivo como diciendo: “Es inconquistable”. Estaban tan cerca de los muros que podían oír las conversaciones de los soldados, sin distinguir claramente sus palabras. Escucharon también los cánticos y gritos en su interior.

» Siguieron andando muy despacio, agachados, rodeando a la población. En la zona este de la muralla, desaparecía el foso. Hermenegildo se percató de que, en aquel lugar, las catapultas se podrían acercar lo suficiente como para dañar los muros de la urbe. Continuaron circunvalando el foso, caminando por la ribera del río iluminado a retazos por la luna. Se alejaron durante un largo tiempo cauce abajo, hasta un lugar donde pudieron cruzarlo; entonces, por la otra ribera, regresaron hacia Cástulo. Un poco más allá, encontraron un pequeño terraplén por el que debieron bajar: se dieron cuenta de que era un cauce seco proveniente de la ciudad. Hermenegildo les hizo un gesto para que lo siguiesen; recorrieron aquel foso, que los condujo de nuevo en dirección hacia las murallas, pero algo más al norte. Al cabo de un tiempo de transitar por él, se dieron cuenta de que se hundía en la tierra; transformándose en un túnel. Se introdujeron por él; la oscuridad era muy densa en su interior. Samuel extrajo de su cintura un hachón y, con pedernal, lo encendió. La luz producía sombras que bailaban en la pared; el lugar era lóbrego y de un hedor insoportable. No habían caminado nada más que unos cuantos pasos, cuando se toparon con una pared formada por piedras amontonadas de cualquier modo. Hermenegildo observó un hueco amplio en la parte superior; del suelo tomó una piedra y la tiró hacia el otro lado; se la escuchó rebotando contra las paredes, el túnel seguía más adelante. Con el ruido, los otros

dieron un respingo. Sin mediar palabra, comenzaron a retirar piedras entre todos. Pronto se abrió ante ellos un pasadizo aún más oscuro. Caminaron por él con precaución. Un poco más adelante se dieron cuenta de que en la parte superior se abría un hueco de luz, escucharon las conversaciones de una casa y a un niño gritar.

» Hermenegildo se volvió a los otros:

» —Señores, hemos encontrado las alcantarillas de la ciudad de Cástulo, secas por el estío o cegadas, hace un tiempo, por sus habitantes, que posiblemente se habrán olvidado de ellas. Este es el punto débil que buscábamos.

» —¡Bien! —exclamó Wallamir—. ¡Lo hemos encontrado!

» Bessas, por primera vez, sonrió de satisfacción.

» —Volvamos al campamento —dijo Hermenegildo.

» Salieron despacio del túnel, alejándose sin hacer ruido. Cruzaron, de nuevo, el río. Cuando llegaron al camino, tras una curva se encontraron a una patrulla de soldados que iban del campamento bizantino hacia Cástulo. Bessas, sacando la espada, reaccionó rápidamente; los otros hicieron lo mismo.

» Hacia Bessas se abalanzó un guerrero enorme; un oriental, cubierto con una cota de hierro y galones de cuero, blandía un mazo enorme y vociferaba salvajemente.

» —¡Godos! —gritó en griego.

» Bessas, espada en mano, se enfrentó a aquel hombre.

» Mientras tanto, tres guerreros, entre los que se encontraba el que comandaba la tropa, se dirigieron hacia Hermenegildo. Samuel y Wallamir se vieron rodeados por un par de enemigos cada uno.

» Bessas se agachó ante un envite del arma del enorme guerrero imperial, giró sobre sí mismo y se alzó, cuando el golpe circular ya había pasado. El bizantino repitió el golpe que en esta ocasión le tiró por tierra, golpeándole en el escudo y haciéndole soltar la espada. Su rival comenzó a descargar golpes con la maza, pero Bessas pudo irlos evitando. El otro se acercó aún más, para aplastarle, pero ágilmente a pesar de su gran complexión, el godo se levantó, recogió la espada del suelo y pudo herir al gigante en la parte alta del muslo, junto a la ingle. El bizantino comenzó a sangrar, pero aunque siguió luchando, los golpes de su maza no tenían la fuerza de antes. Bessas pudo ahora regatearlos con más facilidad. Pasó a hostigarle con la espada hasta encontrar la ocasión de tirarse a fondo y atravesarle el pecho. El guerrero cayó hacia atrás, herido de muerte.

» Entonces, Bessas se volvió hacia sus compañeros. Hermenegildo se defendía frente a tres guerreros bizantinos, pero era evidente que necesitaba ayuda. Avanzó Bessas, con la maza del guerrero caído, un arma de gran tamaño, con la que pudo alcanzar a dos de los que rodeaban a Hermenegildo. Este pudo dedicarse al que parecía comandar el grupo; cruzaban sus espadas, sin encontrar hueco en la coraza. En un momento de descuido, el príncipe godo se lanzó a

fondo y atravesó el abdomen de su contrincante, que se desplomó sin lanzar un grito.

» Wallamir se defendía bien de sus dos atacantes, pues, afortunadamente, era un guerrero muy ágil, ambidextro, que desconcertaba a sus rivales con cambios continuos en los mandobles del arma; así, pudo librarse de ellos con facilidad. Solo quedaban los dos que rodeaban a Samuel, el judío, que se rindieron al verse rodeados por los godos. Ataron a los que quedaban vivos y los amordazaron, para que no diesen la voz de alarma, alejándose después con gran celeridad» .

» A la mañana siguiente, en el fuerte godo, Hermenegildo expuso el plan de campaña a los jefes godos.

» —Las murallas de Cástulo no son inexpugnables, necesitamos máquinas de guerra y más refuerzos. Volveré a Hispalis, a una nueva leva de hombres. Es mi deseo que no deis tregua a la ciudad, que la hostigéis continuamente; impedid cualquier salida y que se aprovisionen, pero no iniciéis el ataque hasta que yo regrese con refuerzos. Los hombres de Cástulo deben pensar que el ataque se producirá desde el fuerte, que hay más tropas aquí de lo que parece. Toda la atención de la ciudad debe estar centrada en vosotros, en este pequeño fuerte de frontera. Mientras tanto, con los refuerzos que vendrán de Hispalis, rodearemos Cástulo, atacando por el este.

» Wallamir, Hermenegildo y el joven Samuel regresaron al campamento junto al Betis. Dejaron atrás los cerros de aquellas antiguas montañas de color pardo, cubiertos de monte bajo y pinares. El calor les quemaba, pareciendo querer dar fin a la primavera. Atravesaron cauces de río secos. El corazón de Hermenegildo latía cada vez con más fuerza al aproximarse a la ciudad junto al río y un ardor que no podía explicarse le recorría el cuerpo.

» Divisaron la ciudad cuando el sol, tras haber llegado a su cénit, comenzaba a descender. Hacía calor, un calor insoportable, propio de aquellas tierras. Del río salía una humedad que se difundía por toda la urbe y la empapaba de bochorno. Al entrar en ella, al mediodía, la ciudad junto al Betis parecía una ciudad fantasma. Alguna mujer se atrevía a salir escondiéndose del calor entre las sombras de las calles, oscurecidas por casas altas —antiguas insulas romanas— y apretadas entre sí. Poco a poco, descendió el sol y un hálito cálido que movía los toldos de las casas recorrió la ciudad. Al caer la tarde, las calles se llenaron de gentes y la música de vihuelas y laúdes se escuchó por todas partes. En algún sitio, dos mujeres danzaban cruzándose rápidamente entre sí, mientras que otras entonaban sonos desgarrados. La vida latía en la ciudad.

» Tras refrescarse del viaje, Hermenegildo se dirigió hacia las habitaciones de su esposa; olía a azahar, un perfume que embriagaba los sentidos y hacía nacer en la mente deseos inconfesados. La encontró sola, cortando ramas en flor de los naranjos, en el pequeño jardín del palacio de los godos. Por el calor, vestía una túnica de una tela fina, casi transparente. Su cabello dorado y desparramado

sobre los hombros estaba húmedo para hacer más llevaderos los ardores del estío; volaba secándose en la brisa tórrida del incipiente ocaso. El sol, al descender, tornó traslúcidas las blancas vestiduras de Ingunda. Hermenegildo la llamó. Antes de salir a la guerra, cada tarde había bajado a hablar con ella al jardín, entre los naranjos; se había sentido en paz a su lado, pero aquel día algo era distinto. Quizá sería el olor de la primavera; quizás el bochorno en el ocaso; quizá, que ella era un capullo que se abría en flor ante su presencia; o, tal vez, la fatiga del guerrero le incitase a llegarse a la mujer amada. Hermenegildo miró a Ingunda con ojos distintos: una figura perfecta cubierta por una blanca túnica que alzaba los brazos para tomar la flor del azahar de un naranjo. El príncipe godo se quedó sin aliento al verla y la deseó. Percibió la plenitud de la belleza de Ingunda y, al volverse, ella también se detuvo, conmovida ante la mirada amorosa y deslumbrada del hijo del rey. Eran jóvenes, la sangre caliente fluía bajo la piel de la hermosa princesa franca y el fuerte guerrero godo. La naturaleza los condujo sin ellos apenas darse cuenta, fundiéndolos entre sí. Pasaron las horas, unas horas de intensa intimidad en las que un placer profundo, nunca antes experimentado, brotó entre ellos. Solo el instinto les guiaba y se unieron, sintiendo un único latido, una única sangre que corría por sus venas.

» Al despertar, Ingunda lo descubrió a su lado. Al fin se dio cuenta de que era a él a quien amaba, a su esposo, el que había sabido aguardar. Hermenegildo abrió los ojos y, en ellos, se reflejó el rostro de Ingunda.

» Hubiera deseado no separarse de ella, en aquel momento en el que el deseo y el amor los llenaba, pero la guerra lo reclamaba. Él era godo, perteneciente a un pueblo siempre en combate, cuyo único motivo para existir eran las guerras. Guerras góticas que les habían conducido desde las heladas y blancas tierras bálticas a los confines del continente, a las doradas y ardientes tierras hispanas. La campaña contra los orientales estaba en su punto álgido. Se sentía fuerte y poderoso, quizás el amor de Ingunda, su confianza ciega en él, le llenaba de seguridad.

» Levó el ejército junto al río y, para mostrar su poder, atravesó Hispalis al son de cuernos y trompetas, ante las aclamaciones de la multitud y la mirada de adoración de Ingunda. En una jornada, habían alcanzado las líneas de la frontera bizantina» .

La conquista de Cástulo

« Tal y como habían planeado antes de la partida, el grueso del ejército, dando un enorme rodeo por el sur, se dispuso a abordar la ciudad por el este, en aquel lugar donde la muralla era más débil. Hermenegildo puso esas tropas bajo las órdenes del experimentado gobernador Gundemaro. Necesitaban varios días de marcha, durante los cuales el príncipe godo se dispuso a preparar la batalla desde el campamento de Bessas, quien le esperaba impaciente por atacar.

» Los hombres de Bessas lo habían pasado mal y había sufrido diversas bajas pero, a pesar de ello, no había cesado de hostigar al enemigo. La ciudad de Cástulo continuaba inquebrantable sin dar muestras del menor signo de debilidad. Bessas recibió con alegría a su príncipe y señor, aunque protestó de que no hubiesen llegado más refuerzos al lugar donde la batalla era más dura.

» Al día siguiente de la llegada del duque, desde el fuerte godo, salió una expedición hacia el campamento bizantino. Hermenegildo conocía bien que, para que las tropas pudiesen tomar Cástulo, se hacía necesario destruir primero el campamento de frontera de los imperiales. Las fuerzas godas estaban formadas por casi quinientos hombres al frente de los cuales estaba Hermenegildo y, a su derecha, Bessas. Con catapultas y troncos de madera arremetieron contra las defensas del campamento, que eran de madera. Lanzaron teas y bolas incendiarias, el fuego se propagó por el recinto enemigo. Pronto los soldados del fortín debieron salir a combatir a campo abierto. Allí, la superioridad de los godos se hizo evidente. Al fin, los capitanes bizantinos tocaron retirada y sus tropas hubieron de refugiarse tras los muros de la ciudad. La primera fase del asalto a Cástulo se había conseguido.

» Ahora comenzaba la conquista de la invicta ciudad de Cástulo. A primera hora de la tarde, desde el reducto godo, salieron las tropas a pie, seguidas, poco después, por la caballería. Al atardecer, el ejército godo se desplegó frente a la muralla. Una larga fila de jinetes se situó a una distancia de la ciudad donde no podían ser asaeteados por las flechas, detrás la infantería. Allí, Hermenegildo hizo sonar las trompas; los hombres a caballo, lo mejor del ejército godo, se dispusieron ante el foso. Desde lo alto de las torres se escucharon silbidos y gritos de desprecio.

» Hermenegildo se adelantó a todos ellos y retó a los capitanes bizantinos.

» —¡Hombres de Cástulo! ¡Dejad vuestra guarida y enfrentaos a nosotros! La cobardía es esconderse tras las murallas. ¡Rendíos a las tropas del gran rey Leovigildo o salid a luchar!

» Pasaron unos segundos de un silencio expectante. Después Hermenegildo prosiguió:

» —Si sois nobles, si sois varones de ánimo recio, combatid... Yo, el hijo del muy noble rey Leovigildo, reto a los jefes de la ciudad a que se enfrenten a nosotros, capitanes godos, a un combate cuerpo a cuerpo. Si perdemos levantaremos el cerco; si perdéis vosotros, rendiréis la ciudad.

» Dentro de la ciudad se escucharon ruidos y expresiones de burla, pasó un corto intervalo de tiempo. Por fin, un guerrero con los distintivos de un oficial de alto rango del ejército bizantino contestó.

» —Se hará tal y como queréis: unos cuantos de nuestros mejores hombres se enfrentarán a los vuestros.

» Se abrieron las puertas de la ciudad y unos cuantos oficiales imperiales se dirigieron a la formación enemiga. Hermenegildo bajó del caballo y el resto de los capitanes godos le imitó; después, se dispusieron alrededor del joven duque. Este dio un paso al frente y desenvainó con un movimiento amplio la espada. El resto de los capitanes godos le imitó. Los enemigos se desplegaron, uno frente a otro, sopesando la fuerza y armamento de los adversarios; un ardor de lucha desbordó los corazones de todos, al tiempo que sonaban las trompas y los cuernos de guerra. Al fin, dio comienzo un combate cuerpo a cuerpo entre los oficiales godos y los bizantinos, presenciado tanto por los atacantes godos a pie como por los habitantes de la ciudad que se asomaban a las torres. En el combate quedó patente la fuerza y habilidad de Hermenegildo, quien se desembarazó del primer enemigo con rapidez, para continuar luego guerreando con uno y con otro; la espada se le iba cubriendo de sangre de sus enemigos y su cabello oscuro brillaba, mojado por el sudor del esfuerzo.

» Mientras tanto, el grueso del ejército godo, acaudillado por Gundemaro, avanzaba con sus máquinas de guerra y su caballería bien adiestrada por el sur, prosiguiendo después hacia el este, y ascendiendo por último de nuevo hacia el norte: alcanzaron la ciudad a la caída de la tarde. Pocos de sus habitantes se dieron cuenta de lo que se avecinaba porque la mayoría estaba pendiente del combate cuerpo a cuerpo que se estaba desarrollando en el lado contrario de la muralla. Cuando los de Cástulo avistaron el peligro, era ya demasiado tarde. Fue entonces cuando se escuchó la llamada a retirada desde los torreones. Los bizantinos comenzaron a retroceder para guarecerse dentro de la ciudad y organizarse frente al enemigo que llegaba por el sur.

» Al tiempo, se escucharon gritos dentro de la urbe. Los hombres de Wallamir habían entrado por las alcantarillas y estaban atacando la ciudad desde el interior.

Fue Samuel, el judío hijo de Solomon ben Yerak, quien consiguió alcanzar la torre y, con otros hombres, bloqueó el mecanismo que permitía cerrar las puertas de la ciudad.

» Por el lado este de la urbe, en el lugar en el que el foso no rodeaba las murallas, las máquinas de guerra de Gundemaro lanzaban piedras de gran tamaño y teas incendiarias que lograron derruir un trozo de sus cuadernas. Por aquel lugar y, a través de la gran puerta de entrada que había sido abierta por Wallamir y Samuel, el ejército godo se introdujo en Cástulo.

» La batalla fue cruenta, calle a calle, casa a casa; ni los hispanos ni los bizantinos querían rendirse al ejército godo.

» Después de horas de encarnizada lucha, la ciudad cayó en las manos del hijo de Leovigildo. Tras la rendición, el comandante bizantino le entregó las llaves, en medio del silencio dolorido de la multitud. Las calles de la ciudad estaban llenas de muertos y heridos, sin que nadie pudiese hacer nada por ellos. Los hombres y las mujeres de la antigua ciudad de Cástulo vieron entrar al invasor godo con horror y angustia. La ciudad había sido siempre un estado autónomo. No gustaba, en absoluto, de los godos y, aunque había tenido que soportar a los bizantinos, no quería rendirse al poder del reino de Toledo.

» Mi hermano intentó impedir el saqueo de la ciudad, pero despojar al enemigo caído formaba parte de la soldada de los combatientes. El botín de guerra fue cuantioso, la ciudad era rica en joyas y bienes de todo tipo.

» Hubo saqueos, raptos, violaciones y estupros, muchas casas se incendiaron. La hermosa ciudad de Cástulo fue arrasada.

» Hermenegildo sintió angustia ante el mal que él mismo había desencadenado y que ya no podía detener. Durante la noche, soldados borrachos recorrían la ciudad, capitaneados por el propio comandante del fuerte, el godo Bessas. Hermenegildo y Wallamir organizaron una patrulla para evitar tantos desmanes. Wallamir se sentía especialmente indignado ante la barbarie de sus compatriotas, y no dudó en enfrentarse a los hombres de Bessas, y al propio comandante, al que encontraron borracho arrastrando a una mujer hispana, quizás una sierva, por los cabellos. Wallamir se lanzó contra él, pero Bessas, que no quería abandonar su presa, la utilizó como un escudo humano. En ese momento, por detrás, Hermenegildo desenfundó su puñal y se lo puso al cuello a Bessas, quien hubo de soltar a la mujer. Finalmente, el comandante y sus compinches fueron apresados y conducidos a los calabozos en la fortaleza de la ciudad.

» Los detenidos cargaban con algunos sacos; dentro de ellos descubrieron carne macerada y pellejos de vino.

» —¿Dónde los habéis encontrado?

» Con voz temblorosa aún por el alcohol, respondieron:

» —En la casa de la mujer hispana... Queríamos que ella nos mostrase dónde

hay más tesoros...

» —No sé nada —dijo ella.

» Hermenegildo se dirigió a Wallamir:

» —Esta carne está demasiado fresca, y o creo que podría ser una pista para saber cómo se aprovisionaba la ciudad.

» Interrogada la mujer, condujo a sus salvadores a una casa en cuyos sótanos había un enorme almacén con productos que habrían llegado recientemente allí, ya que eran perecederos.

» Registraron a conciencia aquel lugar, en el que no parecía haber nada especial. Sin embargo, cuando Wallamir dio un golpe con la empuñadura de su espada a las paredes, una de ellas sonó hueca. La derribaron. De allí partía un túnel. Interrogaron a los criados de la casa, confesaron que aquel túnel conducía a la villa del patricio, Lucio Espurio.

» Hermenegildo decidió enfrentarse a aquel enemigo poderoso. Debería conseguir o bien que reconociese su colaboración con los bizantinos, rindiéndose y llegando a un acuerdo, o bien destruir para siempre al romano.

» Poco sabía mi hermano que en la villa del noble patricio de la casa de los Espurios tendría lugar el fin de su vida hasta ese momento y el principio de una nueva» .

Lucio Espurio

« Cuando la ciudad se pacificó por completo, acompañado de un pequeño grupo de guerreros, Hermenegildo salió de Cástulo. Rodearon la muralla hacia el oeste. Una vía amplia, restos de una calzada romana, se dirigía entre trigales y olivos hacia un poblado de casas de pequeña altura, alrededor de la mansión del patricio.

» —Allí está la villa del senador Lucio Espurio. No es de fiar, siempre se ha dicho que ha colaborado con los imperiales... —anunció el jefe del destacamento godo.

» Hermenegildo asintió:

» —Tenemos pruebas irrefutables de ello.

» —¡Maldito cerdo romano! ¡Hay que castigarle! ¿Por qué no le atacamos? —explotó Wallamir.

» —Es un hombre de gran prestigio entre los hispanos, inmensamente rico... —contestó Hermenegildo—. No podemos atacarle con este destacamento de cincuenta hombres, ni mover las tropas de Cástulo o de la frontera para hacerlo. Los orientales pueden regresar al frente con refuerzos en cualquier momento. La villa es una fortaleza y Lucio tiene a su servicio más hombres de los que imaginamos. Yo quiero ganarme a ese hombre, no destruirlo.

» Cabalgaban con esfuerzo a primera hora de la tarde, bajo el sol tórrido de la planicie, que derretía lorigas y corazas. Atravesaron los sembrados y galoparon al lado de un río. A ambos lados se desplegaban sembrados de cebada y de centeno, que vestían la meseta, llegando hasta la ribera. El río corría mansamente bordeado por el color violáceo de los lirios, que marcaban el límite con los campos de cultivo. Cruzaron un puente de piedra y las armaduras reflejaron destellos metálicos sobre el río. La senda se alejó de la corriente y enfiló hacia la mansión de los Espurios.

» Alcanzaron a la villa romana.

» Un altísimo muro, casi una muralla, con torres y troneras, en las que se disponían arqueros, les recibió. Allí les detuvieron y les hicieron identificarse. Tras las oportunas indagaciones por parte de los criados, hubieron de esperar, todavía, un rato ante la entrada de la propiedad, aguardando hasta que los siervos

recibieron la autorización del dueño de la casa para franquear las puertas. Finalmente les dejaron pasar. Un camino largo y serpenteante, bordeado por cipreses, conducía hacia la mansión del magnate.

» Antes de llegar a la villa, divisaron a su derecha una basílica de amplias dimensiones, adonde se dirigían unos campesinos. A su izquierda un antiguo templo romano, derruido, había sido transformado en un silo. Por fin, alcanzaron la casa del patricio Lucio Espurio; una villa suntuosa, construida en tiempos de Teodosio, el emperador romano antepasado del patricio. El edificio, ubicado sobre una ladera de suave pendiente, se alzaba sobre una planta de gran tamaño, superior a los palacios godos de Toledo, Emérita o Hispalis; de tal modo que, al acercarse, Wallamir y Hermenegildo no pudieron abarcarla con la vista en toda su enorme extensión.

» Las paredes exteriores, de piedra y ladrillo, se elevaban en dos plantas en tanto que en las esquinas y en el centro se disponían torreones^[21]. El acceso a la mansión se realizaba a través de una gran puerta, flanqueada por dos baluartes laterales. Les dieron paso, pero solo a Hermenegildo, duque de la Bética, y a su acompañante Wallamir, mientras que el resto del destacamento debió permanecer en el exterior.

» Unos escalones daban paso al vestíbulo de planta circular. En el suelo del zaguán, mosaicos antiguos dibujaban un rostro con cabellos de serpientes, el semblante de la Gorgona, advirtiéndoles del peligro de penetrar en la mansión sin ser llamados. Después, atravesaron un patio central porticado exuberante de plantas, en torno al cual se distribuían las salas y dormitorios, así como la estancia para recibir y el comedor. La casa era antigua y hermosa, con las paredes cubiertas por frescos que habían perdido su prestancia original. Ya no había artesanos que reparasen las añejas pinturas de las paredes, ni operarios que recompusiesen las teselas de los mosaicos del suelo.

» Guiados por un criado armado, fueron conducidos al lugar donde el patricio solía recibir a sus huéspedes: una amplia sala profunda y con un escabel. En el suelo, un mosaico representaba un tema mitológico, Heracles y la hidra de tres cabezas. En las paredes, frescos con una escena de caza: unos guerreros abatiendo un enorme león. En el techo, múltiples lámparas de aceite iluminaban los rincones oscuros de la sala. Al frente, la sala se abría al patio a través de una vidriera en tonos azules, bajo la que manaba una fuente.

» Lucio Espurio les hizo esperar a la entrada junto a la fuente, provocando una cierta inquietud en los dos jóvenes. Se distrajeron con la fontana; en la pila, la cara de Océano, dios de los mares, con cuernos y una larga barba cubierta perennemente por el agua parecía observarles. Wallamir y Hermenegildo intercambiaron miradas de admiración, toda la mansión era un prodigio de riqueza, no podía compararse a los palacios de los reyes godos, ni en Toledo ni en Hispalis.

» Tras la larga espera, entró el magnate, un hombre muy alto para ser romano, casi tanto como Hermenegildo o Wallamir, ambos de elevada estatura. El noble Lucio Espurio los saludó friamente y, después, se dirigió al sitial, situado en un lugar preeminente del aposento al que se accedía por unos escalones. Los evaluó con gesto de superioridad, entrando directamente a lo que le interesaba:

» —¿Qué trae por estas tierras al noble hijo del rey godo Leovigildo?

» Las palabras del romano parecían amables, pero su actitud no lo era, se apreciaba un tono despreciativo y un tanto irónico al pronunciar las palabras “noble hijo del rey godo”, como si aquel rey no tuviera nada que ver con él. Hermenegildo se dio cuenta de que el ataque iba dirigido directamente contra él, por lo que se vio abocado a abordar el asunto que les había traído allí.

» —El ejército de mi señor padre, el buen rey Leovigildo, al que Dios guarde muchos años, ha sido derrotado repetidamente porque su enemigo bizantino ha sido ayudado por gentes de la zona. Ahora hemos conquistado la ciudad de Cástulo.

» El patricio lo escuchaba displicentemente, con desprecio.

» —Eso a mí no me incumbe...

» —¡Os incumbe más de lo que pensáis! —repuso Hermenegildo en tono grave—. Tengo pruebas de que habéis ayudado a los imperiales, olvidando la lealtad que debéis a mi padre...

» Lucio Espurio se puso en pie y, con gesto altanero, dijo:

» —¿Y bien? ¿Pensáis detenerme?

» Después señaló a la guardia que le rodeaba.

» —Si pensabais hacerlo, deberíais haberos protegido con un grupo más nutrido de soldados que los que habéis traído.

» Hermenegildo intentó no mostrarse afectado por el tono de desdén que se desprendía de las palabras del noble romano; por lo que sonrió suavemente, mirando directamente a los ojos de su oponente.

» —No. Solo deseo que colaboréis y cambiéis vuestra actitud.

» —No colaboraré con un hereje arriano. Con un pueblo que está en constante guerra entre sí. Los bizantinos están en Hispania, no porque los nobles romanos los hayamos invitado, sino porque el antecesor de vuestro padre, el noble Atanagildo de Córdoba, se levantó en tiranía frente al legítimo rey Agila y pidió la ayuda de los orientales. El país ha sido asolado en repetidas ocasiones por las múltiples guerras civiles que mantenéis los nobles godos para conseguir el poder.

» Hermenegildo no se dejó intimidar y le respondió:

» —Ahora el país está en paz; con el rey Leovigildo hemos entrado en un tiempo nuevo. Mi padre ha buscado la paz y la concordia entre los pueblos...

» —Sí. La famosa vía intermedia entre católicos y arrianos, que ha llevado a que el obispo católico de Cesaraugusta deserte de la verdadera fe; a que Mássona

y Eusebio, los de Mérida y Toledo, sean desplazados de sus sedes. Si no aceptamos la nueva religión impuesta por el “noble rey godo Leovigildo” somos perseguidos o desterrados.

» —Os aseguro que la intención mía y la de mi padre es buscar la concordia.

» —¿Concordia? Ahora mismo, en mi casa, está refugiada una persona, que puede testificar las intenciones torcidas de vuestro padre, una persona de alto linaje y gran sabiduría.

» Hermenegildo lo miró sorprendido, no sabía a quién se estaba refiriendo. El noble susurró algo en voz baja a uno de los criados, que salió de la sala. Después, prosiguió:

» —He tenido noticias de todo lo que vuestro padre ha hecho en los últimos tiempos: destierros, confiscaciones de bienes, ejecuciones. Solo he de deciros que no colaboraré con los godos, unos herejes intrusos en estas tierras, que las han assolado bañándolas en sangre.

» Wallamir se revolvió de ira ante las palabras del romano, se llevó la mano a la espada y la desenvainó, abalanzándose contra el patricio. Los guardias saltaron para proteger a su señor, mientras que Hermenegildo se interpuso entre los soldados hispanos y su amigo. Tras un breve forcejeo los guardias los desarmaron a los dos; a la vez que el príncipe godo se dirigió al patricio romano:

» —Venimos en son de paz y nos insultáis. Os advierto que no ganáis nada con esa actitud... Yo deseo colaborar con vos y llegar a un acuerdo.

» —Así lo veo por la actitud de vuestro amigo.

» —Nos habéis ofendido —gritó Wallamir—, a nosotros, a quienes debierais guardar respeto y sumisión.

» Lucio Espurio se enfureció ante las orgullosas palabras de Wallamir. En aquel momento, el criado, que había salido antes, entró en la sala acompañado de un hombre mayor.

» Era Mássona.

» —Noble señor —dijo Mássona dirigiéndose a Lucio—, ¿me habéis mandado llamar?

» Hermenegildo se alegró al ver al prelado, pero el recuerdo de la copa volvió a su mente de modo inmediato, avergonzándole. Había perdido aquel tesoro precioso y, de algún modo, se sentía culpable. El joven godo, retirándose de los soldados que lo apuntaban, se lanzó a los pies del obispo de Emérita, al que besó la mano. Lucio se sorprendió al ver la actitud de deferencia del joven godo frente al obispo.

» —¿Os conocéis? —le interrogó Lucio Espurio.

» —Su madre fue una de las mujeres más notables que he tratado en mi vida —sonrió suavemente Mássona—, y él mismo es un hombre en el que se puede confiar.

» El patricio les observó estupefacto. Mientras tanto, Hermenegildo se dirigió

a Mássona, preguntándole:

» —¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

» —Gracias a vuestro padre, el muy noble rey Leovigildo —manifestó Mássona y, en su alusión protocolaria al rey, se podía adivinar cierta ironía—. Convocó un concilio para hacernos abjurar de nuestra fe en aras de una nueva religión, que él mismo se había inventado. Algunos cayeron en la trampa, como Vicente, el obispo de Cesaraugusta; pero Eusebio de Toledo y yo nos negamos, por ello hemos sido desterrados de nuestras sedes. Así que el buen Lucio Espurio me atacó en su casa.

» Las palabras del prelado sonaron mansas y sin rencor, caldeando el ambiente gélido de la sala. Mientras pronunciaba estas palabras, Mássona advirtió que Wallamir había sido desarmado y uno de los criados de la casa le amenazaba con la espada. Percibió, también, que los guardias de Lucio parecían a punto de atacar a los godos.

» —¿Qué ha ocurrido aquí? —quiso saber Mássona.

» —No, nada que no se pueda solucionar. Dirimíamos unas discusiones teológicas... —se explicó Hermenegildo, no sin un cierto punto de humor, quitando importancia al asunto.

» —¿Con la espada?

» —El noble godo que acompaña al príncipe Hermenegildo se ha sentido ofendido por algunas de mis palabras y ha intentado atacarme. —Habló Lucio Espurio—. Su amigo y pupilo vuestro, el noble Hermenegildo, se ha alzado también contra mí.

» El prelado intervino con palabras de paz.

» —Vamos, vamos, Lucio. Os aseguro que este hijo de Leovigildo es un hombre en quien se puede confiar.

» —Me acusa de colaborar con los bizantinos...

» —Y, acaso, ¿no es así?

» —Lo es; pero esa es mi obligación. Colaborar con los que sostienen la misma religión que yo. Quiero una nueva Hispania, en paz, controlada por el imperio de Oriente, sin bárbaros invasores que destruyan el reino...

» Mássona intentó calmar al senador romano.

» —Los godos fueron aliados del antiguo Imperio romano, del que procedéis —dijo Mássona.

» —¿Creéis eso? ¿Vos, un obispo católico?

» —Sí, lo creo; y también pienso que deberíais absteneros de participar en esta guerra... Debéis respetar los acuerdos entre godos y romanos que provienen desde muy antiguo...

» —Nos oponemos a esos herejes arríanos a la mayor gloria de Dios.

» Mássona pensó en cuántas veces utilizaban los hombres el nombre de Dios para atacarse entre sí.

» —He de recordaros que Dios no quiere las guerras.

» Lucio bajó la cabeza ante la autoridad del obispo; después, este habló en tono de súplica:

» —Me gustaría que invitaseis al duque godo a esta vuestra casa, al menos por esta noche. Deseo hablar con él de algunos asuntos que nos incumben a ambos...

» —Los deseos del obispo Mássona son, para mí, órdenes. El noble Hermenegildo puede quedarse en esta casa todo el tiempo que deseéis, pero su amigo deberá irse. No me gusta que se levanten las armas contra mí, en mi propia casa.

» Wallamir protestó, pues no quería dejar solo a Hermenegildo en casa del enemigo, sin protección; pero este, que también deseaba hablar con Mássona, consiguió convencerlo para que regresase al campamento godo. Wallamir partió con el resto de las tropas rumbo a Cástulo, pero antes de salir le susurró a Hermenegildo que atacarían la mansión del romano, si no regresaba en un par de días.

» Le acomodaron en una hermosa estancia con un maravilloso mosaico de caza, con liebres, perdices y jabalíes en el suelo desgastado por el uso. Las paredes, aunque algo desconchadas, estaban cubiertas por un fresco con escenas mitológicas, la luz entraba a través de una pequeña ventana con rejas. Le trajeron agua para asearse y una túnica limpia. Cansado del largo día, se tumbó en el lecho, contemplando un fresco en las paredes que representaba la escena de la entrega de la esclava Briseida a Aquiles. Pensando en Ingunda, deseando estar junto a ella, entró en una ligera duermevela.

» Unos golpes en la puerta le despertaron. Era Mássona. En los ojos del obispo latía una mirada de afecto; quería pedirle que salieran, pues deseaba hablar con él en privado y el interior de la mansión no era el lugar oportuno, ya que los ojos y oídos de los criados, omnipresentes, eran otros tantos ojos y oídos con los que Lucio Espurio controlaba a sus huéspedes.

» Se alejaron de la casa, dando un paseo hacia el río. Atravesaron el camino delante de la zona de la basílica, y las casas de los múltiples siervos y asalariados de la domus, un nutrido poblado. En una amplia palestra se entrenaban los guerreros, que constituían la guardia del prohombre. Hermenegildo pudo apreciar el poderío militar de la casa de los Espurios.

» Caminaron por el campo; las mieses se doblaban por el peso del fruto. El campo amarilleaba por doquier. El sol descendía al fondo, en las montañas. Se escuchaba correr el río lleno de agua, un rumor que serenaba los espíritus.

» Por el camino le relató escuetamente a Mássona cómo le había sido arrebatada la copa. Finalizó diciendo:

» —He perdido la copa, no he cumplido la promesa realizada a mi madre.

» El prelado le tranquilizó:

» —Cumpliste con lo prometido, hijo mío, la copa llegó adonde debía estar.

Tu promesa ha sido realizada, aunque motivos ajenos a ti hayan dado al traste con todos tus esfuerzos. Sin embargo, me preocupa profundamente que la copa de poder esté con alguien que no la merece. Ese alguien es el rey Leovigildo.

» Aunque la confianza ciega que siempre había depositado en Leovigildo hacía tiempo que había comenzado a debilitarse, Hermenegildo no era un traidor y debía fidelidad al rey, por ello protestó.

» —Es de mi padre, vuestro rey y señor, de quien habláis.

» Mássona le habló, de modo ajeno al protocolo, como cuando él era un muchacho en Emérita y le explicaba cosas.

» —Tú, como yo, sabes que el rey Leovigildo no debe poseer esa copa. Tu madre no quiso eso, por eso jamás le hablé de ella. La copa no debe estar sometida a alguien que está lleno de ambición...

» De nuevo Hermenegildo defendió al rey, aunque quizás en su voz había una cierta inseguridad.

» —No debéis hablar así de mi padre. Sé que el rey os ha desterrado, pero sigue siendo el rey. Mi padre...

» —¿Vuestro padre...? Vos creéis que conocéis a vuestro padre y no es así.

» Mássona se detuvo como queriendo decir algo más, algo que no estaba seguro de querer decir. Hermenegildo se extrañó ante aquellas palabras. Una vez más, se dio cuenta de que había algo desconocido en su pasado, algo que él ignoraba.

» A veces pienso que mi hermano Hermenegildo siempre había intuido la verdad sobre sus orígenes; pero le ocurría como al enfermo de una dolencia mortal, que no desea oír un mal augurio y evita preguntar lo doloroso.

» Hermenegildo, sin pronunciar palabra, miró expectante a Mássona, quien comenzó a hablar de nuevo de la copa:

» —Recuerdas el día que hablamos en Emérita Augusta y te expliqué todo lo que conozco de la copa. Ese día te revelé que el cáliz sagrado tenía dos partes... Una copa de ónice y una copa de oro de origen celta. Te llevaste la copa celta, que era la que debía ser entregada al abad del monasterio junto a la cueva. Yo me quedé con la de ónice. Pues bien, me he dado cuenta de que esa copa no es mía, que de alguna manera te pertenece.

» Mássona buscó en sus amplios hábitos pardos. Del interior de una faltriquera sacó un pequeño cuenco brillante; lo levantó y de él salió un destello rojizo que brilló un momento al sol del atardecer.

» —Esta es la copa auténtica, la copa que Nuestro Señor utilizó. Un vaso sencillo; pero de un material excepcional, no tiene adornos ni está cincelada... Cuando celebro en él, me parece que puedo notar que Cristo está cerca.

» Hermenegildo observó aquel vaso tan sencillo y, casi sin darse cuenta, extendió su mano hacia él. Mássona no solo permitió que la tocara, sino que la dejó en sus manos. El joven miró hacia el fondo de la copa. En la piedra

transparente y oscura le pareció ver un hombre barbado que le sonreía; la mirada más amable que nunca hubiese existido atravesó su corazón. En un segundo la visión cesó. Levantó sus ojos claros del interior de la copa y su mirada se encontró con la de Mássona.

» —¿También lo has visto?

» —Sí. Alguien que me mira desde el fondo de esa copa. Alguien con la mirada más amable que nunca jamás he conocido...

» Mássona se emocionó e, interrumpiéndole, le dijo:

» —Hijo mío, se necesita limpieza de corazón para ver lo que tú has visto. Yo he podido adivinar el misterio escasamente alguna vez. Leovigildo me persigue, creo que sospecha que la copa que tiene está incompleta. La forma más segura de esconder este vaso sagrado sería que tú lo guardases, sin decir a nadie que lo tienes. No puede llegar a tu padre. ¿Lo entiendes?

» —Yo nunca traicionaré a mi padre...

» —A no ser... —Mássona dudó.

» —¿A no ser qué?

» —Que aceptes lo que es evidente para todos, excepto para ti.

» —No os entiendo.

» El obispo de Mérida titubeó durante un segundo más, en el que se concentró en sí mismo y pensó en la madre de Hermenegildo. Ella le había dicho alguna vez que llegaría el momento de decir la verdad a su hijo. Quizás este era el momento. Algo se abrió paso en su interior y le pareció escuchar, dentro de sí, una voz femenina, muy suave, que le animaba a revelar la verdad. Consideró que la ocasión había llegado, la oportunidad de enfrentarse al pasado. Mássona habló despacio pronunciando las palabras con claridad, para no dejar ninguna duda y ser entendido.

» —Leovigildo, rey de los godos, no es tu padre.

» La ira encendió el rostro de Hermenegildo, quien exclamó:

» —De todas las patrañas que se me han dicho en mi vida, esa es la que colma el vaso. Yo soy godo, hijo de godos, nieto de godos, orgulloso de mi estirpe.

» —¡Hijo mío! Eres nieto de godos, eres hijo de una princesa goda, hija de Amalarico, de la estirpe real de los baltos, pero tu padre no es Leovigildo.

» —¡No! ¡No es así! ¿Cómo puedes saberlo...? —gritó el joven.

» —Atendí a tu madre cuando llegó a Emérita. Estaba esperando un hijo. La princesa lloró muchas veces conmigo, diciéndome que su hijo iba a ser asesinado por el noble duque Leovigildo, su esposo. Ella, tu madre, sabía quién era el padre de la criatura.

» —¿Por qué nunca me lo dijo...?

» —Al principio, ella tenía miedo y tú eras un niño... Cuando te hiciste mayor, admirabas a Leovigildo y estabas orgulloso de tu estirpe visigoda...

» —No. No lo puedo creer...

» Mássona le miró compasivamente; la agitación y la incredulidad luchaban en el alma de Hermenegildo pero, en el fondo de sí mismo, sabía desde mucho tiempo atrás que lo que Mássona le estaba manifestando era la verdad. Siempre lo había intuido, siempre había sabido que algo en su pasado era oscuro.

» —Y... —Dudó al hacer la pregunta—. ¿Quién dices que es...?

» —Un guerrero cántabro... Su nombre era Aster, el mismo que tenía otro hijo, a quien creo que has conocido.

» —¡No! —gritó de nuevo Hermenegildo—. ¡No es posible!

» La cara de Hermenegildo se tornó pálida por la angustia; después, continuó:

» —Leovigildo siempre me ha reconocido como hijo suyo; delante de todos lo soy.

» —El rey Leovigildo quería fundar una dinastía, le venía bien aquel hijo de la princesa franca. Lo aceptó como suyo, pero nunca lo quiso. Dime, Hermenegildo... ¿Te has sentido amado alguna vez por el que dice ser tu padre?

» El joven guardó silencio. Todas las dudas, toda la amargura que había albergado en su interior los últimos años, se abrieron como en una cascada. De pronto, se le hicieron patentes los años de sufrimiento de su madre, y recordó al hombre a quien él había hecho prisionero en el norte, el jefe de los cántabros. Resonó en su mente el grito de Uma, en Ongar, y las miradas de todos los montañeses, fijadas en él. Repasó también todas las humillaciones que le había infligido en los últimos años el gran rey Leovigildo, al que debía llamar padre. No, nunca se había sentido amado por el rey de los godos Leovigildo, sino más bien humillado, despreciado y postergado.

» Hermenegildo intentó una nueva defensa, más débil. Lo que Mássona le había revelado suponía un cambio total en todas las convicciones del príncipe godo.

» —El rey es recto, tiene un carácter noble y fuerte; por eso, a menudo, ha tenido que reconvenirme.

» —No. Nunca ha sido así con Recaredo. Cuando erais niños y vivíais en Mérida pude comprobar la diferencia, una diferencia que tú te negaste siempre a aceptar, porque amabas a Recaredo; le querías tanto que no podías sentir celos de él. Querías a Recaredo y aún te importa más que nada en el mundo, a pesar de vuestras diferencias. Considerabas que él era mejor que tú y que, por eso, merecía el trato de favor de tu padre. Y sí, ha habido un trato de favor... Si no es así, dime por qué a él le ha construido una ciudad de nueva planta en el Alto Tajo, por qué le protege tanto, y por qué te ha enviado aquí al sur, con los hispanos; lejos del ambiente de la corte, sin darte ayudas, en una guerra con los orientales en la que tienes todas las de perder.

» Hermenegildo parecía no escuchar lo que le estaba diciendo Mássona.

» —¿Él es su hijo?

» —Sí. Lo es.

» El joven duque de la Bética sintió unas enormes ganas de huir, huir de Mássona, huir de sí mismo y del que siempre había llamado padre. Poco a poco, algo se fue abriendo en su mente y todo el pasado se ordenó. Intentó evocar la faz del guerrero cántabro, rememoró su barba oscura y poblada, recordó sus ojos casi negros de mirar tan amable. Cayó en la cuenta de que el día en el que le capturó, le podía haber matado, y no lo hizo; le dejó vivir ante unas palabras de Lesso, que le hablaban de su madre.

» —Hijo mío, la copa es tuya. La copa perteneció siempre a la familia de Aster, tu padre; por tanto, es tuya. La copa es poderosa cuando está toda unida, el cuenco de ónice y la copa de oro celta. Debes recuperarla por entero y devolverla adonde corresponde. ¿Lo harás?

» En Hermenegildo ya no quedaban fuerzas para resistir; se había rendido a lo evidente, a lo que siempre había sospechado en el fondo de su corazón, a lo que había querido negar durante años.

» —Sí, lo haré...

» Miró a Mássona; en el rostro del príncipe godo persistía aún, una expresión de incredulidad. El labrantío se extendía ante ellos, la luz de la tarde rebotando en los campos de trigo y cebada. El que, hasta ahora, se había sabido hijo de un rey godo, ya no lo era. Todas sus reservas mentales se vinieron abajo. Necesitaba estar solo, pensar sobre todo aquello que le había golpeado y que no era capaz de asimilar. Entonces, levantó los ojos claros, sinceros, limpidos, hacia Mássona suplicándole:

» —Déjame. Quiero estar solo.

» Mássona lo entendió, le acercó el cáliz de ónice, que Hermenegildo tomó torpemente de su mano. Se separaron, Mássona volvió a la casa dejando tras de sí, la figura angustiada y encorvada de Hermenegildo, que se alejaba caminando por la orilla del río. A su paso, una bandada de patos levantó el vuelo. Después de un tiempo de andar errante, se sentó junto a los lirios de la rivera.

» Su mente estaba vacía. Solo oía el ruido manso del agua, en su cabeza no había palabras y mantuvo el juicio en suspenso. El sol se ponía a lo lejos, con parsimonia, en aquella tarde de calor. Descuidadamente metió el cuenco de ónice en el río, lo llenó de agua y lo levantó. Miró en el fondo y le pareció ver a su padre, a su auténtico padre, que le vigilaba; su mirada era una mirada paterna, una mirada comprensiva y afectuosa. Y la paz colmó su corazón. Bebió de aquella agua del río en la copa; una nueva fuerza inundó su ser. La verdad, la única verdad de su vida se alzó ante él. De pronto, sintió un profundo desprecio hacia aquel hombre, Leovigildo, que había marcado su infancia y juventud. Todos los agravios, sufridos aquellos años, se removieron ante él. Recordó todos los padecimientos de su madre, la princesa franca. Reparó en que ahora era el momento de poner todo en su sitio, el momento de recuperar lo que era suyo.

Consideró que su sangre era goda, pero también cántabra, como la de su verdadero padre, y que él estaba más cerca de los hispanos que de los godos. También entendió que aquella religión arriana no era la suya, no colmaba las ansias de verdad y de bien que siempre había albergado en el fondo de su corazón. Su padre, su verdadero padre, había sido un católico como Mailoc, como Lesso, como Mássona. Su madre también. Él había sido arriano para respetar la tradición goda. Ahora era libre de buscar la verdad.

» Se percató de toda la maldad que albergaba el corazón de Leovigildo. Recordó que le había obligado a dirigir la ejecución de su propio padre. Además, recordaba la muerte de la que ya nadie nombraba. Los extraños rumores que corrieron por Toledo.

» Quería la verdad, la verdad sobre la muerte de su madre.

» Después minaría el poder omnímodo de aquel rey goda al que rechazaba; pero lo haría con prudencia; se rebelaría subrepticamente contra él. Una idea insistente se repitió en su cabeza: se independizaría de Leovigildo. No por afán de dominio o poder, no por ambición, sino por justicia. Separaría a los hispanos de la Bética del dominio de aquel rey tirano. Sí, los romanos le apoyarían; Bizancio también: los suevos, católicos como él, lo harían, y los cántabros y astures, su hermano Nicer. Los francos, regidos por Brunequilda, respaldarían a Ingunda. Sería el fin de Leovigildo, de su imperio de mentiras y de miedos.

» Bebió de nuevo del cáliz de ónice. Intentó ver en el fondo la figura del hombre barbado que le miraba, pero lo único que pudo ver fue la piedra de ónice, brillando, y su propia faz, encendida aún por el despecho y el dolor.

» El sol rozó, con sus últimos rayos, el río. En el cielo brilló la estrella de la tarde. Hermenegildo, levantándose, envolvió el cuenco de ónice en su capa. Al fin, tomó el camino de regreso hacia la casa de Lucio Espurio.

» Atravesó un trigal, los siervos labraban la tierra, vigilados por capataces. Entonces, un hombre de mediana estatura, uno de los siervos que estaban trabajando en el campo; salió corriendo hacia él, perseguido por el capataz, y se arrojó a sus pies, gimiendo.

» —Mi señor, mi señor Hermenegildo... Libradme de la servidumbre.

» Aquel hombre era Román.

» —¿Qué haces aquí?

» —Asaltaron mi casa, mataron a mi mujer y me vendieron al noble Lucio Espurio, convirtiéndome en siervo...

» El capataz había llegado también junto a ellos, blandiendo un látigo. Hermenegildo se situó entre ambos. El capataz, al ver la actitud del príncipe goda y su indumentaria, se detuvo.

» —Os ruego no golpeéis a este siervo... Ha trabajado para mi familia hace algún tiempo.

» —Debe volver al trabajo...

» —Lo haré.

» Hermenegildo se agachó hacia él y murmuró alguna palabra en su oído. Con reticencia, Román volvió al campo. El joven duque godó le vio retirarse con una expresión de compasión; después, él se dirigió a la mansión de Lucio.

» En el vestíbulo de la Gorgona, la guardia se cuadró ante él. Asaltado por mil pensamientos, cruzó los patios, sin ver las hermosas salas ni las fuentes, hasta llegar al comedor, donde los demás comensales lo esperaban. En la sala se sentaban recostados Lucio Espurio, su esposa Pulquería, el obispo Mássona y varios hijos de la familia; eran jóvenes, el mayor tendría unos quince años; se llamaba Licinio. La conversación se dirigió hacia temas intrascendentes. Las cosechas, los siervos huidos y las incursiones de bandidos que eran frecuentes. La cena fue deliciosa, con vinos suaves de la zona, pato con hierbas aromáticas, espárragos y puerros; pero Hermenegildo se hallaba ausente. Mássona se preocupó ante su silencio obstinado. De pronto, interrumpiendo la conversación, el príncipe godó intervino:

» —Amigo Lucio, vuestra familia está asentada en tierras de la Bética desde siglos atrás.

» Lucio sonrió, aquel tema le agradaba especialmente. Se sentía orgulloso de los orígenes de una familia que enraizaban en la leyenda.

» —La tradición de mis mayores une los orígenes de mi familia con Hércules, el hijo de Zeus, el fundador de Gades, el que separó las columnas del estrecho. Dicen que Argantonio, el gran rey tarteso, fue hijo suyo y que mi familia procede de él. También se dice que los griegos fueron nuestros antepasados. De hecho, siempre hemos comerciado con Oriente, y de ahí procede nuestra fortuna. En las guerras púnicas mis predecesores apoyaron a los romanos frente a los cartagineses, quienes nos impedían el comercio con la Hélade. El nombre de mi familia, Espurio, quiere decir bastardo...

» —No parece muy agradable...

» —Indica que somos descendientes del bastardo de Júpiter, Heracles... Estamos orgullosos de ese nombre.

» —¿Desde cuándo sois cristianos?

» Volvió a sonreír, mientras respondía:

» —Muchas generaciones atrás, no recuerdo cuándo, éramos paganos.

» —¿Os sentís fuertemente católicos?

» —Lo somos. En las persecuciones de Diocleciano hubo mártires en mi familia. Nunca seguiremos a un príncipe que no sea fiel a la fe ortodoxa.

» —¿Odiáis a los godos?

» Mássona miró preocupado a Hermenegildo, no sabía adónde quería dirigirse con aquel interrogatorio. Temió que el patricio pudiera molestarse, pero no era así; Lucio disfrutaba con la historia de su familia y demostrando su poder.

» —No. Quizá me habré explicado mal, no es odio, pero os considero

fuertemente incivilizados, alejados del mundo cultural romano.

» —¿Nunca seríais capaces de seguir a un godos?

» —Pienso que no.

» —¿Y a un godos que os respetase, que os hiciese formar parte del Aula Regia? Un príncipe que, realmente, respetase la religión que profesáis.

» —Quizá, sí...

» —Pues bien, sabed que esta tarde he estado hablando con Mássona y, en Hispalis, he discutido largamente con vuestro obispo Leandro. Si yo os asociase al gobierno de la Bética, a vosotros, a los nobles hispanos..., ¿la población romana me apoyaría?

» Lucio se incorporó bruscamente del diván en donde estaba echado, muy animado por el cariz que iba tomando la conversación.

» —Si no fuese una añagaza para dominarnos... realmente sería mucho más de lo que cualquiera de nosotros pudiera desear. Si eso fuese así... ¡Brindo por Hermenegildo, el futuro rey de la Bética!

» Lucio se levantó y alzó la copa. Hermenegildo, al oírse llamar rey, se sintió entre sorprendido y asustado.

» Durante la cena continuaron haciendo planes sobre el futuro reino de la Bética. La esposa de Lucio se sentía admirada de lo que estaba ocurriendo.

» —Necesito una tregua con los bizantinos. Sé que vos los conocéis de cerca y que se fían de vosotros.

» —Comenciolo, el *magister militum* de la provincia bizantina de Spaniae, es amigo mío. Me debe, como sabéis, muchos favores; entre otros, el aprovisionamiento de Cástulo.

» —Necesitaría una entrevista personal con él. Podría tener lugar, si no os oponéis, en esta misma casa. Quiero conseguir la paz con los bizantinos: una alianza entre pueblos católicos.

» —No creo que Comenciolo se oponga. La situación de los bizantinos es crítica. Desde que les derrotasteis en Cástulo, sus posiciones han empeorado. Sobreviven en Hispania porque los antiguos hispanorromanos, de raigambre católica, les apoyamos. No podrían nada frente a una Hispania realmente unida. El emperador Tiberio tiene demasiados problemas en el frente persa como para enviar tropas a la lejana Hispania. Estará encantado de negociar con vos.

» —Pues os ruego que hagáis las gestiones necesarias...

» Lucio escrutó atentamente a Hermenegildo, no entendía el cambio de actitud del príncipe godos:

» —¿Vuestro padre qué dirá de esto?

» —Me es indiferente. Yo soy ahora el gobernador de la Bética, con plenos poderes que me han sido concedidos por gracia divina.

» Mássona presenciaba la conversación entre godos y romano sin intervenir. Le preocupaba el cambio de actitud de Hermenegildo; sabía cuál era el origen

último de aquello: el príncipe godo rechazaba al que ya no consideraba su padre.

» Hicieron planes. Lucio Espurio deseaba participar en el nuevo gobierno de la Bética. Tras asegurarle, Hermenegildo, el profundo cambio que iba a tener lugar, fue inquiriendo sobre las personas con las que podía contar. En la conversación salió la figura de Cayo Emiliano.

» —Ese hombre no es de fiar. Un comerciante al que solo interesa el dinero. Hoy estará de vuestro lado pero, en cuanto exista un mejor postor, os venderá... Es una víbora...

» —¿Lo odiáis mucho?

» —Él era un liberto de mi familia. Nos educamos juntos, pero a él solo le interesa el oro. Se siente avergonzado de haber trabajado para los Espurios. Nos vendió a los godos y después a los bizantinos...

» —Él cuenta una historia completamente distinta.

» —Podéis averiguarlo vos mismo.

» La conversación continuó. Hermenegildo se sinceró con Lucio Espurio: tenía grandes planes que iba forjando al ritmo de sus palabras.

» —Quiero separarme de mi padre. Me he dado cuenta de que es un tirano. Sin embargo, no desearía que corriese la sangre de hispanos y godos en una nueva guerra civil, una más de las tantas que han ocurrido durante la dominación goda.

» Lucio le hizo descender a la realidad:

» —Al final, habrá guerra. Los godos no consentirán la escisión de su territorio. En eso son muy diferentes a los francos. Los reyes merovingios consideran sus estados como parte de su patrimonio, lo dividen entre sus hijos como si fueran sus fincas. Después los descendientes de Meroveo guerrear entre ellos, se matan y vuelven a unir otra vez el territorio. Los godos tienen una conciencia nacional diferente. Habrá guerra y habéis de prepararos para ella.

» Se escuchó la voz de Licinio, el hijo de Lucio:

» —Si hay guerra, yo quisiera combatir...

» Ni su padre ni su madre estaban de acuerdo, y esta última se volvió para advertirle:

» —En el ejército godo solo caben los godos.

» —En el ejército del reino de la Bética, habrá godos y romanos, luchando juntos. Yo empecé a combatir cuando tenía tu edad... pero tú aún dependes de la potestad de tu padre.

» —Ya hablaremos —concluyó este.

» Mássona se encontraba incómodo, el cambio de actitud de Hermenegildo venía dado por el conocimiento de la verdad de su vida que él acababa de revelar.

» —No debéis enfrentaros en una guerra civil contra vuestro padre... —le previno Mássona—, los godos os rechazarán y muchos hispanos también.

» —Yo pienso que este es el momento, y que Hermenegildo es el hombre — protestó Lucio—. Le apoyaré...

» —Os lo agradezco de corazón —le manifestó Hermenegildo.

» —Si hay algo que yo pudiese hacer por vos... No tenéis más que pedirlo.

» Hermenegildo pensó en Román.

» —Sí. Hay algo. Cuando volvía hacia aquí por el campo, me encontré con un antiguo liberto de la casa de los baltos. Hace tiempo el poblado en que vivía fue asaltado por algunos bandoleros, que mataron a su familia. Al parecer, él ha sido vendido como siervo. Me gustaría recuperarlo. Os daré lo que me pidáis.

» —No hay inconveniente. Aunque hoy día, los siervos son un bien escaso, os lo cederé de buena gana. Sabed que podréis contar conmigo en el establecimiento del nuevo reino de la Bética.

» Aquella noche mi hermano no durmió. Su vida había cambiado; posiblemente no habría y a una vuelta atrás. Al amanecer, se levantó cansado de dar vueltas en el lecho y salió al patio, en el que la fuente oceánica manaba sin fin. Se sentó junto a ella, jugando con el agua durante horas. No supo bien cuándo Mássona se situó a su lado.

» —El odio no es buen compañero, ni guía.

» —Yo no odio a Leovigildo.

» —¿Estás seguro?

» —Siento un dolor profundo. En Leovigildo hay algo malvado. Comandé el pelotón que ajustició a mi verdadero padre. Antes de morir, me miró; sé que me miró con una mirada profundamente compasiva. No la entendí. Sí, hay algo perverso en la mente de Leovigildo. En la campaña del norte, me ordenó que matase a los jefes cántabros; hubiera matado a Nicer, mi propio hermano. ¿No es todo esto cruel?

» —Lo es, pero debes perdonar. Nuestro Señor Jesucristo lo hizo.

» —No sé si le perdono o no; quiero olvidar a ese monstruo. Sencillamente, no quiero pensar en él; mi único anhelo es que triunfe la justicia. Es injusto que Leovigildo detente un poder que no le corresponde, que proviene de mi madre, a quien desprecio y maltrató. La oí llorar tantas veces cuando yo era niño... También está su muerte...

» —Debes olvidar.

» —No puedo. Leovigildo es un tirano que oprime a su propio pueblo y a los hispanos. No merece reinar.

» Ambos callaron. Mássona se arrepintió de haber abierto la caja de Pandora de la que surgen todos los males. No sabía cómo calmar a Hermenegildo. Después de un rato de silencio, el joven duque de la Bética volvió a hablar:

» —Mássona, amigo mío, no te preocupes por mí. Regreso a Hispalis. Iré al campamento godo. Hablé con Lucio, él me conseguirá una reunión con Comenciolo, el jefe bizantino.

» Tras unos instantes de silencio prosiguió:

» —Querido Mássona, Leovigildo es un opresor que solo busca el poder. Sé que finalmente habrá una ruptura. Leovigildo no me quiere como su heredero y habrá guerra. Confío en que siempre estarás a mi lado. Solo le pido a ese Dios en el que crees que, en la guerra, Recaredo y yo no estemos en distintos frentes...

» La casa de Espurio había despertado y se llenó de gente. Algunos criados limpiaban en el patio; miraron con sorpresa a los dos hombres, levantados a horas tan tempranas.

» Después de un breve almuerzo Hermenegildo se despidió del amo de la casa, que había comenzado su colaboración con el joven duque de la Bética, aportando una pequeña cohorte de guerreros, a la que se sumó su hijo Licinio. En la puerta le esperaba Román, al que abrazó; juntos emprendieron el camino hacia el fuerte godo.

» Antes de llegar se encontraron con Wallamir, iba al frente de un grupo de soldados.

» —¿Estás bien? —le gritó—. Salíamos a rescatarte de esa guarida de romanos.

» —Sí, lo estoy y traigo más hombres para engrosar nuestro ejército.

» Wallamir miró de arriba abajo a aquellos hombres preguntando con incredulidad:

» —¿Más hispanos...?

» —Sí. Es lo que se vende por aquí... —rio Hermenegildo sin darle demasiada importancia.

» Para sí, pensó: “Yo también soy hispano”.

Una tarde de estío

«—¿Eres feliz? —le dijo Ingunda olvidando todo protocolo.

» Unos meses atrás, Hermenegildo había regresado victorioso de la campaña contra los bizantinos; toda Hispalis había salido a aclamar a su príncipe, a contemplar el botín de guerra. Poco después, el duque de la Bética había firmado la tregua con el jefe bizantino Comenciolo. La paz reinaba en la hermosa ciudad de Hispalis, regida por la mano firme y justa de Hermenegildo. Los hispanos secundaban, cada vez más, el gobierno de su duque y señor. Los godos, por su parte, parecían también colaborar, pero había descontento entre ellos.

» Aquellos meses, desde su regreso de Cástulo, los príncipes se habían acercado aún más el uno al otro. Ella observó con asombro cómo él abandonaba las prácticas arrianas, cómo frecuentaba al obispo de Hispalis. Gracias a la palabra elocuente de Leandro, Hermenegildo se aproximaba a la fe católica. Ingunda se sintió dichosa. El anuncio de que un nuevo príncipe de los baltos vendría al mundo les encontró absortos en su felicidad.

» Ahora él estaba con Ingunda, ambos recostados en el mismo triclinio, escuchando caer el agua en un gran estanque de uno de los patios. Un calor húmedo y denso llenaba la casa y toda la urbe.

» —Solamente quiero estar para siempre así, a tu lado —le contestó él sonriendo—, solo deseo estar toda mi vida junto a ti...

» Hermenegildo le acariciaba el dorado cabello. Ella detuvo sus caricias y se levantó, nerviosa. Desde días atrás, pensaba lo que quería decirle. Caminó hasta el borde del estanque y bajando sus limpios ojos hacia el agua, sin mirarle, le dijo en el tono protocolario que ambos adoptaban para los momentos trascendentes:

» —Mi señor y príncipe, sé que algo en vos ha cambiado. Desde que volvisteis de la guerra no habéis parado de trabajar para acercaros a los hispanos; hay rumores en la ciudad. Os critican, lo sé. Hildoara me ha dicho que os enfrentaréis a vuestro padre, que os ha llamado a Toledo y os habéis negado.

» Él se levantó; acercándose por detrás, la sujetó por los hombros.

» Las imágenes de ambos se reflejaban en el agua del estanque.

» —Ingunda, necesitaré que confíes en mí. He decidido cambiar mis

lealtades.

» Ella, sorprendida, le habló de nuevo en un tono informal.

» —¿A qué te refieres?

» —Quiero ser como tú, quiero ser católico y creer en lo que tú crees. La religión de los romanos es la verdadera.

» Ella, gozosa, le miró; las huellas de un primer embarazo la hermozeaban, redondeando las finas líneas de su rostro.

» —Nuestro hijo profesará la fe de Clodoveo y Clotilde... —musitó Ingunda—, pero será godo. Se llamará Atanagildo. Mi madre me pidió que si tenía un hijo, este llevase el nombre de su padre; el noble Atanagildo. Cambiaremos el reino. Decíme, esposo mío, cómo habéis decidido dar ese paso, cambiar algo que estaba unido a vuestra condición de príncipe godo. ¿Cómo habéis llegado a aceptar la fe de mis padres como la verdadera?

» —Leandro dice que hay que servir a Dios antes que a los hombres. Yo servía a mi padre, le obedecía. Aunque siempre he sabido que la religión de mi madre, la de Mássona, la de Leandro, es la verdadera. Todo en ella siempre ha sido coherente y diáfano para mí. La religión arriana es pura política nacionalista. Yo me sometí a ella porque antes guardaba una lealtad profunda hacia el rey. Ahora ya no.

» —Sé que ocurre algo. Adivino que hay un motivo íntimo en vuestro cambio. Sin embargo, no entiendo por qué abandonáis así a vuestro padre. Decíme, mi señor. ¿Por qué rechazáis de tal modo al rey Leovigildo...?

» Él calló, dudando en revelar el secreto.

» —Le rechazo como padre. Él nunca lo ha sido.

» —Nadie puede rechazar a su padre.

» Entonces, Hermenegildo miró a su esposa, pero con ojos desfigurados por el miedo a perderla, mientras le preguntaba con gran confianza:

» —Ingunda..., ¿me querrás siempre? ¿Me querrías aun cuando yo no fuese de estirpe real?

» —¿Cómo puedes decir eso?

» —Imagina que soy hijo de un campesino, de un siervo de los que cultivan las tierras... ¿Me querrías?

» —Te querría, sí, pase lo que pase.

» —¿Estás segura?

» —Sí.

» Hermenegildo calló unos segundos que se le hicieron eternos, después tomó fuerzas para confesarle:

» —Mi padre no es Leovigildo...

» Ella le miró con ojos de incompreensión.

» —Eso es imposible.

» —No, no lo es, mi padre fue un rebelde cántabro, el primer esposo de mi

madre, un hombre que no poseía la sangre real de los baltos. Leovigildo me hizo pasar como hijo suyo, pero yo no soy hijo del rey.

» Ella comprendió que su esposo decía la verdad. Sin embargo, ya desde tiempo atrás Ingunda no estaba unida al príncipe godo con quien la habían desposado. Ingunda amaba al hombre, a Hermenegildo, y sabía que nada ya la podría separar de él. Sin embargo, ella no podía olvidar que era una mujer de estirpe real, hija y nieta de reyes; así que, con su acento suave del norte, pero en tono serio, le tranquilizó:

» —Leovigildo tampoco la tiene. Vos tenéis verdadera sangre real por vuestra madre... En cualquier caso, me da igual quién sea vuestro padre.

» Después, dirigiéndose a él con un enorme amor y convicción, continuó:

» —Yo te quiero por lo que eres. No me importa el tipo de sangre que circule por tus venas. Si tienes que enfrentarte a tu padre, yo me enfrentaré también a él. Además, he de decirte algo.

» La expresión de ella al decir estas palabras era misteriosa. Hermenegildo la observó entre enternecido y regocijado: “¿Qué le cruzaría por la mente a su bella esposa?”.

» —Mi madre, la reina Brunequilda, ahora regente en el trono de los francos ante la minoría de edad de mi hermano Childeberto, quiere apoyaros, mi señor y príncipe. Me han llegado nuevas de la corte de Austrasia. A ella no le gusta el rey Leovigildo, quiere que su nieto, el que yo llevo dentro, llegue al trono de los godos. Tendréis toda su ayuda.

» —Vuestra madre y el reino de Austrasia están muy lejos.

» —Ella es poderosa entre los francos. Sus enviados me han ofrecido su cooperación. Estoy segura de que habrá guerra, y esta será larga y difícil.

» Hermenegildo, que de pronto pareció adivinar el futuro, se entristeció:

» —Si el rey Leovigildo nos ataca, algo que antes o después ocurrirá, deseo que salves a mi hijo, que huyas...

» —Nunca te abandonaré.

» —¡Harás lo que te digo!

» Ella calló, sorprendida ante la energía de unas palabras que le produjeron un profundo dolor. Él, al advertirlo, continuó en un tono mucho más suave, casi en un susurro:

» —Y si muerdo, al menos protege a mi hijo...

» —¡Eso no va a ocurrir!

» Ingunda comenzó a llorar desconsoladamente. Él no sabía cómo calmarla. Una vez más comprobaba que no era una mujer fuerte sino una niña, aquella a quien un tiempo atrás le habían dado por esposa» .

La guerra civil

Recaredo calló unos segundos. Entraba en la parte más dura de la historia, en la guerra civil, cuando había luchado en el frente contrario a su hermano. Tras ese breve lapso de tiempo tomó ánimos para continuar el relato, confortado por la mirada dulce y amante de Baddo.

«Durante meses, mientras mi hermano Hermenegildo cambiaba enteramente su vida y sus lealtades, yo combatía en la Gallaecia. Una lucha complicada frente a unos enemigos, los suevos, bien adiestrados y que conocían el terreno. Soñaba contigo. Muchas noches te sentía cerca y me parecía hundirme en el placer profundo de tu cuerpo; pero al despertarme, tú no estabas. A menudo me parecía escuchar en sueños tu risa fuerte, y deseaba acariciar tu cabello rizado y castaño.

» Un rumor insistente comenzó a escucharse en el frente: la reina Goswintha deseaba unir la sangre goda con la franca; ya había casado a su nieta mayor con Hermenegildo. Ahora proyectaba matrimoniar a la pequeña, la princesa Clodosinda, conmigo; pero yo me sentía con suficiente fuerza ante mi padre como para posponer las proposiciones matrimoniales que Goswintha buscaba con tanto afán. Con distintas artimañas, pude ir retrasando el posible enlace. Mientras tanto, los correos atravesaban las Galias y las tierras hispanas, llevando y trayendo mensajes que, por un motivo u otro, postergaban las bodas francas.

» En aquel tiempo, yo estaba preocupado por Hermenegildo, de quien me llegaban noticias aisladas y poco consistentes. Sabía de su matrimonio con Ingunda. Al frente nos llegaron también los rumores de las peleas entre la católica princesa franca y la arriana reina Goswintha. Se conoció que Hermenegildo había sido nombrado duque de la Bética; pero, de pronto, un silencio sobre lo que estaba sucediendo en Hispalis se extendió por el reino. Esa falta insistente de nuevas, como si alguien me ocultase algo, llegó a intranquilizarme profundamente.

» Unos meses más tarde, mi padre llegó al frente del norte procedente de la corte de Toledo. La campaña contra los suevos se recrudecía; con él trajo tropas de refuerzo: hombres que provenían de Mérida, y entre ellos pude ver al frente de una cohorte a mi viejo amigo Claudio, quien, aburrido en la villa de sus padres

en Emérita Augusta, se incorporó a la campaña contra los suevos. Me alegré mucho de su regreso al frente de combate. Sabes bien que Wallamir, Claudio, mi hermano y yo estábamos muy unidos. A Claudio le gusta la guerra y es un hombre alegre; nos contó con tono jocoso el casorio de Hermenegildo con la niña franca y muchos chismes de la corte. Por él supe los detalles de la llegada de Hermenegildo a Toledo y la actitud de mi padre para con él. Con la llegada de mi noble amigo hispano y con la de mi padre, la campaña tomó otro cariz, la suerte se puso de nuestro lado. Se rumoreaba que Leovigildo poseía un amuleto de poder; una copa sagrada y que, al beber de ella, se hacía invulnerable. Por otro lado, todos advertíamos que nuestros enemigos, los suevos, nada podían frente a la superioridad del eficiente ejército visigodo.

» Ya sabes que los suevos son salvajes, buenos jinetes pero no demasiado buenos militares porque no son disciplinados como nosotros, los godos. Mi padre Leovigildo me enseñó la importancia de la obediencia en el mundo militar. Decía que un capitán o consigue hacerse obedecer por sus soldados o es hombre muerto, que a un gobernante o se le acata o se le paraliza, que el poder del rey depende de la sumisión de sus súbditos. Sí, mi padre era un gran hombre, al que yo admiraba. Cualquier orden suya representaba para mí y para los capitanes del ejército, en aquella época, algo que debíamos respetar como proveniente de la mano de Dios Nuestro Señor. Su ascendiente se debía a sus éxitos militares, a su prestigio de buen guerrero y a que él mismo se hacía rodear por un aura de majestad.

» Él siempre se mostró orgulloso de mí. Yo le correspondía, sometiéndome a sus órdenes sin contradecirle. Al principio yo no sabía por qué él me prefería; ahora lo sé; ahora sé que soy su único hijo, el único descendiente de su sangre. Además, mi padre amaba a mi madre, mucho más que a la reina Goswintha, porque mi madre era una mujer digna de amor. Su muerte fue un castigo para él, los remordimientos le atormentaron toda su vida. En aquel tiempo, cuando estábamos juntos en la campaña del norte, él la recordaba con dolor; la nombraba únicamente como “tu madre”, sin pronunciar nunca su nombre. Cuando él hablaba así, ambos nos quedábamos callados y sospecho que algo dulce llegaba a su duro corazón.

» Alcanzamos finalmente la victoria sobre Miro, rey de los suevos; con ella un enorme tributo en oro pasó a engrosar las arcas de palacio. Así, de día en día, el reino de Toledo se engrandecía gracias a las campañas de mi padre. Cuando concluimos la guerra sabíamos que los suevos se rebelarían de nuevo, pero en aquel momento era necesario cerrar ese frente, pues otros muchos problemas reclamaban a Leovigildo en distintos lugares del reino.

» Y es que, a lo largo de todo su reinado, la guerra no había cesado nunca de ser su compañera de camino. En los primeros años mi padre había luchado en la Sabbaria, venciendo a los sappos; después, conquistamos Amaya y sometimos a

los roccones. En el sur había rechazado a los bizantinos, conquistando Córdoba; la ocupación de la ciudad le proporcionó un enorme prestigio. Fue en aquel tiempo cuando Leovigildo se ciñó con manto y corona para realzar su poder. Por último, en esta dura campaña habíamos vencido a los suevos, cuyo rey Miro hubo de rendir vasallaje al gran rey Leovigildo. Con este triunfo, mi padre había alcanzado la gloria de nunca haber sido vencido en batalla.

» El reino goda ardía siempre, en un lugar u otro. Después de haber sometido a los suevos, se produjo un levantamiento de los vascones, apoyados por los francos, cerca de los Pirineos. El rey decidió que regresásemos a la corte y enviar una parte del ejército hacia los Pirineos con Sisberto al frente. Los vascones fueron derrotados y mi padre fundó Vitoriacum^[22] en la llanura que preludia las montañas vascas.

» Regresábamos lentamente a Toledo, nuestro paso era cansino porque reflejaba el agotamiento de una larga guerra; llevábamos mucho tiempo fuera y convenía que aquel ejército victorioso encontrase su solaz en las tierras de la fértil vega del Tagus. Fue entonces, durante el camino, cuando poco a poco nos fueron llegando noticias sobre Hermenegildo. Supimos que después de haber vencido en Cástulo, había firmado una tregua con los bizantinos, a la que se había llegado sin la aquiescencia real; es más, contraviniendo las órdenes del rey. Mi padre montó en cólera ante tal indisciplina. No toleraba que nadie se opusiese a él; cuando menos, mi hermano Hermenegildo, a quien nunca quiso. Después supimos que se había acercado al catolicismo, la religión de los romanos. Mi padre, en un principio, se rio diciendo que era un pusilánime que se había pasado a la religión de su mujer y bromeó pensando en la ira de Goswintha. Pero cuando nos llegaron unas monedas acuñadas en Hispalis, en las que figuraba Hermenegildo como rey de la Bética, la ira del rey no conoció límites: aquello constituía ya una franca insurrección. Leovigildo, en un principio, no había querido inmiscuirse en aquellos asuntos, pero aquello rebasaba lo tolerable: la rebeldía se sumaba a la sedición.

» La noche anterior había tenido lugar una escena explosiva; mi padre se inflamó de rabia al ver las monedas que confirmaban la insubordinación de su supuesto hijo. Se aceleró la marcha hacia la corte; nos levantamos al alba y nuestro paso se hizo más rápido. Cabalgando junto a Claudio, tuve la oportunidad de interrogarle para calmar mi angustia:

» —¿Qué le ocurre a Hermenegildo? ¡Se ha vuelto loco! No tiene ejército ni apoyo entre los godos; los hispanos no saben luchar, ni son hombres de armas. No entiendo lo que le está ocurriendo. ¡Está cavando su propia tumba!

» —Tampoco yo puedo imaginarlo. Hermenegildo siempre se ha sentido postergado por tu padre. Y, en el fondo, algo había de verdad en ello... pero Hermenegildo no es un rebelde ni un traidor. Siempre ha estado del lado de la ley. Quizá su esposa católica le haya influido. En Hispalis está también Leandro, un

obispo católico con el que tiene confianza. Los nobles hispalenses le habrán instigado contra el rey...

»—¡No puedo soportar luchar contra mi propio hermano! —exclamé dolorido—. Alguien debería hablar con él...» .

» La guerra se hizo omnipresente. Al llegar a Toledo, supimos que las ciudades de Mérida, Elbora y Córdoba se habían levantado contra el rey Leovigildo proclamándose leales a Hermenegildo.

» Pronto llegaron noticias de que, desde el norte, los suevos enviaban refuerzos hacia la Bética para engrosar las filas de Hermenegildo. El rey Miro se había eximido del juramento prestado a mi padre, proclamando que lo jurado ante un rey goda bien podía cumplirse ante otro rey goda, al fin y al cabo, católico como él. Miro no llegó a Hispalis; Claudio y yo salimos a combatirle en su camino hacia la Bética y le derrotamos. Herido de muerte a su regreso a la Gallaecia, falleció. Después comenzó una guerra civil en el reino suevo entre Eborico, hijo de Miro, y su cuñado, Audeca. Mi padre, el rey Leovigildo, aprovechó la crisis de los suevos para tomar una Gallaecia ya debilitada por las guerras. Así, el noroeste de la península dejó de ser suevo y se convirtió en una parte más del gran reino de Toledo. Mi padre se invistió en Toledo como rey de Hispania y de Gallaecia.

» Lo peor de la guerra estaba aún por llegar. Hermenegildo solicitó ayuda a los bizantinos, quienes en un principio aceptaron pero, más tarde, comprados por el oro de Leovigildo, se abstuvieron de intervenir; aparentando una neutralidad, que no era tal, pues seguían ayudando al rebelde, sobre todo a través de los nobles hispanos de la Bética.

» En lo más crudo de las hostilidades, Wallamir y Gundemaro llegaron a la corte de Toledo. Ellos se consideraban godos, rechazaban la rebelión de Hermenegildo y habían desertado del ejército de mi hermano. Se sumaron a las filas del ejército de mi padre, con sus antiguos compañeros de armas. Ninguno de los godos, ni siquiera muchos de los hispanorromanos, aprobaban el fervor católico de quien se había proclamado a sí mismo rey de la Bética. Con ellos llegaron, también, otros muchos nobles godos e, incluso, hispanos a los que la rebelión de Hermenegildo no parecía sino una locura con pocos visos de llegar a triunfar. Mi hermano les había dejado ir sin impedirselo, sabiendo que se pasaban a las filas del enemigo.

» Por todas partes, se decía que Hermenegildo se había vuelto loco.

» En Toledo, Claudio, Wallamir y yo nos reuníamos en las estancias reales. Las mismas estancias donde, años atrás, nos habíamos juntado con mi hermano, las que él había ocupado tras su matrimonio con Ingunda. Ahora, las paredes de piedra, iluminadas por hachones, parecían distintas que en épocas pasadas.

» Se me ha quedado grabada, muy profundamente, la expresión del rostro de Wallamir al contarnos la traición de mi hermano. El capitán godo, de pie, apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre su pecho, nos relató lo ocurrido desde la boda de Hermenegildo, pasando por su llegada a Hispaliis, los tratos con los nobles hispanorromanos, los combates con los bizantinos y su cambio de actitud que él no lograba comprender. Después, abriendo los brazos y con ademanes expresivos, pasó a contarnos lo sucedido en los últimos tiempos desde la rebelión:

» —Se hace llamar Juan, como el apóstol amado del Señor, se considera un enviado de Dios. Nos ha dejado desertar porque dice que cada cual tiene que obedecer lo que su conciencia le dicte.

» —¡Está loco...! —exclamó Claudio.

» —Un loco muy hábil, que ha manejado a Comenciolo, *magister militum* de los bizantinos, a su gusto. A través de Ingunda, ha solicitado ayuda al reino de Austrasia y a Borgoña. Ha levantado a los hispanos de las tierras del norte y a los suevos. Les ha convocado y han acudido a su llamada. Junto a ellos, venían también un grupo de montañeses de Ongar. ¿Recuerdas a aquel guerrero cántabro que os cuidó de niños?

» —¿Lesso...? —pregunté» .

—Sí.

« —Lesso fue un padre para nosotros —recordé—, el hombre que nos enseñó a luchar...

» —Está con él y también lo está un hombre potente, alto, de rubios cabellos, que era el cabecilla de los rocones...

» —¿Nicer?

» Al conocer aquellas noticias me quedé callado, profundamente abatido. Pronto empezaría la campaña frente a los rebeldes. Iba a luchar con hombres a los que me unían lazos de amistad y de sangre. Aquella guerra no sería como otras, sería un enfrentamiento fratricida, en el que yo no podía dejar de intervenir. Había sido educado para el combate, para batallar al frente del ejército godo. Me habían sido inculcadas, en lo más profundo de mi ser, ideas de vasallaje y sumisión al rey, mi padre. No me resultaba comprensible la actitud de Hermenegildo. Para nosotros, los que componíamos el ejército godo, los que nos sentíamos orgullosos de la nación goda, una nación que había aislado Europa, que se consideraba superior al resto de las razas de la tierra, Hermenegildo era un traidor. Wallamir se rebelaba contra él, y Claudio, aunque hispano, era un hombre de clase pudiente, aliado de los godos, tampoco entendía su postura.

» Las tropas se reunieron en la vega del Tagus, en la llanura de la Sagra, junto a las aguas mansas del río que circunda Toledo. Mi padre preparó aquella campaña como cualquier otra. Me di cuenta de que no sentía tristeza al luchar contra su propio hijo, sino un cierto desdén mezclado con rabia. Había asumido la

guerra civil como una campaña más, en la que debía guerrear para conseguir la gloria y esplendor de su reino, el único fin de su vida. Me extrañó la indiferencia de mi padre hacia mi hermano Hermenegildo. En aquel tiempo, yo ignoraba que Hermenegildo no era realmente hijo de mi padre.

» Mérida se rindió sin guerrear. Los nobles hispanos, en un principio rebeldes a Leovigildo y sumisos a mi hermano Hermenegildo, al divisar el ejército godo acampado ante sus murallas, decidieron capitular. Siempre habían pensado que el rey Leovigildo cedería ante su hijo y podrían disfrutar de una mayor libertad política y religiosa bajo el mando del príncipe rebelde; pero Leovigildo no flaqueó en ningún momento y los magnates de las ciudades, que no querían perder sus privilegios, se sometieron al rey. Al frente de ellos, una embajada presidida por Publio Claudio, jefe de la casa del mismo nombre, solicitó gracia y perdón para los sublevados. Leovigildo fue clemente y evitó el saqueo de la ciudad.

» Ante el ejemplo de Mérida, Elbora y el resto de las ciudades de la Lusitania se rindieron también. Después las tropas se dirigieron hacia el valle del río Betis. Yo no fui a Hispalis, mi padre me ordenó que permaneciese en Emérita Augusta. La batalla en la capital de la Bética, el bastión de Hermenegildo, fue crudelísima. El ejército de Leovigildo, primero, tomó Itálica; después, se dirigió a la fortaleza de Osset^[23], desde allí, hostigó sin cesar a Hispalis, que resistió empecinadamente. Ante aquella oposición, bloqueó el río, y asedió la ciudad por el hambre.

» A pesar de todo, mi hermano no habría sido derrotado si no le hubiesen traicionado y si la copa de poder no hubiera proporcionado a mi padre la fortuna: el viento siempre sopla a su favor.

» Unos días antes de la capitulación de la ciudad, Hermenegildo, junto al río, se despidió de Ingunda para siempre. El barco inflaba las velas y parecía querer desprenderse del dique en el muelle.

» —Cuando la guerra termine, volverás...

» Ingunda lloró.

» —Presiento que no volveré a verte nunca y, sin ti, no podré seguir viviendo. No seré un lastre para ti. Morirme no sería más desgracia que no verte ya más.

» Hermenegildo la abrazó muy fuerte. La luz de la ciudad de Hispalis, rebotando en el Betis, les dibujaba; un hombre y una mujer frente a frente, de pie en el muelle. Un viento cálido levantó la capa de Hermenegildo y jugó con el largo cabello dorado de Ingunda que, como un manto, le cubría la espalda. Detrás de ellos una criada sostenía a Atanagildo, su único hijo. Hermenegildo acarició al niño unos instantes y después se volvió hacia ella.

» —¡Oh, Ingunda! Estoy lleno de dudas. Dios me ha abandonado; pensé que, luchando contra Leovigildo, luchaba por el honor de Dios, frente al incrédulo... ¡Tantos han muerto en la guerra! ¡Tantos me han traicionado!

» Ella apoyó su mano sobre el hombro de él, después le acarició suavemente el rostro.

» —Tú has buscado la verdad y el bien.

» —¿Lo crees así, Ingunda? Muchas veces he querido machacar a ese hombre, Leovigildo, que asesinó a mis padres. Quería la venganza y, al mismo tiempo, he deseado un mundo mejor, donde hispanos y godos conviviésemos bajo una misma ley, bajo una misma religión, la religión verdadera...

» —Tú siempre quisiste el bien, y lo sé...

» —Ahora más que nunca, recuerdo a mi verdadero padre, el hombre que murió. Yo estuve en su ejecución. Ahora, mirando atrás, me doy cuenta de su nobleza, de su valentía. Quiera el Dios suyo, el Dios nuestro y Padre nuestro, que yo afronte lo que tenga que venir con su fortaleza y dignidad.

» —No quiero irme; quiero compartir tu destino.

» Él la acarició en la mejilla:

» —Sálvate, salva a nuestro hijo. En Bizancio podrás cuidarle en libertad, sin riesgo y sin miedos... El emperador Mauricio te salvará y nuestro hijo se educará en su corte. Allí te espera Leandro, que no ha podido conseguir mucho del emperador, pero que es un hombre fiel. Sí. Salva a Atanagildo, sálvate tú, y en mi vida habrá un sufrimiento menos.

» Un hombre joven se les acercó. Era Samuel ben Solomon, el hijo del judío.

» —Mi señor, el barco debe partir ya.

» —Cuida de ella, cuida de mi hijo; condúcelos a la corte del emperador en Bizancio... En esta bolsa llevas un mensaje para el emperador y caudales suficientes...

» Después miró una vez más a Ingunda, su esposa niña, que ahora parecía más fuerte. Se separaron y ella subió las escalerillas que conducían al barco, una nave de gran velamen que hacía la ruta hacia Bizancio, recalando en distintos puertos del Mediterráneo. Dicen que Hermenegildo no apartó la vista de aquel barco que lentamente se deslizaba por el río hacia el mar; que, durante mucho tiempo, miró el bajel, mientras iba haciéndose pequeño en el río y desaparecía tras un meandro. En él iba su vida.

» A aquel lugar en el muelle, los hispalenses lo llaman todavía el muelle del rebelde, y dicen que, por las noches, un guerrero fantasmal llora mirando al infinito, hacia el lugar donde su amada se ha ido.

» Hispaliis fue saqueada y vencida. Hermenegildo huyó con sus leales a Córdoba, donde tuvo lugar la última batalla. Mi padre me llamó junto a él, seguro y de su triunfo, quería que presenciase la humillación de mi hermano» .

Recaredo habla dolido, sintiéndose engañado por su padre, y culpable de la fatalidad que cayó sobre su hermano. Durante un instante, guardó silencio. En la pequeña cabaña del norte, solo se escuchaba el crepitar de las llamas.

El asedio de Córdoba

» Un sol blanco, de gran tamaño, que parecía palpar en el cielo, se balanceaba sobre el horizonte de Córdoba. La calima que ascendía del río Betis y un polvo caliente proveniente de las tierras africanas permitían que mirásemos al sol de frente, un sol que abrasaba sin deslumbrarnos. El sudor me empapaba la ropa bajo la coraza.

» Pensé que, quizás, al otro lado del río, mi hermano Hermenegildo recorrería la muralla, mirando hacia la sierra y a la muchedumbre de hombres que formaban el ejército de mi padre, el gran rey Leovigildo. Quizá se detendría observando los estandartes y banderas del ejército del rey goda, un ejército al que, desde niño, se había sentido orgulloso de pertenecer. Debajo de aquellas banderas, él había luchado y ahora combatían sus amigos, Claudio y Wallamir, sus compañeros de armas, Segga y Gundemaro y, por último, yo, Recaredo, su propio hermano. Quizás Hermenegildo decidió no pensar en ello; ahora tenía otras lealtades. Junto a él estaría Licinio —el joven hijo del patricio Lucio Espurio—, quien había luchado con él desde el inicio de la campaña y que, más tarde, sería apresado con él. Más allá, abrumados por el bochorno de la ciudad se apostarían Efrén y Lesso. Los hombres del norte aguantaban mal el calor abrasador de la ciudad de Córdoba. Con ellos, estaría Nicer, al que en el norte llamaban el hijo del hada, quien no había dudado en acudir a la lucha contra el tirano.

» Se escuchó el sonido agudo de una trompeta desde las filas godas. Del campamento atacante se destacó un jinete de figura alta y gruesa, con cabello canoso que le cubría la espalda, ceñido por una corona y ataviado con un manto de color púrpuro. Era Leovigildo. Tras él, una escolta. Al parecer, el grupo de godos se acercaba a la muralla de Córdoba en son de paz. Yo era uno de ellos, iba al lado de mi padre, le había convencido para que negociase con mi hermano una rendición honrosa.

» En aquel momento, se abrió la puerta de la ciudad y avanzó Hermenegildo, rodeado de sus fieles. No lo había visto desde la guerra de Amaya, habían pasado varios años. Su rostro era aún más delgado de lo que yo recordaba, cincelado por las luchas, su cabello oscuro se arremolinaba como siempre en torno a su frente.

Se había afeitado al gusto romano, lo que le hacía aparecer más joven. Me recordó al tiempo en el que éramos niños en Emérita. Sus ojos claros y penetrantes eran los de siempre, pero en ellos latía una íntima tristeza. Nos observamos el uno al otro, escrutándonos detenidamente con cierta vergüenza y confusión; después cada uno retiró del otro la vista. Nos hacía daño mirarnos. Habíamos sido un alma, habitando en dos cuerpos; un corazón, latiendo en dos almas, y ahora estábamos distanciados. Quizás él no me habría perdonado mi traición con respecto a la copa y yo no entendía su actitud rebelde frente a mi padre.

» Leovigildo y mi hermano desmontaron; el resto de los hombres de las dos escoltas nos quedamos atrás, sobre los caballos. El rey y el príncipe Hermenegildo hablaron entre ellos con un lenguaje airado, en términos cortantes. No podíamos descifrar lo que decían. Nunca supo nadie lo que se dijeron el uno al otro. En un momento dado, me pareció entender que Hermenegildo acusaba a mi padre de un asesinato. Leovigildo levantó la cabeza, orgulloso, se dio la vuelta, montó a caballo y exclamó con voz resonante:

» —No hay componendas, ni treguas posibles con los renegados, con los desleales a su pueblo, a su religión y a sus hermanos de armas, contra los que se levantan en tiranía contra el gobierno legítimamente constituido de una nación — gritó Leovigildo a las tropas, dirigiéndose sobre todo a mí—. Mi hijo Hermenegildo es un traidor y entre las tropas godas no caben traidores...

» Nos alejamos. Yo miré hacia atrás, a Hermenegildo; apreció en él una dignidad indomable, una fuerza inquebrantable a las amenazas e insultos de mi padre.

» Regresamos al campamento godo. Mientras Claudio y Wallamir mostraban su indignación contra mi hermano, yo no podía articular palabra. Al verle, me di cuenta de cuánto le había echado de menos en los últimos tiempos; de cuánto me habría gustado compartir con él los triunfos en las últimas campañas, sentirle cerca en el combate; pero, ahora, ocupábamos lugares opuestos en el frente de batalla.

» En el momento en que aquel sol extraño, blanco, cálido y cubierto de bruma comenzó a inclinarse sobre la vega del río, fuimos convocados a la tienda del rey godo. Recorrí el campamento acompañado por Wallamir y Claudio. Yo seguía sin hablar, ellos respetaron mi silencio. Entre las tiendas, corrían los siervos limpiando las armas y cepillando a los caballos. Yo seguía en tensión. Un chucho se interpuso a mi paso y lo golpeé con la puntera de la bota. El animal salió aullando. Claudio intentó bromear:

» —Así se trata a los traidores...

» —¡Déjame en paz...! —le contesté.

» Él no se molestó, siguió caminando, callado, junto a Wallamir.

» En la tienda del rey, se estaba planeando el ataque a la ciudad como si fuese

una campaña, igual a tantas otras. Mi padre no deseaba que se prolongase el asedio, sino dar fin al sitio de la ciudad cuanto antes. En el norte los vascones se rebelaban de nuevo y los francos, ante la debilidad del reino, podían atacar otra vez con la excusa de ayudar al católico Hermenegildo y a su esposa Ingunda. Se discutió una solución y otra. Entonces un hispano se hizo anunciar. Su nombre era Cayo Emiliano.

» —Os diré las vías de acceso a la ciudad.

» Mi padre lo miró con desconfianza.

» —¿No eres tú un romano?

» —Sí, pero obedezco las leyes godas.

» Hizo una inclinación ante mi padre y prosiguió diciendo:

» —Soy fiel al buen gobierno del noble rey Leovigildo. Los hombres de Hermenegildo no creerán que se va a atacar tan pronto, la sorpresa es primordial. Compraré a uno de los hombres de la guardia, que dormirá a los otros, y abriremos la puerta junto al puente romano. Por allí podréis entrar.

» —¿Cuándo...?

» —Dentro de dos noches, cuando la luna no luzca en el cielo.

» —¿Qué pides a cambio?

» —Mil sueldos de oro y, cuando acabe la guerra, deseo las posesiones y las tierras de un noble de la Bética, el patricio Lucio Acneo Espurio, que sostiene la causa de vuestro hijo.

» —Tendrás tu recompensa cuando nos hayas abierto la ciudad.

» —No. Quiero la mitad ahora.

» El rey receló, de nuevo, de aquel personaje.

» —¿Quinientos sueldos? ¿Cómo sé que no me traicionarás?

» —Si lo hiciera, sé que me buscaríais por todo el reino. Necesito ese dinero para comprar a la guardia. No. No os traicionaré, sé que, de una manera u otra, venceréis en la campaña contra vuestro hijo. Además, yo quiero vengarme de Lucio Espurio, un traidor y un felón.

» —Si nos ayudas a entrar en Córdoba obtendrás lo que pides —le prometió el rey.

» Sentí un desprecio profundo hacia aquel hombre. En aquella época yo era joven y me importaba quizás aún más que hoy el honor, odiaba las acciones sórdidas.

» Sabíamos que el asalto a la ciudad sería encarnizado y brutal. Los habitantes de Córdoba no quisieron rendirse, era una ciudad autónoma que ya había sido saqueada en dos ocasiones por los godos. La primera en tiempos del rey Agila, cuando se profanó el sepulcro del mártir San Acisclo, la segunda en la primera conquista por parte del rey Leovigildo, apenas unos años atrás. En la memoria de muchos cordobeses permanecían aún los saqueos y los abusos de los godos. La ciudad, además, amaba a Hermenegildo, quien la había dotado de un gobierno

autónomo, justo y eficaz. No, la ciudad no habría caído tan fácilmente sin la traición del noble hispanorromano.

» Cayo Emiliano cumplió su palabra. Dos noches más tarde, compró la guardia y abrió las puertas de la muralla. Mientras los hombres de mi padre con máquinas de guerra forzaban la puerta opuesta al río, nosotros —Claudio, Willamir y un buen destacamento del ejército godo— cruzábamos, en silencio, el puente romano sin ser molestados por la guardia, sobornada por el traidor. Pronto alcanzamos la plaza junto al alcázar del gobernador godo y la iglesia del mártir San Vicente. Allí nos encontramos con la guardia de los alcázares, la guardia personal de Hermenegildo, y se inició el combate. Los defensores de la ciudad, atentos a lo que entraba por la zona atacada por mi padre, habían desguarnecido el acceso principal de la urbe. Entonces sonaron los cuernos de los guardias del palacio, avisando de que los enemigos habían penetrado por el puente y atacaban el alcázar del gobernador.

» La planicie, frente a la iglesia de San Vicente, se llenó de combatientes de uno y otro bando. Pronto nos vimos rodeados por los hispanos, la pelea se hizo más y más cruenta. En un momento dado, a mi lado, saltó la cabeza de un soldado godo degollado por los rebeldes. La furia me dominó, comencé a atacar a uno y a otro con saña. Sentí el ardor guerrero del que me había hablado Lesso siendo niño; esa ansia que te conduce a herir y a matar casi sin pensarlo a todo aquel a quien consideras un adversario. Me cercaron unos hombres del norte, vestidos con sus capas de sagún.

» De pronto, me enfrenté a un guerro de cabellos claros de gran tamaño: era Nicer. Nos observamos un instante, antes de reconocernos.

» —Luchas contra Baddo —me gritó—, luchas contra tu propio hermano Hermenegildo. Eres un miserable, un hombre sin conciencia que has deshonrado a mi hermana. Un traidor...

» Sus palabras me enervaron y le ataqué de frente, exclamando:

» —No soy un traidor, lucho por mi padre y por la paz del reino.

» Nicer bajó la espada y, mirándome fijamente, me dijo:

» —No te atacaré... Llevas la sangre de mi madre... Tienes un hijo que mora en mis tierras... Solo te digo que Baddo nunca te perdonará si me ocurre algo a mí o a Hermenegildo.

» Nicer giró en redondo y se alejó, atacando a otros godos que invadían la plaza. Yo también bajé la espada, cayendo de pronto en la cuenta de que Nicer tenía razón, quizá tú no me perdonarías nunca si algo le hubiera ocurrido a él o a Hermenegildo. No podía luchar contra mis propios hermanos. Ante mi actitud de desconcierto, dos soldados cordobeses, de cabellos oscuros y mal entrenados, me atacaron; los maté sin pesar. Otros continuaron abalanzándose sobre mí; también me deshice de ellos, sin problemas. Un poco más allá vi a Lesso. Seguía siendo un experto guerrero, aunque la edad no le perdonaba, le faltaba la agilidad de

antaño. Pude ver cómo le atravesaba un costado un puñal enemigo, cayó al suelo; sin embargo, tambaleándose, se puso de pie, se arrancó sin miramientos el puñal que lo había herido y siguió combatiendo, como si nada hubiese ocurrido.

» Cada vez más y más godos fieles a Leovigildo llenaron la plaza. Divisé a Hermenegildo, luchando valientemente al otro lado del recinto, cerca de la iglesia de San Vicente. Se libraba de uno y de otro sin parecer que hacía ningún esfuerzo, luchaba de aquella manera que yo tanto admiraba, con golpes prontos y certeros, con la agilidad de un felino. Logró librarse de sus enemigos, pero al fin, viendo a tantos hombres caídos, y ante la superioridad numérica del enemigo, dio un grito:

» —¡Todos a la iglesia de San Vicente!

» Las tropas de Hermenegildo retrocedieron hasta la iglesia, refugiándose allí. La iglesia tenía una estructura basilical, coronada por torres. Desde su interior, los refugiados nos acosaban con sus flechas. Cercamos aquel último reducto de resistencia, la ciudad había ya caído. La ciudad fue tomada así aquella noche, pero unos cuantos, los más fieles a Hermenegildo, se cobijaron junto a él en la iglesia de San Vicente que, como lugar sagrado, no nos atrevimos a atacar.

» El alba llegó a la urbe incendiada, recogimos los cadáveres de uno y otro ejército. Córdoba fue una vez más saqueada, y mi padre —como escarmiento a la ciudad rebelde— consintió que aquella noche sus hombres desvalijasen las casas, violasen a las mujeres y prendiesen fuego a muchos lugares de la ciudad.

» Cercamos la iglesia. Enfrente de ella, los oficiales del ejército victorioso celebraron la rendición dentro del antiguo alcázar del gobernador godo. Corrió el vino y las alabanzas al invicto rey Leovigildo. Me di cuenta de que, entre sus manos, brillaba una copa de ámbar y oro; él bebió vino con deleite de su interior. Me sentí asqueado al ver cómo su boca de borracho lamía el cáliz con fruición, un cáliz que había sido usado para el culto sagrado, un cáliz que mi madre nos había encomendado llevar al norte. Mi padre estaba ebrio y gritaba enloquecido. Fastidiado y dolido, me alejé del banquete. Desde fuera, en la plaza junto al alcázar, pude ver luces dentro de la iglesia de San Vicente; allí estaba mi hermano Hermenegildo, la persona a quien más había querido y confiado en mi vida, aquel a quien había estado unido desde niño. Sobre la iglesia no había luna, la calma se había disipado y en el cielo se divisaban las estrellas de verano que lucían con fuerza. En lo alto un punto brillante de color rojizo, una estrella más grande que las demás. Era Marte, el dios de la guerra que fulguraba en aquella noche aciaga.

» Dentro de la iglesia, un hombre estaba agonizando; junto a él Hermenegildo, el llamado hijo del rey godo, le confortaba. El hombre era Lesso.

» —Eres como Aster, tu verdadero padre —Lesso habló con dificultad—, el mejor guerrero que nunca he conocido, pero la suerte no estuvo de su lado...

» Después su respiración se tornó más y más dificultosa, intentó seguir

hablando, sin lograrlo; bruscamente dejó de jadear y los que le rodeaban comprendieron que había muerto.

» Al ver al amigo, al antiguo siervo, a su fiel compañero de armas dejar el mundo de los vivos, la desolación se adentró en el alma de mi hermano. No podía más. Aquellos meses la incertidumbre se había hecho presente en tantas ocasiones... Había intentado decirse a sí mismo que luchaba por la verdadera fe y contra el gobierno inicuo de un tirano y un asesino. A pesar de ello, durante la campaña la duda le había asediado constantemente. Leandro le había aconsejado en los momentos iniciales, le había dicho que a veces conviene enfrentarse a un mal para evitar otro mayor, que su causa era justa, que el beneplácito divino estaba con él. Pero ahora Leandro no estaba; en los primeros tiempos de la guerra, le había enviado a Constantinopla para recabar ayuda del emperador bizantino. Una ayuda que nunca había llegado, ni llegaría ya, a tiempo. Quizá regresase cuando él hubiese muerto. Él, Hermenegildo, no podía más.

» No más sangre, no más guerra, no más odio. No más luchas fratricidas. Se dirigió hacia un lugar donde una cruz de madera con un Cristo deforme le contemplaba. Se dio cuenta de que todo estaba perdido. Entendió también que si se rendía, su capitulación sería una muerte lenta; que, aquel hombre, al que había llamado padre no tendría piedad, no perdonaría jamás su sedición; que moriría a sus manos. El dolor llenó su corazón y decidió entregarse. No tenía otra opción, no había otro futuro. Le quedaba una única esperanza; su esposa estaba a salvo, su hijo también; quizá, pasado el tiempo, su hijo venciese donde él había fracasado.

» Las primeras luces del alba encendían la ciudad de Córdoba cuando Hermenegildo salió a la puerta de la iglesia, acompañado por alguno de sus hombres.

» Levantó su espada y gritó:

» —Deseo hablar con el príncipe Recaredo. Solo a él me rendiré.

» Al verlo salir por la gran puerta del templo, me destaqué entre los hombres que asediaban la iglesia. Lentamente caminé hacia mi hermano Hermenegildo. Nos miramos frente a frente, y yo bajé la cabeza, como avergonzado; después la volví a alzar. Con una seña, me indicó que lo acompañase. La puerta de la iglesia se abrió y entramos. Allí me guio junto al cadáver de Lesso.

» —Ha muerto. Yo soy el culpable. Quiero que finalice esto.

» Contemplé el cuerpo rígido del que había sido nuestro protector y amigo, del hombre que nos había entrenado de niños. Las lágrimas me humedecieron los ojos, y después miré de frente a Hermenegildo.

» Le miré esperanzado; se rendiría y ya todo volvería a ser como antes, pensé. ¡Qué iluso! En aquella época, yo aún imaginaba que cabía algo de piedad en el corazón de mi padre; por eso le aconsejé:

» —Acércate y prostérnate a los pies de nuestro padre y todo te será

perdonado.

» —No —gritó—. Ni es mi padre ni deseo su perdón.

» —¿Qué estás diciendo?

» —El rey de los godos, Leovigildo, no es mi padre.

» No le entendí, creí que él rechazaba a Leovigildo; entonces contesté:

» —Nadie puede renegar de su propio padre. Wallamir me insinuó que estabas loco; no quise creerle, pero, realmente, lo estás.

» Hermenegildo no se alteró ante mi voz insultante. Me midió atravesándome con sus ojos, con aquella mirada suya tan clara y penetrante en la que no cabía la mentira.

» —Recaredo, debes creer todo lo que te voy a contar ahora. Mi padre no es el rey, mi padre fue el primer esposo de nuestra madre, el cántabro al que capturé en mi primera campaña del norte. El padre de Nicer, a quien tienes presente aquí... ¡Nicer...! —gritó—. Dile la verdad a Recaredo.

» De entre los hombres sentados en el suelo, se levantó uno que estaba apoyado en una de las columnas del templo, un guerrero alto, desfigurado y cubierto por la sangre de sus enemigos. Era Nicer.

» —Cuando llegasteis a Ongar, todos descubrimos el extraordinario parecido entre Aster y Hermenegildo. Uma, la madre de Baddo, la loca, lo adivinó.

» Con voz trémula por la emoción y la fatiga, Hermenegildo me relató lo ocurrido en los últimos meses. Su historia me pareció inverosímil y no le creí, pero decidí no discutir más con él, así que continué intentando persuadirle:

» —Aunque sea así, mi padre, Leovigildo, que es un rey justo, te perdonará...

» —¡Un rey justo...! Dime, Recaredo, ¿de qué murió nuestra madre?

» —¿Qué quieres decir?

» —La innombrada, la que nadie puede mencionar en la presencia de la zorra de Goswintha, la mujer que nos trajo al mundo, la que nos cuidó de niños... ¿De qué murió?

» —Una enfermedad del vientre.

» —¿Sí...? Dime por qué sus uñas tenían marcas blancas, por qué motivo fue perdiendo fuerza... En Hispalis aprendí muchas cosas de un judío. Me explicó cómo era el envenenamiento por arsénico. Conocí a alguien que fue envenenado así. Nuestra madre murió envenenada, por orden de la reina Goswintha. Y a ello no era ajeno el gran rey Leovigildo.

» Ahora me pareció que, realmente, Hermenegildo se había trastornado, que estaba completamente fuera de sí.

» —¡Estás loco...!

» —Habla con Lucrecia, la criada de nuestra madre, tiéntala con oro. Ella, la fiel doncella de nuestra madre, te lo contará todo, todo, quizá te cuente que fue ella misma la que le preparaba la comida y echó el veneno.

» —No te creo. Estos meses he podido comprobar cómo Leovigildo amaba a

mi madre; llora cada vez que se menciona su nombre... Él la amaba...

» Hermenegildo no se dio por vencido; sabía muy bien a lo que se estaba refiriendo.

» —Pudo haberla amado y, sin embargo, matarla. Me da igual que me creas o no, pero lo que te digo es la verdad y debes saberla. Desde la muerte de nuestra madre, Leovigildo vive atormentado.

» No le creí, pensaba que estaba loco, que le habían embaucado los hispanos de la Bética. A pesar de ello, Hermenegildo era mi hermano, y quería que la guerra acabase y que no corriese más sangre.

» —Olvida todo eso y ríndete...

» —Veo que no me crees. Ya lo descubrirás todo por ti mismo. Sí, me rendiré... pero júrame que la copa volverá al norte. La copa de poder.

» —Lo haré. Se lo juré a nuestra madre y en cuanto la consiga lo haré.

» —Serás rey de los godos; no olvides este juramento, como olvidaste el que pronunciaste ante el lecho de muerte de mi madre.

» Hermenegildo se detuvo, la angustia trasformaba sus facciones.

» —Necesito algo más de ti... Cuida a mi hijo, cuida a Ingunda. Creo que están a salvo; pero a veces temo que caigan bajo el poder de Leovigildo. Sé que él mataría a mi hijo, no quiere otra dinastía que la suya, de la que tú eres el único eslabón.

» Creí que aquello era absurdo, que mi padre no mataría a uno de sus nietos; pero, al ver a Hermenegildo tan fuera de sí, le juré que lo haría.

» Hermenegildo se emocionaba al hablar.

» —Una última cosa... No quiero que haya más sangre. Deja escapar a los montañeses, deben volver al norte, es su lugar. Han luchado bien; pero olvidaba que la suerte no se halla de mi parte.

» Al fondo de la nave, tumbados en el suelo, derrengados por el cansancio, estaban los cántabros. Hermenegildo se volvió a Nicer que, en silencio, seguía nuestra conversación.

» —Eres mi hermano, mucho más de lo que nunca hubiera supuesto. En el momento de adversidad, has estado conmigo.

» Hermenegildo retiró hacia atrás la capa; de una faltriquera extrajo un vaso de ónice. Le dijo:

» —Esto es parte de la copa sagrada. Vienen malos tiempos para mí, deseo quedarme la copa un tiempo, es lo que me queda de nuestra madre...

Al sacar la copa, Nicer se arrodilló ante ella. Yo también lo hice. Sin darnos cuenta ambos estábamos arrodillados ante Hermenegildo.

» —¡Levantaos...! —dijo, confuso, Hermenegildo.

» Entonces se dirigió a Nicer con un profundo afecto:

» —Nicer, hermano, voy a rendirme a Leovigildo. Por las catacumbas de esta iglesia podéis escapar. No hay más futuro para mí. Quiero que regreséis al

norte. Esta guerra no es la vuestra.

» Nicer intentó protestar.

» —Sí que lo es. Es nuestra guerra; la guerra de la venganza de los hijos de Aster frente al tirano Leovigildo. Ese hombre con el que luchas, es el asesino de mi madre y el verdugo de mi padre...

» —Ahora no es el momento... —Hermenegildo habló con voz profética—. Algún día llegará la venganza; una venganza que vendrá de lo Alto que ni él mismo se imagina.

» Después se volvió hacia mí.

» —Desde niño has sido mi otro yo. Algún día entenderás que lo que te digo no son locuras sino la verdad. Estamos aquí los tres hijos de la innombrada, Nicer no la conoció; tú y yo, sí. Ella creía en Jesucristo como Dios, cuando seas rey de los godos, cuando haya pasado el tiempo, acuérdate de mí y piensa en la fe de tu madre. La fe que puede unir, de nuevo, a este reino.

» Una vez más, Hermenegildo se emocionó. Los dos nos estrechamos fuertemente y, en nuestro abrazo, notamos los brazos membrudos de Nicer, envolviéndonos.

» Mi hermano Hermenegildo me condujo hacia la puerta. Mientras tanto, Nicer y sus hombres huían a través de las antiguas catacumbas.

» No quedaba mucho tiempo. El príncipe rebelde se recogió en la esquina de una capilla de la iglesia, frente al vaso de ónice. Los que lo vieron, en aquella ocasión, percibieron un rostro transfigurado por una luz especial. Junto a él persistieron Román, Licinio y otros pocos hombres fieles que le amaban y, en la adversidad, no querían abandonarle.

» Salí de la iglesia conmocionado; ahora la luz del sol volvía a lucir en el amanecer y me molestaba a los ojos. Entretuve a mi padre, dando tiempo a que los cántabros escapasen de la ciudad. Conseguí distraer a la guardia que patrullaba la zona por donde ellos iban a escapar.

» Aquella misma la tarde, al caer el sol, las puertas de San Vicente se abrieron y los hombres refugiados en la iglesia salieron sin armas. Al frente de todos ellos, con la cabeza baja, salió Hermenegildo.

» Delante del ejército godo, de sus antiguos compañeros de armas, mi padre le degradó. Le despojó de todas las insignias, que indicaban su rango militar y su dignidad real. Lo envió al calabozo del alcázar de Córdoba. Solo permitió que un siervo hispano acompañase al que había sido príncipe de los godos y ahora era únicamente un traidor y un renegado» .

La huida

« Después de la detención de Hermenegildo, mi padre quiso dar un escarmiento. Ordenó una brutal persecución contra los católicos y contra todo aquel que se hubiese opuesto al poder real. También aprovechó la ocasión para quitarse de en medio a competidores odiosos o, simplemente, a aquellos potentados que hubieran suscitado su envidia. Así, las propiedades de sus enemigos fueron expropiadas y pasaron a engrosar el caudal de las arcas reales. El partido godo se fortaleció y muchos hispanorromanos sufrieron la opresión del rey. Los nacionalistas godos, Segga y su grupo, la reina Goswintha y tantos otros hombres, de pura estirpe visigoda, recibieron mercedes y prebendas; se afianzó su poder. Los hispanorromanos fueron alejados de la corte. Por ello, sobre todo en el sur, muchos hispanos recordaron a Hermenegildo con añoranza. Y no solo ellos; en el ejército, Hermenegildo siempre había sido muy respetado, muchos habían considerado su afrenta en público y posterior degradación delante de las tropas, un castigo excesivo, indigno de un noble godo. Muchos reconocían que Hermenegildo no había iniciado las hostilidades, ni había desafiado abiertamente al rey, sino que se había negado a obedecerle en un territorio que le había sido encomendado. Sin embargo, con él se habían sublevado las ciudades del sur, unidas por un lazo débil al reino de Toledo; lo que había desencadenado la guerra civil. Muchos godos sentían que Leovigildo podría haber negociado con su hijo. Lo cierto es que nunca nadie llegó a adivinar los motivos más íntimos de las diferencias entre Hermenegildo y el rey.

» La Bética fue pacificada por las tropas de mi padre. Los Espurios perdieron sus posesiones, que les fueron entregadas a Cayo Emiliano. Vi a Claudio muy afectado; aquella antigua familia de ajeño abolengo tenía un lejano parentesco con la suya, por lo que le dolió en gran manera el castigo que se les había infligido. En levantamientos anteriores se había respetado a las familias que constituían el orden senatorial en Hispania; y la de los Espurios, lo era. A estas familias, aunque se hubiesen alzado en armas contra los godos, se les infería alguna sanción pecuniaria, se les sometía con nuevos tributos, pero continuaban en su lugar, manteniendo el tejido social. Los anteriores gobiernos godos no habían sido capaces de enfrentarse a ellas. Sin embargo, con la potestad firme y

autocrática de Leovigildo, los tiempos parecían estar cambiando.

» Tras someter enteramente la Bética, regresamos a la urbe regia, Hermenegildo fue conducido hasta Toledo en un carro cerrado; con él estaba Román. No pude verle en todo el viaje. Dejamos atrás la fértil vega del río Betis, sus campos de cultivo asolados por la guerra, el suave calor de aquellas tierras y, por un camino entre montañas sombreadas por pinos, llegamos a la meseta.

» Mi padre hizo la entrada triunfal en Toledo con el príncipe rebelde, su hijo Hermenegildo, como prisionero de guerra. Quiso que se le expusiera al escarnio de la plebe, conduciéndole atado detrás de una tropa de soldados comandada por Wallamir. El populacho insultó a mi hermano e hizo mofa de él. En un momento del recorrido, Wallamir no aguantó más la humillación del que había sido su amigo y superior, por lo que se enfrentó a los que le zaherían. La plebe se calmó y se contuvo en sus denuestos al ver un oficial godo, de alto rango, defender al preso.

» Aquel otoño, el reino estuvo en paz. Los vascones habían sido rechazados a las montañas del Pirineo, el reino suevo dominado, los cántabros que habían perdido demasiados hombres ayudando a Hermenegildo, no suponían ya un problema, y los bizantinos se había replegado más allá de sus fronteras. El poder omnímodo de mi padre quedó así consolidado. Sin embargo, el gran rey Leovigildo se destruía a sí mismo, alcoholizado. Bebía vino sin tasa en la copa de oro, acuciado por la pasión de poder; creía que sus victorias habían sido favorecidas por el cáliz sagrado; y, de alguna manera, aquello le iba trastornando la mente. Seguía siendo el rey, a todos nos inspiraba un temor respetuoso, pero todos nos dábamos cuenta de su perturbación progresiva. En medio de su delirio, solo mostraba una obsesión: mi hermano Hermenegildo, a quien, en sus borracheras, insultaba continuamente. Él, que nunca había sido un ferviente arriano, instigado por la reina Goswintha, quería inducir a mi hermano a una apostasía pública para confirmar aún más el poder real. Hermenegildo siempre se negó; pero el rey no se daba por vencido, a menudo bajaba a la prisión y ordenaba que le torturasen; cuanto más firme se mostraba mi hermano en sus convicciones, más se excitaba la ira del rey. Leovigildo parecía disfrutar con el tormento del que todos seguían considerando como su hijo.

» Desde un principio de la detención del príncipe godo, el rey ordenó que se buscara a Ingunda y al hijo de Hermenegildo, el pequeño Atanagildo. Decía que de esa manera lograría rendirle. Averiguó que habían sido evacuados de Hispalis en un barco con destino a las costas orientales del Mediterráneo, y envió una flotilla en su persecución. Yo no hice nada por impedirlo, pensé que no los encontrarían y que el rey no podría ser tan cruel que buscara la muerte de su propio nieto. Como en tantas otras cosas que se referían a mi padre, de nuevo me equivoqué.

» A mí solo me llegaban algunos rumores de lo que estaba ocurriendo, no

podía ver a mi hermano, a quien, por orden expresa del rey, se le había aislado en los calabozos de la fortaleza junto al Tagus, acompañado por el siervo Román.

» Saber que mi hermano estaba preso me producía una continua inquietud. Además, aquellos tiempos de paz me enervaban. Si al menos hubiese podido liberar la furia interna que me reconcomía en una batalla quizás hubiera podido calmar el desasosiego que llevaba dentro. Aquellos días sombríos, Wallamir, Claudio y yo nos adiestrábamos en la palestra, galopábamos muchas horas al día hasta extenuar los caballos, o cazábamos de un modo cruel. No hablábamos de Hermenegildo. Todo era demasiado doloroso. De hecho no conversábamos de casi nada, ni tampoco bromeábamos como antaño. Nos emborrachábamos a menudo y, por las noches, acudíamos a los burdeles de la ciudad, intentando divertirnos con ramera. Un continuo nerviosismo nos dominaba. Confieso que no te fui fiel. Perdóname, amada Baddo, pero te aseguro que, en medio de mis locuras en mi corazón siempre has estado tú» .

Recaredo y Baddo se miraron en silencio. Baddo siempre le había sido fiel. La mirada de ella fue limpia, resplandeciendo en comprensión y en perdón. El hijo del rey godó entendió cuánto le había echado de menos, cuánto había sufrido ella en los tiempos de su separación. El príncipe godó bajó los ojos, con vergüenza y aspirando aire, con esfuerzo como si el peso de esta confesión le ahogase, prosiguió:

«El ambiente era ceniciento, tanto porque había comenzado el otoño y el tiempo era gris, como porque no nos quitábamos de la cabeza la atroz guerra civil, en la que tantos habían muerto.

» En mi interior resonaba a menudo la última conversación con Hermenegildo. Lo que en un principio me había parecido absurdo empezó a crecer como la semilla de una duda que poco a poco se abría paso dentro de mí. No soportaba que se me acercase la reina Goswintha. Por fin, la intranquilidad provocada por la sospecha me hizo buscar a aquella Lucrecia de la que me había hablado mi hermano.

» En uno de los sótanos del castillo vivía la antigua criada de mi madre. Su aspecto era el de una vieja bruja desquiciada. La mujer había perdido la cabeza y hablaba y hablaba, mezclando presente y pasado, unas ideas con otras, de una manera irrefrenable. Me pasé mucho tiempo junto a ella, escuchando su monólogo incesante. Hasta que, cuando ya mi paciencia estaba a punto de agotarse, salieron de su boca unas frases reveladoras.

» —La innombrada... —reía con su boca desdentada—. No era virgen cuando se casó. Yo la bañé, aquel cuerpo no era el de una mujer virgen.

Esperaba un hijo, ya estaba embarazada. Siempre supe que aquel hijo sería un traidor. Un traidor porque no era hijo del rey. Sí. Siempre lo supe. Recaredo, sí, Recaredo es un verdadero godo, un auténtico godo, por todos los lados. Siempre ha sido mi preferido...

» En un lapso de lucidez me reconoció e intentó abrazarme, sentí repulsión ante sus manos huesudas y su aliento fétido; noté su pecho caído, como dos pellejos flácidos apretándose junto a mi túnica. Me dio asco y la rechacé; pero ella no pareció notar lo y, sin dejar de sonreír, se hundió de nuevo en el pasado.

» —Ella murió. No se encontraba bien, y Goswintha me ordenó prepararle un remedio. Unos polvos blancos...

» Después cerró los ojos y parecía dormir, quizá sus ojos veían el pasado, que evocaba como si lo tuviese presente ante sí.

» —“Ya queda poco”, le decía Leovigildo a Goswintha. “Serás reina otra vez...”. Si Leovigildo lo sabía... Lo sabía todo...

» Claudio, que me había acompañado en alguna de aquellas largas peroratas, oyó, al igual que yo, las palabras de la vieja. Hubo de sujetarme para que no la ahogase con mis propias manos. Salimos de allí con una sensación de repulsión.

» Unos días más tarde, Lucrecia se cayó desde lo alto de una de las torres de la fortaleza. Se dijo que, como estaba loca, se había tropezado. Algunas malas lenguas sospecharon que la mujer hablaba en demasía y que alguien de la casa de la reina quiso acallarla.

» El día en que Lucrecia murió, un hombre al que yo no conocía quiso hablar conmigo. Había servido en la primera campaña del norte junto a mi hermano Hermenegildo. Fui conducido por él a uno de los corredores del castillo, un lugar donde nadie podía vernos, donde no había posibilidad de ser escuchados. Me contó de qué modo mi hermano estaba siendo torturado por mi padre, me dijo que estaba muy enfermo y que podía morir. Sabía que, aunque yo había sido fiel a mi padre, quería a mi hermano. Escuché lo que me decía sin responderle nada.

» Por la tarde logré reunirme con Claudio y Wallamir para transmitirles lo que ocurría.

» —Debo verle... —afirmé.

» —¡Iremos contigo! —exclamó Wallamir con determinación.

» Me sorprendió que Wallamir desafiase las normas dictadas por mi padre. Aquella noche sobornamos a la guardia. Atravesamos pasadizos húmedos, llenos de olor a orín y a rata, hasta un calabozo un poco más grande que los demás, donde nos encontramos, recostado en un camastro, a Hermenegildo. Mi hermano estaba desfigurado por la tortura. Su barba había crecido; junto a él, Román, el sirvo de la casa de los baltos, le atendía. Los ojos de mi hermano mostraban signos de locura; no me saludó ni me preguntó cómo había llegado hasta allí. Me miró con ojos de perturbado.

» —¡Juraste que protegerías a Ingunda...! Sé que algo le ha ocurrido.

» —¿Cómo puedes saberlo...?

» Sus ojos se abrieron aún más, los ojos de un hombre fuera de sí.

» —Lo he visto...

» —¿Lo has visto?

» —Recuerdas... madre también tenía sueños y siempre se cumplían. Yo he visto a Ingunda y a mi hijo en peligro... ¡Ayúdame, te lo ruego! Me reclaman...

» Pensé que se había trastornado, que todo era un delirio causado por la enfermedad. De hecho, sus ojos brillaban por la fiebre. ¿Qué podía hacer? Hermenegildo era mi hermano, mi amigo, mi otro yo. Miré a Claudio y a Wallamir.

» —Le ayudaremos, pero no debe enterarse tu padre... —dijo Claudio.

» —¡Me da igual que mi padre lo sepa o no! —les grité.

» Se miraron, quizá ya antes habían hablado entre sí de la suerte de Hermenegildo, quizá deseaban aliviarle en algo su sufrimiento. Sensatamente, me advirtió Wallamir.

» —Recaredo, tú eres el hombre nuevo, abierto a godos e hispanos; no manches tu prestigio ante los godos con una traición. Claudio y yo lo haremos. Tú no debes mezclarte en esto.

» Les observé boquiabierto, sobre todo me quedé admirado de la actitud de Wallamir, por lo que le pregunté:

» —¿Tú?, ¿el godo ejemplar? El que siempre se ha mantenido bajo la ley.

» —Sí, soy godo, lo sigo siendo; pero Hermenegildo es mi amigo, no quiero que muera aquí. Le ayudaré aunque nuestros bandos sean opuestos.

» Ambos se dirigieron a Hermenegildo.

» —Te ayudaremos a escapar...

» En pocas palabras trazaron un plan en el que yo debía permanecer al margen. Cortaron sus ataduras y le dejaron los puñales. Antes, al entrar a la prisión, ninguno de los guardias se había atrevido a detenerme a mí, al heredero del trono, al hijo del rey godo, ni a mis acompañantes y, mucho menos, a quitarnos las armas; nadie nos registró tampoco al salir.

» Aquella noche se escucharon unos gritos lastimeros dentro de la celda del príncipe rebelde. Al entrar los carceleros desprevenidos, Hermenegildo y Román les atacaron. Aunque Hermenegildo estaba débil por la tortura y la fiebre, era un guerrero experimentado y Román, un hombre de campo muy fuerte. Tras conseguir las llaves de la prisión, fueron liberando, uno a uno, a los rebeldes, a los hombres que le habían seguido en el levantamiento. Ese día escaparon de la prisión unos diez reclusos, todos ellos fieles a Hermenegildo.

» Wallamir y Claudio les ayudaron en su huida; sobornando a la guardia, en algún punto, y luchando contra ellos, en otros, consiguieron salir del alcázar de los reyes godos. Después, a través de los múltiples túneles que en Toledo conducen al río, por las antiguas cuevas de Hércules, llegaron a la ribera del Tagus. Cruzaron

el río a nado. Más allá, en la vega, en una pequeña granja abandonada, les esperaban otros hombres con caballos. Al despedirse, Wallamir y Claudio abrazaron a Hermenegildo.

» —¡Huye...! ¡Huye lejos de aquí...!

» —Quiera la fuerza del Altísimo que nunca más volvamos a estar en distintos frentes en la batalla.

» Hermenegildo les observó detenidamente, eran sus hermanos de armas, sus compañeros.

» —¿Cómo podré agradeceros...?

» —No dejándote atrapar de nuevo... ¡Corre...!

» Desde la vega del Tagus, al amanecer, vieron partir al que había sido su capitán y amigo. No cesaron de mirar en aquella dirección hasta que Hermenegildo y sus pocos acompañantes desaparecieron a lo lejos. Cantó el gallo en la amanecida. Wallamir y Claudio volvieron silenciosamente a la corte.

» En Toledo, la confusión reinaba en el palacio y en la ciudad. Se registró casa por casa intentando encontrar al príncipe rebelde que había conseguido huir. Sé que muchos de los hombres, a los que él había capitaneado, colaboraron borrando sus huellas. Los católicos de la ciudad decían que un milagro había ocurrido y que un ángel había salvado a mi hermano.

» Mi padre desconfió de mí, de Claudio y de Wallamir, pero no tenía pruebas. Quizá no quiso perder a su verdadero hijo, al único que le quedaba, a su heredero.

» Por todo el reino se difundieron bandos en los que se proclamaba la traición de Hermenegildo y en los que se ofrecía una recompensa por él, vivo o muerto.

» Mi hermano cruzó las estribaciones de los montes de Toledo, la Sierra Morena, los amplios campos de olivares y alcanzó, una vez más, a las feraces tierras del valle del Betis. Buscando noticias de su esposa, se dirigió a Hispalis. Él y los suyos vestían con las armas del ejército visigodo; parecían una patrulla que se dirigía al sur para cumplir alguna misión. Aunque la barba le había crecido, en su rostro macilento se adivinaban las huellas de la enfermedad, la tortura y la prisión. En los pueblos donde paraban oían los bandos que le buscaban, a él, al príncipe traidor, y fingían ser una patrulla visigoda que estaba buscando al evadido.

» En cuatro o cinco días arribaron a la capital junto al río Betis. Dejó a sus hombres en una posada cerca de la ciudad. Con el fiel Román, vestido como un buhonero, entró en Hispalis. Nadie le reconoció. Fue Román quien tiempo más tarde me contó que cuando mi hermano divisó las torres de los alcázares de Hispalis, el lugar donde había sido rey, donde había vivido feliz con Ingunda, su rostro mudó de color, estaba tan débil que debió sujetarse para no caer.

» Subieron hacia la judería y, atravesando las callejas de la aljama, casas blancas con patios llenos de flores alrededor de los pozos, se detuvieron ante una

edificación encalada: la morada de Solomon ben Yerak

» En el patio central, lleno de flores, sonaba el ruido del agua con un runruneo cadencioso. Los criados de la casa se sobresaltaron al ver llegar a aquellos hombres armados y desconocidos. Avisaron a su amo.

» Al ver a Hermenegildo, el judío cayó a sus pies.

» —Mi señor, ¡qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande!

» —¿Qué ha ocurrido? —preguntó sobresaltado con el temor pintado en el rostro.

» —Mis barcos fueron atacados por la armada visigoda. El navío en el que viajaba vuestra esposa se hundió...

» —¿Hundido...?

» —Los otros barcos se salvaron, las tropas del rey atacaron al navío en el que viajaban. No hemos tenido noticias de supervivientes.

» En ese momento, Hermenegildo se quedó mudo; había perdido lo único que ya le importaba, lo único que le quedaba en la tierra. No podía articular palabra.

» —Dicen que el rey sabía que en ese barco iban Ingunda y Atanagildo —dijo el judío— y dio órdenes de hundirlo en alta mar.

» Solomon continuó hablando:

» —Cayo Emiliano os traicionó de nuevo.

» —Me vengaré... ¡Juro ante Dios que lo haré! Me vengaré de ese hombre sin honor y sin decencia que es el rey Leovigildo...

» El viejo Solomon se abrazó llorando a sus pies.

» —Mi señor, esta casa es la vuestra... Siempre os he amado, siempre os he sido fiel, pero si el rey llegase a saber que habéis estado aquí, toda mi familia moriría.

» Aquella noche les permitió dormir bajo su techo; pero, al amanecer, cuando las puertas de la ciudad se abrieron, mi hermano emprendió el camino hacia el norte. Hacia las Galias. Tenía un único plan: aliarse con los reyes de Austrasia y de Borgoña, que vengarían la muerte de Ingunda, y atacar de nuevo al que un día había llamado padre.

» La suerte no estaba de su lado, en la Vía Augusta, camino de los reinos francos, fue detenido por una patrulla que le buscaba. Lucharon, pero Hermenegildo ya no tenía fuerza para enfrentarse al enemigo. Muchos de sus hombres murieron; él fue entregado a Sisberto, gobernador de la Tarraconense, y encerrado en la prisión de la ciudad de Tarraco, esperando las órdenes del rey mi padre» .

Tarraco

«Hace no mucho tiempo estuve en la celda donde mi hermano pasó las últimas horas de su vida. Como a él, hombre de espacios abiertos, las paredes de piedra oscura de la pequeña celda me produjeron una sensación de ahogo. Pensé que, desde su ventanuco, él vería un trozo de cielo sin nubes y podría escuchar el mar, bramando a los pies de la fortaleza. Tumbado en aquel pequeño catre, intentaría incorporarse. Entonces me sentí sorprendentemente cerca de mi hermano e imaginé sus últimas horas. Su cuerpo, entumecido por la humedad de la prisión, parecería no responderle. Quizá se alzaría sobre los pies, agarrado a los barrotes de la ventana, y miraría hacia fuera. En el exterior, el cielo azul muy cálido; más allá, el mar con las olas formando una suave marejada; cerca de la pared de piedra de la prisión, unos pájaros que trinaban y, a lo lejos, se oírían los ruidos de gaviotas y cormoranes. Fuera estaba la vida, una vida que se le escapaba. ¡Oh, Dios! Tendría miedo a la muerte y aquel era su último día en este mundo. Dentro de unas horas, le vendrían a buscar y Sisberto, una vez más, le pediría que renegase de su fe y que comulgase en el rito arriano. ¡Muy simple...! Beber del cáliz que había llevado siempre consigo, según un rito distinto, y la vida volvería a él. El mismo cáliz que Sisberto le arrebató el día que lo apresaron, con todo lo que él llevaba encima. Según su carcelero, el rey le perdonaría si se sometía, y la primera prueba de su sumisión sería la comunión arriana. Pero él no podía hacer eso. Nunca lo haría, no se doblegaría, ni traicionaría lo que ahora eran sus más íntimas convicciones; sin embargo, le fallaba el ánimo.

»No tenía fuerzas, pero no era un cobarde. Muchas veces en la batalla se había enfrentado a la muerte; pero, en la guerra, la muerte era un azar que podía ocurrir o no. Su valor se basaba en el optimismo en que no llegaría el final fatídico. Ahora, todo era distinto. Su muerte tenía una hora, un lugar, y no habría vuelta atrás a esa hora y a ese final. A pesar de que nada le ligaba ya a la tierra, Hermenegildo no quería morir. La savia de la juventud circulaba aún por sus venas, empujándole a la vida. Miró al cielo, tan límpido, tan claro, sin una nube; de pronto, todo su espíritu se serenó. Hermenegildo se sintió en paz, cesó la desesperación que le había dominado los últimos días, y una fuerza que le era propia y, a la vez, ajena le embargó.

» Ya no odiaba a Leovigildo, en aquel momento supremo en el que todo iba a acabar, el odio no parecía tener sentido. Se sintió poca cosa, un hombre pecador, que había odiado y se había rebelado contra aquel que, a la vista de todos, era su legítimo señor. No. No era tan distinto de Leovigildo, él quizá también había buscado el poder como aquel rey, a quien tanto había despreciado.

» Se abrió la celda y dos soldados le soltaron los grilletes de los pies, atándole las manos. Le condujeron afuera, se acercaba el momento final. Tras él, el fiel Román le seguía. Atravesó los largos corredores de piedra hasta llegar a la sala que presidía Sisberto, duque de la Tarraconense. Le miró de frente, recordando que, pocos años atrás, habían combatido juntos en la campaña contra los cántabros; él, Sisberto, había sido su capitán, se acordó del momento en el que le había arrebatado la copa de poder. Ahora, él iba a probarle una vez más, para saber si traicionaba a su fe, a sus convicciones y a sus principios.

» No. No lo haría. Aquel era su fin.

» Sisberto se rio. Y, cuando él se negó a tomar la comunión arriana, bebiendo de la copa de ónice, Sisberto le abofeteó y le lanzó el contenido de la copa a la cara. Después, despreciativo, tiró la copa al suelo, que rodó lejos. Hermenegildo no pudo retirarse ni defenderse, con las manos atadas a la espalda.

» Después Sisberto salió de la celda sin importarle ya nada, sin mirar hacia atrás. Humillaría al hijo del rey, al que siempre había envidiado, le enviaría al verdugo.

» En el patio de la gran fortaleza de Tarraco se elevaba el patíbulo. Atravesaron las calles de la ciudad, llenas de gente, un populacho enfebrecido por la expectativa de sangre. Un detalle y otro, absurdos, se clavaban en la retina de mi hermano; la cara de una mujer gritando, la fibula tosca de la capa de algún soldado. Eran sus últimos momentos de vida. Respiró hondo, intentando calmarse, y llenó sus pulmones de aire. Sintió las manos entumecidas, la boca seca. Finalmente empezó a subir la escalerilla. Lo hizo con dignidad y, al llegar arriba, contempló la multitud vociferante. Gentes desconocidas que no habían estado con él en la guerra, que no le habían apoyado, ni le querían. Se volvió hacia ellos; tiempo después me transmitieron sus últimas palabras:

» —Fiel a la fe en Jesucristo, verdadero Dios y hombre, apoyado únicamente en su gracia, perdono a los que me han hecho algún mal y pido perdón a los que, de algún modo, haya causado daño.

» Después de haber dicho estas frases, la cara de Hermenegildo se transformó; perdió su palidez asustadiza colmándose de fuerza, una fuerza que parecía provenir de lo alto.

» El hacha cercenó su cuello y Hermenegildo dejó de estar entre los vivos.

» La noticia de su muerte me llegó cuando yo guerreaba en el Pirineo contra los francos que se habían unido a los vascones. Gontram de Borgoña y Childeberto de Austrasia nos atacaron tras haberse difundido la noticia de la

muerte de Ingunda. Les vencimos sin demasiados problemas. En aquel tiempo la suerte siempre acompañaba a mi padre, el rey Leovigildo, quizá porque la copa de poder conducía a la fortuna a su lado.

» Al conocer la noticia de la ejecución de mi hermano, grité de horror. Pude abandonar la campaña del norte y, al llegar a Tarraco, me condujeron al calabozo, donde él había pasado sus últimas horas, y lloré. Sisberto, ufano, se sentía orgulloso de haber ejecutado al hijo del rey godo; estuve a punto de golpearle, pero me contuve. Juré que me vengaría de aquel hombre. Fue Román quien me reveló los últimos momentos de mi hermano, el siervo fiel que le había acompañado en su cautiverio. Aprecié en Román un cambio profundo: había amado y servido a Hermenegildo hasta el fin y su muerte le había transformado íntimamente. Me pidió que le dejase ir al sur. Así lo hice.

» Después pensé en ti. Las nuevas de la muerte de Hermenegildo se propagaban rápidamente por el reino. Quería que todo aquello, tan doloroso, lo supieras por mí, que su muerte llegase a tus oídos tal y como había sido. No quería que Nícer o cualquier otro deformase lo ocurrido. He recorrido el reino sin descansar, para verte, para poder hablar contigo.

» Te juro, Baddo, que yo nunca quise que él muriera, pero Hermenegildo nació bajo un signo infausto. Tú sabes bien lo que mi hermano suponía para mí. Muchas veces habíamos soñado que llegaría un día en el que reinaríamos juntos. Nunca hubo entre nosotros celos o envidias. Hermenegildo era mi alma gemela, mi otro yo, la persona que había crecido a mi lado, mi camarada y mi aliado, mi confidente y amigo. Muchas veces, fue un padre para mí.

» Para los godos e incluso para muchos hispanos de nuestra época, Hermenegildo había sido un traidor. Para los católicos, un mártir de su fe; pero, para mí, Hermenegildo fue mi amigo, mi hermano, mi otro yo.

» Lo había perdido para siempre» .

Calló un instante, Baddo observó a aquel hombre, su esposo, que la había traicionado y que se sentía culpable de la muerte de su hermano. Un hombre al que ella amaba y que necesitaba sentirse perdonado; que Baddo confiase en él.

El fuego crepitaba en la pequeña cabaña del norte. Fuera se escuchaba el viento y el ulular de un búho. Baddo y Recaredo guardaron silencio, las lágrimas mojaban sus rostros. Al fin, Baddo habló:

—No eres culpable. No, la vida es compleja. Hiciste cuanto estuvo en tu mano por protegerle; pero, como tú mismo dices, Hermenegildo nació bajo un signo aciago. Estás vivo y estás a mi lado. Por ti he perdido a mi gente, mi raza y mis antepasados. Te necesito; quiero estar junto a ti. No te vayas nunca más de mi lado.

La faz de Recaredo pareció descansar ante estas palabras, entonces se arrodilló ante ella y le juró:

—Tú siempre estás conmigo. Pronto estaremos juntos para siempre y te juro

que nada ni nadie nos volverá a separar jamás.

Sí, Hermenegildo había nacido bajo un signo nefasto, pero ahora él descansaba en paz. Su vida había llegado a término. No había más sufrimiento, más pesar. Hermenegildo había llegado al lugar de su último reposo.

Recaredo permaneció junto a Baddo, dos días y dos largas noches. Liuva le tenía miedo y se asustaba ante él. Tras este corto período de paz, hubo de irse; juró, una vez más, que volvería a por Baddo.

Al fin, pasados unos años, cumplió su promesa enviando a sus emisarios, que les condujeron hacia el sur. Liuva y su madre llegaron a la ciudad en el Alto Tajo, la ciudad fundada por Leovigildo para su hijo Recaredo: la ciudad de Recópolis.

El reencuentro

Baddo nunca olvidó su llegada a Recópolis, Liuva estaba aturdido. Su madre le observaba continuamente, siempre le había preocupado aquel hijo tan sensible, tan centrado en sí mismo, tan poco seguro de sí.

Al anochecer llegó él. Sus pasos fuertes resonaron por la escalera que conducía al primer piso del palacio, en la ciudad de Recópolis. Al verle, Baddo se sintió pequeña ante aquel hombre corpulento de mirada penetrante, que la estrechaba contra sus brazos fuertes, estremecido por la alegría. Preguntó por Liuva, el chico se escondía asustado. Él le acogió con enorme afecto, le revolvió el cabello y le empezó a preguntar cosas. Liuva no respondía, constreñido por una extraña timidez. Al fin, Recaredo y Baddo se retiraron.

Aquella noche no durmieron, fue una noche de amor y tristeza. Recaredo no cesó de hablar de todo lo ocurrido en los años de separación. En su alma existía una profunda herida, una herida de la que nunca se recuperó: la de la muerte de Hermenegildo. Recaredo y Baddo, por diferente vía, eran hermanos de Hermenegildo, ambos le habían amado, ambos le debían la vida; y ahora él estaba muerto. Recaredo no quería la corona que le habían impuesto los partidarios de la casa baltinga. Añoraba a aquel que había sido un hermano y amigo.

Lentamente fue explicando a Baddo todo lo sucedido en los últimos tiempos:

«Tras la muerte de Hermenegildo, mi padre fue cayendo en un desvarío continuo, producido por el abuso de alcohol. Bebía vino, vino rojo en aquella antigua copa celta que mi madre nos había encargado que condujésemos al norte. La reina Goswintha aprovechó el estado en que se encontraba mi padre para controlar con mano férrea el reino, consiguiendo más y más prerrogativas y fortaleciendo el partido nacionalista goda; el de aquellos que se sentían superiores al resto de los habitantes de Hispania.

» La copa se convirtió en la obsesión de Leovigildo. Se reunió con alquimistas y nigromantes, quienes elaboraron una curiosa teoría en torno a ella: si el rey bebía sangre de sus vasallos, estos nunca podrían traicionarle. Entonces

Leovigildo nos convocó a todos los componentes del Aula Regia. Había preparado una magna reunión. Sentado en el trono real, ceñido por la corona y sosteniendo en la mano el cetro, imbuido en orgullo y vanidad.

» Cuando todos hubieron llegado, ante el silencio expectante de nobles y clérigos, mi padre Leovigildo habló con voz fuerte y sonora.

» —Yo, Leovigildo, rey de la Hispania y de la Gallaecia, el más grande rey que nunca los godos hayan tenido, haré llegar a nuestro pueblo a la hegemonía del mundo conocido. He conseguido unir la copa del poder; el cáliz que porta, en sí mismo, el misterio de la supremacía sobre los pueblos y las razas. La copa que me arrebató mi primera esposa entregándosela a sus hijos. Cuando beba de ella la sangre de mis fieles, nada podrá detener el esplendor del reino godo, mi poder absoluto.

» Después se detuvo unos instantes observándonos con desconfianza:

» —Necesito vuestra sangre, la sangre de todos vosotros, los que decís que me sois fieles.

» Nos observamos unos a otros, asustados, pensando adonde quería llegar el rey. Él, sin inmutarse, prosiguió:

» —Todos los que me sois fieles verteréis un poco de vuestra sangre en la copa sagrada. Así jamás me traicionaréis, yo tendré vuestra sangre, vuestras almas y vuestras vidas en mí.

» La guardia palatina nos rodeó a todos; Sisberto, duque de la Tarraconense, preboste del Aula Regia, tomó la copa en su mano izquierda, con un estilete afilado se dirigió hacia nosotros. Los soldados de la Guardia Palatina nos sujetaron y Sisberto nos dio un pequeño corte en la mano, haciendo manar sangre, que recogió en la copa. Uno a uno, fuimos sometidos a este ritual. Al acabar, la copa estaba mediada en sangre; después, mi padre ordenó completar la capacidad de la copa con vino.

» Con gesto solemne se levantó del trono, alzó la copa sobre su cabeza y bebió de ella, de la copa de poder. Bebió con ansia, con tensión febril, lleno de una gran inquietud. Entonces su cara mudó de color, se tornó pálida y después azulada. Se quedó rígido y pequeño, pálido reflejo de sí mismo.

» Así fue como murió el gran rey Leovigildo, mi padre.

» Nunca debí haberle entregado la copa a mi padre, el rey Leovigildo. Hermenegildo me avisó y yo no le hice caso. La copa significó la perdición del rey, le corrompió aún más y le condujo a un fatídico final» .

Baddo miró a Recaredo horrorizada. Comprendía que, a pesar de todo, para Recaredo, aquel hombre cruel y sanguinario, aquel hombre ansioso de poder que se había conducido a sí mismo a un fin desgraciado, había sido su padre, su mentor y guía desde niño. Aquel hombre, que lo había supuesto todo para él había muerto de una manera indigna en un rito absurdo y pagano.

Recaredo había venerado tanto a su padre como ahora se avergonzaba de él.

Él prosiguió hablando:

« Hermenegildo tenía razón, no fue precisa la venganza, mi padre se condujo a sí mismo a su fin. El afán de poder, el ansia de supremacía labró su desgracia, le condujo a su destino final. Una venda cayó de mis ojos al ver, en el suelo, el cuerpo exánime de mi padre. Toda la admiración, todo el respeto que yo había tributado a aquel hombre se transformaron en un profundo desprecio. Ordené que, bajo pena de muerte, nadie dijese nada de lo ocurrido en aquel lugar; todos obedecieron. Desde ese momento, me hice con el poder; en un principio nadie se opuso al hijo del gran rey Leovigildo, el príncipe Recaredo, ya asociado al trono.

» Mi coronación tuvo lugar con toda pompa y esplendor en la ciudad de Toledo. Mantuve a la reina Goswintha en un lugar preeminente. Ella persistía con la obsesión del poder que había infundido en mi padre. Quería que tomase por esposa a una de sus nietas francas; pero los merovingios no deseaban otra unión con un fin tan desastroso como el de la princesa Ingunda. Yo, aparentemente, asentía a todo lo que la zorra miserable de mi madrastra me proponía, porque deseaba asegurarme el control del reino; pero solo aguardaba la hora de la venganza.

» Mandé ejecutar mediante una muerte crudelísima que no quiero relatarte a Sisberto, el asesino de Hermenegildo. Creí que con aquel acto haría justicia y quedaría libre de los remordimientos que me atormentaban desde la muerte de mi hermano. No fue así, siempre estaré torturado por su muerte.

» Intenté hacer lo que Hermenegildo hubiese hecho. Y desde el principio de mi reinado solo tuve tres propósitos. El primero, unificar el reino tanto desde el punto de vista político como el religioso. La corona necesitaba de los hispanos y de la Iglesia, pero para ello era necesaria la conversión de los reyes godos a la que era la fe del pueblo más numeroso del reino. Sabía que el camino emprendido por Hermenegildo era el correcto, pero que mi hermano se había equivocado en la forma de emprenderlo. Había que ser cauto para no despertar la ira de los godos más exaltados; los que consideraban que su raza era superior al resto.

» El segundo, devolver la copa al norte; pero se trataba del cáliz de poder y, de momento, la necesitaba para que la fortuna me acompañase. Poco tiempo antes de morir, mi padre había enviado a Mássona como obispo de la sede de Complutum, un lugar cercano a Recópolis. A él se la entregué y, con frecuencia, iba a verle realizar el oficio sagrado. Sentí que a mi madre y a mi hermano Hermenegildo les habría gustado que fuese así. Pero mi intención profunda era que la copa regresase al norte.

» Por último, mi más importante objetivo era...» .

Recaredo calló un momento, miró con una profunda ternura a Baddo y le dijo:

« ... mi más importante objetivo era tenerte conmigo para siempre, que tú, la hija de Aster, la hermana de Hermenegildo, fueses mi esposa, la reina de los godos. Porque a ti, Baddo, te amo más que a nada en el mundo» .

La reina Baddo

Recaredo cumplió todas sus promesas. Tras un tiempo de espera en Recópolis, Baddo fue llamada a la corte de Toledo, donde tuvieron lugar las bodas. Toda la corte aclamó a la reina, y aquel día fue un día feliz.

Recaredo supo ganarse al pueblo y, con gran habilidad, hizo llegar a los habitantes de la ciudad, a los nobles del reino, historias sobre los orígenes nobles de su esposa y sus muchas virtudes. Ocultó que Liuva era hijo de Baddo, para evitar la deshonra de su esposa; pero lo reconoció como príncipe de los godos y heredero suyo.

Después nació Swinthila, a quien iba destinada la carta de Baddo. Sus dotes naturales fueron evidentes desde que era niño: inteligente y despierto, hábil con las armas, seguro de sí mismo. Baddo y Recaredo sabían que él debería heredar el reino. Más tarde, nació el pequeño Gelia, un muchacho fuerte y alegre que físicamente se parecía a su abuelo Leovigildo, pero con un carácter más suave y complaciente.

Al rey Recaredo le sobrevenían accesos de melancolía; guardaban relación con la muerte de su hermano Hermenegildo, a quien nunca olvidó. Siempre se sintió en deuda con él. Quiso cumplir la promesa que le había hecho en Córdoba, en su despedida en la iglesia de San Vicente. Entonces, Recaredo decidió unificar el reino, pero lo hizo mesuradamente con la fuerza de la razón y no con el poder de las armas.

El rey convocó tres reuniones de obispos de las dos confesiones. En la primera, pidió a los obispos arrianos que expusieran sus razones, que él escuchó gentilmente, pareciendo haber sido convencido. Después, emplazó un segundo concilio en el que se reunieron obispos de las dos religiones. A él acudieron las más preclaras cabezas de la Iglesia católica, entre otros el anciano Mássona, y Leandro, obispo de Hispalis, a quien se había conocido como valedor de Hermenegildo. También estuvo presente Eusebio, obispo de Toledo, de donde había sido expulsado por Leovigildo.

Finalmente, después de escuchar a todos los implicados, llamó a los obispos católicos y les explicó su decisión de abjurar del arrianismo y convertirse, junto a su familia, a la religión católica. Desafiando al partido nacionalista godo y con

el apoyo de la gran mayoría del pueblo hispano, el rey Recaredo, el 13 de enero del año 587 de Nuestro Señor, hizo pública su conversión delante de todo el reino.

No es de extrañar que aquella decisión, después de varios siglos de arrianismo entre los godos, produjese un enorme revuelo. El partido nacionalista germano, tan fortalecido en los años finales del reinado de Leovigildo, se rebeló y varios nobles se reunieron para conspirar contra un rey que parecía haber dado la espalda a la legitimidad goda.

La reina Goswintha se alzó frente al poder lícito del rey Recaredo, alentando una conspiración que tuvo su origen en la Lusitania. El obispo arriano de Mérida, Sunna, y algunos nobles como los condes Segga y Viagrila, pretendieron eliminar al obispo Mássona y a Claudio, el hombre fuerte de Recaredo, que había sido nombrado duque de la Lusitania. Pero la artífice y motor de la sedición fue la reina Goswintha. Todo se llegó a conocer gracias a la delación del ya maduro conde Witerico, un hombre que aspiraba al trono y que, en el último momento, se dio cuenta de que su oportunidad aún no había llegado; que sacaría más beneficio con la delación de los implicados que alzándose en una conjura, sin visos de triunfar. En aquel momento, el poder de Recaredo era grande y su prestigio en el reino, inmenso. La reina Goswintha fue detenida, se la obligó a suicidarse: a probar el mismo veneno que ella había administrado a sus víctimas.

Fue convocado el magno Concilio, el III de Toledo. Las calles de la ciudad se llenaron de comitivas de obispos procedentes de todos los rincones de las tierras hispanas. Emerenciano, obispo de Barcino, y su colega Livgardo, el obispo arriano de la misma sede, Prudencio y Lotario, Eudes y Víctor. Algunos eran hombres humildes; otros, nobles pagados de su poder. Las discusiones del concilio tuvieron lugar abiertamente. La gran mayoría católica apoyaba a sus obispos, con gritos y aplausos ante sus intervenciones. A menudo, abucheaban a los arrianos. Se comportaban como si hubiesen estado en las carreras de galgos. El rey presidía todo, moderando las interminables discusiones. Finalmente, Leandro proclamó las verdades de fe y todos suscribieron las actas del concilio.

Entre los delegados, llegó un hombre anciano y vestido con las ropas de un monje celta, parecía un milagro que aquel hombre, casi centenario, hubiese viajado desde las lejanas tierras del norte y hubiese llegado allí vivo: era Mailoc.

Baddo se llenó de gozo al ver a su antiguo mentor. Él le informó sobre Nicer y Munia, sobre todos aquellos que habían sido amigos de la reina en su juventud. Le contó que Fusco estaba cojo y que se había reconciliado con Nicer. Por él supo que Recaredo había llegado a un acuerdo con todas las tribus cántabras excepto, cómo no, con los rocones o luggones. Recaredo había nombrado a Nicer, su medio hermano, a quien ahora todos llamaban Pedro, duque de Cantabria. Nicer, hijo de dos razas, era el puente entre el mundo godo y los astur-cántabros. Pedro se estableció en la antigua fortaleza de Amaya.

El día anterior a la clausura del concilio se reunió con Mailoc y con Baddo en

las estancias regias. Hizo que todo el mundo saliese de allí, después un criado trajo un pequeño cofre. Ordenó que el fámulo también se fuera y, cuando estuvieron los tres solos, lo abrió: dentro de él refulgia la copa sagrada brillando en toda su belleza. Al verla, en el rostro de Recaredo apareció un gesto de desolación y disgusto; tomó la copa y, entregándosela a Mailoc, le dijo:

—Esta es la copa de poder que fabricaron los celtas. Por ella murió mi padre, por su poder fue derrotado y muerto Hermenegildo. No quiero que nadie más sea dañado por ella. Solo podrá utilizarse para el culto divino.

Después, mirando especialmente a Baddo, prosiguió:

—Mi madre, la reina innombrada, y tu padre, Aster, príncipe de los albiones, desearon que la copa estuviese en el norte, en el cenobio donde viven los hombres de paz, alejados del mundo. Nadie debe saber que está allí. Tú, Mailoc, que conociste a aquellos que lucharon por la copa, debes conducirla al lugar donde permanecerá escondida para siempre, olvidada de las luchas de los hombres.

El monje tomó el cáliz de manos del rey y levantó aquel vaso sagrado, que brilló bajo la luz del sol de mediodía, en la ciudad goda de Toledo.

—¡Quiera Dios que esta copa sea motivo de unión de los pueblos, no motivo de escándalo o división!

Mailoc abandonó la urbe regia, rumbo al norte. Supimos que fue atacado en el camino hacia Ongar.

La copa pareció desaparecer de los caminos de los hombres.

Pasaron los años y, un día, Recaredo partió hacia una campaña frente a los bizantinos, a una guerra que sería la última para él. En el cielo claro, sin nubes, cruzó un águila volando lentamente y a todos les pareció un buen presagio.

Unos días más tarde, Baddo supo que su esposo había sido herido en el frente de batalla. Llegó a Toledo en un estado de muy profunda melancolía. No hablaba, sufría una gran conmoción interior y se encerró en sí mismo. Pacientemente, la reina le veló, sentada día y noche junto a su lecho. El rey empeoraba y a sus espaldas los traidores maquinaban, queriendo servirse de Liuva como un títere en sus manos.

Enfermo y debilitado, el rey Recaredo acudió a Santa Leocadia a la coronación de su hijo, evitando que adoptase compromisos con los hombres del partido goda. Nombró a Gundemaro tutor de Liuva y gran chambelán del reino y, al glorioso general Claudio, jefe del Ejército.

Cuando Baddo y Recaredo regresaron de Santa Leocadia, el rey se sintió morir. Su cara enflaquecida, prematuramente avejentada y llena de arrugas, expresaba el más profundo dolor. Entonces su silencio de aquellos días se rompió.

—En el sitio de Cartago Spatharia vi a mi hermano, el decapitado, el hombre al que traicioné. Tenía una marca en el cuello y estaba igual que cuando éramos jóvenes.

—Tú no le traicionaste...

—Sí, sí que lo hice; entregué la copa a mi padre, en contra de lo que Hermenegildo me había pedido. Te digo que le he visto, le he visto en el asedio.

—Lo que dices no es posible... —dijo Baddo.

—No estoy loco, le vi. Durante todos estos días he estado dudando; pero ahora tengo la absoluta certeza de que él, Hermenegildo, ha vuelto para avisarme de que mi hijo Liuva no es digno de heredar el reino. Es un gran misterio. Si mi hermano está vivo, debéis encontrarlo y devolverle lo que es suyo. No confío en Liuva, he intentado hacerlo, pero él no es válido para ocupar el trono. Quiero que cuando yo muera, protejas a Liuva y reveles a Swinthila el misterio de la presencia de mi hermano en Cartago Spatharia y el secreto de la copa de poder.

Baddo se echó a llorar, no podía soportar separarse del que había sido su amigo, su compañero, el único amor de su vida.

—Se lo diré...

—Él es un águila, él es el águila que levantará el reino de los godos... Revélale el misterio de la copa sagrada, él sabrá lo que debe hacer...

—Ahora es un niño.

—Llegará a ser adulto.

Poco después, Recaredo, el hombre nuevo, el destinado a ser el rey que uniría a pueblos de distintos credos y razas, murió.

El final de la carta

Las palabras de Baddo ahora sonaron ante Liuva, pronunciadas con un tono vigoroso por Swinthila:

Mi esposo, tu padre, el gran rey Recaredo, había reinado dieciséis años, fue el hombre nuevo, el mejor rey que nunca hubiese regido las tierras hispanas, amigo de la paz, hombre sereno y valeroso.

Quizás, hijo mío, Swinthila, sabrás cómo Witerico traicionó a Liuva. No puedo soportar pensar que le han lacerado los ojos, que le han cortado la mano, a mi pequeño, al que le di de mamar, al que creció en la soledad del norte. Ahora me queda ya poco tiempo de vida. El traidor me ha condenado en un juicio inicuo. Witerico es un traidor, un renegado, un hombre cruel quien, movido por alguien, buscó la desgracia de la noble sangre de Recaredo, la que late en tus venas.

Desconfía, hijo mío, de hombres como Witerico, de los fanáticos, de los que ven en la sangre un motivo de división, desconfía de los que se consideran superiores por su linaje al resto de los hombres.

El traidor no actuó solo. La conjura es compleja y se extiende más allá de las fronteras de este reino. Hijo mío, Swinthila, busca al hombre que apareció en el cerco de la ciudad de Cartago Spatharia, el que hizo que tu padre enfermase de melancolía.

Busca al hombre que amargó los días de tu padre Recaredo, el hombre que maquinó la ruina de tu hermano Liuva.

Té conmino desde la tumba a que lo hagas.

Ahora que falta poco para el final de mis días, te desvelaré el secreto que encierra la copa de poder.

Muchas veces hablé en Ongar de la copa, de sus extraños poderes. Lesso, el que fue el fiel amigo de Aster, el que murió junto a Hermenegildo, la había conocido, y Mailoc también sabía muchas cosas acerca de ella. Es una copa poderosa, pero actúa de modo diverso según se separen sus diversas partes.

El que beba de la copa de oro, decorada en ámbar y coral, conseguirá el poder; sojuzgará a sus semejantes, que le verán como un hombre superior. Así le

ocurrió a Leovigildo, el rey que venció en todas las batallas, el hombre poderoso al que todos respetaron. Pero la copa debe usarse con moderación, porque si no se hace así, el poder embriaga y el que la utiliza se esclaviza a ella. Además, el maligno la domina y conduce a que se beba sangre en ella. Conoce bien lo siguiente: el que beba sangre en la copa de oro morirá.

Así murió Leovigildo, así murieron los jefes de los roccones y, en el pasado, el tirano Lubbo.

El que bebe de la copa de ónice, bebe de la copa en la que un día bebió el Señor. Será capaz de todo sacrificio sin desfallecer, y emprenderá el camino del bien.

Asile ocurrió a Hermenegildo.

Cuando las dos partes están unidas, la copa llega a su máximo poder. Se vuelve entonces extremadamente peligrosa; solo el hombre de limpio corazón, el hombre que busca el bien, puede beber de ella y así encontrará el vigor, la salud y la fortaleza.

El que bebe de la copa sagrada sin estar bien dispuesto bebe su propia condenación.

Hijo mío, Swinthila, recupera la copa sagrada y alcanza la posición que te corresponde. Después devuélvela al lugar donde debe estar custodiada: las montañas del norte.

Sé, hijo mío, que utilizarás la copa con sabiduría y no permitirás que el pecado de la ambición manche tu corazón.

Adiós para siempre, hijo mío, Swinthila, el mundo se acaba ya para mí. Me reúno ante Dios con mi padre Aster, con Urna, la mujer que fue mi madre, con mi amado esposo Recaredo, posiblemente pronto me encontraré con tu desgraciado hermano Liuva. Estoy en paz.

La carta de Baddo finaliza con expresiones de amor hacia Swinthila y hacia Gelia, a las que el primero no hace excesivo aprecio, pareciéndole que son nada más que ternuras de mujer. Los ojos de Liuva están enrojecidos y húmedos.

Allí está todo lo que Swinthila quiere saber, el misterio de la copa sagrada; la que le conducirá hacia el trono de los godos. Utilizará la copa celta hasta embriagarse de poder. Sabe que debe evitar el vaso de ónice. Sobre todo, no debe utilizar las dos juntas porque su corazón no es limpio. Su corazón quiere llegar a la cima del reino godo para encontrar la venganza, para saciar su ambición. Swinthila desea más que nada en el mundo encontrarla, pero... ¿dónde está? Mira a Liuva, se da cuenta de que él lo sabe. Tendrá que ser paciente y escuchar de nuevo sus monsergas melancólicas, porque está seguro de que su hermano mayor, aquel desecho de hombre, sabe dónde encontrarla.

Liuva ha permanecido, durante toda la lectura de la carta, en silencio. A

veces ha llorado. Otras, unos suspiros suaves, casi femeninos, han salido de sus labios. A Swinthila le pone nervioso su actitud.

—¿Qué piensas, hermano? —le pregunta.

—Que soy hijo de un gran rey... Que mi madre era una mujer digna de admiración que luchó por nosotros...

—Sí, sí —afirma Swinthila sin hacerle demasiado caso—. Escúchame, Liuva, debo saber dónde está la copa, nuestra madre sabía que debía ser mía... Necesito tu ayuda. ¿Sabes dónde está?

—Sí. Lo sé.

Se calla y su rostro permanece serio, en él hay una desconfianza patente.

—¿No me lo vas a decir?

—No lo sé.

—Incumplirás los deseos de tu madre.

—Quizá...

—¿Entonces...?

—Estás lleno de vanidad, eres presuntuoso y estás lleno de orgullo. La copa es peligrosa...

Swinthila desea estrangularle al oír aquellas palabras dichas con voz suave, pero se contiene y grita:

—Seré todo eso que tú dices, pero el deseo de nuestra madre era que yo poseyese la copa. Soy hijo del gran rey Recaredo y su único digno sucesor.

—Lo sé.

Liuva se levantó. Quizá recuerda sus celos de niño, las veces que se ha sentido menospreciado y rechazado por su padre; quizá piensa en su traición a Recaredo; quizás intuye que si su madre estuviera aquí le habría dado la copa a Swinthila.

Entonces le dice lentamente:

—La copa sigue en Ongar bajo la custodia de los monjes que sucedieron a Mailoc. Te ayudaré a conseguirla, pero júrame que la utilizarás para el bien.

—Lo juro. Ahora dime, Liuva, ¿quién es el traidor? Witerico...

—Sí. Él ya ha muerto, pagó sus crímenes...

—Pero la carta...

—Es oscura, parece mencionar a alguien más. Deberás desvelar la conjura, encontrar al renegado, al hombre que apareció en la batalla de Cartago Nova.

—Tú le viste.

—Sí. No le olvidaré nunca, era un hombre joven, quizá mayor que yo. Yo no conocí a Hermenegildo, pero los que le conocieron decían que aquel hombre de rostro lampiño y con una cicatriz en el cuello era la viva imagen del hermano de nuestro padre.

Swinthila se queda pensativo.

Aquel día los dos emprenden el camino hacia Ongar. Liuva con sus hábitos de monje, Swinthila como un peregrino que desea visitar el santuario en las

montañas.

III

EL ÁGUILA

En la era DCLVIII, en el año diez del reinado de Heraclio, el gloriosísimo Swinthila, por gracia de Dios, tomó el cetro de poder.

ISIDORO DE SEVILLA,

De origine Gothorum, Historia Wandalorum, Historia Sueborum

El tiempo perdido

En el camino hacia el valle, entre las montañas astures, Liuva y Swinthila permanecen callados. La carta de Baddo los ha inquietado de muy diferente manera. En Liuva se despierta de nuevo el dolor producido por los fantasmas del ayer. Ante Swinthila se abre la posibilidad de recuperar lo que de niño le ha sido arrebatado, su ánimo fluctúa entre la excitación y el orgullo. Caminan despacio, Swinthila ha dejado su caballo junto a la ermita; Liuva, a pesar de su ceguera, es capaz de guiarse por una senda recóndita que conoce al detalle. Desde tiempo atrás, cuando el invierno se volvía duro, y las nieves cubrían las montañas, Liuva solía refugiarse con los monjes de Ongar, recorriendo aquella trocha.

El ermitaño avanza con torpeza, midiendo sus pasos, sin dejarse ayudar por el guerrero. Así, Liuva conduce a Swinthila hacia Ongar por vericuetos escarpados, ocultos en las montañas. El terreno embarrado hace que el ciego se resbale dando trapiés hacia ninguna parte; Swinthila sujeta a Liuva, asiéndole del manto e impidiendo que llegue a caer; él se lo agradece, quizá sintiéndose humillado por su infortunio, y le confía:

—Falta poco para el convento de los monjes. Al llegar a lo alto de esta cuesta lo contemplarás.

—¿Cómo lo sabes, si no lo ves?

—De niño vine mil veces por estos parajes con madre. Allí, más adelante, a la derecha verás un árbol, en el aprendí a lanzar flechas, debe de tener aún las marcas...

Liuva, ligado de algún modo a la tierra que lo vio nacer, soporta a duras penas no poder divisar las cumbres que se elevan, nevadas, formando un techo sobre las brillantes praderas y los bosques oscuros. Escucha el ruido del agua manando por doquier.

—¿Por qué te ocultaste aquí, en el norte? —le pregunta Swinthila.

—Cuando Adalberto y Búlgar me liberaron, les pedí que me condujesen al lugar de mi infancia, a estas montañas perdidas; aquí Witerico no me encontraría. Los monjes me ayudaron; a temporadas viví con ellos. Después, me di cuenta de que tenían miedo a que el rey Witerico me descubriese y atacase Ongar, por eso decidí vivir solo. La soledad me gusta. Llegué a estar feliz

conmigo mismo. Cuando estoy con otras personas me recuerdan que no puedo ver. Echo de menos poder ver...

La ceguera ha supuesto un estigma atroz para aquel hombre débil y sensible; lo ha relegado a un mundo gris, en donde todo se ha vuelto borroso, en donde se orienta por los bultos que se mueven y en donde, sin embargo, ha sido capaz de defenderse y sobrevivir.

Jadean al llegar a la cumbre. Desde allí, Swinthila vislumbra el Sagrado Valle de Ongar, el mítico valle de los pueblos cántabros que muy pocos han sido capaces de hollar. Atardece. A lo lejos, el sol se desliza entre las montañas, encendiendo fuego en las nubes iridiscentes de un ocaso límpido y calmó. Desde lo alto, se divisan los espesos bosques del norte con castaños y robles, llenos de matojos que impiden el tránsito a los caminantes. Entre los árboles, los últimos rayos del sol iluminan un atardecer dorado; de frente, la cueva, y recostado en ella, el cenobio de Ongar.

—Creo que conoces al abad... —dice Liuva.

—¿Quién es...?

—Se llama Efrén, fue criado de nuestra madre, el hombre que me guio hasta aquí. Es sabio y prudente.

—Adalberto me habló de él.

—¿Adalberto...?

Al pronunciar aquel nombre, la expresión de Liuva de nuevo se dulcifica. Adalberto ha sido el hombre a quien Liuva amó en su juventud, el que un día le traicionó y el que, al fin, le había salvado.

—A él le encomendé la tarea de alejaros de la corte a Gelia y a ti. Me he recriminado a mí mismo, muchas veces, el haberlo hecho, pero si aquello no hubiese ocurrido, Witerico se hubiera ensañado con vosotros. Al tirano no le convenía que los hijos de Recaredo estuviesen vivos.

Swinthila, que no ha perdonado a su hermano el hecho de haberlo relegado de la corte a una vida de penuria, le contesta con una voz cargada de odio:

—¡Pero lo estamos y nos vengaremos...! ¡Recuperaremos lo que es nuestro...!

El hombre de la mano cortada apoya el palo que le sirve de bastón en el suelo y da un paso al frente, sintiéndose avergonzado por lo ocurrido años atrás, confundido por su propia debilidad.

Swinthila le pregunta:

—La copa..., ¿estará guardada por alguna tropa de soldados cántabros?

—No. Nadie guarda la copa. Aquí no se puede acceder sin el permiso del senado cántabro y los que llegan aquí nunca se atreverían a tocarla. La mejor defensa del valle son las montañas y los puestos de alarma que las guardan. ¡Ay de aquel que se atreva a mancillar el sagrado valle!

—¿Nadie protege la copa?

—La copa se protege a sí misma...

Liuva enmudece. Está preocupado. En él se debate la fidelidad a las tradiciones cántabras que ha vivido desde niño, con el deseo de reparar el daño que infligió a sus hermanos, cuando él era un rey joven, inexperto y engañado.

Al acercarse a Ongar, escuchan el ruido de la cascada cerca del cenobio, un son armonioso y constante. Liuva se deja guiar por aquel ruido. Alcanzan la puerta de madera de una edificación de proporciones no muy grandes, coronada por una tosca cruz de palo. El monasterio ha sido construido, apoyándose en la roca del cortado que forma su pared trasera; por delante, se levanta una edificación de piedra, insertada en la oquedad, con una puerta que se abre hacia la cueva y otra, más grande, ojival, hacia el valle. Allí moran diez o doce monjes. La mañana está mediada cuando los dos hermanos llegan al cenobio. Los monjes trabajan en el campo. Solo uno de ellos guarda el convento. Liuva le pide que avise al abad. El monje, un muchacho apenas, sale corriendo hacia el lugar donde sus compañeros labran la tierra. Mientras tanto, Liuva se acerca al santuario, atraído por el resplandor de los hachones, que improntan una mancha borrosa en su retina. Swinthila inspecciona la ermita, otea el camino que asciende por detrás del monasterio. Prepara su huida. El abad Efrén no tarda mucho en llegar. No es joven, pero tampoco excesivamente anciano. Al encontrarse con él, Swinthila le reconoce como el criado que sirvió a su madre en Toledo, cuando él era un niño.

Al ver a Liuva, el abad sonríe con afecto; sin embargo, el ciego no se da cuenta de su presencia hasta que le habla con voz suave:

—Hermano..., ¿a qué debemos el honor de vuestra visita?

—Este hombre, que veis junto a mí, es Swinthila, es hijo de aquella a quien servisteis, mi madre, la reina Baddo.

El abad sonríe de nuevo, quizá recuerda al Swinthila de los tiempos, ya tan lejanos, en los que cruzó la meseta y vivió en el sur, en la corte de los godos.

—Hemos leído la carta de mi madre, aquella que, muchos años atrás, me entregasteis. La carta iba dirigida a mi hermano Swinthila. Sabemos todo lo que ocurrió en nuestra familia.

La expresión del monje se cubre de añoranza, él había vivido aquella época con angustia y dolor. Había asistido a la reina Baddo hasta el final, hasta su dolorosa ejecución a manos de los hombres de Witerico. Después, el camino del siervo Efrén se alejó de los centros de poder de la corte visigoda; pero, en el corazón del abad, perviven los recuerdos de una ya lejana juventud y la devoción que profesó a la que fue reina de los godos.

Swinthila, por su parte, no anda interesado en nostalgias del ayer, ni quiere recordar tiempos antiguos; solo le interesa algo muy concreto: la venganza y alcanzar el trono; para lo que le es imprescindible la copa. El único motivo de su ida al santuario de Ongar es conseguir el cáliz sagrado, y lo hará, quieran o no sus

guardianes.

—Hemos leído en ella la existencia de una copa... —dice.

Ante su altitud altanera, la sonrisa del abad se enfría.

—¡Queremos esa copa...! —estalla Swinthila.

Liuva, dándose cuenta de que aquel no es el modo de tratar al monje, intenta ser conciliador y, con voz blanda y suave, intenta persuadir al abad:

—¡Amigo Efrén! La copa permitirá a mi hermano recuperar lo que es suyo. Debido a mis errores y pecados, el reino se perdió para mi familia. Tengo una obligación con los míos. Debéis entregarle la copa. Mi madre lo hubiera hecho así.

La cara de Efrén se torna adusta ante la petición de Liuva y, en su expresión, se descubre una cierta angustia. Como a muchos otros, la copa de poder le ha cautivado, Efrén se siente su guardián, sabe que de ella depende la paz de las montañas. No confiará la copa de poder a nadie y, mucho menos, a aquel guerrero engreído que se le enfrenta.

—La copa pertenece a los pueblos de las montañas cántabras, a los pueblos astures... Gracias a ella estamos unidos. Gracias a ella, hay paz. No puedo cederla a nadie, por muy justos que, aparentemente, sean vuestros derechos.

—La copa pertenece a los descendientes de la casa de los balts y yo soy uno de ellos —afirma Liuva—, y Swinthila también. La necesitamos para recuperar lo que nos ha sido arrebatado.

—¡Quiero ver la copa...! —grita iracundo Swinthila.

El abad, desentendiéndose de sus pretensiones, le da la espalda con desprecio mientras concluye con firmeza:

—La podrás ver si asistes al oficio divino...

—No. La queremos ahora, no hay tiempo.

Swinthila, sin previo aviso, ataca al monje derribándolo por tierra. A sus gritos nadie acude, los otros monjes se encuentran lejos, en sus tareas agrícolas. Liuva no puede hacer nada; cuando el ciego intenta acercarse para ayudar al abad, Swinthila, con un empujón, le derriba al suelo. Después, el godo clava la punta del cuchillo de monte sobre la garganta del abad Efrén, haciéndole entrar en el cenobio para que le conduzca hasta la copa. No le es difícil llegar hasta ella: el cáliz sagrado reposa sobre el altar, donde desde años atrás es venerado por los pobladores del valle. En aquel momento, la copa parece aguardarles, nadie se ha acercado a orar, las gentes trabajan en los campos, la ermita está sola. Swinthila la contempla, brevemente, con una mirada de avaricia y deseo. Sin más dilaciones, ata al monje dejándole en el suelo. Liuva grita fuera de la ermita, caído, sin poder ver lo que ocurre, suplicándole:

—No, no lo hagas. Así no... —le insta—, la copa no debe ser obtenida por la violencia.

—¡Te arrepentirás de lo que estás haciendo! —exclama el abad.

—Quizá... —responde Swinthila.

Después, se acerca a la copa. Al contemplarla, le embarga una emoción profunda: la copa de los baltos, el cáliz de poder, es un hermoso vaso de oro y piedras preciosas. La examina despacio, una copa de medio palmo de altura, labrada en oro, con incrustaciones de ámbar y coral. Mira hacia su interior: según la descripción de Baddo, el vaso sagrado es inconfundible, dentro de él se reflejan, en el fondo de ónice, imágenes del pasado o del futuro. De nuevo mira atentamente al cuenco interior. Entonces grita:

—¡Maldición...! ¡Me habéis engañado...! ¡Esta no es la copa de poder!

Se acerca amenazador hacia el monje.

—¿Dónde está? ¿Dónde está la auténtica copa...?

—Es esta. Nunca ha habido otra. Preside el altar, preside nuestros rezos. No hay otra. ¡No os la llevéis!

—No, no es esta. El fondo debe ser de ónice y no dorado.

—La copa celta siempre ha sido así. Es la copa que nos envió el rey Recaredo, la que hemos custodiado. Os lo juro.

Al fin comprende que aquel hombre les dice la verdad. Entonces se dirige hacia Liuva con indignación:

—¡Tú me has engañado!

—¡No...! Yo no veo... Nunca he visto la copa sagrada. Solo sé que nuestro padre la envió a los monjes años atrás cuando yo era aún un niño. Cuando fue coronado rey, tras el concilio de Toledo. Esta es la copa dorada, en ella va el poder.

—¡Falta la copa de ónice...!

—¡Quizá nunca ha llegado aquí...!

Swinthila, furioso, agarra a su hermano por el cuello; pero al escuchar las voces de los monjes y de los lugareños que vuelven del campo, el general godo se guarda la copa en una faltriquera que pende al cinto; en cuanto la ha ocultado, sale raudo de la cueva de Ongar.

Liuva grita:

—Si te llevas la copa violentamente, me matarán por haberte conducido a Ongar. No puedes robar el tesoro de los celtas.

—¿Qué pensabas...? ¿Que nos la iban a ceder con súplicas? Solo los fuertes conducen su destino... Los débiles deben quedar atrás...

Swinthila empuja a Liuva hacia la cueva que los ha conducido previamente al monasterio obligando a su hermano a caminar delante de él. Piensa que podrá utilizarlo en su huida.

Al cabo de poco tiempo, el eco de los valles transmite los gritos de los monjes, que han encontrado al abad y piden auxilio. El general godo acelera el paso, pronto una cuadrilla de lugareños estará tras él. Liuva no puede seguirle, por lo que, de un empujón, le precipita hacia el barranco donde cae golpeándose

en la cara e hiriéndose con las zarzas. Al proseguir la marcha, Swinthila hace que unas piedras se despeñen por el camino, deteniendo brevemente a los perseguidores. A pesar de los obstáculos, estos continúan avanzando y pocos metros más adelante encuentran a Liuva, tendido en el borde del camino. Le rodean amenazadores:

—¿Dónde está...? La copa, ¿dónde está?

—No, no la tengo...

Le registran y no encuentran nada. Unos cuantos se detienen a sujetar a Liuva, le atan las manos y le llevan preso. El resto sale en persecución de Swinthila. Han perdido un tiempo precioso, que el godo aprovecha para escapar impune.

Comienza a llover. Swinthila ha llegado a lo alto de la montaña; a un lugar donde la vegetación escasea y el terreno se torna pétreo. Los perseguidores, mucho más atrás, se escurren en el terreno embarrado que se ha vuelto resbaladizo por el agua de lluvia. Swinthila alcanza la cima y, por un segundo, retorna su pensamiento hacia Liuva, que será castigado por haber conducido a un enemigo a Ongar. Pero al godo no le importa Liuva, a quien considera un ser inferior. Ha sido por culpa de su hermano, a causa de sus errores, por lo que se ha perdido la corona para su familia. ¡Que pague por ello! Solo necesitaba a Liuva para recuperar la copa; lo que después le ocurra no tiene ninguna importancia para él.

Desde lo alto de la montaña, Swinthila intenta orientarse. Ahora, en el momento necesario, ha dejado de llover, las nubes se elevan lejos de la tierra. El día, a pesar de las nubes, es sorprendentemente despejado y claro, como si la lluvia hubiese lavado el paisaje, el ambiente se ha vuelto transparente. Al norte, puede vislumbrar la costa cántabra, abajo Ongar y, más allá, en el interior, los lagos de Enol y Ercina. Decide encaminarse hacia el mar. Conoce bien que Sisebuto había enviado a la armada visigoda contra los roccones. Algunos de los marinos godos que han servido con él tiempo atrás en la campaña contra los bizantinos es posible que le ayuden. En cambio, detrás de la cordillera de Vindión, al sur, le aguarda el campamento godo y, al frente de él, su viejo enemigo Sisenando. Si regresa al campamento, le acusarán de desertión. No puede volver hacia el acantonamiento visigodo, debe dirigirse hacia la costa. Le parece que este camino puede estar libre, solo hay un obstáculo: los hombres de Ongar denunciarán el robo de la copa ante el duque Pedro de Cantabria. Es él la única persona a la que Swinthila verdaderamente teme. Nícer se sentirá engañado, posiblemente nunca habría supuesto que haber ayudado al hijo de Recaredo iba a conducirlo a perder el más valioso tesoro de los cántabros: la copa de Ongar. Nícer, que controla bien su área de mando y a los astures, en cuanto sepa lo ocurrido con la copa, cerrará los pasos de las montañas. Por ello, Swinthila debe darse prisa en llegar a la costa antes de que aquello acontezca.

Se va haciendo noche cerrada.

A lo lejos, divisa la luz de una cabaña de leñadores y se dirige hacia allí. Los rústicos se asustan cuando entra un hombre de gran tamaño, empuñando una espada. Ante su actitud altanera, se ven obligados a admitirle en el estrecho cuchitril, donde moran dos familias con varios niños y los abuelos. Dentro de la cabaña, todo huele a humo porque el hogar no tira bien. Puede calentarse y secarse la ropa. Le dan de lo poco que tienen: leche de oveja y pan oscuro, que engulle vorazmente. No ha comido nada desde aquella mañana cuando, de madrugada, salió en busca de Liuva.

A pesar de su natural temor, los que le han acogido se retiran finalmente a descansar. El más anciano continúa mirándole con prevención largo tiempo, pero, al final, Swinthila escucha sus ronquidos rítmicos, e intenta también descansar. Sin embargo, a pesar de estar extenuado, no consigue dormir; la copa, oculta en una faltriquera junto al pecho, se le clava en las costillas y le impide conciliar el sueño. Entonces la saca. Ahora puede contemplarla. La examina detenidamente junto a las llamas del hogar. Aprecia lo hermosa que es, brillando dorada y ámbar contra el fuego con sus incrustaciones de coral. Todo se ajusta a las palabras de la reina Baddo, pero falta la copa de ónice. Recuerda los mensajes de advertencia sobre los riesgos que albergan las dos partes unidas. Sin embargo, el poder de mando sobre los hombres lo alberga la copa de oro. La otra, la de ónice, conduce a la sabiduría. Algún día buscará la sabiduría, pero ahora le basta conseguir el dominio sobre sus semejantes.

Vierte en la copa dorada zumo de manzana fermentada y bebe. Cuando el líquido atraviesa su boca, sus fauces, sus entrañas, provoca en él un sentimiento de euforia. Algo le dice que nada se opondrá a sus ansias de poder y de venganza: Él, Swinthila, se siente el hombre indicado con el objeto preciso. El cáliz será su escudo y su salvaguarda, le traerá la fortuna. Más adelante, cuando él sea rey de los godos, encontrará la copa de ónice, las unirá y llegará a ser el más sabio y poderoso rey que nunca hubiese regido las tierras hispanas.

Se vengará de sus enemigos.

Antes de conciliar el sueño, de pronto, a Swinthila le viene a la mente que Baddo, en la carta, ha mencionado algo más; un hombre, un traidor a su familia. Deberá descifrar el enigma de la muerte de su padre. La conjura que derrocó a Liuva no ha sido totalmente descubierta; debe encontrar al hombre que atentó contra los baltos. Recuerda lo que dice la carta del hombre de Cartago Nova. Quizás aquel hombre sepa dónde se halla el cáliz de ónice. Sí, lo encontrará, y así se romperá el maleficio que pesa sobre los hijos del rey godo. Con la copa completa y el traidor descubierto, la estirpe baltinga, los descendientes de Alarico, el vencedor de Roma, volverán al centro del poder en el mundo.

La abadesa

Con las primeras luces del alba, Swinthila exige a los leñadores que le muestren el camino hacia la costa; forzando a uno de ellos a que lo acompañe; le obliga a caminar deprisa por las montañas, huyendo de los hombres de Ongar que no deben estar lejos. Al atravesar bosques de zarzas y tojos, la ropa del godo se desgarran.

Cuando Swinthila vislumbra a lo lejos el litoral, permite que el rústico que lo ha guiado se marche. Prosigue solo y, algo más adelante, desde un repecho elevado, a lo lejos, puede divisar las murallas empinadas de la ciudad de Gigia, un puerto donde se balancean barcazas de pescadores y algunas naves de mayor calado; más allá, una playa abraza en un arco amplio la bahía. El mar brilla en tonos grises reflejando las nubes de un día oscuro en el que, en la distancia, brama una tormenta.

Gigia se abre ante él, ya han pasado los tiempos del imperio en los que el tráfico de barcos hacia las islas del norte y hacia los puertos francos era continuo. El antiguo puerto de los romanos es ahora un poblado empobrecido. Swinthila atraviesa la muralla, en algunos puntos medio derruida. Apoyadas sobre ella, hacia el interior del recinto, unas casuchas de piedra, con techo de paja y madera, cobijan a la parte más menesterosa de la población. Hay tráfico de gentes dentro de la villa; de un chamizo, sale una madre con un niño en brazos, tiznados por el hollín; más allá, una mujer lleva a su hijo atado a la espalda y apoya un cántaro en la cintura; un pescador repara las redes junto a la casa. Los lugareños miran con prevención a Swinthila, cuando se les acerca, preguntándoles la dirección hacia el acuartelamiento godo. Le indican que solo tiene que seguir la playa y alcanzar el cerro de Santa Tecla; más allá, junto al puerto, acampan los godos. El cuartel está aislado del resto del puerto y de la ciudad por una empalizada de madera; en la entrada, un soldado imberbe hace guardia:

—¿Quién va?

—Conocerás mi nombre, soy Swinthila, general del ejército godo. Quiero ver a tu capitán.

El soldado examina el aspecto de Swinthila, la ropa desgarrada y el cabello

en desorden, la capa raída. Ha oído hablar del general Swinthila, incluso en los últimos tiempos ha llegado hasta la costa un rumor de traición. Observa que la espada del recién llegado es de buena factura y el broche que cierra la capa, de oro con incrustaciones de pasta vítrea en forma de águila. Puede ser verdad o no lo que le dice el supuesto general pero, en cualquier caso, la actitud de Swinthila es la de un hombre que sabe lo que quiere y él, el vigía, es un joven recién llegado a las campañas del norte. Llama a un compañero para no abandonar su puesto, e introduce al hombre de las montañas en la guarnición.

Un antiguo colega de la campaña contra los bizantinos es quien comanda aquel destacamento, un godo de antigua prosapia, el capitán Argimiro. Swinthila sonrío al verlo; la cara de Argimiro continúa mostrando las señales del buen bebedor; unos pómulos eternamente rosados, una mirada brillante y un aliento espeso.

Al ver al general, Argimiro lo abraza con efusividad, diciendo:

—Mi señor Swinthila, se rumoreaba que habíais huido... que erais un traidor.

Swinthila se ríe de él.

—Tan traidor soy yo como tú abstemio...

—Lejos de mí ese pecado. Sí, lo reconozco, me gusta el vino, me gusta mucho... —habla Argimiro con voz pastosa—. En cambio, habéis de saber que no me gusta Sisenando, con él no me llega la soldada. Es un mal militar y un cerdo prepotente, vos sois un soldado aguerrido. Recuerdo la campaña en el sur...

Swinthila le interrumpe, no desea iniciar una conversación de veteranos.

—Argimiro, los hombres de Sisenando me persiguen. Tengo un encargo para el rey. Debo llegar, cuanto antes, a la corte de Toledo.

Argimiro parece despertar de su estado de permanente ebriedad; con voz ya más sobria, le contesta:

—Mañana parte un barco hacia Hispalis. No os será difícil desde allí llegar a la corte... conozco al capitán, un viejo bribón... pero esta noche os albergaréis conmigo... Recordaremos la guerra en el sur. Aquí me muero de aburrimiento y bebo más de lo que debo...

Tras tantos días de peligros y luchas, Swinthila se divierte escuchando las bravatas y fanfarronadas del capitán godo de Gigia. Beben mucho y acaban cantando a voz en grito por los muelles del puerto. Visitan el burdel del poblado y allí Swinthila se despierta con dolor de cabeza por la resaca. Sin embargo, al capitán godo aquello no parece afectarle; por la mañana el humor de Argimiro sigue siendo tan festivo como por la noche. El capitán del fuerte acompaña al general godo al barco, un cascarón de dos palos, que realiza navegación de bajura y lleva carga procedente de las Galias hacia el sur.

—Sé que llegarás lejos, mi viejo amigo Swinthila. Cuando recuperes tu honor y seas un hombre importante, acuérdate de mí y llévame al sur. A las tierras de

la Lusitania, allí me aguarda mi familia. Bebo de tristeza y de añoranza. Quiero volver a las tierras donde luce el sol, aquí me pudro con tanta lluvia.

Swinthila lo toma por los hombros y, mirándole a los ojos, le asegura:

—Si en algún momento llego al poder te ayudaré; pero júrame solo una cosa: si alguien de los cántabros o de los godos llega a este lugar preguntando por mí, confúndele, dile que he ido muy lejos. A las tierras del norte, adonde tú quieras; pero no le digas que he tomado un barco hacia Hispalis. Me persiguen y no cejarán hasta encontrarme.

Argimiro le promete que lo hará y Swinthila sube por la escala de tablas hacia la cubierta. De la misma faltriquera donde guarda la copa, Swinthila extrae unas monedas con las que paga. El capitán del navío no pregunta nada.

En el viaje, el bajel va costeano el litoral cántabro, las suaves costas de la Gallaecia y la hermosa Lusitania. En el largo recorrido, Swinthila tiene tiempo de meditar sobre la carta de Baddo y lo ocurrido en los últimos tiempos. Los pormenores del pasado, que le han llegado con la carta de su madre, se ordenan en su mente.

Una de aquellas noches encuentra a Swinthila desvelado, algo le ronda en la imaginación; algo pugna por abrirse paso en su mente, algo que enciende una luz en su pasado, algo que ocurrió, unos años atrás, en la campaña contra los bizantinos. En aquella época, una mujer le había ayudado. Se llamaba Florentina, y era la hermana de dos obispos célebres, Leandro e Isidoro, una hispana de estirpe senatorial que le curó de heridas en la guerra. Una idea, un recuerdo, un presentimiento se abren paso en la mente de Swinthila. Intuye que ella, Florentina, puede saber parte del secreto, quizá podría ayudarle.

Y es que, cuando en tiempos de Gundemaro, Swinthila fue nombrado espatrio real, su primer destino fue la guerra contra los imperiales en la provincia bizantina de Spaniae. Mandaba una centuria y consiguió sus primeras victorias, su fama de buen soldado se extendió por el reino. En aquella campaña, fue herido por primera vez. Al principio, parecía que la lesión no tendría más importancia pero, de pronto, la fiebre y el malestar le hicieron dificultoso el camino. El lugar habitado más cercano era la antigua ciudad de Astigis. Llegaron allí y, al ver que la situación de su capitán se agravaba, sus hombres preguntaron por alguien ducho en el arte de la sanación; les indicaron un convento. La abadesa era aquella mujer que ahora recordaba, de nombre Florentina, una dama muy sabia, capaz de curar y estimada en la comarca. El cenobio era un lugar de clausura; contiguo a él, había un pequeño dispensario en donde algunas de las hermanas dirigidas por ella atendían a los enfermos. En aquel lugar le dejaron sus hombres pensando que quizá moriría. No fue así.

Por la fiebre, Swinthila entró en un delirio profundo. En su desvarío, cuando de tarde en tarde se despertaba, vislumbraba a la abadesa atendiéndole, limpiándole el sudor y cuidándole como una madre cuida a su hijo. Alguna vez la

pudo ver sentada junto a su lecho, observándole fijamente. Alguna vez la oyó llorar. Cuando mejoró, pudo observar a Florentina con más detenimiento y percibió en ella el empaque de una gran dama. Una mujer cultivada y aristocrática, una dueña de alcurnia, una matrona romana que, por algún motivo que él no podía entender, se había refugiado en aquel lugar, alejada de lo mundano. Un día, en el que Swinthila se encontraba mejor, ella habló:

—Vuestros hombres, al dejaros aquí, nos dijeron que sois hijo del rey Recaredo.

—¿Le conocisteis?

—No. A él, no.

Swinthila guardó silencio, esperando a lo que pudiera añadir la abadesa, que por su actitud, había tratado a alguien cercano a su familia. ¿Qué sabría de los baltos aquella monja? Sintió curiosidad, la expresión en la voz de Florentina traslucía que un suceso en su vida, relacionado con Recaredo, la había marcado y que aquello estaba aún presente en su mente.

—Conocí a su hermano Hermenegildo.

En su voz había dulzura. En aquel tiempo, Swinthila no había leído la carta de Baddo y todo lo que sabía de Hermenegildo era que había provocado una guerra civil entre los godos.

—¿El traidor...?

—Si lo hubierais tratado no hablaríais así. Hermenegildo era un hombre noble, el más noble que nunca he conocido.

Swinthila percibió que, entre aquella noble dama y el hermano de su padre había existido algún tipo de relación muy cercana. Sin saber por qué, le interrogó de nuevo:

—¿Cuándo le visteis por última vez?

El rostro de ella palideció, como si guardase un secreto del que le resultaba muy doloroso hablar; finalmente se recompuso y le contestó:

—La última vez que le vi, él huía de las tropas del rey Leovigildo. Había estado preso en Toledo y se había marchado a Sevilla, buscando noticias de su esposa.

—... la princesa Ingunda falleció en el camino a Bizancio, dicen que su hijo también...

—Esa noticia se había difundido en el reino, pero él no la podía creer. Decía que estaba seguro de que ella vivía. De hecho permaneció una noche en el convento y me pidió que le ayudase, como así lo hice. Él confiaba en mí.

—¿Sí...?

De pronto, Swinthila notó que ella se sentía tímida, como una mujer madura que confiesa algo íntimo a un hombre mucho más joven que ella.

Finalmente, se sinceró:

—Cuando yo era joven, él quería contraer matrimonio conmigo...

Enrojeció, aún más, al pronunciar aquellas palabras.

—... pero era un tiempo en el que las leyes se oponían... y yo... yo tenía otro destino.

Movió las tocas de su hábito como para olvidar el pasado, elevó los párpados de unos ojos que en su día habían sido hermosos y, por último, explicó:

—Hermenegildo veía más allá. Era un hombre singular. El más singular que nunca he conocido, dominaba el arte de la curación y muchos decían que tenía la capacidad de ver el futuro... Me dijo que su madre también poseía este don.

—¿Nunca más volvisteis a verle?

Ella se mostró confusa y tras pensar un tiempo la respuesta, titubeando, le contestó:

—No lo sé.

—¿Qué queréis decir?

No quería hablar, como si guardase un secreto doloroso. Swinthila aguarda pacientemente. Al fin, ella le dice:

—Pensaréis que estoy loca. Poco después de aquella última vez que hablé con él, sé que fue apresado por los esbirros de su padre; fue juzgado y ejecutado por traidor. Sin embargo, bastantes años más tarde, los soldados del imperio asolaron Astigis. Yo, abadesa de este lugar, debí defender a mi grey y me enfrenté a ellos. Entonces, entre los que pretendían entrar en el convento, distinguí a un hombre...

Ella se levantó de donde estaba sentada, nerviosa, no sabiendo si Swinthila la iba a creer. Después prosiguió:

—Un hombre tan parecido a Hermenegildo como no os lo podéis imaginar: muy alto, delgado, con cabellos oscuros y sus mismos ojos claros, de un azul intenso.

En aquel momento, Swinthila no dio importancia a lo que la monja le decía. Le parecieron supercherías de una mujer encerrada en un convento, que creía ver a un antiguo amor de juventud en un soldado bizantino joven. Tras leer la carta de Baddo, todo era distinto. La abadesa había visto al mismo hombre que, de alguna manera, desencadenó la muerte de Recaredo.

Por eso, aquella noche en el barco que le conduce a Hispalis, Swinthila, uniendo ideas, comprende que debe hablar de nuevo con la abadesa. Decide desviarse en su camino, desde las tierras del norte a la corte de Toledo, y encaminarse a Astigis. Entonces Swinthila recuerda también cómo su padre, en su lecho de muerte, dijo que seguía viendo a Hermenegildo. ¿Es posible que las alucinaciones de su padre en la agonía estuviesen provocadas por alguien real? Porque si había sido así, detrás de la muerte de su padre existió una trama que era preciso aún desvelar; una trama amenazadora y maligna.

Tras unas semanas de navegación en calma, el barco llega a la bahía, la hermosa bahía gaditana, y enfila el estuario del gran río de los tartessos. A los

lados, las marismas colmadas de cormoranes y patos. Entre los juncos, algún caballo; más allá de las riberas, cerca de la costa, crecen palmeras y, más en la lejanía, pinos. El barco avanza lentamente, cauce arriba. El día es claro, sin nubes en el horizonte. Cruzan villorrios de pescadores y al fin desembarcan en la ciudad del Betis.

Un sol deslumbrador quema la capital hispalense. Al llegar allí, a Swinthila le parecen lejanas las brumas del norte en aquella urbe esplendorosa. No se detiene mucho en la ciudad de los emperadores romanos; solo lo suficiente para comprar un buen caballo y dormir una noche. Al día siguiente se levanta al alba, cruza las murallas nada más abrirse las puertas. Hacia el norte y hacia el este, atraviesa un valle de regadío de vegetación exuberante, sigue el curso del Betis y después asciende cerca del cauce del Sannil. Alcanza las tierras de Astigis a la caída de la noche, cruza el puente y atraviesa las puertas de la ciudad en el momento en que van a cerrarse. Tras algunas consultas a sus habitantes, se encamina hacia el lugar que le han indicado, el lugar donde Florentina es abadesa.

Golpea la puerta con energía.

Una hermana lega, toda asustada, abre suavemente la cancela permitiéndole entrar en el atrio del convento, donde hay un torno.

—¡Quiero ver a la abadesa!

—Se ha retirado ya.

—¡Es importante que la vea ahora...!

Detrás de la lega, se escucha la voz de la mujer a quien está buscando. Al fin, la divisa tras el torno, como una sombra de ropas oscuras.

—¡Ah...! —exclama la abadesa—, el hijo de Recaredo... ¿Qué os trae por aquí?

—Hace varios años... vos me curasteis. —Swinthila intenta ser cortés—. Os estoy agradecido por ello.

—Vuestro agradecimiento os lleva a irrumpir en la clausura a estas horas de la noche... —le responde ella con ironía.

—Os ruego que me disculpéis. Voy camino de Toledo y debo presentarme allí cuanto antes. Mis enemigos conjuran contra mis intereses en la corte, es imperioso que llegue allí lo antes posible, no sin haceros previamente unas preguntas. Necesito saber de un hombre. Un soldado bizantino del que una vez me hablasteis, un hombre que se parecía al hermano de mi padre, Hermenegildo.

Al oír aquel nombre, ella se ruboriza.

—Solo sé lo que os dije. Era un hombre delgado con el pelo oscuro y los ojos claros, con las cejas juntas y la nariz recta. Se parecía a Hermenegildo.

—¿Tenía una cicatriz en el cuello?

—¿Cómo lo sabéis?

—Es decir..., ¡la tenía!

—Sí.

—¿Cuál era su nombre?

—Le llamaban Ardabasto.

—Un nombre griego.

—Sí. Él hablaba griego.

—¿No sabéis nada más?

Ella duda un momento antes de contestarle. Por fin, le dice:

—No. Yo, no.

Swinthila la observa con desconfianza.

—¿Hay alguien que sepa algo más de ese hombre?

De nuevo, Florentina calla unos instantes y, al fin, se explica:

—En los tiempos de la guerra civil entre Leovigildo y su hijo mayor, mi hermano Leandro fue enviado por Hermenegildo a Bizancio. Tardó varios años en volver. Allí, Leandro pudo enterarse del destino de la familia de Hermenegildo...

—¿Dónde está ahora vuestro hermano?

—Sabréis que Leandro murió hace unos diez años.

—Entonces la historia llega a su fin.

Ella niega con la cabeza y dice:

—Mi hermano Isidoro fue formado por Leandro y, tras su muerte, le sucedió en la sede de Hispalis. Deberíais hablar con él. Isidoro es sabio, os ayudará a perdonar.

Swinthila levanta los ojos con angustia.

—Sí. Tengo que resolver este enigma. El enigma del traidor que ha causado la pérdida de mi familia, la ruina de mi padre...

Ante estas palabras, ella se entristece.

—Nada que venga de Hermenegildo puede ser malo, nada hay traicionero o ruín en él...

Swinthila piensa que aquella mujer confía plenamente en alguien, recuerda además cómo años atrás le cuidó sin pedirle nada, como si él fuera su hijo. La observa de nuevo detenidamente, sin hablar. Al godo, herido por el pasado, le parece imposible fiarse de nadie. Él, Swinthila, solo ha confiado en su padre, que murió por alguna sombría conjura, en la que posiblemente estuvo implicado aquel hombre, el del cuello marcado. No, él no puede creer ya a nadie.

Florentina levanta los ojos verdipardos en los que hay paz y, Swinthila, sin saber claramente el porqué, se siente avergonzado ante ella. Pensativo, se retira del cenobio, buscando una posada donde pasar la noche. Al alba, abandona la ciudad de Astigis.

Isidoro

Las palabras de Florentina le conducen hasta el centro de la villa hispalense, a la sede catedralicia. Atraviesa oscuras salas de piedra y patios luminosos, sombreados por cipreses y naranjos. Unos clérigos le informan de que puede encontrar al obispo Isidoro en el *scriptorium* consultando pergaminos y legajos. La puerta maciza, engastada en hierro, abierta de par en par, le permite ver a los copistas trabajando ordenadamente. La luz entra oblicua por los ventanales e ilumina las plumas de ave que se mueven a un ritmo acompasado y rápido. Intenta entrar allí pero, antes de poder hacerlo, un monje le detiene.

—¿Qué deseáis...?

—Ver al señor obispo.

—Está ocupado.

—No creo que lo esté para mí.

—¿Quién sois?

—Me llamo Swinthila, soy hijo del difunto rey Recaredo, a quien vuestro obispo tan fielmente sirvió.

El monje lo inspecciona con atención, de arriba abajo, y le advierte:

—En cualquier caso, seáis quien seáis, al noble obispo de Hispalis no le gusta que le interrumpan cuando está trabajando; tendréis que esperar aquí, el señor obispo está ocupado.

Cruza el pasillo entre los copistas y se dirige al fondo de la sala hacia un hombre que se inclina sobre un amanuense, es el obispo Isidoro. El obispo viste hábito de monje, es de mediana estatura, con calvicie incipiente y nariz recta, ojos castaños que escrutan con atención lo que escribe el copista, al tiempo que le dicta en voz baja algo que Swinthila no logra escuchar. El portero le toca en el hombro y el obispo levanta la cabeza de lo que está dictando. Sus ojos se dirigen al fondo de la sala, al lugar donde Swinthila le aguarda. Le indica al portero que haga pasar a Swinthila, a la vez que, sin perder tiempo, le pasa otro texto al amanuense.

Swinthila sigue al portero, hacia el lugar donde Isidoro está tan atareado. Al acercarse puede oír lo que le dice con la voz vibrante de un hombre nervudo. Es una carta:

... Obligas a la fe a los que debes atraer por la razón, muestras celo en ello pero no según sabiduría [24] ...

Al notar que el recién llegado está cerca, Isidoro levanta la cabeza y lo examina con una mirada de color avellana, entreverada en tonos verdes. Es la mirada de la tierra y del campo de olivos, la mirada de la firmeza, la seguridad y la decisión; lo analiza por entero y Swinthila por un momento se siente incómodo.

—¿Sois el noble Swinthila...?

—Sí.

—Hijo de un gran hombre —sonríe—, pero sois más apresurado que vuestro padre. Interrumpís mi trabajo.

—Lo lamento. Debo hablar con vos de algo de gran importancia para mí y para el reino.

Las plumas de algunos de los copistas cesan su vuelo sobre el papel, o lo aminoran. Isidoro percibe que la atención de muchos de ellos se halla fija en las palabras de Swinthila. Con gesto decidido, toma un capote cercano al banco donde escribe el copista, se lo echa sobre los hombros y, despidiéndose de su ayudante, con paso rápido se encamina fuera de la sala, indicándole a Swinthila que le siga.

Alcanzan un claustro, un lugar de tránsito por donde el godo ya ha pasado antes, un patio rodeado de soportales, con naranjos y limoneros que no están todavía en flor; en el centro un ciprés. El sol los ilumina con fuerza y una brisa suave les mece suavemente las ropas. Se dirigen hacia el centro del patio, donde hay un pozo y, junto a él, un banco de piedra, en el que toman asiento. A Isidoro le importan muchas cosas; hay en él una curiosidad innata, un afán de investigar y de conocer, una mente analítica que disfruta diseccionando los cuerpos animados e inanimados, los asuntos de un tiempo pasado o presente; pero, sobre todo, a las personas.

El obispo comienza, haciéndole un interrogatorio sobre su infancia y juventud; sabe escudriñar el alma humana sin parecer que lo está haciendo, es capaz de introducirse en el interior de sus interlocutores desvelando sus rincones más ocultos. Capta el odio de Swinthila por Sisebuto, el desprecio del godo por Sisenando y la casta nobiliaria, junto a la profunda soberbia de Swinthila, enraizada en los años de privaciones de su infancia y anclada en lo más íntimo de su ser. Isidoro lo escucha atentamente, interrumpiéndole solo en alguna ocasión para llegar más allá en el relato, a la postre le advierte:

—¡Estáis lleno de odio...! Eso será siempre vuestra debilidad...

—O mi fuerza para mantenerme vivo... —le interrumpe el godo expresándose con voz fuerte.

Es en ese momento cuando Swinthila se percató de que quizás ha hablado de demasiadas cosas, que le ha confiado sentimientos e ideas que, hasta ese momento, ni a sí mismo se había atrevido a confesarse, pero también se da

cuenta de que no está llegando al punto adonde quiere llegar.

—Vuestra hermana —Swinthila cambia de tema— me dijo que vos sabrías algo que quizá podría interesarme de Hermenegildo, el hermano de mi padre.

—Yo no lo traté mucho. De él solo recuerdo que me salvó siendo niño y me curó. Mi hermana Florentina estuvo muy cerca de él en su juventud, sé que nunca ha podido olvidar al hermano de vuestro padre...

—Pude apreciarlo...

A Swinthila le había parecido que la voz y la expresión de Florentina era la de alguien que había amado y sin poder arrinconar enteramente ese recuerdo.

—Fue Leandro, mi hermano, quien realmente lo conoció a fondo. En la época de la rebelión frente a Leovigildo, él era el obispo de esta ciudad y fue su consejero. Sé que Leandro admiraba profundamente a Hermenegildo. Muchas veces me habló de él como de un hombre de vida desgraciada, en la que el destino, o lo que nosotros, los hombres de fe, llamamos la Providencia, le condujo por un camino lleno de dificultades.

—Leandro le convirtió a la fe de los romanos.

Isidoro le interrumpe en tono un tanto duro y dogmático:

—No. No lo creo; a una decisión como esa solo se llega por una iluminación personal de Dios. Además, en la conversión de Hermenegildo y su posterior rebelión, no contó solo el hecho religioso, hubo también motivos políticos y algo en torno al misterioso origen del propio Hermenegildo que no sé si conocéis.

Swinthila sabe ahora a lo que se refería el obispo, a la antigua historia de su abuela y un jefe cántabro.

—Lo conozco...

—Leandro lo acompañó y estuvo siempre cerca de Hermenegildo. Mi hermano era un buen consejero. El mejor que yo he conocido pero quizá se equivocó ayudándole en la rebelión. Lástima que mi hermano no pudiera estar con él al final de la guerra, quizá las cosas hubiesen discurrido de otro modo.

—¿Dónde estaba Leandro al final de la guerra?

—En Constantinopla. Al principio de la revuelta, Comenciolo, el *magister militum* de los romanos orientales, prometió apoyo a Hermenegildo, firmando un pacto de ayuda mutua; pero fue sobornado por Leovigildo. Cuando los suevos fueron derrotados por el rey Leovigildo y los francos demoraron su ayuda, Hermenegildo se quedó solo; entonces Hermenegildo envió a Leandro como legado a Constantinopla, para que el emperador obligase a Comenciolo a cumplir lo prometido y para reclamar más refuerzos imperiales. Mi hermano Leandro cruzó el Mediterráneo rumbo a Constantinopla. Él recordó siempre aquel viaje...

Constantinopla

El obispo recuerda, entonces, la historia de Leandro; una historia que, seguramente, su hermano le habría relatado en infinidad de ocasiones:

«Cruzando los Dardanelos, y a través del mar de Mármara, divisaron el Bósforo. Al inclinarse sobre la borda de la nao que enfilaba el puerto, mi hermano contempló la luz de la tarde tiñendo de color rojizo las aguas del estrecho. La cúpula de Hagia Sophia y, más al frente, las torres del palacio del emperador y la muralla, se dibujaban en el cielo del crepúsculo. Leandro nunca olvidará la visión de la mole augusta de Santa Sofía. El esplendor de la cúpula, refulgente en oro, la mayor iglesia del mundo cristiano parecía iluminar la ciudad. El Bósforo, cruzado constantemente por barcos procedentes de los países eslavos o navíos griegos, un brazo de mar que no parece tener fin, une mundos míticos ya olvidados. El mar de Hero y Leandro, el camino hacia el antiguo Ponto Euxino de los griegos, hizo recordar a mi hermano leyendas de los tiempos paganos. La ciudad, nueva Roma, rodeada por las murallas de Constantino, era la admiración de Occidente. ¡Tantas veces, a su vuelta, mi hermano Leandro me habló de ella...!

» Desembarcó en el puerto Koontoskalion, atestado de barcos de todas las nacionalidades. Cargado con su pequeño equipaje, caminó por una amplia avenida, al fondo de la cual se divisaban el foro de Teodosio y el Capitolio. El primer deseo de Leandro era adorar a Dios en el templo dedicado a la Sabiduría Divina, Hagia Sophia. Preguntó a unos viandantes, que le indicaron una calle ancha con columnas, la Messe que, atravesando el foro de Constantino, le conduciría hasta la puerta principal. Paseando por la Messe, divisó al sur el hipódromo, al este, los restos de las antiguas termas de Zeuxipo. El esplendor de la ciudad le conmocionó, nunca había visto nada igual.

» En una explanada, frente al ágora con su columnata, se eleva aún la basílica de Hagia Sophia. Leandro atravesó la zona exterior del santuario, atestado de edificios de toda índole, y accedió al atrio, cercado por pórticos en los que alternaban rítmicamente dos columnas por cada pilar. Las grandes puertas romanas de bronce estaban abiertas y, a través de ellas, se desveló ante Leandro la nave cubierta con su enorme cúpula y las semicúpulas. Empezó, entonces, a

admirar el dilatado espacio que conformaba el mayor templo de la cristiandad, el templo que superaba en magnificencia y belleza al del rey Salomón. Al entrar en él, las últimas luces del ocaso penetraban por las vidrieras iluminando alabastros, jaspes, pórfidos y serpentinas. Las ventanas dejaban pasar la luz del ocaso a través de grandes paneles de cristal: azul oscuro, rojizo, amarillo púrpura claro. El color inundó la retina de Leandro; el templo, cubierto por piedras semipreciosas y mosaicos centelleantes, semejaba una impresionante joya. La majestuosa cúpula simbolizaba el cielo. A través de la cúpula, la luz se distribuía de modo uniforme gracias a las cuarenta ventanas que la rodeaban. Leandro no sabía si se hallaba en el paraíso o en la tierra, pues jamás había contemplado nada igual. Había canceles de mármol con bajorrelieves de flores y pájaros, pámpanos y hojas de hiedra.

» En el sector del arco oriental, el altar se escondía bajo una cubierta argéptica, que se extendía no solo sobre las paredes sino también sobre las columnas, seis parejas en total. Frente a aquel maravilloso presbiterio de plata, Leandro elevó a Dios una plegaria fervorosa solicitando ayuda para la tarea que debía desempeñar ante el emperador y, sobre todo, oró por los que dejaba atrás en una guerra fratricida. Se demoró largo rato y, cuando salió de Santa Sofía, en la basílica se encendían miles de lámparas que le conferían un aspecto irreal. Fuera ya del templo, palomas y aves marinas cruzaban el cielo limpio del ocaso.

» Atravesando el espacio ajardinado que separaba el templo de Justiniano de las estancias imperiales, Leandro presentó los documentos que lo acreditaban como representante del rey de la Bética, Hermenegildo. Tras los acostumbrados trámites lo alojaron en unas dependencias anexas al palacio.

» Mi hermano, siempre sobrio, siempre acostumbrado a una vida recoleta en el convento o en su modesta sede catedralicia, se encontró incómodo en aquel lugar lujoso, lleno de comodidades y atenciones hacia su persona, pero no hacia el encargo que lo traía de tan lejos.

» Le dieron largas.

» El emperador Mauricio proseguía guerras interminables; en Oriente contra los persas, en la península balcánica, contra los eslavos y los ávaros. ¿Qué podía importarle un príncipe que se rebelaba contra su padre en la lejana Hispania, el lugar más occidental del mundo conocido? La suerte no era favorable al César bizantino. Ya no eran los tiempos del brillante Belisario o el sabio Narsés, generales de Justiniano. La dirección de la mirada del emperador estaba dirigida hacia los diversos frentes de batalla, que no le proporcionaban victorias, sino que desangraban su reino. Muchos asuntos que ocupaban su cabeza, y las peticiones de los diversos reinos se acumulaban sin que se les diese una respuesta. Lo que el enviado de un reyezuelo en el extremo más occidental de su imperio pudiera decirle no le interesaba; por ello, retrasó la entrevista con el incómodo

embajador de Hermenegildo, el obispo Leandro.

» En aquellos días de espera, mi hermano aprovechó para estudiar viejos textos de los grandes escritores clásicos. La biblioteca del emperador se abrió a su afán de conocimiento; al mismo tiempo tuvo la oportunidad de hacerse copiar muchos textos que ahora figuran en la biblioteca de esta noble catedral hispalense».

Isidoro indicó con un gesto las ventanas del *scriptorium* donde se copiaban aquellos textos que su hermano había traído de Oriente junto a muchos otros que el afán de saber de Isidoro había reunido. Sin hacer apenas pausa, prosiguió:

«Allí Leandro conoció a Gregorio, quien llegó a ser el obispo de Roma. Gregorio, en aquel tiempo, era el apocrisario, legado papal en Constantinopla. Los dos hombres cultos, dedicados a la religión y profundamente interesados en el saber clásico, compartieron conocimientos e inquietudes, que menguaron algo la impaciencia de mi hermano, al no ser recibido por el emperador. Leandro no cabía en sí de zozobra al ir pasando los días sin que el emperador mostrase interés en recibirle, por ello se desahogaba con Gregorio. Mi hermano se sentía inquieto por la situación de los que había dejado atrás. Lejos de la corte de Hispalis, se daba más y más cuenta de la locura de Hermenegildo enfrentándose al potente ejército de su padre, con unos hombres bisoños en el combate. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Ingunda, asustada ante la guerra, y su pequeño hijo, tan frágil. Además, conocía los motivos íntimos de la enemistad entre Leovigildo y el que todos suponían su hijo. Se daba cuenta de que Hermenegildo no llegaría nunca a un acuerdo amistoso con aquel hombre a quien no consideraba su padre, que había causado la muerte de su madre y ordenado la ejecución de quien le había dado la vida.

» Se sucedieron los meses de espera; unos meses que marcaron profundamente el modo de pensar y de sentir de Leandro. No solamente por los estudios que pudo realizar en aquella corte de sabios, sino también por su íntima amistad con el enviado del pontífice, Gregorio. Leandro se romanizó. Las ideas estrechas y cerradas de un reino, de una iglesia localista, que imperaban entre los godos e incluso entre los hispanorromanos, se deshacían ante el mundo amplio que Leandro estaba viendo. Experimentó la realidad de una iglesia universal, lejana a la idea goda de la iglesia nacional cerrada en sí misma. Y es que aquel era el tiempo en el que se producía la expansión del cristianismo hacia la tierra de los anglos y de los germanos, el tiempo de Bonifacio y de Agustín de Cantorbéry, el tiempo de la evangelización de Inglaterra y de las tierras nórdicas. El momento en el que se forjaban las raíces de un nuevo continente, Europa, surgido de las ruinas del Imperio romano.

» Corrieron rumores en la corte. La guerra en Hispania no era favorable al príncipe rebelde, pero las noticias eran confusas. Por fin un día, después de tan larga espera, el emperador Mauricio le recibió. Mi hermano me contó más tarde

cómo le abrieron las enormes puertas que daban paso a la muralla, la cual aislaba las estancias del emperador del resto del palacio. Las sombras de los árboles de los jardines imperiales cubrían las amplias calles de las estancias regias y unos parques exuberantes llenos del rumor de las fuentes y los cantos de los pájaros, que parecían conducir al paraíso, se manifestaron ante él.

» A una explanada grande se abrían distintas dependencias; allí estaban las cocinas, capaces de hacer comida para más de diez mil personas, las caballerizas, el lugar donde se reunían las mujeres de la corte, los artesanos que trabajaban al servicio imperial. Rodeando la muralla y el palacio se extendía el mar, el antiguo Ponto de los griegos.

» El emperador recibía en un lugar techado en oro, sobre un trono elevado. El *basileus* se cubría con manto y en su corona refulgían las piedras preciosas. Los chambelanes anunciaron la presencia del legado. Al entrar, Leandro se inclinó profundamente ante el emperador, quien pasó a tratar directamente el tema que le preocupaba.

» —Un correo, llegado de la provincia de Spaniae, nos ha comunicado la caída de la ciudad de Córdoba en manos del rey Leovigildo y la detención de vuestro príncipe, Hermenegildo.

» La cara de Leandro palideció; lo que había intentado conseguir, la unidad religiosa de su país de origen, la paz entre arrianos y católicos, se había convertido ahora en una quimera irrealizable.

» —Todo ha acabado... —murmuró.

» Mauricio prosiguió, sin advertir la angustia que embargaba a su interlocutor.

» —Su esposa embarcó en una nave rumbo a mis tierras, meses antes de la caída del príncipe; una nave que fue atacada por la escuadra goda y naufragó frente a las costas de la provincia Tingitana. La princesa Ingunda falleció en el naufragio...

» —¿Su hijo...?

» —Al parecer está vivo. Le hirieron, muy gravemente, en el cuello. He dado órdenes de que le trasladen a la corte de Bizancio... El niño viaja con un judío que es, a la vez, su guardián y protector.

» Unas semanas más tarde, un barco procedente de la provincia Tingitana tocó tierra en Bizancio. Del barco descendió un niño de cabellos oscuros y ojos claros, no contaría más que tres o cuatro años.

Lo acompañaba un hombre de raza judía llamado Samuel. En el puerto le aguardaban los pretorianos, que lo condujeron a palacio; mi hermano Leandro los siguió de lejos. El niño fue alojado con los hijos del emperador y el judío permaneció con él. Leandro intentó ver al niño, pero las estancias regias estaban cerradas a visitas extrañas. Tras muchos esfuerzos consiguió acercarse al judío.

» Aquel hombre estaba lleno de odio, había sobrevivido al horror del naufragio y a la muerte de Ingunda.

» —Quisiera ver a Atanagildo —le dijo Leandro.

» —Ese nombre no existe, el hijo de Ingunda se llama Ardabasto y es parte de la familia imperial...

» —Ese niño es godo y debe ser devuelto a su rey, a su familia, a su raza, a su nación...

» —¿A quién os referís? A un rey que ha matado a su padre y ha hecho que muera su madre... Al hermano de su padre que, con engaños, hizo que se rindiese y que fuese encarcelado para después ser ejecutado. No, este niño permanecerá aquí y yo, Samuel, le enseñaré la verdad sobre su pasado y haré que venga la muerte de sus padres. Sí, yo sé la verdad. La conocí en el viaje hasta Constantinopla por boca de los que huían del tirano; de los fieles a Hermenegildo.

» —Os equivocáis, provocando odio en el corazón de ese niño.

» —Mi religión me dice: ojo por ojo y diente por diente. La naturaleza de las cosas no se recupera hasta que la venganza haya tenido lugar. Ese niño se resarcirá de los que asesinaron a su padre y con él desagrarará a mi raza, oprimida por el usurpador godo.

» Leandro no fue capaz de hacerle razonar de otro modo, tampoco pudo ver al niño. Mi hermano no debía regresar a las tierras ibéricas, donde Leovigildo realizaba crueles purgas entre los enemigos de su trono, entre los fieles a Hermenegildo, por lo que permaneció en la corte de Mauricio, hasta que llegaron rumores de que la vida del rey Leovigildo llegaba a su fin. En ese momento decidió el retorno al reino godo, donde fue el mejor consejero de tu padre Recaredo y el alma del Concilio III de Toledo, en el que se consiguió la unidad del reino, por la que él tanto había luchado.

—Mi señor Swinthila, general de los godos, hijo de Recaredo, habréis de saber que vuestro padre estaba carcomido por unos remordimientos tremendos; se sentía indirectamente culpable de la muerte de su hermano. Recaredo adoraba a Hermenegildo. Creo que Leandro nunca llegó a revelar a Recaredo la existencia de Atanagildo. Conociendo el carácter de vuestro padre, sé que se hubiese sumido en profundas dudas sobre la legitimidad de su poder. Pero, para los godos, Hermenegildo no había sido nada más que un traidor a su país y a su raza; el causante de muchas muertes en una guerra civil. En aquel momento, Recaredo estaba uniendo las dos religiones del país enfrentadas una con otra. No, Leandro consideró que no debía desvelar el secreto, que aquel niño estaba a salvo en la corte bizantina donde se criaba con los hijos de Mauricio. Pensó que más adelante, cuando la situación fuese más estable, encontraría el momento propicio para hacerle aquella revelación a Recaredo, pero, como quizá sabréis, mi hermano Leandro falleció repentinamente. Yo nunca estuve tan cerca de Recaredo como Leandro lo estuvo, y tampoco consideré que fuese el momento oportuno para desvelar a vuestro padre lo que mi hermano me había confiado.

Swinthila, no contento con aquellas explicaciones, quiso recabar más datos:

—En el cerco de Cartago, cuando mi padre enfermó, había un hombre.

—Sí. Mi hermana Florentina también lo vio. Estoy seguro de que era Atanagildo.

—¿Vive...? ¿Dónde está...?

—No lo sé. Hay un hombre que lo sabe todo sobre él.

—¿Quién...?

—Samuel, el judío. En tiempos de Witerico volvió a Hispalis y ahora vive en la judería, lo encontrarás allí. Pero no confíes en él. Está lleno de odio. Odia todo lo que sea visigodo, y a todo lo cristiano... Y quizá tiene cierta razón en odiarnos...

—¿Cómo podéis decir eso?

—Cuando llegaste al *scriptorium* me oíste dictar una carta.

—Sí. Escuché lo que decíais.

—Sisebuto ha obligado a convertirse a todos los judíos. Los ha bautizado a la fuerza...

—Muy propio de él... —afirma Swinthila despectivamente.

—Está obsesionado con la fortaleza del reino, con un solo estado y una única raza. Quiere machacar a los judíos y a todo lo que se oponga a su idea de una nación unida por el poder central de los godos. Se cree investido de razón y que, sobre él, está la mano de Dios; es un loco megalómano.

—Estoy de acuerdo con vos... —asiente el godo.

—No conseguiré nada forzando a los judíos a conversiones obligadas. Sisebuto ha demostrado un celo imprudente al intentar conseguir la unidad católica de todos sus súbditos. Ha amenazado con la expulsión o la muerte a todos los judíos que no se bauticen. Muchos lo han hecho debido a las amenazas, pero no son cristianos de corazón. Sin embargo, ahora ya está hecho, por lo que no puede volverse atrás. La Iglesia ha reconocido que los bautismos son válidos. Cualquier retractación de un judío convertido a la fuerza será considerada como apostasía y hará que sea condenado a muerte, destierro o expropiación. Samuel ha sido uno de los muchos obligados al bautismo. Todo el odio que de siempre albergó contra los godos se ha multiplicado.

—Mi madre, la reina Baddo, me hablaba en una carta de un renegado...

—Ella no sabía que Atanagildo se había salvado, pero desconfiaba del judío. Samuel era médico y atendió a tu padre en el lecho de muerte... Creo que ella sospechaba que alguien podría haber facilitado la muerte de Recaredo, aunque siempre pensó que eran sus enemigos políticos, Witerico y el partido godo. Solo muy tardíamente, antes de ser ejecutada, sospechó que alguien penetraba en la cámara de Recaredo envenenándole el cuerpo y la mente.

—Yo creo que alguien, a quien no conocemos, estaba en la habitación del enfermo sus últimos días... Yo era niño y recuerdo que mi padre estaba muy

asustado, creía ver a Hermenegildo... Ahora pienso que ese al que creía ver mi padre no era un fantasma sino alguien real. Posiblemente, Atanagildo. De todos modos, ¿cómo pudo penetrar en la cámara de mi padre sin que la guardia lo advirtiese? ¿Creéis que el judío pudo estar implicado? ¿Creéis que lo envenenó?

—No, no lo sé, vuestro padre estaba gravemente enfermo, a una persona ducha en el arte de la medicina le es fácil no aplicar el remedio adecuado en el momento oportuno...

Callan los dos. En el reino de los godos hay muchos enemigos que se oponen a la casa real balinga. Más de los que Swinthila nunca ha pensado. Isidoro habla de nuevo. Sus palabras son de perdón y concordia. Swinthila no le escucha, ya conoce lo suficiente. Solo tiene ya una idea: debe encontrar al judío.

En el barrio judío

El hijo de Recaredo se expresa con palabras de paz, diciéndole a Isidoro todo lo que este desea oír, asegurándole que, cuando él sea rey, actuará con comprensión y clemencia. De modo curioso, en el momento en que pronuncia estas palabras, Swinthila las siente como ciertas. Quizás el contacto con un hombre que se dedica a hablar del bien y de la verdad le transforma durante un breve lapso de tiempo. Quizá si Swinthila no hubiera sido quebrantado por la vida, no hubiera sido un hombre tan duro, tan curtido por la adversidad, tan ajeno a cualquier compasión; pero, ahora, vive inmerso en el odio, la ambición y la venganza. Quizá si la ambición no le dominase, su boca hablaría con palabras de verdad.

Poco después, al cruzar las calles de la ciudad, llenas de gente, dejando el río atrás, Swinthila retorna a su ser y la rabia brota de nuevo en su corazón. Una furia honda, continua, que le mantiene vivo y que hace que todo en su vida gire alrededor de un único centro: recuperar el poder, vengarse de los enemigos que le han despojado del trono asesinando a su padre, Recaredo, y ejecutando a su madre.

Nunca hubiera podido suponer que en el misterio que rodeaba a la muerte de su padre estuviese implicado un judío. Swinthila los desprecia; como los han despreciado antes sus antepasados. Y es que Swinthila es un godo, un germano orgulloso de una raza, que se cree superior a las demás: a los hispanorromanos, un pueblo degenerado; a los bizantinos, a quienes ha vencido repetidamente; a los demás pueblos germanos. Él es godo, y se vanagloria de serlo.

Camina con paso decidido entre las blancas casas de la aljama. Los hombres y las mujeres de raza hebrea que atraviesan las calles poco concurridas a la hora del mediodía, probablemente se preguntan por qué él, un godo, se atreve a traspasar el barrio más allá de la catedral, el lugar donde escasamente acceden los incircuncisos. Swinthila aprieta la empuñadura de la espada con fuerza. Con insolencia observa a los judíos que se cruzan en su camino; ellos bajan la vista aparentando sumisión ante la figura de un militar godo.

Swinthila pregunta por la casa de Samuel ben Solomon. Una mujeruca de aspecto asustadizo le indica una callejuela; al final de ella, entre muros blancos,

encuentra un gran portalón de madera oscura, en el que se abre una puerta más pequeña. Golpea la aldaba y el portero, un hombre con bonete y largos bucles, sale a abrir. Tras un forcejeo verbal con él, finalmente, Swinthila consigue que le dejen pasar.

La casa ha sido recientemente remozada y decorada con lujo: mosaicos de mármol, importados desde Siria, grecas al fresco en las paredes, lámparas de oro que iluminan suavemente las estancias interiores. Allí han morado generaciones de judíos, que, con Samuel, han alcanzado el culmen de su riqueza. La familia se jacta de haber habitado en las tierras hispalenses, mucho antes de que llegasen los romanos. Se consideran más hispanos que los propios hispanorromanos. Seguramente, es así.

Le ofrecen aceitunas negras y vino blanco, un vino seco, dorado y frío que se le sube ligeramente a la cabeza. Es mediodía. Al fin Samuel aparece. Un hombre de nariz ganchuda, labios carnosos y curvados, con pelo encanecido de entradas profundas. Su rostro es un rostro fuerte, decidido, los ojos de color oscuro, casi negros, muestran una expresión entre dolorosa y endurecida.

—¿Qué se os ofrece, noble señor...?

—Mi nombre es Swinthila. Soy hijo del finado rey Recaredo...

El judío le observa con una expresión indescifrable.

—No podéis negarlo, sois la viva imagen de vuestro abuelo el rey Leovigildo... —se expresa al fin Samuel, y después continúa con amargura—, a quien el Dios de mis padres confunda... Bien dice la Escritura: «El Señor dispersará a sus enemigos, sus adversarios huirán delante de él como se disipa el humo, como se derrite la cera en el fuego...». Así desaparecerán los impíos, delante del Señor. Así desaparecerá la casta réproba del rey Leovigildo...

Aquellas palabras suponen un insulto difícil de ignorar, y Swinthila se indigna ante aquel hombre, de una raza servil, que es capaz de denigrar al gran rey Leovigildo. No obstante, el judío le interesa, por lo que acalla su furia para lograr su confianza. El judío conoce parte del secreto; por ello, Swinthila intenta que no le afecten sus palabras altaneras, tratando de ganárselo.

—He estado hablando con el obispo Isidoro. Me relató una antigua historia. Vos acompañasteis a Ingunda y a su hijo a Constantinopla...

Samuel levantó la cabeza, en sus ojos reaparece un antiguo sufrimiento, los recuerdos de un pasado doloroso le laceran el alma.

—Casi muero en el naufragio causado por el ataque de las naves de vuestro abuelo Leovigildo —responde el judío—, de mal recuerdo para nosotros, los judíos... El Dios de Abraham le hunda en los infiernos... Hicieron zozobrar la nave donde iban los inocentes, los miembros de su propia familia...

De nuevo, Swinthila se enfurece y solo con un gran esfuerzo consigue dominar la ira que barbotaba en su interior; al fin calla mientras el judío prosigue:

—Yo crie a Atanagildo, le acompañé durante toda su infancia. No podía

volver a las tierras hispanas. Vuestro abuelo expulsó a mi padre de su casa, le expropió toda su hacienda como venganza por haber albergado a Hermenegildo... Cuando se vio sin la herencia de sus antepasados, mi padre murió de tristeza.

Se hace un silencio muy tenso en la sala. Samuel no puede perdonar al que ha causado la desgracia de su padre y el oprobio a su familia. El judío prosigue:

—Cuando regresé a mi tierra, no encontré a nadie de los míos; esta casa se encontraba en ruinas...

Swinthila observa, detenidamente, la faz del judío. Aquel hombre parece conocer lo que le interesa y eso es lo único que a él le importa; por lo demás, los sufrimientos que pueda padecer un hombre, y sobre todo un judío, no le conmueven.

—¿Qué sabéis de Atanagildo...?

—No sé nada, quizás ha muerto. —El judío habla con tristeza.

—No lo creo.

—Pues la verdad es esta. Ardabasto me abandonó antes de la muerte de vuestro padre. Dejó estas tierras hispanas, adonde había venido conmigo, y regresó a Bizancio. Allí llegó a emparentar con la casa real, se casó con Flavia, hija de Mauricio; pero en el año del señor 602, el emperador Mauricio fue asesinado en la rebelión de Focas, y con él toda su familia... Todos murieron, el mismo Ardabasto fue asesinado. Pero yo ya no estaba con él. En aquella época yo me encontraba en Hispania, sirviendo al noble rey Witerico, a quien el Dios de Abraham guarde muchos años, el que me devolvió las posesiones de mi familia.

—Para recompensaros la traición a mi padre Recaredo...

—Me insultáis al llamarme traidor...

El judío se enerva, Swinthila conserva su aplomo, cada vez está más seguro de que aquel hombre puede revelarles muchos aspectos del pasado que él ignora. Entonces Swinthila prosigue:

—Mi padre vio a un hombre en el sitio de Cartago Nova.

—¿Sí...?

—Sé que era Atanagildo.

—Puede ser... pero Atanagildo ahora está muerto.

—La abadesa de Astigis también le vio en aquella época, vio a un hombre llamado Ardabasto.

Samuel se intranquiliza.

—No sé nada de ese hombre.

—Era la viva imagen de mi tío Hermenegildo y tenía una cicatriz en la garganta.

—Os digo que no sé nada. Nada para un hombre que pertenece a la raza goda.

« Por lo tanto, sabe algo para alguien que no sea godos », deduce Swinthila, y prosigue:

—¿Odiáis a los godos?

—Sí. Vuestro abuelo Leovigildo causó la muerte del hombre que yo más he admirado, el príncipe Hermenegildo, el que me aceptó para luchar en su ejército y me formó como hombre. Después Leovigildo trató de exterminar de un modo inicuo a la esposa y al hijo de este hombre admirable. Además, provocó la ruina de mi familia por haber acogido a Hermenegildo cuando huía. Confiscó todos sus bienes. Más tarde, su sucesor Recaredo, vuestro padre, convirtió en siervos a mis hermanos de raza. Ahora, el noble rey godo Sisebuto me ha obligado a abjurar de la religión de mis padres... Aborrezco todo lo que sea godo...

—Servisteis fielmente a un godo, al hijo de Hermenegildo...

—Hermenegildo no era propiamente un godo, no descendía de Leovigildo sino de los pueblos del norte. Hermenegildo era justo, no persiguió a mi raza, sino que nos ayudó. Yo y mi padre le estuvimos siempre agradecidos. Por ello protegemos a...

En ese momento, Samuel se calla. Swinthila ya no consigue que hable más. Hay algo que el judío oculta. El godo intenta sonsacarle lo que sabe, ya con ruegos, ya con amenazas o con insultos. Cuando la voz de Swinthila sube demasiado de tono, los criados de la casa entran en la estancia; rodeándolo, le obligan a salir de allí.

Aquella noche, en la fonda donde se hospeda, Swinthila saca la copa y decide beber de ella una vez más. Nuevamente se encuentra con fuerza para dominar a todos sus enemigos. Ahora posee la copa de poder. Sabe, además, que su padre no fue atacado por un fantasma sino por alguien vivo que atenta contra su estirpe; alguien a quien debe encontrar.

Cuando el alba tiñe rosácea la mañana, en el frescor de la amanecida, Swinthila reemprende el camino hacia la ciudad regia de Toledo.

El eclipse

Entre las ramas de un antiguo bosque de robles y encinas, Swinthila divisa los recios muros de la capital del reino iluminados por la luz fuerte de un sol en su cénit. Más allá de la urbe, el astro solar, brillante y blanco, alumbra con fuerza una planicie ondulada que parece no acabar nunca. Trinan los pájaros entre las ramas de los árboles, posándose en los matojos del cortado que ha excavado el río.

De pronto, la naturaleza se torna muda, se hace un silencio extraño, la luz clara y blanca de la mañana se transforma en amarillenta; lentamente va cambiando su color. El día se oscurece. Swinthila siente miedo. ¿Qué está ocurriendo? Mira al sol, pero no logra verlo con claridad, las copas de los árboles se interponen entre el cielo y su pupila. Algo le está ocurriendo al sol. Entonces, en la memoria del general godo se abre el recuerdo de Sisebuto, su obsesión por los fenómenos astronómicos. Tiempo atrás, el rey había pronosticado que los años siguientes serían pródigos en fenómenos estelares y el sol perdería en algún momento su luz. Según él, aquella sería la señal para que una nueva era se iniciase.

Sobrecogido, Swinthila permanece en el bosque, y ve cómo en el río se refleja un sol que no está tapado por las nubes, al que cubre una ominosa sombra oscura, disminuyendo su luz. El brillo solar es ahora más tenue, ambarino, casi rojizo: la planicie y la ciudad muestran también otro color. El sol se cubre por entero con un disco sombrío, se convierte en un anillo que proyecta rayos brillantes. Los pájaros han dejado de cantar y la naturaleza parece muerta. Todo es irreal y mágico. Las vides, los olivos, los campos de trigo, extendiéndose en la lejanía, han adoptado una coloración parda.

Swinthila permanece quieto, evitando aquella luz dañina para la vista; deja pasar el tiempo, erguido y envarado en lo alto del caballo, que no emite ni un ruido. Al fin, el anillo de luz que rodea al disco solar oscurecido lanza un rayo más intenso y lentamente el sol se va desvelando. Por último, el campo recupera sus colores vivos, el trinar de los pájaros se deja oír y el caballo relincha, como afirmando que todo ha acabado.

Aquel prodigio solar le parece a Swinthila un augurio; algo en el reino va a

cambiar y él será el catalizador del cambio. Espolea el caballo rumbo a la ciudad; ahora Swinthila sabe muchas cosas sobre su pasado, sobre quienes traicionaron a su padre y a su hermano, sobre los que le alejaron del trono. Aún tiene dudas sobre quién estuvo detrás de la conjura que destronó a su padre y humilló a su familia. En Swinthila hay, únicamente, una idea: la venganza y una ambición: recuperar el trono que debe ser suyo.

Ahora su porvenir está claro.

En el eclipse le aguarda su destino. Swinthila, un astro aparentemente menor, cubrirá al sol del rey Sisebuto y, para que nada impida su gloria, hará que muera, se deshará del mediocre hijo del rey, recuperando al fin lo que, por nacimiento y valía, considera suyo. Restablecerá la estirpe de los baltos. Se considera superior a todos; los hombres débiles quedan atrás: el endeble Liuva, quejumbroso y llorón, el indulgente Nicer, duque de Cantabria, que consintió que la copa fuese tomada de donde Recaredo la había escondido, y su enemigo Sisenando, el hombre que ha sido vencido en la campaña del norte.

El caballo resbala por la cuesta que desciende hasta el Tajo. Más adelante el camino se abre y, bifurcándose en dos ramales, uno de los cuales termina en el gran puente que construyeron tiempo atrás los romanos. Swinthila enfila aquel sendero. Al acercarse a la ciudad de sus mayores, escucha las campanas, repiqueteando alegremente el mediodía. En la corte encontrará de nuevo a víboras humanas, despedazándose mutuamente para conseguir el poder. Swinthila los detesta, imbuido del íntimo convencimiento de que solo él es el legítimo heredero de Recaredo; los demás usurpan algo que no les corresponde y, por tanto, deben ser sometidos.

De entre los matorrales, surge una pequeña serpiente que cruza el camino y asusta al caballo del general godo. Este lo contiene con mano fuerte y continúa su camino hacia la vega del río. A lo lejos, los campesinos inclinados sobre el campo retiran las malas hierbas, sin levantar los ojos de la tierra.

Una labradora joven detiene su trabajo y fija con descaro su vista en la figura del general godo. Muchas mujeres le han observado así a lo largo de su vida, con la admiración con la que se contempla al hombre fuerte, decidido. Ahora bien, entrado en la treintena, le importan menos las mujeres, solo quiere recobrar lo que es suyo, le importa el poder. La campesina mantiene su mirada en él, contemplando su descenso por la cuesta hacia la vega del río, mientras domina con una sola mano el caballo. La moza pone sus manos en la cintura y se inclina hacia un lado riendo zalamera.

Franquea el puente y la guardia de la muralla le saluda, rindiendo reverencia al noble Swinthila, general del ejército visigodo. Se siente orgulloso de sí mismo y, ahito de soberbia, le parece escuchar el murmullo de admiración de los viandantes. Ascende por las callejuelas de la ciudad hasta un lugar cercano a Santa María la Blanca; una antigua domus romana, el lugar palaciego que el rey

Sisebuto ha donado a su hija Teodosinda al contraer matrimonio.

Las puertas están abiertas y Swinthila accede al interior; al fondo se escucha una fuente con su ruido melódico y armonioso. Ya en el atrio, la servidumbre le ayuda a despojarse de las armas. Un muchacho, su hijo Ricimero, se abalanza hacia él. Es ya casi un adolescente, un hermano de cuerpo vigoroso y rasgos decididos; será el continuador de la estirpe. Detrás del chico, su hija Gádor inclina la cabeza y dobla la rodilla saludándole con una pequeña reverencia protocolaria; Swinthila la observa con deleite, una niña de cabello tan rubio que parece blanco y ojos color verde agua.

Al fin ha llegado a su hogar, al lugar adonde se vuelve, al descanso del guerrero. Tras el gesto cariñoso de la niña, él se encamina a su aposento. Cuando se ha despojado de la capa y comienza a desvestirse; sin hacer ruido, Teodosinda penetra en la habitación. Es una mujer pequeña, de tez blanquísima con ojos azules de mirar suave, el pelo canoso y la figura deformada por los partos. Al ver la cara de su consorte, Swinthila la recuerda joven, siempre tímida y asustadiza, siempre insegura. Nunca ha sido hermosa, pero ahora, prematuramente envejecida, Swinthila percibe con claridad que parece más una madre que una esposa. Cuando Gelia y él, aún niños, llegaron a la fortaleza de Sisebuto, ella, mayor que los dos hermanos, les acogió, cuidándoles. Teodosinda posee esa capacidad maternal de la que gozan algunas mujeres, la capacidad de intuir lo que el otro necesita sin preocuparse demasiado de sí misma. Nunca fue una amante sino una amiga y consejera para él, quien la traicionó en múltiples ocasiones. El hijo del rey godo, por un lado, la desprecia por su falta de belleza y por su debilidad, pero, por otro, se siente confortado y acogido a su lado. Es la única persona en la que Swinthila es capaz de confiar un poco; pero, a menudo, su amor vigilante y tierno le cansa.

Al ver a su esposo, el rostro de Teodosinda enrojece, como si fuese todavía una jovencita; se dirige a él con voz tímida:

—Mi señor, lleváis muchos meses fuera, no hemos tenido noticias vuestras. El rey, mi padre, ha preguntado repetidamente por vos. Se me ha dicho que en cuanto lleguéis, debéis dirigiros a palacio.

Swinthila hace una mueca que no es claramente una sonrisa mientras le espeta:

—¿No tendré tiempo de reposar después de tan largo viaje...?

—El rey quiere veros —repite ella.

—Estará impaciente por contarme el eclipse —se burla—; finalmente sus cálculos fueron acertados, no se equivocó ni en el día ni en la hora.

—Mi padre piensa que se ha equivocado...

Swinthila levanta las cejas preguntándose en qué. Desde que es rey, Sisebuto suele estar demasiado orgulloso de sí mismo para equivocarse o dudar. Ella continúa:

—Mi padre se ha equivocado en la confianza que había puesto en vos.

—¿Qué queréis decir?

—Mi señor Swinthila...

Teodosinda se detiene y lo mira con aquellos ojos suyos un poco saltones, muy penetrantes.

—Mi señor Swinthila, tenéis enemigos que quieren deshacerse de vos.

—Lo sé, Sisenando...

—Él mismo y el viejo Chindasvinto... Ha resultado muy extraño para todos que el mejor general del reino se ausente de la guerra en el momento en el que los godos están siendo derrotados por los rocones. Os han acusado de traición.

Swinthila gruñe, enfadado:

—¡Yo no comandaba la campaña del norte! Ellos mismos se opusieron porque pensaron que ya había tenido bastante gloria con la victoria contra los bizantinos; ahora, les tocaba ganar a ellos —dice con ironía—. No es mía la culpa si no saben conducir un ejército...

—Pero se os vio en el norte y después desaparecisteis, Chindasvinto y Sisenando os han acusado de pasar información al enemigo. Se os culpa de haber traicionado al rey...

—¡Tonterías...! —responde, sintiéndose intranquilo—. ¿El rey ha creído esas patrañas?

Ella prosigue suavemente para no excitar más su cólera:

—Ya sabéis cómo es... le influyen mucho las habladurías y vuestros enemigos han aprovechado cumplidamente vuestra ausencia. Os aconsejo que os presentéis cuanto antes en palacio.

—Antes necesito comer y beber algo... Vengo de un largo viaje —solicita y algo más calmado.

Teodosinda se retira con una reverencia dispuesta a prepararlo todo. Pronto entran criados con una bandeja en la que hay vino tinto, queso y carne adobada. Swinthila come hasta hartarse. Durante el almuerzo, Teodosinda se mantiene a su lado, callada. Después le ayuda a desvestirse de los arreos militares, Swinthila percibe que, al tocarle la piel desnuda, ella se estremece como si fuese aún una doncella; pero él no tiene tiempo para el amor. Permite que ella le ayude a ponerse el traje de corte, una túnica recogida por un cinturón ancho de cuero, que termina en una hebilla recamada en piedras preciosas. Teodosinda le coloca el manto, ciñéndolo con una fibula, e introduce en la vaina de su cintura una espada de doble filo, la que heredó de Recaredo.

Swinthila acaricia la cabeza de Teodosinda como se hace a un perrillo que ha cumplido su cometido. Ella sonrío y se inclina acercándose a él, haciendo una reverencia profunda.

—Cada día que habéis estado fuera, se me ha figurado eterno... —susurra ella—, os he recordado cada instante.

—Yo también a vos, mi señora... —afirma él a su vez, pero ella sabe muy bien que no es así.

—Temo por vos... Sisenando os aborrece.

—¿Ha regresado ya de la campaña del norte?

—Hace más de dos meses. Le rodea una camarilla que lo adula. Ya los conocéis... Os denigran en privado. No se atreven a hacerlo en público, porque saben que sois el esposo de la hija del rey.

—Sí —dice presuntuosamente Swinthila—. Me envidian. Yo soy el mejor general que nunca han tenido los godos. Saben que he conducido con gloria una brillante campaña en el sur; una campaña que destruyó casi por completo el poder del Imperio bizantino sobre las provincias más meridionales del reino visigodo... Vuestro padre no me dejó acabar mi obra.

—Mi padre quería la paz...

—La paz o cobrarle impuestos a los imperiales... —la interrumpe Swinthila con dureza—. Además, Sisenando me odia porque he logrado vuestra mano, él también os quería...

Las mejillas de Teodosinda enrojecen suavemente.

—Él quiere solamente el trono de los godos... Yo siempre os he amado, siempre he sido vuestra...

—¡Tuvisteis muchos pretendientes...!

—Que supe evitar... me buscaban porque era noble y rica. No me amaban, lo sé. Vos tampoco.

Le contempla anhelante, deseosa de escuchar las protestas de amor de él; pero Swinthila no se conmueve. La devoción que le profesa, a él le parece enternecedora y absurda; por ello, Swinthila la considera tonta y débil; así que solamente dice:

—No he sido un marido afectuoso, no he colmado vuestras expectativas... No os he dado una buena vida...

—Yo he buscado en vos lo que nunca me habéis querido dar... Solo la venganza os interesa. Hay en vos una coraza de rencor...

Swinthila no contesta a sus palabras, siempre lastimeras, siempre demandantes de amor, algo que él no es capaz de darle; después la abraza, la cabeza de Teodosinda se apoya en el pecho de Swinthila; y él besa aquellos cabellos que comienzan a ser canosos. El abrazo dura un tiempo que a Teodosinda le pareció un segundo y a él, una eternidad. Swinthila se separa de ella bruscamente.

—Deseadme suerte y rezad para que los santos me protejan...

—Cuidaos, mi señor... —suplica ella con los ojos arrasados en lágrimas.

Después, él atraviesa los patios donde juegan sus hijos más pequeños, despidiéndose del mayor, su hijo Ricimero, la esperanza de la casa balinga. Gádor, al ver a su padre con el atuendo de corte, le observa orgullosa mientras él

la acaricia.

Swinthila sale de su casa situada en la parte alta de la ciudad; desde allí se puede ver, no muy lejana, la torre de la iglesia de Santa María la Blanca y las callejas que descienden hacia el cauce del Tajo. Acompañado por un criado baja la cuesta hasta la iglesia para después volver a ascender al lugar donde el alcázar del rey godo se encarama sobre el río. El palacio, una enorme fortaleza alzada sobre la roca, es un laberinto de salas y corredores: las escuelas palatinas, las dependencias de la corte donde habita el rey Sisebuto, las cocinas, una amplia biblioteca, las capillas reales, la cámara del tesoro y tantos patios, estancias y recovecos tan familiares para él.

Antes de dirigirse a las estancias reales, Swinthila se encamina hacia las salas que ocupa la Guardia Real, al lugar donde mora Adalberto. El capitán de la Guardia Real, que hace meses no sabe nada de él, se sorprende al verlo y ordena salir a sus hombres.

—Tengo la copa... —anuncia Swinthila—. Nuestra hora ha llegado...

En resumidas palabras, le cuenta lo ocurrido. Ahora que poseen el secreto del poder, ha llegado el momento de dar un golpe rápido de mano, por eso le confía sus planes y solicita su ayuda. Deben asaltar el trono y hacerlo por sorpresa, de modo expedito, lo antes posible. Adalberto, que se muestra de acuerdo en lo que Swinthila le propone, le promete que hablará con Búlgar y otros hombres afines al partido del difunto rey Recaredo. A mediodía tendrá lugar el cambio de guardia junto al rey; el capitán de la Guardia Palatina enviará hombres fieles a la casa baltinga, con instrucciones concretas sobre cómo actuar si algo le sucediese al rey. Brindan repetidamente por el buen resultado de su empresa. Adalberto, una vez más, estará en el partido de los vencedores.

El sol marca el mediodía y Swinthila se despide del capitán de la guardia con un saludo militar recio y decidido.

Swinthila se demora todavía algún tiempo en una y otra estancia del palacio, recuperando y alentando a aquellos que le son fieles, mientras la conjura recorre la corte de Toledo.

Atraviesa los corredores del palacio, pensando que todo aquello pronto será suyo, recuperará lo que le corresponde. Impaciente, debe aguardar ante el salón del trono a ser anunciado. Al fin se abre la puerta y un paje grita:

—El noble Swinthila, general del ejército de su majestad...

La sala donde el rey recibe es una amplia estancia con ventanales cubiertos por celosías a través de las cuales se puede divisar la ribera del Tagus. El rey Sisebuto se sitúa sobre un estrado, sentado en un trono dorado con patas terminadas en forma de garras de león. Detrás de él, suspendidas del techo, lámparas y coronas votivas. Una de ellas es muy hermosa, decorada con gemas, perlas y vidrios. Del centro de la corona pende una cruz de gran tamaño, cada brazo de la cruz se retuerce rematada en varias perlas. Del extremo inferior del

aro cuelgan cadenas y argollas que componen la inscripción votiva.

El rey viste los atributos que son propios de tal dignidad; una hermosa diadema de oro y pasta vítrea le ciñe las sienes, se cubre con un manto y, en la mano, sostiene el cetro de poder. Ahora es un anciano, poco tiene que ver con el hombre que torturó a Swinthila siendo niño, el hombre a quien había temido en el pasado, al que aún continuaba odiando. La guardia recién relevada se dispone a su lado. Swinthila sabe que los hombres que ahora rodean al rey son fieles a su capitán Adalberto y, por ende, a la casa de los baltos y a su persona.

La venganza del hijo de Recaredo se acerca.

Swinthila avanza con paso firme hacia el rey, dobla la rodilla ante su presencia y escucha la voz dura y autoritaria de Sisebuto:

—¡Habéis sido buscado por todo el reino y reclamado como traidor!

Aunque Swinthila aparenta calma, su interior tiembla ante la regia acusación. Si realmente Sisebuto le considera un traidor, puede acabar en el patíbulo o con todas sus tierras expropiadas.

—Me llaman traidor los mismos que no se preocupan por el reino; los que no os sirven con fidelidad. Los que pierden las batallas mientras yo las gano. Los que viven cómodamente mientras yo me esfuerzo. Mi señor, yo siempre os he secundado con total lealtad.

El rey no parece mostrarse de acuerdo.

—Hace cinco meses que desaparecisteis de Toledo. Se os vio, por el norte, en un momento en el que los cántabros nos derrotaron. Después supimos que embarcasteis en Gigia y que al fin llegasteis a Hispalis... ¿me podéis dar cuenta de vuestros pasos?

—La señal de un nuevo tiempo ha llegado. El eclipse que vos mismo predijisteis es el signo de que una nueva era se acerca. El rey Sisebuto llegará a la cima de poder entre los godos y ya nunca será derrotado.

—¿Qué queréis decir?

—Vuestros deseos siempre han sido la línea de mi conducta... He conseguido algo que es máspreciado para vos que la mitad de vuestro reino.

El rey está expectante; Swinthila ha tocado el punto débil de aquel rey mojigato y santurrón, aquel rey supersticioso, que precisa seguridad.

—Vos, que fuisteis capaz de predecir el eclipse, sabéis que hay algo que concede el poder a los hombres...

Mientras pronuncia estas palabras, Swinthila se va acercando al trono, sin que el rey dé muestras de querer impedirselo. Al llegar junto a él, prosigue en un tono de voz bajo e insinuante.

—Mi padre no fue derrotado en ninguna batalla —asegura—, porque lo poseía. Quizás habréis oído hablar de... una copa... del cáliz de poder.

El rostro de Sisebuto se transforma. La leyenda de la copa de Leovigildo, la que había hecho que nunca fuese derrotado, era algo que se había difundido por

todo el reino, un rumor que hasta los niños conocían, que muchos consideraban una leyenda. La codicia le ilumina los ojos. Si aquello era verdad, él conseguiría afirmar su hegemonía. El cáliz de poder además aparece en un momento oportuno, que él mismo, Sisebuto, había predicho, el día en que se ha producido un eclipse. La mentalidad supersticiosa y estrecha del rey se inquieta de ambición, por lo que afirma:

—Se decía que el rey Leovigildo poseyó una copa, y que en ella encontraba las fuerzas para combatir, pero que Recaredo la perdió.

—Mi padre la guardó en un lugar seguro porque el reino estaba en paz. No la usó en su reinado, pero sabía dónde estaba y le protegía, por eso mi padre Recaredo nunca fue derrotado. Ahora estamos en lucha contra los vascones y rocones, los bizantinos nos atacan de nuevo. He cruzado toda Hispania para encontrarla y entregarla.

Hace una señal al criado que lo acompaña, quien le acerca un bulto envuelto en unas telas. Swinthila las desenvuelve y la copa, tan hermosa como siempre, aparece a la vista. Es el cáliz de oro, que brilla esplendoroso bajo la luz de las antorchas y las lámparas votivas. Con una reverencia entrega la copa al rey, un rey culto pero, también, dado al trato con alquimistas y nigromantes; un rey que quiere poder y necesita sojuzgar a los nobles; un rey angustiado ante su propia debilidad y sus muchos enemigos, un rey que busca la potestad suprema. Sisebuto extiende la mano, cuajada de anillos, hacia la copa; la toca, contemplándola totalmente extasiado. Siente la misma fascinación que aquel vaso sagrado ha producido en tantos.

—Para que un hombre sea poderoso debe beber sangre de la copa, sangre mezclada con vino... —afirma Swinthila.

—¿Sangre...?

—Tendréis mi propia sangre...

Entonces, con el cuchillo, Swinthila se hace un corte en el dorso de la mano; mana sangre que él mismo recoge en la copa. Después mezcla vino de una mesa cercana al trono. De la copa brota un embrujo. La víctima, el rey Sisebuto, también se siente cautivado, acerca los labios a la copa, sin casi poder evitarlo.

Bebe.

Swinthila le mira expectante.

Ahora debe morir.

El rey mira a Swinthila con los ojos muy abiertos.

Se levanta fatigosamente del trono y cae hacia delante, desplomándose.

Se escucha su voz diciendo en voz muy baja:

—Sois realmente un traidor.

Swinthila grita pidiendo ayuda y la sala se llena de gente que es contenida por la guardia que le es fiel.

El rey Sisebuto ha muerto.

En el norte

Únicamente logra intuir la luz, penetrando desde una esquina en aquel lugar de tremenda oscuridad. Se escucha un ruido, el mismo de todos los días, quizás a la misma hora, la trampilla descorriéndose y un grito; le pasan el cuenco de barro con comida y una jarra de agua. Liuva no sabe cuánto tiempo lleva allí. Los hombres de Ongar le han hecho responsable de la desaparición de la copa. Le acusan de haber introducido en el lugar sagrado a un extraño que ha robado el más preciado de los bienes de los pueblos astures. Aquel extranjero, el godo, desapareció como si fuera uno de los antiguos trasgos de la cordillera cantábrica.

En el valle no se han compadecido de la ceguera de Liuva. Allí, muchos le consideran un extranjero, un hombre marcado, nacido de una madre deshonrada, fuera de las costumbres de los cántabros. El mismo día de la desaparición de la copa, lo habrían ejecutado de no haber mediado Efrén, quien apeló al Senado de los pueblos cántabros. Lo condujeron hasta aquel lugar que él no conocía y allí espera su juicio desde hace varios meses.

En su ceguera, Liuva solo adivina luces y sombras; en cambio, posee una percepción especial para la temperatura y la humedad, un discernimiento singular para los olores, que hace todo más doloroso. La humedad y el frío se le introducen hasta los huesos; el olor fétido a excrementos y podredumbre, lo marea. No puede imaginarse cuánto tiempo ha pasado desde que su hermano Swinthila lo encontró en la ermita, desde que este le leyó la carta de su madre.

Ha contado las veces que se ha abierto la trampilla por donde le pasan la comida, veinte, treinta... quizá más, pero posiblemente no le dan de comer todos los días. El tiempo se le hace eterno allí, sin otra compañía que algún grito lejano y los pasos rápidos de las ratas. Una y otra vez piensa, de modo obsesivo, en la carta de su madre. Cuando escuchaba las palabras de la carta de la reina Baddo, a él le ha ocurrido —quizás a Swinthila también— que, de algún modo, el ayer parecía revivir. Todos aquellos años, que él siempre quiso olvidar, regresaron a su mente, las heridas antiguas se abrieron de nuevo; todavía le escuece lo ocurrido tanto tiempo atrás, requemándole las entrañas.

No guarda rencor a Swinthila. Ya no. De niño, de adolescente, se lo habría guardado, pero ahora no. Quizá su capacidad de sufrir se ha anestesiado con el

propio sufrimiento. Como cuando a alguien se le golpea una y otra vez en una zona del cuerpo, hasta macerarla, y se pierde la capacidad de discriminar el estímulo, porque un dolor continuo lacera la sensibilidad, extinguiéndola. Liuva y a no es capaz de experimentar más amargura.

Swinthila busca lo que él un día encontró y no supo retener: el poder. De la carta de Baddo solo le ha preocupado una cosa, la copa, la copa con la que podría alcanzar el trono. En cambio, Liuva ha desechado tiempo atrás la búsqueda del dominio sobre los otros, ha aceptado su propia vida limitada.

En aquellos días de soledad, ha tenido mucho tiempo para meditar la carta, las palabras de su madre. Ella, la reina Baddo, le advertía contra algo, contra el mal que se cebaría en su descendencia. Baddo intuía que Recaredo, su esposo, había sido víctima de una conjura, muy sutil y venenosa; una conjura que iba mucho más allá de Witerico; una conjura en la que estaban implicados nobles, clérigos y colaboradores del rey. Recaredo cayó preso en una tela de araña. La misma que después atrapó al propio Liuva.

Alguien ha movido los hilos de la trama y él, Liuva, desconoce quién es el causante de todo; quién ha hecho que su padre muriese, quién fue el causante de su desgracia.

A su memoria, en aquel largo período de encierro, retornan las escenas de la cámara donde su padre agonizaba. Tras los cortinajes se movía algo, o alguien; algo o alguien que Swinthila también percibió. De pronto, en su recuerdo, apareció, como en un fogonazo, la faz del judío que había atendido a su padre. Un rostro impasible ante el dolor que le rodeaba, unos ojos fríos que no sonreían. Después, otro fogonazo en su mente, veía cómo fuera de la alcoba de su padre, los nobles, los jerarcas de la Iglesia se reunían a conspirar en torno a alguien. Una muerte de un rey supondría la elección de otro. ¿Pero quién se beneficiaba de aquello? Witerico obviamente; pero ¿solo él?

Liuva se mueve, desasosegado, por la celda. Algo se le escapa en la muerte de su padre. Intenta recabar más datos sobre aquel momento, el momento en el que Recaredo se muere; fuera se escuchan voces, alguien sonríe, un extranjero. Después, otra escena: él, Liuva, era ya rey; ese mismo extranjero le presenta sus credenciales. ¿Quién era? Entonces se hace una luz en su mente. Aquel hombre era un legado, un embajador de las Galias, del reino de Austrasia.

El gran Recaredo, según todos, había fallecido de una muerte natural, pero la carta de Baddo dejaba traslucir que alguien había facilitado la muerte de aquel a quien se consideraba el más grande de los reyes godos. Baddo sabía que una conjura se había cebado sobre su esposo, pero no era capaz de desvelar todos los nombres. Lo obvio era pensar que Witerico era el responsable; él había sido beneficiado con la muerte de Recaredo y aún más con la defenestración de Liuva. Sin embargo, la reina había acusado a todos y a alguien más, alguien más que había movido los hilos de la trama. ¿Quién era? Quizá los francos,

proverbiales enemigos en el control del occidente de Europa.

Liuva se pregunta por qué se tortura con algo a lo que no puede dar solución. Posiblemente, le iban a condenar a muerte. No siente miedo. Quizás en la muerte encuentre su descanso. Ha sido monje durante los últimos años; pero, en su alma, solo hay frialdad. Le había dicho a Swinthila que estaba en paz, pero no era así. Le duele, profundamente, todo lo ocurrido y, sobre todo, el hecho de haber sido privado de la luz, de los colores, de la naturaleza. Durante años ha vivido en un mundo gris. Supuestamente, tendría que haber encontrado en Dios su consuelo, pero no había ocurrido así. Con los monjes había recitado el padrenuestro, pero él siempre lo había hecho descuidadamente, porque si Dios era Padre, tenía que ser un padre como el suyo y Liuva nunca había podido amar a Recaredo; lo había temido, lo había admirado profundamente, pero nunca había sentido un afecto filial hacia él. Después de su muerte, Recaredo continuaba atormentando sus sueños y él, Liuva, se sentía de algún modo responsable de su fallecimiento. Sin embargo, más aún, se culpabiliza de la muerte de su madre, a la que siempre había adorado.

La carta de Baddo era una acusación y pedía una reparación del daño. Quizá por ello, Liuva había conducido a Swinthila hasta la copa, aun sabiendo que le podría traicionar, como así ocurrió. Liuva quería vengarse del que mató a su madre y conseguir justicia. Justicia, sí; pero ¿justicia contra quién? Witerico había muerto, había sido asesinado. Quizá Witerico había aprovechado la situación, pero había más culpables. Los había, sí, y él, Liuva, no puede hacer nada, ciego y encerrado en aquel remoto lugar de la Hispania; por lo que aquellos remordimientos y recuerdos solo contribuyen a acrecentar más en él la desesperación.

El tiempo transcurre, sin dejar huella, en aquel lugar en el que todo es igual una hora tras otra, un segundo tras otro. Ponerse de pie, sentarse, intentar rezar algo, dormir, comer, sentir hambre, hacer sus necesidades, sentir frío o calor. Todo da igual.

Tras un tiempo, que se le antoja interminable, una mañana se abre la puerta para dejar pasar una claridad algo más intensa que inunda su retina, y Liuva, el rey destronado, se dispone a comparecer ante sus acusadores.

El hedor del calabozo queda atrás para dejar paso a un ambiente que le parece límpido en comparación con aquel sepulcro inmundo donde había sido encerrado. Lo empujan y él se cae en varias ocasiones, porque no sabe dónde está y no puede ver lo que le rodea.

Advierte, por el rumor que se alza cuando él accede al recinto, que ha llegado a una sala amplia donde una multitud está reunida. Le empujan atado, vacila inestable pero logra permanecer en pie.

—¿De qué se le acusa al reo...?

Liuva escucha en su brumosa oscuridad.

—De traición a la *gens* que lo vio nacer, de haber introducido en el valle de Ongar a un extranjero. De haber robado la copa de los pueblos cántabros.

—¿Quién avala esa acusación...?

El murmullo va subiendo de tono.

—Nosotros, los hombres de Ongar, los guardianes del cáliz sagrado. Lo encontramos huyendo el día que desapareció la copa, caído en un barranco. Había guiado hasta el santuario de Ongar a un extranjero, a un goda que se llevó la copa sagrada. El hijo de la deshonrada ha sido cómplice del robo.

—Si esto es así, ha violado una de las leyes más sagradas de nuestras tierras introduciendo a un extranjero en el santuario de Ongar —profiere uno de los ancianos—; este hombre debe morir.

Dirigiéndose a Liuva, pregunta:

—¿Tiene el preso algo que alegar?

El prisionero se tambalea, se encuentra débil por la falta de comida y el largo encierro. Al verlo tan desamparado, unos —los menos— sienten compasión por él, otros le desprecian y alguno se siente asqueado ante el hedor que desprenden sus ropas.

—Yo... —balbucea— he vivido entre vosotros de niño. Ahora no os recuerdo bien a todos, pero a muchos os traté en mi infancia. Después la desgracia se cebó en mí, no os veo y mi mano ya no está... ¡Nunca quise traicionaros...! Conduje al extranjero hasta la copa que mi padre había entregado a los monjes de Ongar, quería recuperar lo que había sido de mi familia para conseguir la venganza de los que habían matado a mi padre y ejecutado a mi madre...

La voz de Liuva se quiebra. Los acusadores lo atacan de nuevo.

—¿Reconoces que colaboraste con el extranjero...?

Liuva calla. Su silencio se interpreta como aquiescencia.

—¡Su castigo sea la muerte...! —se escucha la voz del más anciano.

—¡Muerte...! —corean todos.

Los acusadores lo rodean y lo empujan. Todo está ya perdido para Liuva.

Sin embargo, en aquel momento, en las salas de la fortaleza de las montañas, se escucha cómo se abren puertas y resuenan botas y espuelas contra el suelo de piedra, el ruido de muchos guerreros avanzando. Liuva piensa que vienen a prenderle para la ejecución, que su fin ha llegado.

Un grito hace retemblar los muros de la sala:

—¡Deteneos...! Escuchad la voz de Nícer, hijo de Aster, señor de Ongar, el duque Pedro de los pueblos cántabros.

En respuesta, una voz altiva se alza en la asamblea:

—¿Qué tienes que decirnos? ¡Amigo de los godos...! Muchos de nosotros no estamos de acuerdo con tu política de contubernio con el goda invasor.

Nícer, acostumbrado a sus adversarios, los nacionalistas cántabros que siempre se le oponen con parecidas acusaciones, hace caso omiso mientras

recuerda a los presentes:

—Tiempo atrás, mi padre Aster hizo estas montañas inexpugnables. Gracias a su sistema de defensa nunca hemos sido vencidos. Yo soy el heredero de aquel al que los moradores de las montañas veneran. Cuando yo sucedí a mi padre, unos hombres, mis hermanos Hermenegildo y Recaredo, recuperaron la copa sagrada para los pueblos cántabros. Los luggones la robaron y masacraron a muchas de nuestras gentes. Mi hermano Hermenegildo nos salvó de su opresión y nos devolvió la copa. Muchos de los que estáis aquí presentes recordáis a Hermenegildo... muchos le guardáis reconocimiento. Después luchasteis con él en la guerra civil en el sur. Él murió para permitir que escapásemos... Después de la guerra, Recaredo, su hermano, nos devolvió la copa. Desde entonces hemos estado en paz.

Ante las palabras de Nícer, aquel senado desunido se mantiene en silencio, se hallan congregados hombres que han luchado en el sur con Hermenegildo, hombres que han sufrido el acoso de los luggones, hombres de la costa y del interior, algunos cristianos, muchos todavía paganos que siguen ritos ancestrales.

Solo comparten dos cosas: todos son hombres de las montañas de Vindión y todos consideran a Aster como un ser mítico al que temen, respetan y admiran. Nícer, sabedor de ello, intenta conducirlos hacia el respeto a la sangre de Aster.

—Nosotros, los hijos de Aster, el aquí presente, sobrino nuestro —continúa señalando a Liuva—, nunca hemos traicionado a los pueblos de las montañas. Vosotros, pueblos astures y cántabros, debéis un respeto a la progenie de mi padre y no podéis matar al hijo de quien devolvió la copa a Ongar...

Un hombre muy anciano de una antigua familia noble, con la cara enrojecida por la ira, exclama:

—Las palabras que pronuncias no son verdaderas. La copa de poder era muy hermosa, todos los ancianos la conocimos, su fondo estaba cubierto por una piedra preciosa de ónice. Ese hombre, Recaredo, quien según tú nos la devolvió, no lo hizo por entero. Cuando la copa llegó a Ongar estaba incompleta, le faltaba su interior de ónice; la copa que se devolvió a Ongar no era así...

—En cualquier caso, Recaredo devolvió la copa dorada... —se defiende Nícer—. ¡No podéis matar a su hijo!

—¡Ha introducido a un extranjero!

—¿Qué vais a conseguir matando a este pobre ciego? ¿Recuperar la copa? ¿Conquistar la gloria? ¿Os llenaréis acaso de honor?

Todas las miradas se dirigen hacia la faz ciega de Liuva, que está temblando de frío y de dolor; otras se posan sobre el muñón, medio oculto entre los andrajos.

—¡Tened piedad...! Compadeceos del que nunca os dañó —prosigue Nícer—. ¡Castigadle, sí! Incluso a un castigo peor que la muerte, pero no le quitéis la vida.

—¿Qué propones?

—Expulsadle de estas tierras y que jure recuperar la copa de los albiones, la copa de Ongar, para lavar su honor y recuperar su fama...

—¡Está ciego...! ¿Cómo podrá recuperar la copa sagrada...?

—En ello estará el juicio de Dios; si lo consigue... regresará con honor. Si muere en el empeño, el mismo Dios todopoderoso castigará su culpa.

Las palabras de Nicer son fuertes y convincentes. Todavía se alza alguna voz pidiendo la muerte, pero los gritos se acallan cuando interviene uno de los ancianos, un hombre debilitado, casi una sombra, un hombre al que todos respetan.

—Soy Mehiar, asistí a la caída de Albión, la que está bajo las aguas, fui compañero de Aster. ¡No podemos matar a este hombre...! ¡Aster nunca lo hubiera consentido! Las palabras de Nicer son sabias. Dejémosle marchar y que él mismo labre su destino. Debe regresar con la copa completa, la de oro y la de ónice, para que por siempre reposen en Ongar.

La veneración que todos profesan a Mehiar hace que cambie el parecer de aquellas gentes. Las voces de los ancianos se inclinan hacia sustituir la muerte por la vida. Sin embargo, Liuva no siente alivio; en la muerte podría hallar su sosiego, está cansado de vivir.

Al fin el jefe de los ancianos toma la palabra:

—Sea así, que este hombre recupere la copa de Ongar o muera al conseguirlo.

Liuva escucha voces que celebran el acto de clemencia del senado. Alguien le suelta las manos y es empujado fuera del recinto, bajo la luz de un sol que quema su retina, sin dejarle distinguir nada más que bultos. Los hombres se retiran, dejándolo allí, caído en las escaleras de piedra que conducen al lugar donde ha estado preso. El aire fresco de la mañana le reanima. Entonces, sentado en aquel lugar, con la cabeza apoyada entre las piernas, descansa, sin fuerzas para iniciar la marcha.

Dentro, en la sala, la reunión no ha acabado; un hombre muy alto con rasgos endurecidos por el rencor habla. Él es de los que han pedido la muerte de Liuva.

—No todos te obedecemos, Nicer. Ha habido paz porque la copa sagrada nos ha protegido. Queremos saber cómo llegó el extranjero aquí. ¡Tú lo condujiste...! Quizás el prudente y sabio Nicer —exclama en tono de burla— tiene más que decir del paradero de la copa.

—¿Yo...?

—Sí. Tú, el aliado de los godos. El que combate junto a ellos... ¿No tendrás que ver tú también con la desaparición de la copa en Ongar?

Se escucha un murmullo en la sala. Algunas miradas se vuelven con desconfianza hacia Nicer.

—¿Cómo te atreves...?

—¡Escuchad! Hace no mucho tiempo, yo y mis hombres condujimos al godo hacia Amaya, se lo entregamos a Nicer, quien sin juzgarle ni escudriñar sus propósitos le permitió marchar hacia Ongar: incluso, uno de sus hombres le condujo por los valles hasta la morada de Liuva.

—No conocía sus intenciones... —se exculpó Nicer.

—Incumpliste la ley que prohíbe el paso hacia el santuario al extranjero. Tú, el noble señor de Ongar.

Otro hombre gritó:

—¡Eres tan culpable como el hijo de la deshonrada...!

Nuevamente se produce un gran revuelo, cruzándose insultos y acusaciones entre unos y otros. Los hombres de las montañas se dividen en varios grupos; la mayoría permanece fiel a la casa de Aster, pero los que siempre han disentido del gobierno de Nicer aprovechan la ocasión para mostrar, a las claras, su descontento. Al fin, se levanta Mehiar, el más respetado entre los ancianos. Poco a poco, al verlo en pie, los hombres se van serenando. Cuando se hace por completo el silencio, Mehiar dictamina con sabias palabras:

—Está claro que la ausencia del cáliz del destino ha traído la división a nuestra tierra... Si tú, hijo de Aster, tienes alguna responsabilidad en la desaparición de la copa, debes también devolverla. No es justo que un ciego cargue con toda la culpa; además, él solo nunca podrá encontrarla. ¡Deberás acompañar al ciego! No regresaréis a las montañas hasta que retornéis ambas copas, la de ónice y la de oro, a Ongar.

Un rumor aprobatorio recorre la sala. Nicer baja la cabeza. Se siente viejo y cansado para emprender el largo viaje hacia donde quiera que esté la copa.

—Acato las órdenes del senado cántabro. Es posible que vaya a la muerte... —afirma Nicer—. Os ruego que la herencia de Aster pase a mi hijo mayor para que ocupe su puesto sobre las tierras de Ongar.

Los ancianos en representación de todas las gentes de Ongar aceptan la petición de Nicer, acatan a su hijo como a su sucesor. El duque de los cántabros abandona la sala. Fuera, en la escalera, en la misma posición que lo habían dejado, encuentra a Liuva. Se acerca a él tocándole en el hombro. El ciego, con la sensibilidad que ha desarrollado a lo largo del tiempo que ha vivido en la oscuridad, percibe inmediatamente la presencia de Nicer y, girándose lentamente hacia él, le habla en un tono preñado de amargura:

—¿Por qué lo has hecho...? ¿Por qué me has librado de la muerte...? Yo quiero morir, quiero descansar, la vida no me atrae.

Nicer, reconviniéndole como cuando era niño, le dice:

—Tienes un deber, debes recuperar la copa. Yo también lo tengo, al fin y al cabo yo fui quien te envió a aquel que la robó. He sido también enviado. Iré contigo, se lo debo a Recaredo, que me nombró duque de los cántabros, se lo debo a Hermenegildo, el más noble entre los hombres...

—¿Vendrás conmigo...?

—Es mi castigo por confiar en el hombre del sur. Además, hay algo más. Conseguí la carta y me la hice leer. Hay algo en ella que indica que hubo una conjura que mató a mis hermanos y estoy dispuesto a descubrirlo. Se lo debo a ellos.

Así fue como los dos hombres se unieron, emprendiendo el camino en busca de la copa sagrada. Era preciso que algún superviviente de la sangre de Aster cumpliera su destino.

Swinthila, rex gothorum

En Toledo, en la iglesia de Santa Leocadia bajo el humo del incienso y los cantos de los monjes, Swinthila es coronado rey de los visigodos. El obispo de la sede lo unge con el óleo sagrado, como a los antiguos reyes bíblicos, como a David, como a Salomón. El aceite bendecido indica la protección divina; nadie puede poner las manos sobre el ungido del Señor. La unción se realiza ante la mirada servil y halagadora de unos, envidiosa y resentida de otros. Junto a él, el obispo Isidoro, el noble Adalberto, los nobles fieles a su persona.

El momento de Swinthila ha llegado. No le ha sido fácil llegar a la corona.

Tras la extraña muerte de Sisebuto, el partido nobiliario reclamó que se obedeciese la costumbre de la elección real. Ellos tenían un candidato, Sisenando. Frente a ellos, el partido de la casa baltinga proponía a Swinthila, el mejor general del reino y además hijo del gran rey Recaredo. Sin embargo, muchos rechazaban a Swinthila, se rumoreaba que algo había oculto en la muerte del rey, ocurrida justamente en el momento en que Swinthila había llegado a la corte, inmediatamente después de presentarse ante el rey. Se sospechaba que el general godo estaba implicado en la muerte de Sisebuto.

En la ciudad de Toledo hubo revueltas y luchas entre los que apoyaban a uno y otro candidato. Finalmente se llegó a una solución de compromiso. Se mantendría en el trono a Recaredo II, el hijo del finado rey Sisebuto, que él mismo había asociado al trono. La Iglesia apoyó la elección.

La decepción de Swinthila y la de los suyos no conoció límites; por lo que, en cuanto se produjo la coronación de aquel débil rey Recaredo II, comenzaron de nuevo las intrigas. El partido realista se fortaleció; quizá la copa de poder hizo más hábil a Swinthila. Gelia, su hermano, pareció ponerse de parte del nuevo rey, pero apoyaba a Swinthila en la sombra. Así, Gelia, que se había educado en la corte y conocía a los principales del Aula Regia, los encaminó hacia el partido de Swinthila.

A los dos meses de haber sido elegido rey, el joven Recaredo II falleció en circunstancias que no fueron nunca aclaradas. Era demasiado joven e inexperto para ocupar el complejo trono de los godos. La marea de la ambición y del poder se lo llevó. Nunca se supo si alguien del partido de Sisenando o del de

Swinthila lo causó.

Una vez más, tuvo lugar una nueva elección real. Los afines a las clientelas nobiliarias de la casa baltinga, los leales a Recaredo, miraban a Swinthila con esperanza. Anhelaban un reinado fuerte, justo y en paz como el de su padre. Swinthila, el invicto, general del ejército godo, podría llegar a ser un rey poderoso, recordado en los anales por su fuerza y energía. Un rey que sabría castigar a los que se le opusieran y recompensar generosamente a los fieles. El partido de Sisenando perdió adeptos; sus recientes derrotas con los vascones y su posible relación con la muerte del último rey godo lo desaconsejaban como el candidato idóneo.

Finalmente, Swinthila fue elegido rey y ahora era ungido con óleo y ceñido con la corona real por el obispo de Toledo.

Entre el incienso y los cantos sagrados, la reina Teodosinda parece no hallarse en el lugar de la ceremonia; se inclina ante el nuevo rey, aquel a quien amó. Arrugas de tristeza marcan su rostro. El extraño fallecimiento de su padre, la aún más misteriosa muerte de su hermano, la han hecho más retraída, más tímida. Su rostro, antes amable, está velado por sombras de desolación y su corazón está repleto de sospechas.

Ahora es Gelia quien rinde pleitesía al nuevo rey. Junto a Gelia, se van postrando muchos nobles que amaron al gran rey Recaredo y que consideran a Swinthila su legítimo sucesor. Todos doblan su rodilla ante Swinthila en señal de sumisión y de respeto. Uno a uno los principales del reino, los que forman el Aula Regia, le juran fidelidad.

Un hombre, de unos sesenta años, de gran estatura, con aspecto germano, ojos claros y cabello que un día fue rubio y ahora es plateado, rinde pleitesía al rey. Es Wallamir, él ayudó a Hermenegildo en su última huida, fue el amigo incondicional de Recaredo, el que salvó a Swinthila de niño de las garras de Witerico. Tiempo atrás, fue recompensado con haciendas y siervos, lejos de la corte de Toledo, en la Lusitania. Había vivido allí, en las tierras cercanas al mar que conduce al fin del mundo conocido, administrando y defendiendo sus campos, lejos de las luchas intestinas de la corte. Había conseguido mantenerse al margen de las constantes intrigas y persecuciones. Wallamir, un hombre de prestigio entre los godos, rinde sumisión al nuevo rey, mientras dice:

—Pedí al Dios misericordioso que me permitiese, antes de morir, ver a un sucesor de la casa de vuestro padre en el trono. Yo he servido con fidelidad al linaje de los baltos. Veros ocupando el trono de los godos ha sido la mayor recompensa...

Wallamir se conmueve al decir estas palabras y logra transmitir a Swinthila esa misma emoción. Muchos otros acatan al rey, pero ninguno de ellos tan afín a Swinthila como el noble Wallamir.

Otro hombre avanza, se llama Búlgar, el compañero de Adalberto y de Liuva

en las escuelas palatinas. Al arrodillarse ante el nuevo rey, pasa revista a los males que los adversarios de la corona baltina le han hecho sufrir: ha sido privado de su dignidad social y de sus bienes, confinado a diversas y lejanas tierras, padecido vejaciones y tormentos, hambre y sed. Ahora solicita clemencia, que le sean devueltas sus tierras y el cargo que ocupó en tiempos de Recaredo. El nuevo rey ordena que así se haga.

Swinthila se engríe; su poder es, ahora, absoluto; hará justicia a unos y a otros, premiando a los que han sido fieles a la casa de los baltos y desposeyendo de sus bienes a la nobleza, siempre levantisca y desleal.

El jefe de la aljama de Toledo se presenta para rendirle homenaje. El rey le acoge con aparente amabilidad. Necesitará dinero para las próximas campañas y es preciso que se gane a los hombres que controlan el comercio del reino.

El judío le habla de las conversiones forzosas de tiempos de Sisebuto. Duramente, el rey le replica que, como dice la Escritura, lo hecho, hecho está. Los judíos convertidos no pueden volverse atrás porque lo que se les ha aplicado, el bautismo, constituye una señal indeleble que imprime en el alma una marca imborrable; por ello deberán comportarse como cristianos. Si no lo hacen así, serán perseguidos. El judío calla, pero se rebela ante tamaña injusticia. A Swinthila le resulta indiferente la suerte de los judíos.

—Para recobrar el favor real —afirma Swinthila—, debéis buscar a un hombre de vuestra raza, llamado Samuel ben Solomon, en Hispalis. Ese hombre debe ser procesado y torturado hasta que confiese su papel en la muerte de mi padre el rey Recaredo y en la desaparición del hijo del hermano de mi padre.

El judío levanta la cabeza, se atusa la barba de color rojizo excusándose:

—Samuel ben Solomon es un hombre conocido entre los míos y de gran prestigio. Su fortuna es incalculable pero, tras la muerte del rey Sisebuto, se dirigió hacia las tierras bizantinas con su familia.

—Os aconsejo que lo busquéis y lo presentéis ante mí.

Dando por terminada la audiencia con el judío, el rey sigue recibiendo a sus súbditos. Van pasando los obispos de las sedes cercanas a Toledo, entre ellos está Isidoro. Aquel hombre ejerce sobre Swinthila una cierta fascinación. Sirvió fielmente a Recaredo. Posee prestigio entre los hispanorromanos y ante la Iglesia. Alguien a quien Swinthila debe ganar para su bando, un hombre al que tendrá que doblegar para lograr sus fines.

Isidoro habla de paz. Swinthila levanta la cabeza con orgullo y afirma que la paz es resultado de un gobierno fuerte. Para ese gobierno fuerte se necesita la unión de todo el territorio peninsular bajo una mano firme, la suya. Es importante reconquistar Cartago Nova y expulsar definitivamente a los bizantinos. Al escuchar estas palabras, en el interior de Isidoro se enfrentan el deseo de paz con la esperanza de recuperar las tierras donde pasó su infancia, el lugar de donde su familia es oriunda. Así pues, pide justicia a la vez que clemencia para con el

enemigo.

De nuevo, como meses atrás en Hispalis, Swinthila manifiesta lo que Isidoro quiere oír. Isidoro, en el tono retórico que le caracteriza, le responde señalándole las virtudes que ha de poseer un príncipe: fidelidad, prudencia, habilidad extremada en los juicios, atención primordial a las tareas de gobierno, generosidad con los pobres y necesitados, y pronta disposición para el perdón.

Swinthila asiente ante aquel sermón, como mostrando su conformidad; aunque, en su interior, se encuentra muy lejos de tales planteamientos. El obispo piensa que esas son las disposiciones del nuevo rey, pero Isidoro está confundido. Swinthila, rey de los godos, solo piensa en el poder. Luchará y vencerá a todos sus enemigos armado con la copa de poder, se vengará de la muerte de su padre, no tendrá misericordia alguna.

En las montañas

Un hombre ciego caminando torpemente y otro ya mayor, pero vigoroso, se internan por las serranías. Los picos de roca gris están pintados por manchas de nieves perpetuas, en las laderas se extienden hayedos, tejos y robles. Liuva se deja guiar. Nícer, duque de Cantabria, se siente fatigado, envejecido. Un pequeño destacamento los escolta, son montañeses designados por el senado para que comprueben que abandonan las tierras astures. Desde la fortaleza de Amaya, en tierras de la meseta lindando con la cordillera cántabra, los dos proscritos han de atravesar las montañas, rumbo a la costa, siguiendo los pasos de Swinthila. Ahora no están muy lejos del santuario de Ongar.

Nícer está pensativo. Se había hecho leer la carta de Baddo, su rebelde y nunca olvidada hermana. En sus palabras se fue desvelando el secreto, y comprobó que el destino de los suyos iba ligado también a esa copa, al cáliz sagrado que debería estar protegido por los hombres santos. Desde que falta la copa, él ha perdido el ascendiente que le corresponde entre los montañeses. Se vuelve hacia Liuva para preguntarle:

—¿Dónde está la copa de ónice?

Liuva niega con la cabeza, diciendo:

—No lo sé.

—¿Cuándo desapareció?

—Has leído lo que ocurrió, en la prisión de Tarraco: Hermenegildo rechazó la comunión arriana que le querían administrar en esa copa. Después no se supo más de ella... Hermenegildo huía hacia el país de los francos, cuando fue detenido por Sigeberto...

Ambos callaron.

—¿Crees que la copa de ónice llegó a Ongar?

Liuva, cuando regresó al norte, ya había perdido la vista, por ello nunca había podido comprobar cómo era la copa que guardaban los monjes.

—Lo ignoro... —El ciego se detiene preocupado, y después prosigue—: Estos días pasados en prisión y no dejé de cavilar sobre la copa, me obsesionaba... ¿Sabes? Puede ser que alguien no quiso que llegasen las dos copas al norte. Alguien que tenía miedo del poder excesivo que surgía de la unión de ambas. Ese

sería alguien muy cercano a la copa sagrada, a mi padre... Alguien que conozca la historia y las propiedades de la copa...

Nicer suspira:

—A lo mejor es algo más sencillo, sin más un ladrón que la ha vendido. Quizá nunca sepamos dónde está el vaso de ónice.

—Si hubiera sido un ladrón, se hubiese llevado la copa entera... Solo se llevó una parte. Se llevó la que concede los bienes espirituales, la que Hermenegildo conservó hasta su muerte. No, ha de ser alguien que busca lo que esa copa representa, alguien perteneciente al estamento clerical...

La faz de Nicer se anima, sus ojos rodeados de estrías se iluminan.

—Quizá los monjes sepan algo... Por lo menos deberían conocer si llegó a Ongar o no.

—Tal vez sí, o tal vez nunca sepamos nada y nuestro sino sea vagar sin encontrar nada, que la copa no vuelva nunca más a Ongar...

—No sabemos dónde está la copa de ónice, pero la de oro, gracias a ti, está ahora en manos de Swinthila... —exclama enfadado Nicer.

—¡Cuyo paradero ignoramos...!

—Pero, al menos, sí que tenemos alguna idea sobre qué camino tomó.

—¿Cuál?

—Me han llegado noticias de que se encaminó hacia la costa, —le explica Nicer—, quizás allí encontremos su pista.

Los dos hombres callan. Cruzan pasadizos horadados en la montaña por el agua desde tiempo inmemorial y abiertos al barranco; desde la altura se divisa el río que durante siglos ha erosionado una profunda garganta en la piedra negra. A los lados, a través de las oquedades en los túneles, el agua del deshielo se precipita hacia el profundo cauce, como una lluvia torrencial. El río fluye con fuerza estrellándose y saltando sobre las piedras, originando un gran estruendo.

Más adelante, el camino continúa atravesando un puente que se bambolea sobre el abismo. El ciego se encuentra inseguro en las tablas que penden sobre el barranco, se agarra con su única mano a la cuerda de la pasarela, Nicer le conduce llevándole suavemente del brazo acabado en un muñón.

La corriente fluye ahora por una estrecha angostura en la roca. Nicer mira de frente; las paredes de las montañas están cubiertas por hayedos que exhiben el verdor tierno de la primavera. A su lado, distribuidas por las laderas, las encinas de montaña, de tronco oscuro y grácil, extienden sus brazos milenarios, su color oscuro se distingue del color grisáceo del roquedo. Una cabra roe los brotes tiernos de un haya. A lo lejos se escucha el aullido de un lobo. Un águila eleva un lento vuelo hacia las cumbres.

Una primavera tardía ha cubierto aquel lugar, misterioso y extraño, de aulagas.

El ruido del agua, siempre rítmico, les acompaña en el camino. Nicer

observa la marcha del ciego, premiosa e insegura. Remontan un camino, desde lo alto se divisan las cumbres nevadas de las montañas. Deberán irse de allí, de aquel lugar, donde ambos pasaron su infancia. Proscritos. No volver hasta cumplir su misión. Una misión que se asemeja a un imposible. Nícer, aunque muy fuerte, ya no es tan joven, Liuva está ciego y enfermo. No saben si regresarán. El duque de los cántabros contempla la cordillera para llenarse de ella.

Entre el murmullo del agua, Liuva exclama:

—¡Debemos hablar con Efrén...!

—¿Qué dices...? —grita Nícer.

—No podemos abandonar las montañas sin hablar con Efrén. Él acompañó a Baddo. Él sabe más, estoy seguro...

—¡No podemos volver a Ongar...!

—Nosotros, no. Pero puedes hacer que uno de estos hombres se acerque al santuario y requiera a Efrén. Él vendrá.

Nícer se detiene, mientras las palabras de Liuva prosiguen en tono convincente:

—¡Escucha, Nícer! Efrén acompañó a mi madre hasta el final. Él tiene que conocer algo del vaso de ónice... Debe saber por qué se ha perdido y es posible que tenga una idea de dónde pueda estar.

—Quizá tengas razón.

—No estamos lejos de los lagos, desde allí hay una bajada de unas pocas leguas hasta Ongar. ¡Envía a uno de los hombres...!

Emprenden de nuevo la subida de una empinada cuesta. Un viento frío procedente de las cumbres nevadas hiere sus rostros, las manos, todo lo que no está a cubierto. Un poco más arriba divisan un refugio de pastores. A Nícer le duelen todos los huesos, ya no puede más. Entran en la cabaña y encienden el fuego del hogar. Colocan las ropas húmedas junto al calor de la llama. Nícer estira una rodilla dolorida; después, mira a aquellos hombres, los que le acompañan, gente fiel, a quienes les duele el destierro del señor de Ongar.

—Necesito que traigáis al abad de los monjes, al hermano Efrén. Tú, Cosme, busca al abad. Hazlo con sigilo... Somos proscritos de estas montañas.

—Lo haré, mi señor, el abad Efrén es mi hermano...

Cosme dobla la rodilla ante Nícer y sale al frío viento de la sierra. Los dos, Liuva y Nícer, se acurrucan junto al fuego. El resto de la comitiva se dispone a descansar de los días de marcha. Se hace el silencio en la cabaña. Las horas transcurren despacio. Alguien saca tocino y lo asa al fuego; alguien, un trozo de pan y queso. Fuera, una nieve tardía cae sobre las montañas en copos finos que se deshacen. El viento frío se cuela a través de las juntas de la cabaña. Cae la noche.

Liuva entra en un sueño inquieto, ve la copa, la copa de ónice. Algo que

nunca ha visto antes. En su sueño ve también el rostro de un hombre de cabellos oscuros, sus rasgos son céreos. Quizás está muerto. Aquel hombre muerto agarra en sus manos la copa de ónice. Él quiere quitársela, pero el muerto no le deja. Al intentar tirar, el cadáver abre los ojos; unos ojos azules, traslúcidos.

Se oyen golpes.

Alguien llama a la puerta de la cabaña.

Al abrir, perciben que está amaneciendo, un sol sin fuerza entre nubes oscuras. En el vano de la puerta, unas vestiduras de color pardo y una nariz afilada bajo una capucha; es Efrén.

El monje tarda un tanto en acostumbrarse al ambiente oscuro de la choza. Pronto distingue a Nicer, ante quien se arrodilla en señal de sumisión. Se da cuenta de que detrás de él está Liuva; al verlo, se conmueve y le dice:

—¡Oh! Liuva..., ¿cómo os atrevisteis a traer a Ongar a aquel hombre? Os habéis labrado vuestra propia perdición tras tantos años de penitencia. Eráis estimado en los valles. ¿Quién volverá a confiar más en vos?

Liuva responde con voz lastimera:

—Siempre obro mal, siempre me equivoco. Pensé que podía confiar en él... Además, me sentí obligado... con él y con mi familia... Perdieron todo...

—Pero eso no os daba derecho a permitir el robo del tesoro más grande de estas tierras —le echa en cara el abad—, y ahora, vos, que no sois culpable, deberéis pagar por ello.

—Soy culpable de muchas otras cosas... ¿Qué más da? Mi destino siempre ha sido funesto.

Nicer interrumpe los lamentos de Liuva, dirigiéndose al abad en tono afable:

—No es ahora el momento de amonestarnos por lo ocurrido. Hermano Efrén, necesitamos vuestra ayuda...

—Para eso he venido, si está en mi mano...

—Sabéis quizá nuestro castigo... Recuperar la copa que trae la paz a estas montañas.

—Se la llevó Swinthila...

—Swinthila se llevó parte de la copa. Necesitamos saber más. La copa poseía dentro de ella un cuenco de ónice, su parte más preciosa. Aquel era el verdadero cáliz del Señor, la copa que conduce hacia la verdad y el bien. Sabéis algo de ello... ¿Desde cuándo falta el vaso de ónice del santuario?

Efrén cierra los ojos guardando silencio unos instantes.

—La copa de ónice no llegó nunca a Ongar...

—¿Qué decís...?

—La copa que nos dio Recaredo, la que trajo Mailoc, no contenía nada más que oro en su interior.

—Vuestra señora la reina Baddo, mi madre, en su carta nos reveló que la auténtica copa constaba de dos partes: una de oro y la otra de ónice.

—Quizás Hermenegildo lo sepa...

—¡Hermenegildo está muerto...! —exclaman ambos a dúo.

—¿Estáis seguros?

—Le cortaron la cabeza —afirma Liuva.

Muy suavemente, como hablando para sí, Efrén les mira detenidamente a los ojos; primero a Pedro, después a Liuva:

—Escuchadme bien, vuestro padre Recaredo, antes de morir, en la campaña contra los bizantinos, vio a un hombre tan parecido a su hermano como no os lo podéis imaginar. Yo combatí con Recaredo en el cerco de Cartago Nova... De niño, en Ongar, yo había conocido a Hermenegildo. Pues bien, puedo jurar que el hombre que luchó contra Recaredo en el frente bizantino era Hermenegildo. Yo lo vi...

—¿Lo visteis...?

—Sí, puedo afirmarlo. Era Hermenegildo... Los mismos ojos claros, la misma agilidad felina, la misma forma de manejar la espada... Su armadura era del imperio oriental, pero todo lo demás... ¡Os lo aseguro! Era Hermenegildo.

Al acabar el relato, el cuerpo del monje se pone a temblar de miedo, recordando lo ocurrido. Liuva y Nícer callan. Al cabo de un tiempo, Nícer interrumpe el silencio para decir:

—La copa de ónice la poseyó Hermenegildo hasta su muerte. Yo vi la copa en Córdoba. Lo último que recuerdo de Hermenegildo es cómo la veneraba... Cuando le dejé allí en aquella iglesia de Córdoba, oraba delante de aquel cáliz, casi postrado a tierra. Después, todos huimos y él se entregó a las tropas de Leovigildo.

La cara de Nícer palidecía al hablar del que había sido su hermano, el que en dos ocasiones le había salvado la vida. La imagen de Hermenegildo postrado delante de aquel cáliz se torna vivida ante él...

—Yo vi la copa en Toledo, antes de salir hacia el norte... —dijo el monje.

—¿Estaba completa...?

—No puedo decirlo. Creo que no.

—¿Nadie se dio cuenta...?

—La copa de oro es tan hermosa, y la de ónice, tan sencilla, que quien la ve por fuera, a no ser que se incline sobre el cáliz para examinar detenidamente su interior, es difícil que la descubra —responde el abad—. Cuando Leovigildo murió, Recaredo guardó aquel cáliz que, al fin y al cabo, había sido el causante de la muerte de su padre. A pesar de todos los errores de Leovigildo, Recaredo siempre estuvo unido a Leovigildo. Al ser convocado el Concilio III de Toledo, llegó Mailoc representando a su cenobio del norte. Entonces, Recaredo recordó la promesa realizada ante el lecho de muerte de su madre, y decidió desprenderse de aquella copa que le resultaba maldita. Creo que no miró en su interior... La entregó directamente a Mailoc sin examinarla.

—¿Cuándo desapareció, entonces? —pregunta Nícer.

—En el camino al norte los francos atacaron a Mailoc y a su comitiva. Eran hombres que llevaban la librea de Austrasia. Wallamir fue el designado para protegernos hasta las montañas cántabras, era un buen guerrero y nos salvó. Pero, según lo que yo pienso ahora, la copa de ónice ya no estaba con la de oro en aquella época.

—¿Pudieron haber sido los francos los que robaron la copa de ónice y cuando os atacaron pretendían llevarse el botín completo? —indaga Nícer.

A lo que Liuva pregunta también:

—¿Con qué motivo...? Y ¿cómo pudo haber llegado a sus manos la otra?

El abad no olvida el ayer, ha sido fiel servidor de Baddo y se acuerda aún de las complejas intrigas políticas de la corte.

—Austrasia era la tierra de Ingunda, la joven esposa de Hermenegildo. Su madre Brunequilda no fue ajena a la guerra civil. Brunequilda controlaba Europa en aquella época, era una mujer fuerte, odiada por muchos. Con el matrimonio de su hija con Hermenegildo, la reina había conseguido poner sus garras en el trono de los godos. La rebelión de Hermenegildo concordaba bien con sus planes. Era una mujer que ansiaba más poder, porque sabía que no podía ser débil. El día que perdiese el control sobre los nobles, su fin habría llegado; como así ocurrió. Murió despedazada, arrastrada por un caballo, cuando era ya una anciana, así se vengaron los que ella había avasallado.

Todos callan ante el fin de la poderosa reina de los francos.

—¿Y qué tiene que ver toda esa historia con la copa...? —pregunta Nícer.

El abad le contesta imaginando lo que pudo haber sucedido tiempo atrás.

—No es de extrañar que esta mujer, descendiente de Goswintha y Atanagildo, sucesora en el trono de los merovingios, supiese algo de la copa de poder y, conociendo la historia, es posible que deseara poseerla. Además, sabemos que existió un hombre muy similar a Hermenegildo... Hermenegildo tuvo un hijo.

—Sí. Atanagildo.

—Ese niño era nieto de Brunequilda... Ella intentó por todos los medios recuperar al niño. —Habla el abad—. Lo sé por los legados imperiales, a los que traté mucho en mis tiempos en la corte de Recaredo. Siempre he creído que la copa de ónice fue robada por los hombres de Brunequilda. Que está en algún lugar de las cortes francas.

Liuva y Nícer se miraron con desaliento.

—¿Qué nos aconsejáis? ¿Adónde ir para recuperar la copa?

—Seguid a Swinthila. Es muy posible que él mismo os conduzca a la copa. Hace un tiempo unos leñadores de estas montañas se vieron obligados a acogerle. A uno de ellos lo obligó a guiarle hacia Gigia y en el puerto embarcó.

—De allí, ¿adónde fue?

—Mi confidente no lo sabía.

—En Gigia os dirán qué barco tomó y en qué dirección.

En el país de los francos

Después de hablar con Efrén no dudan el camino que deben tomar. La única pista que conocen es que Swinthila se ha encaminado a Gigia, por lo que se dirigen hacia allí. En el puerto, zarpan barcos hacia muchos lugares. Merodean por el muelle, preguntando a unos y a otros si han visto al godo. Una noche en una taberna un hombre les aborda. Es Argimiro, el capitán de los godos en aquella zona.

—Buscáis a un godo, un hombre que estuvo aquí hace varias semanas...

—Sí.

—Yo puedo deciros en qué barco partió y hacia dónde iba, pero tengo sed, una sed salvaje y ya me he gastado todo...

Su voz de beodo les resulta poco convincente.

—Quieres dinero...

—Solo una ayuda. Soy soldado, pero no me pagan con regularidad...

Nicer desliza una moneda.

—¡Más...! —dice el godo.

—Antes, dime lo que sabes...

—Hace varias semanas, llegó aquí un godo, su nombre era Swinthila. Le conozco bien, fuimos compañeros en las campañas del sur. Batallamos juntos. Es un buen tipo.

—¿Adónde fue...?

—Partió en un barco que salía hacia el norte...

Nicer recuerda lo que hablaron con Efrén, así que exclama:

—Sospechamos que ese hombre pueda haberse dirigido hacia las tierras de los francos...

Argimiro se da cuenta de que eso es lo que ellos se figuran; así que apoya a sus sospechas.

—Sí. A las tierras francas...

Liuva y Nicer se sienten descorazonados, piensan que Swinthila busca la copa de ónice para asegurarse el poder, por eso se ha dirigido a las cortes francas.

—¿Hace mucho tiempo...?

—Poco más de dos lunas.

El tiempo concuerda.

Por el puerto van preguntando a unos y a otros. Hacía más de dos meses que el godo había estado por allí, desde entonces muchas otras gentes han circulado por el puerto; la mayoría no lo recuerda. Finalmente alguien más les dice que ha visto a un hombre godo borracho con el capitán del fuerte. Averiguan que en aquel tiempo ha zarpado un navío hacia las tierras francas, hacia la corte del rey Dagoberto, en las lejanas tierras del reino de Neustria, el París de los galos, la Lutecia de los romanos.

Discuten durante muchas noches qué hacer, pero les parece que indudablemente el destino los dirige hacia las cortes francas. Les cuesta mucho encontrar algún barco que salga del puerto hacia el norte, en la dirección en la que suponen se ha embarcado Swinthila, porque se aproxima el tiempo frío, y no es época de navegación a países tan lejanos. Embarcan, al fin, en un bajel desvencijado que cruzará el golfo de Bizcaia hacia las tierras de Britania, una nave que recorrerá las costas galas.

Pasado ya el ardor del estío, parten del puerto de Gigia, y navegan cerca del litoral, porque los vientos les son contrarios. Desde el barco divisan las elevadas cumbres de Vindión, con sus laderas pétreas y las suaves colinas verdes que descienden hasta la costa. Atraviesan los mares del país de los vascones, siguiendo después hacia el norte. Durante muchos días la navegación es lenta y a duras penas consiguen llegar a la altura de las landas, alcanzando después la desembocadura del Garunna^[25]. Como el viento no les deja fondear en el estuario del río, continúan navegando al abrigo de la costa; bordeándola con dificultad, llegan a un lugar llamado Calas Blancas, cerca del cual se encuentra la isla de Oleron. Ha transcurrido bastante tiempo y la travesía se va haciendo cada vez más peligrosa, pues se aproximan las tormentas de otoño.

Como el puerto no es a propósito para invernar, el capitán decide hacerse a la mar desde allí, por si es posible llegar a Corialus^[26], un puerto más allá de las tierras bretonas, y pasar allí el invierno. Sopla ligeramente el viento del norte y el capitán piensa que puede poner en práctica su propósito; levantan anclas, costeando la Bretaña gala.

No resulta ser una buena idea; el navío parece deshacerse a cada golpe de viento, las cuadernas tiemblan con la marcha.

Nicer mira al mar con aprensión, ya no se marea como en las primeras semanas de la travesía, pero la gran masa de agua inabarcable le impone: hacia babor, el océano se derrama hacia el fin del mundo. Prefiere mirar a estribor, a la costa gala, en la que hay peligros pero no desconocidos. Ha dejado muchas cosas atrás: su pueblo, su mujer, Munia, y sus hijos. Los recuerda preocupado, piensa que son jóvenes aún para dirigir un pueblo tan díscolo como es el cántabro. Se ha obligado a regresar con la copa. Ha proferido un juramento que debe cumplir.

Liuva descansa junto a la proa del barco, mantiene los ojos entrecerrados, pero la luz del sol le atraviesa los párpados hiriendo la retina de sus ojos ciegos. El agua del mar empapa la cubierta, calando sus gruesas ropas de monje. Tiembla de frío.

Un marinero lo zarandeo pensando que está enfermo o quizá borracho. Le insulta, burlándose de él. Como movido por un resorte, Nicer se levanta en su defensa, suena amenazador el ruido de la espada del jefe cántabro saliendo de la vaina.

—No quería haceros nada... —se excusa.

—¡Fuera de aquí...!

El marinero se retira asustado al darse cuenta de que esos hombres están armados. Trepa a una jarcia para poner espacio por medio.

Nicer saca algo de líquido de un pellejo pequeño de cuero para reanimar a Liuva, un vino edulcorado con miel que había conseguido en Gigia antes de partir y que reserva para los momentos de mareo que acometen con frecuencia al monje; este intenta incorporarse del suelo, tambaleándose.

—Abajo... hay un hedor espantoso que me marea, y aquí en la cubierta la humedad y el frío me traspasan los huesos. ¿Dónde estamos?

—No lo sé con seguridad.

—A veces me parece que esto es un sueño. Me despierto en las montañas con el aroma de los prados y la suave llovizna. Me puedo refugiar en mi ermita...

Nicer pone su mano sobre el hombro del ciego; ambos se apoyan en la amura. Nicer mira a lo lejos.

—¿Qué ves? —pregunta Liuva—. Sé que estás mirando a lo lejos.

—Millas de agua de color azul oscuro, las nubes a retazos que, en el horizonte, parecen agolparse en lo que podría ser una tormenta. Allá, no muy lejos, está una costa verde y la desembocadura de un río.

Se quedan ensimismados, Nicer intentando abarcar el paisaje, Liuva tratando de imaginar lo que Nicer le ha contado. Tan abstraídos están que no se dan cuenta de que el capitán de la nao se les acerca por detrás hasta que está junto a ellos. Nicer le pregunta:

—¿Qué es aquella costa...?

—Las tierras de la Armórica, la Britania gálica —responde el capitán—. Tierras salvajes con costumbres nefandas.

Nicer calla, no le gustan las opiniones del capitán con respecto a los celtas, sabe que aquellos países son semejantes al suyo; lugares que han adorado a los mismos dioses, países que tienen costumbres parecidas a las de las amadas montañas cántabras. Tierras como la suya, poco romanizadas.

El capitán es un hombre curtido por mil brisas y marcado por cicatrices en la cara, calvo y de nariz gruesa. Durante días, ha observado a los dos pasajeros, sabe que han sido proscritos de las tierras del norte de Hispania, pero no parecen

delincuentes. Se siente intrigado.

—El tiempo parece ayudarnos hasta ahora, pero hemos navegado muy lentamente. En estas costas las tormentas son peligrosas... Hubiéramos llegado a Britania en un par de semanas de haber sido favorables los vientos. Ahora, el invierno se acerca, noviembre es mal mes para la navegación. ¿Cuál es vuestro destino?

—Nos dirigimos a las tierras del antiguo reino de Neustria, a la ciudad de Lutecia.

—Quizás invernemos en algún puerto cercano a Alet^[27], o en Corialus. No me gustaría cruzar el canal que separa Britania de la Galia en invierno.

—Si invernáis en uno de esos puertos, ¿cómo podríamos llegar hasta la corte de Dagoberto desde allí?

—Tendréis que encaminaros por tierra, pero los caminos están infestados de salteadores. Los hombres de la guerra imponen un peaje a los viandantes para permitirles continuar. Hay hambre en el campo, tanta que a veces los hombres se comen unos a otros por no tener nada que llevarse a la boca. Yo os aconsejo que invernéis con nosotros y que, en el estuario del Sena, toméis algún barco que suba el río hasta Lutecia.

Nicer se da cuenta de que no pueden demorarse tanto tiempo, Swinthila les lleva ya varios meses de ventaja. Va a ser muy difícil encontrarle. No pueden ir tan despacio y al mismo tiempo la llegada del mal tiempo los frena.

El barco comienza a moverse con más fuerza; a lo lejos, se cierran nubes de tormenta. El capitán tuerce el ceño y preocupado se dirige hacia el timón del barco, donde habla con el piloto. Poco a poco, la tormenta les cubre y el barco comienza a bambolearse con fuerza. Una ola de gran altura barre la cubierta. La nave es arrastrada por la tempestad. Pierden de vista la costa. No pudiendo hacer frente al viento, la nao se abandona a la deriva.

Nicer y Liuva se agarran al trinquete, el viento parece arrastrarles. Un marinero les grita a grandes voces:

—¡Debéis bajar de la cubierta...!

Arrastrándose y agarrándose adonde pueden, alcanzan la escotilla, dejándose caer en las bodegas. El barco salta como una mosca en el interior de la botella de vino de un borracho. Liuva vomita sin poderlo remediar. La tormenta se prolonga hora tras hora. Llega la noche y amanece sin que haya cesado el temporal. Se escuchan gritos en cubierta de miedo y desesperación. Nicer sube por la escotilla y la visión de lo que está ocurriendo le estremece. Las olas son más altas que los palos del barco, el cielo está oscuro y de las nubes se desprende un incesante aguacero, la costa ha desaparecido por completo de la vista. Están perdidos en alta mar. De pronto, se escucha un enorme crujido, el palo de mesana se desploma sobre el barco. El capitán ordena a los marineros que lo corten y lo echen al mar, pues el peso del mástil sobre la cubierta hace que el barco gire

sobre la quilla y el agua comienza a inundar las bodegas. Nicer saca su cuchillo de monte e intenta ayudar cortando las jarcias que unen el palo a la nave. Retumban los hachazos de los marineros tratando de liberar la nave del mástil que la hunde. Nicer advierte que van a naufragar, baja a la bodega y arrastra a Liuva fuera.

El barco se hunde ahora irremisiblemente.

Se sumergen en el agua fría del océano. Nicer sabe nadar, los otros hombres, no. Consigue arrimarse hacia los restos del barco; un gran trozo de una de las cuadernas se ha desprendido por el golpe del palo de mesana. Al fin, con esfuerzo, Nicer se sube a las tablas que forman como una gran balsa. Desesperado busca a Liuva, lo consigue divisar entre las olas. Las ropas del monje, su capa encerada, impiden que se ahogue; Liuva se deja arrastrar por la atracción del mar, pensando que ha llegado su hora.

Aún no es su momento.

Por fin, Nicer consigue asir al monje del manto y arrastrarle hasta la balsa. Pasan un día y otra noche flotando sobre el océano. Hay momentos en los que la desesperación cunde en el alma de Nicer. Por su parte, Liuva permanece mucho tiempo inconsciente.

Lentamente, va amainando el temporal. La costa no se ve por ningún sitio.

Nuevamente cae la noche.

Al amanecer, escucha el graznido largo y profundo de las gaviotas. Nicer piensa que la costa no puede estar lejos. Invoca a su madre, el hada de los pueblos cántabros, la mujer a la que no conoció y que le dio a luz. Nicer está cumpliendo lo que ella pidió en el lecho de muerte a sus hermanos. Si existe algún poder en los cielos, si ella está entre las ánimas del más allá, quizá pueda ayudarle, por eso, desesperado, acude a ella.

Paulatinamente, el viento se calma y la corriente del mar cambia su rumbo. Una costa baja, aplanada, de arenas oscuras y en la que varios ríos forman una marisma va surgiendo ante su vista.

Los naufragos se acercan a la costa. En un golpe de mar, la tabla, que ha constituido su soporte durante días, es lanzada sobre la arena. Nicer siente tierra firme debajo de él. Una ola los cubre de nuevo, pero ya están a salvo. Con dificultad, tira de Liuva y lo conduce hacia arriba. La marea está bajando y ambos logran llegar a terreno seco con alguna dificultad.

En aquel lugar descansan, no son capaces de moverse. Hace frío. Nicer respira fatigosamente, ya no es tan joven. Le parece un milagro haber llegado allí. Junto a él, Liuva se asemeja a un cadáver; sus finos rasgos aparentan la palidez cérea de la muerte, sus ojos ciegos parecen cerrados para siempre. Nicer se levanta fatigosamente, escucha el corazón de Liuva latiendo lenta pero acompasadamente, y se desploma de nuevo a su lado.

El cielo de tormenta, al fin, se abre, y la luz atraviesa el ambiente mojado.

Un rayo de sol acaricia a Liuva, quien entreabre los ojos, sin ver nada e incapaz de moverse. Durante unas horas, los dos náufragos descansan sobre la arena de la playa. Al cabo de un tiempo, Nicer advierte que alguien está cerca. Unos hombres los rodean, visten unas túnicas cortas, botas hechas de tiras de cuero, les cuelgan a la espalda capas andrajosas formadas por las pieles de animales pequeños.

—¡Agua...! —suplica Liuva.

Uno de ellos le aplica un pellejo a la boca. Entre varios los ayudan a levantarse y los conducen a un lugar techado. Nicer no es capaz de averiguar adonde les han llevado. Al cabo de un tiempo, se da cuenta de que está en una cabaña de madera, edificada sobre arena. Les tumban en un amasijo de ramas y les cubren con paja por no disponer de otra cosa.

Transcurren lentamente muchas horas, en las que duermen un sueño profundo. Al despertarse, Nicer observa el chamizo, está oscuro; en el fondo de la cabaña arde la lumbre. Fuera aún no ha amanecido, una mujer escuálida trajina de un lado a otro.

Nicer se da cuenta de que le ha desaparecido la fibula de plata con la que suele cerrar su capa y la bolsa con monedas que trajo consigo. Con gesto instintivo, se lleva la mano a la cintura, buscando su espada; el arma ha desaparecido en el naufragio.

—¿Dónde estoy? —gime.

La mujer le responde en un latín rudo y torpe, arrastrando las erres y aspirando los finales de las palabras:

—En las tierras del rey Dagoberto... Al que Dios mantenga muchos años.

—¡Loado sea el Altísimo...!

—¡Por siempre loado sea! ¿De dónde provenís?

—De las montañas al norte de las tierras hispanas. Nuestro barco naufragó... ¿Quién sois? ¿Por qué nos habéis ayudado?

—Cada cosa a su tiempo. Somos pescadores. Os hemos ayudado porque entre nosotros es un deber atender a los que el mar salva. El que se salva de un naufragio es un bendito de los dioses.

—¿No sois cristianos...?

—Lo somos... A veces...

—¡Necesitamos llegar a Lutecia...!

La mujer le habla sin cesar de dar vueltas a lo que parece un caldo de berza.

—Tres días de marcha desde aquí, pero antes debéis descansar y curaros de las heridas. Tenemos vuestra bolsa, no os preocupéis.

Nicer intenta levantarse, no puede mover bien las articulaciones entumecidas. Es mayor y los días en el mar han causado su destrozo en el mermado organismo del antiguo duque de Cantabria.

Fuera está amaneciendo, a través de la puerta entreabierta se ven los rayos

del sol que asoma sobre la planicie e ilumina las cabañas de los pescadores. Se escucha un grito masculino, alguien llama a la mujer, quien sale de la choza.

Liuva se desprezera en su lecho. A sus ojos no acude nada más que una intensa oscuridad. Nicer escucha su gemido.

—¿Cómo estás?

—Vivo —responde hoscamente el monje—, que no es poco.

—A Dios gracias estamos a salvo y no muy lejos de la corte de los reyes merovingios.

—No estoy tan seguro de que estemos tan a salvo... —dice muy nervioso Liuva.

—¿Por...?

—Me he despertado varias veces en la noche. Mi ceguera hace que el oído se me haya aguzado. Me ha parecido escuchar que quieren entregarnos a alguien...

—¿A quién?

—Hablan de un tal Gundebaldo; debe de ser su señor, un noble. Tú no lo entiendes. En vuestra tierra hay hombres libres que te obedecen a ti, que eres uno más entre ellos. Aquí, en las tierras francas, los hombres son esclavos o siervos de los señores, están sometidos de tal manera que hasta las mujeres que poseen son tuyas y el noble puede utilizarlas para lo que le plazca. Nosotros somos algo que han encontrado y que deben entregar a su señor...

—Me han quitado la bolsa y la fibula de plata.

—Eso es lo de menos. Otros hablaban de no dar parte a su señor y acabar con nosotros...

Nicer le mira horrorizado, exclamando:

—¿Qué...?

—Están hambrientos. Los hombres de Gundebaldo los extorsionan. Les está prohibido cazar. Con las tormentas no han podido pescar. No han comido carne hace mucho tiempo, la carne humana es tan buena como cualquier otra.

—¡No es posible...!

—Lo es. ¿Qué te ha parecido la mujer que nos ha cuidado? ¿Gruesa...? Yo no veo, pero por su modo de andar he deducido que no debe de pesar mucho.

—Está en los huesos.

—¿Y la sopa...?

Nicer se aproxima al caldo.

—No tiene más que algunas berzas flotando...

—Debemos huir, pero yo no me siento con fuerza. Huye tú, busca la copa. Encuentra a Swinthila y regresa a Ongar. ¡Cumple con la promesa!

Liuva le coge la mano a Nicer, la aprieta con fuerza y le dice:

—Huye. Yo te cubriré, saldré corriendo en otra dirección. Yo estoy ciego, no sirvo de mucho, tú puedes seguir...

Nicer abraza a Liuva.

—Huiremos los dos, en direcciones contrarias.

Nicer bebe de la sopa y le da también a Liuva. No es más que agua y aquella extraña verdura, pero como está caliente les entona. Busca algo con qué cubrirse. Sus ropas están cerca del fuego y se viste con ellas. Están aún húmedas. Liuva se levanta también.

La puerta del chamizo cede con facilidad a un empujón de Nicer. Se escucha a uno de los famélicos perros de los pescadores ladrar. Retroceden, fuera de la línea de las cabañas hay una cerca de madera. La van rodeando buscando un lugar en el que la valla esté más endeble. En un punto, la madera está tan carcomida por la humedad del mar que, al empujar con fuerza, salta y se abre un boquete hacia el exterior. La luz del sol es aún escasa y una niebla cubre el poblado. Atraviesan la valla. No saben bien dónde están ni qué hacer. Escuchan el rumor del mar a lo lejos. El mar debe estar hacia el norte; por tanto deben huir en dirección contraria, hacia el sur. Después se separarán huyendo uno hacia el este y el otro, al oeste.

Nicer siente angustia al abandonar a Liuva, que corre torpemente en la playa.

Al cabo de un tiempo, Nicer percibe que le vienen persiguiendo. A través de la niebla, se oyen las voces de los hombres del mar. Son jóvenes y él es un viejo. Sus huellas se han quedado grabadas en la arena y no es difícil saber adónde se han encaminado. Escucha un grito, le parece la voz de Liuva, lo han debido de atrapar.

Resuena el sonido de una caracola marina.

Nicer advierte que están sobre él, sigue corriendo pero está extenuado, sus músculos se le agarrotan y no puede ir más deprisa. Los hombres del mar se acercan. Un lazo vibra en el aire. La cuerda le atrapa por los hombros, alguien tira de él; escucha las risas de los pescadores.

—¡Eh...! ¡Vosotros, hombres del sur, malos, muy malos, huis de nuestra hospitalidad!

Saltan contentos por haberlos atrapado. Gritan salvajemente. Nicer ve a Liuva, atado también como él. Los hombres brincan como fieras a su alrededor. Su dentadura afilada brilla al vociferar.

De pronto, la fiesta se detiene. Todos se quedan paralizados, la niebla se levanta y escuchan un cuerno de caza, el galope de los caballos.

—¡Gundebaldo...! —gritan los hombres del mar con horror.

Unos jinetes rodean a los pescadores y a sus prisioneros. Son diez hombres a caballo, con ropajes desastrados, barbas largas, blandiendo látigos con los que golpean a los pescadores.

—Tiempo ha que quería saldar cuentas contigo —dice el hombre al frente de la comitiva—. ¡Todo lo vuestro es de vuestro señor Gundebaldo! ¿Qué...? ¿Queríais cenaros a los prisioneros...?

—¿Cómo podéis decir eso, mi señor?

—Puedo decirlo porque ya os he descubierto en otras ocasiones. ¿Quiénes son ellos?

—Gente importante —interviene la mujer—, quieren ir a la corte del rey.

—¿Ah, sí?

—Procedemos de las costas cántabras —responde Liuva—. Nuestro barco ha naufragado...

El que capitanea la tropa no le escucha y se dirige a los hombres de la costa.

—¡En cuanto a vosotros...! No saldréis impunes de haber desacatado las órdenes de vuestro señor, cogiendo prisioneros sin habérselo comunicado al noble Gundebaldo.

El tal Gundebaldo hace una seña a sus hombres, quienes derriban a Nicer y a Liuva. Les registran, después hacen gestos a su señor indicando que no encuentran nada en los prisioneros.

—Veo que los hombres que habéis cogido no tienen nada. ¿Les habéis robado?

Gundebaldo les interroga a la vez que hace chasquear el látigo. El jefe de los hombres del mar no tiene más remedio que soltar la bolsa de monedas que ha robado a Nicer y la hebilla de plata de su capa.

Gundebaldo hace montar en sendos caballos a Nicer y a Liuva, detrás de un guerrero franco.

Cruzan una gran planicie situada al mismo nivel del mar, una tierra cruzada por ríos, que forman marismas y conducen el agua dulce hasta el océano. En aquel páramo no crecen los árboles, y los arbustos son de poca altura.

Llovizna un agua mezclada con nieve continuamente.

Hace frío.

Nicer se siente desfallecer.

Camino hacia Lutecia

En una estancia de piedra, estrecha y lóbrega, húmeda y tremendamente fría, que no llega a ser un calabozo, el noble señor Gundebaldo los ha retenido. De nada les han servido súplicas o protestas. El noble señor quiere sacar algún partido a los presos, los ha interrogado repetidamente, los ha torturado. Al fin, ha deducido que sus prisioneros no tienen valor; proscritos de unas tierras lejanas y perdidas, que buscan algo o a alguien imposible de encontrar. Ha pensado en deshacerse de ellos, pero duda. El monje parece ser de estirpe real, quizás alguien pueda pagar un rescate por él. Ahora no tiene tiempo. Y es que Gundebaldo, el noble señor de Caen, se halla en conflicto continuo con Argimundo, el noble señor de Auges. La guerra le ocupa ahora todas sus energías y su tiempo, por ello les ha arrojado a la prisión, olvidándose después de ellos.

Mientras Nícer duerme; Liuva, levantado y nervioso, aguza su oído; fuera se escuchan las risas de los guardianes. El monje suspira; un día tras otro, igual. No sabe cuánto tiempo ha pasado. Una vez más, la luz del sol se introduce perezosamente desde un tragaluz. Todo transcurre con lentitud en aquel pequeño recinto en el que Liuva puede descansar de las privaciones de los últimos meses, y curarse de las heridas del naufragio. Mientras tanto, Nícer enferma. Al cabo de una semana, una tos cavernosa y profunda señala el inicio de una pulmonía, resultado posiblemente de los días pasados en las frías aguas del mar del Norte. Empeora gradualmente hasta que la gravedad de su estado se hace crítica, delira sin cesar y le abrasa la fiebre. Liuva poco puede hacer si no es darle agua.

Por la noche, la respiración del enfermo se convierte en un estertor angustioso de cuando en cuando, parece que se detiene. Liuva se asusta; si Nícer falleciese; él, un ciego, se quedaría desamparado y no podría cumplir su misión.

Al amanecer, la situación continúa siendo crítica. De pronto, Nícer se incorpora con los ojos desorbitados. Después se desploma. Liuva necesita ayuda, no sabe qué hacer, aislado con un enfermo que agoniza. En ese momento de zozobra se le ocurre una idea; solicita a los guardianes que le envíen un clérigo para que imponga los óleos e imparta la unción al enfermo. Los carceleros no se atreven a negarle los sacramentos a un moribundo.

A media mañana, aparece una figura encapuchada que observa con

curiosidad a Liuva. Con calma unge en la frente, en las manos y en los pies al enfermo, musitando las palabras sagradas.

Después, Liuva y el monje guardan silencio. La respiración de Nícer se hace más suave. El monje se levanta para irse. Liuva le detiene.

—¡En el nombre de Jesucristo os ruego que nos ayudéis...!

El clérigo deja paso a la curiosidad y pregunta:

—Vos sois monje como yo... —exclama—. ¿De dónde provenís?

—Procedemos de las tierras cántabras, soy un ermitaño, pero dependo de un lugar sagrado llamado Ongar, donde vivió el santo monje Mailoc.

—Conocí a Mailoc...

—Llevamos encerrados aquí varias semanas. Debemos ir hacia la corte de París.

—Poco puedo hacer por vosotros... —le explica el monje compadecido—. Sois prisioneros del poderoso y cruel señor de Caen. Mi monasterio está a pocas leguas de aquí. Si conseguís escapar, podéis acogeros al lugar sagrado. Id hacia el norte siguiendo el curso del río que baña el castillo, y encontraréis el lugar donde vivo. Os podréis refugiar allí. Gundebaldo es supersticioso y quizá no se atreverá a perseguiros en un lugar sagrado. —El monje suspira—. Ya en otras ocasiones hemos acogido a gentes huidas de la crueldad de los nobles.

—Mi compañero está muy enfermo. Yo estoy ciego... ¿Cómo escapar de aquí? Parece imposible...

Liuva deja caer la cabeza entre las manos; el monje, compadecido de él, le revela:

—Ahora mismo la fortaleza está menos vigilada, el señor de Caen partió hacia la guerra. Me he dado cuenta de que las cuadras se abren al exterior por una puerta amplia, que no está bien custodiada. Debéis salir por el pasillo que cruza delante de este aposento, seguirlo unos veinte pasos y torcer a la izquierda en el primer corredor; después bajaréis unas escaleras que conducen a un sótano, continuad hacia delante y encontraréis unas cuadras que, como ya os he dicho, están abiertas al campo.

—Pero... ¿podremos burlar la guardia?

—Dentro de dos lunas, en plenilunio, celebrarán una antigua fiesta pagana; los hombres se reunirán en el patio de armas y se emborracharán. Seguramente bajará la vigilancia.

—¿Cómo podré agradeceros?

El monje hace un gesto, pero no llega a contestarle. Al oír su charla, los guardianes entran y le obligan a salir.

Gradualmente, Nícer comienza a mejorar. Liuva percibe la claridad de la luna bañando el aposento de la prisión. Comienza a calcular la curvatura que describe en el cielo y la fase lunar. Pronto se da cuenta de que la luna podría estar mediada. En dos o tres semanas llegará el momento que le sugirió el

monje.

Una mañana, al despertarse, Liuva descubre que Nícer se ha incorporado de la cama. El jefe cántabro inspira hondo y tose, pero su tos ya no es tan profunda. La respiración se hace pausada. Nícer ha adelgazado mucho, y también envejecido, pero continúa siendo un hombre fuerte. Liuva le cuenta sus planes para escapar.

—¡Debes reponerte...!

Liuva cede parte de su comida al otro, quien no quiere aceptarlo.

—Yo estoy bien —insiste el antiguo ermitaño—, si tenemos que irnos, eres tú quien debe recuperar las fuerzas. Ya sabes que yo no puedo luchar.

Nícer va mejorando. Poco a poco recupera su vigor; mientras va trazando un plan para la huida, examina el catre donde suele dormir y lo levanta en alto, está hecho de una madera fuerte y de paja, piensa que llegado el momento puede serles muy útil.

Cuando la luna se llena, Nícer está prácticamente recuperado de la enfermedad. Es evidente para ambos que ha llegado el momento de la huida cuando, en la noche, penetra una claridad especial por el ventanuco. Se escuchan sonos de tambores y dulzainas, las voces agudas de mujeres jóvenes. Pronto, gritos de beodos resuenan por la fortaleza.

Liuva apoya el oído en la puerta, en las inmediaciones de la celda hay silencio. La escasa guardia que custodia aquel lugar se ha debido de sumar a la fiesta. El cántabro toma con sus brazos fornidos, aunque debilitados por la enfermedad, el catre y, utilizándolo como una palanca, se abalanza sobre la puerta una vez y otra hasta que salta. Fuera no hay nadie. Como han supuesto, la guardia está en la fiesta. Escuchan gritos de ayuda desde los calabozos vecinos; pero no pueden hacer nada. Liuva recuerda las instrucciones del monje.

Recorren el pasillo en la dirección indicada: al torcer hacia el otro corredor que los conduce a las cuadras, se encuentran con dos soldados beodos. Nícer lanza a uno hacia Liuva, que lo golpea con su único puño. Al otro, le propina tal golpe en la cabeza que lo deja inconsciente. Después ayuda a Liuva a deshacerse de su enemigo, al que inmoviliza. Prosiguen hacia delante, bajando unas escaleras. Al fondo, tal y como el monje le había indicado a Liuva, encuentran las cuadras. No hay vigilancia; un soldado, que duerme la mona, intenta levantarse al oír pasar a los evadidos, pero da dos trapiés y cae al suelo sobre unas pajas, donde continúa su interrumpido sueño.

El día amanece cuando Liuva y Nícer se encaminan hacia la libertad, siguiendo el curso del río. A lo lejos, junto a la orilla y a la entrada de un bosque, divisan el convento. Liuva solicita acogida y protección en el lugar sagrado. El abad es el mismo monje que le dio la unción a Nícer y, al reconocerlos, abraza a Liuva con un gesto de bienvenida fraternal.

Les alimentan con pan oscuro y leche de cabra. Mientras devoran los

alimentos acuciados por el hambre, el viejo monje les asaetea a preguntas, a las que Liuva trata dar cumplida respuesta entre ansiosos bocados.

—Somos proscritos de las tierras cántabras. Hace ya casi un año, un hombre robó una copa sagrada en el convento del que procedo. Nos acusaron de colaborar en la desaparición. No podremos regresar a nuestra tierra hasta que la recuperemos.

—¿Adónde fue ese hombre...?

—Tenemos noticias de su ida a la corte del rey Dagoberto, en la antigua Lutecia, pero ha pasado ya tanto tiempo que nuestras esperanzas de encontrarlo algún día son cada vez más escasas.

El monje calla por un momento, pensativo.

—He oído hablar de esa copa. La copa sagrada de los celtas. Años atrás fui abad en Besson, un monasterio cerca de los Vosgos; allí se hablaba de un hombre, Juan de Besson, que buscó también esa copa. Sí... la copa de poder, la han perseguido los reyes merovingios: el gran Clodoveo, sus hijos, la reina Brunequilda, después Clotario y, ahora, el hijo de Clotario, Dagoberto. Sé que Dagoberto conoce la leyenda y que la ha buscado. Conozco bien a Dagoberto, fui su preceptor... ¡Poco ha aprendido de lo que intenté enseñarle! Os daré cartas para él y si el hombre que buscáis no está en la corte de París, al menos podréis conseguir una ayuda o información del rey.

—¿Cómo podremos agradecer todo lo que hacéis por nosotros?

—Os ruego que, si algún día encontráis esa copa, me la mostréis. Siempre he soñado con verla, con celebrar el oficio divino con ella...

—Lo haremos.

—Descansad aquí unos días. Los hombres de Gundebaldo os buscarán, pero no se atreverán a entrar en el lugar sagrado. Si os encuentran fuera de aquí, estoy seguro de que os matarán.

—No podemos perder mucho tiempo. Aunque es poco probable que sea así, el hombre que buscamos aún puede estar en Lutecia. Queremos llegar allí cuanto antes —le explica Nicer—. Peligros siempre habrá.

El monje insiste, apoyado por Liuva, que desea permanecer allí hasta el verano siguiente, cuando los viajes sean más fáciles y la persecución de Gundebaldo haya amainado. Piensa que han perdido completamente la pista al godo y que, por tanto, lo mismo da irse un poco antes o un poco después. También duda que el rey Dagoberto pueda ayudarles. Por el contrario, Nicer quiere irse; desea ardientemente regresar a su hogar, con su familia. A Liuva nadie le espera, parece encontrarse a gusto con aquellas gentes. Al fin, Nicer consiente en quedarse por algún tiempo, se siente mayor y debilitado; la edad y las penalidades van dejando su huella. Finalmente comprende que debe descansar.

El abad les trae noticias; en el castillo los soldados han inventado una

complicada historia para evitar la ira del señor de Caen, según la cual el mismo san Miguel habría llegado al castillo para liberar a los prisioneros.

Liuva y Nicer se suman a la rutina del convento de los monjes de Caen. El antiguo ermitaño sigue sin pereza laudes, vísperas y maitines. Sin saber claramente el porqué el hijo de Recaredo se encuentra en paz consigo mismo, por primera vez en mucho tiempo; quizás es el hecho de tener una misión y un destino; quizás el haberse encontrado con sus antiguos compañeros de religión le hace sentirse en casa. Nicer, sin embargo, está inquieto, necesita desfogarse cortando leña para los monjes y lentamente percibe cómo no solo su organismo sino también su alma se van recuperando de las privaciones y fatigas de los últimos meses.

Transcurre un crudo invierno, más frío de lo que nunca hubieran recordado en las suaves tierras de la comarca de los cántabros. El frío atenaza a los dos hispanos que viven en compañía de los monjes. En la campiña, la nieve lo tiñe todo, apaga los ruidos, produciendo una sensación de paz. Sin embargo, por las noches bajan lobos de las montañas, dejando oír sus aullidos para terror de monjes y labriegos.

Pasadas las tómporas de Navidad, al llegar el deshielo, Nicer decide que ha llegado el momento de proseguir el viaje. El abad les suministra algunas provisiones para el camino; así como atuendos de monjes; vestidos de esta manera, quizá los salteadores, tan frecuentes en aquellas tierras, los respeten.

Una mañana soleada, se despiden del abad:

—Desearía que algún día nos volviésemos a ver —les dice—. Confío en que vuestra misión llegue a buen término.

—No olvidaremos nunca lo que habéis hecho por nosotros.

Aún hace frío y a menudo llueve. La campiña es verde y llana, interrumpida por bosques sombríos que evitan cruzar. A su paso pueden ver signos de la violencia que asola aquellas tierras, graneros quemados, campos sin cultivar, signos de dejadez y abandono, hambre y pobreza. Desde una altura divisan el Sena, que discurre plácidamente en su camino hacia el mar. Un aguacero fino y constante torna grises sus aguas. En el río cruzan embarcaciones de diverso calado, que se dirigen a las islas del norte llevando vinos y trigo verde, o regresan del mar, trayendo lanas y estaño hacia la ciudad de los merovingios.

En la ribera derecha del cauce, descubren un poblado amurallado con casas de madera y piedra, la antigua ciudad celta que los romanos llamaron Rotomagus^[28]. Allí, Liuva y Nicer se convierten en mendigos, fuerte prueba para el orgullo de Nicer. Piden limosna por las calles de la ciudad y junto a la antigua catedral de la Santa Victoria. Por las noches, se resguardan en un establo vacío. Al fin, consiguen el caudal suficiente para el pasaje a la ciudad de los francos, París, la antigua Lutecia.

En una barcaza grande, a golpe de remos, ascienden por el cauce del río. La

vegetación cubre las orillas, y a su paso divisan aldeas pobres. Más allá, un molino de agua. La fuerza de la corriente mueve la rueda hidráulica. El molinero saluda a los hombres que bogan en la barcaza.

En la proa de la embarcación, dos monjes con las caras cubiertas por una capucha grande guardan silencio, contemplando el caudal de agua. La lancha, atestada de hombres y carga se bambolea a un lado y a otro. El viaje se les hace largo. Unos chiquillos juegan peleándose, sin querer hacer caso de los gritos de su madre. De pronto, chillan más fuerte, al divisar muy a lo lejos las primeras trazas de la antigua Lutecia.

Liuva y Nícer alzan los ojos. El río, rodeado de bosques tupidos, con árboles que inclinan sus ramas sobre la corriente, se abre en dos brazos. Ambos divisan los muros pétreos de la isla en el Sena, en donde los edificios se alzan sobre un atolón central que parece un barco. Nubes de color sepia se agolpan sobre la urbe y los puentes. De cuando en cuando, en un claro, las nubes dejan pasar un haz de luz que rebota en las aguas del río. Al llegar a la ciudad, cae una lluvia muy fina que les roza la ropa sin mojarla. Desembarcan en el pequeño puerto cerca del conglomerado de casas en la ribera izquierda. Preguntan por un convento de la orden de San Columbano. Varias edificaciones de piedra; una de ellas con planta de crucería y tres alturas, es la iglesia, a su lado varias estancias unidas en torno a un claustro central albergan a los monjes. Nícer llama al portón de madera y un fraile joven, con faz amigable, les abre la puerta, le muestran cartas del abad de Caen; gracias a ellas, son acogidos en el monasterio.

Tras una noche de descanso, se encaminan al amanecer a la fortaleza en la margen izquierda del río, allí tiene su sede el rey.

Les dan largas.

El rey está fuera de París.

Trascurren varios meses en la espera; durante aquel tiempo investigan la llegada a la ciudad de los parisios de un hombre godo, en un barco procedente de las tierras cántabras.

Preguntan a unos y a otros.

Nadie lo ha visto.

Nadie sabe nada de ese barco.

Han perdido cualquier rastro del godo. El desánimo los atenaza nuevamente y dudan si permanecer allí o regresar a las tierras hispanas, pero finalmente deciden esperar a ser recibidos por el rey. Quizás él pueda saber algo más que les ayude en su misión.

Tras muchos días de tensa espera, de improviso llega de la corte la noticia largamente ansiada: el rey Dagoberto está dispuesto a recibirlos.

Dagoberto

Desde la hospedería de los monjes donde han vivido los últimos meses, un atardecer bordean las márgenes del río hacia la fortaleza del rey Dagoberto. Liuva se deja guiar por Nicer, quien nerviosamente mira a uno y otro lado; se siente intranquilo al conocer que el todopoderoso monarca de los francos va a recibirles. Se fija en un navío de gran tamaño con velas latinas que navega por el cauce fluvial. Más allá, un sauce deja caer sus ramas sobre el agua, y una mujer lava la ropa en la corriente. La fortaleza de los reyes merovingios aparece ante ellos, cuando tuercen hacia la derecha y caminan unos cientos de pasos. Ya no es la sencilla fortaleza de los tiempos de Clodoveo, sus sucesores han dejado sentir toda la fastuosidad que caracterizará a la corte merovingia. Los dos extranjeros atraviesan diversas murallas, puestos de guardia, y después varias estancias. Nicer, poco acostumbrado al boato, se maravilla ante las salas espaciosas en las que cuelgan tapices de lana, aislando las paredes del frío, tan frecuente en aquellas tierras del norte. Al fin, entran en una estancia muy amplia, antesala de la pieza donde se alza el trono del gran rey Dagoberto.

Suenan las trompas, el portón se abre; en el centro de la cámara, un estrado; sobre él, un hermoso trono de bronce^[29] con patas rematadas por la figura de animales, posiblemente un león, los brazos suavemente cincelados y acabados en dos pequeñas esferas. El respaldo triangular sostenido por cinco grandes círculos huecos. Esperan unos minutos, suenan unas trompetas, el rey rodeado por la guardia entra en la estancia, sube el escabel y se sienta negligentemente en el trono.

Dagoberto es un hombre de una edad indefinida, evidentemente no es muy joven, pero tampoco es un viejo. La dentadura es negra y picada; el rostro, fuerte, con pómulos prominentes y nariz grande; los ojos, claros y sin belleza, pero muy perspicaces y vivos. Su forma de hablar, algo pretenciosa, es la propia de un hombre acostumbrado a la adulación; quizá por ello, muy precavido. Se dispone a iniciar la audiencia casi recostado sobre un lado del trono, con gesto displicente. Varios soldados montan guardia a derecha e izquierda.

Ante él, Nicer y Liuva se inclinan con una reverencia protocolaria. Nicer viste una túnica corta y capa, tiempo atrás ha dejado los arreos de monje. Liuva

esconde el muñón de su mano cortada en las mangas de su capa.

Dagoberto se dirige a ellos.

—El abad de Caen me pide que os ayude, pues sois gente de recia condición, que habéis sobrevivido a un naufragio, y de origen noble. ¿Cuál es vuestro nombre y el motivo de haber atravesado el mar para llegar a estas tierras?

—Mi nombre es Nícer, bautizado como Pedro, soy hombre principal en el país de los cántabros. Este hombre ciego, que me acompaña, se llama Liuva. Es hijo del finado rey Recaredo, fue rey entre los godos, condenado por sus enemigos a la amputación de la mano y a la ceguera. Venimos de las tierras del norte de Hispania...

Liuva descubre los brazos, separando las amplias mangas del hábito monacal, con lo que deja ver el muñón. El rey interrumpe las palabras de Nícer.

—He oído hablar de él. Creí que había muerto; pero veo que solo está afectado por el mal de los godos —dice irónicamente al ver el brazo—, que cambian a sus reyes a golpe de hacha. Así que habéis sobrevivido. Bien, bien. ¿A qué habéis venido al país de los francos?

—Hace más de un año, abandonamos las tierras que nos vieron nacer. Buscamos a un noble godo, llamado Swinthila, que ha robado el tesoro más precioso de los cántabros. Es un hombre alto y fuerte, que dice descender del finado rey Recaredo.

Dagoberto, al escuchar el nombre de Swinthila, se sobresalta ligeramente, asegurando:

—Ese hombre no ha llegado a las tierras francas.

La expresión de Liuva y Nícer señala el desánimo.

—¿Cómo podéis saberlo? —pregunta Nícer.

—¿Hace mucho tiempo que faltáis de las tierras de la Hispania? —le pregunta a su vez Dagoberto.

—Hace más de dos años.

—¿No habéis tenido noticias de allí?

—No.

El rey ríe, entre divertido y burlón, al darse cuenta de lo desorientados que están sus visitantes.

—Bien. Puedo deciros dónde se encuentra ese Swinthila a quien buscáis con tanto afán.

Dagoberto se detiene para examinarlos con ojos vivos e inteligentes, en los que hay una luz maliciosa mientras les revela:

—Hace un año, un hombre llamado Swinthila, que dice descender del rey Recaredo, ha sido ungido como rey de los visigodos...

Liuva y Nícer profieren una exclamación de desconcierto. Dagoberto continúa hablando con cierta ironía:

—Podéis buscarle en Toledo.

Callan ahora, abatidos. El rey los observa, mientras va pensando en la complicada maraña política en la que está envuelto, sopesando sacar provecho de la situación de aquellos desdichados.

—Decís que robó un tesoro... —pregunta el rey—. ¿Cuál es ese tesoro...?

Ante la pregunta, se sienten incómodos. Al fin, Liuva no tiene más remedio que confesar:

—Una copa de oro.

El interés comienza a despertarse en Dagoberto, que se incorpora desde su posición recostada en el trono y habla como si le hubiesen aguijoneado.

—De medio palmo de alto, con incrustaciones de ámbar y coral, una copa muy antigua. ¿Es así?

—Lo es, mi señor.

Dagoberto prosigue como hablando para sí mismo.

—Por eso, Swinthila vence en todas las batallas y ha llegado al trono. Nunca pensé que la copa estuviese en el norte, en las tierras de los astures.

Baja del estrado y se aproxima a los dos extranjeros.

—¿Qué sabéis de esa copa? Si deseáis conservar la vida, decidme todo lo que sepáis de ella.

Ante esa amenaza, Liuva se demora unos instantes con el fin de seleccionar en su memoria aquellos datos que pueda revelar al rey sin perjuicio para ellos ni para su misión; al fin, se expresa despacio:

—La copa dorada se guardó, desde los tiempos del rey Recaredo, en el norte, en un santuario en las montañas. Swinthila la tomó con violencia del monasterio donde era custodiada. Pensábamos que Swinthila se había dirigido a vuestro reino.

De nuevo, Dagoberto les responde irónicamente:

—En cierto sentido, sí. Muchos nobles han huido de Hispania a las tierras de la Galia para escapar de la insania del rey Swinthila... Él les ha atacado en las tierras francas, por eso puede decirse que se ha dirigido hacia mis dominios. Dicen que es el mejor general goda desde Recaredo. Ahora sé el porqué... posee la copa...

El rey analiza con más detenimiento a los hombres que están frente a él: un ciego y un hombre fuerte pero casi anciano que buscan lo que él siempre deseó. Algo que podría ser el fin de sus problemas frente a los nobles levantiscos, frente a los otros pueblos germanos que atacan sus fronteras, frente a los godos y al imperio oriental. De pronto, en la amplia estancia, se escucha un ruido extraño, un ruido que sale de la propia garganta del rey, quien comienza a reír, como si estuviese loco. Los que le acompañan, los chambelanes y la guardia también ríen, acompañando las carcajadas del rey.

—Yo... Yo también la he buscado... Como la buscó Clodoveo, como la buscó Childeberto y mi padre Clotario; como todos los reyes merovingios lo hicieron...

Jamás hubiera supuesto que estuviese en un lugar perdido de la cordillera cantábrica...

Liuva y Nicer observan perplejos la extraña risa del rey; este prosigue con unas frases que les intrigan aún más.

—Siempre pensamos que la copa guardaba relación con el príncipe Hermenegildo...

El rey se levanta otra vez del trono, muy nervioso, y comienza a moverse de un lado a otro por el estrado, mirando a los dos extranjeros. Sin transición alguna, Dagoberto comienza a relatar una antigua historia que aparentemente nada tiene que ver con la copa.

—Durante casi cuarenta años los reinos de Neustria, de donde procedía mi padre, y el reino de Austrasia, que regía la reina Brunequilda, se enfrentaron en una guerra salvaje. El origen de todo ello fue la rivalidad enfermiza entre Fredegunda, reina de Neustria, y Brunequilda, reina de Austrasia. Las dos tejieron los destinos de Europa, enfrentándose entre sí con un odio irracional. Fredegunda había causado la muerte de la hermana y del esposo de Brunequilda. A su vez, esta había ordenado el asesinato de Chilperico, esposo de Fredegunda. Al final de sus días, la reina Brunequilda fue ajusticiada y atormentada por lasciva y asesina de su propia familia. Mi padre Clotario, nieto de Fredegunda, quedó como único rey de los francos. Él pensó que había vencido. Sin embargo, cada vez me doy más cuenta de que el derrotado fue él.

Dagoberto se detiene un momento y exclama:

—Ahora pienso de modo muy distinto de la reina Brunequilda.

Nicer mira a Liuva, quien está tenso, completamente perdido en sus reflexiones. Dagoberto prosigue hablando de la reina de Austrasia.

—Brunequilda buscó siempre la unidad de la estirpe merovingia, fortaleciendo la autoridad de la casa real frente a los desmanes de los nobles; por eso, ellos la odiaban y no pararon hasta conseguir su muerte. Sí. Los nobles de Austrasia se valieron de mi padre, el rey de Neustria, Clotario, para deshacerse de su reina. Después le utilizaron para sus fines y, ahora; yo soy prisionero de ellos. Me imponen su candidato como Mayordomo de Palacio, y el que realmente gobierna el reino es él. Soy un prisionero de mis nobles. He conseguido resistir, pero no podré hacerlo siempre; por eso he buscado esa copa. Ahora, vosotros, extranjeros, afirmáis que la copa la posee mi rival Swinthila y que antes había estado en manos de los cántabros...

—Mi padre, el rey Recaredo, la poseyó y la guardó en el norte de Hispania... —repite Liuva.

Los ojillos inteligentes y astutos del rey Dagoberto brillan de nuevo mientras examina detenidamente a Liuva, quien, a pesar de su falta de visión, nota en aquel momento la mirada del rey, detenida en él.

—Brunequilda odió a vuestro padre, le consideró causante de la muerte de su

hija Ingunda y de la ejecución inicua de su esposo Hermenegildo. Sí, ella era muy ambiciosa. Lideró en las sombras la rebelión de Hermenegildo, le ayudó con dinero y con tropas. Una mujer audaz y muy inteligente que pensó que podría controlar los dos lados de los Pirineos si su hija o su nieto llegaban al trono. Buscó también la copa de poder. Pero la guerra civil goda fue un fracaso para Hermenegildo, quien fue ejecutado; Ingunda también murió. Así que, cuando Recaredo se proclamó rey, la reina Brunequilda intentó de nuevo vencerle por la fuerza de las armas y, al no poder conseguirlo, intentó ganárselo a través de un matrimonio con otra de sus hijas, pero él contrajo matrimonio con una plebeya. Aquello ofendió mortalmente a la reina franca, por lo que decidió matarlo. Pasó años tramando su venganza, nunca se detenía... Una venganza que era muy sencilla: situar a Atanagildo, su nieto, en el trono de Toledo eliminando al rey Recaredo. Quería dominar la corte hispana como dominaba los destinos de los francos. Ahora ella está muerta; los nobles de Austrasia la mataron. Sí. Brunequilda fue la causante de vuestros sufrimientos y la decadencia de vuestra familia.

Liuva se sobresalta, de pronto intuye que la conjura de la que había hablado su madre en la carta podía haberse originado en la corte de los francos. Había sido Brunequilda la que había organizado la muerte de Recaredo, la que había movido los hilos para que a él mismo lo destronasen.

—No le valió de mucho —prosiguió Dagoberto—; no bien hubo conseguido la muerte de vuestro padre, fue traicionada. El propio Atanagildo, nunca se supo muy bien por qué, no quiso continuar con los planes de venganza de su abuela, regresando a Bizancio, donde murió. Witerico, que había jurado lealtad a Brunequilda y conseguir el reino para Atanagildo, tardó poco en apropiarse de él.

Liuva interroga al rey, buscando una respuesta precisa, una respuesta que explicará el misterio que rodeó a la muerte de Recaredo.

—¿Fue Brunequilda la causante de la muerte de mi padre?

—Digamos que colocó las piezas del juego adecuadamente, de modo que el trono goda retornase a su familia. ¡No consiguió nada...!

Liuva baja la cabeza angustiado; mientras que el rey, alzando el tono de voz, repite:

—¡No consiguió nada! Dicen que le faltaba la copa, una copa que Recaredo poseyó... Siempre pensamos que Hermenegildo poseía la clave del paradero de la copa.

—¿Por qué Hermenegildo? —inquire Nicer muy interesado.

—Cuando mi padre destronó a Brunequilda y fue ajusticiada como sus crímenes le hacían merecer, mi padre, Clotario, encontró una carta que los espías de la reina habían interceptado en la corte de Bizancio. La carta era una misiva que Hermenegildo había enviado al emperador Mauricio como presentación para su hijo y su esposa, cuando estos huyeron hacia

Constantinopla.

El rey Dagoberto se dirigió a uno de los criados de palacio y le dijo:

—¡Traedme el cofre que custodia el conde de los Notarios! Él sabrá bien cuáles es.

El criado sale de la estancia, se demora escasos minutos, después entra con un cofre, se arrodilla delante del rey y lo abre. El rey rebusca en su interior.

—Aquí está, os la leeré, está escrita con extrañas palabras que ocultan algo; quizá vosotros podáis ayudarme a esclarecer lo que hay detrás. La carta dice así:

*In nomine Domini anno feliciter secundo regni Domni nostri
Erminigildi regis quem persequitur genitor sus Dominius Liuuigildus
rex in cibitate Ispalensem.*

Domino meo, Mauricio Imperatori:

*In manibus vestris meam uxorem et meum filium Atanagildum
colloco, confido ut earum fidem et praesidium acciperant. Meo filio
rogo ut bonum veritatemque, quae in fati cálice refluant, quaerat.
Inpostremae requietis loco illum quaerat.*

ERMENEGILDI, REX^[30]

El rey aprieta el pergamino, como queriendo extraer de él su contenido.

—Mi padre leyó muchas veces esta carta; la entregamos a los eruditos de la corte. Se inicia con un encabezamiento del lugar en que fue escrita; en la ciudad de Hispalis, en el segundo año del reinado de Hermenegildo, cuando su padre lo persigue, al inicio de la guerra civil. Después continúa un mensaje muy simple y muy breve:

A mi Señor, el emperador Mauricio:

Pongo en vuestras manos a mi esposa y a mi hijo Atanagildo, confío que de ellas obtengan protección y amparo. A mi hijo le ruego que busque el bien y la verdad que rebosan en la copa del destino. Que la busque en el lugar de mi último descanso.

HERMENEGILDO, REY

Nicer se turba ante aquella carta. Le gustaría decirle algo a Liuva, algo que ha entendido al momento, algo que no desea que Dagoberto sepa; pero Liuva, ciego y ensimismado, no se percata de la actitud de Nicer. El rey, sin tampoco captar la causa de la inquietud de Nicer, prosigue hablando.

—Hay algo extraño en la carta. Pensábamos que en ella estaba la clave del misterio del cáliz de poder. Cuando la carta alude a la copa podría parecer que se trata de una expresión metafórica, pero quizá podría ser que se refiera a un objeto real. Durante mucho tiempo pensamos que Hermenegildo quería que esa copa llegase a manos de su hijo y por eso había escrito la carta. Me pregunto ¿qué quería decir con « el lugar de mi último descanso » ?

Nícer calla, no desea comunicar al rey lo que ha descubierto. Sin embargo, Liuva habla:

—Al parecer, la madre de Hermenegildo y Recaredo les indicó que devolvieran la copa al norte, que no podrían descansar hasta que lo hiciesen... El descanso de Hermenegildo quizá sea el santuario de Ongar.

Dagoberto sube de nuevo al estrado, se sitúa en el trono, apoyando la cabeza en una mano, como descansando, y entonces les dice:

—Si la copa ha estado en el lugar que decís en las montañas, esta carta no tiene mucho valor ya. Realmente, yo no creo que Hermenegildo tuviese la copa de poder, si la hubiese tenido no habría sido tan fácilmente derrotado...

El rey, malhumorado, arroja la carta al suelo:

—Esta carta no significa nada...

Rápidamente, sin dudar, Nícer la recoge. Dagoberto, harto de aquel misterio que no ha podido aclarar, se dirige al cántabro:

—Sí. Podéis quedárosla, de poco me ha servido, no la necesito para nada... Durante tantos años, desde la corte de los francos la buscamos en un lugar y en otro. Finalmente, la copa estaba en el país de los cántabros y ahora la posee su rey, Swinthila, él llegó antes. Veo que estáis interesados en lo que os cuento.

—Sí —contestan los dos a la par.

—Os ayudaré a regresar a vuestra tierra. Os ruego que busquéis la copa y la traigáis al reino de los francos; si lo hacéis así, os recompensaré generosamente. Si no lo hacéis, encontraréis mi venganza.

El rey da la audiencia por finalizada. Encarga al chambelán de la corte que les proporcione monturas, algún dinero y una escolta para regresar a las tierras hispanas.

Liuva sale de la sala del trono de los reyes francos cariacontecido. Piensa que no han conseguido nada, que solo han perdido tiempo alejándose de su destino final. Ha logrado tener más luz sobre el fin de su padre y sobre el final de su propio reinado, pero ¿para qué le sirve ahora eso? Debe recuperar la copa; sin embargo, ha caminado en sentido contrario a ella. Swinthila y el cáliz de oro se hallan en Hispania, a miles de leguas de allí. Nícer, en cambio, muestra una expresión tranquila, como si nada hubiese ocurrido. Guarda cuidadosamente la carta de Hermenegildo.

Un criado los acompaña a unas estancias en la fortaleza, interesándose en la fecha en la que desean partir; sus órdenes son acompañarles con una escolta.

Fijan la salida para el día siguiente de madrugada. Les introduce en un amplio aposento; encima del lecho hay ropas para el viaje para ambos, una buena espada para Nicer y una bolsa llena de sueldos de oro.

Después se quedan solos.

Liuva se sienta en el lecho, en medio de la estancia, inclinando la cabeza con ademán de desasosiego. Nicer le observa preocupado, pero pronto esboza una sonrisa.

—Querido Liuva... ¿Qué te ocurre?

—Todo lo que hemos hecho no ha servido para nada. Han pasado más de dos años y estamos peor que cuando comenzamos.

—Yo no lo creo así...

—¿No?

—Es verdad que Swinthila se ha escapado con la copa de oro; pero Dagoberto nos ha dado una luz muy clara sobre la copa de ónice. Dagoberto no sabe que la copa tiene dos partes, ha acertado al decir que la copa de poder nunca la ha tenido Hermenegildo. Este poseyó únicamente la de ónice... La carta tiene la clave del paradero de la copa de ónice. Estoy completamente seguro.

Liuva se yergue con prontitud al oír aquellas palabras.

—¿Tú crees?

—Tengo la seguridad...

—¡Léela...!

Nicer le lanza una mirada sardónica, antes de responder:

—No sé leer.

—¡No es posible...!

—No, no sé, solo he sido educado para manejar la espada...

—¿Entonces...?

—Mira, Liuva, no sé leer pero tengo buena memoria para lo que se habla. He fijado la carta en mi mente. En ese texto hay dos cosas, un encabezamiento, al que el rey no ha dado importancia, y unas palabras dirigidas a su hijo en las que le dice que la copa está en el lugar de su descanso. De todo, lo que más me llama la atención es el encabezamiento: que se hable del segundo año del reinado de Hermenegildo, cuando realmente la carta debió de ser escrita al final de la guerra civil, es decir, cinco años más tarde. Por otro lado, el encabezamiento está escrito en un lenguaje distinto al resto de la carta, y señala que Hermenegildo fue feliz en Hispalis. Estoy seguro de que la copa de ónice está en el sur, en la ciudad de Hispalis.

—Mal me lo pones... Eso está muy lejos...

—Por lo menos sabemos dónde dirigir nuestros pasos y poseemos la clave del lugar en el que pueda estar la copa de oro. Los que conocieron a Hermenegildo y le amaron en la ciudad de Hispalis sabrán algo más y entenderán lo que está oculto en la carta. Sí. Debemos ir allí, a la Bética y mostrarles la carta.

—¿Qué propones?—pregunta con un cierto temor Liuva.

—Regresar al sur; conseguir la copa en Toledo de Swinthila y después encaminarnos a Hispalis, donde debe de estar la copa de ónice.

Liuva da muestras de desesperación mientras se queja:

—¡Algo imposible...! Yo no soy capaz de seguir...

Nícer le anima:

—¡Has llegado hasta aquí! Yo creo en la Providencia, o en el Destino. Creo que algo guía nuestros pasos... En los últimos meses has cambiado mucho, no pareces ya aquel hombre débil e indeciso que salió de las montañas cántabras. Me has salvado la vida, organizaste la huida de la fortaleza de Gundebaldo... ¿No te encuentras mejor?

Liuva percibe que en las palabras de Nícer hay una luz, una esperanza. Es verdad que ya no desea morir, como antaño, sino conseguir su misión; y, ya con más serenidad, le responde:

—Sí. Lo estoy... Desde niño parecía que la vida me llevaba por donde no quería, que algo me arrastraba en una dirección fija. Ahora soy yo el que busco la copa, como si al fin fuese dueño de mis propias acciones. Parece como si todo tuviese un sentido, por eso las palabras de Dagoberto fueron como un mazazo, como un poner término a la misión que me había sido encomendada y para la que vivía.

—No. No es así. Dagoberto nos ha puesto en el buen camino.

Ambos se animan, después de tanto tiempo ven alguna luz; alguna remota posibilidad de conseguir lo que tanto han buscado. Sin embargo, Liuva advierte:

—Hay un problema más.

—¿Cuál...?

—La escolta. En realidad, pienso que son espías que Dagoberto envía hacia el sur con el fin de arrebatarlos la copa en cuanto la consigamos. Es muy raro que nos haya dado una carta tan comprometedora...

Nícer se sorprende de la clarividencia de aquel hombre que está ciego.

—Creo que debemos irnos ya... —prosigue Liuva—. Sin esperar a que llegue la mañana. Aún no se ha hecho de noche.

Toman la bolsa de oro y la espada, silenciosamente salen de los aposentos. Atardece, pero las puertas de la fortaleza están aún abiertas. No quieren tomar un barco que, al fin y al cabo, puede estar vigilado por los espías del rey. No se despiden de los monjes del cenobio donde han vivido los últimos tiempos para no comprometerlos. Caminando, se dirigen hacia las tierras de Caen a ver al abad, para, desde allí, retornar a las tierras de Hispania.

Colinas verdes, valles estrechos, bosques frondosos, una senda que parece no tener fin. Marchan procurando no ser reconocidos, saben que los espías de Dagoberto pueden estar siguiéndoles. En las noches claras se guían por las estrellas.

A muchas leguas de Lutecia, el sendero atraviesa un bosque espeso y umbrío. Son atacados por unos bandoleros, un grupo de hombres desharrapados y muertos de hambre. Nicer, con sus fuerzas íntegras, puede defenderse de ellos y Liuva, guiado por una intuición especial, ya que no por la vista, le presta apoyo. Continúan su camino sin más incidentes.

Al fin, a lo lejos, desde una colina, Nicer divisa las tierras de Caen y, más en lo lejano, la abadía. Al irse acercando, puede ver con mayor detenimiento el lugar que les ha servido de refugio. La abadía está ennegrecida y el techo se ha caído.

—¿Qué ocurre...? —pregunta Liuva a Nicer, al darse cuenta de que este se ha detenido.

—Creo que la abadía se ha incendiado...

—... o le han prendido fuego intencionadamente... —dice Liuva—; vayamos con cuidado.

Con suma precaución se acercan a la aldea. Perros famélicos y mugrientos salen a su encuentro. Los lugareños, por su parte, los vigilan con desconfianza.

—¿Qué ha ocurrido en la abadía...?

—El señor de Caen, mal rayo le parta, quiera Dios se hunda en los infiernos, la incendió...

—¿Qué...?

—Sí. Eso ha ocurrido, fue apenas unas tres semanas atrás.

—¿Los monjes...?

—Murieron todos.

—¡No es posible...! ¿Nadie va a detener a ese criminal? ¿A ese blasfemo?

—Ya se ha hecho.

Sin más preámbulos pasaron a relatarles la historia.

El señor de Caen se había encaprichado de la hija de un campesino. Quiso llevársela con él, pero ella escapó, refugiándose en el convento. Gundebaldo rodeó el monasterio con sus hombres, ordenándole al abad que entregase a la mujer. Al negarse los monjes, prendió fuego al monasterio con todos sus integrantes dentro. Ni uno solo escapó vivo.

Ahora, nadie se atreve a acercarse al lugar. En las noches parecen escucharse los gemidos lastimeros de los muertos. Después de aquella terrible acción, Gundebaldo fue excomulgado por el obispo de Caen. Al ser reprobado por la Iglesia, todos los juramentos de lealtad de sus súbditos perdieron valor. No transcurrió mucho tiempo antes de que el señor de Auges, su enemigo, le atacase y los vasallos de Gundebaldo le abandonasen. El castillo fue arrasado y él murió en el incendio, recibiendo justo castigo por sus crímenes. Ahora se rumorea que la abadía y el castillo están poblados por fantasmas. Nadie se acerca allí.

Liuva y Nicer se alejan de aquel lugar de horror. Emprenden un largo, muy largo camino, que les conduce hacia el sur, al lugar donde Swinthila domina los

destinos de los hombres.

El fin de Cartago Spatharia

La muralla blindada las espaldas de la antigua Cartago Nova como una barrera inexpugnable. Al frente centellea la bahía. Detrás de la urbe fortificada, desde los cerros que la rodean, el ejército godo se dispone en orden de batalla, como un enjambre de abejas haciendo aletear sus alas. De cuando en cuando retumban tambores y trompas, que ensordecen los gritos de los cercadores y el fragor de las armas, templándose para la batalla. El griterío, que se difunde en la hondonada, penetra en los oídos de los habitantes de la ciudad y provoca un temor casi supersticioso en ellos. La metrópoli, fundada por los cartagineses, capital de la Spaniae bizantina, se defiende de sus enemigos germánicos. La armada rodea el puerto, que desde hace días ha sido bloqueado. Las velas, de color negrozco en los navíos visigodos, motean con finas pinceladas la bahía y oscurecen la costa.

Amanece el sol sobre el mar, colmando de esplendores resáceos la ensenada. Durante la noche, teas incendiarias han recorrido el cielo. La ciudad aislada, sin otra defensa que la que pudiera provenir de sí misma, aún resiste. Anteriormente, los godos habían conquistado y arrasado los campos, las pequeñas villas y ciudades que la rodean. Sin embargo, Cartago Nova se mantiene aún invicta y orgullosa; una antigua nobleza en sus habitantes les impide rendirse. Temen al godo. Malacca fue saqueada y demolida por las tropas de Swinthila cuando todavía él era un general del rey Sisebuto. Muchos de sus antiguos pobladores que habitan ahora en la ciudad sitiada, no guardan buen recuerdo de Swinthila. En la época de la caída de Malacca, Sisebuto negoció la paz cuando la guerra podía haber acabado para siempre, expulsando de una vez por todas a los orientales de tierras hispanas. Swinthila, sin embargo, no está dispuesto a transigir en nada. Los habitantes de la ciudad lo saben, quizá por eso su defensa es más desesperada.

Resuena una trompa, se abren las puertas de la ciudad y de ellas destaca un hombre, el *magister militum* bizantino. Vestido a la usanza romana oriental, con túnica corta y coraza de bronce guarnecida en plata, el jefe de la milicia imperial avanza. Tras él, militares bizantinos de diversa graduación lo rodean, seguidos por las autoridades de la ciudad. El grupo se aproxima a Swinthila, quien les habla de un modo imperativo; en el tono de su voz late el orgullo del militar

invicto.

—Debéis rendir la ciudad... —exclama.

—Mis órdenes son que la ciudad tiene que resistir a vida o muerte hasta el fin...

—No hay para vosotros posibilidad alguna de vencer.

—Ni para vos tampoco...

—Os equivocáis. Yo soy Swinthila, el triunfador, nunca he sido derrotado en ninguna batalla. Ni lo seré jamás, yo poseo la llave del poder. Nadie, lo oís bien, ni Dios mismo podrá vencerme.

Entre las filas de los imperiales, se extiende el silencio, que de pronto se rompe por una voz:

—¡Eso es una blasfemia...! Nadie puede afirmar que nunca ha sido derrotado y que no lo será jamás.

La voz proviene de un hombre joven de cabello negro y ojos oscuros, vestido con una túnica corta al estilo oriental, en la que se ven las señales de su alta alcurnia.

—¿Quién se atreve a hablar así...?

El joven habla con voz fuerte, sin intimidarse:

—Yo. El legado del emperador Heraclio.

—Vuestra juventud va a la par de vuestra desfachatez e imprudencia. Debéis rendiros y abandonar las tierras de Hispania para siempre.

Al legado no le intimidan las palabras del rey godo. Con parsimonia, examina atentamente a Swinthila, respondiendo ante su prepotencia con palabras claras y sonoras.

—No lo haremos —anuncia—. Los godos habéis pasado a saco nuestras ciudades, habéis destruido Malacca. El emperador vendrá en nuestra ayuda y habréis de enfrentaros con el ejército mejor preparado de la cristiandad...

Swinthila ríe con afectación, seguro de que no será vencido; se sabe poseedor del cáliz de poder, con él aplastará a sus enemigos sin compasión. Años atrás había vencido a los bizantinos sin la copa, ahora que la posee, nadie podrá detenerle. La ha probado repetidamente, y ha comprobado sus poderes. Por otro lado, el emperador está muy lejos, allende el mar, no se ocupa de unas ciudades perdidas en el extremo occidental de su imperio.

Swinthila vuelve en grupas su caballo, sin dignarse responder a aquel hombre que le ha desafiado, no duda de que lo aplastará, más pronto o más tarde. Hinchado de arrogancia regresa al acuartelamiento.

Aquella noche, en su tienda del recinto godo, Swinthila toma la copa de oro entre sus manos y la acaricia como si de una mujer se tratase. Después se arrodilla ante ella y la adora. Sin embargo, algo le incomoda aún, sigue faltando el vaso de ónice de su interior; en los años que lleva en el poder, ha dado órdenes de que se busque, pero sus esfuerzos han sido vanos; parece como si se la hubiese

tragado la tierra. Ha logrado averiguar que los francos tienen algo que ver con la pérdida de la copa; pero, por más que ha enviado espías y mensajeros a Austrasia y a Neustria, nada ha conseguido. Finalmente, al experimentar la eficacia de la copa de oro, Swinthila ha ido olvidando la vieja historia. No quiere nada más que lo que la copa de poder le proporciona.

Siguiendo su costumbre Swinthila bebe toda la noche hasta perder el sentido. Por la mañana, contrariamente a lo que sería de esperar, se despierta lleno de vigor, despejado, con seguridad en la victoria.

Aún no ha amanecido cuando, desde el campamento godo, se ordena el ataque. Con catapultas se lanzan enormes capazos llenos de fuego y teas incendiarias, que recorren el cielo oscuro y plagado de estrellas de la noche, una noche sin luna.

Las teas hacen arder la ciudad. La suerte o el destino lleva a alguna de ellas a caer sobre los almacenes de grano, llenos de cereales para resistir el asedio. Las llamas del incendio se elevan leguas arriba, un gran dragón de fuego se alza sobre el cielo de Cartago Nova. Desde el campamento godo se escuchan los gritos de desesperación de los civiles. En la ciudad, después de días de asedio, escasea el agua y si no la hay para beber, tampoco la hay para apagar las llamas. Sus habitantes intentan sofocar el incendio con tierra y arena, pero la solución se demuestra ineficaz.

El fuego se propaga de casa a casa; las viviendas sencillas de los menestrales de la ciudad, de los pescadores, de los artesanos, construidas de madera, arden como la yesca, transmitiendo el incendio de un lugar a otro.

La ciudad se convierte en un horno. Desde el campamento godo, observan cómo la desesperación cunde en las calles y cómo los hombres se tiran desde las torres de la muralla para huir del fuego.

En ese momento de horror, una señal luminosa parte de la montaña detrás del campamento enemigo, es la orden para que la armada goda desembarque y ataque. Al tiempo, el ejército de tierra, sirviéndose de catapultas, horada la muralla y hace caer las puertas.

Las tropas visigodas se ensañan con los habitantes de Cartago Nova. Swinthila consiente una gran masacre en la ciudad rebelde para dar un escarmiento a todo aquel que se oponga a su poder. No hay piedad. Por orden del rey se detiene a todos los judíos de la ciudad. Swinthila busca a una persona, un judío, Samuel, el hombre que pudo haber estado implicado en la muerte de su padre. Quiere vengarse.

Entre las gentes distinguidas de la urbe, el conquistador retiene a algunos rehenes; en medio de ellos está aquel joven legado imperial que se le ha enfrentado ante la muralla. Swinthila pedirá un rescate al emperador, por lo que le envía a Toledo escoltado con otros cautivos, mientras él acaba de sofocar los últimos focos de insumisión. Ordena que se le trate como merece su rango, el

emperador de Oriente debe conocer la magnificencia, el esplendor y el poderío del rey godo Swinthila.

En la urbe derrotada todavía se mantienen en lucha pequeños núcleos de heroica resistencia. Al fin, cae la noche sobre una Cartago Nova aniquilada. Swinthila no quiere que queden ni los cimientos de lo que, anteriormente a la destrucción, fue la metrópoli de la provincia bizantina de Spaniae.

Desde la montaña, donde se sitúa el campamento del ejército godo; el rey divisa la gran bahía y el puerto, la muralla caída, las casas arrasadas, columnas de humo ascendiendo al cielo; escucha gritos y sollozos surgiendo entre las ruinas.

Una pequeña cuadrilla de soldados godos procedentes de la ciudad devastada irrumpe en el lugar donde Swinthila presencia el exterminio de los vencidos. Allí conducen a algunos presos, heridos y con quemaduras causadas por el incendio, con caras ennegrecidas por el humo. El espartario que dirige al grupo dobla su rodilla ante el rey para anunciar:

—Mi señor, hemos encontrado a aquel hombre al que buscabais.

Swinthila examina atentamente al grupo de desarrapados antes de preguntar:

—¿A quién...?

—Un hombre judío llamado Samuel ben Solomon, poderoso entre los de su raza; intentaba huir. Ha sido entregado por sus propios compatriotas para alcanzar clemencia ante vos.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—Aquí lo traemos...

El capitán visigodo empuja a un hombre vestido pobremente, quizá disfrazado para poder huir. Al levantar la cabeza, Swinthila reconoce en él al judío que, tiempo atrás, le expulsó de su casa en Hispalis. La cara de Samuel ben Solomon, enflaquecida por las privaciones del asedio, palidece pero sus ojos manifiestan una desesperada determinación y conservan el odio que, años atrás, Swinthila encontró latiendo en su mirada. El rey ordena que lo flagelen y lo sometan al potro. Con la tortura confesará la verdad. Él repara asustado en el rey, pero no solicita clemencia; presente que el godo no tendrá compasión. Los hombres del rey lo conducen hacia una empalizada, la prisión del campamento.

Swinthila prosigue dictando disposiciones para la demolición final de Cartago Spatharia. Al mismo tiempo, ordena que todos los bienes saqueados sean entregados a la corona; ni una sola moneda ni una sola joya podrá ser retenida; cualquier robo se castigará con la amputación de las manos. Los hombres protestan, en otras campañas, el botín se ha considerado parte de la paga de los soldados. El rey ha de dominarlo todo, no quiere la más mínima insubordinación, todos deben someterse; quizá después tendrá tiempo de ser generoso con quien le convenga.

Swinthila, rey de los godos, se engríe cada vez más, considerándose a sí

mismo, como el soberano más poderoso que nunca haya regido las tierras que se extienden desde el mar Atlántico al Mediterráneo. Nunca, en la historia de la nación que los griegos llamaron Iberia, los romanos, Hispania y los judíos, Sepharad, un único soberano ha dominado todo el territorio peninsular. El todopoderoso Swinthila se sabe señor de la Hispania y la Gallaecia, de la Lusitania y de la Tarraconense, de las tierras de la Septimania y parte de la Tingitana. Ha dominado a los rebeldes hispanorromanos del sur y Bizancio ha sacado su pie de la tierra de sus mayores.

Además, Swinthila ha encontrado al hombre que posee la clave del misterio que rodea a su familia. Al atardecer, el rey godo se dirige a la prisión del campamento, una cerca en la que se amontonan los prisioneros. Ordena que le traigan al judío. El olor a sangre y a sudor cubre a aquel a quien Swinthila considera causante de la muerte de su padre y de la ruina de su hermano. Ahora se aproxima el momento de interrogarle y conocer los secretos que aquel hombre encierra.

Ha negado ser quien era, pero al reconocer en Swinthila, ahora rey, al que despidió de su casa unos años atrás, tiembla. El rey ordena que le tumben en el potro. La tortura hace a los hombres sinceros:

—¿Cuál es tu nombre?

—Samuel ben Solomon —contesta en voz baja.

Swinthila quiere averiguar todo lo ocurrido desde los tiempos de la guerra civil, cuando aquel príncipe rebelde, Hermenegildo, se levantó en armas frente a su padre, el poderoso rey Leovigildo.

—¿Conocisteis al hermano del rey Recaredo, al príncipe Hermenegildo?

—El judío calla.

A una señal del rey, el esbirro da una vuelta al torno; sale un grito de la boca del judío, que balbucea:

—Sí, le conocí muy de cerca. Él me ayudó. ¡Ojalá él estuviese al frente del ejército godo y no vos!

Ante estas insolentes palabras, el verdugo gira el torno. Samuel grita de dolor.

—Ni en la tortura dejáis de ser insolente... ¿Qué más conocéis del hermano de mi padre?

—Luché con él en Cástulo. Después, yo... yo fui el guardián de la esposa y del hijo de aquel príncipe.

—¿Qué ocurrió con ellos?

—Cuando yo era un hombre joven, Hermenegildo me encargó de la custodia de Ingunda y de su hijo Atanagildo. La guerra civil estaba acabando y parecía desfavorable para el entonces rey de la Bética, Hermenegildo. Embarcamos en uno de los navíos de mi padre con rumbo a Constantinopla.

El judío jadea por el dolor. Se ordena que se suelte un poco el torno para facilitar que hable.

—Me jugué la vida por un godo... por alguien de vuestra familia —llora— y vos me torturáis...

—Sois un traidor, lo sé.

—¡Nooo...! —protesta.

El judío baja la cabeza, calla un segundo y después grita:

—¡Salvé a su hijo! Cuando el barco se hundía, me acerqué al compartimento de Ingunda, el suelo del camarote se había agrietado, ella y su hijo habían caído a la bodega. Ingunda debió de morir al caer, pero el niño aún vivía, estaba llorando en el suelo, magullado. Yo no podía bajar hasta allí pero, desde el techo, logré amarrarlo con una cuerda... —exclama el judío—. Al sacarle, la cuerda fue subiendo por el cuerpo del niño hasta que acabó rodeando su cuello. Miré al niño colgando por el cuello, balanceándose en la soga, amoratado. Recuerdo su mirada, una mirada clara tan parecida a la de Hermenegildo. Juré que me protegería siempre como su padre me ayudó y protegí a mí. Juré que me vengaría de los asesinos de su madre. La soga le laceró el cuello causándole una cicatriz, que persistió por siempre. Después, el Dios de Abraham me ayudó, logramos llegar a la costa sobre las tablas del naufragio que flotaban en el mar. En la Tingitana nos rescataron las tropas del imperio de Oriente. Allí me enteré de la ejecución de Hermenegildo y de la ruina de mi familia, de la muerte de mi padre... Juré que me vengaría de todo lo que fuese godos.

—Conozco bien el resto de la historia —le dice el rey—. Llenasteis de odio la cabeza del hijo de Hermenegildo, que finalmente se enfrentó a mi padre y le causó la muerte.

Swinthila se pasea lentamente alrededor del potro; los soldados y el verdugo callan, no entienden mucho de lo que allí se está revelando, un combate verbal entre el judío y el rey.

—Sois poderoso, un potentado entre los vuestros... ¿Dónde robasteis vuestra riqueza...?

—Conseguí el control del comercio de perlas en el Mediterráneo. El emperador Mauricio me favoreció mucho, por haber conducido al hijo de Hermenegildo a su corte... Después proseguimos el viaje hacia Contantino. El emperador Mauricio acogió al pequeño Atanagildo en su familia, y le llamó Ardabasto. A mí me encargó de su educación...

—También del agradecimiento del tirano Witerico, que os devolvió el favor de haber matado a mi padre.

—¡No...!

—Ah ¿no? ¿Negáis conocer al rey Recaredo?

—Bien sabéis que fui su médico personal...

—Lo sé, confesad ahora cómo procurasteis su muerte...

Los ojos de Samuel, llenos de sangre, llorosos por la tortura, se detienen en el rey. Se incorpora en el potro y con un profundo desprecio, exclama:

—Sé que voy a morir. También sé que no duraréis vos mucho en ese trono de iniquidad e injusticia.

El judío gime ante otra vuelta del torno; después, como si ya todo careciese de sentido, como si su confesión fuese su última arma para hacer sufrir a los que tanto había odiado, ratifica lo que Swinthila y a había supuesto.

—A Constantinopla, llegaron misivas de la reina Brunequila; ella quería recuperar a su nieto para usarlo como arma frente a Recaredo. El emperador Mauricio no lo cedió sino que chantajeó a la reina con el niño. Yo entré en contacto con los legados de la reina, me sobornaron para que consiguiese que el heredero de Hermenegildo volviese a Hispania, a oponerse a Recaredo para recuperar su trono. Así que, cuando aquel niño, al que los bizantinos llamaron Ardabasto y los godos habían nombrado como Atanagildo, se hizo mayor, instigado por mí, quiso vengar a su padre. Solicitó al emperador Mauricio luchar al frente de las tropas en las provincias occidentales del imperio, en Hispania. Ardabasto era un hombre alto, bien formado, e increíblemente parecido a su padre. Se acercaba el momento de mi venganza. Yo lo había educado en el odio y él quería luchar contra Recaredo, el enemigo de su padre. Al llegar a Hispania, dejé a Atanagildo en Cartago Nova y me dirigí a la corte de Toledo. Allí...

Se detuvo para tomar aire, un momento, y después continuó:

—En Toledo pude entrar en la maraña que se cernía en torno a Recaredo porque seguí en contacto con los espías de Austrasia. Su reina quería asesinar a Recaredo y a Liuva para poner a su nieto en el poder. Entre todos, tramamos la conjura para conducir a Atanagildo al trono de los godos. Con mis riquezas y dádivas a la comunidad mosaica conseguí que me hicieran acreditar como sanador, trabajé con el médico real, a quien llegué a sustituir. Así, llegué a ganarme la confianza de la reina Baddo. Ella necesitaba alguien de confianza; a menudo, se sentía sola porque Recaredo, demasiado ocupado con los asuntos regios, no podía acompañarla. A través de Baddo conocí los remordimientos atroces que llenaban el corazón de Recaredo, quien se sentía culpable de la muerte de su hermano Hermenegildo. Fue el momento indicado para poner por obra el plan. Solo tendríamos que esperar que se reanudasen las hostilidades contra los bizantinos. No transcurrió mucho tiempo antes de que aquello sucediese. Yo ya me había dado cuenta del enorme parecido ente Ardabasto y su padre, pero en aquel momento se hizo claro ante mí que podía ser un arma frente a Recaredo. Le expliqué a Ardabasto que Recaredo era el causante de la muerte de su padre y que la sombra de la culpa le perseguía. Así, en lo más crudo de la batalla, luchando contra Recaredo, Ardabasto levantó la visera de hierro que le cubría la cara. El hijo de Hermenegildo me contó después la expresión de horror en la cara del rey, al enfrentarse a aquel que se parecía tanto a su hermano; palideció intensamente, quedándose como agarrotado por el terror al verlo. Ardabasto logró herirle, pero no pudo matarlo. Sus hombres lo rescataron a

tiempo. Tras ese encuentro, Recaredo enfermó de melancolía. Después todo fue muy fácil, la reina Baddo me llamó para curar a su esposo. Le administré alucinógenos y fui debilitando su salud. Se volvía loco. Sufría, sí, sufría mucho.

—¿Le envenenasteis?

—No fue necesario... simplemente favorecí que la enfermedad hiciese su obra... sin aplicarle el remedio oportuno. Algunas noches, hice pasar a Ardabasto a las estancias regias cuando no estaba la reina. Aquello aumentaba el delirio del rey. Pero, en un momento dado, Ardabasto no quiso seguir. Comprendió que aquel hombre no había querido el mal para su padre. El día antes de la muerte de Recaredo me abandonó. Toda la intriga política, que había tramado con la corte de Austrasia, se hundió. Sí, me dejó y regresó a tierras bizantinas, donde le aguardaba la hermosa Flavia, la hija de Mauricio, que llegó a ser su esposa. Fue un error. Un año más tarde tuvo lugar la rebelión frente a Mauricio y toda la familia imperial bizantina murió... Pero yo ya me había vengado.

La furia acumulada en el interior de Swinthila, durante el relato del judío, explota al fin.

—¡Morirás...!

El judío ríe con desesperación, y en su angustia, en su afán de venganza, exclama:

—Lo sé; pero ahora tú también lo sabes. He quebrantado la estirpe baltinga en todo lo que he podido...

—Mi madre sospechaba de vos...

—Solo al final, pero la perra murió ajusticiada.

Swinthila no puede aguantar más, la mención a su madre le conduce a un paroxismo de ira. Entonces grita desahogado:

—¡Te mataré...! Eres una víbora...

Preso de furor, se lanza contra el hombre encadenado; saca su puñal y le atraviesa el pecho. El judío esboza una última sonrisa. Su venganza se ha consumado. Swinthila le da la espalda y abandona iracundo el lugar de la tortura.

Al salir de aquel lugar de horror, el rey godo eleva la vista al cielo, que aparece cubierto por el humo del incendio, nubes sombrías que llegan desde el mar. Swinthila se ha tomado la revancha en aquel que planeó y ejecutó la muerte de su padre; pero, en el interior de su ser, sabe que no le basta, necesita más, necesita más poder, torturar y matar. La venganza se ha apoderado de él como un veneno. Muchos se han enfrentado al mal, intentando rehacer el pasado. Swinthila lo ha hecho, pero el mal a menudo nos consume. A Swinthila lo está deshaciendo por dentro. Siente que necesita alivio y que solo lo encontrará bebiendo de la copa, del gran cáliz dorado que recuperó en las tierras de los astures. Acerca sus labios sedientos al cáliz. Al notar el líquido rojizo y ardiente correr por su garganta y llegar a su vientre, recobra la serenidad; una vez más, el cáliz le embriaga.

El legado del emperador

El sol luce con fuerza sobre las onduladas tierras de la meseta, preludiando la llegada gloriosa de las tropas de Swinthila. Lejano queda ya el día en el que un eclipse cambió el destino del reino de los godos; el día aquel en el que un general godo, perseguido, regresaba a Toledo. Ahora, toda la pompa y todo el boato que un soberano altivo puede organizar para dar un espectáculo ante el pueblo, para consolidar su poder, se representa en las calles de la capital de reino, remarcando la victoria real, como propaganda política. El populacho aclama a los victoriosos soldados godos procedentes del frente bizantino. En las calles se oyen fanfarrias y trompetas; al paso del rey, caen pétalos de flores. El pueblo adulador aclama a Swinthila, quien siente el orgullo del que se sabe invicto. Sin embargo, aquellas gentes no aman a su rey; Swinthila lo sabe, pero no le importa; no quiere la estima de sus compatriotas, solo dominarlos.

En el palacio que corona la ciudad, la reina lo espera. Junto a ella, sobre la amplia escalinata que da acceso al palacio, los hijos mayores de Swinthila: Ricimero y la hermosa Gádor. La hija de Swinthila, una joven alta, de anchos hombros, de mirada diáfana, esboza una sonrisa suave, alegre, al divisar al rey, su padre. La reina no sonríe. Ha llegado a sus oídos la matanza en Cartago Nova. Los labios de Teodosinda, mudos, no emiten una queja, pero su expresión está llena de reproches. No ha perdonado la muerte de su padre, de su joven hermano. Swinthila capta la callada desaprobación de su esposa pero, reconfortado por la copa, no se siente culpable de nada. Junto a la reina, reciben a Swinthila los nobles del Aula Regia y los clérigos. En la comitiva que sigue al monarca, para realzar aún más su gloria, se encuentran los rehenes de alcurnia que fueron apresados en Cartago Nova. Son los que días atrás fueron enviados a la corte como cautivos con objeto de canjearlos por un rescate. Entre ellos está aquel hombre joven de tez morena, el legado del emperador para la provincia bizantina de Spaniae.

Cuando entran en el palacio, las puertas se cierran tras la comitiva real, dejando fuera la multitud vociferante. La reina no habla, no se atreve a enfrentarse al poder absoluto de Swinthila. Ella se da cuenta de que su esposo una vez más ha abusado de la copa, sus ojos son los ojos brillantes de un maniaco.

Habla y habla del futuro de sus conquistas y de la grandeza del reino godo. La reina se desespera viendo a aquel al que ha amado, enloquecido por una dependencia brutal de la copa de poder, del alcohol y de la ambición. Ella lo sabe todo y calla porque le teme; cualquier palabra de reprensión podría excitar la cólera de su esposo.

Solo una persona se opone todavía a Swinthila. Isidoro, obispo de Hispalis, quien, al ser convocado a la corte para ser testigo del triunfo del rey, conserva la fuerza suficiente como para censurar al monarca la represión cruel en Cartago Spatharia, la urbe que le vio nacer. Swinthila escucha pacientemente las palabras del clérigo; para calmarle, para mantener contenta a la Iglesia, promete hacer penitencia. En aquel momento de poder supremo, en el que él, el hijo de Recaredo, ha vencido a sus enemigos, en el momento en que ha de afirmar aún más su soberanía absoluta, no escucha a nadie.

Las fiestas se suceden aquellos días. Bufones y juglares llegan a la corte. Swinthila, pródigo con los amigos, derrocha dones entre ellos, pero también expropia las tierras de los nobles, magnates y obispos que se le oponen, de los enemigos de la casa baltinga, de los que forman parte de las castas aristocráticas y se enfrentan al linaje real. Las continuas revueltas nobiliarias son sofocadas sin piedad por Swinthila. Cada vez son más los prohombres del reino que huyen a la región de la Septimania, donde se unen a la resistencia armada que encabeza Sisenando. Ante este hecho, Swinthila se encoge de hombros; no le preocupa, está convencido de su invulnerabilidad, de la imbatibilidad que le proporciona la copa de poder. Nadie podrá derrotarle.

En una de aquellas fiestas en las que Toledo arde en luces, y en las que el palacio está lleno por la nobleza del reino; el legado imperial se acerca repetidamente a una doncella de cabello claro. Son jóvenes y parecen entenderse bien. Las dueñas, que rodean a la dama, les vigilan, pero les dejan hablar un tanto retirados del resto. Ella le sonríe con sus ojos de color verde agua, él la embruja con una mirada oscura. Pronto ella prorrumpie en carcajadas, una risa nerviosa provocada por la excitación que siente ante aquel hombre joven que la corteja. Al principio ella se sentía tímida, hasta el punto de resultarle difícil hablar. Pero ya no, ya no le intimida conversar con él de las cosas que a ambos les interesan; mientras que él, en la soledad forzada de su cautiverio, descubre el goce del amor a su lado. En los últimos tiempos, ante la complicidad de las dueñas del palacio, se cuentan naderías o se miran sin hablar pero, más a menudo, ríen por todo y por nada.

La fiesta prosigue, un hombre acompañado de un laúd entona una larga balada sobre las victorias del gloriosísimo rey Swinthila. Los comensales aplauden. Muchos se acercan al rey para adularle a fin de conseguir mercedes. Le cansan, la velada se prolonga, y el rey se levanta, retirándose a sus aposentos.

A su paso, todos se inclinan reverenciándole. Hace calor, o quizá Swinthila se

encuentra enfebrecido, necesita una vez más beber de la copa. Cruza una galería y se asoma a una balconada abriendo las jambas de madera de la ventana que chirrían; ante él se abre un cielo oscuro y estrellado. El fresco de la noche le sosiega. Desde allí, se entretiene admirando la ciudad en fiestas, llena de luces, los jardines del palacio alumbrados por mil antorchas. Muy a lo lejos, más allá del río, hay movimiento de tropas en el camino que conduce a la ciudad; seguramente serán las que vienen del valle del Ebro, allí hay problemas con los vascones. Swinthila se pregunta: « ¿Nunca lograré la paz? » .

Suspira y dirige la vista hacia los jardines de la fortaleza. El palacio de los reyes godos está en calma. La luna amanece a lo lejos, en el horizonte, desdibujando las luces de las estrellas. Desde un balcón en el que todo lo domina, Swinthila se entretiene viendo bailar a las parejas jóvenes de la corte. Entre las mujeres descubre a su hija. Se da cuenta de que es ya una mujer casadera, aprecia orgulloso su hermosura. Desde su mirador el rey distingue cómo ella danza una y otra vez con el mismo joven. Él pone su mano en la cintura de ella. Los movimientos de ambos son suaves y armoniosos. Callan. Él se inclina hacia ella. Entonces Swinthila le reconoce, es el legado del emperador. Ha permitido que el rehén acuda a las fiestas de palacio para que pueda apreciar la magnificencia de la corte de Toledo y, cuando sea pagado su rescate, difunda la gloria del reino visigodo, pero ahora Swinthila piensa que el bizantino se está extralimitando con su hija. Se despiertan los celos en su corazón de padre al ver a Gádor, su adorada hija, feliz en los brazos de un hombre joven; por lo que monta en cólera y se retira del balcón. De inmediato busca a alguien sobre quien desahogar su ira; le echa la culpa a Teodosinda. Enfurecido, se dirige a la cámara real, desde donde la hace llamar. Mientras la espera recorre de un lado a otro el aposento, bramando: « La simple de mi esposa no entiende que es peligroso dejar en libertad a una joven doncella, y permite que Gádor coquettee con un joven que, políticamente, no nos conviene » .

Un correo se hace anunciar, proviene del obispo Braulio de Cesaraugusta. Es un largo pergamino en el que el prelado de la ciudad le informa de la situación crítica que atraviesa la urbe y las zonas circundantes; bandas de vascones infestan el valle del Ebro, han causado cuantiosas pérdidas en la zona, y se han atrevido a cercar la ciudad.

Los vascones han supuesto siempre un aguijón para los godos, quienes los consideran como un pueblo primitivo de lenguaje ininteligible, un pueblo nunca plenamente romanizado, gentes salvajes, que viven del saqueo y la rapiña. El rey decide que aquello debe acabar, da órdenes a los gardingos reales para que al día siguiente se convoque un consejo de guerra, que prepare una nueva y victoriosa campaña; esta vez contra los vascones.

Cuando se retira el correo, Swinthila abre el cofre que siempre viaja con él, tachonado en oro y con una cerradura muy labrada. De él saca la copa..., ¡qué

hermosa es! La besa como su más preciado tesoro. Se arrodilla ante ella, después la manosea y la llena de un vino rojizo, parece sangre. Consume ávidamente su contenido hasta ver el fondo dorado del cáliz de poder. Recuerda que hay otra copa de ónice, pero él no necesita más; la de oro le sacia por completo. Swinthila se siente fuerte. Ahora cada vez más está sometido a su influjo, precisa beber y beber de ella para mantener su vigor; cuando por algún motivo ha de espaciar las libaciones, nota cómo su energía mengua. A la par que su necesidad de beber se acrecienta, el color de su piel se va tornando amarillento y su mirada a menudo es vidriosa.

No bien ha terminado de guardarla en el cofre, se escuchan unos pasos suaves. La reina se introduce, sin hacer apenas ruido, en las estancias reales, inclinándose ante su esposo. Al levantar la vista, Teodosinda se da cuenta de que él ha bebido y ella, que nunca alza la voz, que no se opone a los gustos del monarca, le advierte con dulzura:

—Bebéis demasiado, os estáis haciendo daño...

—Yo sé lo que me conviene... —le responde agriamente Swinthila.

Teodosinda, amedrentada a la vez que inquieta por él, le susurra:

—Es esa copa. Os va comiendo el alma...

—¡Soy el rey! ¡Hago lo que me place y no debo dar cuentas a nadie! Esta copa es la que consigue que nunca haya sido vencido, la heredé de mi padre para lograr el poder.

—¡Ya lo habéis conseguido! Ahora debierais guardarla y destinarla al culto para el que se forjó. —Teodosinda se detiene unos instantes—. Sé que tiene poder... pero ese poder puede destruir al que abusa de él. Mi padre... mi padre... sé que murió por haber bebido de la copa.

Swinthila piensa en cómo es posible que ella pueda conocer el secreto de la muerte de Sisebuto. Ella, Teodosinda, le sorprende siempre, aparentemente parece que solo le preocupan los asuntos domésticos, que es de menguada inteligencia, pero no es así. Teodosinda penetra en todo con perspicacia. Le conoce muy bien. Detesta la actitud prepotente del rey, su afán de guerrear siempre, su crueldad. Le ha amado esperando que quizás algún día él cambiaría; porque ve en él al hombre fuerte y enérgico a la vez que justo, que Swinthila hubiese podido llegar a ser si no hubiese sido herido desde la infancia. Siempre desde los tiempos en los que ambos eran jóvenes, ella había supuesto que, en un futuro, todo sería distinto. Quizá cuando sea nombrado general, quizá cuando tenga un hijo, quizá cuando venza en una u otra campaña guerrera, pensaba ella. Sin embargo, todo eso ha sucedido y Swinthila persiste en su actitud. Sin embargo, ahora ella se da cuenta de que hay algo más. Es la copa, sí, la copa con la que se embriaga continuamente, la que le ha embrujado. Ella desespera ya de que algún día pueda llegar a ocurrir una transformación en su esposo, ha perdido toda confianza. Es más, los múltiples desprecios y desdenes la han herido

profundamente; por lo que busca que, de alguna manera, él escarmiente. Sin embargo, se acobarda ante la fuerza del que es su dueño y señor.

Teodosinda ha sacado de quicio al rey una vez más; Swinthila vocifera, haciéndole sentir toda su furia:

—¡Basta ya de insolencias...! No sois vos quien tenéis derecho a reconvenirme, sino al contrario, soy yo el que debe censuraros. Es vuestra obligación guardar la honra de vuestra hija. He visto a Gádor con el joven bizantino. Su comportamiento con el legado imperial es indecoroso.

Teodosinda enrojece pero, armándose de valor, decide que debe confesarle lo que Gádor y el legado del emperador le han propuesto, aún exponiéndose a la cólera real.

—Él quisiera contraer matrimonio con Gádor. En vuestra ausencia, me ha pedido su mano.

—¿Que le habéis dicho...? —grita él, profundamente airado.

—Que lo consultaría con vos. Creo que Gádor ya tiene edad para contraer matrimonio...

—¿Con un extranjero...? ¡Estáis loca...!

—Ardabasto no es un extranjero, proviene de una familia goda y ha sido criado por el emperador. Emparentaríamos con el más poderoso de los soberanos de nuestra época.

Al oír aquel nombre, Ardabasto, Swinthila se paraliza, enfocando fijamente la suave carita de su esposa, sus pequeñas arrugas, sus ojos atemorizados, y pregunta con voz mucho más serena:

—¿Ardabasto...? Decís que su nombre es Ardabasto...

—Sí, Octavio Heraclio Ardabasto... ¿Por qué...? ¿Qué ocurre?

—Ese nombre está ligado a la muerte del rey Recaredo... —le dice el rey godo sombríamente.

Swinthila comienza a atar cabos. Por un lado, Ardabasto es un nombre griego como cualquier otro. El hijo de Hermenegildo, al parecer, fue asesinado, y el legado imperial es demasiado joven; el hombre al que se enfrentó Recaredo en el sitio de Cartago Nova tendría que tener ahora al menos cincuenta años. Sin embargo, en las palabras del judío había algo oculto... ¿Por qué estaba el judío en Cartago Nova? ¿Buscaba a alguien? ¿Quizás al legado?

El rey, con gesto brusco, despide a Teodosinda, no quiere hablar más con ella, le indica ásperamente que vigile a su hija. Durante largo tiempo, atraviesa a grandes zancadas la cámara real, de un lado a otro, encolerizado y rabioso con la actitud insolente de su hija y de su esposa. A la vez, sorprendido e intranquilo por la coincidencia de nombres del legado bizantino. Tras unas horas de divagar, exhausto, se tumba en el lecho sin casi desvestirse. Un criado intenta ayudarle, pero el rey le despide. El hecho de haber bebido de la copa le produce ahora una intensa somnolencia. Duerme y, en su sueño, ve a Liuva en un barco, en medio

de una tempestad, que le mira con la misma expresión vacía, sin luz, de siempre.

La luz del amanecer hiere el rostro de Swinthila, retornando a su mente lo ocurrido la noche pasada. Tras ser revestido por los criados, desayuna con frugalidad y se prepara para el consejo.

Cuando penetra en la sala donde se reúne el Aula Regia, se ve rodeado inmediatamente por nobles, duques y condes de palacio, están también presentes los gardingos; todos ellos hombres experimentados en mil campañas, que desean la guerra. Sin embargo, esta vez no será como la campaña contra los bizantinos; en Cartago Spatharia el botín fue abundante. ¿Qué les pueden ofrecer unos vascones desarraigados que viven guarecidos en las montañas? La lucha contra los vascones será difícil y sin la recompensa de otras expediciones. Sin embargo, Swinthila no puede consentir que alguien se levante contra él y contra su reino; piensa que cuanto más les sea tolerado a aquellos hombres sin ley, a más se atreverán. Movilizará todo el ejército contra ellos, pero al mismo tiempo sabe bien que aquello no será el final de las tierras vascas; no está tan lejano el reino de los francos, sus proverbiales enemigos. La campaña continuará atacando a los francos, de quienes podrán obtener un buen botín. Es así como Swinthila decide iniciar una nueva guerra. Muchos de los asistentes al Aula Regia están de acuerdo, son hombres que se encuentran en su elemento en el frente de batalla.

Al término de la reunión, el rey les indica que su hijo Ricimero los acompañará al frente de las tropas, que deben servirle y obedecerle como si de sí mismo se tratase, porque será asociado al trono como su sucesor. Algunos aclaman a su príncipe, otros no dicen nada. Están molestos. Pertenecen a la facción nobiliaria, la que busca que el nombramiento real sea electivo para así poder tener opción al trono.

Los preparativos para la guerra mantienen al rey tan ocupado que no puede entrevistarse con el legado bizantino hasta pasados varios días. Mientras tanto ordena que sea puesto bajo custodia y que nadie ose acercarse a él.

El día antes de la salida contra los vascones, Swinthila recibe al legado. Es un hombre alto, bien parecido, con ojos muy oscuros rodeados de pestañas espesas y cabello negro como la pez. Por su aspecto y complejión, podría ser un hombre del sur de Hispania. Es un hombre altivo, de aspecto orgulloso.

—¡Habéis puesto bajo custodia al legado imperial...! —le dice el bizantino al entrar—. Mi cargo merece respeto, represento al emperador. Al insultarme a mí, insultáis al soberano más poderoso del mundo...

—Vuestro cargo quizá merezca un respeto, pero vos —le dice— me habéis engañado...

Él no entiende de lo que el rey le está hablando; después Swinthila prosigue:

—¿Quién sois...?

—Mi nombre es Octavio Heraclio...

—¿Cómo os llaman...?

—Ardabasto.

—Un nombre griego...

—Lo es.

—Mi esposa me ha dicho que vuestra familia es goda.

—De niño perdí a mi familia. En la revuelta de Focas asesinaron a todos los hijos del emperador Mauricio, entre los que se encontraban mi padre y mi madre. Una criada consiguió esconderme y salvarme; me envió a la Tingitana, allí fui criado por el exarca de África, Heraclio, quien me adoptó. Ahora, Heraclio se ha convertido en emperador. He venido a Spaniae en calidad de embajador del imperio y porque quería conocer los orígenes de mi familia. Un hombre...

Swinthila le escucha estupefacto. Antes de que acabe le interrumpe. Todo parece concordar, así que le pregunta a bocajarro:

—¿Cuál es el nombre de vuestro padre?

—Mi padre entre los bizantinos fue llamado también Ardabasto, mi madre era Flavia Juliana, hija del emperador Mauricio.

—¿Vuestro padre era godo?

—Sí. Lo era...

—¿Su clase...? ¿Su estirpe?

Ardabasto permanece durante unos segundos en silencio.

No quiere mentir.

No sabe cómo va a reaccionar aquel rey prepotente y tiránico ante la verdad.

Al fin, con valentía confiesa:

—Mi padre poseía el nombre godo de Atanagildo, era hijo de Hermenegildo, quien fue rey de la Bética.

Al escuchar aquellas palabras Swinthila explota furioso:

—Hermenegildo no fue rey de la Bética, fue únicamente un traidor. Vos habéis venido para conspirar contra mí. No merecéis vivir.

Inmediatamente, Swinthila hace venir a la guardia.

—Llevaos a este hombre de mi presencia y custodiadlo bien. Reo es de muerte por alta traición.

Ardabasto, sumido en la angustia, cala el odio y el despotismo del rey godo, se da cuenta de que está delante de un hombre al que nada detiene, que jamás ceja en sus propósitos; un hombre para quien él solo significa un obstáculo a su poder absoluto, por lo que no dudará en matarle.

Swinthila ordena que se le conduzca a un calabozo hasta su regreso. Su suerte está echada, pero antes el rey desea saber más. Hay muchos pormenores ocultos en la figura del bizantino. Le interrogará más a fondo cuando él, Swinthila, regrese victorioso de su campaña contra los vascones.

La campaña contra los vascones

Cuando finalizan los preparativos, el ejército godo sale de la urbe regia de Toledo en una marcha triunfal. En medio de los generales, el príncipe Ricimero. Es un chico aún enclenque; la nobleza no está conforme con esta decisión. La reina Teodosinda se despide de él entre lágrimas, al oído le indica algo; él afirma con la cabeza.

Pronto dejan la ciudad atrás.

El camino hacia Cesaraugusta atraviesa la llanura por las antiguas calzadas romanas. Dejando Titulcia^[31] atrás, alcanzan Complutum^[32], una ciudad cuadrangular y amurallada en una planicie; allí pasan la noche. Swinthila ordena que se requisen dos tercios del ganado de la ciudad y la mitad del grano para aprovisionar a las tropas. Se alzan lamentos de las casas de los labradores, no hay piedad. El pueblo debe colaborar con la guerra.

En dos jornadas llegan a Bilbilis^[33]; la antigua ciudad de los lusones, la patria del poeta Marcial, encaramada a un cerro; desde allí, a un día de marcha alcanzan Cesaraugusta. En una fértil planicie, se alza la ciudad junto al río Ibero. Los restos romanos han sido fortalecidos por una imponente muralla, que ha resistido al empuje de los vascones, el ataque de vándalos y alanos, y a las sucesivas luchas contra los francos.

Al acercarse, desde el alto de la Muela, los godos ven los campos, quemados por la furia del enemigo, pero ya no hay rastro de él. Los vascones han huido ante el ejército godo que avanza. Braulio, obispo de la urbe, y su máxima autoridad política, sale a recibir al ejército a las puertas de la muralla. Es un hombre maduro, de rostro recio, como cincelado por un herrero.

—Los vascones quieren recuperar sus tierras... dicen que el valle del río Ibero perteneció a sus antepasados y que es suyo —explica Braulio—. Si ellos no pueden poseerlo, impedirán que nadie lo haga. Además viven de la rapiña. Mi señor..., ¡debéis poner fin a esta barbarie! Roban, destrozan las cosechas, se llevan a las mujeres.

—¿Dónde están ahora...? —pregunta Swinthila.

—Al conocer que vuestro ejército se aproximaba huyeron a las montañas.

—Iré a cazarlos como a ratones en su madriguera...

—Necesitaréis alguien que os guíe... Las montañas vascas son difíciles de penetrar para el que no las conoce. Estarán ocultos en los montes, para tenderos emboscadas a la menor oportunidad. Los vascones son muy valientes, guerreros inteligentes y muy bravos, extremadamente temerarios en la defensa de su tierra.

—¿Conocéis a alguien que pueda servirnos de guía?—pregunta el rey.

—Quizá sí; pienso ahora en una persona en quien podéis confiar, es un renegado, un hombre que odia a los vascones, siendo como es uno de ellos. Será un buen confidente, alguien que os pueda guiar por los vericuetos que solo ellos conocen...

Braulio hace que venga el guía, un hombre que ha sido expulsado de las tierras vascas por querer comerciar con los godos. Se rebeló frente a los jefes de los vascones y ha sido expulsado del territorio. Le han destruido sus tierras y propiedades, matando a su familia. Quiere vengarse. Los conoce bien porque es uno de ellos.

—Nunca os atacarán en campo abierto... —expone claramente.

—¿Entonces...?

—Debéis ir destruyendo, uno a uno, los principales puestos de combate, las haciendas de los cabecillas... Yo os guiaré. No necesitáis emplear todo el ejército, debéis dividirlo e ir atacando los lugares que os indico. Lo mejor es atacar a la vez en muchos puntos con dureza y sin piedad, para que no puedan ayudarse entre sí.

El rey decide actuar según las indicaciones del renegado; divide el potente ejército godo en varias escuadras, cada una de ellas debe atacar por separado los distintos puestos enemigos, los refugios en las montañas, casi fortalezas donde se resguardan los jefes de los vascones. El ataque se hace simultáneamente, en una maniobra perfecta, de tal forma que los distintos grupos vascones queden aislados. Swinthila ordena destruir todas las guaridas de los rebeldes. Pone a Ricimero al frente de uno de los batallones, es su primera salida a la guerra; y el muchacho lucha enardecido, destrozando a sus enemigos.

La victoria es total, se obtienen numerosos rehenes que son sometidos y utilizados para la reconstrucción de la antigua fortaleza de los iberos sobre un altozano, Oligitum^[34]. Los rebeldes vascones apresados en la campaña, esclavizados y sometidos con dureza, se revuelven contra sus captores, pero Swinthila no tiene piedad.

El rey godo envía a Ricimero a Cesaraugusta para comunicar la victoria y preparar su entrada triunfal, mientras él permanece al frente de las obras de la nueva ciudad. Será una urbe como Recópolis, la ciudad que Leovigildo construyó a Recaredo, una ciudad que se recordará a lo largo de la historia. El rey hace que los hombres trabajen a destajo, supervisando personalmente los planos y las

edificaciones.

Al fin, ordena el regreso a Cesaraugusta. Al llegar, las campanas de las iglesias repican con fuerza cantando la gloria y la alabanza del rey de los godos, el glorioso rey Swinthila, nunca derrotado por sus enemigos.

Una nueva victoria, la copa le protege.

Swinthila anhela verla, beber de ella. Por lo arriesgado de la campaña, la ha dejado oculta en Cesaraugusta, y al rey no gusta separarse de su más preciado tesoro. Ha conseguido vencer a todos sus enemigos. Piensa que él, Swinthila, es invulnerable, desea beber una vez más de la copa de poder; por ello, con paso firme penetra de prisa en las estancias reales del palacio godo de Cesaraugusta, abre el cofre que contiene lo más valioso de su reino.

El cofre está vacío.

El rey godo busca el cáliz sagrado con desesperación, llama a la guardia y nadie sabe nada. Ordena que torturen a todos los que han custodiado la cámara real, pero ninguno confiesa nada a pesar del tormento. Nadie ha visto nada. La copa se ha desvanecido. Alguien se ha atrevido a penetrar en las habitaciones del rey, alguien que no ha sido visto por nadie. Swinthila solo logra averiguar que un hombre ciego con la mano cortada estuvo en la ciudad y se acercó al palacio. Ordena que lo busquen, pero se ha desvanecido sin dejar rastro.

En las torres

Ardabasto ha sido encerrado en un aposento dentro de una de las torres que coronan el palacio de los reyes godos. Una estancia amplia, como corresponde al legado imperial, constantemente vigilada por la guardia. Se abre a una gran terraza cuadrangular, desde la que se ve el Tagus, y se divisan las otras torres y los torreones de vigía ornados con gallardetes y banderas. En el cielo límpido de Toledo no cruza una nube. Los gorriones y alguna golondrina, que ha labrado su nido en la pared, lo acompañan. En una de las esquinas de la terraza hay una antigua garita de vigía que no se utiliza desde hace años.

Ardabasto quiere huir de aquel lugar.

La conversación con Swinthila le ha sumido en una angustiada zozobra, la gélida mirada del rey se ha clavado en su mente, recuerda una y otra vez la crueldad que el monarca ejerció contra sus compatriotas en Cartago Spatharia; es bien conocida la fama de Swinthila de hombre despiadado. No, Ardabasto no quiere morir, no ahora, cuando todavía no ha cumplido la misión a la que ha venido a aquellas tierras. Desea huir de aquel lugar cada vez más peligroso, en el que se consume de ociosidad, un lugar que puede ser la antesala del patíbulo.

El bizantino va examinando las estancias que constituyen su prisión piedra a piedra, madera a madera buscando un lugar por donde escapar. Podría descolgarse por la almena, pero el precipicio se abre sobre el Tagus, por allí no hay salida, el río se despeña al sol, sus aguas refulgen; las rocas rodean la corriente, amenazadoras. En el terrado, desde donde Ardabasto divisa el río, hace calor, un calor abrasador. Para aliviar un tanto el sofoco, el bizantino busca la sombra del antiguo torreón del vigía, abre la puerta y se introduce dentro. Es un lugar estrecho, no huele bien. En la garita solo tiene cabida un pequeño catre desvencijado, detrás del cual se abre una portezuela. El legado retira las maderas del catre e intenta abrir la puerta; ha sido clausurada, claveteada con dos estacas. Ardabasto es un hombre fuerte, acostumbrado a combatir. Tras varios esfuerzos, la puerta cede y se abre a un pequeño pasadizo oscuro, por el que posiblemente tiempo atrás se realizaría el cambio de guardia. Baja torpemente unos escalones apoyándose en la pared; todo está oscuro, la luz que queda a sus espaldas, poco a poco, suavemente va desapareciendo. El antiguo pasadizo es una rampa que

desciende hacia las murallas del alcázar, el bizantino avanza lentamente con suma precaución, el corredor tuerce hacia la izquierda. Al final, el pasadizo está cerrado. Ardabasto, tras su inicial desilusión, comienza a palpar las piedras con las que lo cegaron tiempo atrás, aprecia que son de mediano tamaño y que no están pegadas entre sí por argamasa. Extrae una piedra sin dificultad; después, poco a poco, durante horas, va retirándolas pacientemente, una tras otra. Al final, una luz tenue se introduce por el hueco que ha conseguido abrir entre ellas.

Se hace tarde y, si sus carceleros entran en el aposento donde ha sido encerrado, no tardarán en descubrir que ha encontrado una salida. Vuelve ágilmente sobre sus pasos; al llegar a la terraza, el sol descendiendo sobre el Tagus, lo deslumbra con sus últimos rayos.

Día tras día, Ardabasto va quitando las piedras que obstaculizan la luz del túnel y las arroja, por la noche, al barranco. Finalmente, logra un hueco que es capaz de atravesar. Más allá de la oquedad, hay una puerta con una pequeña reja, desde donde divisa la guardia haciendo la ronda por las almenas. Acecha hasta que se alejan y entonces intenta una vez más abrir la puerta. No cede al primero ni al segundo intento. El bizantino debe cejar en su empeño porque de nuevo se acerca la guardia. Quieto, escucha el paso rítmico de los soldados que, al fin, se alejan de nuevo. Una y otra vez vuelve sobre su objetivo, el hierro enmohecido de los goznes cede al fin haciendo un ruido chirriante.

Camina, agachado por el adarve de la muralla, durante un espacio de tiempo que le parece eterno. El sol calienta fuerte, pero él se resguarda bajo el murete que protege a uno y a otro lado el adarve o tras alguna almena, evitando de este modo ser visto. Corre deprisa, pero sin rumbo. El alcázar es un laberinto, cruza de una torre hasta la siguiente. Se da cuenta de que no está llegando a ningún sitio, puede ser descubierto en cualquier momento; sus vestiduras, las de un oriental, le delatarán.

Es entonces, tras un tiempo en el que se ha cansado de caminar por las almenas, sin encontrar la salida y con el temor de que su ausencia sea descubierta por la guardia, cuando un sonido distinto hace que se ponga en tensión. Más allá, abajo, en el interior del castillo de los godos, oye unas voces, voces femeninas que ríen. Desde lo alto de la muralla, intenta divisar de dónde provienen. En la parte baja del castillo hay un hermoso jardín, con rosales y vides emparradas. Una mujer joven alza sus brazos para recoger las rosas, mientras su pelo claro le cae hacia atrás. Al descubrirla Ardabasto se queda absorto durante un segundo; ella es la hija de Swinthila; después la contempla ávidamente, quizá no pueda volver a verla nunca más.

Escucha ruidos tras de sí, de nuevo avanza la guardia. Desde el jardín donde está Gádor unas escaleras de piedra suben hasta el adarve, semiocultas entre plantas trepadoras. El bizantino desciende por ellas, ocultándose entre la hiedra hasta llegar al suelo de aquel patio ajardinado.

Gádor se gira al escuchar el ruido y, al verle, su hermoso rostro enrojece. Los ojos de la princesa goda se abren asombrados. Él se lleva un dedo a los labios, mientras que con la mirada le ruega que guarde silencio y que le oculte. Gádor sabe que, en cualquier momento, entrarán sus compañeras. Con un gesto le indica que la siga conduciéndole hacia una pequeña abertura en el muro, tapada por la hiedra. Allí guardan sus aperos los hombres que cuidan el jardín.

—¿No os mováis de aquí...! —le indica ella en un susurro.

Fuera se alzan voces femeninas preguntando por la hija de Swinthila. Ella las distrae con una excusa banal y logra que se ausenten de nuevo. Después entra en el improvisado escondite de Ardabasto.

—¿Estáis bien? En la corte se rumoreó que queríais alzaros contra el rey... que ibais a ser condenado a muerte. Yo... Yo estaba muy asustada, muy preocupada por vos.

—Vuestro padre quiere matarme.

—¿Cómo es posible? ¿Qué habéis hecho?

—Nada —responde él—. El rey Swinthila ha descubierto quién soy realmente y piensa que puedo ser un competidor. Gádor, necesito vuestra ayuda. Necesito que confiéis en mí.

—¿Quién sois realmente? —le pregunta inquieta.

—Procedo de la casa real baltinga, descendiendo de Hermenegildo, para algunos de los godos, un rebelde y un usurpador; pero para muchos, un mártir y el verdadero rey de los godos. Vuestro padre sabe bien que aún hay gentes que guardan su recuerdo y teme que haya venido a Hispania a recuperar mis derechos, como una vez lo hizo mi padre...

—¿No es así...? —dice ella.

—No. No deseo el poder. Los godos me son ajenos. Yo pertenezco al Imperio romano oriental. Mi misión es otra.

En frases cortas y rápidas el bizantino le revela todo su pasado y el verdadero motivo por el que ha llegado a las tierras hispanas. Así, ella va conociendo la infancia de él en la Tingitana, en las provincias bizantinas del norte de África; donde creció con la familia del exarca de Cartago, Heraclio. Siempre supo que no era hijo de Heraclio; pero su minoría de edad transcurrió tan plácidamente como era posible en aquellos agitados tiempos. Sabía que sus padres habían sido asesinados en la rebelión de Focas, pero en la familia de Heraclio no le educaron en la venganza sino en el olvido y el perdón.

Cuando Ardabasto no había cumplido los diez años, ante los actos de terror perpetrados por el tirano Focas y los extensos territorios perdidos ante los persas, ante la invasión de los Balcanes por ávaros y eslavos, Heraclio armó una flota que puso rumbo a Egipto, donde se le unió la armada local. Desde allí, partió hacia Constantinopla, reclutando seguidores, especialmente del partido de los verdes^[35], que odiaban a Focas. Una vez en Constantinopla, derrocaron al

usurpador, asesino de Mauricio y su familia, lo ejecutaron, y derrumbaron la estatua del tirano en el hipódromo.

El exarca de Cartago fue proclamado emperador en el momento más difícil de Bizancio, cuando la situación en todos sus frentes era absolutamente desesperada. Sin embargo, Heraclio salvó la crisis y fortaleció el imperio. Ardabasto creció en Constantinopla y se adiestró en el ejército bizantino, llegando a ser un alto oficial; combatió con el emperador en los diversos frentes que constantemente se abrían en uno y otro lado del imperio.

En el extremo más occidental de los dominios bizantinos, en el Levante hispano, Cartago Spatharia estaba siendo acosada por los godos. Heraclio quiso enviar allí a alguien de su total confianza, como legado y gobernador de la provincia bizantina de Spaniae. El elegido fue Ardabasto, siendo como era, un hijo para él. Antes de partir para Cartago, el emperador le entregó unos viejos legajos. Eran pergaminos antiguos, cartas de su abuelo Hermenegildo, dirigidas a Atanagildo, su padre. Aquellos documentos eran enigmáticos y oscuros, hablaban de una copa sagrada. Se referían una y otra vez a la reina de los francos, Brunequilda, que iba a ser su aliada. Revelaban también que una abadesa, Florentina, en la ciudad de Astigis, conocía el secreto de una copa de poder. Se decía que el destino de la familia de Atanagildo estaba ligado a una copa, el cáliz sagrado que les conduciría a la verdad y al bien. Cuando Ardabasto lo encontrase debería reintegrarlo a un lugar del norte de Hispania. Por eso, él había venido a aquellas tierras, buscando cumplir su misión.

Además de los documentos de su abuelo, Ardabasto encontró una carta, como una confesión, de su padre, Atanagildo. En él hablaba de que alguien le había engañado incitándole al mal, a la venganza; pero ahora, en el momento en que escribía la carta, Atanagildo ya sabía que no había nada que vengar. Solo cabía cumplir el destino de la copa y entregarla a los guardianes designados por el Hado, los monjes de Ongar, en la cordillera cántabra en el norte de Hispania.

Por lo tanto, Ardabasto había llegado a la Spaniae bizantina decidido a encontrar la copa. Pero..., ¿cómo encontrarla? Él no la quería para sí. Era inmensamente rico. Al ser por vía materna el único descendiente del asesinado emperador Mauricio, Heraclio dispuso que heredase los bienes que pertenecían a la familia del finado.

Tampoco buscaba el poder, Ardabasto era fiel al emperador Heraclio, como un padre para él. Amaba su ciudad, Constantinopla; no quería sumarse a los destinos de los godos.

Los ojos de Gádor relucen al oír aquella antigua historia.

—Yo os ayudaré... —le asegura.

Él siguió diciendo que no quería ponerla en peligro, pero ella le interrumpió con decisión.

—Sí. Yo os ayudaré. El palacio es un laberinto, pero conozco bien las salidas

y recovecos, sé cuándo tienen lugar los cambios de guardia. Necesitaréis ropas y algo de dinero para poder huir. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—A través del torreón del vigía...

Ella sonríe.

—Hace tiempo, mi hermano Ricimero y yo exploramos el palacio, esos pasadizos de los torreones fueron cegados cuando se alzó la torre del alcázar y la vigilancia subió a un piso superior, pero se pueden abrir. Regresad a vuestra prisión. Yo prepararé la huida.

Él se acerca, asiéndola por los hombros. La huida significa la libertad, pero también la separación, y ahora él, al reencontrarse de nuevo con ella, no se siente capaz de abandonarla, intuye de un modo confuso que los destinos de ambos están unidos.

—¡Huid conmigo! —se atreve a pedirle.

Ella con firmeza le retira las manos de sus hombros, después se dirige a él muy seria, con la tristeza latiéndole en la voz.

—No. No debo; no me pidáis eso.

Después da unos pasos hacia atrás y le ordena:

—¡Esperadme aquí oculto! Y, por favor, no os mováis. Quiero ayudaros.

Con ligereza sale del pequeño cuarto en el que habían mantenido esta conversación. Al cabo de un tiempo, que a Ardabasto se le hace eterno, regresa con una capa de algún soldado de la guardia.

—¡Cubrios! —le dice.

Salen del escondrijo, vestido con la capa goda. La princesa le acompaña hasta la entrada del corredor junto a las almenas. Al cruzarse con la guardia, estos solo ven a la princesa goda seguida por un hombre con una capa de la Guardia Real.

—Volved mañana al jardín del palacio antes de la puesta del sol... —le dice.

Ya dentro de su prisión, Ardabasto se siente, ahora, animoso. Cae la noche. El legado se acuesta y entra en un sueño intranquilo, ve la ciudad de Constantino que le aguarda más allá, en el otro extremo de Mediterráneo, y le parece divisar a Gádor, reflejándose en el estanque del palacio de la ciudad del Bósforo.

Al alba se dirige al torreón; allí alguien —él sospecha muy bien quién es— ha dejado el atuendo completo de la Guardia Real, monedas de oro y unas joyas.

El día pasa lentamente para el prisionero. Recorre la celda de un lado a otro, caminando nerviosamente. Cuando el sol comienza a descender sobre el horizonte de la meseta, Ardabasto se viste con el uniforme de la guardia, recoge unas cuantas pertenencias y aquellas cartas, tan queridas para él, que hablan de su destino; después, sale del torreón, cruzando el adarve sin ser reconocido.

Baja la escalera que conduce al jardín. Gádor no ha llegado aún. El patio vacío se llena de las sombras del atardecer. Ardabasto escucha un ruido y se esconde en aquel cobertizo que utilizan los jardineros, esperando a que ella

aparezca. Al poco tiempo, una figura blanca y suave surge entre los macizos de mirto y las rosas. Unas vestiduras de tela muy fina se balancean, movidas por el viento de la tarde, que parece querer abrazar a la princesa. Camina suavemente sin hacer apenas ruido, moviendo las largas sayas y las amplias mangas del vestido; un fino cordón dorado le realza el pecho. El cabello del color del trigo maduro, rizado y largo cae sobre su espalda hasta alcanzar la cintura. La piel de Gádor es muy blanca, con un color suavemente rosado en las mejillas, la nariz recta y firme, marca sus rasgos, dotándola de una expresión de determinación. Ardabasto no se mueve de su escondite contemplando su belleza. Ahora que quizá no vuelva a verla, el legado desea grabar en su mente el hermoso rostro de Gádor, su airosa figura, para no olvidarla cuando esté lejos.

La princesa dirige la vista a uno y otro lado, con precaución. Ardabasto se da cuenta de que lo está buscando y que en sus ojos late un punto de tristeza. Bruscamente, él irrumpe desde su escondite. Ella da un respingo exclamando:

—Me habéis asustado.

—No debéis temer de mí.

De nuevo, ella examina lo que les rodea asegurándose de que no haya nadie cerca, le dice en un susurro:

—Debemos esperar a que caiga el sol para que no os descubran. Venid conmigo.

Le indica que la siga. Al fondo del jardín hay un lugar cerrado por arrayanes y macizos de flores; tras él se abre un arco bajo la muralla que entre rejas deja ver la vega del Tagus, con la llanura de la Sagra a lo lejos. Sobre la celosía crece la hiedra tamizando el paso de la luz. Gádor ama aquel lugar que pocos conocen, se sienta junto al arco y él a su lado. Necesitan hablar; están impacientes, excitados por la huida. Probablemente no les queda ya mucho tiempo para estar juntos.

—Ayer me hablasteis de los secretos de vuestra familia. Esta noche no he podido dormir...

—Yo tampoco —dice él—, vos turbabais mis sueños.

Ella, muy seria, reconcentrada en sí misma, le dice.

—Hay algo que tenemos en común. Mi padre también posee una copa.

Ante el gesto interrogador de Ardabasto, Gádor prosigue:

—Esa copa lo destroza. Mi madre le ha dicho que no beba de ella, pero él está atado, esclavizado a la copa, depende totalmente de ella. Es la que le da el poder... Cuando ayer hablasteis de la copa de vuestra familia yo me acordé de la de mi padre. No sabemos cómo la consiguió. Mi madre dice que por esa copa murió mi abuelo Sisebuto. Que en ella hay algo maligno... Vos habláis de una copa que conducía al bien y la verdad; pero en mi familia solo existe una copa, la que conduce a la perdición.

Ante estas palabras, Ardabasto se altera; ella le está revelando algo que

enlaza con el cometido que le ha traído a las tierras más occidentales del mundo, el encargo unido a los suyos, a sus antepasados. El legado, entonces, le revela a ella:

—Sí, hay dos copas, un cáliz de oro que llena de ambición al que bebe de él y es el cáliz de poder; pero hay otro, una copa de ónice, que lo complementa. He llegado a estas tierras buscando el cáliz y la copa. No habrá paz entre los míos hasta que se cumpla la promesa. Tiempo atrás se me hizo llegar la historia de mi familia, de mi padre y del padre de mi padre. Una historia que se me reveló en una carta. Ahora entiendo mejor su sentido. Escuchad lo que dice el que murió.

Ardabasto introduce la mano en su túnica, para sacar una carta de una faltriquera interior, un pergamino antiguo, estropeado y amarillento por el paso del tiempo. Lo desenrolla y lee:

Hijo mío, Atanagildo:

Ahora no eres más que un niño, pero un día llegarás a ser un hombre adulto y te preguntarán por qué tu padre originó una guerra civil entre hombres de la misma raza. Nunca obré de mala fe, busqué la justicia y alejar al tirano de un trono que detentaba indignamente. Yo no inicié la guerra, Leovigildo me atacó con una saña y un odio fuera de lo común.

Nada ha ocurrido como yo pensaba.

No he cumplido el juramento que hice ante el lecho de agonía de mi madre.

Es posible que muera, los hombres del rey Leovigildo me siguen los pasos. Mi última esperanza es llegar a tierras francas, a Borgoña o Austrasia, allí encontraré protección y apoyo.

Perdono a todos los que me han hecho mal, hazlo tú también. Mi hermano Recaredo no entendió mi postura, mi rebelión contra quien él llamaba padre y yo no consideraba más que un asesino.

Recaredo y yo, desunidos por los avatares de la vida, estamos unidos por una promesa que debemos cumplir.

Has de saber que existe un vaso de ónice que me ha acompañado y sostenido en las horas amargas de los últimos días de mi vida; es el cáliz del Bien, la Verdad y la Belleza. La copa de Cristo. Ese vaso debe regresar a los pueblos del norte, al santuario oculto en las montañas de Vindión, al convento de los monjes de Ongar.

El rey Leovigildo posee la parte complementaria: una hermosa copa de oro adornada de ámbar y coral; una copa que lleva al Triunfo y al Poder, pero que es peligrosa y puede deshacer el corazón de los hombres, encadenándolos al mal. El poder de la copa aumenta cuando ambos cálices, el de oro y el de ónice, están unidos.

Busca a Florentina, abadesa de Astigis, ella conoce el contenido de esta carta; le haré saber dónde se oculta la copa de ónice.

Hijo mío, Atanagildo, esperanza de los godos y de los francos, en quien la stirpe de Alarico y la de Meroveo ha sido unida, cumple la promesa que ha

marcado a nuestra familia. Si pasases de este mundo sin cumplirla, esta se transmitirá a los hijos de tus hijos. No habrá paz para nosotros mientras la copa sagrada no regrese a Ongar.

Hijo mío, Atanagildo, respeta la voluntad de tu padre.

Hermenegildo, príncipe de los godos, rey de la Bética. Gádor, escucha las palabras de la carta; entiende mejor el peligro al que está expuesto su padre; el porqué de su apego a la copa. Ambos callan un momento; después Gádor exclama:

—¡Hay dos copas...! Por un lado la copa del poder que conduce al deshonor. Por otro, la copa de la verdad que conduce al bien. ¡Estoy segura de que mi padre posee la copa del deshonor! —concluye con amargura.

—Nada es azar, nada proviene de un destino ciego. No es casualidad que nos hayamos encontrado.

—No, no lo es.

—Mi abuelo era un príncipe godo... —le dice Ardabasto.

—Mi abuelo fue el gran rey godo Recaredo... —habla Gádor.

—Ambos eran hermanos.

—Debemos encontrar las dos copas. Así, el mal morirá.

—Huyamos de aquí, Gádor, venid conmigo hacia el sur. Busquemos a esa mujer de la que habla mi padre.

La princesa se levanta, se apoya en la reja y ve entre las hojas de hiedra las aguas del Tagus fluyendo con fuerza. Continúa hablando:

—Desearía ir con vos. Oh, sí, lo desearía tanto... pero no debo hacerlo.

—¿Piensas en las damas de la corte, en el qué dirán...? Teodora, la mujer del gran Justiniano, fue actriz y muchas veces se vistió de muchacho, salvó al imperio en la revolución Nikka.

Ella se dirige a él, con dulzura.

—No. No es eso.

—Oh, Gádor, huid conmigo... —le insiste Ardabasto con determinación—. Averiguaremos lo que sea de la copa y en Hispalis tomaremos un barco hacia la ciudad de Constantino. Allí nadie nos perseguirá. Deseo que conozcáis la más hermosa ciudad del mundo civilizado... El Bósforo surcado de naves y lleno de luces en las noches...

Está oscureciendo, una luna de verano redonda y blanca se levanta en el horizonte. Mientras, Ardabasto describe la capital del imperio, allá en lo alto, muy lejos, brilla alguna estrella.

Ella se conmueve, y se sienta de nuevo, pensativa. Intuye que nunca llegará a ver aquellas cosas hermosas de las que él habla con tanta pasión. Es una dama. Entre ellos se alzan, oponiéndose a su unión, obstáculos políticos, de raza y cuna. Conmovida, le asegura con voz tierna de la que ha huido ya de todo protocolo:

—Yo he sido educada para ser princesa goda. No sería feliz huyendo de mis

obligaciones. No, ese no es el camino. No, no huiré con vos... Encontrad la copa de ónice, unidla a la de oro, quizás así se rompa el maleficio sobre mi padre. Quizás entonces él acceda a nuestra unión. Os lo pido... ¡Juradme que volveréis!

—Regresaré. Lo juro por mi honor, volveré a vos. El destino querrá que cuando las copas se unan, nosotros lo hagamos también.

En la llanura, los últimos rayos del sol lo tiñen todo de un color violáceo. La luna llena resplandece con fuerza. Apenas pueden ya distinguirse. Por último, ella se levanta, apretando suavemente la mano de Ardabasto; al tocarse algo vibra en el interior de ambos. Con su mano en la de él, Gádor le conduce hacia delante siguiendo la pared cubierta de hiedra. Unos cuantos metros más allá, ella levanta la capa de hiedra y se encuentran con un portillo en la muralla. Al abrir la puerta, entran a un amplio pasillo que les lleva hacia las salas regias. En las paredes del corredor lucen antorchas que lo iluminan, está vacío. Gádor mira a uno y otro lado, cruza el pasillo y desprende de la pared uno de los hachones. Enfrente y oculta por un tapiz hay una pequeña puerta. Al abrirla, ven unos escalones, que descienden, iluminados por el resplandor tenue del hachón de madera. Ella va delante, guiándole, aquellos escalones avanzan rectos al principio, para después torcer a la derecha. Conforme van bajando, se nota la humedad del río. En algún momento escuchan ruidos y deben detenerse, pegándose a la pared, apretándose el uno contra el otro. Gádor tiene frío y tiembla. Él se desprende de la capa y se la coloca sobre las finas vestiduras. Al fin llegan a la parte más baja del pasadizo. Salen a un camino embarrado que circunda por dentro de la muralla. Gádor apaga la antorcha al salir, para no ser vistos por los vigías; les guía la luna. Unos pasos más allá escuchan los relinchos de los caballos. Gádor mira con confianza a Ardabasto y le sonríe. Él no la ve bien por la oscuridad, pero siente su sonrisa. La princesa le pide que se quede fuera y penetra en unas cuadras. Sabe bien que, a esa hora, los hombres que cuidan los caballos salen a buscar el rancho que se les distribuye por la noche y suelen bajar la guardia. Se acerca a un hermoso caballo negro, de patas nervudas, al que conoce bien, lo ha montado en innumerables ocasiones. El bruto se deja conducir por la dama, quien lo carga con algunos pertrechos y víveres que previamente ha guardado en el establo. Salen de la cuadra.

Fuera se despiden.

Gádor tiene los ojos llenos de lágrimas. Él la besa, mil veces, en los párpados húmedos, en la cara. Se llenan el uno del olor del otro. No saben separarse. Arriba se oyen gritos en la muralla. En la cuadra los caballerizos están entrando, pronto se darán cuenta de que falta uno de los animales. Gádor le separa de sí, se quita la capa y se la devuelve, abrazándole.

No saben si volverán a verse.

El cerco de Cesaraugusta

Como si la desaparición de la copa actuase de una forma maligna, conjurando las fuerzas del mal contra Swinthila, las desgracias comienzan a suceder. Los vascones, nunca totalmente derrotados, se levantan de nuevo. El rey godo se encuentra sin fuerzas, la debilidad va aumentando gradualmente en él; solo desea beber, pero el vino sin la copa no le sacia, se le sube a la cabeza, sin proporcionarle el vigor de antaño.

Una y otra vez intentando encontrar la fuerza que ha perdido bebe y bebe alcohol, Swinthila está continuamente borracho. Se torna más y más cruel. Piensa que los enemigos le rodean por todas partes.

Ricimero intenta impedir que se embriague continuamente; pero Swinthila le desprecia. Se burla de él, le dice que está unido a las faldas de su madre, que es flojo y apocado. Él no se atreve a enfrentarse a su padre, al rey de los godos, al poderoso Swinthila. Cree que se ha vuelto loco y, en parte, es así; Swinthila no resiste vivir sin la copa.

Sí. Una interminable sucesión de desdichas se va acumulando en torno a Swinthila. El rey decide regresar a Toledo, pero entonces llegan nuevas de que un gran ejército, al frente del cual está Sisenando, con Chindasvinto y los nobles desterrados o purgados a lo largo de su gobierno, avanza desde la Septimania. Swinthila no se atreve a moverse de Cesaraugusta, al menos allí está protegido por las murallas. El rey convoca los restos del ejército de Toledo, pero nadie acude en la defensa de un rey débil, borracho y cruel. Algunos de los hombres del ejército de la ciudad comienzan a desertar.

Los enemigos de Swinthila, bajo el mando de Sisenando y coaligados en la Narbonense, han solicitado ayuda al rey franco Dagoberto. Este, informado por sus espías de que el rey godo está completamente enajenado y sus días se reducen a gemir por una copa, deduce que el cáliz de poder ha desaparecido y que, por lo tanto, Swinthila puede ser derrotado. Sisenando promete al rey merovingio parte del tesoro de los godos, con la bandeja que el general romano Aecio regaló a Turismundo tras la victoria contra Atila en los Campos Cataláunicos.

A finales de la primavera del año 631. Sisenando cruza los Pirineos con un

ejército de mercenarios francos, aliado con todos los enemigos de Swinthila. Este llama a sus fieles a la ciudad de Cesaraugusta. Nadie acude. Sin la copa, Swinthila no tiene ya seguridad en la victoria. El fin se aproxima para el rey godo y para los suyos. A pesar de todo, Ricimero permanece con su padre y le es fiel. Gelia, hermano del rey, en el momento de la dificultad, ha huido.

El ejército de Sisenando dispone sus tiendas frente a Cesaraugusta, la ciudad del río Ibero. Swinthila intenta organizar su mermado ejército para el combate. Él se sabe un prestigioso militar, que ha vencido en mil batallas, incluso sin la copa de poder; pero su mente, quizá por el vino, no está tan clara como antaño y ya no es capaz de dejar de consumir alcohol. Recoge lo que sembró en los años pasados, los aduladores huyen de él, los buenos soldados godos que han apoyado la casa baltina se sienten desilusionados ante un rey alcoholizado y enfermo. Surgen voces diciendo que su reinado ha sido tiránico e injusto, las de aquellos que pocos meses atrás le halagaban. Llegado el momento, las tropas se niegan a batallar. Incluso hombres como Adalberto, el noble amigo de Liuva, no le apoyan. Muchos dejan de combatir, o se pasan al enemigo. Saben que la suerte no está de parte del rey y que la venganza de Sisenando puede alcanzarles. Cada día se suceden las deserciones y las traiciones.

La llanura del río Ibero se puebla de un ejército hostil al rey Swinthila, las tiendas del enemigo cubren el valle; el ruido de las trompas, el clamor de la multitud de enemigos, los cantos guerreros llegan hasta los lugares más recónditos de la antigua ciudad del César Augusto.

La urbe se rinde sin combatir y es el mismo Adalberto quien entrega a Swinthila al enemigo. Todo acaba para el rey godo. Su adversario lo humilla públicamente, y lo envía encadenado junto con su hijo Ricimero a la ciudad del Tajo.

La huida

Dicen que los antiguos pensaban que las Parcas ataban y desataban los hilos de las vidas de los hombres, cruzando y descruzando su rumbo, para formar un tapiz. Yo, el Destino o la Providencia, doy fe de que así ocurre. Las vidas de los hombres se entremezclan, se unen y se desunen, confluyen o se disgregan. ¿Qué hay tras ello? La voluntad del Único que lo conoce todo, y que yo, el Destino, no hago sino obedecer.

Un hombre moreno, alto, de aspecto oriental se dirige al sur por los caminos que un día labraron los romanos, monta en un caballo nervudo de patas finas y color negro. Su paso es rápido, la altiplanicie se extiende ante él, álamos y abedules junto a un riacho, reseco por el calor. La tierra es ocre o anaranjada. Al fondo, las montañas del sur.

El día atardece en aquellas montañas morenas, el sol pierde su luz al descansar sobre ellas. Los olivos y encinas alargan su sombra hasta que esta se convierte en un todo continuo, haciendo borrosos los rasgos de los viandantes. Es el largo crepúsculo del final de la primavera.

Escucha un ruido detrás; parece que la calzada vibra al paso de caballos al galope. Una tropa de soldados godos se abalanza camino abajo. El hombre se repliega a los lados de la calzada, dejándoles pasar. La centuria va demasiado deprisa y se pierde tras una curva del camino.

El sol se ha ocultado y una luna de verano redonda, de color violáceo, guía sus pasos. El hombre se interna en la serranía por una senda estrecha. A lo lejos, se oye aullar a un lobo. Durante el día, el calor le ha abrasado, ahora la temperatura desciende por una brisa que trae el frescor de las montañas.

Asciende fatigosamente una ladera entre árboles, internándose después por una pequeña vereda que conduce al sur. Ardabasto se orienta mirando al cielo; se encamina hacia las tierras feraces que cruza el Betis, alejándose de la estrella polar.

Al cabo de un tiempo, aminora la marcha. La luna se ha ocultado tras una nube y el camino se ha estrechado hasta al fin desaparecer. Desmonta, se encuentra perdido.

Muy a lo lejos, al otro lado de un valle, brilla una luz, quizá son pastores

durmiendo a la intemperie que tal vez puedan indicarle el camino. Decide acercarse a aquel lugar, donde la luz parece señalarle su destino.

—Debes esperarme aquí... —habla suavemente al caballo acariciándole.

Lo ata a un árbol y relincha suavemente en la noche. Después camina con precaución, en aquellas serranías se ocultan los bandoleros y la luz pudiera ser de ellos.

Con un ruido rítmico y continuo, ulula un pájaro, quizás un búho. Ardabasto escucha ratones de campo moviéndose entre las matas, continúa su sigilosa aproximación al lugar donde brilla la luz.

No son pastores.

Entre los árboles ve a un encapuchado, parece un monje; con un palo grande mueve un puchero en el fuego; cocina un conejo de monte en las brasas de la lumbre. No parece peligroso.

Se escucha un silbido en la noche, un lazo acorralla a Ardabasto, que se revuelve intentando liberarse. El monje se levanta ágilmente hacia donde oye el ruido.

—Vengo en son de paz... —logra decir Ardabasto a través de la cuerda que le ahoga—. He perdido el camino...

—¿Por qué, entonces, os acercáis sigilosamente en las sombras? ¿Por qué nos espiáis? —dice el monje.

—¿Adónde vais por estas serranías perdidas? —pregunta el hombre que le ha capturado.

Ardabasto intenta contestar a ambos, a la vez que trata de liberarse del lazo que le aprieta.

—Huyo de los soldados del rey, pero soy hombre de paz... Por favor, soltadme y dejadme seguir mi camino.

El hombre que le ha atrapado le dice:

—Todo a su tiempo. Queremos conocer quiénes sois... y por qué nos espiáis.

La voz del asaltante atraviesa a Ardabasto. A la luz se da cuenta de que es un hombre casi anciano pero muy fornido. Ha debido de ser un buen luchador, valiente y muy experimentado, que sabe protegerse.

—Me dirijo hacia Hispalis, donde tomaré un barco hacia Constantinopla. Mi nombre es Ardabasto, fui legado del emperador en Cartago Spatharia hasta que esta cayó. He sido retenido prisionero por el rey Swinthila. Debéis saber que el emperador pagará un buen rescate por mí, y que yo puedo...

El hombre mayor le observa fijamente, sonriendo con cierta sorna.

—Nos da igual, ¿cómo vamos a cobrar ese rescate? Además, tampoco nosotros tenemos demasiado interés en encontrarnos a los hombres del rey Swinthila...

—¿Proscritos...?

—Sí, lo somos.

—¿Huis también de los godos?

—Ahora sí pero, en realidad, fuimos expulsados de nuestra tierra, en las montañas cántabras.

Al oír aquello, Ardabasto les preguntó:

—Entonces, ¿conoceréis un lugar... un santuario en las montañas, llamado Ongar?

—De allí provenimos... Yo fui monje en Ongar —dijo el ciego—. Fui expulsado de los valles...

—¿Cuál fue el motivo? —habló Ardabasto cada vez más interesado.

—... hace años desapareció del santuario de Ongar en las montañas cántabras un objeto sagrado. Algo pequeño pero muy valioso para nuestras gentes. Nos acusaron de haber facilitado la huida del que lo robó. El consejo de ancianos nos ha desterrado hasta que lo recuperemos...

Entonces, la voz del legado resuena en la noche, temblorosa.

—¿Era ese objeto una copa?

—¿Cómo lo sabéis? —le pregunta el monje.

Habla Ardabasto:

—Mi padre, al morir, me legó unos pliegos de su padre. En ellos me pedía que buscara una copa y la reintegrara a sus verdaderos dueños, un convento de monjes en las montañas cántabras.

—Yo he hablado con la verdad... —dijo Nicer asombrado—; contestadme vos también con toda la verdad. ¿Quién sois en realidad?

—Ya os lo he dicho, mi nombre es Ardabasto.

Entonces le pregunta Liuva:

—¿Cuál es vuestra stirpe?

—Mi padre se llamaba también Ardabasto entre los orientales; pero era godo, su nombre godo era Atanagildo.

Muy nervioso, le interroga de nuevo Nicer:

—¿Cuál era el nombre del padre de vuestro padre?

—Mi abuelo... mi abuelo se llamaba... Hermenegildo.

—¡Loado sea Dios! —exclama Nicer—. Existe el Destino, la Ventura o la Providencia. Yo luché con vuestro abuelo y estoy ligado a él con lazos de sangre más fuertes que el hierro, él era mi hermano. Este hombre se llama Liuva, y es sobrino de vuestro padre.

En la sombra los tres hombres se abrazan.

—Como ya os hemos dicho, hemos pasado por Cesaraugusta... Allí conseguimos algo, algo a lo que debemos dar su legítimo destino.

Entonces Nicer se levanta, se dirige hacia unas alforjas de las que saca una maravillosa copa de oro, decorada en ámbar y coral.

Ardabasto, atónito, se inclina hacia la copa, la que ha buscado entre los godos, está allí a su alcance. Después, dirigiéndose a ellos con una cierta sospecha,

expone en tono de duda:

—Pero... Vos no os dirigís al norte. Camináis hacia el sur.

—La copa no está completa, falta...

—La copa de ónice —ataja Ardabasto—, de la que hablaba el testamento de mi abuelo Hermenegildo.

—Sí. La copa de ónice... la parte más valiosa. La copa que lleva en sí el bien y la verdad —afirma Liuva, que continúa hablando, despacio, como recordando todo lo ocurrido en aquellos años de destierro.

—Desde hace varios años, hemos vagado de un lado a otro de Europa; hemos naufragado, hemos sido torturados, apresados en cárceles varias veces, hemos perdido nuestro camino. Sería muy largo relatar todas las penurias que hemos sufrido. Hace unos meses, llegamos a la corte de Toledo; y yo pude hablar con la reina y convencerla para que devolviese la copa al norte. Fue el hijo del rey, Ricimero, que no podía levantar sospechas, el que la consiguió y nos la cedió para reintegrarla al norte. Sin embargo, Swinthila sospechó de mí, porque alguien me vio por la ciudad del río Ibero y yo soy fácil de recordar; puso precio a mi cabeza. Huimos de allí...

—¿Por qué os dirigís entonces a Hispalis?

—En la corte del rey Dagoberto encontramos una carta de Hermenegildo al emperador Mauricio en la que se decía que la copa se halla en el lugar de su último descanso. Después, pensamos que el lugar del último descanso de Hermenegildo quizás es...

Aprovechando una pausa de Liuva, Nicer toma la palabra...

—Creemos que es el lugar donde Hermenegildo fue enterrado.

—¿Dónde...?

—Investigamos sobre el paradero del cuerpo de Hermenegildo... Sabemos que sus partidarios se lo llevaron a la ciudad donde reinó.

—Quizá sea así —titubea Ardabasto—, pero quizás ahora yo pueda ayudarlos. Mis noticias complementan las vuestras. Yo también tengo otra carta de Hermenegildo; en ella dice que busque a la abadesa de Astigis, que ella sabe dónde está la copa sagrada. No sé si esa mujer vive o no, porque ha pasado demasiado tiempo. Yo me dirigía hacia allí.

Ardabasto extrae de la faltriquera el pequeño pergamino y lo lee. Después, Nicer saca la carta que ha conseguido en la corte del rey Dagoberto. Muchas cosas concuerdan. Durante horas, los tres hombres analizan los antiguos pergaminos, atando cabos. Así, deciden unir sus caminos y dirigirse hacia la ciudad de Astigis, donde una mujer guarda un secreto desde largo tiempo atrás. Una mujer que posee la clave del paradero de la copa sagrada.

El regreso de Hermenegildo

Montes pardos, matojos de poca altura, encinas dispersas que nunca formarán la sombra compacta de un bosque; alguna laguna que parece morir de calor; pinos enhiestos, de copa redonda; acebuches salvajes y laderas de olivos domesticados por la mano del hombre; la serranía se abrasa. La jara está reseca y la aula se adormece bajo los rayos ardientes de un sol de comienzos del estío. Muy a lo lejos, una casita blanca en lo alto de un monte yace como desprotegida. Es la sierra dulce y morena del sur, por donde caminan un anciano alto y musculoso, otro hombre más joven y un monje ciego, hermanados entre sí bajo la luz de un astro esplendente. Nadie diría que huyen, su paso es lento. El hombre joven guía el caballo y, tras él, monta el ciego. A su lado, camina Nícer. Ya no evitan el paso por las ciudades. Varios días atrás en un poblado, Ardabasto escuchó un rumor: el rey Swinthila había sido derrocado, todas sus órdenes habían prescrito. En los pueblos se hablaba únicamente del nuevo rey: Sisenando.

La calzada asciende una cuesta, dobla una curva y, al fin, ante ellos, un río, el antiguo río Sannil^[36] y, al frente, unas murallas. Han llegado a la ciudad de Astigis^[37]. En ella se alzan campanarios y torres de iglesias por doquier. La calzada entra en la villa cruzando un puente de amplias arcadas. En el calor del verano, el caudal ha decrecido, los juncos se doblan hacia la ribera cenagosa.

Pasadas las puertas de la muralla, encuentran una pequeña plazoleta con una fuente, en la que las mujeres llenan sus cántaros de agua y beben las bestias.

Mientras el animal abreva, Nícer se dirige a una de las mujeres, preguntándole por el convento de las monjas; le señalan una de las travesías que parten de la plazoleta, para que prosigan por allí.

Cruzan las transitadas calles de Astigis, vías estrechas y anchas, huertos de hortalizas, iglesias y conventos, una ciudad polvorienta y al mismo tiempo alegre, con flores en las casas y pequeñas tiendas de orfebres, tejedores, guarnicioneros que abren sus puertas en la mañana.

El convento está adosado a una iglesia de piedra de nave basilical; una mujer devota sale de la iglesia; se topa con los visitantes y los guía hacia la puerta del monasterio. No está cerrada sino simplemente entornada. Ardabasto la empuja

con decisión. Cuando se acostumbran a la penumbra, alcanzan a distinguir que se encuentran en una pequeña estancia de techo bajo donde hay una ventana cubierta por celosías; al lado, una campana. Nicer se acerca a ella y la toca repetidamente. Pasan unos minutos y al otro lado de la reja de madera, se escucha el ruido de sayas.

—Ya voy...

Se descorre una cortina y, a través de la celosía, en la sala contigua, vislumbran una hermana gruesa de pelo blanco.

—¿Qué desean de estas pobres siervas de Dios...? —La voz de la monja es gangosa.

—Queremos ver a la abadesa... —responden.

—Tendrán que aguardar un momento; además, la abadesa ya no recibe visitas.

—Decidle que es un asunto importante... que afecta a personas que ella ha querido. —La voz suave de Liuva se difunde por la pequeña portería del convento.

—¿Quiénes sois?

Entonces, Nicer contesta con voz fuerte:

—Decidle únicamente que Hermenegildo ha regresado.

La hermana lega los inspecciona con desconfianza y extrañeza, antes de desaparecer en las sombras.

—Se lo diré...

Transcurre algún tiempo de espera que a todos se les hace muy largo.

Nicer y Liuva no paran quietos por el nerviosismo. El resultado de años de fatigas parece estar ya ante ellos.

Al fin, en la penumbra del claustro, aparece la figura de una anciana, las tocas le cubren el pelo y la frente; la cara es de cutis muy blanco y con pocas arrugas; los ojos de color verdipardo muestran en sus pupilas el cerco oscuro que deja en ellos la edad, están bordeados por unas cejas grises, anchas y expresivas.

—¿Qué deseáis de una sierva de Jesucristo...? ¿Qué relación tenéis con aquel que murió ajusticiado inicualemente?

Ardabasto se adelanta a exponer.

—Mi padre se llamaba Atanagildo y fue educado en Bizancio en la corte del emperador Mauricio. El padre de mi padre fue príncipe entre los godos y rey de las tierras béticas, se llamaba Hermenegildo. Murió ejecutado injustamente.

La monja no habla, solo observa atentamente el rostro de Ardabasto como queriendo reconocer en la faz de aquel hombre joven los rasgos de otro que ella amó en su juventud.

—Mi padre me hizo llegar una carta de Hermenegildo. Os leeré lo que dice.

Ardabasto saca el pergamino; en ese momento, Florentina le dice:

—No hace falta, conozco su contenido.

La abadesa habla con una voz como de más allá de esta vida, una voz velada por la emoción:

—Han pasado más de cuarenta años desde la muerte de Hermenegildo... ¿Por qué regresáis ahora a turbar la paz de los muertos?

—El juramento que Hermenegildo realizó en el lecho de muerte de su madre debe cumplirse. Mi padre, Atanagildo, no lo hizo, se le ocultó el contenido de esta carta, que expresa el perdón. Se le educó en el rencor hacia la estirpe de Recaredo; finalmente, él, mi padre, Atanagildo, descubrió la verdad: la muerte de Hermenegildo fue debida únicamente al rey Leovigildo; Recaredo no fue culpable.

La abadesa lo escucha como si tuviese delante de sí una visión. Después habla con voz conmovida.

—Yo sé que Recaredo no fue culpable de la muerte de su hermano. Conocí a vuestro padre, Atanagildo, cuando los orientales ocuparon estas tierras. En aquel tiempo, Atanagildo no debía de conocer el contenido de la carta, estaba lleno de rencor. Yo intenté convencerlo de que perdonase. ¿Cómo le llegó a Atanagildo la carta?

—Cuando regresó a Bizancio, tras la muerte de Recaredo; el emperador Mauricio se la entregó junto con otros documentos que, tras recorrer las tierras de Europa, por fin habían llegado a la corte bizantina tiempo después de que él partiese hacia Hispania, a la guerra contra Recaredo. Comprendió que su deber era buscar la copa y devolverla, pero lo fue postergando. En Hispania reinaba Witerico y no era el momento de regresar, el tirano habría matado a cualquier persona que perteneciese a la casa real de los baltos. Además, en aquella época, mi padre contrajo matrimonio con Flavia, la hija del emperador Mauricio, y fue feliz. Poco tiempo le duró su felicidad, en el año segundo de su matrimonio, los rebeldes de Focas se sublevaron contra el emperador Mauricio, asesinando a toda la familia real. Yo fui salvado por una nodriza de la corte que me entregó al entonces general bizantino Heraclio, con unos papeles que acreditaban mi origen, entre los que se hallaba esta carta que podéis leer.

La abadesa se retira un poco de la reja de la clausura dando unos pasos atrás, quizá no quiere que se trasluzca su emoción. Entonces, se escucha el ruido de una enorme llave introduciéndose en una cerradura antigua. La puerta situada junto a la celosía se abre y la abadesa entra en la pequeña sala. Es una mujer alta ligeramente inclinada hacia delante que mira Interrogante a las personas presentes en la sala.

Ardabasto habla de nuevo:

—¿Sabéis dónde reposa Hermenegildo...?

—Lo sé, pero antes de revelaros el misterio, quisiera conocer la identidad de los que os acompañan.

La abadesa descubre al monje ciego, lo observa con curiosidad. Ardabasto le

explica:

—Este hombre ciego fue rey entre los godos, es hijo de Recaredo; su nombre es Liuva. La inquina de los nobles le ha conducido a este estado.

—Habéis sufrido mucho de la mano de los hombres —reconoce ella.

Liuva, tras tantos años de penalidades, encuentra en aquellas palabras su consuelo, un bálsamo que calma el dolor de sus heridas.

Después, Florentina se vuelve hacia aquel hombre alto y fuerte, con el pelo blanco y en el que las fatigas pasadas han cincelado estrías en la cara. Nicer habla de sí mismo, presentándose:

—Soy Nicer, hijo de Aster, quien fue príncipe de los albiones, mi madre lo fue también de Recaredo y Hermenegildo. En las tierras del norte fui bautizado como Pedro, soy duque de los cántabros. Guardo la copa dorada que poseyó Recaredo.

De una faltriquera, Nicer extrae la hermosa copa de medio palmo de altura revestida de ámbar y coral. La copa que conduce al poder.

La abadesa prosigue entonces en un tono de voz apacible y melodioso:

—El destino nos ha unido a todos aquellos que de un modo u otro amamos a Hermenegildo. La Providencia divina ha dispuesto que demos cumplimiento a la promesa.

Con unas manos blancas que quizás hace tiempo no han visto el sol, la abadesa acaricia suavemente la copa dorada.

—En ella van los odios y el destino, es una copa consagrada para el culto divino, destruye a quien la utiliza mal. —Ahora la voz era la de Liuva, quien ha presentido que la copa se halla próxima.

Florentina observa fijamente su interior, el oro resplandece. Entonces les anuncia:

—Ha llegado la hora de la verdad...

—¿Sabéis dónde reposan los restos de Hermenegildo?

La abadesa se concentra en sí misma para recordar el pasado:

—En el año segundo del feliz reinado de Hermenegildo, este construyó una iglesia en una población cercana a Hispalis. En aquella época le perseguía ya su padre. La dotó de hermosas coronas votivas, cruces y ornamentos dignos de la fe que él profesaba. Amaba mucho aquel lugar y en él se veneraba una copa, una copa que después llevó consigo hasta la muerte. Cuando sus fieles trajeron los restos, los enterramos allí. Yo presencié su sepultura.

—¿Dónde está ese lugar?

—No muy lejos de aquí, a veinte leguas de camino, junto al río Betis. Iré con vosotros, será mi último homenaje a Hermenegildo, el hombre más noble que nunca he conocido.

Acaba con una frase misteriosa pronunciada como para sí misma.

—Creo que me gustará verle de nuevo.

La abadesa cubre su rostro con el velo que indica su condición de enclaustrada; después toca la campana junto a la puerta y acude la hermana lega. Florentina le indica que permanecerá fuera del convento por un tiempo indeterminado, también le pide que el mandadero del convento le provea de una mula.

Poco tiempo después, la ciudad de Astigis ve salir a una mujer envelada y tres hombres que toman el camino hacia el sur. Atraviesan la campiña ondulada, reseca y agrietada por el calor, un calor que no les deja casi respirar, y que torna lentos los pasos. Cruzan olivares y campos de trigo, siguen el curso del río, lo que les proporciona un cierto frescor. Más abajo, en una población grande, el río Sannil se une con el Betis. Allí se detienen en unos puestos junto a la calzada, para mercar tocino seco y pan negro. En todas partes se escuchan noticias de la derrota de Swinthila.

Florentina se lamenta:

—Sé que no era un hombre justo. Le matarán... No solo eso, destruirán a su familia. Ningún rey godo depuesto ha sobrevivido.

Durante un cierto tiempo, guarda silencio, interrumpido por unas palabras que Liuva articula lentamente.

—Yo lo he hecho. Yo fui rey, fui destronado y sobreviví.

—Vos sois distinto...

—¿Distinto...? ¿En qué? Quizá queréis decir que yo fui un rey débil, un pobre tonto, quizá por eso sobreviví. Swinthila es un hombre fuerte, quizá por eso morirá...

Ella, que no quiso anteriormente ofenderle, se intenta excusar.

—Vos quizá teniais amigos... Swinthila no los tiene, alrededor de ese hombre solamente hay clientelas de gente servil que le traicionarán y le venderán.

—¿Amigos? Pasé veinte años en el norte abandonado por todos... Ya no me importa. Ahora, después de tanto tiempo, ya no tiene relevancia para mí ser o no ser como se espera que sea un rey. Creo que cada uno se labra su propio destino. Yo lo hice, soy culpable de mis propios errores. Desde que hace diez años Swinthila apareció en mi retiro del norte y se llevó la copa, he aprendido muchas cosas. He aprendido que, a veces, el débil es el que sobrevive, y el fuerte, el que muere. ¿Habréis oído la fábula del junco y el roble?

—Sí, el junco en la tormenta se doblega; el roble no y se troncha...

—Efectivamente. Cada vez me veo más como el junco...

Liuva esboza una suave sonrisa, quizás hace años que no lo ha hecho. Florentina logra que se encuentre a gusto. Con ella, Liuva recuerda el pasado, que de tan sombrío, se le ha hecho menos doloroso.

Ella, con su suave tono de voz, continúa:

—Nícer y vos habéis sobrevivido a muchas cosas.

—Sí. Desde que nos hemos hecho —Liuva habla en tono jocoso—, digamos

que inseparables, hemos sufrido un naufragio, casi nos comen, meses de prisión, tormentos, asaltos... Lo hemos superado todo. Ya ves: un ciego y un hombre ahora ya anciano.

—Nicer lucha muy bien.

—¡Todos los hijos de Aster lo hacen...!

—¿Aster? —pregunta Ardabasto, que está escuchando la conversación.

Liuva no quiere decir nada más y resume con presteza el asunto.

—Una leyenda, una leyenda de los pueblos del norte. El padre de los astures.

Nicer camina delante de los que así conversan, levanta la cabeza al oír hablar de los hijos de Aster. Entonces observa atentamente a Ardabasto, ahora que se ha desprendido de su atuendo oriental y se cubre con una simple capa y las vestimentas de un hombre rústico, le recuerda más a Aster, su padre.

Continúan andando bajo un sol que parece que les va a derretir las entrañas. El camino se les hace largo, cuando escuchan la voz de la abadesa, quien levanta la mano y señala un lugar a los lejos. En aquella dirección se levanta una iglesia pequeña, de tres naves de piedra, con contrafuertes y techo cubierto de madera. Las campanas repican con el toque del mediodía. Algunos labriegos salen de su interior.

—¿Nos permitirán abrir el sepulcro...?

—Yo conozco al preste que cuida la iglesia y vos, mi señor Nicer, si como decís luchasteis al lado de Hermenegildo, también lo conoceréis.

—¿Quién es?

—El hombre que le acompañó en su muerte, su escudero Román; el que recogió la copa de ónice tras su ejecución.

En la iglesia, la triple arquería se apoya en sobrios pilares, cubiertos por estuco. La luz proviene de una ventana trifora situada sobre la bóveda de la capilla mayor. Florentina atraviesa la nave central y entra en la sacristía. Habla detenidamente con un clérigo, un hombre ya anciano. Es Román, aquel antiguo siervo que acompañó a Hermenegildo en sus últimos momentos. El siervo saluda a Florentina y observa con curiosidad a las otras personas que forman la comitiva. Después, ambos inician una larga conversación. En un determinado momento, la abadesa va señalando a las gentes que la acompañan. Después, la monja y el clérigo se dirigen a ellos. Tras unos saludos apresurados, el ahora preste Román cierra las puertas del templo.

La iglesia de gruesas paredes de piedra, sorprendentemente luminosa, se divide en tres naves alargadas. En la parte superior de las naves se abren ventanas cubiertas de finas celosías que dejan entrar la luz. El presbiterio y el altar están separados del resto del templo con un cancel. Florentina se dirige sin dudar a una capilla lateral que parece sobresalir hacia el exterior; en ella hay un pequeño altar contiguo a la pared. Sobre el altar en la penumbra puede leerse, en una piedra alargada, una inscripción latina:

In nomine Domini anno feliciter secundo regni Domni nostri Erminigildi regis quem persequitur genitor sus Dominius Liuuigildus rex in cibitate Ispalensem ducti aione [38].

Florentina la lee en voz alta, en un latín más vulgar y comprensible para todos.

En el nombre del Señor, en el año segundo del feliz reinado de nuestro señor Hermenegildo, el rey, a quien persigue su padre, nuestro señor el rey Leovigildo; conducido a la ciudad de Hispalis para siempre.

Aquellas palabras traen a la memoria de Nicer la carta que había conseguido en la corte de los francos, por lo que exclama:

—Esas son las mismas palabras que nos leyó Dagoberto.

—Hermenegildo quiso que la inscripción fuese como una señal para que su hijo llegase a encontrar lo que él más quería, la copa sagrada, la que conduciría a su hijo al bien y a la verdad —explica Román.

—Sí —reconoce Florentina—. En su huida hacia las tierras francas, Hermenegildo pasó por Astigis. Él había heredado de su madre la capacidad de la adivinación, el don de penetrar en el tiempo y en el espacio. Siempre se había sentido muy unido a ella, la sin nombre, y le dolía no haber podido cumplir el juramento proferido en su lecho de muerte. Poco tiempo antes de venir a mi convento, al mirar en el fondo de la copa de ónice se le había revelado que su hijo no había muerto, que había sobrevivido al naufragio; por eso, en Astigis, hizo que yo escribiese la carta que ahora posee Ardabasto. En ella, le pedía a Atanagildo que cumpliera la promesa y devolviese la copa al norte. Esa carta dirigida a Atanagildo le llegó a este muchos años más tarde.

Román asiente a lo expuesto por Florentina y a su vez añade:

—La inscripción se realizó al principio de la rebelión, cuando todo parecía ir bien a nuestro señor Hermenegildo, pero si os fijáis, la parte final de la inscripción difiere de la segunda parte. Se ha borrado lo que ponía anteriormente y lo sustituimos por *cibitatem Ispalensem ducti aione*, su sentido más profundo es este: «traído a la ciudad de Hispalis para siempre». Este es el lugar de su último descanso. Cuando Hermenegildo murió, yo recogí la copa. Él me había pedido que lo enterrase aquí junto a la copa, en Hispalis, donde había sido feliz, en la pequeña iglesia que él mismo mandó construir, y en la que había esta inscripción.

Román suspiró con tristeza al recordar el pasado:

—Recaredo nunca supo que era aquí donde se guardaba la copa de ónice. De hecho, él no quiso saber nada más de ella, le hacía sufrir demasiado. Pensó que había cumplido su misión, devolviendo al norte la copa de oro. Nunca preguntó por la copa de ónice. La copa de ónice siempre ha estado aquí, junto a Hermenegildo. Cuando le enterramos, la guardamos en la tumba, que cubrimos con una losa en la que estaba grabada la inscripción; solo cambiamos el final de

la misma, para avalar que Hermenegildo llegó a Hispalis, *ducti aione*^[39] para siempre. Así, con esta inscripción y en este lugar oculto, nadie, sino los más íntimos, los que le amamos, podría deducir que aquí se hallaba enterrado el príncipe rebelde, nuestro amado Hermenegildo y, con él, la copa de la verdad y el bien.

Román se detiene emocionado. Todos callan un momento.

Después, Román saca del interior de la sacristía unas palas de hierro. Ayudado por Nicer y Ardabasto, introducen las palancas en el borde de la losa. Tras algún esfuerzo, descubren la tumba, una tumba en la pared con un crismón por único detalle decorativo y la inscripción latina.

Al abrirla no notan olor a podredumbre, sino un olor a tierra mojada mezclado con un perfume suave que ninguno de los presentes es capaz de distinguir. Un grito se escapa de la boca de Florentina al ver el cuerpo del que ella había amado; los demás guardan silencio conmovidos. Allí está Hermenegildo. Su rostro es pálido y sereno, como una estatua de cera. La herida larga y rojiza de su cuello indica la causa de la muerte. Su cuerpo no ha conocido la corrupción. Parece hallarse descansando. En sus manos, la copa de color rojo oscuro brilla reflejando la luz de las antorchas.

Florentina solloza y exclama:

—Aquí está la copa que tantos habéis buscado. Solo el que es carne de su carne y sangre de su sangre puede tomarla.

Ardabasto, con esfuerzo, avanza y, guiado por una certera intuición, besa las manos, yertas y rígidas sobre la copa. Al roce de los labios del legado, Hermenegildo parece aflojarlas, como abriéndolas. Ardabasto se la arranca sin esfuerzo y retrocede algunos pasos hacia atrás. Nicer le acerca el cáliz de oro. Ardabasto une ambas copas, la de ónice encaja perfectamente en la de oro, y deposita ambas sobre el altar. Todos se arrodillan.

En la capilla sucede algo portentoso, una luz sobrenatural sale de la copa y lo envuelve todo. Ilumina el sepulcro, abierto tras del altar, con el cadáver incorrupto de Hermenegildo, el propio altar con la copa y, más allá, resplandece sobre los que han amado al que fuera rey de la Bética. Un silencio profundo y reverente invade la estancia. Todos permanecen de rodillas sintiendo que un prodigio acontece en sus corazones.

Entonces sucede algo de lo que nunca volverán a hablar. A todos les parece que Hermenegildo abre los ojos y se levanta de su lecho de piedra, interpellando a cada uno de los presentes. En ese momento sus espíritus se llenan de una paz profunda e inefable.

Para Florentina no hay palabras, sino que se siente envuelta por su mirada, una mirada que expresa un amor más allá de la muerte.

A Ardabasto le parece entender unas palabras que le dicen: « Has cumplido el destino de la copa, eres mi digno sucesor» .

Hermenegildo, atravesando la ceguera de Liuva, le confía: « Tu destino va unido al de Swinthila, deberás ayudarlo y entonces retornará a ti la visión del cuerpo y la del alma. Te aguarda una larga vida » .

A Nicer, Hermenegildo le hace ver las tierras del norte, sus hijos defendiéndose de las luchas entre clanes; en ese momento percibe claramente: « Pronto llegará la paz y tú regresarás con los tuyos. Conducirás la copa al lugar que le corresponde; con ella vendrá la concordia a los pueblos del norte. Después, llegará un tiempo en el que todo se derrumbará, pero la salvación vendrá de las montañas cántabras, de los hijos de tus hijos» . Nicer no entiende las últimas palabras, que se graban para siempre en su interior; sin embargo, se alegra sabiendo que volverá con los suyos.

Román siente cómo Hermenegildo le agradece toda la fidelidad con la que le ha servido, colmándose de un consuelo y una alegría superiores a todo lo que él ha experimentado en los días de su vida.

La quietud se hace más densa; un silencio sagrado les envuelve.

Después, el cuerpo del príncipe se deshace ante sus ojos, y solo queda del que había sido rey de los godos un poco de polvo, como de ceniza.

El Concilio IV de Toledo

Durante varios meses, Swinthila permanece junto a Ricimero en presidio, en los calabozos de la fortaleza regia de Toledo. No sabe nada de su esposa ni de sus otros hijos. Sin embargo, Gelia, su hermano, está libre y seguro; no solo eso, Gelia no ha perdido su preeminencia entre los godos, ha sabido acoplarse a los tiempos; siempre mantuvo contactos con los rebeldes. Su traición al rey Swinthila le ha sido muy bien recompensada. Ahora que se ha salvado, Gelia no quiere acordarse del caído.

Swinthila puede ver desde el tragaluz de su prisión un retazo de cielo, casi siempre límpido, de la ciudad del Tajo. Esa visión de un fragmento de libertad le basta para considerar que la vida es hermosa, se siente apegado a ella. No quiere morir. Le obsesiona la idea de que pronto llegará el momento de la ejecución, cada día que pasa le parece un nuevo milagro. Escucha los ruidos de la ciudad y unas ansias nuevas de vivir, de obrar de una manera distinta a como lo ha hecho estos años, asoman en su corazón. ¿Adónde le ha llevado su afán de venganza? ¿Adónde le han conducido los deseos de poder?

A veces habla de todo esto con Ricimero, que le escucha con ojos grandes, claros, abiertos, que dejan traslucir su alma. Swinthila se desespera, pensando que aquellos ojos habían confiado en él. En este tiempo de cautividad le cuenta la historia de su padre Recaredo, de Hermenegildo, la historia de la copa de poder. Le habla de Liuva, el hombre de la mano cortada, a quien quemaron los ojos, y que quizás en su ceguera veía mucho más allá de lo que él nunca ha visto. En este tiempo de adversidad, el corazón de Swinthila se va transformando; en el infortunio, va naciendo un hombre nuevo.

Ricimero guarda silencio; por un lado, se da cuenta de que está ocurriendo lo que su madre quería, el cambio interior de aquel ser prepotente que había regido el destino de los godos. Sin embargo, por otro lado, Ricimero se siente también culpable. Él sustrajo la copa, la copa de poder ya no está con ellos y de ahí han venido todos los males. No se atreve a hablar de ello al rey.

Hasta la prisión llegan rumores, el nuevo rey Sisenando ha convocado un concilio para legitimar su acceso a la corona que es, a todas luces, abusivo y tiránico.

Las voces de los convocados al nuevo concilio rebasan los muros del alcázar de los godos, bajan a los patios y al fin descienden hasta los calabozos en donde mora el rey destronado. Ricimero y su padre escuchan las trompas y los tambores que entonan antiguas marchas guerreras. Se oyen gritos alegres en las calles, señalando la bienvenida a un noble o a un obispo que acude a tan magno acontecimiento. Desde mucho antes de la muerte del rey Recaredo, no ha tenido lugar en la ciudad del Tagus una reunión así.

El día en que comienza el concilio, la prisión se abre. El depuesto rey Swinthila ha sido convocado también a la magna asamblea, en donde se dictarán disposiciones y leyes, el órgano legislativo de los godos. El concilio es una reunión eclesiástica pero, en aquella ocasión, al mismo tiempo tendrá lugar un juicio sumarisímo contra la persona del rey destituido.

Encadenado, rodeado por los denuestos y maldiciones de la gente, atraviesa las calles de la ciudad hasta la iglesia de Santa Leocadia, donde tendrá lugar el proceso. Los ciudadanos se congregan en las calles lanzando piedras y basura contra el rey derrocado y contra su hijo, insultándoles ante la mirada complaciente de los soldados leales a Sisenando.

Los que le ultrajan son, tal vez, los mismos hombres que, no mucho tiempo atrás, le vitoreaban, cuando entraba triunfador al frente del ejército. Swinthila cavila para sí: «Yo conduje al reino a la cima de su poder, vencí a los bizantinos, a los cántabros y a los vascones. Todo ha sido olvidado, ahora solo recuerdan que he sido un tirano. Soy un hombre caído que merece únicamente el insulto y la ignominia».

Los conducen a un lugar apartado, a una nave lateral de la iglesia; desde allí puede observar bien la magna asamblea. Todos les miran, muchos con desprecio. Desde aquel lugar ínfimo, Swinthila observa atentamente a su rival, Sisenando. Ya no puede odiarle, le da igual todo. Después de tantos meses en la prisión, con una condena a muerte sobre su cabeza, Swinthila solo desea una cosa, desea vivir.

El rey Sisenando, orgulloso y displicente, se sienta en un trono a la derecha del presbiterio. Es el elegido de Dios, por tanto se sienta a la diestra del altar.

Junto al altar izquierdo cuelga una hermosa corona votiva, la corona que el mismo rey Swinthila había ofrecido en los días felices de su reinado, la corona de oro y piedras preciosas de la que pende, en el centro, una cruz engastada en perlas. Colgadas en el aro de oro de la corona unas letras: SUINTHILA REX OFFERET^[40], el rey Swinthila la ofrece. Parece un contrasentido, el rey Swinthila ha sido derrotado, pero la corona de la victoria sigue luciendo cerca de una lámpara votiva.

En el centro de la iglesia, los clérigos; detrás, los nobles. Las puertas se cierran para que solo los convocados puedan asistir. Isidoro, obispo de Hispalis, preside la celebración y modera las intervenciones.

Se van leyendo los cánones y conclusiones. En el canon setenta y cinco se

reafirma la dignidad regia; como una paradoja, el rey Sisenando penará a aquellos que se alcen contra la autoridad real. El mismo rey que se ha rebelado contra su predecesor dicta una ley que prohíbe lo mismo que él ha hecho. Después el canon sigue diciendo que el rey que incurriese en tiranía, en abuso de autoridad, puede ser depuesto. Con esas palabras se justifica la actuación del actual monarca, son palabras que atañen directamente al destronado rey Swinthila.

La atención de todos se vuelve hacia donde el monarca destituido espera su juicio, encadenado. Muchos nobles piden su cabeza, se oyen gritos de: « ¡Muerte al tirano! ».

Isidoro intercede, su voz clara y potente se deja oír en todo el templo:

—El reino godo se ha convertido en el hazmerreír de Occidente. Un rey derroca a otro, derramando su sangre y este al siguiente. Los francos se burlan del *morbus gothorum*, la enfermedad que nos hace matar a nuestros reyes —grita Isidoro con energía—. ¡Basta ya de sangre! ¡Basta ya...!

Un noble de menor alcurnia se levanta entre los asistentes:

—El rey Swinthila confiscó mis tierras sin motivo justo, necesitaba caudales para sus guerras. Estoy arruinado...

Después, otro y otro:

—Me condenó al destierro injustamente.

—Mis hijos murieron en sus guerras.

—Me quitaron los caballos y los ganados...

Un hombre alto se levanta; es Gelia, en la desgracia se une a los vencedores y ataca al caído:

—Mi nombre es Gelia, desciendo de Leovigildo, soy hijo del gran rey Recaredo. Este tirano inicuo...

—¿Dónde están mi esposa y mis hijos? —le grita Swinthila desesperado.

—A salvo... en un convento donde no intriguen más.

Después, Gelia continúa acusando a su hermano, con lo que él mismo procura exculparse y, como colofón, dirigiéndose al público que abarrota la sala del concilio, denuncia:

—Él mató por un medio pérfido al rey Sisebuto y favoreció la muerte de su hijo... Yo le apoyé, pero él determinó que mi familia fuera desplazada de la corte para quedarse él solo con el poder...

Es entonces cuando un hombre fuerte, de cabello cano, se levanta entre el público; un guerrero de gran prestigio entre los godos y muy valiente, un noble de rancia estirpe, acérrimo defensor de la casa baltinga. Su nombre es Wallamir.

—Te equivocas, Gelia, al acusar a tu hermano y no defenderle; siempre has estado al sol que más calienta. Tu padre Recaredo fue un rey íntegro y cabal que buscó siempre hacer la justicia. Este concilio tiene lugar gracias a él. Los godos nos hemos dado unas leyes que respetamos y Recaredo fue valedor de esas

leyes. Debemos, por su memoria, respetar a su hijo Swinthila. No podemos poner nuestras manos sobre el hijo de Recaredo, el que un día fue ungido.

Se hace un silencio en la reunión. Entonces se levanta el rey Sisenando. El odio mana por su boca:

—Este hombre, Swinthila, ha sido un tirano, hay pruebas más que suficientes para condenarle a muerte... Debe morir.

Se escuchan voces coreando las palabras del rey. Isidoro se levanta de nuevo, colocándose en medio del templo.

—Noble rey Sisenando, has alcanzado el poder gracias a que los magnates de este reino, y los francos, te han apoyado...

Un silencio tenso recorre la sala. Nadie se ha atrevido nunca a hablar así a un monarca reinante; pero aquel hombre, Isidoro, posee el prestigio y la fuerza moral suficiente como para enfrentarse a cualquier rey de los godos.

Isidoro prosigue, con voz fuerte:

—Las leyes que este mismo concilio ha dictado se deben cumplir.

Después, dirigiéndose al rey, le habla con una confianza impropia en un vasallo:

—¿Qué será de ti si los mismos que ahora te han apoyado un día se rebelan contra ti? Respeta a tu predecesor y serás respetado por todos. Castígallo, pero no le quites la vida. ¡Que se conozca la munificencia y generosidad del rey Sisenando con los que lo han perseguido!

El rey se muestra inseguro y cavilante ante las palabras de Isidoro. La amenaza que el obispo le ha lanzado ha hecho mella en su ánimo —los mismos que le han coronado pueden un día volverse en contra de él—, pero el odio le domina.

Desde las filas de los clérigos, un hombre con hábito monacal, caminando muy despacio, un hombre ciego, se abre paso entre las gentes que abarrotan el concilio. Apoyándose en un bastón, se sitúa delante del presbiterio, muy cerca de Isidoro, más allá de los obispos y de los nobles. Alza el brazo, le falta la mano que ha sido amputada tiempo atrás.

—¿Me conocéis? Mi nombre es Liuva. Soy el legítimo sucesor del rey Recaredo al que muchos de vosotros servisteis con devoción. La tiranía de Witerico me cortó la mano y me dañó los ojos. Gracias a algunos de los que estáis aquí, aún sigo vivo. Adalberto, ¿dónde estás? ¿Búlgar...? —grita.

Nadie le contesta. Adalberto y Búlgar, del partido del rey depuesto, no asisten al concilio. La muchedumbre enmudece, compadecida de aquel que reinó y ahora es un desecho humano. Al no oír respuesta, prosigue en un tono dolorido:

—Decidme, ¿a qué conduce todo esto? ¿A qué tantas luchas, tantas guerras, tanto odio? ¿Conseguiréis algo ejecutando a Swinthila? Él es mi hermano y me traicionó. Me utilizó para robar lo más sagrado y después me abandonó a mi suerte.

Muchos recuerdan a Liuva, su juventud tronchada por el tirano. Repasan también los años terribles que siguieron cuando Witerico el usurpador fue rey y su gobierno despótico sembró el terror en el reino. Las palabras de Liuva y de Isidoro provocan una fuerte oleada de clemencia entre las gentes que asisten al concilio. Se escuchan voces que solicitan el perdón real.

Sisenando no está de acuerdo, pero no tiene más remedio que transigir; le interesa legitimar la usurpación del trono y señalarse, ante la Iglesia y el concilio, como un rey moderado, frente al gobierno tiránico que, supuestamente, Swinthila ha ejercido. Al fin logra dominar su odio y se levanta del sitio.

—¡Sea así! Sea Swinthila condenado al destierro con su familia. Nunca más pise la Corte de Toledo, y ninguno de sus descendientes, ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos puedan acceder al trono de los godos. ¡Sea así!

—¡Sea así...!

Desde un rincón Swinthila mira, con agradecimiento, a Isidoro y, con asombro, a Liuva. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

El concilio prosigue, discutiéndose en él asuntos de disciplina eclesiástica y también cuestiones políticas. Las esperanzas de Swinthila se han hundido pero, al menos, conserva la vida. Podrá volver a ver el sol, a sus hijos, las tierras onduladas de Hispania.

Al finalizar el concilio Swinthila y Ricimero regresan a la prisión, mientras se decide qué se hará con ellos.

Unos días más tarde, gracias a la influencia de Isidoro, el rey Sisenando no tendrá más remedio que liberarlos. Isidoro les comunica que se ha dictaminado que Ricimero y él deben recluirse en un convento, bajo la jurisdicción monacal. El lugar elegido es Agali, un monasterio que no está muy lejos de la corte. En un amanecer, cuando todos duermen en el alcázar real, Swinthila y su hijo salen de la prisión.

Isidoro los está esperando, les conduce junto a Liuva, el ciego. Desde el calabozo Liuva y Swinthila recorren las estancias del palacio de los reyes godos, el lugar donde ambos llegaron a reinar.

Liuva no puede ver las escuelas palatinas, el lugar de su desdicha, la palestra, las estancias reales... Pero tampoco esa visión lograría ya afectarle. Su alma está en paz.

Fuera, un hombre fuerte y siempre leal les espera, es Wallamir. Les han preparado varios caballos. Wallamir hace subir a Liuva detrás de él.

—Venid —les dice—, debéis acompañarme. El rey ha ordenado que os conduzcan a Agali. Allí os esperan.

Swinthila no pregunta quién les espera, se deja conducir por Wallamir y Liuva. Atravesan los montes de Toledo, es invierno y la vegetación escasea. Algún conejo salta entre las retamas, libre. Ahora Swinthila también se siente libre, se ha liberado de la cárcel, pero también del afán de venganza, y de aquel

deseo desmedido de poder que le consumía en todo momento, una profunda libertad le llena el alma. Recuerda la leyenda del águila. Dicen que las águilas al final de su vida deben arrancarse todas sus plumas y el pico. Estos crecerán de nuevo y el águila se renueva para vivir una nueva vida. Los días del cautiverio han domado al águila de Swinthila, que ahora solo desea volar libre de odios y de rencor.

Alcanzan Agali, un convento de monjes venidos del África Tingitana bastantes años atrás, expulsados por las tropas vándalas. Un edificio de piedra, sostenido por contrafuertes, con pequeñas ventanas ojivales, la planta grande de tres naves, con cubierta de tejas. En el atrio del templo les espera su esposa Teodosinda, sus hijos pequeños. Teodosinda le abraza. Swinthila se sorprende porque nada ha disminuido el amor que ella siempre le ha guardado en su corazón. La hija de Sisebuto siempre le ha esperado. Ha confiado en Swinthila a pesar de las locuras del espíritu indómito de su esposo, siempre alejado de todo lo bueno. El derrocado monarca llora y ríe abrazando a sus hijos. Teodosinda estrecha fuertemente a Ricimero. Ha de pasar algún tiempo antes de que Swinthila se dé cuenta de que más atrás están dos jóvenes.

Se trata de Gádor, la nieta de Recaredo, y Ardabasto, el nieto de Hermenegildo.

Gádor dobla la rodilla ante Swinthila, y le pide la bendición para su matrimonio... ¿Qué puede hacer Swinthila sino aceptar?

Nicer está más atrás. El duque de Cantabria le ofrece a Swinthila ocultarse en las tierras del norte. El abad del convento de Agali, bajo cuya jurisdicción ahora está Swinthila, ha aceptado que la familia real se vaya lejos de la corte de Toledo, a las montañas cántabras, en un lugar ajeno a los odios y venganzas de los godos.

Swinthila accede, como atontado.

Entonces, Liuva lo conduce a la iglesia.

Allí, en el centro del altar, junto con los ornamentos preparados para el oficio divino, un objeto centellea bajo la luz que penetra por las ojivas. Es la copa sagrada.

—¿Tú...?

—Sí.

—Le hablé de la copa a tu esposa, ella la consiguió, gracias a Ricimero. Fue tu hijo quien la robó en Cesar Augusta, y me la confió. Nadie iba a sospechar del hijo del rey. Teodosinda te ama y sabía que la copa te estaba matando lentamente. Le expliqué su poder y ella decidió que debías desprenderte de ella.

El rostro de Swinthila palidece. Liuva no se da cuenta de lo que le ocurre, cree que ya nada le importa a aquel que es una piltrafa de sí mismo. Ambos avanzan hacia el altar.

En el atrio los jóvenes y Teodosinda reunidos y dichosos parecen haberse

olvidado de las penas; contentos de haber recuperado a su padre, felices al estar de nuevo unidos.

Acompañando a Swinthila, Liuva y Wallamir están dentro del templo, Liuva al lado de Swinthila, muy cerca de la copa, Wallamir les observa mucho más atrás desde el dintel de la puerta. Al contemplar la copa, la rabia y la locura regresan a Swinthila. Reconsidera con rencor que ella, la buena y amante esposa, le ha traicionado y su propio hijo también; guiados de muy nobles intenciones, los dos le han quitado lo que Swinthila más ama en el mundo. Entonces el deseo, la pasión por la copa, la insania, la locura más feroz se despiertan de nuevo en su corazón.

La necesita.

Necesita beber de la copa una vez más, tan solo una vez más. Si bebe de ella, recuperará su reino. Sabe que es peligroso cuando el cáliz de oro y el de ónice están unidos. Solo el de corazón limpio puede beber de la copa, pero ahora que Swinthila se siente arrepentido, todo puede cambiar. Todo va a ser distinto. Junto al cáliz, preparada para la misa, hay una jarra pequeña transparente con vino. Swinthila vuelca el licor de uva en la copa sagrada. Aquel ruido alerta a Liuva en su ceguera, quien adivina lo que está ocurriendo con la copa y con su hermano. Cuando la copa se inclina hacia los labios del depuesto rey godo, en el mismo instante en el que la roza, Liuva se le adelanta y la retira:

—No debes hacerlo, morirás.

Para evitar que su hermano beba su contenido, preso de una gran determinación y venciendo las limitaciones de su ceguera, Liuva forcejea con Swinthila, le arranca la copa de las manos y bebe de ella. Inmediatamente cae al suelo como muerto. Ha querido salvarle, pero Swinthila no quiere ser salvado, lo único que desea es beber de la copa; agitado por una ciega pasión ingiere lo que resta de la copa, solo queda ya un sorbo de vino. Lo bebe y pierde el sentido. En su semiinconsciencia, una gran debilidad lo invade, la piel se le va cubriendo de pústulas; como si la maldad que alberga su corazón saliera al exterior. Su esposa grita y cae de rodillas junto a él. No está muerto, el mal ha salido al exterior.

Liuva, al pasar un lapso corto de tiempo, se levanta. Se han desprendido de sus ojos las escamas que los han cubierto durante años.

Mira con ojos llenos de luz a todos los que lo rodean y llora.

Yo, la Providencia o la Fortuna, aquella a que los romanos llaman la Parca, sé muy bien que cada uno se labra su propio destino.

EPÍLOGO

El hombre de la mano cortada mira al frente, su expresión está llena de luz y es gozosa. Los verdes valles de Ongar descienden delante de él e inundan completamente su retina. Se recrea viendo cada rama, cada árbol, cada flor. El ganado paciendo a los lejos, el vuelo del águila imperial en los cielos claros. Puede ver las gotas del rocío sobre las hojas del manzano. Allá a lo lejos, en el fondo del valle una tormenta de verano moja la tierra, baña los valles, vivificándolos con su fino caer. Más en la distancia, las altas montañas de Vindión cubiertas de nieves perpetuas parecen rozar los cielos, y los rayos del sol rebrotan en las cumbres nevadas.

El valle está en paz y su corazón también. Detrás de él, en un altar, con trazos simples han sido esculpidos los signos del tetramorfos: el hombre alado, el león, el toro y el águila. Los signos que contienen la clave, la síntesis de las vidas de los hijos del rey godo. Swinthila fue un águila, que quizá voló demasiado alto, quemándose al llegar al sol. Recaredo, el toro, embistió de frente a la vida, conduciendo hacia delante su destino, uniendo los pueblos y las razas. Pereció víctima de su propia fuerza. Hermenegildo, el león, siguió los designios de la Providencia y alcanzó una corona imperecedera. Liuva, el hombre alado, me ha vencido a mí, al Destino, resurgiendo como el fénix de sus propias cenizas.

Sobre el ara del altar, una copa de oro y ónice reluce, protegida por los cantos de los monjes.

Ciudad Real, 13 de abril de 2009

Ficción y realidad

La historia de Hermenegildo, el príncipe rebelde, ha llegado hasta nosotros envuelta en el misterio. Los cronistas contemporáneos estaban divididos con respecto al hijo de Leovigildo. Por un lado, sus mismos compatriotas le consideraron únicamente un traidor que se levantó contra la autoridad legítimamente constituida, no le perdonaron que hubiese sido el causante de una terrible guerra civil. Sin embargo, el papa Gregorio Magno le alaba y le considera un mártir de la fe católica.

Su figura histórica plantea muchas dudas. La primera es el mismo hecho de que su padre autorizase su muerte. A lo largo de la historia muy pocos gobernantes han ordenado la ejecución de sus hijos. Leovigildo, aunque lo narrado en la novela pudiera hacerlo pensar así, no fue un rey sanguinario, sino un hábil político. Los mismos católicos a quien él persiguió no le denigran, sino que le consideran un monarca prudente y justo. Es extraño que hiciese matar a su propio hijo.

También resulta curioso que Hermenegildo, ya asociado al trono, y con muchas posibilidades de heredarlo, se rebelase contra su padre. La solución que se plantea en la novela —que Hermenegildo no es auténticamente hijo de Leovigildo— es una solución de ficción. No hay ningún dato para pensar que Hermenegildo no lo fue. Lo único que se intenta señalar es que en la vida de Hermenegildo hubo un enigma. Como enigmático es también el hecho de su ejecución en Tarragona, un lugar tan alejado de las tierras en las que él desarrolló su vida, hecho que hace pensar en una huida hacia las cortes francas. Entra dentro de lo históricamente posible que Brunequilda, madre de la princesa franca Ingunda, apoyase la rebelión de Hermenegildo y que él se dirigiese hacia la cabeza oculta de la rebelión en las Galias.

La figura de Brunequilda es una de las figuras más apasionantes de la Europa del siglo VI. Esta princesa nacida en Toledo controló los destinos de los reinos francos, y su rivalidad con Fredegunda marcó a la dinastía merovingia con asesinatos y muertes de todo tipo.

La inscripción, que se conserva en el museo arqueológico de Sevilla, acerca de san Hermenegildo constituye uno de los pocos restos alusivos a este príncipe y

a la rebelión frente a su padre. Una interpretación de esta inscripción (Fernández Martínez, C. y Gómez Pallarés, J., 2001) parece señalar que se escribió en dos períodos distintos: el primero, en el reinado de Hermenegildo y, el segundo, después de su muerte. Sin embargo, a la luz de trabajos recientes, como el discurso de ingreso en la RAH de Luis García Moreno, no es descartable que pueda ser una falsificación moderna. De cualquier modo, la visión de esta antigua inscripción supuso para la autora una fuente de inspiración. Quizá fue allí, bajo aquella losa, donde se conservó un tiempo el cadáver de Hermenegildo. En la actualidad su cuerpo se ha perdido, pero la cabeza descansa, desde tiempos de Felipe II, en un relicario en el monasterio de El Escorial.

Recaredo fue un rey ponderado e inteligente que logró consolidar los éxitos de su padre. Durante su reinado hubo de hacer frente a múltiples conjuras. Murió en su lecho; no hay datos para pensar en una muerte violenta. Hubo negociaciones para casar a Recaredo con las princesas francas Rigunthis y Clodosinda, pero no consta que dichos enlaces llegaran a celebrarse. De hecho, en el año 589, en el concilio de Toledo, Recaredo aparece casado con la dama goda Baddo o Bado o Bada, supuesta hija del conde de las Languicones. Las negociaciones para casarlo con Rigunthis se realizaron hacia el año 582 o 583 y las nuevas negociaciones matrimoniales de las que tenemos noticias son del año 587. Como su hijo mayor, Liuva II, nació hacia el año 581 o 582 (murió con alrededor de veinte años hacia el año 601); se piensa que pudo ser hijo natural. Así, el texto de la *Crónica* de san Isidoro, que se cita al inicio de la primera parte de la novela, el Águila, indica: «Liuva... hijo de madre innoble, pero ciertamente notable por la calidad de sus virtudes». Para conocer mejor la época de Leovigildo, Hermenegildo y Recaredo resulta de sumo interés el libro de Santiago Castellanos: *Los godos y la Cruz*.

Liuva II fue un rey débil que llegó al trono muy joven. El *morbus gothorum*, la enfermedad de los godos que hacía que los nobles asesinasen a su rey para obtener el poder, se lo llevó. Los datos que poseemos históricamente son que fue derrocado cortándole la mano derecha, y que un año después fue ejecutado. En la novela, sobrevive y constituye el hilo conductor de la historia. Este hecho es también ficticio.

Swinthila fue un rey que consiguió la unidad de la península Ibérica en manos visigodas. Anteriormente a su llegada al trono se le conoció como un gran general que conspiró para alzarse con el poder y que lideró la campaña contra los bizantinos. La crónica isidoriana escrita antes de su defenestración, le alaba como un buen gobernante. Sin embargo, poco tiempo después, en el Concilio IV de Toledo, es denostado como un tirano. Es el primer rey goda que no muere tras perder el trono. Algunas fuentes señalan que él y Gelia fueron hijos de Recaredo. Históricamente no está claro que lo fueran, no hay datos para pensarlo así. De hecho, san Isidoro, en su *Historia de los godos*, no señala este hecho, por lo que es

muy probable que ni Swinthila ni Gelia fueran hijos de Recaredo. Muchos de los datos que tenemos acerca de los visigodos provienen de crónicas medievales en las que la monarquía era ya hereditaria. Son crónicas que intentan formar una dinastía entre los distintos reyes godos, que muy posiblemente no existió. En la novela se supone que Swinthila, Gelia y Liuva son hijos de Baddo, y que esta estuvo casada previamente en secreto con el rey Recaredo.

Leandro, Isidoro, Fulgencio y Florentina fueron una familia de hispanorromanos oriundos de Cartagena, que llegaron a altos cargos eclesiásticos en el siglo VI. Isidoro, cumbre de las letras hispanas en la era visigoda, recopiló el saber de esa época culturalmente oscura. Leandro visitó Constantinopla en tiempos de la rebelión de Hermenegildo, posiblemente para recabar ayuda de manos del emperador. Hay correspondencia que indica que en aquel tiempo conoció a san Gregorio Magno. Llegó a Bizancio en una época en la que la catedral de Santa Sofía había sido recientemente construida. La descripción de Santa Sofía y Constantinopla se ciñe a la de un viajero del siglo VI, Evagrio. Florentina vivió en Écija, su hermano Isidoro le dedicó dos tratados sobre la virginidad. Fulgencio fue obispo de esa misma ciudad.

La situación en la cornisa cantábrica en el siglo V y VI ofrece multitud de problemas de interpretación y puntos oscuros. Se sabe que en la época de la conquista romana —siglo I a. C.— existían una serie de pueblos que fueron descritos por los historiadores romanos dentro de los astures y cántabros. Es verdad que es cuestionable la pervivencia en el siglo V y VI de los grupos étnicos que describe Estrabón en época de la conquista romana. En la novela se describen tribus de albiones, orgenomescos y luggones. Esto podría ser anacrónico. Sin embargo, y como explica Santos Yangüas en su libro *Los Pueblos de la España Antigua*, tras la caída del Imperio romano se produjo un resurgir de aquellos pueblos sometidos, y eso se puede recoger en documentos de la época (Santos Yangüas, J., 1997). También sabemos que había distintos pueblos contra los que luchó Leovigildo; entre otros, los sappos y los roccones (Peralta Labrador, 1998). Los roccones eran un pueblo de ascendencia posiblemente astur que habitaron un señorío semiautónomo en los siglos V y VI; han sido identificados con los cántabros (Fernández Mata, 1997), los araucones —habitantes de un señorío semiautónomo entre los reinos visigodo y suevo— y los luggones argardenos, uno de los pueblos principales de Asturias (Maya, 1989). Algunos autores identifican a los luggones con los roccones de tiempos visigodos, se basan en que la «r» y la «b» son consonantes que pueden intercambiarse, al igual que la «g» y la «k». Los sacrificios humanos de los pueblos del norte en época visigoda son mencionados por Martín de Braga (Martín de Braga, *Sermón contra las supersticiones rurales*). La romanización de Asturias y Cantabria fue más tardía y superficial que en el resto de la península. Por supuesto, las antiguas gentilidades de origen protocéltico que nombra Estrabón se fueron transformando

en gran medida durante la época romana. Sin embargo, en escritos de época visigoda, como *La vida de San Millán*, y en el mencionado tratado de San Martín de Braga, se habla de una pervivencia del paganismo, y de la existencia de gentilidades. También en la *Historia Gothorum* de san Isidoro se menciona este hecho. Sisebuto y Swinthila lucharon contra pueblos cántabros. Así, Sisebuto: « fue esclarecido en las lecciones de la guerra y en la victoria. A los astures rebeldes, enviando su ejército, los redujo a su dictado. A los rocones, cercados por todas partes en los montes escarpados por los duques, los venció» . Mientras que Swinthila: « habiendo alcanzado bajo el rey Sisebuto el oficio de duque, dominó los castillos romanos, venció a los rocones» . La conclusión de todo esto es que en la época en la que discurre la novela había pueblos en la cornisa cantábrica que se enfrentaron a los visigodos. La naturaleza de estos pueblos es difícil de definir exactamente. En la novela anterior, *La reina sin nombre*, que se sitúa a finales del siglo V y principios del VI, se supone que los castros estaban habitados. Hay datos arqueológicos en el castro de Coaña de que esto pudo ser así. Esto se justificó en la novela anterior por las migraciones célticas de este período. En esta novela se ha producido ya la desintegración de los castros, pero con una cierta pervivencia de las gentilidades de tipo céltico. Todo esto entra dentro de la ficción.

Aquí creo que hay que diferenciar el celtismo de lo propiamente celta. Para hablar de pueblos celtas tendríamos que remontarnos a varios siglos antes de Cristo, conocer que los celtas no constituyeron nunca una única nación y que impregnaron prácticamente toda Europa desde Turquía hasta la península Ibérica. En la península Ibérica, los pueblos propiamente celtas no ocuparon la cornisa cantábrica sino la meseta norte. Otra cosa es el celtismo; el celtismo pervive en nuestros días en los países del eje atlántico de Europa. No sabemos bien por qué, pero Galicia, Asturias y Cantabria son celtas, celtas en sus costumbres, celtas en su folclore, celtas en sus leyendas. Y, sobre todo, celtas en sus gentes; muchas veces yendo por las calles de cualquier pueblo o lugar del norte se adivinan sujetos con unas características antropomórficas que podrían corresponder a gentes de las islas británicas o de la Bretaña francesa. Es el gran eje atlántico que ha mantenido contactos ininterrumpidos desde la época precristiana hasta el siglo XIX.

Entre los pueblos celtas era frecuente la presencia de recipientes mágicos y de uso ritual: entre otros el caldero Gundestrup; famoso porque a través de sus grabados se ha podido conocer cómo era la vida de los celtas. Es ahí donde conecta el otro problema que se plantea la novela: el tema de la copa mágica. La copa mágica se ha relacionado en la novela con el cáliz de la Última Cena. Al parecer, los primeros Papas utilizaban una copa que, según la tradición, habría sido usada por Jesucristo la noche previa a su pasión. La historia afirma que tras el martirio de san Lorenzo, la copa fue trasladada a España, en concreto a

Huesca; que durante la Edad Media se conservó en el monasterio de San Juan de la Peña y que, finalmente, se conserva en la catedral de Valencia.

Actualmente, la copa de Valencia consta de dos partes, una parte oriental que es un maravilloso cuenco de ónice —piedra semipreciosa—, que es de origen antiguo, siglo III o IV a. C., y lo que sostiene a la copa que es posterior, al parecer medieval, labrada en los talleres mozárabes. Desde luego, lo que no sabemos es cómo pudo estar dispuesta la copa de ónice en el siglo IV, V y VI; ahí es donde entra la imaginación. No es inverosímil que en esa época la copa de ónice estuviese ligada a una copa de otro origen. La relación del Grial con el celtismo es algo evidente en las leyendas medievales. Imaginar una conexión inmemorial entre el Grial y los pueblos célticos no es algo descabellado, sino que entra dentro de lo que conocemos como ficción mágica.

En realidad, la copa, con sus dos partes, no es más que una figura literaria en la que se trata de fabular la pasión por el poder capaz de dominar al ser humano. La copa de oro es ficticia. La copa de ónice se guardó tras la caída del reino visigodo en el monasterio de San Juan de la Peña, en las estribaciones del Pirineo; cómo llegó hasta allí, esa es otra historia.

Glosario

Por orden alfabético

- **Adalberto.** Personaje de ficción, capitán de las escuelas palatinas, después capitán de la Guardia Real.
- **Ardabasto.** Personaje de ficción. Este nombre se aplica al hijo y al nieto de Hermenegildo. El hijo se llama también por un nombre godo, Atanagildo, se casa con Flavia, hija del emperador Mauricio. El nieto es Octavio Heraclio Ardabasto, se casa con Gádor, hija de Sisebuto.
- **Argimiro.** Personaje de ficción. Capitán de una tropa en Gigia.
- **Aster.** Personaje de ficción, jefe de los pueblos cántabros.
- **Baddo.** Reina de los visigodos, esposa de Recaredo. No se conoce bien su origen. En la novela es hija de Aster y de una mujer local llamada Urna.
- **Brigetia.** Personaje de ficción, esposa de Fusco y madre, entre otros, de Cosme y Efrén.
- **Brunequilda.** (Toledo, 543 - Renève, 613), princesa visigoda hija de Atanagildo y Goswintha. Por matrimonio llegó a ser reina de Austrasia. Participó en los conflictos y guerras contra Neustria causados por el asesinato de su hermana Gailswintha, también conocida como Galsuinda o Galesvinta. Fue regente en Austrasia y Borgoña.
- **Búlgar.** Personaje real que sufrió destierro en tiempos de Witerico. En la novela amigo de Adalberto y Liuva.
- **Claudio.** En la realidad, duque de la Lusitania, hombre de confianza de Recaredo y uno de sus mejores generales. En la novela hay dos Claudios, padre e hijo: Pablo y Lucio. El hijo es el amigo de Recaredo.
- **Chindasvinto.** En la realidad fue un rey visigodo famoso por sus purgas. En la ficción es el capitán de las escuelas palatinas.
- **Efrén.** Personaje de ficción, sirve a Baddo y es después nombrado

abad de Ongar.

- **Enol o Alvio o Juan de Besson.** Personaje de ficción, druida, tutor de Jana.
- **Florentina.** Abadesa de Astigis. Santa de la Iglesia católica. Hermana de Leandro, Isidoro y Fulgencio.
- **Frogga.** Noble visigodo, opuesto a Recaredo. En la novela el nombre de Frogga sale en dos generaciones.
- **Fulgencio.** Hermano de Leandro, Isidoro y Florentina. Obispo de Cartagena y Astigis.
- **Fusco.** Personaje de ficción. Amigo de Lesso, sirvió a Aster.
- **Gádor.** Personaje de ficción, hija de Swinthila, se casa con Ardabesto.
- **Gelia.** Según los cronicones, supuesto hermano de Swinthila y, como él, hijo de Recaredo.
- **Goswintha** (? - 589), reina de los visigodos; esposa de Atanagildo y, tras enviudar de él, de Leovigildo. Solo tuvo frutos de su primer matrimonio, del que nacieron dos hijas: Brunequilda (casada con Sigeberto I de Austrasia), primera reina de Francia y Gailswintha (casada con Chilperico I de Neustria) y asesinada por su concubina y después reina, Fredegunda (segunda esposa de Chilperico I, quien también ajusticiaría a Brunequilda, cuarenta años después).
- **Gregorio, también llamado Magno** (nace en el año 540 en Roma y fallece el 12 de marzo de 604), fue el sexagésimo cuarto Papa de la Iglesia católica. Uno de los cuatro Padres de la Iglesia latina y Doctor de la Iglesia. También fue el primer monje en alcanzar la dignidad pontificia, y probablemente la figura definitoria de la posición medieval del papado como poder separado del Imperio romano.
- **Gundebaldo.** Personaje de ficción. Noble franco.
- **Gundemaro** (? - Toledo, 612), fue rey de los visigodos (610 - 612).
- **Heraclio** (Capadocia, c. 575 - Constantinopla, 11 de febrero de 641), fue emperador bizantino desde el 5 de octubre de 610 hasta su muerte.
- **Hildoara.** Reina de los godos, esposa de Gundemaro.
- **Ibbas.** Personaje de ficción, jefe de las escuelas palatinas.
- **Ingundis o Ingunda** (? - 584), reina visigoda. Princesa franca, hija de Sigeberto I y de Brunequilda y, dentro de una política de alianzas políticas pactada entre su madre Brunequilda y su abuela, la reina visigoda Goswintha, se casó con Hermenegildo, hijo del rey visigodo Leovigildo.
- **Isidoro.** Obispo de Flispalis, autor de las *Etimologías*.

- **Jana.** La reina sin nombre. Personaje de ficción. Supuestamente hija de Amalarico y de Clotilde.
- **Justiniano** (Taurusium, 11 de mayo de 483 - Constantinopla, 13/14 de noviembre de 565), uno de los más notables gobernantes del Imperio romano de Oriente.
- **Leandro.** Obispo de Hispalis. Hermano de Isidoro y Florentina.
- **Leovigildo.** Rey de los visigodos de 572 a 586. Asociado al trono con su hermano Liuva, le sucedió después. Casó por dos veces. A la primera esposa las crónicas mozárabes la hacen llamar Teodosia, pero esto parece un hecho legendario para ligar a este rey con el Imperio romano. En la ficción contrae matrimonio con Jana, la reina sin nombre, de quien tuvo dos hijos: Hermenegildo y Recaredo. Su segunda esposa fue Goswintha (viuda de Atanagildo).
- **Lesso.** Personaje de ficción, amigo de la infancia de Jana, cuidó a sus hijos Hermenegildo y Recaredo. Sirvió junto a Aster.
- **Liuva II** (583 - 603), rey de los visigodos (601 - 603), sucedió a su padre Recaredo y accedió al trono cuando contaba unos 18 años. A su juventud e inexperiencia se le unía su origen bastardo (era hijo de madre plebeya), lo cual hizo que contara con pocos apoyos en la nobleza visigoda.
- **Mailoc.** En la realidad, fue obispo de un cenobio celta en la montaña cántabras. Se supone que este cenobio entronca con las migraciones celtas del siglo V hacia la península Ibérica. En la ficción es el abad de Ongar.
- **Mauricio** (Constantinopla, c. 539 - 27 de noviembre de 602), emperador de Bizancio de 582 a 602.
- **Mehiar.** Líder cántabro, amigo de Aster.
- **Nícer.** Personaje de ficción, primer hijo de Jana y Aster. Llega a ser jefe de los cántabros. Tras su bautismo se hace llamar Pedro de Cantabria.
- **Recaredo I** (? - 601), fue rey de los visigodos desde 586 a 601, cuando murió en Toledo. Hijo y sucesor de Leovigildo, combatió a los francos, a los bizantinos (aún presentes en el litoral andaluz) y a los vascones, y hubo de sofocar varias revueltas de los nobles visigodos.
- **Recaredo II** (? - 621), rey de los visigodos (621). Contaba solo unos pocos años cuando sucedió a su padre el rey Sisebuto. Su oportuna muerte a los pocos días o semanas de reinado, muerte seguramente provocada, propició el acceso al trono de un noble destacado de la misma facción en el poder llamado Swinthila, vencedor de los roccones (612) y destacado en la guerra contra los bizantinos (614 -

615).

- **Ricimero.** Hijo del rey Swinthila.
- **Román.** Siervo de la Lusitania, que atendió a Hermenegildo en sus últimos días.
- **Rondal.** Líder cántabro, amigo de Aster.
- **Samuel ben Solomon.** Personaje ficticio. Judío de Hispalis.
- **Segga.** Noble visigodo opuesto a Recaredo.
- **Sinticio.** Personaje de ficción de origen hispanorromano, amigo de Liuva en las escuelas palatinas.
- **Solomon ben Yerak** Personaje ficticio. Judío de Hispalis.
- **Sisebuto** (? - 621), rey de los visigodos (primavera de 612 - febrero de 621). Rey erudito que compuso un poema sobre los eclipses y otro sobre la vida de san Desiderio. Fue intolerante y un católico radical, persiguió a los judíos.
- **Sisenando** (? - 636), rey de los visigodos (631 - 636). Siendo duque de la Septimania, Sisenando ayudó a destronar a Swinthila, conquistando la Tarraconense, con ayuda de Dagoberto de Neustria.
- **Sigeberto I** (535 - Vitry, 575), fue uno de los hijos de Clotario I. En 561, a la muerte de su padre, ascendió al trono de Austrasia, una de las cuatro partes en que se dividió el reino franco. Esposo de Brunequilda.
- **Sisberto.** En la realidad y en la ficción es el ejecutor de Hermenegildo, además en la ficción interviene en la campaña contra los cántabros.
- **Swinthila** (? - 634), rey de los visigodos (621 - 631). Combatió contra los bizantinos establecidos en la península Ibérica en el año 620, estando a las órdenes del rey Sisebuto. Al año siguiente fue elegido rey, después de la muerte de Recaredo II. Siendo ya rey, Swinthila derrotó a los vascones, que saqueaban la Tarraconense, consiguiendo una rendición incondicional, nunca antes lograda. Los prisioneros fueron obligados a construir «Oligicus», que junto con Vitoria formarían una línea defensiva contra futuras incursiones.
- **Teodosinda.** Personaje de ficción, hija de Sisebuto, esposa de Swinthila.
- **Ulge.** Personaje de ficción, ama de Baddo cuando niña.
- **Urna.** Personaje ficticio, madre de Baddo y segunda esposa de Aster.
- **Viogrila.** Noble visigodo de Emérita Augusta, traicionó a Recaredo.
- **Wallamir.** Personaje de ficción, noble godo amigo de Recaredo y de Hermenegildo. Procede de Mérida.
- **Witerico o Viterico** (? - 610), rey de los visigodos (603 - 610).

Sucedió en el trono a Liuva II. Es muy escasa la información que se posee de su reinado, pero se sabe que estuvo enfrentado a una parte de la nobleza y del clero.

Bibliografía

- ALVAR EZQUERRA, Jaime. *Entre fenicios y visigodos. La historia antigua de la península ibérica*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, José María y DE LA BARRERA ANTÓN, José Luis. *Guía breve de la colección visigoda*, Mérida, 2002.
- ÁLVAREZ PEÑA, Alberto. *Celtas en Asturias*, Editorial Picu Urrellu, Gijón, 2002.
- ARIAS PÁRAMO, Lorenzo. *Guía del Arte Prerrománico Asturiano*, 3.^a edición, Gijón, 1999.
- BARROSO, Yolanda. *Mérida, ciudad monumental*, Edición Consorcio de la ciudad monumental, Mérida, 1999.
- BERTHIER DE SAUVIGNY, G. de. *Historia de Francia. Los Merovingios*, Rialp, Madrid, 1977.
- BRAVO, Gonzalo. *Hispania (La epopeya de los romanos en la península ibérica)*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.
- CASTELLANOS, Santiago. *Los Godos y la Cruz. Recaredo y la unidad de Spania*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- CEBRIÁN, Juan Antonio. *La aventura de los godos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- COLLINS, Roger. *La Europa de la Alta Edad Media*, Akal, Madrid, 2000. *La España Visigoda (409-711)*, Crítica, Barcelona, 2005.
- CORTÉS ARRESE, Miguel. *El Arte Bizantino*, Historia 16, Madrid, 1999.
- CORZO, Ramón. *Visigótico y prerrománico*, Historia 16, Madrid, 2002.
- DE MOXÓ, Salvador. *Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval*, Rialp, Madrid, 1979.
- FERNÁNDEZ DE MATA, Ignacio. « Interpretaciones sobre el enigma de los rucones bajo una perspectiva etnohistórica », *Revista*

Mnemosyne. Revista de la Asociación de Jóvenes Historiadores de España, vol. 4, 1997.

- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. y GÓMEZ PALLARÉS, J. *Hermenegildo, ¿para siempre en Sevilla? Una nueva interpretación de IHC, n. 76 = ILCV, n. 50*, Gerion (2001), pp. 629-658.
- GARCIA DE CORTÁZAR, Fernando. «El príncipe rebelde», en *Perdedores de la Historia de España*, Planeta, Barcelona, 2006.
- GARCÍA MORENO, L. A. *Historia de España visigoda*, 1989, p. 331.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Julián. *San Isidoro, doctor de las Españas*, Caja Duero, León, 2005.
- JORDANES. *Origen y gestas de los godos*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2001.
- LOARTE, José Antonio. *El tesoro de los Padres*, Rialp, Madrid, 1998.
- LÓPEZ PEREIRA, José Eduardo. *Crónica mozárabe del 754*, edición crítica y traducción, Anubar Ediciones, Zaragoza, 1980.
- ORLANDIS, José. *Historia Social y Económica de la Hispania Visigoda*, edita Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1975.
- —, *Historia del reino visigodo español*, Rialp, Madrid, 2003.
- —, *Semblanzas visigodas*, Rialp, Madrid, 1992.
- —, *La vida en España en tiempos de los godos*, Rialp, Madrid, 1991.
- —, *Historia Universal. Tomo III. Del mundo antiguo al medieval*, EUNSA, Pamplona, 1981.
- PERALTA LABRADOR, Eduardo. *Los cántabros antes de Roma*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1999.
- PÉREZ DE URBEL, Justo. *San Isidoro de Sevilla. Su vida, su obra, su tiempo*, Universidad de León, secretariado de publicaciones, León, 1995.
- RODRÍGUEZ ALONSO, Cristóbal. *Historias de los Godos, Vándalos y Suevos de Isidoro de Sevilla*, estudio, edición crítica y traducción, Madrid, Espasa-Calpe, 1963.
- SANTOS YANGÜAS, Juan. *Los pueblos de la España Antigua*, Historia 16, Madrid, 1997.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Los creadores de Europa (Benito, Gregorio, Isidoro y Bonifacio)*, EUNSA (Astrolabio), Pamplona, 2005.
- —, *Historia de la España Antigua y Media (I)*, Rialp, Madrid, 1976.
- W. AA. *Catálogo del Museo Arqueológico de Sevilla (II)*, Edita Ministerio de Cultura, Sevilla, 1980.

- W. AA. *Concilios Visigóticos e hispanorromanos*, Ed. J. Vives, Barcelona-Madrid, 1963.
- W. AA. *Hispania Gothorum*, Catálogo de la Exposición, Toledo, 2007.
- W. AA. *Recópolis. Guía del parque arqueológico*, edita Junta de Comunidades de Castilla la Mancha, Toledo, 2008.
- W. AA. *Tarragona. Ruta romana*, edita Ajuntament de Tarragona, Tarragona, 2008.
- WOLFRAM, Herwig. *Los Godos y su historia*, Editorial Acento, Madrid, 2002.
- ZUGASTI, Juan Antonio. *El Concilio III de Toledo*, Edición Políglota y Peninsular, Imprenta Fortanet, Madrid, 1891.

Emperadores Bizantinos del S. VI y VII

Justino I	(518-527)
Justiniano	527-565)
Tiberio	(565-582)
Mauricio	(582-602)
Focas	(602-610)
Heraclio	(610-641)



Mapas

MAPA DE ESPAÑA

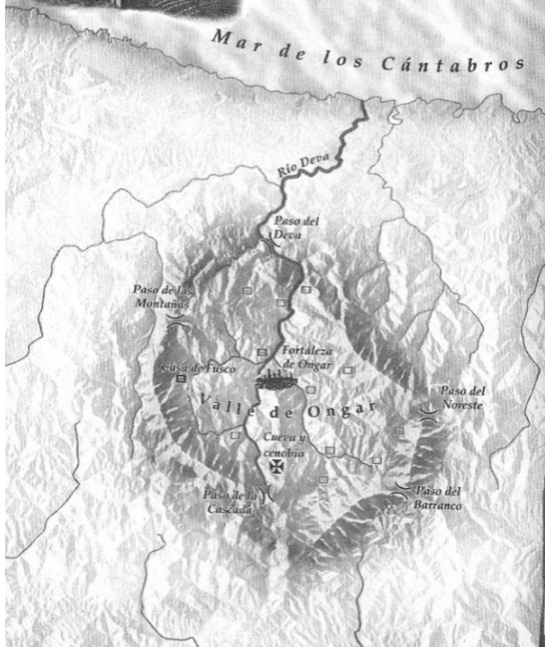




El valle
de Ongar



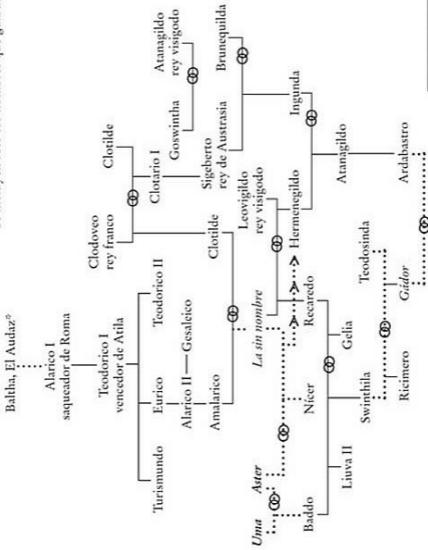
Mar de los Cántabros



Estirpe visigoda de los baltos y Estirpe merovingia

Estirpe visigoda de los baltos

Se incluyen sólo los nombres que guardan relación con la novela

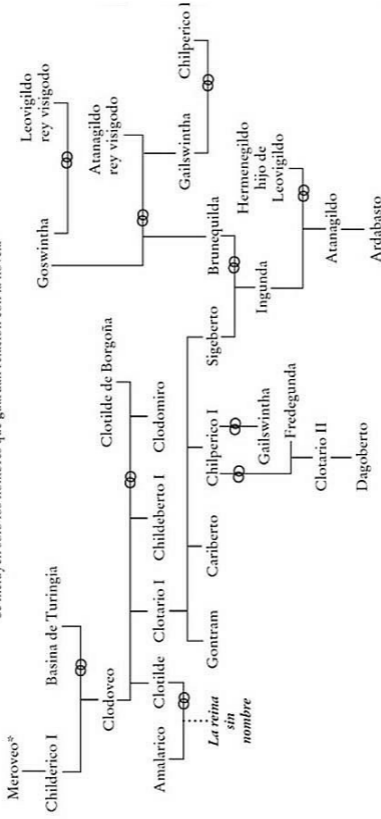


En cursiva, los personajes de ficción.
En línea puntuada los parentescos de ficción.

* Baltia, El Audaz, fue un héroe legendario de los godos que guió su migración desde el norte de Europa hasta el Danubio. En él, supuestamente, se originó la estirpe baltunga.

Estirpe merovingia

Se incluyen sólo los nombres que guardan relación con la novela



En cursiva, los personajes de ficción.
En línea punteada los parentescos de ficción.

* Rey legendario que dará origen a la estirpe merovingia

AGRADECIMIENTOS

Esta novela ha supuesto un notable esfuerzo de documentación y creación. Nunca se hubiese llevado a cabo sin la colaboración de muchas personas, amigos y familiares.

Debo agradecer muchas de las ideas, haberme aguantado mensualmente y sus oportunos consejos a Pilar de Cecilia, crítica literaria, una persona caracterizada por su amplia cultura y buen quehacer profesional.

No puedo menos que recordar siempre los alegres momentos que disfruté con Lourdes Álvarez Rico, comentando los errores y lapsus de la novela, ni olvidaré nunca aquel día en el Café Gijón, cuando nos reíamos sin podernos controlar por motivos ajenos al caso.

Licinio Moreno ha sido un mentor, una ayuda solícita, amable y comprensiva en la realización de esta novela.

Eladia Peralta, con su buen hacer, me ayudó a rematar la corrección final de galeradas, cuando yo casi ya no veía nada.

A Ramón Conesa y a los amigos de Balcells, les debo su ánimo y exigencia.

Ángel Cabrero me puso en la tesitura de acabar hasta el final los últimos detalles y me ayudó con sus comentarios.

No puedo menos que mostrar mi agradecimiento al profesor Santiago Castellanos, de la Universidad de León, que me ayudó a deslindar la ficción de la realidad. M^º José Peña, con sus oportunos comentarios y por su colaboración en las fuentes de esta novela, me ayudó a adentrarme en esta época oscura y difícil de documentar. También en la parte histórica agradezco a M^º Cruz Ulescas su ayuda y entusiasmo.

Siempre agradeceré a todos los miembros del equipo de Neurología del Hospital General de Ciudad Real su paciencia y comprensión hacia una labor ajena al mundo de la medicina.

Agradezco a Pilar Liaño y a Inmaculada Palomo sus ideas e indicaciones. También a Chus Díaz Santos, María Menor, Nieves García Hoz, Virginia y Fuencisla, y a todos los que compartimos aficiones literarias en estas tierras manchegas.

A Óscar Rodríguez, sus comentarios siempre optimistas.

A todo el equipo editorial de Ediciones B, su colaboración en la edición final de la novela, especialmente a don Faustino Linares y a Yolanda Cespedosa.

A mi hermana Maite, que confía en mí, a mi hermano José, a quien tanta lata le he dado, a mi hermana Ana, que es una mujer admirable, a mi hermano Faustino, que es otro literato y un buen jurista, les agradezco de todo corazón el aliento que me han dado.

A mi hermano Antonio, sus oportunas indicaciones sobre la novela histórica y el uso de los gerundios.

A mi madre, que fue quien creó en mí la pasión por la literatura.

A mi padre, que nunca se acabará mis novelas, aunque lo intenta siempre.

A las personas con las que comparto mi vida, no puedo menos que agradecerles su ánimo y paciencia.

NOTAS

[1] Actualmente Astorga. <<

[2] Tajo. <<

[3] [Actas del Concilio III de Toledo.](#) <<

[4] Actas del Concilio III de Toledo. <<

[5] Nombre que se dio a la provincia bizantina en la península Ibérica VI y VII.

<<

[6] Himno en el rito de la coronación de un rey visigodo. <<

[7] Entre los visigodos, hombre libre que voluntariamente se sometía al patrocinio de un magnate, a quien prestaba determinados servicios y del cual recibía el disfrute de alguna propiedad. <<

[8] salones o sayones eran hombres vinculados a un patrón que era quien los armaba (aunque las armas pasaban a ser propiedad del sayón) y a quien pasaban todo el botín obtenido. <<

[9] Jefe de mil hombres en el ejército visigodo. <<

[10] Antigua ciudad romana. <<

[11] Ciudad romana, cerca de Oliva de Plasencia. <<

[12] Guadiana. <<

[13] Cinta que atravesaba desde el hombro derecho y llegaba al lado izquierdo del cinto, sosteniendo la espada. <<

[14] Antiguo nombre para el río Duero. <<

[15] La antigua ciudad de León, fundada por los romanos. <<

[16] « Este es el cáliz de mi sangre» . Palabras que se pronuncian habitualmente en la consagración del vino, durante la misa católica. <<

[17] Véase mapa de Ongar (al final del texto). <<

[18] Écija. <<

[19] Noble de baja alcurnia. <<

[20] Antigua ciudad íbera, capital de la Oretania, localizada muy cerca de la actual ciudad española de Linares. <<

[21] La casa de Lucio Espurio está inspirada en la Villa de Materno en Carranque (Toledo). <<

[22] Posiblemente la ciudad de Vitoria. Vitoriacum, Recópolis y Oligitum fueron las tres ciudades hispanas fundadas por los visigodos. <<

[23] San Juan de Aznalfarache. <<

[24] Este texto se recoge en una carta de san Isidoro al rey Sisebuto. <<

[25] Río Garona. <<

[26] Actual Cherburgo. <<

[27] Puerto de Saint-Malo. <<

[28] Ruan. <<

[29] Trono de Dagoberto, Biblioteca Nacional, París. <<

[30] En el siglo VI y VII, que es cuando discurre la novela, el lenguaje de los pueblos de Europa es el latín. Todavía no han nacido las lenguas romances. Posiblemente, en aquella época, todos podrían entender la carta; parte de ella — el encabezamiento— se inspira en una inscripción real que se encontró en Alcalá de Guadaíra y que se conserva en el museo arqueológico; para dar unidad al texto la carta está escrita también en un latín similar al de la carta. <<

[31] Ciudad de origen prehistórico en la confluencia del Jarama y el Tajuña. <<

[32] Actual Alcalá de Henares. <<

[33] Actual Calatayud. <<

[34] Actual Olite, ciudad fundada por Swinthila después de las guerras contra los vascones. <<

[35] Junto al partido de los azules, una de las dos facciones del hipódromo que jugaron un papel de primer orden en las controversias político-religiosas del Imperio bizantino. <<

[36] Actual río Genil. <<

[37] Écija. <<

[38] Inscripción en el museo arqueológico de Sevilla. <<

[39] Es muy interesante el artículo de los profesores Fernández Martínez y Gómez Pallarés, de la Universidad de Sevilla, sobre esta parte de la inscripción (ducti aione) que ha inspirado el final de la novela. «Hermenegildo, ¿para siempre en Sevilla? Una nueva interpretación de IHC, n. 76 = ILCV, n. 50». Fernández Martínez, C. y Gómez Pallarés, J., Gerion (2001), pp. 629-658. <<

[40] Esta corona se encontró en el tesoro de Guarrazar, pero fue robada y ha desaparecido; existen reproducciones de la misma. <<